



C
608

B.P. de Soria



61063719
C 608

NOVISIMA
GEOGRAFÍA UNIVERSAL



7
1997

1.02 / 1/1

... ..
... ..
... ..

Onesimo y Eliseo RECLUS

Handwritten: No. 130158 1911

NOVÍSIMA

GEOGRAFIA UNIVERSAL

TRADUCCION Y PROLOGO DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

Seis volúmenes en 4.º de compacta lectura, con mil grabados de Gustavo Doré, Regnault, Vierge, etc. Mapas en colores.

TOMO I.—EUROPA



LA EDITORIAL ESPAÑOLA-AMERICANA

Mesonero Romanos, 42.

MADRID



1063719

Una familia de geógrafos.

LOS HERMANOS RECLUS

Al terminar el período revolucionario de Francia con la restauración de los Borbones, el duque de Descazes, ministro de Luis XVIII, tuvo un secretario, notable por su laboriosidad, su cultura y sus costumbres virtuosas. Este secretario se apellidaba Reclus.

Casado con una parienta cercana del duque y apreciado por éste, que conocía sus méritos, Reclus hubiese podido ocupar una alta posición oficial. Pero sus convicciones y la sinceridad honrada con que las mantenía, se opusieron á todo avance en su carrera. Era liberal y veía con disgusto la restauración; era hugonote y no podía servir á un gobierno intransigente en materias religiosas.

El secretario del ministro abandonó pobre su lucrativa posición para establecerse con su familia en Orthez y después, en Castetarbe, llamado por los protestantes del país, que le nombraron pastor de su iglesia disidente. Ni aun en este puesto quiso percibir retribución alguna del Estado, manteniéndose aparte de sus colegas de sacerdocio que vivían en buenas relaciones con el gobierno. «Es indigno que yo cobre de la nación por mi ministerio—decía el pastor—cuando Jesús no tenía ni una piedra propia en la que reclinar su cabeza.»

Mientras Reclus se dedicaba á dirigir y consolar á los feligreses, ganando al mismo tiempo el pan de su familia con trabajos literarios, su santa esposa fundaba una escuela libre, á la que acudían los niños desde aldeas situadas á enormes distancias.



El virtuoso pastor procedía de una familia de labradores de Perigord. Dotado de extraordinaria elocuencia, era un apóstol al par que un santo, pues siempre encontraba en su pobreza algo de que despojarse para socorrer á sus semejantes. Tenía un talento natural para los estudios geográficos y una prodigiosa memoria de los lugares, que transmitió á sus hijos. Asombraba á los campesinos guiando su caballo sin vacilación por los intrincados senderos de los bosques, después de cuarenta años de ausencia, como si hubiese pasado por ellos pocos días antes.

La madre de Reclus descendía directamente de Enrique I, rey de Inglaterra, y de una señora irlandesa, la condesa Tyzgan; pero su origen regio no la libró de ser pobre, sobrellevando con la alegría de una conciencia pura las estrecheces de su vida modesta y los dolores de la maternidad.

El matrimonio Reclus tuvo catorce hijos: cinco varones y nueve hembras. Los hijos fueron todos hombres de ciencia y alcanzaron celebridad.

Elías, mitólogo y etnólogo (el hermano mayor respetado por los otros, como un segundo padre), que murió en 1904 en Bruselas á la edad de setenta y siete años, siendo profesor de religiones comparadas en la Universidad Nueva de la capital de Bélgica.

Eliseo, el gran geógrafo, muerto recientemente en Bruselas, siendo profesor del ya citado centro de enseñanza, á la edad de setenta y cinco años.

Onesimo, digno compañero de su hermano Eliseo, famoso igualmente por sus libros y por las grandes modificaciones aportadas á la ciencia geográfica.

Armando Ebenhezer, teniente de navío de la marina francesa, explorador del Darien y uno de los autores del proyecto del canal del Panamá.

Pablo, el último hijo, nacido en 1847, notable cirujano y profesor de la Escuela de Medicina de París, que alcanzó gran renombre como sifiliógrafo, por sus libros y descubrimientos.

A esta generación de sabios hay que añadir Pablo Reclus, hijo de Elías, sobrino de Eliseo y Onesimo, notable geógrafo que ha vivido junto á sus ilustres tíos,



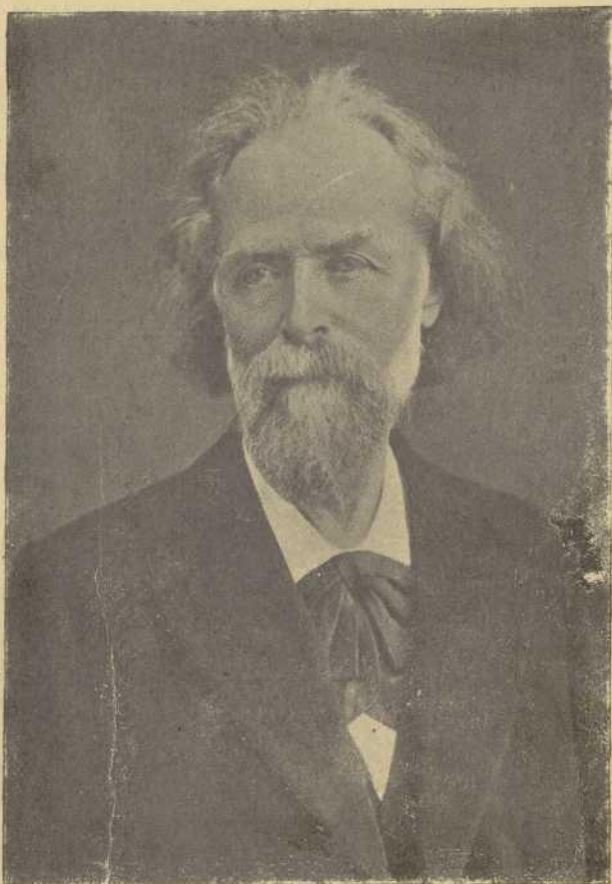
ELÍAS RECLUS (1827-1904).

ayudándoles en los trabajos científicos, y actualmente es director del Instituto Geográfico de Bruselas.

Además, una de las hermanas casó con Alfredo Duménil, auxiliar de la cátedra de Quinet y yerno de Mi-

chelet, quedando Dumesnil unido para siempre á los Reclus.

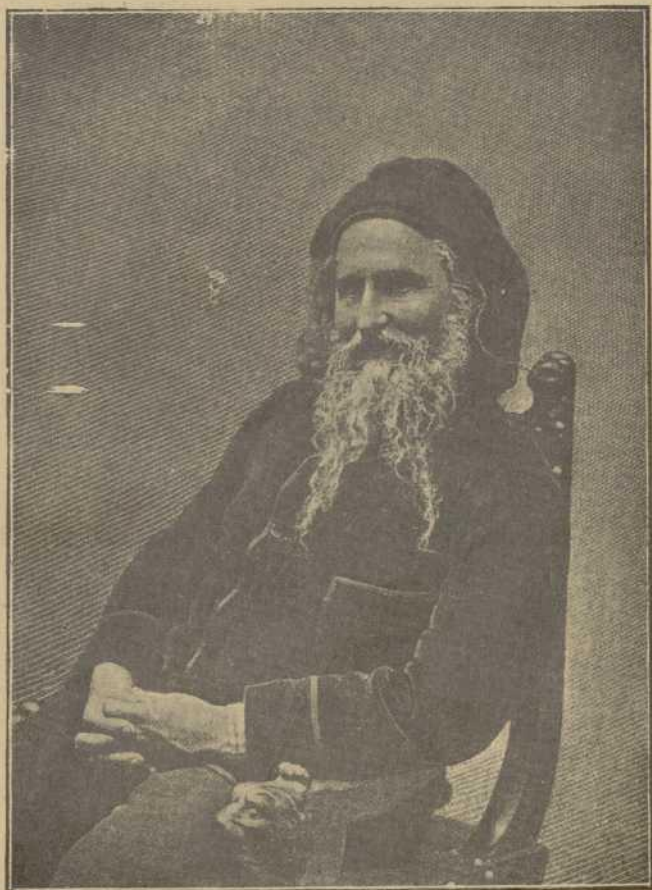
Los cinco hermanos, educados en un ambiente de



ELISEO RECLUS (1830-1905).

virtud y de estudio, sometidos á la disciplina de la pobreza, teniendo ante ellos los ejemplos de desinterés del padre, se prepararon para ser lo que fueron todos ellos: sabios admirables al par que hombres extraordinarios por sus condiciones morales.

Los tres primeros iban á dar un nuevo y poderoso impulso á la ciencia geográfica, revolucionando profundamente los estudios sobre la Tierra.



ONESIMO RECLUS (1840).

En 1852, cuando Eliseo Reclus tenía doce años, abandonó la casa paterna con su hermano mayor Elías, para ganarse el pan y conocer el mundo, dirigiéndose á Alemania, donde encontraron en Nemwied (provincias re-

nanas), un puesto en el colegio dirigido por los «Hermanos Moravos». Eran éstos una especie de socialistas cristianos que se tenían por legítimos continuadores de Jesús, y alcanzaban cierta voga entre los intelectuales de entonces. Los hermanos Reclus sintiéronse disgustados por un régimen comunista infantil, en el que todo estaba reglamentado mezquinamente; pero su viaje les sirvió para conocer la vida, más allá de las fronteras de Francia, frecuentando el trato de los alumnos, procedentes de casi todas las naciones de Europa y aprendiendo con ellos nuevos idiomas, además del alemán. Eliseo contrajo allí estrecha amistad con Jorge Meredith, el ilustre novelista inglés, que era de sus mismos años y aún vive siendo el patriarca de la literatura británica.

En 1847 Eliseo volvió á Francia, entrando en la Facultad teológica de Montaubán por indicación de su padre, que esperaba le sucediese en su cargo de pastor de almas. Pero en esto surge en París la revolución de 1848, se proclama la segunda República, un viento de entusiasmo sopla sobre Francia, enardeciendo á la juventud, y Elías y Eliseo se escapan del colegio con otros compañeros, recorriendo las provincias francesas del Mediterráneo, donde se mezclan en agitaciones populares de un marcado carácter socialista. Después de esta aventura, agravada por una reprensión del prefecto del departamento á causa de ciertos discursos de Eliseo sobre el carácter social que debía tener la nueva República, los dos hermanos se trasladaron de nuevo á Alemania, siguiendo, por orden de su padre, los cursos de teología en la Universidad de Berlín. Pero Eliseo se había emancipado del ambiente de su familia: ya no era protestante y abominaba de la teología. Al entregarse por completo á los ideales modernos, revelábanse en él aptitudes especiales. En vez de asistir á las aulas de teología, frecuentaba las clases de estudios geográficos, donde daba sus lecciones el profesor Carlos Ritter, émulo de Humboldt.

Ritter había comenzado en 1822 la publicación de su famosa obra *La Geografía en sus relaciones con la Na-*

turalaleza y la historia del hombre, obra que, desgraciadamente, quedó sin terminar, publicándose el último volumen, de los diez que existen, en 1859. Esta obra es la única que puede compararse con la *Geografía Universal* que años adelante había de escribir el joven francés que era su discípulo; pero faltan en ella partes tan importantes como son la Europa, la América y la Oceanía. Hay que convenir, sin embargo, en que este trabajo incompleto inspiró y abrió camino á la obra definitiva de Reclus, pues en ella se desenvuelve por vez primera la gran ley de correlación que existe entre el Hombre y la Tierra, la Naturaleza y la Historia: ley que sirvió de guía á Eliseo, y después á Onesimo, y les hizo escribir sobre la ciencia geográfica de un modo completamente original.

Ritter, como Kant, buscaba, al estudiar la Geografía, el conocimiento del Hombre. Este punto de vista tan nuevo impresionó profundamente al estudiante francés.

Para poder seguir sus cursos y mantenerse en Berlín, Eliseo tuvo que dar lecciones particulares, siempre mal retribuídas, y sufrir crueles privaciones. En 1851, él y su hermano Elías vuelven á Francia, pero á pie, con su fiel perrillo *Lyrio*, el morral á la espalda y el bastón en la mano, cual vagabundos curiosos, comiendo mal, durmiendo en los pajares ó en las cunetas de los caminos, extasiándose ante la magnificencia de la Naturaleza. Sin dejar de marchar, los dos hermanos discutían, observaban y reflexionaban. En veintiún días atravesaron parte de la Alemania y más de una mitad de Francia, llegando por fin á Orthez á la casa paterna, donde el buen pastor vió en Eliseo un aspirante á sabio y un revolucionario en vez del sacerdote evangélico que él soñaba.

Iba á comenzar para el futuro geógrafo su larga existencia de estudioso vagabundo, teniendo por casa todo el planeta, examinando de cerca la Tierra.

Era el mes de Diciembre de 1851. Luis Napoleón, presidente de la República, acababa de dar el golpe de Estado proclamándose dictador. Víctor Hugo en París, y otros en provincias, intentaron sin éxito una protesta

armada contra este atentado que mataba la República. En Orthez los dos hermanos, Elías y Eliseo, llamaron al pueblo á las armas y quisieron asaltar la casa del Ayuntamiento; pero se quedaron solos, pues muy contados amigos pusiéronse á su lado. Inscritos por el gobierno en las listas de deportación, tuvieron que refugiarse en Inglaterra, viviendo en Londres de algunas lecciones particulares cada vez más escasas, pues su miseria les hacía ir andrajosos. Eliseo, para salir de esta situación, se trasladó á Irlanda, entregándose á varios ensayos de agricultura (una de sus grandes aficiones) que por desgracia no obtuvieron un éxito inmediato, como ocurre en todos los procedimientos nuevos. Pero la principal condición de su carácter era una energía tranquila é inquebrantable. Cada vez más pobre, se embarcó para los Estados Unidos, ejerciendo en Nueva York y en Nueva Orleans, durante dos años, toda clase de oficios, tan pronto periodista como agricultor ó tipógrafo, observando al mismo tiempo, por hábito y por instinto, todo lo que le rodeaba. En Nueva Orleans publicó su primer artículo, en un periódico de Medicina, con el pseudónimo de «La Faye».

De 1855 á 1857 recorrió la América del Sur, muchas veces solo y á pie, por regiones despobladas, sufriendo inauditas privaciones, estudiando de cerca la naturaleza virgen. En Colombia se detuvo algún tiempo intentando de nuevo sus ensayos de agricultura. Durante este período de aventuras, no sólo observó las costumbres, sino que estudió directamente en el gran libro de la Tierra. Un enorme trabajo se verificaba lentamente en su cerebro. Sería escritor; sería geógrafo; describiría las formas y la historia del planeta, estudiado por él, no en la soledad de un gabinete, siguiendo las rayas trazadas sobre grandes hojas de vitela, sino midiéndolo con sus pies, arrostrando los peligros de sus misterios, observando directamente la infinita variedad de los seres que lo pueblan.

Al volver á Francia en 1857 publicó en la *Revista*

Filosófica su primera obra *La Historia del suelo de Europa*, que pasó casi inadvertida. En 1858 se casó con made-moiselle Briant, cuñada del estudiante revolucionario Germán Casse, que años adelante, al proclamarse la tercera República, fué compañero de Gambetta y murió de gobernador general en la isla Guadalupe. Eliseo vivió con su esposa, primero en París, después en Vascoeuil, en la casa de su cuñado Dumesnil. Entonces comenzó á publicar estudios geográficos en la *Revista de dos Mundos*, la *Revista Germánica* y el *Boletín de Geografía*, trabajos que le permitieron vivir modestamente. Tradujo al francés una parte de la gran obra de Ritter, la titulada *Configuración de los continentes*, y llamaron mucho la atención sus estudios *El Mississipi y sus orillas*, *La Nueva Granada* y el *Viaje á la Sierra Nevada de Santa Marta* (1). Las condiciones de escritor reveladas por Eliseo Reclus, contribuyeron á su reciente notoriedad tanto como sus conocimientos científicos. Las más áridas cuestiones geográficas adquirían una vida y un interés sorprendentes, bajo la pluma del geógrafo artista.

Al mismo tiempo, el político humanitario que había en él ansioso de libertad para todos los hombres, escribía sobre las grandes cuestiones que agitaban el mundo. En 1860, al iniciarse en la América del Norte la terrible guerra entre esclavistas y antiesclavistas, Eliseo Reclus publicó en la *Revista de dos Mundos* una serie de artículos titulados *La esclavitud en los Estados Unidos*, que produjeron honda sensación, pues nadie había visto mejor que él este problema en su vida errante y miserable á través de las últimas capas sociales de la gran República americana. El presidente Lincoln, que había de morir asesinado poco después como mártir de la libertad humana, conmovido por estos artículos, escribió á Reclus y quiso recompensarle ofreciéndole la dirección de un observatorio, puesto retribuído con la largueza peculiar

(1) Este libro está publicado en español con el título *Mis exploraciones en América* (título que le dió el mismo autor), por la casa editorial F. Sempere y C.^{ta}, de Valencia. Edición de «Libros populares».

de aquel pueblo; pero el modesto geógrafo rehusó el ofrecimiento.

Su vida, siempre sencilla y sobria, había mejorado bastante. Poco á poco su ciencia y su pluma le proporcionaban seguros recursos. La casa Joanes, editora de los «Itinerarios de viaje» que llevan su nombre, atraída por sus estudios geográficos, le encargó nuevas guías, costeando sus viajes para que preparase estas obras sobre el terreno. Así escribió Eliseo, unas veces solo y otras con la colaboración de su hermano Onesimo, la *Guía de Saboya*, las *Excursiones por el Delfinado*, la *Guía de los viajeros en Londres*, las *Ciudades de invierno del Mediterráneo*, *Londres ilustrado*, *Los Alpes marítimos* y la *Guía de los Pirineos*. También con la ayuda de Onesimo (hermanos por la sangre, hermanos por el pensamiento), publicó numerosos estudios en las revistas *La vuelta al mundo* y *Anales de viajes*, traduciendo además varias obras inglesas y alemanas de Geografía.

Estos trabajos comenzaron á popularizar su nombre fuera de Francia, dándole una creciente reputación en las sociedades científicas de Europa y América, que seguían atentamente el método nuevo y original con que Reclus trataba las cuestiones geográficas.

En 1867 perdió á su primera esposa, de la que tuvo dos hijas. En esta misma época Eliseo adquirió cierta significación política al afiliarse á la *Internacional de trabajadores*. Carlos Marx, el patriarca del socialismo, y el apóstol ruso Miguel Bakounnine, propagandista de la anarquía comunista, comenzaron á marcar sus diferencias de doctrina en el seno de la *Internacional*, dividiendo á la asociación. Eliseo Reclus, aunque no tomaba parte ostensiblemente en la política militante, siguió á Bakounnine, pues todas sus simpatías estaban de parte de la libertad absoluta y del comunismo.

En 1868 su concepción geográfica general, lentamente madurada, pues venía desarrollándose desde su juventud, llegó á dibujarse por completo ante sus ojos de apasionado de la Naturaleza. Como dice de él un ilustre so-

ciólogo belga, «Eliseo Reclus era un pensador visual. Tenía cerebro de sabio, pero al mismo tiempo ojos de pintor. Siempre será un visual en Geografía como lo era al mismo tiempo en la ciencia social. En esta no solamente lo ve todo con mirada de artista, sino que al mismo tiempo tiene visiones interiores de una fuerza extraordinaria, en razón de su carácter enérgico y de su dulzura contemplativa».

Todo el plan de su futura obra científica se dibujó de pronto ante sus ojos, no en el silencio del gabinete de trabajo, sino en pleno aire, como le ocurrió á Juan Jacobo Rousseau, como les ha ocurrido á los grandes artistas. El mismo lo cuenta en la introducción de su obra *La Tierra*. «Estaba yo en Irlanda sobre un peñasco que domina las cascadas de Shannon, viendo los islotes que tiemblan bajo la presión de las aguas y el negro desfilar de árboles, en el cual se encajona el río y desapareciendo tras una brusca revuelta. Tendido sobre la hierba, al lado de un lienzo de muralla que fué en otros tiempos fuerte castillo, y que han demolido las humildes plantas, piedra por piedra, gozaba yo dulcemente de la inmensa vida de las sombras azules, del estremecimiento de los árboles y el murmullo del agua chocando contra las rocas. Fué en este sitio grato y hermoso donde nació en mí el propósito de contar el fenómeno de la Tierra, y sin tardar escribí con lápiz el plan primitivo de mi obra». Reclus no separa jamás al hombre de la evolución de la Naturaleza. Las humildes hierbas desmoronan los fuertes castillos, y los hombres más míseros derrumban lentamente el pasado, trabajando por su porvenir que es la libertad y el bienestar. «Yo—acaba diciendo el geógrafo, con la poética emoción del que descubre lo más recóndito de su alma—he recorrido el mundo como un hombre libre, y al contemplar de cerca la Naturaleza con ojos á la vez cándidos y fieros, me he acordado siempre de que en las religiones pasadas, la antigua Freya, al mismo tiempo que diosa de la Tierra, era diosa de la Libertad».

El primer volumen de *La Tierra*, consagrado al estu-

dio de los continentes, apareció en 1868. El segundo, consagrado á los Océanos y á la Atmósfera, se publicó tres años después en circunstancias excepcionales para el autor, de las que hablaremos después. Reclus escribió casi al mismo tiempo que esta obra, sus hermosos libros *El Arroyo y La Montana* (1), que el Municipio de París declaró de premio oficial para los alumnos de sus escuelas superiores.

En 1870, al estallar la guerra franco-prusiana, Eliseo se alistó en la Guardia Nacional; pero en los batallones de vanguardia llamados de *marcha*, que eran los primeros en acudir á los sitios de peligro. Se negó con energía á aceptar grado alguno, quiso ser simple combatiente, y las autoridades deseosas de proteger la vida del sabio y darle un puesto apropiado á sus aptitudes, lo destinaron al servicio de globos dirigido por su amigo Nadar. El geógrafo creó con éste el servicio de palomas mensajeras que tan útil fué á París durante el sitio, y dirigió los preparativos de las ascensiones aerostáticas, entre ellas la famosa de Gambetta.

Pero á la guerra internacional sucedió la guerra civil. París proclama la Commune y empieza su lucha con Versalles. Reclus creía en una conciliación posible, escribiendo en *El Grito del Pueblo*, el diario de Julio Vallés. «Nuestra salud está en la unión y la concordia. Entre republicanos que además son conciudadanos, no es el cañón, no es el fusil quien debe decidir, sino el sufragio universal.» Desgraciadamente, estos consejos prudentes se perdieron en el vacío. Thiers, y todas las clases conservadoras, tenían empeño en aprovechar esta ocasión para ahogar en sangre el espíritu revolucionario.

Al hacer una salida los batallones de la Commune, Eliseo Reclus, que iba en ellos como simple voluntario, fué hecho prisionero por las tropas del gobierno de Versalles en la meseta de Chatillon. El sabio marchaba con sus camaradas por solidaridad, llevando el fusil descar-

(1) Publicados también por la casa editorial Sempere y Compañía, «Libros populares».

gado, dispuesto á morir antes que disparar un tiro. El ilustre geógrafo que fué vegetariano toda su vida, no pudiendo tolerar que se matasen los animales para el mantenimiento de las gentes, asistía con amarga tristeza á estos combates, queriendo morir antes que matar, lamentando la ceguera que impulsa á los hombres á exterminarse, cada vez que intentan un nuevo paso en su marcha progresiva.

Maltratado por la soldadesca y conducido al campamento de Satory donde eran exterminados los prisioneros con fusil ó con ametralladora, Eliseo permaneció en la incertidumbre de su suerte, desde el 5 de Abril de 1871 en que cayó prisionero. Por fin, el 15 de Noviembre, compareció ante un Consejo de guerra reunido en San Germán. Su calidad de sabio, de hombre ilustre, mezclado en una revolución de trabajadores predispuso contra él á los jueces militares, haciendo que le trataran con marcada parcialidad. No podían fusilarlo, pues estaba probado que no había hecho armas contra la tropa, pero le condenaron á prisión perpetua. Esto equivalía á respetar la vida del hombre y suprimir para siempre al sabio.

Entonces fué cuando se mostró en toda su grandeza el carácter de Eliseo Reclus. Conducido á los pontones de Brest, verdaderos infiernos de dolor, donde centenares de prisioneros tórnáronse locos, el sabio corrigió tranquilamente en este encierro flotante y nauseabundo las pruebas del segundo volumen de *La Tierra*, que le llevó su amigo Templier. Después, en el presidio de Queleru, donde estuvo siete meses, organizó una escuela en la que enseñaba á sus compañeros que iban á salir deportados á Nueva Caledonia, la lectura, la geografía y el inglés, preparándolos así para las duras necesidades del destierro.

No fué Eliseo el único Reclus que se vió en peligro. Su hermano Pablo, el joven doctor estuvo próximo á morir fusilado. Las tropas versallesas le hicieron prisionero en una ambulancia, mientras curaba á los heridos.

El haber auxiliado á un general de las tropas del gobierno con la generosidad impasible del médico que atiende á su semejante sin reparar en opiniones, fué lo que salvó de la muerte al doctor de los hospitales de sangre de la revolución.

Elías, el hermano mayor, fué más desgraciado. Al proclamarse la Commune ocupó el cargo de director de la Biblioteca Nacional, sin retribución alguna, impulsado por sus aficiones y su deseo de vigilar este tesoro de la literatura francesa. Hizo grandes esfuerzos por poner á cubierto el sagrado depósito de libros y documentos valiosos, del bombardeo que abrumaba á París. Tuvo que extremar su vigilancia para evitar un saqueo de la Biblioteca, pues muchos bibliófilos, con esa manía del coleccionador que no reconoce obstáculos, querían aprovecharse de las turbulencias del momento para robar obras raras y famosas. Elías permaneció en su puesto hasta el último momento, hasta que entraron á sangre y fuego las tropas vencedoras, corriendo el peligro de ser fusilado en la misma Biblioteca. Sus desvelos por conservar uno de los más grandes tesoros literarios, fueron recompensados con una sentencia de cadena perpetua: pero el sentenciado pudo escapar, refugiándose en Suiza.

Una muestra del temple de alma de los Reclus, familia de sabios y de luchadores, es la carta que Elías el mayor dirigió á Eliseo desde Suiza, al conocer su sentencia.

«Querido y bien amado hermano: Me acaban de decir que has sido condenado á la deportación perpetua.

Es éste uno de los grandes momentos de tu vida, querido amigo. Has recibido ante toda la Francia, por mediación del Consejo de guerra, el testimonio de que eres un hombre. Te has mostrado firme, digno, honrado, sincero y justo, ante los tiros de fusil, al través de tantas prisiones, y ahora que te espera la deportación. Has procedido tranquila y constantemente, con arreglo á lo que has pensado. Después de siete meses de cautiverio, en lo más hondo é infecto de la sociedad francesa, los enemigos no han podido deshonorarte ni empequeñecerte. Por encima de su mundo ínfimo é infame de odiosas y mezquinas villanías, tú te mantienes derecho siempre: tú marcharás siempre recto. Un poco más de crueldad y te hubieran roto; pero todos ellos juntos no te pueden doblar. Tú eres una conciencia. En el

fondo no te tengo mucha lástima, mi valeroso Eliseo. Cuando uno es amo, como nosotros lo somos, de un campo intelectual y moral en el que nos movemos con desahogo; cuando se tiene una inteligencia como la tuya, en la que se agitan como en un hormiguero bien ordenado, millares de pensamientos vivificadores; cuando se llevan los recuerdos que tú llevas en tí, y se cuenta con afectos como los que te rodean, tu alma vive, libre y serena, en un mundo interior que puede y debe bastarte.

Tú puedes sonreír con un desdén amargo, ante esos bebedores de absenta y arrastradores de sable que después de haber proporcionado á nuestra pobre y desgraciada Francia la más innoble paliza que se conoce en la historia, lavan ahora su vergüenza en la sangre de los franceses sus compatriotas, degollando á los republicanos, acuchillando á los obreros.

Bien considerado, vale más para nuestra causa que se hayan ensañado en tí. Tu absolución hubiese hecho que olvidásemos involuntariamente los crímenes cometidos por nuestros enemigos, y esto no sería justo.

Se trata, amigo mío, de sobrevivir á la desgracia. Ellos te han arrojado al mar en plena tempestad: pero tú eres buen nadador y debes erguir tu cabeza por encima de las olas.

¿Entre los cuatro muros que te encierran te acuerdas de hacer gimnasia alguna vez? Procura comer mucho para mantener tus fuerzas: vela sobre tu circulación nerviosa. Que tu espíritu sano mantenga sano tu cuerpo. Animo, mi buen Eliseo; volveremos á vernos: volveremos á encontrarnos.

Tu hermano, ELÍAS.»

En esta ocasión, y por primera vez en la historia de los pueblos civilizados, se ofreció un hermoso espectáculo. Al ver en presidio á uno de los representantes de la ciencia, surgió una imponente intervención de los primeros cerebros del mundo. La república universal de las letras y las ciencias protestó en favor de Reclus, pidiendo su libertad al Gobierno francés.

El gran Darwin tomó la iniciativa, secundado por los ingleses más ilustres: Wallace, Carpenter, Willamson, lord Amberley. Todos los sabios del mundo se adhirieron á esta noble manifestación, declarando que la persona de Reclus debía ser sagrada, pues no pertenecía sólo á la Francia, sino á la Ciencia, y por tanto, á la Humanidad.

«Nosotros—dijeron los sabios al Gobierno francés—esperamos que se respetará la vida de un hombre como el señor Eliseo Reclus, cuyos servicios á la causa de la literatura y la ciencia están reconocidos por un público inmenso, y con ser muy valiosos no son más que una promesa de otros servicios más grandes que podrá prestar más ade-

lante, cuando su talento llegue con la edad á una madurez vigorosa. Nosotros declaramos que su vida pertenece no sólo al país que le vió nacer, sino al mundo entero, y que reduciendo al silencio á tal hombre, enviándolo á languidecer á un encierro, lejos de todo centro de civilización, Francia no haría más que mutilar y empequeñecer su influencia legítima sobre el mundo.»

El Gobierno francés, bajo esta presión de la inteligencia universal, conmutó en Febrero de 1873 la sentencia de deportación perpetua por la de diez años de destierro, y Reclus fué puesto en libertad, dirigiéndose á Suiza, donde se estableció. Poco antes de la guerra se había unido con su segunda esposa, Fanny Lherminez, á la que conoció en Londres durante su emigración, después del golpe de Estado de 1852. El sabio, al instalarse en Lugano con su esposa, reanudó los trabajos científicos y de propaganda social. En el *Boletín de Geografía* publicó dos estudios importantes: uno, *Las lluvias de Suiza*; otro, *Historia del mar de Aral*. En el *Almanaque del Pueblo* dió sus obras de combate: *Algunas palabras sobre la propiedad* y *A mis hermanos los campesinos*. Además colaboró mucho en *La vuelta al mundo*, del editor Hachette, de París, y en los diarios más avanzados de Ginebra.

Su segunda esposa murió en Lugano á los pocos meses de destierro, y el geógrafo se trasladó á Vevey, comenzando á acumular y clasificar los materiales para su obra magna, la gran *Geografía Universal*.

Fué en 1875 cuando publicó el primer volumen de este monumento imperecedero de la ciencia y la literatura. Francia se resarcíó con creces de haber respetado la vida del sabio. Ningún pueblo de la tierra, ninguna literatura, posee una obra que pueda compararse con la que lentamente se iba formando en el tranquilo destierro de Vevey. Los volúmenes de la obra fueron sucediéndose regularmente, apilándose, hasta formar la gran pirámide de la geografía moderna. El sabio, en este trabajo que había de durar más de veinte años, tuvo un

aliado, un dulce compañero que le ayudó; dándole nuevos ánimos. Reclus se había casado, por tercera vez, con la que ha sido la compañera inteligente de los últimos treinta años de su vida; una mujer de gran cultura, notable botánica y entemologista, dotada al mismo tiempo de una calma dulce y una gravedad bondadosa, que contrastaban con la juvenil impetuosidad que conservó su marido hasta los últimos instantes.

Asombra la cantidad de trabajo realizada por Reclus. Para cada uno de los volúmenes tuvo que estudiar y extractar mil libros aproximadamente y un número incalculable de mapas.

Fué un acontecimiento histórico su nueva ciencia geográfica. En ella se mezclaron los conocimientos del pasado con las adivinaciones del porvenir. «A un período nuevo—dijo Reclus, al comenzar su obra—le hacen falta libros nuevos.»

El hombre, por medio de los recientes descubrimientos de la ciencia y los grandes medios de comunicación—, vapor, electricidad, etc.—tomaba posesión detallada por primera vez de la tierra, y la historia de esta tierra llegaba en el momento oportuno.

Para escribir los últimos tomos correspondientes á América, abandonó su retiro haciendo un viaje al Nuevo Mundo que refrescó las observaciones de su juventud.

Mientras producía su obra inmortal, descansaba de los trabajos geográficos escribiendo volúmenes y folletos de propaganda social, viajando por Italia y auxiliando en obras de política militante á su amigo, el ex príncipe Pedro Kropotkine, autor de *La conquista del pan*, el cual á su vez, muy inclinado á los estudios geográficos, ayudó á Reclus con las observaciones recogidas en sus penosos viajes por Siberia.

Además, Reclus hizo un viaje á la Argelia, interesándose en la creación y desarrollo de un establecimiento agrícola, organizado con arreglo á los principios comunistas, ensayo social que las autoridades por un lado y por otro los defectos humanos se encargaron de hacer fracasar.

Reclus siguió en su titánico trabajo de la *Geografía*, después de haber sufrido los primeros síntomas de una angina del pecho, que tras un cuarto de siglo de ataques y treguas, fué la enfermedad que le condujo á la tumba. En 1882 el nombre de Reclus, que únicamente era conocido en los círculos científicos del mundo, adquirió en París una notoriedad mundana, sonando en los bulevares, los teatros, y las tertulias. Las dos hijas del primer matrimonio de Eliseo Reclus se unieron con dos jóvenes dedicados á la ciencia, admiradores y discípulos del maestro. El gran geógrafo, llevado de sus ideas y del sincero radicalismo con que las mantuvo siempre, se negó á que toda ceremonia religiosa ni civil consagrara esta unión. Creía innecesaria la presencia del sacerdote ó del magistrado para legitimar un acto que no tiene otra base que el mutuo consentimiento y el amor. Reunió en un banquete á las dos parejas; su hermano Elías, el patriarca de la familia, presidió este acto íntimo, y con dulce gravedad explicó á los amantes el compromiso que iban á contraer y los deberes que seguirían á su unión. Después Eliseo, tras un discurso en el que afirmó su fe en la sociedad del porvenir, extendió sus manos sobre los dos matrimonios, consagrando su unión con estas palabras: «Amad y multiplicaos.» El escándalo en París fué inmenso. Las damas y señores del gran mundo, unidos por todas las leyes del Estado y todos los sacramentos de la Iglesia, para pasar las más de las veces el resto de su vida en perpetuo adulterio, gritaron con indignación y horror, como si el mundo fuese á acabarse. Las gentes alegres del bulevar, las cortesanas, los vividores, el vulgo corrompido y elegante, rieron de la sencillez de esta familia de sabios que concedía una importancia emocionante al acto de unirse un hombre y una mujer. Los devotos pidieron que expulsasen otra vez á Reclus, escandalizados por esta ceremonia, que recordaba las sencillas alianzas de los cristianos primitivos.

Esperaban á Reclus nuevas persecuciones y disgustos por sus ideas. Comenzaron á perpetrarse en París y otras

capitales de Europa atentados anarquistas por hombres oscuros ganosos de notoriedad, ó terroristas exaltados que hicieron responsables indirectamente de sus locuras á varios sabios y pensadores. Estos, que se distinguían por su humanitarismo, viéronse envueltos en la común execración levantada por los crímenes de unos cuantos individuos aislados. Sus doctrinas eran efectivamente revolucionarias; pedían una sociedad nueva, pero sin recomendar la violencia y el homicidio como procedimientos.

Reclus sufrió las consecuencias de esta injusticia generalizada por el miedo. Vivía tranquilamente en un pueblecillo cercano á París, cuando la Universidad de Bruselas le invitó á explicar un curso de Geografía, dando á esta invitación el carácter de un homenaje que el pueblo belga rendía al sabio de renombre universal. Reclus fué á Bruselas, y un público inmenso llenó su clase, oyendo con recogimiento su palabra. Pero en esto ocurrieron en Europa varios atentados anarquistas, y el gobierno belga, con la torpeza de todas las autoridades que viven de la represión, se acordó de que Reclus profesaba las doctrinas perseguidas, aunque sólo teóricamente, y cerró su clase, como si pudiera existir relación entre la enseñanza de la Geografía y las bombas de dinamita.

El pueblo de Bruselas protestó, y en la Universidad oficial se produjo un grave cisma. Algunos profesores siguieron á Reclus queriendo participar de su suerte, entre ellos el ilustre catedrático de ciencias sociales, Guillermo De Greet, y juntos crearon como protesta, la Universidad Nueva de Bruselas, ó sea el «Instituto de Altos Estudios», escuela que lleva trece años de próspera existencia. Reclus fué el alma de esta nueva Universidad, que pronto se hizo famosa en el mundo como vanguardia de la ciencia.

Mientras la nueva Universidad buscaba local donde establecerse, un círculo de Bruselas, el de «Los Amigos Filántropos», ofreció sus salones á Reclus para continuar su curso, y el 2 de Mayo de 1894, una multitud inmensa invadió el edificio, hasta sus más apartadas dependen-

cias, ansioso de escuchar la lección de apertura sobre Geografía comparada.

Al año siguiente, Inglaterra, con ese amplio espíritu que le hace reconocer el mérito de los hombres por encima de todas las diferencias políticas y religiosas, dió una lección ruda á los perseguidores de Reclus. La Sociedad Real de Geografía de Londres le concedió la gran medalla de oro. Eliseo, en solemne sesión, recibió el premio con su modestia ordinaria. Este honor le conmovió profundamente. Pero se contentó con el honor, pues la valiosa medalla no volvió con él á Bruselas. Cuando su familia y sus amigos quisieron verla, el sabio, con cierta confusión infantil, tuvo que declarar que la había convertido en moneda para aliviar la miseria de los numerosos compañeros rusos, franceses, españoles, etc., que vivían emigrados en Londres.

Los últimos años de Eliseo Reclus fueron de una actividad creciente. Extenuado por la vejez y el trabajo, toda su vida enérgica é impetuosa parecía haberse concentrado en sus ojos eternamente juveniles, en su frente majestuosa, orlada por la aureola de plata de sus cabellos. Fiel al régimen vegetariano, enemigo de las carnes por delicadeza humanitaria y repugnándole las bebidas espirituosas, su discreta compañera y las demás señoras de su familia mezclaban, sin que él lo supiese, jugos concentrados en los platos de verduras, para aumentar de este modo su débil nutrición.

Su afable modestia era tan grande como sus méritos científicos. Los que tuvimos la honra de ser sus amigos, sentíamos cierta turbación al ver la sencillez con que nos trataba, como si fuésemos sus iguales. Bastaba el más leve incidente de la vida vulgar, para que al momento llegase de Bruselas la tarjeta del sabio. Gran amante de la literatura hasta en sus últimos momentos, si recibía una novela española, leíala detenidamente, con un perfecto conocimiento del idioma, que había aprendido en sus viajes por América, é invertía una parte de su tiempo precioso en una larga carta exponiendo sus juicios.

Aparte de sus ocupaciones de escritor, fundó el *Instituto Geográfico* de Bruselas, que ha hecho una revolución en el arte de grabar los mapas; emprendió la construcción de un globo terráqueo gigantesco; dió numerosas conferencias, unas científicas y otras políticas, y escribió un sinnúmero de estudios en el *Magazine International*, la *Société Nouvelle*, la *Question Sociale*, *Contemporary Review*, la *Humanité Nouvelle*, el *Atlantic Monthly*, *The Independant*, de nueva York, y *Temps Nouveaux*. Además publicó libros como *La ciudad del buen acuerdo*, generoso ensueño de lo que será la sociedad del porvenir, según sus ideales; *Evolución y revolución*, *La enseñanza de la Geografía* y *La anarquía y la Iglesia*, esta última obra encaminada á marcar las diferencias entre su concepción moral y la de Tolstoi. El apóstol ruso predica la no resistencia, la conformidad y la sumisión como arma pasiva; Reclus defiende la resistencia y hasta la rebelión, pero sin odio, sin espíritu de rencor y de venganza. No quiere el retroceso al Evangelio como Tolstoi, sino al contrario, descristianizar al pueblo, y para esto liberar la escuela de la enseñanza religiosa y de la influencia del Estado.

La última obra de Eliseo fué la que él llamaba «Geografía social» que comenzó á publicarse en París pocos días antes de su muerte.

*
* *

En Enero de 1904 murió Elías, el patriarca de la familia, el inseparable compañero y guía de Eliseo. Este se sintió anonadado.

—Ahora me llega el turno—dijo tristemente.

Elías se daba el título de «eterno estudiante». Escribió poco, porque deseaba saber, saber siempre, creyendo en su exagerada modestia que no estaba suficientemente preparado para las grandes obras que pulía en su pensamiento. Dejó esparcidos en las revistas científicas de Francia, Inglaterra, Rusia y los Estados Unidos, valiosos trabajos geográficos y etnográficos. La mitología

universal fué el estudio que atrajo todas sus facultades. Nadie ha conocido como él las innumerables religiones inventadas por la humanidad, estudiándolas por el método comparativo. Sus explicaciones en la cátedra que ocupó en la Universidad Nueva de Bruselas, fueron famosas. Una veintena de sus lecciones forman un volumen interesantísimo con el título de *Mitología universal comparada*.

Con la muerte de Elías quedó Eliseo al frente de los suyos como venerado patriarca. Su familia guarda las tradiciones de su origen hugonote, viviendo unida como en los tiempos de persecución, venerando al más anciano, aunque sus individuos vivan esparcidos por todo el mundo.

La hora final llegaba para Eliseo, y la aguardó trabajando, con la serenidad del justo. Sus últimos artículos aparecieron en *Les Temps Nouveaux*, en Mayo de 1905.

Gravemente enfermo de la angina del pecho, abandonó Bruselas, siendo llevado por su familia á Thourout entre frondosos bosques, á corta distancia del mar. A pesar de las angustias y las crisis de su enfermedad, todavía aprovechó los momentos de calma para corregir pruebas y dictar artículos. En la mañana del 4 de Julio se sintió morir y dió sus últimas instrucciones á la familia y á algunos amigos. Quería desaparecer simplemente, con modestia, como había vivido.

Se sumió en un letargo mortal, pero todavía despertó de él un instante, á impulsos de su fe revolucionaria. Estaba al principio del período agónico cuando llegaron á la casa los periódicos del día, y alguien los abrió, leyendo las noticias de Rusia, que eran la última preocupación del sabio. Los sucesos recientes del pueblo ruso le habían reanimado, viendo una vez más su fe revolucionaria confirmada por la historia.

Una voz susurró en el oído del moribundo, como último consuelo:

—El acorazado *Potemkin* se ha sublevado en Sebastopol.

El sabio se incorporó, la frente alta, y en los ojos aquella llama de juventud que iluminó su vejez hasta los últimos instantes.

—¡La Revolución!... ¡Al fin!...

Y tras este grito volvió á caer para no levantarse jamás, exhalando con sus esperanzas el último suspiro.

*
* *

Hablemos de Onesimo Reclus.

Ocho años menor que Eliseo, fué precedido por éste en los dominios de la ciencia geográfica, á cuyo estudio sentíanse arrastrados los dos.

Onesimo, igual á su hermano en facultades, en aficiones, en originalidad y fuerza para el trabajo, es un gemelo intelectual de Eliseo. Tuvo la desgracia de nacer más tarde y marchar por el mismo camino, comenzando su carrera cuando el mayor era ya célebre. Pero la mayor prueba de su mérito está en que á pesar de la sombra que proyectaba sobre él la gloria de su hermano, y del peso de un apellido ilustre que atribuía á Eliseo los trabajos del menor, éste, salvando todos los obstáculos creados por su propio nombre, logró ocupar un sitio en la misma línea que el otro Reclus.

Ni la menor sombra de envidia turbó nunca el ánimo de Onesimo. Es un espíritu generoso, digno gemelo del alma sencilla y afable de Eliseo. Los dos sabios estaban unidos por una estrecha fraternidad, como tal vez no se ha conocido nunca entre escritores. Eliseo adoró á su hermano como un Benjamín de la ciencia que marchaba junto á él por el campo de la geografía, con vigor juvenil, sin necesitar nunca de su apoyo. Onesimo respetaba y admiraba al mayor, considerando su gloria como suya.

Cuando Eliseo en sus últimos tiempos, viejo y enfermo persistía tenazmente en sus trabajos, Onesimo, con una piedad fraternal, le ayudaba generosamente, escribía por él, realizaba una labor anónima, trabajaba para la ciencia sin fijarse en si sus cuartillas se imprimían bajo

el nombre único de su hermano, agotado y débil por una labor colosal.

No conozco autor más desinteresado, más insensible á la ambición del renombre que Onesimo Reclus. «La vanidad de autor—me ha dicho muchas veces—la *glo-riole*, me importa poco. Lo que me interesa es que la gente aprenda, que se popularicen los estudios geográficos, que todo hombre conozca el planeta que le sustenta, la casa en que vive.»

Igual á Eliseo por los conocimientos científicos, por la serenidad de juicio y por la fuerza en el trabajo, Onesimo le sobrepuja en una cualidad. Es el más artista de todos los Reclus; es el poeta.

Eliseo, aparte de su fama de geógrafo, dejó nombre en las letras francesas como literato castizo. Onesimo es un colorista de la pluma; un escritor de pasión y vehemencia; un sentimental que ha llevado á la Geografía el mismo estilo con que Michelet reanimó la Historia.

Todos los Reclus, nacidos en los Bajos Pirineos, casi á la vista de España, tuvieron la fogosidad y el entusiasmo del meridional; pero entre ellos Onesimo es el que posee estas cualidades en más alto grado.

Como dice su biógrafo Pablo Pelet, marcando la influencia del medio ambiente en el personaje, «el lugar admirable donde nació Onesimo, triste y alegre á la vez, con sus malezas espinosas, sus colinas cubiertas de bosques, sus viejos árboles abandonados, junto á la rumorosa corriente del Gave, teniendo por fondo las rocas de los Pirineos, esta naturaleza, de una melancolía comunicativa y penetrante, produjo un ser de imaginación sensible, de gran apasionamiento y en perpetua expansión: una naturaleza calurosa, de bondad inagotable».

La bíblica fecundidad del pastor hugonote, fué Onesimo el único en heredarla. El solo ha tenido tantos hijos en su matrimonio como tuvieron sus cuatro hermanos y seis de sus hermanas, sumando las respectivas proles.

El lugar del nacimiento y el ambiente de la familia,

influyeron en el destino del pequeño Onesimo, como habían influido en el de Eliseo, ausente ya de la casa paterna y errante por el mundo. Retoño de un tronco vigoroso, criado en un país vecino á España, cerca del Océano, de las landas y las montañas, hablando desde los primeros años, además del francés, el dialecto gascón, el bearnés y el vasco, todo le impulsaba á los largos viajes y al conocimiento de las lenguas. El tesoro verbal de la península ibérica lo poseyó Onesimo desde su juventud, conociendo el castellano, el portugués y el catalán. Cervantes y Camoens fueron sus primeras adoraciones literarias, y aún perduran en él, como lo demuestran sus libros geográficos, en los que son frecuentes las citas de la epopeya portuguesa y de fragmentos del *Quijote*.

Las relaciones del pastor Reclus con sus correigioneros de Alemania y Escocia, le permitían el sucesivo envío de sus hijos al extranjero, en una época en que el cambio de ambiente y el estudio de las lenguas y costumbres de otros pueblos no era común en Francia. Así el buen pastor, á pesar de su pobreza, educaba á sus hijos sana y vigorosamente, haciéndoles conocer el mundo exterior, despertando su curiosidad hacia la Naturaleza y los hombres, por el contraste de los países, idiomas y costumbres, por el conocimiento de razas y almas tan distintas.

La juventud de Onesimo fué en extremo aventurera y vagabunda. Parece una novela de otros siglos, ó más bien una especie de *Gil Blas* de los tiempos modernos. El recuerdo de sus dos hermanos mayores, Elías y Eliseo, que vagaban por el mundo expulsados de su país, tan pronto en Europa como en América, viendo países nuevos y desafiando á la miseria, influyó mucho en Onesimo. Se había educado en plena Naturaleza, vagando por los campos, con las ropas destrozadas y el cuerpo endurecido por esta vida primitiva. Los vecinos le llamaban «el andrajoso Reclus».

La familia le destinaba á suceder en su despacho á cierto tío que era notario, y comenzó á estudiar el Dere-

cho en la Universidad de Poitiers, luego de haber vivido en un colegio de Wurtemberg (Alemania). Pero de pronto se cansó del Derecho. No quería ser notario; su juventud se rebelaba contra la disciplina de las aulas y unos estudios que le parecían inútiles. Sentía la tentación de correr el mundo como sus hermanos, de vivir su vida, de marchar sin saber á dónde, viéndolo todo, estudiando directamente en el libro de la Tierra.

Se alejó de la familia recorriendo á pie toda España y todo Portugal, desempeñando los más diversos oficios, durmiendo muchas noches en la cuneta de un camino, llevando la existencia del vagabundo, que anda y anda, satisfecho de tener el pan del día, sin preocuparse del siguiente, fiando en la casualidad que dirige sus pasos. Después de correr los *campos* y las *sierras* (como dice él, mezclando palabras españolas en sus escritos), pasó á Argelia y allí fué militar, vistiendo los rojos bombachos del zuavo, cubriéndose con el fez de larga borla, viviendo algunos años en las guarniciones avanzadas de la colonización francesa, más difícil y penosa entonces que en nuestros días; en los oasis del gran desierto, entre las tribus semisalvajes, cuyas costumbres pudo estudiar con más detenimiento é intimidad que ninguno de los exploradores africanos. Después, abandonó la vida militar, se hizo negociante de forrajes en la Kabilia, y siguiendo sus deseos de vida vagabunda, adoptó otros oficios no menos precarios y errantes, corriendo á pie y sin recursos casi todo el Norte de Africa, el territorio marroquí, el argelino y tunecino, la Tripolitania; viviendo como los naturales del país, bajo la tienda ó á la sombra de las palmeras, arrojando con la audacia de la juventud los mayores peligros. Ningún geógrafo conoce el Africa como Onesino Reclus. Es su continente favorito, el que ha estudiado mejor, no en la calma del gabinete de trabajo, sino caminando por él, viviendo su vida, confundiendo con las gentes que lo pueblan.

Tras un viaje no menos errante y penoso por América, regresó Onesimo á París llamado por Eliseo, que se

había establecido en la capital francesa después de sus excursiones por las soledades de Colombia. Entonces comenzó su existencia de escritor, dando por terminada esta vida errante y aventurera que había durado quince años.

Eliseo le proporcionó ocupación como geógrafo, presentándolo á la casa Joanes para que trabajase en sus famosas *Guías*, y durante diez años, Onesimo recorrió Francia y otros países como peregrino científico, muchas veces á pie, estudiando directamente, describiendo las bellezas y variedades del suelo, del cielo y de las aguas, con una sencillez magistral, con intensidad poética y colorista, con tierna efusión ante los tesoros de la Naturaleza, viéndolo todo y haciéndolo ver á los lectores gracias á su estilo mágico de poderoso evocador. De estas emociones, sin cesar renovadas, de esta comunión con la belleza majestuosa de su patria, surgieron los libros que le han hecho famoso, dándole el renombre de primer geógrafo de Francia, tierra adorada por él con ternura filial.

Onesimo se dedicó en cuerpo y alma á la Geografía, dando por terminada su existencia errante. Entregado por completo á la ciencia y deseando vivir sólo para ella, ha permanecido alejado de las luchas políticas. Espíritu generoso y de grandes ideales como sus hermanos Elías y Eliseo, no se ha lanzado sin embargo cual éstos en las luchas revolucionarias; no ha sido *militante*; ha sentido cierta repugnancia de artista y pensador solitario á mezclarse en el torbellino de la política, manchándose con las impurezas de la realidad.

Sólo ha querido ser un trabajador de la Ciencia, glorioso á pesar de su modestia. Su ideal político es enseñar á la muchedumbre; que la humanidad se instruya, y al perder su ignorancia, sea señora de sus destinos, dirigiéndose ella misma sin necesitar ya más de los pastores tradicionales.

Su vida de continuo trabajo ha proporcionado tesoros á la ciencia geográfica. Su pluma es la que más ha contribuído en medio siglo á la vulgarización del estudio

de la Tierra. A partir de 1872 lleva publicadas las siguientes obras:

Geografía Universal.

Geografía de la Francia y sus colonias.

Geografía de la Argelia y países limítrofes.

La tierra á vista de pájaro (su obra más notable, traducida á todos los idiomas).

La Francia y sus colonias.

El reino más hermoso bajo el cielo.

Abandonemos Asia y tomemos Africa.

Además, un gran número de obras en colaboración con su hermano Eliseo, entre ellas *El Africa Austral* y *El Imperio Asiático*, que forman parte de esta NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL.

Onesimo Reclus está terminando en la actualidad una obra notabilísima, *El reparto del mundo*, en la cual, fiel á sus entusiasmos por los pueblos latinos, estudia profundamente la lucha entre éstos y las razas del Norte, descubriendo el porvenir diverso que aguarda á las dos grandes porciones de la humanidad civilizada.

En una habitación de la rue Soufflot, en pleno Barrio Latino, en el corazón de ese distrito de París habitado por los grandes hombres de la cultura francesa y por la juventud estudiosa, vive el ilustre geógrafo, el último de los Reclus que queda en pie, el patriarca de la gloriosa familia, representante de los que se fueron y jefe venerable de los que ahora ostentan su apellido glorioso, hijos, sobrinos, aliados, todos hombres de estudio, soldados de la Ciencia, combatientes de la Verdad. En esa habitación encuentra el visitante á un anciano de venerable hermosura, con la majestad de un apóstol en su rostro sereno, rodeado de libros, de mapas, de mil objetos que evocan la inmensa historia de la Tierra. Como últimos vestigios de su vida errante, de su peregrinación audaz y aventurera por la superficie del globo, el anciano siempre animoso y alegre, con esa alegría de los buenos, ostenta en su cabeza la gran boina de los vascos franceses que le recuerda á su país, y abriga su cuer-

po con el poncho americano de sus excursiones de la juventud.

Es un eterno viajero, y así morirá, recorriendo y estudiando á todas horas los más apartados rincones de la Tierra; pero ahora viaja con la imaginación, con el pensamiento, como sólo pueden hacerlo los grandes trabajadores intelectuales; escribe y escribe, viéndolo todo desde su mesa con la certeza que le dan sus grandes estudios; pero al recordar los países recorridos en su juventud, el geógrafo ilustre, el sabio Onesimo Reclus, el último superviviente de la familia gloriosa, siente la nostalgia de aquellos tiempos en que su nombre no era aún famoso, y estudiaba la Tierra directamente, arrostrando privaciones y peligros.

*
* *

Esta NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL se compone de *La Tierra á vuelo de pájaro*, de Onesimo Reclus, obra famosa de vulgarización geográfica, traducida hasta ahora á todos los idiomas de Europa menos al español, y de *El Imperio Asiático* y *El Africa Austral*, de Eliseo y Onesimo Reclus.

Hace ya tres años me dirigí al ilustre y venerable Eliseo, que me honraba llamándome su amigo, con el proyecto de una Geografía novísima que abarcara hasta las más recientes modificaciones de los pueblos de la Tierra y además tratase, con especial extensión, todo lo referente á España y á las naciones americanas de origen latino.

Hace tiempo que en España y en la América española se siente la necesidad de una Geografía moderna y completa que sea nuestra. Todos los pueblos civilizados tienen este libro, menos nosotros.

Eliseo Reclus, que sentía gran predilección por España y su raza, aceptó la idea con gran cariño. El me puso en relación con su ilustre hermano Onesimo, designando *La Tierra á vuelo de pájaro*, escrita por éste, como base fuerte é insustituible de la nueva obra, apreciando

en los libros del hermano la gran amenidad de su texto y lo pintoresco y original de sus descripciones, que hacen su lectura fácil é interesante. El mismo formó el plan de la nueva obra en hermosas cartas, que guardo con religioso cariño. La estructura política de la Tierra ha cambiado mucho desde que Onesimo publicó su obra y desde que Eliseo escribió su Geografía grande, los dos monumentos más recientes de la ciencia geográfica. La guerra hispano-americana, la sud-africana, la reciente ruso-japonesa y otros sucesos humanos, han trastornado desde entonces la geografía de América, Africa y Asia. Además, en una obra destinada á publicarse en castellano, había que limitar la descripción de Francia y sus colonias, hecha en las obras francesas con cierta prolijidad, dando en cambio una extensión mayor, un ensanche especial, á las partes de la nueva Geografía correspondientes á España y las naciones americanas.

El gran Eliseo murió inesperadamente, dejando su espíritu, su dirección y su inspiración á esta empresa de cultura. El noble Onesimo, generoso como un sabio que sólo desea la difusión de la ciencia, ha realizado y completado la obra, con ímprobo trabajo. Su sobrino, Pablo Reclus, el compañero y ayudante de Eliseo hasta los últimos momentos, también ha prestado su concurso á esta empresa.

La *Novísima Geografía Universal*, puede bien adornarse con el título de obra española, pues muchas de sus partes, escritas en francés, han sido vertidas al castellano antes de aparecer impresa. Se compone de *La tierra á vuelo de pájaro*, de Onesimo Reclus, y de *El Imperio Asiático* y *El Africa Austral*, de Eliseo y Onesimo; pero una gran parte de los capítulos de España y casi todo lo referente á la América latina, están escritos de nuevo, con arreglo á sucesos recientes y á los últimos datos, con toda la amplitud que deben gozar en una Geografía Universal publicada en lengua castellana.

Para el público español, tienen los hermanos Reclus, aparte de su mérito como sabios, una cualidad altamente simpática.

Todos ellos amaron con fervor á España y ponen en ella y sus destinos una fe y un entusiasmo que no sienten muchos españoles. En la presente obra encontrará el lector grandes verdades y consoladoras esperanzas sobre nuestra raza.

Cuando Elías, el mayor, vino á España en 1869, en pleno período revolucionario, á organizar la «Sociedad Internacional de trabajadores», publicó en los periódicos de Francia, Rusia y los Estados Unidos, una serie de artículos titulados: «Los museos de Madrid», exuberantes de entusiasmo por las cualidades de nuestro pueblo y su futura regeneración.

Onesimo es un verdadero español. Poseedor de nuestro idioma y constante lector de sus obras clásicas, no escribe un libro en el que no se encuentre un recuerdo á la España de los conquistadores y los navegantes; una cita del ingenioso hidalgo de Lepanto. El lector podrá convencerse de ello en el curso de la *Novísima Geografía Universal*.

Eliseo vino un sinnúmero de veces á Madrid. Cada vez que abandonaba sus trabajos para trasladarse á Argelia ó embarcarse con rumbo á América, atravesaba España y permanecía unos cuantos días en esta ciudad, que le era familiar, como á pocos españoles. Pasaba inadvertido, rehuendo los honores del reclamo, deseando la soledad para verlo todo mejor. Sólo conocían su paso algunos *compañeros*, modestos obreros revolucionarios, unidos á él por la fraternidad de ideales. Dejaba una tarjeta en casa de Pí y Margall, único político español de quien era amigo, y desaparecía, continuando su viaje á otro continente.

¡Gloriosa familia de sabios, modestos y buenos! ¡Es-tirpe venerable de santos laicos, sin otra religión que la de la dulzura y el amor al semejante!... Con hombres como los Reclus se siente el orgullo de la raza; la satisfacción

de estar emparentado con sus almas grandes y generosas por la comunidad de origen; de pertenecer á la misma familia humana, madre de estos seres excepcionales que constituyen en medio de la gran muchedumbre, el grupo de los escogidos, la verdadera nobleza.

Vicente Blasco Ibañez.

Madrid 1 de Mayo de 1906.



La España árida. (Dibujo de Henri Regnault.)

La Tierra á vuelo de pájaro.

LA TIERRA, EL MAR Y LOS HOMBRES

I

Pequeñez ínfima de la Tierra.

El hombre nace y vive en una bola casi redonda, que le parece inmensa. Luego esta bola, este globo llamado Tierra del cual nació, vuelve á tomarlo con la muerte en su «vasto seno».

La humanidad creyó, durante muchos siglos, que la Tierra era el centro, el objeto y la razón de las cosas.

Para los bárbaros, de los cuales somos descendientes y orgullosos herederos, nuestro globo llenaba el Universo: el sol era una luz sin otro objeto que guiar nuestros pasos, la luna una lámpara para alumbrarnos el camino, y las estrellas clavos brillantísimos que tachonaban la bóveda celeste.

Y el hombre que consideraba tan grande á la Tierra, no la había visto aún ni á medias. Hablaba con vaguedad de una Atlántida sumergida, pero ignoraba la existencia de ambas Américas, de Australia, de Oceanía y de casi toda Africa. Lo mismo en nuestros días, se reduce el mundo á dos ó tres archipiélagos para algunos isleños, y á unos cuantos valles para algunos salvajes que sostienen con la caza su vida miserable.

Ya no ignoramos que la Tierra es prodigiosamente pequeña. Si fuese mil doscientas cincuenta veces más grande, sólo llegaría á tener el tamaño del sol, el cual, á su vez, no es más que un grano de arena en el espacio. Arrastrando á la luna en sus flancos, describe la Tierra una elipse alrededor del sol, y éste, llevando consigo á sus planetas, corre veloz por los infinitos caminos del éter hacia una estrella de la constelación del Centauro, la cual, á su vez, huye hacia otra.

Mil doscientas cincuenta veces más pequeña que el astro del cual recibe vida y luz, nuestra pobre bola, nuestra Tierra, tiene cincuenta y un mil millones de hectáreas.

El hombre que rige este dominio, no lo conoce, ni probablemente lo conocerá nunca por completo. Aunque consiga sorprender todos los secretos de los bosques, los pantanos y los desiertos, ¿podrá llegar algún día á los dos Polos? Además, coronan los ventisqueros cimas demasiado elevadas para que encuentre en ellas el pecho humano aire respirable. El Gaurisankar eleva su cúspide á 8.840 metros, en el Himalaya, y aunque se le ha creído hasta hace poco el pico más alto del globo, parece que dos de sus hermanos y vecinos le vencen en altura.

Pero dejando aparte los helados vacíos de los Polos y las cumbres que tienen dos leguas de altura, pronto sabremos cómo está hecho todo nuestro planeta: no quedarán tierras que no estén labradas, y se abrirán surcos por todos lados, allí donde pueda surgir una espiga. Dentro de pocas generaciones, después del año 2000, se aterrarán los hombres al ver continentes cansados, islas gastadas, ríos secos, bosques talados, el mundo lleno y el hambre en acecho. El planeta estará envejecido y moribundo, lleno de heridas. Con manos criminales damos golpes á nuestra madre: el hacha del leñador no sólo derriba los árboles, arruina y derrumba la montaña, y cada cima que cae quita una gota á los manantiales.

Tal vez viajando sobre este grano de arena que nos arrastra por el espacio, se nos olvide algún día aumentar la raza huma-

na. Ya en Francia se aborrece la fecundidad, con aplauso de algunos doctores, que alaban esta prudencia. La población de los Estados Unidos se duplicaba antes cada treinta años, y ya le pesa este aumento. En la otra ribera del Atlántico hacen voto de esterilidad los nietos de aquellos puritanos que se prometían una descendencia más numerosa que las arenas del mar. Menos homicida que esa juventud empeñada en no revivir, fué la monstruosa peste negra, que desde 1336 á 1349 acabó, según cuentan, con 50 millones de hombres.

Cuando todo lo hayamos talado, cuando nada quede por roturar, quemar, segar y canalizar en la tierra, no habremos tomado posesión más que de la cuarta parte próximamente del planeta, cuyos dos tercios, y algo más, ocupa el agua. Siguiendo el hilo de la fuente más humilde, desde el arroyo al afluyente, y del afluyente al río caudaloso, acabaremos siempre por llegar al mar, que, como dice el poeta noruego «viaja eternamente hacia su propio encuentro», y sin cansarse nunca, siempre está demoliendo para volver á construir.

La tierra firme, con sus aguas corrientes ó estancadas, ocupa 136 millones de kilómetros cuadrados, y el conjunto de los mares abarca 374 millones (1).

No se crea que lapoblación del mundo está repartida con regularidad por toda su extensión. Regiones hay que desafiarán siempre la impaciencia y la avaricia de los hombres. Algunas, duermen sobre los hielos; otras, no menos extensas, son hornos que enciende el sol todos los días.

15

El mar y las lluvias.—El Sol y los climas.

No es el divino sol el único culpable de que haya en la tierra zonas ardientes, que nunca podrán ser fecundadas. Su compañera indispensable es la lluvia: con ella crea, y sin ella devora.

Cuando más resplandece sobre una tierra, más la quema y penetra en ella. Cuanto más la acaricia la lluvia, más opulenta y fértil la hace.

(1) Exactamente la tierra ocupa 136.055.371 kilómetros, de los cuales una vigésima cuarta parte son islas.

El mar ocupa exactamente 374.057.912.

Del Pacífico y del Atlántico, del Océano Indico y del Austral, de todos los mares grandes y pequeños, se elevan vapores que se convierten en nubes y van empujados por el viento hacia las costas.

La nube es la lluvia que marcha.

Todo país en el cual los cielos se cubren de nubes con frecuencia, es pródigo en frondosas arboledas, en ricos pastos: pero ¡ay de las comarcas donde sopla con poca frecuencia el aire húmedo! Esto ocurre en Aragón, en la meseta de León y Castilla, en la Mancha y en Extremadura, en las estepas del Atlas, en el Sahara, en el Africa Austral, en Arabia, en el Irán, en la Alta Asia, en las mesetas de las Montañas Rocosas, en el Desierto de Atacama, en la pampa del Tamarugal, en la mitad de la República Argentina y en las tres cuartas partes de Australia; en todas las mesetas apartadas del mar, en los valles perdidos que no puede encontrar el viento lluvioso.

Por alta que suba una montaña, no se opondrá al paso del sol: pero por muy baja que sea, puede impedir el paso á la lluvia. Bien lo sabe el viajero que haya pasado desde Tras-os-Montes á Entre-Douro y Minho.

En Tras-os-Montes, prolongación occidental de las altas llanuras de Valladolid y Zamora, habrá visto tierras secas, ribazos pelados, horizontes sombríos, cañadas sin agua, arroyos miserables, y después de haber sufrido todo el día el calor y el polvo, se habrá helado de frío por la noche. En cuanto traspone el viajero unos montes humildes, sobre todo después de pasar la *Serra do Marao* (1.422 metros), baja hacia Amarante, país de admirable frescura, esplendor y belleza, abundante en ríos y poseedor, según dicen, de 20.000 manantiales cristalinos.

No menos dignos de atención son los contrastes entre Oviedo, Gijón ó Santander, y las llanuras de León; entre San Sebastián y el interior de Castilla; entre el verdor bearnés y las sedientas piedras de Aragón. En la Gran Bretaña llueve cinco, seis y hasta diez veces menos en la vertiente oriental que en la occidental, y en Noruega, el litoral visitado por los vientos, recoge cinco, seis y ocho veces más agua que la meseta alta, tierra fría rodeada de montañas. Pocas comarcas hay, aun siendo pequeñas, que no cuenten con algo como las *Serras do Marao*. A veces son simples colinas las encargadas de distribuir los nublados con funesta parcialidad, prodigándolos á los valles marinos y negándolos á las llanuras interiores.

Allí, donde no llueve, el sol hace de la tierra una región estéril

incapaz de siembra y de cultivo; pero en el país lluvioso, da vida á prados y arboledas. De la fuerza de sus rayos, de la duración de su luz, dependen las diversas formas de las plantas.

En el extremo Norte no pueden sus rayos oblicuos ablandar los hielos amontonados en centenares de leguas alrededor del Polo. A pesar de lo largo de los días, no templan bastante el aire ni el agua. Por eso no brotan más que musgos y líquenes, plantas rudimentarias, árboles enanos en esta zona glacial, llamada ártica al Norte y antártica al Sur.

Pero al avanzar hacia el Mediodía, la Naturaleza se va haciendo fecunda á medida que pierden oblicuidad los rayos del sol, y hay menos desigualdad entre los días y la noche.

Desde la zona glacial se pasa á la zona fría, donde se yerguen abedules y pinos, abetos y alerces, apiñados en bosques imponentes. No hay allí, como en los Trópicos y el Ecuador, una orgía de formas, un lujo inaudito de lianas, una mezcla trágica de troncos y ramas, un combate mortal entre los árboles y las especies, un impulso frenético hacia el aire y la luz. No: el árbol, que ningún enemigo ataca, y al cual ningún dogal ahoga, conserva en la zona fría su perfil y su independencia. En los bosques del Norte, el claro-oscuro de las alamedas abre horizontes á la mirada, mientras que en las selvas sudamericanas aprisiona al caminante en el dédalo de sus locas vegetaciones.

Con troncos como columnas, frondosas bóvedas, escasa claridad y vasto silencio, las arboledas de los climas fríos y templados tienen algo de la arquitectura y el recogimiento de los grandes templos. Más monumentales son que las selvas de los Trópicos, en las que todo orden desaparece debajo del exceso de tapices y coladuras. El otoño las desnuda, después de haberlas adornado con vivos colores, y enrojeciendo y dorando sus hojas, las arranca de la rama y las entrega al viento. Luego viene el invierno, que no priva de sus agujas á los árboles resinosos, y en el bosque rígido, los pinos y los abetos doblan las ramas sombrías y negras bajo el peso de la nieve.

Al salir de las escarchas sin fin y de los árboles aprisionados por la noche y el hielo, entramos en una zona donde el sol luce ya sobre troncos pujantes y selvas gloriosas; donde madura el trigo y verdean los prados. De la zona templada-fría, donde no crece la viña, se pasa á la templada caliente, cuya gloria es el vino, y cuya vergüenza y miseria es la filoxera. Allí crecen la encina, el tilo, el fresno, el haya, el olmo, el castaño y el álamo junto á los pinos y abetos del Norte.

Con los olivos, á los que siguen los naranjos y las palmeras, entramos en la zona cálida: Cádiz, en España; Nápoles, en Italia; Cannes y Menton, en Francia; Argel, en Africa. Libre de los fríos del Norte, de la niebla de los países templados, de los tifones y tornados de los Trópicos, es la tierra más hermosa y feliz de nuestro globo, verdadero vergel de placeres, sobre todo á orillas de ese Mediterráneo donde se encuentran Europa, Asia y Africa. Dejando á un lado recuerdos antiguos y preciosos, muchos hombres se sienten más conmovidos á orillas de ese mar admirable que ante la opulencia de los bosques más exuberantes del Trópico.

La zona tropical acompaña al Ecuador en la redondez de la Tierra. Se despliega entre el Trópico de Cáncer al Norte, y el de Capricornio al Sur. Obtiene su poderío de la profusión de lluvia traída por vientos regulares y del calor solar, cuyos rayos, cada vez más rectos, según nos acercamos al Ecuador, caen directamente sobre el suelo. Este maridaje del calor y la humedad produce un maravilloso exceso de vida en bosques prodigiosos, donde cada árbol tiene sus lianas, sus bejucos, sus parásitos, sus aves abigarradas, sus monos burlones. Allí viven los animales más elegantes y más fuertes de la tierra, se arrastran las serpientes más venenosas, y zumban, vuelan, saltan, pican ó cortan insectos innumerables, enemigos invencibles del hombre.

Nuestra raza tiene que pagar con su salud los esplendores de ese clima blando, enervador, que convierte á los hombres negros y rojos en una turba sin energía, y envejece aprisa á los blancos.

III

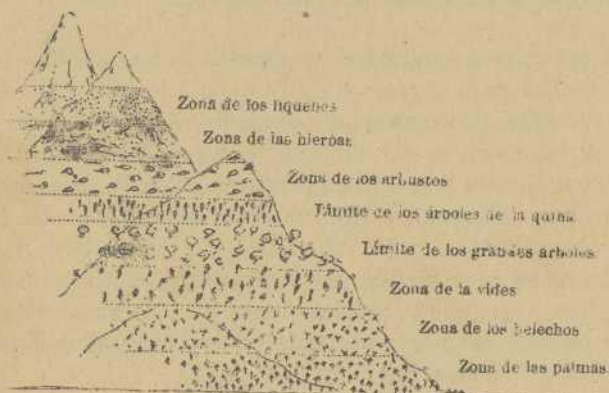
Poder de la altitud.

La altitud crea los climas generales: el glacial, el frío, el templado, el cálido y el ecuatorial. Dentro de estas grandes zonas, la elevación del terreno crea á su vez infinitos climas locales.

Al elevarnos por encima del nivel del mar, notamos más frescura en el aire, y cuando se sube mucho más, se nota fría la atmósfera, y luego glacial, según la exposición al sol ó á la sombra, la naturaleza de las rocas y las mil y mil circunstancias locales. 160 á 250 metros de elevación, determinan un grado de descenso en la temperatura media anual de un lugar. Al mismo

tiempo, el clima de los lugares superiores es mucho más variable que el de los inferiores; más brusco y caprichoso, más extremado en frío y calor, más distinto según las horas del día y las estaciones del año.

Subir cien metros equivale á caminar 125 kilómetros en dirección al Polo. En la granja peruana de Antisana el término medio de temperatura anual equivale al de San Petersburgo, y eso que la ciudad de los palacios helados mira al cielo del grado 60 boreal y la granja de los Andes contempla la cúpu-



Zonas de vegetación en las grandes montañas. (Según Humboldt.)

la de un cielo ecuatorial. Pero San Petersburgo está al nivel del mar y la casa del Perú se halla á 4.000 metros por encima de él.

Montes innumerables muestran sobre sus cumbres nieves perpetuas, mientras en los valles, que están tan próximos á éstos picos, que águilas, buitres y condores pueden bajar á ellos en pocos aletazos, los tibios soplos, los cálidos rayos del sol hacen del año una primavera semejante al estío.

En la parte Norte de la Tierra, donde el hielo llega á orillas del mar, es poco visible la influencia de la altura, pero al aproximarse á la zona templada, el hombre más obtuso nota esta influencia con asombro.

En Francia se sube en pocas horas desde los olivos del Bajo Languedoc hasta las mesetas cevenolas, donde apenas puede crecer el centeno. En medio día se llega desde el valle de Prades, tibia estufa, á la cumbre casi inmutablemente invernal del Canigó.

En el Ecuador, diez metros de ascensión equivalen á doce kilómetros de marcha hacia el Norte. En la base de los gigantescos montes ecuatoriales ó tropicales, cubiertos de nieve, brilla el sol sobre bosques maravillosos, sobre campos de fecundidad inaudita (cuando los riegan), sobre aldeas donde se puede vivir sin ropa, sobre ciudades donde el hombre vestido suspira por el fresco y la desnudez.

La frescura en el Trópico la encuentra el hombre á quinientos metros de altura y más todavía á mil, á la sombra de árboles, muchos de los cuales no parecen del país, pues son distintos de los de la llanura.

A dos mil metros respira á pleno pulmón en bosquecillos donde se aclimatan las mismas plantas de Europa; á los tres mil, vive á su gusto en valles deliciosamente templados; á los cuatro mil tiene frío. A los cinco ó seis mil no podría vivir, y si le fuese posible llegar á siete ú ocho mil perecería entre los horrores del Polo, mientras abajo, sus semejantes vivirían en la angustia de un calor excesivo. Siete ú ocho kilómetros de altura bastan para colocar en plena zona tórrida una temperatura mortal semejante á la del Polo, y eso que para llegar hasta éste, en línea recta, habría que recorrer la cuarta parte del globo, diez mil kilómetros hacia el Norte ó hacia el Sur.

Con ese poder que tienen las alturas para escalonar los climas y superponer las plantas, desde las más sensibles al frío hasta las más insensibles, gana mucho el globo en variedad. Cada montaña alta del Ecuador ó del Trópico, cada montaña regular de las zonas templadas, viene á ser una tierra en pequeño, con todos ó casi todos los climas y los cultivos.

IV

Provincias geográficas.

El régimen de los vientos y las lluvias, la proximidad ó el alejamiento de los mares, la distancia desde el Polo ó desde el Ecuador, la colocación de los montes y la naturaleza de las rocas ó subsuelo, determinan las provincias geográficas.

Las calidades del suelo y del subsuelo influyen casi tanto como la altitud, la latitud y la lluvia, en el aspecto y condiciones de las comarcas. Un país permeable y seco, se diferencia mucho de otro impermeable y húmedo, lleno de fuentes y estanques, de arroyue-

los sinuosos, de bosques inundados y praderas frescas. Hay comarcas de arena, otras de roca, otras de arcilla pegajosa, que se lleva uno en las suelas del calzado. Una comarca granítica nunca se parece á otra caliza ó gredosa, y no crea las mismas plantas, ni produce los mismos hombres. En el largo transcurso de los siglos, una región puede transformar la raza que se ha establecido en ella sin ser oriunda de su suelo. Nadie opinará que el hijo de la «tierra de granito, cubierta de encinas», lavada por lluvias sutiles y roída poco á poco por olas verdes bajo cielos plomizos, el hombre de Roscoff ó de Douarnenez se asemeja al viñador de las colinas gasconas, al pescador de la costa italiana, al sahariano desecado por el sol, al portugués convertido en brasileño entre Pará y Santos, al indio cuya choza está próxima al rey de los ríos.

De estos diversos habitantes del mundo, han hecho el suelo y el cielo una familia extraordinariamente variada, que no siente ni comprende su unidad más que por la común posesión del lenguaje articulado, y tal vez de lo que se puede llamar la facultad del ideal.

Prescindiendo de la fusión de las sangres, el tiempo es el único que puede atenuar (nunca borrar) tan prodigiosas diferencias. Si el «medio» transforma, necesita para ello el concurso de las edades. Y aun así no sabemos (porque es muy breve nuestra experiencia); si esta alianza del medio y del tiempo es capaz de hacer de un francés un lapón ó de un africano un islandés. Somos ignorantes y efímeros, pequeños y pobres. Contamos por decenas nuestros años y por siglos la edad de nuestros pueblos, mientras que los miles y miles de años no son más que un instante para la Tierra, que también perecerá á su vez, con su satélite, sus compañeros planetarios, y su sol.

La tierra y el mar dan la vida á quinientas mil especies de plantas y trescientas mil especies de animales. No es necesario reproducir la lista de los cuadrúpedos, aves, insectos, árboles y flores de un país. Las mismas plantas no pueden crecer en las tierras islandesas y en el Sahara, esa «inmensidad amarilla donde surgen como motas blancas Tuggurt y Biskara».

Las comarcas del Norte ó las septentrionalizadas por la altura, tienen la vegetación del Norte; la zona templada, tiene las plantas que permite el clima templado, y la zona tropical, las del Trópico, excepto en sus altas montañas, donde se escalonan hierbas y árboles de la zona templada, la fría y la polar, porque entre los Trópicos cada monte alto es un resumen del mundo.

Ahora que cada región acostumbra á cuidar todas las plantas que toleran su clima, lo mismo las propias que las extrañas, se realiza la predicción de Virgilio: «Por doquiera la tierra producirá de todo» (en los límites de lo posible) *Omnis feret omnia tellus*. Desde los tiempos de Cristóbal Colón hemos enviado de ciento cincuenta á doscientas plantas á América, y América nos ha enviado á su vez más de sesenta. Casi todos nuestros árboles frutales y nuestros cereales proceden de Asia.

Al mismo tiempo que dispersan por el mundo las maderas preciosas, los sabrosos frutos, los jugos tónicos y las savias saludables, se propagan también venenos y plagas.

No es solamente en el golfo de Méjico y en las Antillas donde la fiebre amarilla espanta á la raza de hombres pálidos, sino que asuela también el Brasil, pasa casi todos los años por Río Janeiro como el ángel exterminador y vuela hasta el Plata, país antes muy sano, donde más de una vez ha hecho rezar la oración á los agonizantes y millares de familias. Ha llegado hasta Lisboa, apareció una vez en las costas de España y se presentará seguramente en Francia.

El cólera, hijo de Bengala, suele también visitarnos con frecuencia. ¿Quién nos librará de ese extranjero lívido, cuando la red de vías rápidas junte todas sus mallas desde el Sena hasta el Ganges? Todo carril colocado al extremo de otro carril, camino de Oriente, nos aproxima á la madriguera tibia y cenagosa donde nació, nace y renacerá sin cesar, el más terrible y omnipotente de cuantos conquistadores vomitó Asia.

V

Número de los hombres.—«Civilización» y colonización.

Injusticia de los fuertes.—Aclimatación.

Calcúlese aproximadamente el número de hombres en 1.450 millones. Tal vez hay que añadir á esta cifra 300 millones más. ¿Cómo nuestra raza ruín, débil y mal armada, pudo conquistar la Tierra contra animales de poderosas garras, agudos dientes y fuerza hercúlea? ¿Cómo venció á los felinos, más robustos que el hombre, más hermosos, mejor abrigados y más ágiles? No conocemos esa historia secular; lo único que sabemos es que el hombre era más inteligente que las bestias de presa.

¿Y cómo no se han destruído después los hombres mismos, con tanta guerra, matando por matar?... ¡Cuántas veces el hombre ha cubierto de muertos los campos de batalla! ¡Y cuántas los volverá á cubrir! Pero en fin... á pesar de flechas, chuzos y lanzas, á pesar de las balas y las bombas, á pesar de la peste, de la fiebre, á pesar de todo y á pesar del mismo hombre, cada día se muestra éste más erguido y poderoso, y pronto cubrirá el mundo.

Si esto no es aplicable á toda la humanidad, lo es, por lo menos, á algunas de sus familias, sobre todo á los blancos de Europa que han escrito en su bandera: «Coge, mata y come.»

Los europeos, y sus descendientes los americanos, empujan á los pueblos pequeños y débiles á la matanza ó al hospital. Cada día se borra una tribu, una lengua, un mito, una idea.

Así colonizamos, así «civilizamos».

Pero si desaparecen la idea, el mito y el idioma de un pueblo, el pueblo no sucumbre más que en apariencia. Ninguna raza muere por completo: pocas veces desaparece enteramente una tribu, por pequeña que sea. Substituyen á sus nombres nombres extranjeros; sus altares son derribados y olvidadas sus leyes; bórrase su idioma, pero el alma de la tribu sobrevive con la sangre de las familias más vigorosas. Por poco que el soldado, el aventurero, el cazador, el hombre de ley ó la miseria hayan dejado sin derribar á algunos vencidos, penetran éstos á su vez en la raza enemiga y vencedora, á veces por uniones legales, generalmente por uniones al azar. Así nacen los mestizos que, más arriesgados en el suelo natal, crecen con mayor fuerza que los hijos de los conquistadores, y á la larga, la nación que se quiso extirpar vuelve á agarrarse á la tierra materna con inextirpables raíces.

Aun entre los anglo-sajones, que son los exterminadores que menos se enlazan con los salvajes á quienes persiguen, no hay una sola tribu que haya perecido en realidad. Reviven los indios en una porción de familias blancas de los Estados Unidos, y el día en que se diga *El último piel-roja ha muerto*, la vida de las Seis Naciones y de otros cien pueblos, muertos al parecer, será más floreciente que nunca en millares de casas americanas, muy orgullosas de su origen inglés. Hasta los tasmanienses, salvajes escrupulosamente degollados hasta el último, han dejado algunos mestizos dispersos en Australia.

Por ésto del seno de familias que se creen de raza pura, en América, en Africa, en Asia, en Oceanía y hasta en Europa, surge de

pronto un niño de rostro singular, hijo de alguna nación que se cree exterminada, pero que, en vez de haber muerto, no ha hecho más que dormir. Sólo con nacer ese niño, protesta contra injusticias seculares. La nación *superior* había olvidado la hospitalidad mal pagada, los juramentos violados, los bosques ardiendo, los hombres acuchillados, las mujeres despanzurradas, los pequeñuelos estrellados contra las paredes; la historia se callaba, pero, como dice la Escritura: «si éstos se callan, hasta las piedras gritarán.»

Esta duración eterna, aunque sombría, de los pueblos, endulza algo la amargura de la historia del mundo. Además suele verse con frecuencia que en los países conquistados y despojados, el saqueador padece más que las víctimas, y este mismo padecimiento viene á constituir para él cierto derecho. Cuando los colonos han llenado con cadáveres de compañeros los cementerios de la tierra conquistada, tienen razón para llamarla su patria.

La aclimatación es cosa difícil por poco que la comarca, de donde salieron los colonizadores, disfrute de un clima menos caliente, menos pesado, que el país que van á fecundar. Dominarán la tierra extraña, lenta y dolorosamente, ocultando debajo de la hierba varias generaciones de hombres muertos antes de haber disfrutado todos los frutos de la vida. De todas partes brotan para ellos ponzoñas invisibles: del suelo que pisaron los indígenas atacados, del aire que respiraban, del agua que bebían, de la montaña que ocultaba sus cabañas ó sus cavernas.

El inglés vive mal en Sierra Leona y en la India; el francés padece mucho en el Senegal, Gabon, Cochinchina y Guyana; el holandés se queja de Batavia; el negro, el anamita, el indio, el javanés, cuando vienen á vivir á Europa (uno por cada mil de los que desde Europa van á las tierras de ellos), pronto pierden la vida. Lo mismo acontece con los animales. El más alegre de todos, el mono ecuatorial, deja de saltar por las jarcias cuando el buque que le conduce ha pasado el Trópico. Después se muestra inquieto, resignado ó rabioso, padece reuma y tisis, y sufre, además, una enfermedad mortal, la nostalgia de los frondosos bosques.

Hay naciones que resisten mejor que otras los diversos climas; fuerza innata que deben á su origen mixto ó á la larga permanencia de sus antepasados en un clima intermedio entre el tórrido y el templado. Estos pueblos cosmopolitas que se encuentran muy bien en todas partes, son: los españoles, los portugueses,

los árabes y los judíos. Pero á todos estos les ganan los chinos, que invaden poco á poco Asia, el archipiélago malayo, las islas del mar del Sur, y si los dejaran, llenarían en pocos años ambas Américas.

VI

Razas y religiones.

La ciencia ha distribuído á los hombres en grupos. Cada sabio ha inventado una división. Generalmente, se distingue á la raza blanca con dos tipos distintos: el moreno y el rubio, aunque muy mezclados. A los blancos, que se llaman arios, suele juntarse la raza árabe ó semítica, cuando no se la considera como una «humanidad» aparte y se habla de raza blanca en general. Luego vienen los amarillos ó mongoles que, gracias al enorme contingente de los chinos, constituyen las dos quintas partes de los hombres; después los polinesios, los papúas, los negros y los negroides, y, por último, los indios ó pieles-rojas.

Esta división, como todas las que se han hecho de la gente humana, tropieza con dificultades insuperables. El origen de las razas y sus lazos de parentesco, son un laberinto en el cual se extravía la ignorancia de los hombres y del que probablemente nunca se saldrá. ¿Qué guía puede encontrarse en este dédalo, cuando toda la historia se calla, y no hay más que el obscuro lenguaje de algunos retazos de leyendas y de algunos huesos medio pulverizados?

Están hoy tan revueltas las razas que no se puede desembrollar la maraña de los parentescos humanos. ¿Es que hay hombres de raza pura, aunque algunos en su orgullo lo proclamen á gritos? Oímos lenguas y no sabemos si los que las hablan son hijos legítimos de su pueblo, ó bastardos: si son vencidos y asimilados de una raza extranjera.

La palabra *raza*, tal como ha pasado al lenguaje corriente, nada tiene de absoluta: sirve para designar una de las tribus mayores de la humanidad, como en la expresión *raza blanca*, *raza negra* ó *raza cobriza*, y del mismo modo designamos una familia menor, al decir *raza española*, *francesa* ó *inglesa*. La raza llamada blanca está mezclada, hasta en los individuos más puros, con elementos procedentes de la amarilla, la roja y la negra. Las razas española, francesa, etc., que proceden de orígenes heterogé-

neos, siguen transformándose, cada vez más, con innumerables tributos extranjeros.

La raza blanca, en general, ó aria, que habla lenguas del mismo origen, glorificadas por literaturas magníficas, cubre toda Europa, y se extiende rápidamente por el Norte de Asia, por el Africa Septentrional y del Sur, ambas Américas, Australia, Nueva Zelanda é islas del Mar del Sur. En una palabra: domina el mundo. Todos los pueblos admiran su ingenio inventivo, todos temen el alcance de sus armas, todos envidian su fortuna, todos mendigan algo de su oro. Propaga por todas partes la «civilización» y al mismo tiempo las máximas de un comercio desvergonzado, el amor al dinero, el desprecio al débil y al pobre, la sed de lujo, el veneno de la embriaguez. Lleva la guerra y la paz en los pliegues de su manto, y su paz es más mortal que la guerra. Esos colonizadores de la tierra, explotadores del mundo, profesores del bien y del mal, apóstoles y devoradores, son unos 450 millones, á lo más, incluyendo á los semitas, sin contar con que millones de blancos (sobre todo en América), no lo son más que de nombre, pues tienen más abuelos rojos y negros que antepasados arios.

Los semitas, menos numerosos, menos fecundos que los arios, habitan la Arabia, parte del Asia anterior, el Nilo de Egipto y de Nubia y el Norte de Africa. Cada día se extiende más su poderío, aunque no su sangre, por el Africa interior. Por la lengua árabe, que es la del *Korán*, libro sagrado del islamismo, por el proselitismo musulmán, por la caza de esclavos, por las matanzas y ruinas, han ganado mucho sobre las razas negras y negroides del continente sombrío; pero en uno de sus territorios más hermosos, el Africa del Tell, parece que retroceden ante los europeos, que poco á poco les quitarán todo ese Mediterráneo que, por tanto tiempo, fué mar árabe y luego mar turco.

Los judíos, hermanos de los árabes, continúan siendo la tribu menos mezclada de la tierra, á pesar de la hermosura de sus mujeres, porque se casan siempre sin salir de la raza. Esta rama de la supuesta familia semítica no retrocede ante nadie; en todas partes acrecienta su influencia y su audacia; en todas partes amontona en sus arcas tales riquezas, que junto á ellas serían una pobreza las de Cresos. Se los calcula solamente en unos siete millones, pero son tan poderosos merced á su oro, como el resto de los hombres. De estos siete millones, muchos no tienen de judíos más que la religión, el espíritu de lucro y los defectos, las cualidades

y las costumbres de los israelitas. Su origen es otro, pero también hay que contar con que muchos cristianos son oriundos de sangre hebrea.

En el Asia Oriental bulle la raza amarilla ó mongólica: más de 550 millones de hombres. Disputa la raza amarilla el imperio á la blanca, no por un genio superior, sino por el número, la sabiduría práctica, la paciencia incansable y la moderación en el deseo.



La España lluviosa. (Dibujo de Gustavo Doré.)

El amarillo resiste mejor los climas tropicales, trabaja más barato y no aprecia tanto el tiempo y la labor. Los chinos, pueblo inmenso del cual son satélites los demás mongoles, forman casi la tercera parte de la raza humana.

Los demás, negros y negroides, malayos, polinesios, papúas y pieles-rojas (unos 400 millones de hombres), reconocen, de grado ó por fuerza, el terrible ascendiente del blanco.

Los negros y negroides habitan el Africa y también América, pero en ésta sólo viven desde hace tres ó cuatro siglos, ó sea desde que los transportaban á millones como esclavos, encadenados en las bodegas de los barcos, con la amenaza para los rebeldes, los

enfermos y los muertos, de ir á parar al fondo del Océano. A veces corría igual suerte todo el cargamento cuando había que aligerar el navío.

No tienen la fuerza de combinación del blanco, ni la cautela tranquila y laboriosa del chino; pero les dan larga existencia la alegría, la satisfacción de vivir, la bondad, la exuberancia, la fecundidad, la resistencia al sol y su salud inalterable en tierras pantanosas. Cuando el pasado no pudo destruirla, nada le queda ya que temer á esta raza, que es en la que más se ha cebado la matanza. El país más hermoso de cuantos ve el sol, ó sea el Brasil, no pertenece á la raza portuguesa más que de nombre; en realidad está lleno de negros y mulatos.

Los indios ó pieles-rojas de América van desapareciendo ante los blancos. Vertióse, y se vierte todavía, su sangre en la arteria de las naciones hispano-americanas, como la negra en la de los brasileños. Los malayos, sometidos á los europeos, sufren la invasión china; los papúas ó melanesios disminuyen; los polinesios ó canacos, después de haberse reducido tanto, que se los creía perdidos, recuperan la existencia y se mezclan poco á poco con los blancos. En esta raza son hermosos hombres y mujeres, y tal vez su cruzamiento con los europeos dé origen á poblaciones insulares muy interesantes.

Hablemos de las religiones.

Nacen los hombres en el seno de sociedades cuyo idioma aprenden sin darse cuenta, y cuya religión siguen sin haberla estudiado. Mahometano hay, sectario ferviente del Dios único, que mejor habría adorado las divinidades del Panteón de la India. Hay hombre del Indostán que se deja aplastar por el carro del ídolo, habiendo nacido más bien para doblar la cerviz ante Alá, cuyo profeta es Mahoma. Una gran parte de los católicos tienen el alma de un fetichista.

Cuatrocientos millones de cristianos, siete de judíos, 175 de musulmanes, 650 de budistas ó brhamanistas y 220 de idólatras ó paganos: esta es, poco más ó ménos, la distribución de las religiones entre los habitantes de la tierra.

VII

Continentes y partes del mundo.

Cristianos ó no cristianos, arios ó no arios, rubios, negros ó rojos, los 1.450 millones de hombres no habitan un mismo bloque de tierra. Viven sobre dos zócalos grandes, en otro que es menor y en una infinidad de islas.

El zócalo mayor es el antiguo continente, formado por las tres partes del mundo que se reúnen en torno al Mediterráneo. La masa compacta se llama Asia, y se supone que es la cuna del hombre. Con ella se unen, por la parte occidental, Europa «la blanca», al Norte y al Sur Africa, «la negra». 1.3000 millones de hombres se extienden por más de 8.000 millones de hectáreas.

	Hectáreas.	Habitantes.
Asia (sin las islas de la Sonda)..	4.288.209.000	771.133.000
Africa.....	2.982.325.000	210.000.000
Europa (sin Nueva Zembla, isla polar).....	983.500.000	330.000.000
	<u>8.254.034.000</u>	<u>1.311.133.000</u>

El segundo zócalo grande es América, á la cual llamamos Nuevo Mundo, no porque haya surgido recientemente del abismo de las aguas y haya acrecentado á nuestra vista en un tercio el dominio de los dueños de la tierra, sino porque después de un primer descubrimiento, desconocido por los pueblos de Europa (excepto los escandinavos, que ya lo habían olvidado), nos fué revelada en 1492 por el genovés Cristóbal Colón, que mandaba tres carabelas españolas. Forman este zócalo dos subcontinentes: América del Norte y América del Sur, unidas por un país de istmos, de los cuales el más célebre es el de Panamá.

	Hectáreas.	Habitantes.
América del Norte.....	2.072.084.600	95.000.000
América del Sur.....	1.775.229.200	30.000.000
	<u>3.847.313.800</u>	<u>125.000.000</u>

El zócalo menor es la árida Australia, cuyas tres cuartas partes

están ocupadas por arenas, rocas y guijarros. Sin agua y con malezas espinosas por toda vegetación, en desiertos que siempre lo serán, este continente pobre, monótono por su naturaleza y por sus hombres que todos hablan el inglés, no alcanza la extensión de Europa.]

	Hectáreas.	Habitantes.
Australia	769.572.600	2.500.000

Reuniendo al continente de Australia una infinidad de islas dispersas en el más vasto de los mares, se añade á Europa, Asia, Africa y América, una quinta parte del mundo, llamada Oceanía. Incluyendo en ella el archipiélago de la Sonda, tiene unos 34 millones de hombres en 1.065.161.000 hectáreas. La mayor de sus islas (qué es también la mayor del mundo entero), está muy cerca del menor de los continentes (Australia). Es Nueva Guinea, con 80.795.600 hectáreas. Luego viene, por orden de proporción en el mismo mar, Borneo (73.635.000 hectáreas), y junto al Africa Austral, la isla de Madagascar (59.196.400 hectáreas).

VIII]

Océanos.—Mares y tierras polares.

Para los habitantes blancos, amarillos ó negros del antiguo continente, sale el sol por encima del más grande de los mares, el Pacífico ó Gran Océano, y se pone por encima de un Océano menor, aunque también inmenso, el Atlántico. Este separa á Europa y Africa de la América Oriental: aquél se extiende entre Asia-Oceanía y la América Occidental. En él existe un abismo de 8.513 metros, el más hondo de cuantos se han medido hasta ahora. No indica este abismo el centro del Pacífico, pues se abre muy cerca del continente asiático, al Este de los Kuriles, que son una hilera del volcanes entre el Japón y el Kamchatka. Si se le echara dentro el Gaurisankar, que es el monte más alto de la tierra, no desaparecería en él del todo, pues la cumbre quedaría en forma de isla escarpada, sobresaliendo del mar 337 metros. De esto resulta que las alturas de la tierra son mayores que los abismos del mar. Es posible que el Gaurisankar tenga detrás de él cumbres aún más altas, pero también el Océano debe tener abismos más hondos que el abismo de Tus-

carora, llamado así por el nombre del buque que lo sondeó. Las montañas se distinguen y miden fácilmente, mientras que el fondo del mar hay que adivinarlo y contar con el acaso, para que descubra su depresión más profunda.

El abismo de Tuscarora viene á ser doble que la profundidad media del mar, la cual se calcula en 4.000 metros. Si se precipitara toda la tierra en el Océano, no elevaría su nivel más que 150 metros.



Las grandes dunas del Sahara. (Dibujo de Veullier.)

En la achatada parte Norte de los dos grandes continentes, en el Sur puntiagudo de América y en el menos afilado de Africa, mares fríos guardan el Polo ártico y el antártico contra las empresas de los hombres. El segundo es menos accesible que el primero y se han acercado menos á él los marinos. En el Norte han pasado del grado 84 de latitud, á costa de infinitas vidas de estos violadores del silencio eterno. Todo calla en los campos polares, menos el oso blanco cuando camina sigiloso entre brumas, bajo una lluvia de nieve ó á la luz de un pálido sol, y la foca cuando se sumerge para librarse del oso y sube después á respirar por un agujero del banco de hielo.

El hielo también, cuya infinita llanura debe extenderse hasta el Polo, está mudo casi todo el año, mientras dura la noche polar. Pero cuando empieza á iniciarse el día único del año, vibra, se hiende y estalla, se dispersa en témpanos, y antes de que torne á empezar la noche, vuelven á convertirse en bancos de hielo el mar ártico y el antártico, y cae sobre ellos la nieve eterna.

Así renace de sí mismo el hielo inmortal alrededor de los Polos, agarrado á algunas tierras miserables:

A la isla de Juan Mayen, sola en su blanco desierto.

Al Spitzberg y Nueva Zembla, no lejos de Europa.

A la nueva Siberia.

A la tierra desoladísima de Francisco José.

Al archipiélago de la *Jeannette*, entrevista por el capitán De Long y sus compañeros, destinados á la muerte. (1).

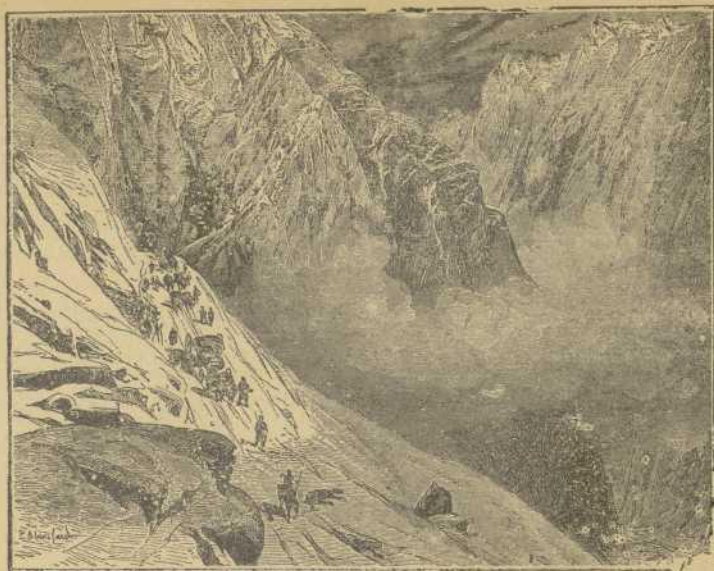
Al dédalo de islas perdidas entre el estrecho de Behring y el mar groenlandés, á lo largo de la costa del Dominio del Canadá.

A Groenlandia, tan grande en extensión como escasa en población, y cuyos 15 ó 20.000 habitantes viven de la caza de focas y de la pesca.

Se supone que estas tierras polares, casi absolutamente desconocidas (sobre todo en el hemisferio austral), tienen una extensión de 437 millones de hectáreas.

Las aguas cálidas de los Océanos tropicales llaman sin cesar al agua fría de los Océanos helados. De ahí nacen las corrientes de los mares y de los aires, que son los manantiales de la vida.

(1) De la expedición del capitán De Long, que constaba de tres buques, sólo uno pudo volver. Otro naufragó, y en el tercero pereció De Long y toda su tripulación de hambre y de frío. En la expedición norte-americana del capitán Greely, una de las que más avanzaron en el Polo, murieron casi todos de hambre, y hasta se cree que algunos hombres llegaron á devorar los cadáveres de sus compañeros. Es interminable la lista de los héroes que en nuestros días han marchado al descubrimiento del Polo Norte. Recientemente ha adquirido universal renombre en esta empresa el noruego Nansen. Otro noruego ilustre, André, pereció hace algunos años, al intentar una exploración en globo al Polo Artico.



El Cáucaso. (Dibujo de Blanchard.)

EUROPA

I

Pequeñez de Europa.—Su superioridad en el mundo.

Europa tiene unos dos millones de kilómetros cuadrados más que Australia, pero es casi tres veces más pequeña que África, cuatro veces más que América y cuatro y media más que Asia.

Viene á tener mil millones de hectáreas, que son llanura en sus dos tercios. El otro tercio lo ocupan montañas y mesetas. La línea más larga que se puede trazar sobre su territorio, de Sudoeste á Nordeste, desde el promontorio portugués de San Vicente hasta los cabos rusos que señalan el extremo septentrional del Ural, no excede de 5.500 kilómetros.

En esta décima tercia, ó décima cuarta parte de la tierra, vive más de la quinta parte de los habitantes del globo, y en ella han venido al mundo los poetas, los artistas, los inven-



tores, los sabios, y el medio millón ó el millón de hombres que cada año, al emigrar, llevan á remotos países los lenguajes literarios.

América, donde Europa se renueva, no tardará en vencer á ésta en riqueza y también en corrupción; pero podemos creer que la superioridad de la inteligencia, en el sentido más elevado de la palabra, seguirá perteneciendo mucho tiempo á Europa, lo mismo que la superioridad moral. Si decimos, como los yanquis, «¡Gloria á los ricos! ¡Todo por el engaño y el comercio! ¡Ganemos para gozar!», parece que lo hacemos con cierto remordimiento y no lo gritamos con tanta arrogancia como aquéllos.

La tercera parte del área de Europa, el Oeste y el Centro, colonizados tiempo ha, abundan en hombres. Los otros dos tercios están ocupados por la Escandinavia, cuya raza fecunda no puede extenderse en un dominio que estrechan el frío del Norte y el frío del monte; por Turquía y Grecia en decadencia, y por la inmensa Rusia, más vasta que el resto de Europa, pero cuyos habitantes no son más que la cuarta parte de los europeos.

II

Separación de Europa y Asia.

Por medio de la Rusia se une Europa á Asia, de la cual no es más que una península; pero en remotas edades, la Europa Occidental y Central (Europa Verdadera), estaba separada del continente asiático por aguas saladas que iban desde el Océano glacial hasta el Mar Negro y el Caspio. Los lagos, los pantanos de la Pequeña Rusia y ciertas hondonadas al Norte del Cáucaso, indican donde se agitaron las olas, desaparecidas, entre Asia y Europa.

El Ural es una cordillera baja, con gargantas accesibles. Los rusos no le tienen por límite oriental de su país. Para ellos no hay Rusia europea ni Rusia asiática, sino una sola patria aquende y allende el Ural. El gobierno de Perm, cuya base está en Europa, invade más de 16 millones de hectáreas de la cuenca del Obi, río asiático, y lo mismo ocurre con los gobiernos de Oufa y Oremburgo. Pero si hay que establecer una barrera al Este de la tierra europea, es el Ural el único obstáculo colocado por la Naturaleza ente Rusia y Siberia. Nuestros antepasados, menos

generosos, daban por comienzo de Asia el río Don. «Europa (dice Camoens) toca con Asia por la parte donde nace el sol: de ella la separa el helado y sinuoso río que, desde los montes Rifeos, llega hasta el lago Meótides.»

Al Sur del Ural, y hasta el mismo Cáucaso, en las estepas de los Kirghises, en las bocas del Ural y del Volga y en el mar Caspio, no señala distintamente ningún relieve el divorcio de ambas



La tierra rusa. (Dibujo de Lancelot.)

partes del mundo. En los parajes orientales atribuidos por la costumbre á Asia, los climas, los lugares, las plantas y los hombres, son idénticos á los que ostenta, á Occidente, la tierra llamada europea. Por esa ancha puerta, abierta naturalmente entre las últimas colinas uralienses y las primeras estribaciones del Cáucaso, pasaron siempre las hordas conquistadoras del Asia; huracanes de centauros, acostumbrados de padres á hijos, durante luengas generaciones, á correr por la estepa á rienda suelta en caballos aguerridos contra las privaciones del desierto, el hambre, la sed, el hielo, el sol, la tormenta y el huracán cargado de arena. Hasta la última invasión de los mogoles todas las mareas humanas de conquista y rapiña cayeron de Asia sobre Europa,

por esta cortadura, entre Oriente y Occidente. Antes era el flujo, ahora es el reflujó. Los rusos, y sobre todo los cosacos, centauros también, se derraman por el Asia Central, y tras esos conquistadores llegan los colonos.

De los montes Urales hasta el Cáucaso se ha tomado por límite el río Ural, afluente del Caspio. Después continúa el límite, desde las bocas del Ural (río que va agotándose) y el lago ó mar Caspio, hasta la península de Apheron, famosa por sus fuentes de nafta y sus lenguas de llamas, reverenciadas por los guebros, adoradores del fuego.

Desde esa península hasta las olas que mezclan el mar de Azoj con el Negro, el Cáucaso (invadido por los aldeanos rusos) atraviesa con sus plateadas cúspides, ya el éter luminoso, ya nubes bajas que se arrastran al Norte sobre Europa, y al Mediodía sobre Asia. Su pico más alto tiene 5.646 metros; 836 más que el Monte Blanco.

Pasado el Cáucaso, ya no tiene delante Europa más que olas amargas: Ponto Euxino ó Mar Negro; el Bósforo; el Mar de Mármara, antes Propóntida; los Dardanelos, que se llamaron el Hellesponto; el Archipiélago; lagos grandes ó canales angostos que reflejan á la vez los promontorios europeos y los cabos asiáticos. El último de estos cursos tortuosos de agua salada, ó sea el Archipiélago, da acceso al Mediterráneo. Este mar, hijo del Atlántico, separa la Europa meridional del Africa del Norte.

III

Las dos Europas, continental y peninsular. Vientos del Sudoeste.

Si se traza una línea desde el lugar donde el Bósforo absorbe el agua del Mar Negro hasta Koenigsberg, ciudad prusiana, y otra desde este punto hasta la población escandinava de Hammerfest, que por su situación septentrional tiene días y noches de dos meses, habremos dividido á Europa en dos partes muy distintas: á Oriente, la continental; á Occidente, la peninsular.

La Europa oriental, Rusia y Polonia con parte de Alemania y Austria, se parece el Asia del Norte y á la del Centro en las proporciones macizas, lo inmenso de sus llanuras, la pendiente del suelo, la longitud de los ríos y la violencia del clima sobrio en lluvias. Las profundas selvas del Norte no pueden resguardar á Rusia de los vientos maléficós del Polo. Los Urales, cuya altura no alcan-

zaría á la mitad de la falda de los Pirineos, no la libran tampoco del viento siberiano. La Siberia, el Océano glacial y lo apartado de los mares templados, que es de donde soplan vientos húmedos, entregan aquellas llanuras á fríos inauditos seguidos de calores muy pesados.

Llana, poco penetrada por el mar; sofocante ó helada por completo, desde la aurora á la puesta del sol; unas veces bosque y otras estepa, aunque casi siempre esto último, la Europa oriental tiene por carácter la monotonía. Gracias á lo extenso de esta región llana y baja, no tiene Europa más que 297 metros de altura media, á pesar de su Escandinavia, sus Carpatos, sus Balkanes, sus Alpes, sus Apeninos, su Auvernia, su gran meseta de Castilla y Extremadura, su Córcega, su Cerdeña, su Sicilia y su Creta.

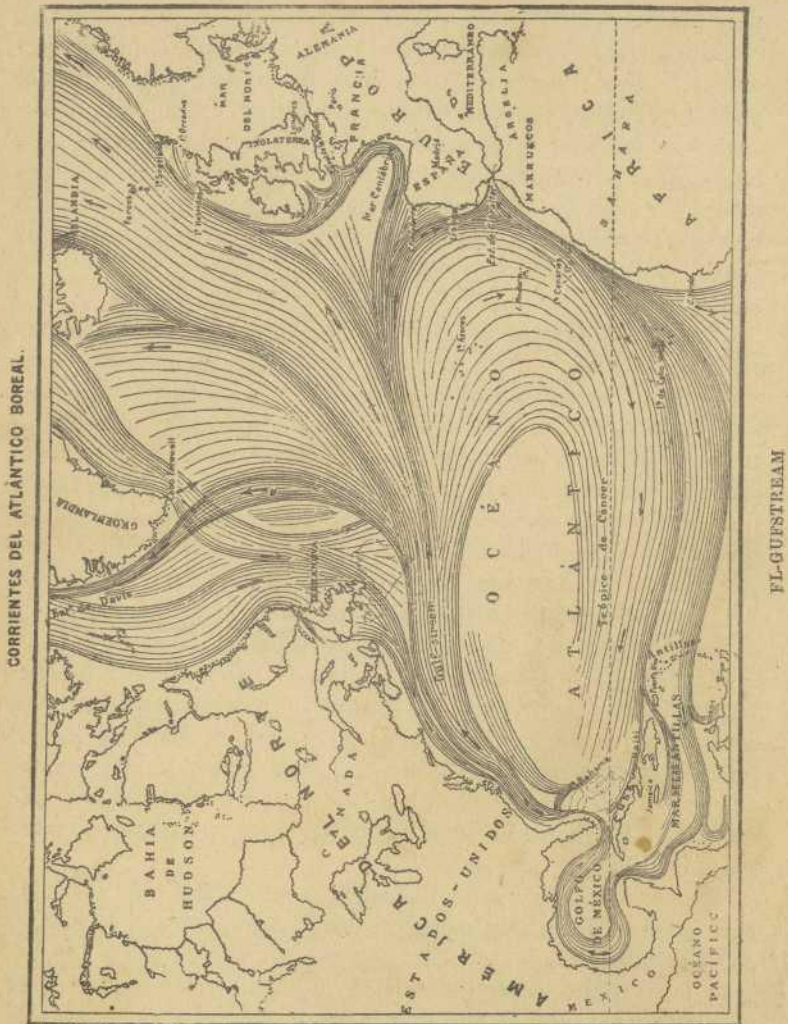
Del Este al Oeste y del Norte al Sur, corresponde á la llanura rusa media Europa. El hombre no varía más que la Naturaleza, tan monótona en esta región, y aparte de las tribus turcas y finesas, todos sus habitantes son eslavos más ó menos puros, más ó menos mezclados con otras razas. Los polacos fueron durante siglos los eslavos más poderosos. Temidos por los de la Gran Rusia, que eran entonces débiles y oscuros, mandaban en la pequeña Rusia, nación numerosa, llevada como dote á Polonia por la Lituania, cuando ésta enlazó sus destinos con los del pueblo del Vístula, á principios del siglo XIV. Pero poco á poco creció al Este, en el centro de la llanura, la fecunda nación de la Gran Rusia. Dominado el espacio casi ilimitado que se abría ante ella, se hizo la más fuerte entre sus hermanas, y de conquista en conquista llegó tan cerca de Francia, como lo está París de Barcelona. Desde Suecia á la China, del mar glacial á los montes armenios, y del río que llevó la balsa de Tilsit, hasta los dos ríos que bajan del llamado Techo del Mundo, ocupa Rusia la sexta parte del globo.

Una provincia rusa, la Finlandia, ancho istmo con lagos de agua sombría rodeados de abetos, une la gran llanura continental con Escandinavia.

Por su litoral maravillosamente trabajado, que el mar corta y recorta; por su clima que es más suave, á igual altura que el de los países de la misma latitud, se asemeja la Escandinavia á la Europa occidental ó peninsular, y que precisamente las espléndidas escotaduras de las costas son las que distinguen en Europa el Occidente recortado del Oriente macizo. Ningún pedazo grande del globo está más mezclado con el agua marina que Escandina-

via. Ningún sitio de su interior se encuentra más lejano del mar que, por ejemplo, lo está París de Marsella.

La Europa occidental es superior á todas las demás regiones



por la benignidad comparativa de su clima. Iguales latitudes atraviesan Noruega, donde los carneros duermen al raso en invierno, y Groenlandia, que es una meseta de ventisqueros sujeta entre hielos marinos. Las mismas son, en Irlanda, donde la diferencia entre el mes más cálido y el más frío no pasa de

15 grados, que en la Siberia de Irkutsk, donde la diferencia llega á 58; en París, que es húmedo más bien que frío, y en Quebec, donde se hiela el mercurio; en Menton, que posee palmeras, y en la Manchuria, que tiene abetos cargados de nieve.

De los dos mares que bañan la Europa Peninsular, el del Oeste y el Norte, ó sea el Atlántico, está surcado por una corriente de temperatura superior, en varios grados, al calor de las capas de agua que atraviesa. Es la corriente del Golfo, llamada *Gulf Stream* por los ingleses y yankis. Este gran movimiento marítimo, cuya potencia se ha exagerado mucho, sale de los mares ecuatoriales del Brasil, recibe la corriente del mar de Méjico y de las Antillas (Mediterráneo americano que es una estufa), y sigue á cierta distancia el litoral de los Estados Unidos. Luego, en los parajes de Terranova, se dirige á Oriente, y salvando todo el Atlántico, arroja su río de agua tibia contra nuestras costas, desde Portugal hasta Laponia. El mar del Mediodía, ó sea el Mediterráneo de Europa, no participa de la corriente del Golfo; pero resguardado de los vientos del Norte por los Cevennes, los Alpes y los montes de la Península Ilírica, se entrega voluptuosamente á los vientos del Sur.

Mares calientes bañan, pues, la Europa Occidental, y desde el vasto Atlántico soplan casi todo el año, por feliz privilegio, los vientos de Oeste y Sudoeste, á los cuales debemos un clima suave, bastante pródigo en lluvias, que dan al terreno una fecundidad que no le daría su pálido sol.

Hablando como los latinos, se lo debemos todo á Céfiro, que es el viento de Occidente. Euros, era el viento de Oriente; Notus, el del Mediodía, y Bóreas, el del Norte, que endurece la tierra (1). Desde la barra del Duero hasta las bocas del Elba, nos da el cielo, húmedo y templado, el auxilio de estos alientos sobre los del Norte y el Este. Desde el estrecho de Gibraltar hasta las rocas doradas de las islas griegas, en las tres penínsulas más célebres del mundo, España, Italia y Grecia, los europeos del Mediterráneo no tienen tanta lluvia como los del Atlántico, porque el viento sopla del Mediodía y hasta del abrasado Sahara; pero su mar es azul y tibio y su sol deslumbrador.

Otra ventaja rara del suelo de la Europa Occidental es su armónica distribución. Llanuras, valles, mesetas y montañas están

(1) «Töllurem rigdiam Borea spirante moveri» (Virgilio).

equilibradas en ella, mientras la Europa Oriental es toda llanura y estepa. La monumental Asia tiene demasiadas mesetas frías; Africa sobrados desiertos y pocos ríos apacibles; América pampas y llanuras, muy secas ó muy húmedas; Australia muy pocos montes, muy pocos ríos, muy poca lluvia, y, como Africa, pocos golfos profundos, pocas penínsulas salientes.

IV

Montañas de Europa.—Los Alpes y sus nieves perpetuas.

Las montañas más queridas de Europa son los Alpes, por lo hermosas y por el agua vivificadora que de ellas brota. Los Urales no elevan al cielo ninguna osada cumbre. Al Norte se hunden obscuramente sobre llanuras polares recorridas por hombres enanos; al Sur se pierden en desoladas estepas, donde arman sus tiendas de fieltro los jinetes bárbaros, y donde dominan sucesivamente el calor brutal, el frío polar y vientos tempestuosos, sin que reine jamás la buena estación en el repetido ciclo de los años.

El Cáucaso es más alto que los Alpes, pero ¿se puede considerar como cordillera europea? Levantado entre Europa y Asia, más bien depende de ésta por los montes y mesetas que de Armenia van al Asia menor y á Persia. Sus cimas no ven desde Europa más que las llanuras que fueron mar entre estas dos partes del mundo.

Nada tienen las colinas rusas de la verdadera montaña: ni la altura, ni los ventisqueros, ni los torrentes; pero en ellas nacen grandes ríos, como el Volga, el Don, el Dnieper, el Dwina, el Neva y el Duna, los cuales desembocan en cuatro mares, dos al Sur y dos al Norte, entre selvas tristes de pinos, abetos y abedules.

En los montes escandinavos hay cascadas tan altas, que parecen caer del cielo; nieves que llenan los horizontes; lagos sombríos entre abetos y musgos. En los *fierds* noruegos hay puntos de vista tan grandiosos como en Suiza, en el Tirol y en Saboya; pero habría que amontonar una sobre otra las dos cumbres mayores de Escandinavia para crearle un rival al rey de los Alpes. Además, aquellas montañas reunidas en la península escandinava, son la vida de ésta únicamente, pero no la de Europa.

Los pueblos numerosos colocados alrededor de los Carpatos,

han dejado hasta hoy muchas selvas vírgenes en esta larga cordillera semicircular. Polacos, alemanes, bohemios, eslovacos, rutenios, húngaros, siculos, rumanos de Transilvania, Moldavia y Valaquia, beben en las fuentes de los mil torrentes, padres del Dniester, del Vistula y del Oder, de los ríos magyares y rumanos. Pero á pesar de sus 24 millones de hectáreas, de su reparto entre diez naciones pertenecientes á cuatro razas, de su Tatra salvaje, de sus bosques, de sus ríos, de sus laderas escarpadas y de su alta cima, los Carpatos no son los Alpes. Les faltan los ventisqueros, los grandes lagos, y la altura. También, lo mismo que en Escandinavia, para levantar una cumbre igual á la del Monte Blanco de los Alpes, habría que colocar, como quien dice, el Pelicón sobre el Osa.

Los montes alemanes, los Vosgos, el Jura, los montes franceses, las jibas de la Gran Bretaña, no tienen más que una influencia local. Forman el relieve de algunas provincias, alimentan ríos, sirven de asilo á pueblos que conservan la antigua rusticidad llena de savia y á veces su idioma de otro tiempo; pero ninguna de sus masas luce nieves bastante altas para desafiar al verano; ningún pico alcanza á 2.000 metros.

Los franceses del trozo comprendido entre Bayona y Port Vendres, los vascongados, los aragoneses, catalanes, asturianos, castellanos viejos, leoneses y gallegos, están orgullosos de la altura de sus Pirineos. Pero en vano se levanta ese muro gigantesco con sus picos blancos y sus pirámides azules; en vano separa dos naciones, dos aires, dos climas, dos naturalezas. Frontera inmutable entre España y Francia, por más que lance torrentes verdes á dos pueblos y dé nacimiento á cuatro ríos: Garona, Adour, Ebro y Miño, el Pirineo no tiene valor más que para españoles y franceses, y sus torrentes, todos juntos, serían un arroyo comparados con un río que reuniera toda el agua de los Alpes.

Los montes aprisionados en la Península Ibérica son bien poca cosa para la vida de Europa, aun contando con Sierra Nevada, que es más alta que los Pirineos. Talados sus bosques, privados de manatiales para alimentar sus torrentes, dan una impresión de sed y endurecen á la España central, privándola de los vientos del mar.

Los Apeninos de Italia son hermosos; parecen flotar en un aire diáfano, pero no salen de su angosta península, y sus más orgullosas cumbres no llegan al pecho de los gigantes alpinos.

El Etna, montaña soberbia, no sombrea más que un pedazo de costa en la isla de Sicilia. Las cordilleras de Turquía y Grecia no tienen ventisqueros, y si los Helenos reputaron el Olimpo tesalio como mansión de sus dioses, fué porque no conocían el Occidente.

Los Alpes, en cambio, se extienden sobre 250.000 Filómetros cuadrados, y sus pesados ventisqueros cubren centenares de millares de hectáreas en Suiza, Alemania, Austria, Italia y Francia. Del pie de esos ventisqueros brotan aguas turbias que llevan su cieno á lagos de los cuales salen luego siendo verdes y azules. Así se forman el Rhin, el Ródano, el Pó y cuatro brazos del gran Danubio, el Isar, el Ina, el Drave y el Dava. Así extienden su poder los Alpes hasta los extremos de Europa, hasta el Mediterráneo, el Mar del Norte y el Mar Negro. Es, sobre sus picos, donde beben el aire más puro los occidentales; es, en sus desiertos, donde pisan las nieves más blancas.

La cuarta parte de las aguas vivas de Europa, desciende de esas montañas. La más altiva de ellas es el Cervino; la más elevada el Monte Blanco, que asciende á 4.810 metros, sobre unas treinta mil hectáreas de hielos perpetuos.

En Saboya se yerguen el Taventaire y el Mauriense con diademas de ventisqueros, que forman el Isère. En el Delinado reparte el Pelsvoux inmensidad de hielos entre el Isère y el Durance. En Suiza, el monte Rosado, rival del Monte Blanco, inclina sus neveras y ventisqueros entre la garganta del Ródano y la llanura del Pó. El Oberland bernés vierte sus hielos hacia el Ródano y el Rhin; el San Gotardo hacia el Rhin, el Ródano y el Pó; y el Bernina provee al Inn. En Austria, el Vetsthal y el Stubai, el Ortler y los Altos Tanern tienen también sus mares de hielo.

Ved lo que dice del monte Jungfraug un poeta alemán: «Mirad á esa reina en el aire claro y sublime, en trono imperecedero; brilla en su frente mágica corona de diamantes; el sol le arroja flechas de luz; pero esas flechas la doran y no la dan calor.» Innumerables cumbres alpinas tienen derecho á este cántico del poeta, porque el límite inferior de las nieves persistentes está en los Alpes entre 2.500 y 3.000 metros, altura de la cual pasan infinidad de cúpulas, puntas, picos, aristas y escollos sombríos entre las neveras, cuya blancura original tiñe de rosa el sol poniente.

Es fatigoso enumerar los picos de más de 4.000 metros que tienen los Alpes. La Maladetta, el más alto de los Pirineos, es 1.400

metros más bajo que el Monte Blanco, y 1.400 metros es casi la altura del Puy-de-Dome, volcán francés, que era para los auverneses lo más alto del mundo, y del cual decían: «Si se pusiera otro Dome sobre el Dome, veríamos las puertas de Roma.»

De ocho á nueve millones de hombres viven en los Alpes. Un tercio habla alemán; una cuarta parte italiano; otra cuarta parte francés; una décima parte el sloveno, idioma eslavo; una 45.^a parte el dialecto italiano del Friul, y una exigua minoría el *rumanche* y el *ladín*, dialectos de poca importancia.

El más largo de los ríos europeos es una corriente rusa, el Volga, pero su cuenca, de 1.459.000 kilómetros cuadrados, no tiene ventisqueros, es puramente continental y pobre en lluvias, así es que el gran río eslavo es mucho menos caudaloso que el Danubio, aunque este río alemán-húngaro-eslavo-rumano, sólo recorre 817.000 kilómetros cuadrados. El más puro de todos los ríos es el Neva, que puede llamarse el San Lorenzo de Europa, clarificado por los grandes lagos rusos Onega y Zadoga. El Rhin, hermoso y célebre, es muy grande para la extensión de su cuenca, que no llega á 20 millones de hectáreas. Más caudalosos son todavía, con relación al líquido, cuyo tributo llevan al mar, el Ródano de los franceses (10 millones de hectáreas), y el Pó de los italianos (7.500.000).

Entre las corrientes de agua que no desaguan directamente en el mar, debemos citar el Kama, afluente del Volga, y en realidad rama mayor suya, con una cuenca de 525.000 kilómetros cuadrados, y el Oka, otro tributario del Volga, que recoge las aguas de 24 millones de hectáreas.

V

Los europeos.—Latinos, sajones y eslavos.—Las cinco lenguas mayores.

En vista de lo expuesto, no puede asombrarnos que la Europa peninsular, tercera parte del globo, sustente sobre su suelo la quinta parte de la raza humana. Sus 323 millones de habitantes crecen rápidamente, á pesar de la miseria que roe al cuerpo y la tristeza que quebranta el espíritu, á pesar de la ambición, el lujo, la envidia, la molicie, el alcohol, el tabaco, las noches de juego y el aire de las ciudades, que son verdaderas

zahurdas. Ricos y pobres, en ninguna parte padece tanto la humanidad como aquí. Todos los años se abren violentamente las puertas de la muerte, por medio del suicidio, más de 22.000 europeos, casi todos del Oeste y del Centro, ó sea de las naciones más orgullosas de su celebridad y civilización. Entre salvajes semibárbaros nadie se suicida, y en los países del sol abundan poco los suicidios.

Después de Grecia, la del lenguaje sonoro, y las innumerables repúblicas bulliciosas como enjambres, Roma colocó sobre las naciones destruídas el derecho, el lenguaje y algo de la sangre del Lacio. Creó pueblos que todavía se yerguen en Europa y crecen en Africa con nombres latinos y neolatinos. En la Edad Media, dos de esos pueblos, italianos y franceses, sostuvieron casi solos la ciencia, el arte y la poesía, siendo la esperanza del porvenir.

Al alborear la edad moderna, otras dos naciones latinas, la española y la portuguesa, llevaron á cabo, como exploradores de mares, de bosques, de llanuras y sierras, una epopeya sublime de trabajos heroicos. Ninguna familia de la humanidad dió en tan pocos años tantos descubridores de países, debeladores de ciudades, conquistadores de pueblos y degolladores de tribus.

Aquellos hombres de capa y espada, héroes indudablemente, pero cubiertos de sangre, no en todas partes dejaron huellas firmes de su país. Su rastro es poco visible en Africa y menor aún en Asia. Pero la región más hermosa del mundo, la América Meridional, habla todavía las dos lenguas ibéricas. Estos hijos de un país cálido, donde se balancean las hermosas palmeras de Elche, pudieron arraigarse sin peligro alguno en unas costas cuyo clima no habrían podido resistir los hombres del Norte.

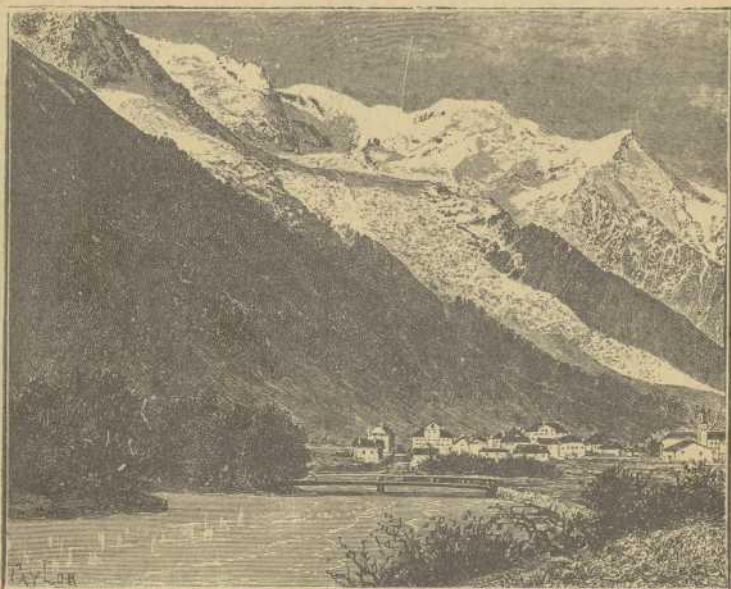
Más adelante, y con menos crueldad, hicieron los franceses en la América del Norte lo que los peninsulares en la del Sur. Sus zapadores, sus cazadores, sus descubridores, sus misioneros, recorrieron en todas direcciones el país de los grandes lagos, el Mississipi, el Misouri, las Montañas Rocosas y las cuencas semipolares.

Los canadienses habían dado ya nombres á ríos, lagos, montes, gargantas y tribus de las tres cuartas partes de la América septentrional, cuando los anglosajones, veinte veces más numerosos, apenas habían iniciado sus primeros pasos en el Nuevo Mundo. Francia ha perdido cuanto había encontrado: Canadá,

Noroeste, Gran Oeste, Mississippi, desde sus primeros lagos hasta el último pedazo de cieno de su delta.

Hoy sigue todavía siendo Europa la que descubre. Europa llena de hombres todos los países del Universo, hasta aquellos de los cuales debieron apartarla el calor tropical y la ponzoña de los pantanos.

En esta obra de conquista, obra doble, justa é injusta á la vez,



Los alpes: el Mont-Blanc. (Dibujo de Taylor.)

funesta y bienaventurada, toman parte tres grandes razas: latinos, sajones y eslavos.

Ya no posee España aquellos dominios inmensos «donde no se ponía el sol»; pero su antiguo imperio sigue siendo español por el lenguaje y español por el carácter de sus habitantes, sufridos, enérgicos, sobrios, altivos, grandilocuentes, magnánimos, patriotas, con todo el conjunto de las raras cualidades que abarca la palabra castellana «caballerosidad».

Portugal ya no es soberano del Brasil, pero el país llamado en otro tiempo Santa Cruz sigue siendo portugués, y la vasta Africa portuguesa puede llegar á ser un Brasil menor.

A Francia se la ha arrojado del Canadá, pero persisten allí

la lengua francesa y la sangre francesa, prodigiosamente fecunda en aquel imperio frío; y los franceses están más sólidamente instalados que otra nación en Africa, en el Atlas, el Níger y el Congo.

Italia no ha creado ninguna nación de sangre y lengua italianas, pero puebla las demás colonias de los pueblos latinos como Alemania las otras colonias sajonas. Mézclanse sus emigrantes con los peninsulares de América y con los franceses de Africa. Los portugueses van al Brasil, á Angola y á Mosamedés. Los españoles á la América española y á Argelia. Los franceses á Argelia, al Canadá y también á la América española.

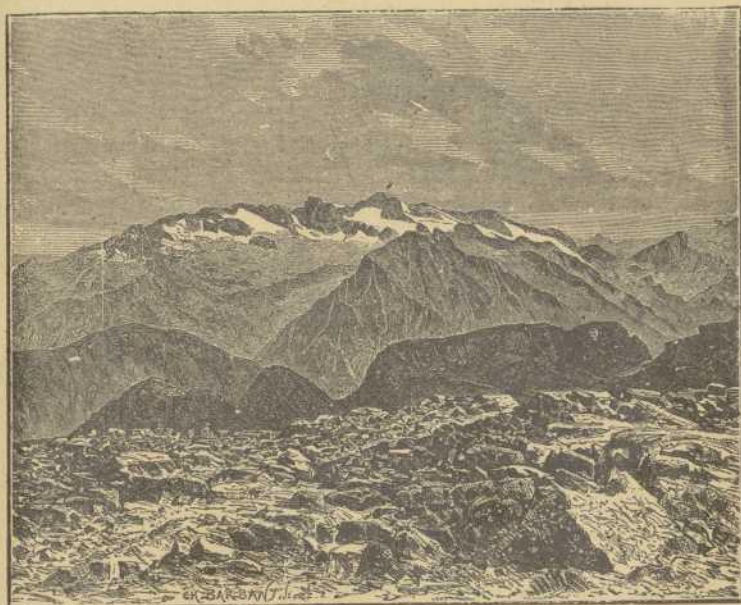
Esto es lo que concierne á los latinos. Veamos ahora á los sajones.

Se desborda Inglaterra por todas las zonas templadas y el mundo austral, menos la América del Sur. Son los primeros hombres del siglo en audacia y fortuna, y han ocupado las mejores tierras del globo, arrastrando consigo á los anexionados escoceses, á los oprimidos irlandeses, á los escandinavos, que fueron una de las grandes fuentes de la sangre británica, y á los alemanes, muy orgullosos de la inaudita expansión de los ingleses, porque éstos son de raza germánica. Y en esto se engañan á sabiendas. Si el elemento proporcionado por los anglos, sajones, daneses, normandos y frisonos, ó sea el elemento teutón, dió nacimiento á la raza inglesa, fué cuando se ingertó con el elemento celta, que se encuentra también en el origen de escoceses, irlandeses, franceses y gran parte de los italianos. Los supuestos anglosajones no son más que celtas germanizados, que hablan un lenguaje cuyas palabras vitales son de raíz teutónica.

Dicen los alemanes: «Cuando Inglaterra haya cubierto el mundo, nos habrá preparado el sitio, como hicieron los romanos conquistando la tierra para la civilización y lengua helénicas. Cuando todos los hombres sean ingleses, preferirán el oro de la lengua alemana á la plata de su propio idioma.» También en esto se engañan. El triunfo del anglosajonismo será para los alemanes un gran desastre. Sus buenos primos, los ingleses, lo que hacen es quitarles la parte que les corresponde de tierras templadas. Ni más ni menos.

Por otra parte, aún no es hora de otorgar á los sajones la dominación del universo. Las naciones sembradas por los pueblos meridionales allende los mares, y á las cuales se quiere agraviar llamándolas *latinas*, están hoy (incluso Argelia, que

ha sido la última) llegando á la adolescencia. Esas naciones no son latinas, como las colonias inglesas no son sajonas, pero hablan lenguas neolatinas. Los países que dominan, y que son los primeros del mundo por su opulenta naturaleza, pueden dár asilo á 2.000 millones de hombres. Ya salen todos los años de Europa 15.000 europeos, principalmente italianos, para ir á vivir entre los neoespañoles, neolusitanos ó neofranceses. ¿Por



Los Pirineos: la Maladetta. (Dibujo de Taylor.)

qué no hemos de augurar á los latinos un destino igual al de los sajones?

Además hay un imperio perteneciente á la raza que se llama á sí misma eslava, es decir, «gloriosa», ó tal vez «la habladora», por oposición á los mudos ó no comprendidos, es decir, á los extranjeros. La familia eslava cubre más de media Europa, y quisiera cubrir la mitad de Asia, formando una sola masa. Y en ese pedazo de mundo, donde se hablan cien lenguas, los de la Gran Rusia ejercen tal predominio, que su idioma se abre camino rápidamente.

Librémonos alegremente de la pesadilla de la lengua universal. Los traficantes la desean tanto como la teme el inge-

nio. Una humanidad con un solo idioma y una sola literatura sería como una tierra sin fragosidades, sin ventisqueros, sin torrentes ni abismos, sin bosques ni lagos; una llanura aborrecible y estéril.

La divisa del hombre *Viribus unitis* (1), implica alianza y no aplastamiento.

Cada lengua expirante es un mundo que se va para siempre, porque no deja más que un vago reflejo, libros, diccionarios, papeles, nombres y palabras, y todo eso es la muerte. La palabra no es palabra más que cuando vive y vibra.

Cinco lenguas europeas: el ruso, el francés, el inglés, el español y el portugués, cuentan con un gran porvenir, porque se hablan fuera de Europa, en vastas comarcas, que son ó fueron colonias de Rusia, Francia, Inglaterra, España y Portugal; colonias en la verdadera acepción de la palabra, países cultivados por metropolitanos, de los cuales sale una raza capaz de crecer. Tales son Siberia, El Canadá, Argelia, Brasil, Nueva Zelanda y todas las repúblicas americanas de origen español.

El ruso es la lengua patria y oficial de 1.000 millones de hombres y puede calcularse en un millón ó en 1.200.000 el aumento anual de los que lo hablan desde la cuna ó lo aprenden más adelante.

El inglés, usado por unos cien millones de hombres, gana todos los años cerca de dos millones de personas que aprenden esta lengua.

El español es el idioma materno ó lengua oficial y general de más de 55 millones de hombres. Los que hablan español aumentan en 700.000 ú 800.000 anualmente.

El francés, hablado por 45 millones de personas, y además lengua oficial en Argelia, Túnez, Senegal-Níger, Gabon-Congo, Indo-China francesa y hablado tanto como el inglés en el inmenso dominio del Canadá, adquiere anualmente de 220.000 á 250.000 personas.

El portugués, que hablan 17 millones de hombres, debe de ganar al año de 220.000 á 250.000 de aumento, pero lo inmenso del Brasil, gigante que vence las dificultades del crecimiento, le presagia un aumento doble, triple, que tal vez se deduplique con el tiempo. ¿Y qué será cuando llegue á la virilidad el Africa portuguesa, si tal es su destino?

(1) Las fuerzas unidas.

Estos crecimientos adelantan con movimiento acelerado, pero la lengua inglesa se propaga más rápidamente que las otras, gracias á la impetuosa oleada de los colonos que se lanzan sobre las tierras donde reina ese idioma, propagado, además, por 17.000 periódicos, cuyas dos terceras partes se publican en la América del Norte. El francés cuenta con 4.000 periódicos y el español con menos de 2.000; mientras el alemán tiene 8.000. Pero esta lengua ofrece poco porvenir, porque los 250.000 emigrantes que dispersa Alemania cada año por el mundo, pierden su idioma á la primera ó segunda generación en beneficio del inglés ó del neolatino.

Ya que los ingleses son los que más contribuyen á la expansión de Europa en el mundo, empecemos por Inglaterra la descripción de nuestro continente poblado por los «Rostros pálidos.»



El Támesis. (Dibujo de W. May.)

Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda.

I

La Mancha.—Pequeñez del país y poderío de la nación.

El Reino Unido, sitiado por las olas, es el archipiélago más grande de Europa. La Mancha lo separa de Francia por el Sur; al Este, el mar del Norte lo separa de los Países Bajos, Alemania y Noruega; al Oeste ruge el Atlántico, y al Norte tiene otro mar, sembrado al principio de archipiélagos, y huérfano luego de islas, yendo hacia el Polo, hasta llegar á Islandia, y más allá á la isla de Juan Mayen.

La Mancha, madre de los naufragios, no siempre movió sus olas como ahora. Hubo un tiempo en que no existió, en que la isla bretona formaba parte del continente, del cual ahora la aleja cada tempestad, ya que durante largos siglos ese mar impaciente arranca y derriba sus acantilados, tanto en el litoral inglés, como en las costas de los departamentos franceses de Pas-de-Calais,

Somme y Sena Inferior. Muchos de esos restos, triturados y arrebatados por las olas, van á parar á las playas de Holanda y de la Inglaterra oriental. Así crecen dos llanuras: en Holanda, los *polders* y en Inglaterra los *fens* de Wash y del Humber; unas 300.000 hectáreas de tierra de turba.

La Mancha es poco profunda. Si el nivel de sus aguas descendiese 60 metros, Inglaterra quedaría unida con Francia por medio de un puente, y si el mar del Norte se hundiera 200 metros, el archipiélago bretón se uniría con Alemania. Esto no ocurriría con Noruega, pues el archipiélago británico está separado de ella por una profundidad de 800 metros.

Las dos riberas, francesa é inglesa, acabarán por unirse, ya por medio de un túnel submarino, que será el camino obscuro más largo trazado por el hombre, ya con un puente prodigioso, el más audaz concebido por el genio humano, desde el día en que algún antepasado remotísimo, el primer *pontífice* (en la primitiva acepción de la palabra) ideó tender un tronco á través de un torrente. Recientemente se iban ya á iniciar los trabajos del túnel, que era el medio de comunicación aceptado con preferencia, cuando se alborotó Albión, temiendo que el subterráneo vomitara un día un ejército continental de infantería, caballería y artillería, llegado sigilosamente al amparo de las tinieblas. Tal vez le parezca menos formidable un inmenso puente, pero con la condición de ser ella quien guarde la manivela del aparato giratorio.

El archipiélago británico, igual próximamente á Noruega, tiene unos 315.000 kilómetros cuadrados, de los cuales son montañosos 150.000. Pero en este espacio viven unos 36 millones de hombres, diez y ocho veces más que en Noruega. Y es que no hay en el mundo país mejor cultivado, aunque los campos no pueden alimentar á las ciudades por lo colosales que éstas son.

El Reino Unido vive, en parte, del grano procedente del extranjero. Pocas naciones hay tan ricas en minas, y ninguna que extraiga tanta hulla, que forje tanto hierro, que teja tanto algodón y lana, que compre y venda tantas mercancías á pueblos salvajes y civilizados, que canse tanto el maderamen de los barcos en todos los mares de Levante y Poniente. Ninguna hace ondear su orgulloso pabellón en tantas playas tributarias. *Rule, Britannia!* (¡reina, oh, Bretaña!), dice un canto nacional. *Dieu et mon droit* (ó lo que es lo mismo: *Dios y mi fuerza*) es la divisa de su escudo; divisa francesa porque el francés fué mucho tiempo el lenguaje oficial de Inglaterra.

El Reino Unido comprende dos grandes islas: la Gran Bretaña é Irlanda.

La Gran Bretaña encierra tres comarcas: Inglaterra, propiamente dicha, país de Gales y Escocia, y dos razas: los sajones y los celtas, *galeses ó highlanders*.

INGLATERRA

I

Costas. llanuras y montes.—Clima suave.

Con su séquito de islas é islotes, la Gran Bretaña quita al mar 230.000 kilómetros cuadrados, habitados por unos 30 millones de hombres, y es la isla más grande de Europa. Sicilia, que la sigue en extensión, es nueve veces más pequeña.

Muy larga, y más ancha al Sur que al Norte, da sobre un mar que ha esculpido con magnificencia sus riberas. La línea quebrada de sus costas pasa de 4.500 kilómetros, y al Sur, en su pedazo más ancho, no hay lugar, situado á 90 kilómetros de la orilla del mar, donde el agua salada no penetre por los ríos.

El Oeste, el Centro y el Norte de la isla, la península de Cornuaille, el país de Gales, Derby, Cumberland, Westmoreland y Escocia, son montañosos. El Este, y sobre todo el Sur (lo que con propiedad puede llamarse Inglaterra), ondulan en colinas ó forman llanuras con arboledas espléndidas y praderas maravillosamente verdes. Por todas partes se ven ciudades, algunas monstruosas por su grandeza; fábricas, chimeneas, y el humo negro y espeso de la hulla.

Ningún monte de la Gran Bretaña es gigantesco, ni siquiera mediano; ninguno tiene ventisqueros. Son colinas elevadas en un aire nebuloso, no osadas cumbres, con corazas de blanca nieve. Las más altas traspasan las brumas escocesas; luego vienen las cimás de Gales. En Inglaterra es el primer monte el Skawfell, que no llega á 1.000 metros, situado en la masa maciza de Cumberland y Westmoreland, entre constantes nublados. A su alrededor tienen los montes una belleza doble: la severa de los profundos bosques y los alfoques de granito, y la graciosa de ciertos lagos encantadores, de los cuales, el mayor,

el Winder Mere, ó Winander Mere, tiene 2.000 hectáreas y 73 metros de profundidad. Desde sus cimas se ve, á Occidente, el mar de Irlanda y la isla de Man. Al Oriente, arroyos, harto pequeños para dar celebridad á sus cascadas, se unen á los ríos que van al mar del Norte. Los montes Peak ó del Derby (600 metros), están próximos á Manchester. Los montes Devonianos ó Córnicos (Bretaña donde no se habla bretón), suben entre rocas sombrías y helechos entre la llanura y la bahía de Bristol, que está llena de un oleaje levantado tumultuosamente por fabulosas mareas. La Mancha y el mar de Bristol cortan y recortan esa península, cuya afilada punta se llama Cornuaille, lo mismo que una península francesa desmantelada por las olas. Arrastrando cabos, abriendo dársenas en la pizarra, las olas desgastan el acantilado hasta las serpentinadas de Lizard y los granitos de Land's End, ó «Fin de las tierras», hermano de los otros dos cabos del continente: el Finesterre francés y el Finesterre gallego de España.

Ese mar es implacable. Cuando eran salvajes los ribereños de Inglaterra, atraían los buques hacia los escollos con luces errantes para que naufragasen. Hoy, que están siempre dispuestos á morir para salvar náufragos, han olvidado esta infame industria, pero las olas de Cornuaille conservan su voracidad.

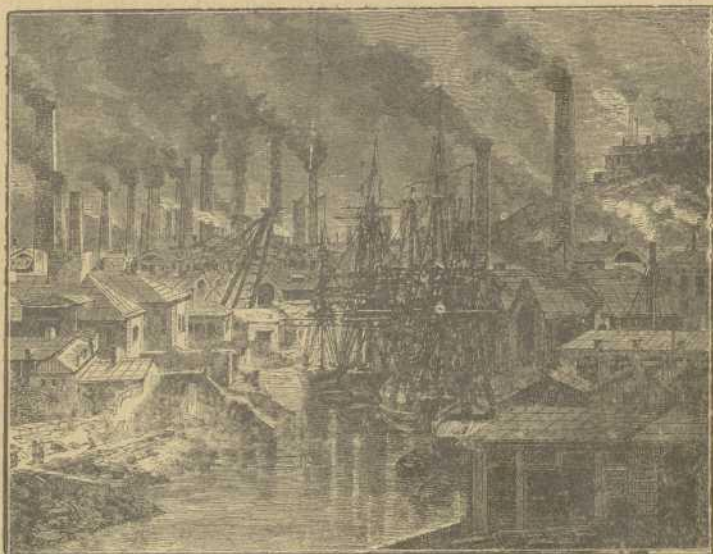
En estos parajes, á la entrada de la Mancha, gran camino real de vapores y veleros, que salen de Londres, y en Liverpool y Glasgow, ocasiona este mar una enorme parte de los 2.000 naufragios que sufre todos los años la enorme flota que parte de las abras británicas ó vuelve á ellas con los despojos de todo el globo. Se traga también varios centenares de los barcos tripulados por pescadores ingleses, que son los hombres más sencillos y valientes del mundo.

De los altos helechos, de los lagos y pantanos, de los prados húmedos de la Gran Bretaña, surgen ríos cuyo nombre suele ser de origen céltico y no sajón, porque el anglosajonismo lo ha cubierto todo, sin destruir nada, en aquel país. Estos ríos son graciosos y límpidos en la montaña ó en la colina; pero apenas llegado al llano dan con el mar, que se los bebe y marcha á su encuentro, formando anchas rías que proporcionan á aquéllos una falsa grandeza. Ejemplos de ellos son el Támesis, el río más célebre; el Wash, de ancha desembocadura, llena de barro y arena, cegado por la Naturaleza, y al cual auxilia con diques el hombre, que acabará por suprimir el cenagal; el

Humber, cuya cuenca, de 2.500.000 hectáreas, es la más vasta de la isla; el pintoresco Severn y los torrentes de Escocia.

El Támesis, en inglés Thames, cuyo cieno impuro conocen tantos marinos, tiene de 350 á 450 metros de anchura delante de Londres, y aún se ensancha más abajo de la imperial ciudad.

Si cualquier hombre llega embarcado á la metrópoli comercial del globo por el golfo de la desembocadura, puede creer que sube por un Mississipi; pero el que contempla al río en su



Una fábrica de cobre en Cornuaille. (Dibujo de Durand-Brager.)

pequeñez límpida, cerca de Oxford, universidad rival de Cambridge, creará con trabajo que aquella corriente angosta y encantadora se convierte algunas leguas más abajo en el ancho y fangoso estuario, más surcado que otro ninguno por la quilla de los buques. Nacido en unos ribazos próximos al sitio donde empieza el Severn á ensancharse como estuario, lleva el Támesis unos 39 metros cúbicos por segundo, en el sitio donde cesa su propia existencia, es decir, donde muere la ola de la marea, y tropieza él con la correiente del mar que avanza tierra adentro para encontrarle. Estos 39 metros, reducidos á 20 por el estiaje; y que no llegan á 400 en las mayores crecidas, son el resultado del derrame de las lluvias en

unas 1.200.000 hectáreas. La cuenca entera, incluso la parte marina, pasan de 1.600.000.

La Gran Bretaña debe su poderío, tanto á su carácter de isla y á los vientos del mar, como á sus innumerables puertos, á los metales que encierra su suelo y á su «sol portátil», es decir, á su carbón de piedra. Gracias á los efluvios oceánicos, llueve mucho y nieva poco. Viene á caer anualmente sobre su suelo una cantidad de lluvia que varía, según los lugares, entre 45 ó 50 centímetros en la Escocia oriental, y más de cuatro metros en el litoral de Cumberland. El término medio es de 89 centímetros. La parte occidental, receptora de las tormentas del Océano, es la más favorecida por la lluvia. La oriental recoge el resto de las nubes que descargaron al Oeste en las montañas.

Las lluvias, el cielo casi siempre cubierto, obstáculo para la irradiación del sol, las brumas, los vientos marinos, el mar que la cerca, todo da á Inglaterra-Escocia un dulce clima poco propio de su latitud. Estando en la misma línea que la península americana del Labrador, pantano helado de inacabable frío, es una tierra templada, surcada por ríos, con praderas verdes, opulentas cosechas, arboledas rebosantes de savia, y ciudades que son colosales hormigueros. Las escarchas no hielan más que los montes. En la llanura, en la ribera, sobre todo al Suroeste, Inglaterra puede enseñar con orgullo al meridional que se rie de aquel sol tamizado por nieblas, huertos plantados de adelfas y arrayancs. La gloria del Mediodía, el naranjo, da fruto aunque sea en espaldera, en las cañadas más hondas de Cornuaille. Crece el aloe formando calles, y su compañera la palmera se burla del invierno. En Anglesey hay bambúes, y palmeras en la isla de Scilly.

II

Los ingleses.—La lengua inglesa y su porvenir.

Inglaterra es el centro minero, agrícola, industrial, comercial, social y político del Reino Unido; el corazón del Imperio británico.

A principios del siglo XIX, Inglaterra y el Principado de Gales reunidos, no tenían más que nueve millones de habitantes. Hoy tiene sólo Inglaterra más de 24 y medio en menos

de 132.000 kilómetros cuadrados, es decir, 187 personas por cada 100 hectáreas.

Y, sin embargo, el hombre que desde los muelles de Liverpool ve salir cada día para los países de Ultramar buques cargados de ingleses que se despiden para siempre de su patria, creería que la vieja Inglaterra, la *Old England* iba á quedar desierta. Pero esta nación fecunda responde á cada centenar de defunciones con 156 nacimientos. Su crecimiento es de 1.200 personas por día, prescindiendo de la emigración y la inmigración.

Lo único digno de alabanza es el orden, la buena administración, la disciplina y la labor de esa colmena harto ponderada.

Albi3n deslumbra pérfidamente con su aspecto, con el trabajo, la riqueza, la fecundidad, la muchedumbre de emigrantes y la abundancia de buques; pero detrás de ese alarde de opulencia, un exceso de miseria, no conocido antes en el mundo, amenaza con una catástrofe á la oligarquía de las grandes fortunas inglesas. La expatriación de miles y miles de desdichados es lo que ha salvado hasta ahora á la nación de la guerra en las calles, de la revolución y las barricadas; como su calidad de isla le ha valido la gran ventura de no temer al extranjero. A no ser por el mar, que la preservó de la España de Felipe II y su armada *Invencible*, y de la Francia napoleónica, ya habría pagado más de una vez su egoísmo, su rapacidad, su codicia y su injusticia, con sangre, con ruinas, con la pérdida de su grandeza. También la ha hecho grande la miseria de sus hijos. Los ha arrojado y los arroja á América, á Asia, á Africa, á Oceanía, donde con gran abnegación renuevan á lo lejos una patria que no fué madre, sino madrastra para ellos.

Sus lores ó señores, sus fabricantes, banqueros, comerciantes y armadores, han edificado fortunas colosales sobre el aplastamiento de la muchedumbre de trabajadores, mineros, marineros y pescadores. Ya se sabe cuál es el destino que abruma al obrero de las ciudades inglesas, y al minero que en las «Comarcas Negras» se asfixia en las profundidades llenas de hulla. El jornalero del campo padece también mucho, porque no es amo del terreno que trabaja. En Inglaterra no existe el pequeño propietario del campo. Allí no se conoce más que el gañán ó el pastor asalariados; sobre él reina el granjero que tiene la tierra en arrendamiento, y sobre el granjero el *land-*

lord ó gran propietario. Ciento cincuenta *landlors* poseen casi toda la Inglaterra, y sólo de 1.700 la mitad de Escocia.

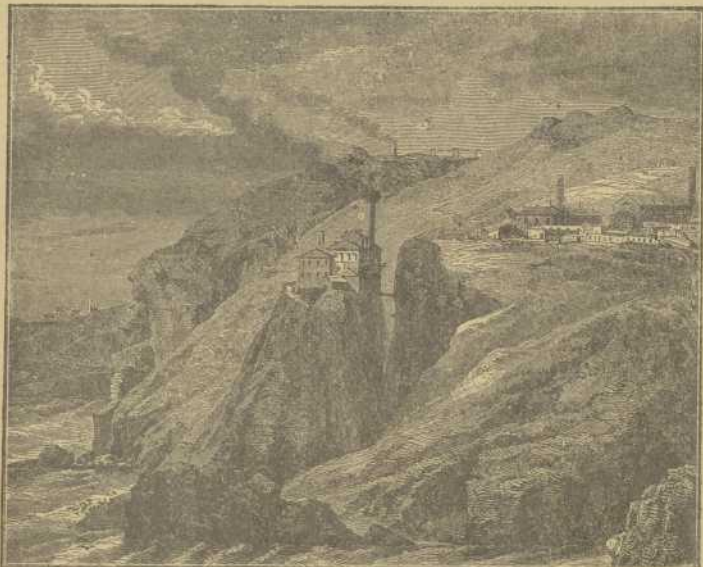
Hasta hace pocos años eran infinitos los que consideraban á Inglaterra como la «Jerusalem de la nueva era». Parlamento y Constitución, instintos y usos, leyes y costumbres, todo lo suyo era perfecto; ejemplo para la tierra, esperanza para la raza. En poco tiempo todo ha cambiado. Hoy se comprende que la civilización inglesa lleva consigo tantos gérmenes de muerte como la egipcia, la griega, la romana, la árabe, ó la francesa. Dolorosísimo sería que la última palabra del ideal humano fuese el axioma inglés, repetido millones de veces cada día: *El tiempo es oro*. Sería muy cruel que «la ley sin el amor» fuese toda la verdad; el bienestar, toda la sabiduría; el saqueo apresurado y anheloso de la tierra, toda la historia, y la concurrencia á muerte, toda la fraternidad de los hombres.

Los ingleses que se extienden por la América del Norte, el Africa del Sur, Australia é innumerables islas, han nacido de la mezcla de los antiguos clanes célticos con germanos y escandinavos; con normandos y franceses, entrados con Guillermo el Conquistador y después de él; con los flamencos que se establecieron en Inglaterra en los siglos XIV, XV y XVI; con los valones que llegaron desde el reinado de Eduardo VI; con los 120.000 hugonotes que buscaron asilo en la isla bretona, cuando se revocó en Francia el edicto de Nantes. A cambio de este albergue, los calvinistas llevaron á los ingleses diversas industrias, y los flamencos hicieron antes lo mismo. Casi todo lo que constituye la primacía de Inglaterra procede del continente.

Llamar anglosajones á los ingleses es agraviar á la Historia. Este nombre sólo corresponde al elemento germánico que entró en aquella nación, y hace olvidar injustamente el tronco bretón en el cual se injertaron las otras ramas y al elemento protestante francés, que fué la verdadera levadura de la grandeza inglesa.

Hoy mismo se mezclan en su país la raza inglesa con numerosos elementos irlandeses, alemanes, escandinavos, franceses, italianos, gentes de todas clases, de todos los aspectos, de todos los climas, de lenguajes sordos ó sonoros. Dícese que el elemento moreno, aportado por los celtas de Irlanda, los *higlanders* é isleños de Escocia, los franceses, los italianos y

muchos cosmopolitas, se va sobreponiendo al rubio. Parece que los hombres de barba negra tienen mejor temple que los de barba rubia, y poseen más resistencia, soportando mejor la vida moderna. Parece que son más capaces de desafiar á los alcoholes, los excesos, los días de fábrica, las noches sin sueño, aunque los desprecien los rubios doctores del Norte, ebrios



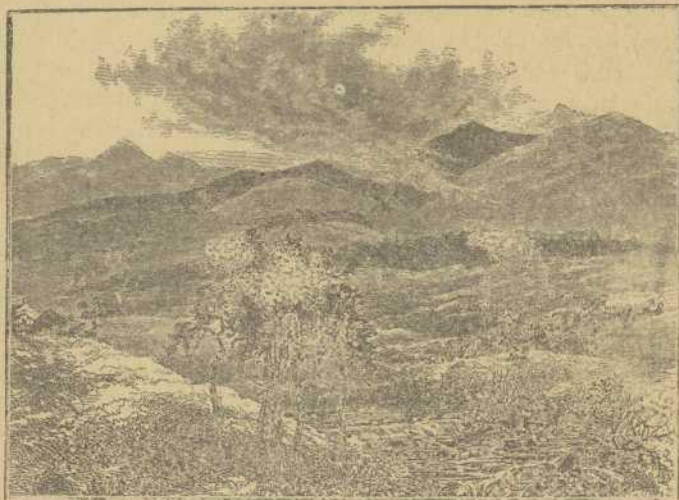
Una punta de la península de Cornuaille. (Dibujo de Darand-Brager.)

de orgullo desde que los ingleses poseen la fortuna y los alemanes la victoria.

La raza inglesa es muy vigorosa. Por su fuerza corporal, solidez de inteligencia, rectitud de espíritu y perseverancia en los propósitos, vale tanto como cualquiera otra. Los ingleses son inventivos, aficionados á las aventuras, tienen instinto innato comercial, valor sereno y un ideal eterno, el dinero, no para atesorarlo, sino para disfrutar de sus ventajas. Parece que la divisa de Moltke, *Primero calcular, luego osar*, les cuadra perfectamente. Son personales hasta llegar al egoísmo; violentos y predispuestos á la injusticia, á la grosería brutal, á la crueldad; orgullosos, y su orgullo suele convertirse en arrogancia; prudentes, y su prudencia se aproxima mucho á la hi-

pocresía; inquietos, y su inquietud se convierte en horror á la vida, tedio antojadizo y suicidio.

Ocurre á veces, en cualquier parte, que muere un niño de una enfermedad desconocida hasta entonces en la familia, y á los diez ó veinte años, la misma enfermedad acaba con la madre ó con el padre. El hijo muerto había profetizado este fin desde su lecho mortuorio. Su padecimiento anunciaba á los suyos: «esto padecerás», y su muerte: «de esto morirán». Así les ocurre á las naciones que tienen ante la vista su propio destino, en el temperamento de los pueblos á los cuales han dado ori-



La cordillera de los Grampianos. (Dibujo de W. H. J. Boot.)

gen. Por esto los ingleses pueden contemplar su vejez en la juventud de los yankees. En los vicios de sus descendientes de Ultramar, en su adoración al oro, en su prisa por disfrutar, pueden conocer cuánta impureza amenaza la salud del alma inglesa. Pero hasta hoy, los hijos de la blanca Prytain vienen conservando grandes virtudes, que los yankees se apresuran á perder.

La lengua inglesa, germánica en su origen y luego muy mezclada con el francés y con palabras desfiguradas procedentes de todos los idiomas, es sencilla, demasiado sencilla, rica, breve, poética, pero sorda y poco grata al oído. Parece un desaffo perpetuo á la franqueza y sonoridad de la voz humana.

Por las colonias que Inglaterra siembra en el globo, por la preponderancia universal de los ingleses, se eleva de día en día al reinado de lengua general, como lo fué el latín y lo es todavía el francés. La mayor parte de la América del Norte, Australia, varios rincones de nuestro continente y muchas islas, son y serán su dominio. Ahora se habla el inglés en las comarcas siguientes:

América.—En todos los Estados Unidos; excepto en la Luisiana, donde sobrevive el francés; en una porción de las Montañas Rocosas, donde sobrevive el español, y en numerosas colonias de varios idiomas, sobre todo en las colonias alemanas (amenazadas de muerte próxima, á pesar de sus millones de hombres), en las colonias escandinavas, no menos expuestas, y las colonias canadienses francesas, que tienen más probabilidades de vida, sobre todo al Norte de Nueva Inglaterra. En el dominio del Canadá, país inmenso donde convive el inglés con el francés. En la Jamaica y varias Antillas. En la Guyana inglesa. En Puerto Rico es ya lengua oficial, desde que esta isla pasó á poder de los Estados Unidos.

Oceanía.—En toda la Australia, Tasmania, Nueva Zelanda y en las islas Fidji, tierras inglesas. Se habla también en Sandwich, tanto como el canaco nacional, y lo saben muchos hombres en los archipiélagos pequeños de Polinesia, Micronesia y Milanesia.

Africa.—Es el idioma reinante en Sierra Leona y Liberia, algo menos que el holandés en el Cabo, Griquelandia occidental y en las nuevas colonias conquistadas de las ex repúblicas del Transvaal y el Orange.

Asia.—No es lengua nacional de ningún pueblo; pero se habla entre más de 250 millones de hombres que obedecen á Inglaterra en la India é Indo China. Los japoneses la aprenden más que el ruso, el alemán y el francés, y lo chapurrean los chinos de los grandes puertos, aunque esa lengua no es un verdadero inglés, sino una jerga más inglesa que china, llamada *pidgin english*. *Pidgin* es la corrupción china de la palabra inglesa *business*, negocio.

La mayoría de los ingleses es protestante, con una iglesia oficial, la anglicana, ricamente dotada, y una infinidad de sectas soberanamente ridículas algunas; vivas, militantes y triunfantes otras, cuyo objetivo es toda la tierra. El trabajo de sus misioneros en todos los pueblos salvajes y cultos del globo es una de las fuerzas más formidables de Albión.

Muchos de esos reverendos, que se ven por todas partes, no son únicamente mensajeros de salvación, apóstoles de la buena nueva; no se contentan con aplicar la ley y la gracia, y con tocar la trompeta de plata del Tabernáculo. Saben ser también industriales, comerciantes, especuladores, agentes de negocios, consejeros de reyezuelos negros, y como resultan más fanáticos por Inglaterra que por las doce tribus israelitas, aconsejan siempre el protectorado británico. Subvencionanlos generosamente poderosas sociedades misioneras, trabajando á porfía para la conversión y edificación de los gentiles. Alguna de ellas cuenta con ingresos de millones de pesetas, y todas reparten millones de folleto. v Biblia: en todas las lenguas del mundo.

III

Ciudades.

Cuenta Inglaterra con más de 20 ciudades de varios centenares de miles de almas y con muchísimas de 100.000. En este pueblo, extraordinariamente industrial y comerciante, la menor parte de los habitantes son los que respiran el aire del campo.

Londres, en inglés London, capital de Inglaterra, del Reino Unido y de todo el imperio británico, se extiende por ambas orillas del Támesis, que son accesibles hasta para los barcos más grandes. Encierra más de cuatro millones de habitantes en cerca de 400.000 casas. Hace quinientos años tenía 35.000 almas y á principios del siglo XIX 959.000, y ahora cuenta con la novena parte de toda la población del Reino Unido, la 80.^a parte de la de Europa y la 360.^a del mundo entero. Tiene más ciudadanos que Holanda, ex reina de los mares; más que Portugal, que dominó en Africa y Oriente; más que Suecia, antigua rival de Rusia. Suiza, con todos sus montes, sus valles inclinados hacia cuatro mares, sus cuatro idiomas y sus 22 cantones, cuenta con un millón menos de habitantes que la ciudad de Londres.

En Londres hay más escoceses que en Edimburgo, más irlandeses que en Dublín, más judíos que en Tierra Santa, más católicos que en Roma. Y no sólo es superior en población á cualquiera otra ciudad, sino que también las vence á todas en comercio, actividad, negocios y riqueza.

Sus cuatro millones de personas no son otros tantos seres

felices. En ninguna parte hay tanto desventurado sin casa ni hogar, tanta gente muerta de frío y de hambre. Con los pobres vergonzantes, las mujeres perdidas y los rateros, que son á la vez víctimas y azote de Londres, se podría poblar una metrópoli poderosa.

Sin murallas, sin obstáculos á su alrededor, absorbe Londres aldeas y pueblos, según va avanzando su mar de ladrillo, y por esto crece tan formidablemente. Se construyen unas 11.000 casas cada año, y cada año se abren también 259 calles con una longitud total de 72 kilómetros. Ya no es una ciudad, sino una provincia cubierta de edificios. Las casas no están muy juntas ni son muy altas. En Londres hay mucho palacio, mucho parque, mucho jardín y se respira bien. Por eso es una de las grandes aglomeraciones menos visitadas por la muerte, á pesar de la humedad del cielo, de las nieblas del Támesis, del humo del carbón de piedra, del río impuro y nauseabundo, del hambre y la desnudez que sufren un millón de sus vecinos.

Llegará día (dice un inglés célebre) «en que acaso atraviere el mar nuestra isla para visitar los escombros de la reina de las ciudades, y desde el arco arruinado de un puente caído sobre el Támesis, delante del desierto que fué Londres, verá correr el agua pensando en lo deleznable de los imperios que fueron».

Liverpool (550.000 habitantes), junto al Mersey, cerca del mar de Irlanda, disputa casi á Londres la categoría de primer puerto comercial del mundo. Ningún puerto de Europa recibe de América tanto algodón; ninguno envía ó América tantos emigrantes europeos. A la otra orilla del Mersey, que es muy ancho, está Birkenhead con 83.000 almas.

Manchester (340.000 habitantes), á menos de 50 kilómetros de Liverpool, trabaja mucho en lana y algodón. Para que ella hile y teja, para que venda y viva, conquistan el mundo los ingleses. Un río pequeño de la cuenca del Mersey, el Irwell, sucio y mal oliente, lo separa del arrabal de Salford (175.000 habitantes).

Birmingham (400.000 habitantes), en el Tame, afluente del Trent, no tiene rival en la industria del hierro. Produce todos los objetos metálicos en grandísima cantidad, máquinas, plumas de acero, agujas; y vive entre tal martilleo, humareda, fuego de fragua y negrura de caras, que los ingleses llaman á Birmingham reino de los cíclopes ó tierra del Infierno.

Leeds (310.000 habitantes), en la cuenca del Ouse, fabrica más paños que ninguna otra ciudad del mundo.

Sheffield (285.000 habitantes), á orillas del Don, afluente del Ouse, es un taller colosal de cuchillería que surte á todos los países.

Bristol (206.000 habitantes), está junto al Avon, que se pier-



El lago Ness. (Dibujo de W. H. J. Doot.)

de á poca distancia en el estuario del Severn, donde sube la marea hasta 18 metros. Es el cuarto puerto de Inglaterra, después de Londres, Liverpool y Newcastle.

Bradford (183.000 habitantes), próxima á Leeds, hila y teje como ésta.

Hull (155.000 habitantes), á orillas del Humber, cerca del mar del Norte, es el quinto puerto de Inglaterra, y antes fué el tercero.

Sotke, sobre el Trent (152.000 habitantes), junto á las fuentes de dicho río, fabrica alfarería y porcelana.

Newcastle (145.000 habitantes, 210.000 con Goteshead), á orillas del Tyne, exporta muchísima hulla. Por eso figura la «ciudad del carbón», como tercer puerto, después de Londres y Liverpool.

Portsmouth (128.000 habitantes), es puerto importantísimo de guerra.

Leicester (123.000 habitantes), á orillas del Soar, afluente del Trent, es la capital de la gorrería.

Sunderland (116.000 habitantes), en la desembocadura del Wear, en el mar del Norte, embarca mucha hulla y construye buques.

Nottingham (112.000 habitantes), á orillas del Trent, fabrica sedería y encajes.

Oldham (111.000 habitantes), no lejos de Manchester, es ciudad fabril.

Brighton (108.000 habitantes), en la Mancha, frente á la desembocadura del Sena, al Sur de Londres, es su puerto predilecto de baños.

Bolton (105.000 habitantes), es una de esas ciudades industriales que convierten el Lancashire en una fábrica colosal, que no encuentra rivales en nuestros tiempos.

Blackburn (104.000 habitantes), forma parte también de la monstruosa fábrica del Lancashire, lo mismo que su vecina Preston (100.000 habitantes).

Plymouth, gran puerto de guerra, en el estuario del Tama, tiene, con Devonport, 140.0000 habitantes.

IV

Pais de Gales.

El país de Gales, ó Wales de los ingleses, tiene 19.108 kilómetros cuadrados, con 1.360.000 almas, ó sea 71 habitantes por 100 hectáreas.

Los torrentes son rápidos, y la naturaleza salvaje, infinitamente suave á trechos y á trechos infinitamente triste. Montes severos, con esquistos, granitos, pórfidos, calizas y asperones, atraen el desfile de las nubes. Pocas veces sonríe á sus helechos un cielo resplandeciente, y la niebla fría, la lluvia sutil, los vientos húmedos, suelen mojar la ropa del viajero que va á aquel país en busca de la sombría hermosura del paisaje, de sus monumentos bárbaros, de sus dolmenes, menhires y cromelechs, de las ruinas de sus fortalezas feudales.

El monte más elevado, el Snowdon (1.088 metros), se llama así en los mapas y libros ingleses, pero su verdadero nombre es

Moel-y-Wydfa, y así lo designan en su lengua, de muchos siglos, los pastores de los valles que lo contemplan. Se yergue cerca del angosto canal de Menai, que separa de la isla grande la de Anglesey, precisamente encima de la ciudad, donde se admira una de las fortalezas más poderosas de Wales, la de Caernarvon, construída el siglo XIII.

El país de Gales envía mucha agua al Severn, río de menos de 300 kilómetros de longitud en una cuenca de 1.250.000 hectáreas. Tiene un caudal de 150 metros cúbicos por segundo al llegar al ancho estuario, donde caen también el Wye, río de un caudal de 60 metros cúbicos, y el Avon, que pasa por Bristol. Formado en el Plymlimon, corre el Severn al principio hacia el Nordeste, en dirección á Manchester; luego al Este, hacia el estuario del Wash; más tarde al Sudeste, como para ir á Londres; después, directamente al Sur, y, por último, al Sudoeste y al Oeste, en forma de estuario.

La hulla y el hierro llenan los montes de Gales, abundantes en gigantescas fábricas. Cerca de esos enormes edificios, donde se machaca, se tritura y se fabrica, pacen carneros y toros negros en las praderas que la humedad atmosférica llena de perpetua frescura.

Los galeses, llamados Welches por los ingleses, combatieron centenares de años contra los sajones de la llanura, con valentía digna de un pueblo cuya divisa era «La verdad contra todos». Después de las derrotas de fines del siglo XIII, se atrincheraron en sus montes, encima de la llanura sajona y normanda. Han conservado sus costumbres antiguas y su idioma céltico, llamado *cymriaeg*, más afortunados en esto que la gente de Cornuaille, que han perdido su idioma hace un siglo. La derrota del celta de Cornuaille fué rápida.

Hacia el año 1500, el Tamar, que cae en el estuario de Plymouth, era su límite con Inglaterra. En 1700 se hablaba todavía el celta en las 23 parroquias al Oeste de la Península, y en 1778 ya no existía, pues murió con Dolly Pentreath, mujer anciana que había vivido en un pueblo de pescadores, próximo á los cabos occidentales de Cornuaille. También en la isla de Rugen y en Tasmania fué una vieja decrepita la que pronunció las últimas palabras de su idioma. Las mujeres respetan lo pasado más que los hombres; conservan mejor el recuerdo de cuanto encierra la tumba fría.

El dialecto *cymriaeg* pelea con vigor, como si no quisiera morir. Tiene concursos de canto, coronaciones de bardos, perió-

dicos leídos con afición por el galés, cuatro de los cuales se publican en América. Desgraciadamente, en sus escuelas se enseña el inglés, y Londres y Liverpool están demasiado cerca del Moel-y-Widfa. A pesar de todo, el número de los Welches que hablan *cymriaeg* no mengua, como el de los irlandeses ó escoceses que hablan celta.

Más morenos, pequeños y rechonchos que los ingleses, los galeses se ocupan menos en cultivar el campo que en la cría de ganados, pesca, minería y metalurgia. Como todos los pueblos pastores, son contemplativos, y sus hermosos cantos populares son melancólicos como los de los gallegos españoles.

Ninguna ciudad del país de Gales llega á 100.000 habitantes. Swansea, puerto del canal de Bristol y primera fábrica de cobre del mundo, tiene unos 64.000, y Merthyr-Tydfil 50.000. Esta ciudad, grupo de fraguas junto al Taff, afluente del Severn, es una de las metrópolis del hierro.

ESCOCIA

Firths, montes, torrentes y lagos.

Escocia es famosa por sus paisajes, como lo son Suiza, Italia y Andalucía. Cuando se quieren ponderar la rudeza, lo pelado de las lomas, los matorrales, la turba negra, la soledad, los horizontes nublados, se toma como base de comparación la Alta Escocia. Allí el *ben*, monte sombrío, lanza al mar *ross* ó cabos de basalto, y vierte el *liun* ó cascada en el *glen* y el *strath*, valles estrechos. Dan estas cañadas en un *loch* ó lago, y convertidos en valles, derraman sus aguas en un ancho *aber* ó *inver* (abra ó estuario). El canto de los pájaros alegra las aldeas y las antiguas ruinas de una historia que fué trágica. En esta ruda y lejana comarca, temida por Roma, que se separó de ella cobardamente con un muro gigantesco de defensa, todo sitio escabroso tuvo su torreón, y todo lugar agradable ó propio para meditar, su monasterio.

A pesar de las luchas entre *clan* y *clan*, de los combates entre señor y señor, de la larga guerra nacional entre celtas, escoceses

ó ingleses, y de la lluvia que derrumba las murallas, todavía quedan muchos castillos, desde el cercado por pinos, donde Macbeth asesinó á Maleom, hasta aquél donde pereció la hermosa María Estuardo, que fué reina de Francia. Durante muchos siglos se amaron Escocia y Francia, protegiéndose mutuamente contra Inglaterra. Más adelante, cuando los escoceses siguieron el pa-



El lago Lomond. (Dibujo de Weber.)

bellón inglés, contribuyeron valerosamente á sus victorias sobre Francia por mar y por tierra.

Uno de los esplendores de Escocia es el mar, de una majestad sombría, recortado en *firths* ó golfos que avanzan tierra adentro, lleno de cabos, armado de acantilados, sembrado de islas y escollos y que corre en los estrechos con una velocidad de quince á veinte kilómetros por hora. No tiene Inglaterra un litoral tan dentado como Escocia, ni se acrean tanto las olas de su mar á los montes del interior.

Escocia le debe mucho al mar, y muchos millares de escoceses, que viven de la pesca y de la navegación, se morirían de hambre si no contasen con él. Los valles fértiles son escasos, angostos y cortos, y hay en ellos muchos lagos bajo los cuales se va deposi-

tando la tierra del porvenir. La población, demasiado aglomerada, vive de la cría de ganados, la industria, el comercio y la marina, y de la abundantísima pesca que hay en el mar escocés.

Escocia posee tres masas montañosas: los Montes del Sur, en la frontera inglesa; los Grampianos, en el centro del país, y los Montes del Norte, frente á las Hébridas, á las Orcadas y al mar que llega hasta Islandia. Al revés de Inglaterra, constituida generalmente por llanuras y ribazos, casi toda Escocia es montañosa. Gracias á eso, tiene el Reino Unido una altura media de 218 metros, que en otro caso sería mucho menor. La de Escocia es de 381 metros.

Los montes de Escocia, generalmente pelados, ostentan á trechos pinos silvestres y otras coníferas. Ninguno se eleva á alturas vertiginosas. En los montes del Sur, orgullosos de poseer á la humilde elevación de 450 metros el pueblo más alto del reino, alcanza el Merrick á 845 metros. En los Grampianos reina el monte Ben Nevis, y este monarca del archipiélago inglés no tiene más que 1.343 metros. Es grandioso, sin embargo, y contempla el Glenmore ó Gran Valle, hendidura larga y estrecha que separa los Grampianos de los montes del Norte.

El Glenmore llega desde el *firth* de Lorne al *firth* de Moray, de mar á mar, desde las aguas que casi tocan en Irlanda hasta el litoral, desde el que se vería, si hubiera menos distancia, la ciudadela de los escarpados montes noruegos. En sus profundidades se encuentra el canal Caledonio, de 101 kilómetros de longitud, lleno de *fiords* y lagos muy apretados que unen fragmentos de río. De este paso entre el Atlántico y el mar del Norte, bosquejado por la Naturaleza, se aprovecha el admirable Loch Ness, que tiene 240 metros de hondo entre alturas de 400 metros. De su prolongada extensión sale el Ness, que penetra en Inverness por el *fiord* de Moray.

En los montes del Norte se eleva el Ben Attaw á 1.150 metros.

Debajo de una bóveda cubierta siempre de nubes, sobre todo en la vertiente occidental, únense las gotas que se filtran entre los helechos, formando ríos límpidos, aunque negros á veces, que reposan en el seno de los lagos, después de haberse quebrantado entre los rápidos y los remólinos, en los cuales trabajan en balde, y el alboroto de las cascadas. El Tweed sirve de límite entre Escocia é Inglaterra. El Clyde es célebre por sus recuerdos históricos, por los paisajes de su valle superior, por sus cascadas de Larnark, por la inmensa industria, por el comercio, por los talleres de construcción de su estuario. El Forth y el Tay acaban en dos

grandes *firths*. El Dee desemboca en Aberdeen. El Spey es más rápido que los demás. El Ness sale del Loch Ness. El Tay, que es el mayor, con 200 kilómetros de longitud en una cuenca de 600.000 hectáreas, y lleva por término medio 123 metros cúbicos por segundo; el Tweed, 75; el Clyde, 70.

Los lagos son casi innumerables. El Lomond, de 11 á 12.000 hectáreas y de 240 metros de profundidad, duerme al pie del Ben Lomond (973 metros), próximo al estuario del Clyde, y envía á éste el río Leven. El Katrine derramaba todas sus aguas en un afluente del Forth antes de que un canal de túneles le arrebatara 1.710 litros de agua por segundo para el uso de la enorme Glasgow. Ambos lagos son muy hermosos, y hay otros muchos en aquellas montañas. No todos son risueños, muchos son sombríos, pero ninguno es de aspecto vulgar.

Desde el último arroyo, hijo de la turba y de los brezos, hasta el río en que los vacía sin agotarlos, dormitan sus aguas al pie de los montes, cuya aspereza es siempre grandiosa. A orillas de estas aguas obscuras, vertidas por náyades casi eternamente ocultas entre nieblas, en lugar de resplandecer entre las verdes malezas del manantial, y de huir por entre el ramaje al ser descubiertas; ante esta hermosura, compuesta muchas veces de rudeza y abandono, habrían retrocedido los antiguos como ante una fealdad. Juzgados por un alma nacida entre la luz, les habrán parecido los lagos escoceses, dignos sólo de Pictos ó Caledonios y demás bárbaros colocados aisladamente en el último límite del mundo. Pero aunque no son brillantes, ni están llenos de alegres ribazos, no dejan de tener nobleza los *lochs* de Escocia. Antes y después que el héroe Fingal y su hijo Ossian, una larga serie de poetas celebraron sus bellezas en himnos vagos, negras leyendas y viriles epopeyas. Pero el «monumento más duradero que el bronce», que aquellos bardos pensaban elevar para gloria del país de los helechos, ha vivido pocos siglos, porque la gutural lengua gaélica va desapareciendo.

Les falta á esos lagos el color verde ó azul de la onda pura. Son azules cuando refleja un cielo despejado, pero cuando el viento los estrella contra la orilla, se extiende sobre ellos, unas veces, una agua oscura, porque los afluentes del lago han pasado por la turba, y otras, una agua rojiza, porque se ha filtrado entre las raíces de los brezos. Ríos, arroyos y torrentes son casi todos de un rojo oscuro como los lagos. Muchos llegan á sus *lochs* por entre *glens* pantanosos, y hay lago que empieza y acaba entre juncales al pie de un monte uniforme. Los montes escoceses varían

poco. Son escasos los picos, que se muestran libres, altivos, individuales, á bastante elevación sobre los demás, para que desde ellos abarque la mirada mucho horizonte. Excepto en la costa oriental (que tiene hermosos bosques y buenos pastos, aunque llueve poco en ella), carecen estos montes de árboles y praderas, están llenos de musgo, son monótonos por su lamentable tristeza, por sus melancólicos helechos, por su cielo ceniciento, bajo y cargado de lluvia.

II

Los escoceses.—Lowlanders é highlanders.

En 78.895 kilómetros cuadrados, tiene Escocia 3.734.000 habitantes, es decir, 47 personas por cada 100 hectáreas.

Corresponde la mayoría á los lowlanders, ú hombres de la llanura, germanos de lengua inglesa mezclados con celtas en proporciones poco conocidas.

Se dice que son superiores á los ingleses por la estatura, la fuerza, la energía indomable, la lealtad, la seriedad y el amor al estudio, pero estropean tan buenas cualidades el egoísmo, la sequedad, la gazoñería, la mezquindad y la intolerancia.

La comarca en que habitan, por la hulla y el hierro, se ha convertido en colosal taller de industria y en obrador de construcciones sin rival. Es también región marítima, patria de pescadores, de marineros, de grandes navegantes, y eso que la Escocia Baja tiene pocos puertos. En cambio la Alta, llena de *firths*, produce poca gente de mar. Prescindiendo de excepciones, los hombres de origen céltico son poco aficionados al Océano. Son más bien pastores, y labradores en caso necesario.

De los *highlanders*, ó gente de la montaña, sólo unos 232.000 conservan el idioma de los antepasados celtas. La línea que separa á los anglófonos de los gaélicos, parte del golfo del Clyde para llegar al de Moray, después de describir un semicírculo cuya convexidad mira á Oriente, y que abarca los altos valles del Forth, del Tay, del Dee, del Don y del Spey. Divide así á Escocia en dos partes casi iguales, dejando al verbo inglés la región baja, fecunda, templada y poblada, y al gaélico los valles desiertos, los lagos cercados de rocas, las lomas peladas, las turberas, los céspedes salvajes. Desterrado este lenguaje del palacio de sus reyes desde el siglo XI, retrocedió mucho luego de la Reforma. Todavía resuena en una parte de los condados de Bute, de Stirling,

de Dumbarton, de Perth, de Aberdeen, de Banff, de Elgin, de Nairn, de Caithness y principalmente en las islas Hébridas y en los condados de Argyle, de Inverness, de Ross, de Cromarty y de Sutherland. Este, aunque situado muy al Norte de Escocia, lleva el nombre de «Tierra del Sur», porque los escandinavos que se lo dieron procedían del Norte cuando desembarcaban en sus riberas.

Muchos gaélicos emigran á la América inglesa. Los hay además en Nueva Escocia, en la isla de Cabo Bretón, en el alto Canadá, cantones y condados donde se habla más la lengua gaélica que el inglés oficial. Los Mac-Donald, Mac-Kencie, Mac-Gregor y otros, cuyo apellido empieza por Mac, se encuentran tan á menudo como los Smith y Thomson en países anglosajones.

Los celtas de Escocia estaban divididos en clanes ó tribus separadas frecuentemente por odios atroces, por siglos de sangre. Los Mac-Donald, eran las gentes del clan de los Donald; los Mac-Gregor, los del clan de Gregor, y así sucesivamente. A no ser por sus inacabables guerras entre tribu y tribu, los celtas de la Alta Escocia habrían expulsado indudablemente á los ingleses de toda la isla, y por tanto, de toda la tierra.

Reducidos hoy casi á la nada, aún disminuyen, porque los atrae la tierra baja. No pasa día sin que alguna familia del Highland baje al Lowland para prestar servicios á la industria, y pocas veces vuelven los montañeses á sus valles altos. Mejor harían en quedarse arriba, á pesar de la tristeza montaraz, de la pobreza y de sus miserables cabañas. En las ciudades, á donde van la mayor parte, son desdichados y se entregan á la embriaguez.

Otra causa hace disminuir á los highlanders, causa vergonzosa, aunque ellos no tienen la culpa. Para agrandar su territorio de caza, algunos *lanlords*, ó señores, compran todo el terreno que pueden, sea de pasto ó de labor, y lo entregan á la libre naturaleza, ó más bien, lo convierten en desierto. Si no gustan de los bosques, los talan, alejando de grado ó por fuerza al colono, al pastor, hasta que el helecho substituye á los surcos, y á los prados, la selva.

El pobre celta, expulsado de su hogar, se va á una ciudad industrial de Escocia ó de Inglaterra; ó á América, á los Estados Unidos, á Acadia, al Canadá, al Gran Oeste, al Noroeste, á cualquier parte, dejando el valle natal en poder de monteros y de jaurías para mayor gloria del pueblo inglés, raza bíblica que, como dice un canadiense, «tiene el doble talento de expropiar á Naboth y de atraer sobre su campo la bendición del Señor».

La mayor parte de los Escoceses son protestantes, y el protestantismo vive en aquella tierra con fuerza muy militante, dividido en sectas, extrañas muchas de ellas. Un gran número de misioneros sale de Escocia, y en el mundo hay muchas «obras cristianas» que perecerían pronto si les faltase el dinero que les envía aquella comarca.

Comparte Inglaterra con Escocia la primacía del comercio y la industria. Los mejores emigrantes del Reino Unido son los escoceses. Quince, veinte ó treinta mil hijos de aquel país van á establecerse cada año en las tierras inglesas de Australia, Cabo de Buena Esperanza, Estados Unidos y Canadá.

III

Ciudades.

Cuatro ciudades de Escocia tienen más de 100.000 almas.

La primera es Glasgow, dos veces más poblada que la capital, Edimburgo. Tiene 512.000 habitantes, casi tantos como Liverpool ó Manchester. Con todas las poblaciones de trabajo, que son vecinas suyas, posee un millón de almas; más de la cuarta parte de todos los escoceses. Atravesada por el Clyde, río de 120 metros de ancho, que se convertirá en estuario, esta «lamentable» ciudad, llena de alcoholizados, donde muere la gente de miseria en las zahurdas de sus callejas y callejones, presenta á los aficionados á la industria dos chimeneas de ladrillo, una de 142 metros y otra de 132, que dominan cerca de 4.000 fábricas. Construye tantos buques como cualquiera otro arsenal.

La admirable Edimburgo, antes capital del reino escocés, está edificada en la orilla oriental de la bahía del Forth, y agrupa sus 228.000 habitantes (289.000 con Leith) alrededor de la áspera roca basáltica que sustenta el antiguo palacio de Holyrood. Es ciudad literaria, madre ó nodriza de grandes hombres.

Dundee (142.000 habitantes), á orillas del Tay, cerca de su desembocadura en el mar del Norte; hila, construye, trafica, navega y pesca ballenas y focas.

Aberdeen (150.000 habitantes), está junto al mar del Norte, en la desembocadura del Dee y del Don



IRLANDA

I

Clima suave, admirable verdor.

Irlanda, donde han disminuído mucho los irlandeses, nó cuenta más que con 4.700.000 almas, en 84.252 kilómetros cuadrados, de los cuales sólo una octava parte tiene alguna montaña. Corresponden 57 personas á cada 100 hectáreas.

Erin, «la tierra del Oeste», como la llamaban sus habitantes celtas, tiene riberas tan delicadamente recortadas como la Gran Bretaña, sobre todo al Oeste. También debe á sus vientos del Oeste y Sudoeste, húmedos y cálidos y á su templado mar, un clima suavísimo. Dublín, en la costa oriental, á 13 grados al Norte de Nueva York, tiene la misma temperatura que la Babilonia yanke, y su orilla meridional no es más fría en el grado 52 que las playas americanas en el grado 38.

Erin, «la flor más hermosa de la tierra, la perla más bella del mar», es más lluviosa que las demás comarcas europeas, y su lluvia no cae en súbitos y espesos diluvios, sino en largos y lentos chaparrones sutiles, despedidos de brumosas nieblas. Sus fuentes, sus ríos, sus lagos y sus pantanos, conservan casi invariablemente el mismo nivel, y céspedes, árboles y musgos, todo cuanto es verde ó frondoso tiene en verano la maravillosa frescura que ha valido á Irlanda sus tres sobrenombres de «Isla verde», «Verde Erin» é «Isla de esmeralda». También se la habría podido llamar «Tierra de la yedra», que crece allí con un vigor sin ejemplo, como el laurel, y puede llegar á diez metros de altura. Uno de esos árboles alcanza en Dublín 15 metros.

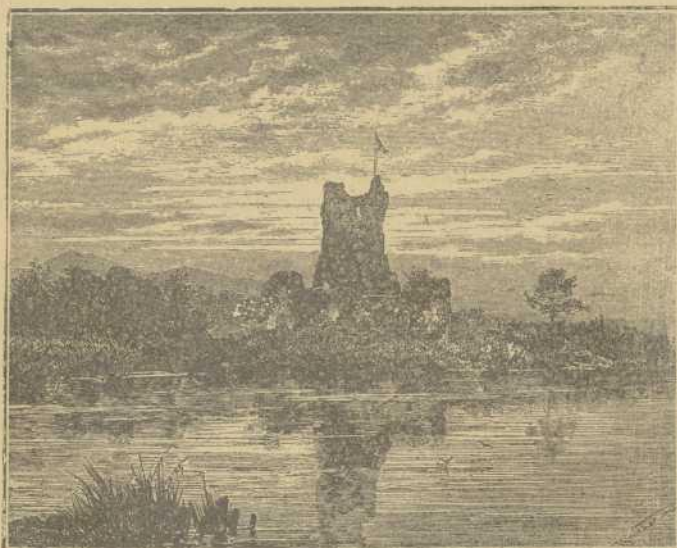
II

«Bogs», montes, lagos.—El Shannon.

Llanura baja con pocos bosques, aunque antes los tuvo en abundancia, es Irlanda el país de la turba por excelencia, y cubren los *bogs* la séptima parte del suelo. *Bogs* ó turberas, divididos

en rojos ó negros, tierras mojadas, lagos numerosos que, á pesar de ser casi todos muy pequeños, ocupan 162.000 hectáreas, y encima un cielo variable, vientos marinos, lluvia suave y eterna, nieblas constantes; esto es Irlanda, con sus montañas aisladas, pedradas y fragosas, junto al mar y muy lejos del centro de la isla.

Al Sudoeste, en los montes del Kerry, está el Carantuoill, el gigante de la isla (1.041 metros). Al pie de la cordillera de asperón



Lago de Killarney. (Dibujo de Th. Weber.)

rojo que domina esta cumbre, brillan golfos marinos, alargados como *firths*, y los lagos encantadores de «la Suiza irlandesa», ó sea el país de Killamey, que, aunque pequeños, son hermosos.

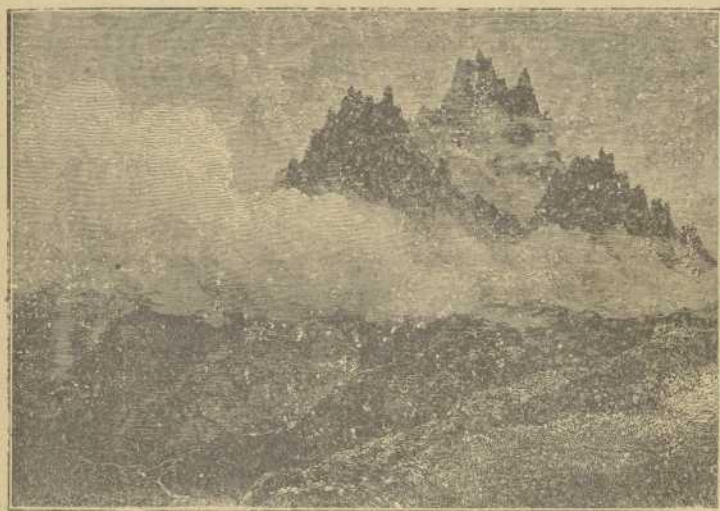
Al Este de la isla, dominando á Dublín, está la masa de Wicklow (296 metros), formada por granitos, esquistos y rocas volcánicas. Esta altura contempla el altivo aspecto de los montes galeses, al otro lado del canal de San Jorge.

Al Nordeste la meseta de Antrim, área de lavas, se sumerge en el mar por los basaltos del cabo Benmore, que no dista más que 24 kilómetros del promontorio escocés llamado Mull ó Cantyre. Ambos países estuvieron en remotos tiempos unidos entre sí por lavas enfriadas. Aún podrían reunirse con un túnel de roca dura, de doble longitud que el túnel del San Gotardo.

Cuarenta mil cabezas de pilares de basalto, que parecen un tablero de ajedrez mojado por el mar, forman cerca de allí la famosa Calzada de los Gigantes.

En el Noroeste, los granitos y esquistos que llevan el hermoso nombre de Montes de Connemara se elevan á 819 metros entre el Atlántico y dos lagos: el Mork (9.200 hectáreas) y el Corrib (17.600).

Este recibe las aguas de aquél por un conducto que em-



Los montes de Kerry: el Carrantuo Hill. (Dibño de Henry-Fenn.)

pieza en Cong, formando manantiales parecidos al de Vancluse, en Francia.

El citado Corrib, segundo lago de Irlanda, resulta inferior al que forma el río Bann, en el Neagh (39.700 hectáreas), que es liso y sin profundidad. El Ernel (11.300 hectáreas) adormece sus aguas en una cuenca de 68 metros de profundidad; el Ree (11.000 hectáreas) á 39 metros de altura, tiene su fondo de 33 metros, casi al nivel del mar, y es una expansión del Shannon, lo mismo que el Derg (11.000 hectáreas).

El Shannon, río central de la verde Erin, se parece algo á los torrentes de una comarca situada al otro lado del Atlántico (Canadá), colonizada precisamente en parte por irlandeses. Como los torrentes canadienses, el Shannon es tan lago como río, y, como ellos, abunda en rápidos. Saliendo del lago Allen, que no tiene más

que 49 metros de altura, llena varios pequeños lagos, donde adormece sus ondas, y las dos grandes cuencas prolongadas del Ree y del Derg, para caer, con un caudal de 200 metros cúbicos por segundo, en un golfo semejante á un lago. Desde el Allen, espejo apacible, hasta el mar inquieto y brusco, su caída es de 49 metros en un recorrido de 333 kilómetros, y como sus corrientes superior é inferior consisten en aguas inmóviles reunidas por plácidos trayectos, se encuentran todavía á 30 metros sobre el Océano, cuando está ya muy cerca de él, pocas leguas más arriba de Limerick. Entonces se precipita por los rápidos de Doonas, que son un tumulto de olas espumosas, cerca del derruido castillo de Connell, morada de los monarcas del antiguo reino irlandés de Munster.

Irlanda estuvo dividida mucho tiempo en cuatro tierras: Ulster, al Norte; Leinster, al Sudeste; Munster, al Sudoeste, y Connaught, al Noroeste.

III

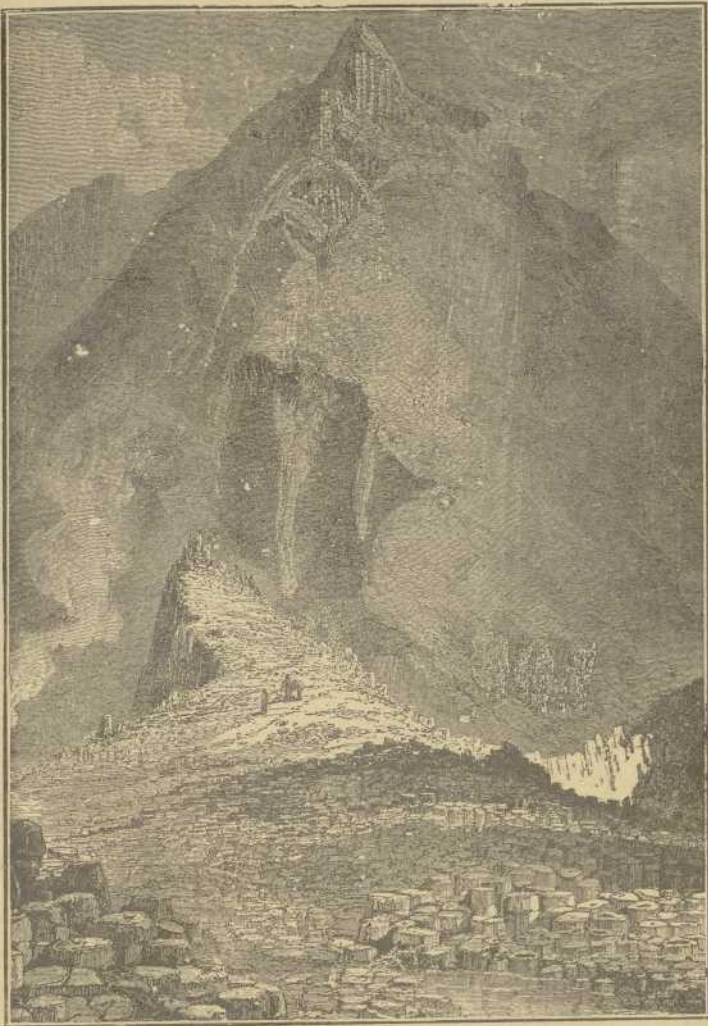
Los irlandeses.—Su miseria.—Su Exodo.

De los 4.700.000 irlandeses, á los cuales nos figuramos todos rubios, son morenos las siete décimas partes.

Todos los conquistadores de la isla de que nos habla la historia, desde los más antiguos hasta los anglosajones de los últimos siglos, pertenecían á pueblos generalmente rubios, de modo que hay que deducir que la antigua nación irlandesa, la que precedió en aquel país nublado á los invasores modernos, era una rama de la humanidad morena, una raza que antes de arraigarse en el suelo de Erin, probablemente habría crecido en la comarca colocada frente al Sur de Irlanda, á través de muchos centenares de leguas, y que hoy se llama España. Casi podríamos designar á Galicia como el puerto de embarque, del cual salieron los emigrantes principales de este génesis de los irlandeses. Dos ó trescientos años antes de Jesucristo, debió de dirigirse aquella raza morena, de origen y lengua célticos, á la isla de las turberas rojas y negras, donde suplantó á otros celtas, procedentes, no se sabe cuándo, de no se sabe dónde.

A mediados del siglo XII llegaron los primeros anglonormandos, destinados, si no á hacer de aquel pueblo moreno un pueblo

rubio de ojos azules, á mezclar por lo menos la sangre, y á que substituyera á la lengua antigua la jerga triunfante que, con el



La calzada de los Gigantes. (Dibujo de Harry Fenn.)

nombre de inglés, se habla hoy en todos los rincones del mundo.

Cuando los ingleses pusieron el pie en la isla que les había otorgado una bula del Papa, estaba Irlanda dividida en siete cla-

nes que se combatían sin cesar, como ocurre en todo pueblo no domado por el despotismo de una realeza guerrera, ó no cimentado en un bloque, por la comunidad de leyes, intereses, esperanzas, ilusiones y creencias. Hay que salvar más de cuatro siglos para encontrar á Erin sometida y resignada ya á la dominación inglesa, á consecuencia de las guerras religiosas á que puso término el Protectorado de Cromwell.

De 1775 á 1780 no llegaban á 1.900.000 los habitantes de Irlanda. Después de la introducción de la patata, que, en igual cantidad de terreno, alimenta mucha más gente que la avena, empezó á crecer la población irlandesa. Pobres y descuidados en sus costumbres desde muchos siglos antes, cada vez se fueron haciendo más indigentes, más insensibles á sus penas, viviendo miserablemente en tierras cortadas por lagos y turberas, propiedad absoluta de unos pocos millares de *landlors* ingleses. Tantos niños nacieron en las miserables cabañas cubiertas de bálago, tan bizarramente resistieron la indigencia, el hambre, el frío húmedo y la suciedad, viviendo entre cerdos, que en 1841 había ya 8.175.000 hombres en Erin, y cerca de nueve millones en 1846. Más de un irlandés por hectárea, sin excluir turberas, lagos ni pantanos.

La isla verde, en cincuenta años, ha perdido más de cuatro millones de almas. Oprimidos y desesperados, emigran cada año centenares de millares de irlandeses, y su emigración es siempre hacia Inglaterra, Escocia, Canadá, Estados Unidos y Australia, modificando así cada vez más, hasta en la madre patria, al aportar su origen céltico, la raza que formaba el núcleo principal del anglosajonismo.

En el litoral fronterizo á la Inglaterra septentrional y á la Escocia meridional, y en varios distritos del Norte, correspondientes al antiguo Ulster, no domina la sangre irlandesa, sino la inglesa y escocesa, porque la mayor parte de los habitantes de esa porción de Erin, descienden de sectarios presbiterianos que llegaron de la Gran Bretaña durante las guerras de religión. En los demás sitios la raza es irlandesa.

IV

Antigua lengua irlandesa.

Si en los irlandeses, puros de elemento sajón, no ha variado el carácter nacional y si aún siguen siendo ardientes y díscolos (como

aseguran sus adversarios ingleses), indiferentes, veleidosos, poco dueños de su prudencia, pendencieros, aficionados á alborotos y golpes, y católicos fervientes, en cambio han olvidado su idioma primitivo.

Antes del gran movimiento de expatriación, provocado por el hambre que siguió á una enfermedad general atribuída á la patata y que se llevó más de medio millón de hombres; en una palabra, antes del Exodo (1847), los hombres que hablaban aquella



Vista de Dublín. (Dibujo de Weber.)

lengua eran muy numerosos en la isla, pero fueron los más diezmos por la emigración.

En 1851, no pasaban de 1.500.000 los irlandeses que entendían el grito nacional «*Erin go bragh*» (¡Viva Irlanda!). En 1861 no llegaban á un millón; hoy no lo entienden ni 100.000.

El Exodo dió el último golpe al idioma de Erin, que ya estaba entonces muy enfermo. Doscientos años hacía que no se había escrito un libro en su idioma y que no se componían versos irlandeses. Nada fijaba aquella lengua, dándola calor; ni alegres canciones, ni leyes escritas, ni escuelas, ni sermones de fiestas y domingos, porque los sacerdotes cada vez usaban más el inglés.

De generación en generación, y podemos decir de año en año,

la diferencia entre la lengua antigua y la de uso corriente ha crecido, convirtiéndose en vasto abismo que parece imposible salvar.

Tres fechas, casi tres centenarios, resumen este derrumbamiento.

En 1541 discute en irlandés el Parlamento de Dublín, y ofrece el título de Rey de Irlanda al feroz Enrique VIII de Inglaterra.

En 1644 aparece el último libro escrito en céltico irlandés.

En 1847 empieza el Exodo.

Ese pueblo va dejando ya de existir como irlandés, y la historia de la antigua Erin es casi una historia ajena para los irlandeses modernos. El Oriente de la isla se muestra completamente dominado por el espíritu inglés.

Algo del irlandés (mezclado con el inglés) queda en el Norte (condado de Donegal), y en el Oeste, sobre todo desde la bahía de Sligo hasta el estuario de Shannon, en los condados de Sligo, Mayo, Galway y Clare.

No se publica ningún periódico en irlandés, ni en Irlanda, donde la mitad de la gente hablaba celta á principios del siglo XIX, ni en los Estados Unidos, donde los irlandeses forman el principal elemento de población de muchas grandes ciudades, especialmente de Nueva York, y hay más sangre irlandesa que en el mismo Irlanda. Tampoco se publican en el Canadá, donde vive un millón de ellos; ni en la Australia, donde forman legión.

Más de las cuatro quintas partes de los irlandeses son católicos. Los protestantes habitan, especialmente, al Nordeste, en el país de Belfast y Londonderry, colonizado tiempo ha por ingleses y escoceses.

V

Ciudades.

Dos ciudades irlandesas tienen más de 100.000 almas.

Dublín (350.000 habitantes), cuyo nombre significa «Agua Negra», está en la costa de Oriente, desembocadura del Liffey, al pie septentrional de los montes de Wicklow, casi en frente de Liverpool, á través del mar de Irlanda. Esta capital de la isla, huérfana de sus reyes y de su Parlamento, no tiene gran industria, pero su puerto recibe y despacha muchos buques.

Belfast (220.000 habitantes), también en el litoral del Este, ocupa el fondo del estuario de Lagán. Hila y teje el lino, y su comercio rivaliza con el de Dublín.

Cork, puerto de la costa del Sur, en el extremo inferior de un estuario junto al Lee, tenía más de 100.000 habitantes, pero ha decrecido su población con la decadencia de toda Irlanda.

VI

Islas pequeñas.

Tres islas dependen de Inglaterra: Wight, Anglesey y Man, y además las islas normandas ó del Canal, próximas á Francia, que han seguido fieles á medias á la lengua francesa.

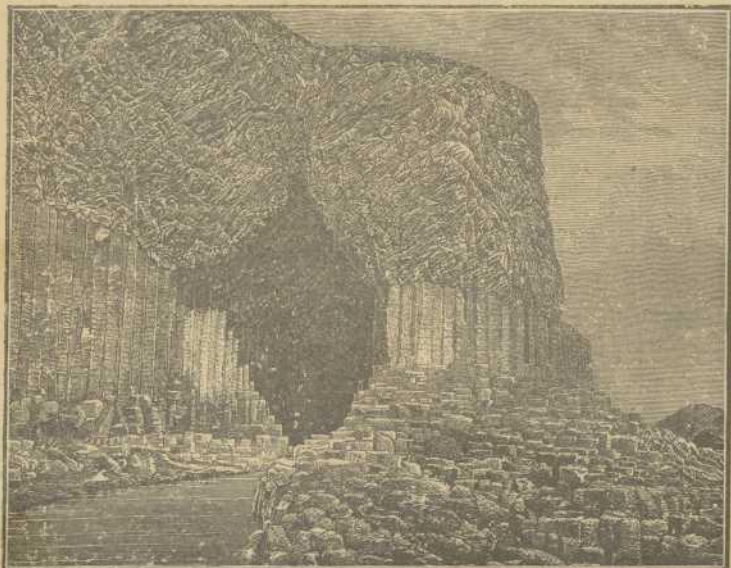
Wight (350.000 hectáreas, 60.000 habitantes), es una isla encantadora, tipo perfecto de la naturaleza inglesa en su aspecto más fresco y gracioso. Está frente á Portsmouth, gran puerto de guerra, y á Southampton, gran puerto comercial. El estrecho que la separa de tierra firme tiene tres kilómetros de anchura. Su cinturón de olas le proporciona un clima suave, y está llena de quintas y castillos, y de millares de ociosos en el verano.

Menos agradable que Wight, pero de clima no menos suave, es Anglesey (48.000 hectáreas y 55.000 habitantes), en el mar de Irlanda. Casi toca con el país de Gales y dos puentes salvan el delgado brazo de mar que los separa. Llena de jardines, praderas, campos y minas de cobre, fué la «Isla umbrosa» en otros tiempos, y ahora es la isla sin sombra.

Hace dos mil años, cuando se llamaba Mona, acudían las gentes á ella desde la Gran Bretaña, desde las Galias, desde la Transalpina, de todos los países célticos (entonces tan grandes y hoy tan pequeños), buscando sus negros bosques, santuario venerado del druidismo.

Man (58.800 hectáreas, 55.000 habitantes) fué hasta 1829 posesión de los duques de Atholl. Surge del mar irlandés, casi á igual distancia de Inglaterra, Escocia é Irlanda, viéndose ésta última en los días claros desde lo alto del Snowfell (620 metros). Ningún lugar de este mundo pequeño está á más de 10 kilómetros del mar que le cerca, y se estrella volutamente en sus cabos calizos, ahogando muchas veces á los pescadores. Es una isla de viudas, como Quessant en Francia, y como todas las islas

tempestuosas donde los hombres se ganan el pan con la pesca. No soplan en ella los vientos del Norte porque los detienen los montes de Escocia, ni los de Este, de los cuales la resguardan las montañas del país de Gales. Le quedan el Oeste y el Sur, de donde vienen aires tibios y húmedos. En Man es suavísimo el invierno. El mes de Enero es menos frío que en la isla de Rodas, entre el Nilo y el Bósforo. Esta mansedumbre del clima, los puertos chicos en un acreditado soberbio y bravío y la hermosura

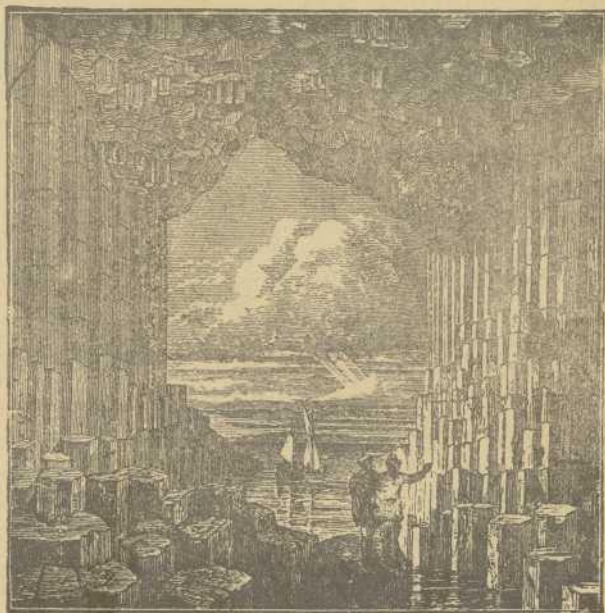


Exterior de la Gruta de Fingal. (Dibujo de Sorrieu.)

estéril de sus montañas, hacen que la visiten en la mejor estación una muchedumbre de bañistas y viajeros. Pastores de ovejas y pescadores de arenques, los habitantes de Man han abandonado casi todos su idioma céltico, muy corrompido ya en los labios de los pocos millares que lo hablan. Las tres cuartas partes, ó las cuatro quintas, no hablan más que inglés, y, sin embargo, en 1660 sólo se hablaba el idioma antiguo, ó sea un intermedio entre el céltico de Escocia y el de Irlanda. Ahora tal vez no lleguen á ciento las personas que desconocen por completo la lengua de Londres, y no se predica en el lenguaje antiguo más que en la iglesia de Arbory. La ciudad mayor, Douglas, tiene 15.000 almas.

Las islas normandas están separadas del Cotentin, península francesa, por el remolino de Blanchard y el paso y entrada de la Deroute, estrechos en los cuales hay que luchar con vientos furibundos, corrientes de 16 kilómetros por hora, remolinos, bancos y rocas.

Las cuatro islas son: Jersey, la mayor y más poblada; Guernessey, más pequeña, y Serk y Aurigny, que no son más que is-



Interior de la Gruta de Fingal. (Dibujo de Sorrieu.)

lotes. Estas islas adquirieron ce ebridad en Europa después de 1852 por vivir en ellas proscripto el gran Víctor Hugo. No tienen entre todas más de 19.554 hectáreas, pero gracias á la pesca, al comercio, al cabotaje y á las hermosas quintas. en las que los extranjeros buscan un invierno clemente, cuentan con más de 90.000 almas (460 por kilómetro cuadrado); densidad que casi equivale á la de una gran población. Para los que pueden vivir sin un sol resplandeciente, es agradable la existencia en estos acantilados, disfrutando el aire del mar en un paraíso de setos verdes. El inglés se habla en Saint Hélier, que es la capi-

tal y en las demás ciudades, y el antiguo dialecto normando decrece cada vez más en estas islas, que pueden llamarse la Normanda pequeña.

Las Sorlingas ó Scilly, islotes y arrecifes más bien que islas, son veinticuatro, de las cuales están habitadas cinco. Viven allí 2.000 hombres en 14.600 hectáreas. Siempre están llenas de espuma, entre un Océano tempestuoso, donde no calla el viento más de seis días al año. Pero rara vez se conoce en ellas el frío, la nieve y los hielos.

Las Hébridas, las Horcadás y las Shetland son archipiélagos escoceses.

En la ribera occidental de Escocia se encuentran las Hébridas, abruptas, brumosas, lluviosas y tormentosas. Es la naturaleza bravía de los *ben* escoceses, con sus lagos y cascadas, sus nieblas y su turba. Lewis, que es la más septentrional, es también la más grande, con 193.800 hectáreas. La volcánica Skye (138.600 hectáreas), fragmento desprendido de los montes de Inverness, sustenta un *ben* de 966 metros, el principal del archipiélago, en los montes Cuchullin, de hermosas formas, puntiagudos, fantásticos, casi inaccesibles. Mull (85.600 hectáreas), casi tan alta y volcánica como la anterior, está próxima al litoral de Argyle, y entre los islotes que de ella dependen, ostenta el Iona, peñasco de granito, un cementerio que guarda las osamentas de sesenta reyes de Escocia, Irlanda y Noruega. En Staffa se introduce el mar en la famosa Gruta de Fingal, caverna de basalto, donde las olas, que penetran por un pórtico de 35 metros de altura, chocan contra columnas prismáticas.

Las Hébridas, que en otro tiempo se llamaron Innis Gael (islas de los gaélicos) todavía merecen este nombre. Allí es donde más conservan los celtas escoceses su raza y su lenguaje, aunque el inglés empieza ya á asediarlos y penetra en sus escuelas. La antigua divisa *Tra mor, tra Briton* (El bretón durará tanto como el mar) será pronto una mentira.

Los celtas de las Hébridas, pastores, pescadores, marineros, cazadores de aves marinas ó buscadores de plumón, son unos 120.000 y ocupan 8.000 kilómetros cuadrados.

En la costa septentrional de Escocia y muy cerca de ésta, se hallan las Orcadas (97.321 hectáreas), mucho menos elevadas que las Hébridas, y que yerguen su más alta cúspide á 476 metros. Pomona (52.000 hectáreas) es tan grande como las demás tierras del archipiélago juntas. Los árboles de esta isla son muy pequeños, porque, aunque esté en medio del mar, le es funesto el influjo del

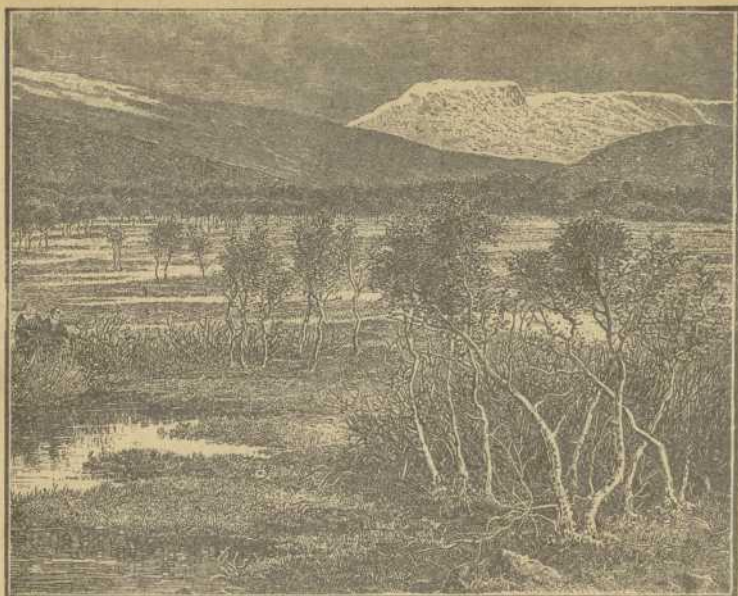
Norte. En el grado 60, latitud esencialmente rusa ó siberiana, no hay que pedir á las plantas exceso de savia. Sólo ciento diez y seis días tienen noches verdaderas; los demás del año se prolongan y se juntan por medio de largos crepúsculos, que se desvanecen en los albores de no menos largas auroras.

Los 32.000 orcadienses no pueden vivir con los productos de un terreno de asperón rojo, en el cual verdegean praderas; pero pescan arenques y bacalao y cazan aves marinas.

A 80 kilómetros al Nordeste de las Orcadas, y en un mar muy peligroso, constituyen el archipiélago de Shetland ciento y tantas islas, de las cuales 37 están habitadas. La niebla suele ocultarlas á quien las busca ó las evita.

Altos acantilados, montes que no llegan á 450 metros, islotes y arrecifes, turberas y brezos, y una sola especie de árbol, que no pasa de siete á ocho pies, caracterizan á las Shetland, que asombran con sus rocas peladas y sus grutas, en las que penetra rugiendo el mar. Producen tristéza sus inacabables nublados, su lluvia y sus vientos. Su temperatura media es de siete grados y medio. Pacen la hierba, abundante en los valles, ruin y escasa en los demás sitios, caballos de largas crines, del tamaño de borriquillos, y carneros y vacas también de poca alzada.

Los 33.000 shetlandeses viven, como los orcadienses, tanto del mar como de la tierra. Hablaban antes noruego, por proceder de la Escandinavia, pues son hijos de los piratas normandos que saquearon la Gran Bretaña. Hace cien años que algunas familias orcadienses conocían aún la lengua de sus antepasados, la cual empezó á declinar después del reinado de Carlos II, cuando una sociedad para la enseñanza cristiana abrió escuelas inglesas.



Llanuras escandinavas. (Dibujo de P. Langlois.)

ESCANDINAVIA

(SUECIA Y NORUEGA)

I

El Báltico.—El futuro San Lorenzo de Europa.

Es la Escandinavia una península donde viven dos naciones, confederadas hasta hace muy poco y separadas hoy: Suecia y Noruega. Las dos tienen el mismo origen, pero no hablan la misma lengua, y siempre se han tratado con fría amistad.

Tres mares bañan esta península. Al Oeste está el Atlántico; al Sur el mar danés con su serie de estrechos, que conduce desde el mar del Norte al Báltico; y al Este, el Báltico, con sus hileras de escollos de granito á lo largo de la costa.

El Báltico, mar oriental de Alemania, cerrado al Norte por el golfo de Botnia, separa á Escandinavia de tierras que hoy son rusas y prusianas, pero que estuvieron largo tiempo en poder de los

escandinavos. Finlandia fué sueca hasta 1809, y aún sigue siendo lo por el idioma de 340.000 finlandeses; además lo fueron Estonia, Livonia, Curlandia, Prusia Oriental y Pomerania.

El Báltico no tiene más que 67 metros de profundidad media. Su mayor fondo, entre Gotland y Windau, ribera de Curlandia, no llega á los 250 metros, una profundidad menor que la del lago de Ginebra. Si se vaciaran el mar y el lago con igual velocidad, todavía quedarían cien metros de agua en la cuenca del Lemán, cuando al Báltico no le quedase una gota de agua salada, convirtiéndose este mar en una tierra firme, con lagos unidos por un río caudaloso. Algún día se reducirá el Báltico á ese río, llamado ya anticipadamente el San Lorenzo de Europa, si nada se opone al trabajo de los aluviones en el transcurso de los siglos. Ahora lo dificultan bastante los innumerables lagos que vierten los ríos suecos, lapones, finlandeses, rusos ó prusianos hacia ese mar *mediterráneo*, entre Suecia y Finlandia. Cuando se llenen los huecos de granito de los lagos, los ríos más cargados de residuos de rocas, tierras y bosques, secarán más pronto el Báltico.

II

Climas.—Montes y nieves.

Tiene Escandinavia 776.000 kilómetros cuadrados, con seis millones 800.000 habitantes. Menos de nueve por cada centenar de hectáreas.

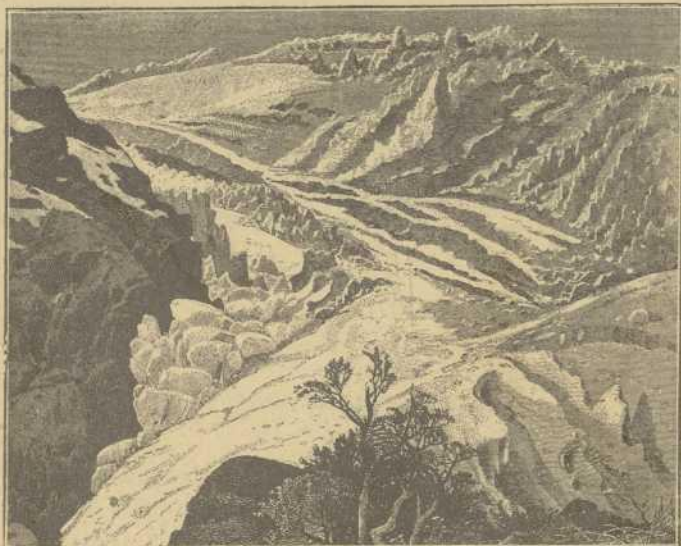
Esta escasez de hombres obedece á la gran extensión de los montes, lo inmenso de las altas mesetas, lo ancho de los lagos y pantanos, y también lo riguroso del clima.

Tan larga es Escandinavia, que desde su cabo más próximo al Polo hasta su promontorio menos lejano del Ecuador, hay más distancia que de Londres á Tángier. Como está situada muy al Norte de Europa, entra por el Septentrión en el círculo Polar, dentro del cual tiene 15 millones y medio de hectáreas, y por el Sur no llega al grado 55, lo que para los habitantes de nuestros climas merece el nombre de boreal.

Los escandinavos llaman templado al clima de Cristianía, en Noruega, y al de Gothia en la Suecia Meridional, olvidando que también se llama templada en la Europa mediterránea una ribera clara, aromática, florida, dorada por un cielo muy diferente

del que tanta nieve suelta sobre las selvas frías de Escandinavia, cuyos dos tercios están cubiertos de montes y mesetas.

Los Alpes de Francia, Italia, Suiza, Alemania y Austria juntos, no ocuparían la mitad del área montañosa de Suecia y Noruega. La masa escandinava, de 1.830 kilómetros de longitud (no hay 1.200 desde Niza á Viena, siguiendo el arco de círculo descrito por los Alpes), tiene 52.300.000 hectáreas, ó sea tantas como los Alpes, los Pirineos, los montes franceses centrales y los Apenninos juntos. El Langfjelde, el Dovre, los Kioelen, mundo ininfi-



La nevera de Justedalsbrae. (Dibujo de J. D. Woodward.)

to de fragosidades y jorobas, en vez de desgarrar con picachos las nubes, se aplasta en blandas ondulaciones, en llanuras, en espacios pelados, bosques bajos, neveras sin límites y ventisqueros, algunos de los cuales, al Norte, bajan hasta el mar de Noruega. Hay en Escandinavia 1.825.000 hectáreas de nieves perpetuas, equivalentes á sesenta y cinco veces la extensión de los ventisqueros del Monte Blanco en los Alpes.

Las más numerosas y vastas de esas neveras (las primeras de Europa, fuera de Islandia), están en Noruega. La primera, la de Justedalsbrae, al Nordeste de Bergen, cubre una meseta de 90 kilómetros de longitud, sustentada por los acantilados que limi-

tan al Norte el estrecho horizonte del *fiord* de Sogne. Tiene 90.000 hectáreas y con su substancia blanca y fina alimenta ventisqueros, algunos de los cuales no se elevan más que á 50 metros sobre el nivel del mar. Más próxima á Bergen que la de Justedalsbrae, al Sudoeste de aquella ciudad, el Folke Foun ó Folge Fonden, cuya montaña abarca los tentáculos del *fiord* de Hardanger, se derrama en un desierto blanco de 28.000 hectáreas á 1.400 ó 1.500 metros de altura. Al Norte, el Gran Borgefield sustenta una nevera de 38.000 hectáreas, y más lejos, bajo el círculo polar, la nevera de Svartis ó «Nieve Negra», se eleva á 1.000 ó 1.250 metros, ocupando 70.000 hectáreas en 65 kilómetros de longitud.

Del Este al Oeste, ó más exactamente, de Sudeste á Noroeste, se eleva insensiblemente Escandinavia para sumergirse luego de pronto en el Océano. Por esto se ha comparado á la áspera península con una ola colosal endurecida en el momento de romper su cresta. La subida de la ola es Suecia, su cresta y caída es Noruega.

Ninguna de las cumbres que se yerguen sobre la triste extensión de los *viddene* ó espacios, de los *hede* ó brezos, de los *ffjeldene* ó neveras, de los *bra* ó ventisqueros, llega á 4.000 ó 5.000 metros como los Alpes, ni siquiera á 3.000. La más alta, el Ymesfjeld ó Galdhoppigen, en los montes de los Gigantes (*Jothumfjelde*), tiene 2.560 metros; el Snehøetten en los Dofrines, 2.322; el Sutltijelma, en los Kjoelen ó Montes del Norte, 1880. Este último está al Norte del círculo polar, donde los lapones son arrastrados por sus renos.

III

Fiords, ríos, lagos y cascadas.

Ríos mucho mayores de lo que se podía esperar por lo breve de su corriente y lo angosto de su cuenca (*elf*, como los llaman en Suecia, ó *elv* en Noruega), torrentes ennegrecidos por la turba ó enrojecidos por el hierro, se llevan al mar el tributo de neveras, ventisqueros y lagos. Ríos tranquilos ó torrentes impetuosos, corren al Este hasta el mar Báltico; al Sur, hasta el Danés; al Oeste hasta los *fiords* de Noruega, golfos que penetran mucho en la montaña.

Los *fiords* son el triunfo de la salvaje naturaleza del Norte. A

su entrada, tienen el mar vivo, con su flujo y reflujo, sus calmas, sus rudezas, sus tormentas. En su extremo, cuando terminan en un canal solo, ó cuando acaban en más de un *sub fiord*, tie-



El «fiord» de Bukke. (Dibujo de Gustavo Doré.)

nen el mar cuajado de hielo, porque esas imponentes hendiduras se abren entre montes de 1.000, 1.200 y 1.600 metros, y estos montes, que muchas veces no se yerguen rectos, ofrecen lechos para los ventisqueros, asperezas en las que se deposita la nieve.

De neveras y ventisqueros caen cascadas, desde muchos cen-

tenares de pies y á veces desde centenares de metros. Se derrumban en olas lúgubres, creando profundidades mayores que la



El Ringedalsfos. (Dibujó de Gustav Doré.)

caída de la cascada. Hay *fiord* en que se miden 800 metros desde el nivel del agua hasta el último fondo del abismo. La sonda ha llegado á 1.244 metros en el *fiord* de Sogne. Tan numero-



Los ríos son esos estuarios, tanto y en tantas ramas penetran en el interior del país, que el litoral de Noruega posee quizás 20.000 kilómetros de desarrollo, incluyendo los canales de las islas, en vez de los 1.900 medidos por la línea de la costa.

Entre estas quebraduras, cuyas sombras no todas las dispersa el sol, debemos mencionar el *fiord* de Bukke y el de Lysel, ambos cerca de Stavanger en la Noruega meridional. En las largas angosturas, entre acantilados de 1.000 metros de altura, la profundidad de las aguas es igual á la anchura de los desfiladeros y á veces mayor.

Los ríos escandinavos, especialmente los suecos, tienen tendencia á desaguar en los lagos, algunos de los cuales son hermosos y grandísimos. El lago Wenern (623.800 hectáreas), recibe el Klar-elf; 4.654.000 hectáreas de tierra sueca le rinden tributo, ó sea 500.000 hectáreas más que Suiza. Igual este lago á más de diez lagos de Ginebra, pero cuatro veces menos profundo que éste, su Ródano es el Goeta, cuyo caudal medio es de 523 metros cúbicos por segundo. El Wettern (194.400 hectáreas) y 126 metros de profundidad, llena de agua, siempre pura, al hermoso Motala, el río del «Manchester escandinavo», que es la ciudad de Norrköping. El Melaren, en el que se derraman 2.181.000 hectáreas, tiene 59 metros de profundidad y va á desaguar en el lago de Stokholm. En Noruega no tiene rival el Mioesen, con 99 kilómetros de longitud, 36.400 hectáreas de cabida y 451 metros de profundidad. Llega hasta 330 metros bajo el nivel del mar. Se calcula el área de los lagos suecos en 4.257.000 hectáreas y la de los noruegos en 1.523.000. Total, 5.780.000; una décima tercera parte de Escandinavia.

Esos ríos que tan frecuentemente mueren en la inmovilidad de los lagos, son entre lago y lago, ó entre mar y mar, torrentes furiosos y ruidosos, con cascadas tremendas. En Suecia, el salto de Niommelsaskas, en el río Luleo, tiene 80 metros; el de Elfkarleby, sobre el Dal, que desemboca en el mar, tiene 15 metros. El Trollhoetta alcanza 33 metros en tres veces, y el río que desgarra es el gran Goeta.

Las cascadas noruegas vencen á las suecas. En un sitio contempla el viajero una sábana de agua de 2.000 pies, que flota con el viento. El torrente, hijo de las nieves, que parece venir del cielo, cae como lluvia pulverizada en las rocas, que ofrecen la forma de un circo, conteniendo las aguas de un lago ó las olas de un mar. En otro lado se abisma un río, de tal modo, que arriesga la vida quien baja á él para escuchar el salvaje tumulto, que

parece el derrumbamiento de la Naturaleza. Esto ocurre en el Maan, cuando se desploma desde 245 metros de altura, en su carrera entre el lago de Mjos y el de Tyn. Así ocurre también en el río Tysson, que en su corriente escabrosa hasta el *fiord* de Hardanger, se lanza desde 160 metros por el Tyssostrengene y el Ringedalsfos; y en el Bioereia, subafluente del *fiord* de Hardanger. En este, el salto famoso de Voermyfos, tiene 144 metros. En otras partes, los saltos son de pocos metros y encuentran en



Tipos de lapones. (Dibujo de LIX.)

seguida su cárcel de rocas. Muchas veces parece un verdadero Rhin el que cae, pues hay corrientes noruegas, de curso breve y cuenca humilde, que tiene olas de una grandeza imponente, gracias á las mesetas nevadas y á los lagos. Entre todas estas cascadas no es la menos hermosa la de Sarpfos, que corta el río Glommen (21 metros). Este río, de 567 kilómetros de longitud, el primero de los escandinavos, vierte por término medio 800 metros cúbicos de agua por segundo, y 4.000 en las mayores crecidas.

Si prescindimos de algunos valles de la Noruega meridional y de la Suecia del Sur, donde el terreno es bueno y el cie-

lo clemente, casi todo lo que en ambos países no es nieve, hielo, lago, pantano, turba ó precipicio, pertenece al Skog, ó sea á la selva inmensa, que antes lo fué mayor, porque los escandinavos, con insolente avidez, talan sus bosques, sin cuidarse del porvenir que los castigará en su descendencia, pues necesita cien años su sol frío para sacar del duro suelo árboles semejantes á los que derriban en una hora. Tanta hermosura se convertirá en fealdad, tanta opulencia en pobreza.

Las cascadas son cómplices de este delito. Junto al abismo de las cataratas, en el Trollhoeta, en el Sarpsfos y en otros cien lugares de los ríos, enormes fábricas, cercados de tablas, barracones escalonados y cobertizos colgantes, resuenan con los ecos del chirrido de las sierras, entre las espumas de un torrente que el hombre del Norte ha apartado del camino del abismo para hacerlo esclavo de su industria. En estos aserraderos entran innumerables árboles que se convertirán en tarugos, tablones, vigas y serrín. Las tomas de agua empobrecen las cascadas, los muros de contención las afean, el tráfico humano las profana, y la fuerza ciega que el hombre encadena á su servicio acelera injuriosamente la muerte de los bosques.

IV

Suecia y los suecos.

Tiene Suecia 4.800.000 habitantes en 45 millones de hectáreas, correspondiendo diez personas á cada kilómetro cuadrado. Crece la población, y más de prisa crecería á no ser por una emigración insensata hacia los Estados Unidos. Cuando los suecos se despiden de su Suecia idolatrada, cuando abandonan una patria digna de conservar todos sus hijos, tierra feliz donde reina la paz social y suena un idioma altivo, van á perderse en la nación de las pasiones políticas, de los partidos ávidos é injustos, del oro reverenciado como Dios único, ó sea en los Estados Unidos, entre la infinita muchedumbre de cosmopolitas prometidos á la lengua inglesa. Una vez en América escogen casi todos la región que más se parece á Escandinavia, por sus lagos, sus bosques, sus inviernos fríos, sus noches heladas, con maravilloso centelleo de estrellas: el Michigan, el Wisconsin, el Minnesota, bañados por un mar sin sol y sin mareas donde se vierte el río sin

cieno del Niágara, y más abajo el San Lorenzo. Otros menos numerosos y acompañados por noruegos y dinamarqueses, eligen en los mismos Estados Unidos una comarca, fría también por su altitud, pero no por sus latitudes, que son italianas. Convertidos en su tierra por misioneros mormones á la religión de éstos, parten en dirección á la alta meseta de Utah. Entre los pueblos de Europa, la nación severa de la península escandinava es, con la



El cabo Norte. (Dibujo de A. de Neuville.)

dinamarquesa, la que da más prosélitos á la religión de los mormones, modernos polígamos.

Los bosques de la Escandinavia ocupan unos 17 millones y medio de hectáreas, los lagos más de 1.250.000, las praderas 2.700.000, los jardines y campos cultivados 1.500.000. Los otros veinte millones son propiedad del brezo, del musgo, pantanos y árboles dispersos.

Los árboles frutales, los jardines, campos y prados, dan bienestar á la Suecia peninsular, compredida entre el Skager-Rack, el Kattegat, el Sund, el Báltico y una línea trazada desde Cristianía á Stokolmo. El sol más ardiente, la lluvia más escasa, la tibieza del mar, las grandes masas de agua dulce, depósitos de

calor y humedad, dan al Mediodía sueco el aspecto de las campiñas occidentales (prescindiendo de los lagos), y en él es más densa la población. Pero más allá de Stokolmo hay un semidesierto, y más adelante el desierto por completo, según se adelanta hacia el Septentrión (rico en minas de hierro), pasando los ríos Dal, Liusnoe, Liungan, Indals, Angerman, Umea, Skelleftea, Pitea, Lulea, Kalix, Tornea, ríos de 150, 200 y 250 metros cúbicos por segundo, que son alternativamente lagos y torrentes. Deslizándose sobre rocas compactas que no absorben agua, bajo cielos fríos que no atraen vapores, y regularizados por vastos depósitos, serían estos ríos mucho mayores si lloviera más en Suecia; pero la lluvia es muy moderada.

Los suecos son rubios y altos, y hablan un idioma parecido al alemán, el cual sería el más hermoso de los germánicos si Islandia no hubiese conservado el antiguo *Norso*. La lengua sueca posee á un tiempo sonoridad viril, fuerza, riqueza, plasticidad y potencia poética. Fuera de Suecia se habla también en el litoral de Finlandia. Unida con esta antigua colonia por los recuerdos históricos y por la resistencia del lenguaje que allí importó, lo está también Suecia en invierno por un lazo material. El mar, poco profundo y poco salado que separa ambos países, se hielá de un extremo á otro, con corteza tan sólida que resiste meses enteros los convoyes que van en trineo desde Suecia á los archipiélagos rusos de Aland y Abo, y desde éstos á la costa de Finlandia, que depende ahora del zar de todas las Rusias.

La secta protestante luterana reina casi exclusivamente en Suecia.

La capital Stokolmo, ciudad de 250.000 almas, es como Venecia, una población acuática. Carece del sol del Sur, de sus famosos monumentos, del renombre poético de la ciudad italiana, de su historia brillante, de la melancolía de una gloria perdida; pero no descansa, como la reina del Adriático, en lagunas sin profundidad, en arena y en canales fétidos, delante de una costa baja, sino que se halla rodeada de preciosos bosques y se refleja en el puro Moelarán, que tiene 1.300 islas.

Goeteborg (103.000 habitantes), puerto muy animado en el Kattegar, se llamó así por el brazo del Goeta, junto á cuya desembocadura se halla. Además Upsala (22.000 habitantes) y Lennd (15.000), son célebres las dos como ciudades universitarias.

V

Noruega y los noruegos.

Entre matorrales, *fiords*, abismos y selvas de fresnos, pinos y abetos, tiene Noruega unos 32 millones de hectáreas, con dos millones de almas, ó sea 6 por cada 100 hectáreas: lo que equivale casi á la despoblación.

Cuenta con pocas ciudades. A veces hay que andar muchas leguas para encontrar las casas de madera que, según su número, componen las aldeas, villas ó ciudades donde reside el pueblo noruego. Esta nación dispone de 6.400.000 hectáreas de bosques mezclados con rocas, estanques y pastos, 1.200.000 hectáreas de prados, 400.000 de terrenos labrados, que crecen todos los años, á expensas de los prados, y más de 150.000 hectáreas de lagos. Lo demás son peñascos, nieve y soledad. Pero el mar que se estrella contra innumerables escollos, se halla á sus puertas, y éste y los *fiords* están siempre llenos de peces, por lo cual, de los dos millones de noruegos, 1.200.000 viven junto al Océano, ya en la costa, ya en las riberas de los estuarios y en las islas.

A igualdad de alturas, y en la misma latitud, el clima de Noruega es más suave que el de Suecia, lo que se debe á las lluvias mucho más abundantes en Noruega, aunque muy diferentes, según los lugares. Pueblo hay á orilla de un *fiord*, especialmente al pie de los ventisqueros del Justadelsbrae, donde caen tres metros de agua al año, mientras que mesetas cerradas del interior no recogen 400 milímetros. Siete grados es la temperatura media de los sitios más cálidos.

En 1665, tenía Noruega 460.000 habitantes; en 1769, 730.000 y á principios del siblo XIX, 858.000; de modo que la población se duplicó en menos de cien años, aunque la emigración le quita de 20 á 30.000 hombres al año.

Los noruegos, recién separados de los suecos, para formar nación independiente, son de estatura elevada, ojos azules y cabellera rubia. Cual sus hermanos los dinamarqueses, han recorrido como aventureros mucho mundo, en atrevidas embarcaciones, pirateando, saqueando las costas y las orillas de los ríos. Una banda de sus piratas recorrió las playas de Normandía, Inglaterra y Sicilia. Otra cuadrilla dió con Islandia, y otra descubrió América mucho antes que Colón, abordando á la Groenlan-

dia y otros países del Norte del Nuevo Mundo y una casualidad fué que abandonaron el *Vinland*, y no crearon en él una Noruega que habría crecido hasta lo infinito, como hoy los Estados Unidos, nacidos en el mismo *Vinland*. Ahora, la tierra de los normandos, replegada sobre sí misma, no envía ya sus valientes á conquistar el mundo. Cubre de marineros el mar, exporta á otros países su madera y la de Suecia, y llena de colonos las regiones frías del Gran Oeste americano, Michigan, Wisconsin y Minnesota, lo mismo que los suecos.

Profesan los noruegos el lutenarismo. Su lengua escrita y la hablada en las Asambleas, es el menos «franco» de los idiomas escandinavos, ó sea el danés, lo que se explica por el mucho tiempo que Dinamarca dominó á Noruega.

Pero junto al danés de los libros, periódicos y reuniones, viven todavía muchos dialectos, poco diferentes unos de otros, como hijos que son de la antigua lengua *norsa*.

Su capital, Cristianía (130.000 habitantes), puerto mayor de la nación, ocupa el extremo de un largo *fiord*, en la parte mejor del país, cerca del río más grande, el Glommen, y del lago más hermoso, el Mioesen. Ciudad de granito, de sienita y de ladrillos, crece con gran rapidez. En 1800 era muy pequeña y no tenía más que 80.000 almas.

Actualmente, Noruega ha elegido como rey á un príncipe de la dinastía de Dinamarca, y muestra gran entusiasmo al comenzar su vida como nación independiente.

VI

Laponia y los lapones.

Al Norte de Suecia, Noruega y Finlandia, encierra la Laponia escandinavos cada vez más numerosos, y los lapones, hombres de origen finés, según ciertos sabios, y de origen mongol, según otros. Hablan una lengua finesa, cuyo parentesco con la de los Mordves de Rusia, es visible. Apenas hay 30.000 en un territorio de 20 millones de hectáreas.

Los lapones son de color aceitunado, de barba escasa, de pómulos salientes, de ojuelos enrojecidos por el humo é irritados por la nieve. Suelen ser sucios y han pasado por la raza más pequeña de la tierra. Sin embargo, aunque la mayoría de los hombres sea de cuatro pies y medio de estatura, hay algunos de

cinco y más. Unos pescan en el *fiord*, en el lago y en el torrente; otros viven con sus renos, en bosques donde la nieve llega durante muchos meses del año hasta mitad de los troncos de los árboles. Abedules, alisos, enebros y sauces, componen esos bosques tristes, en los cuales crece el líquen rojo ó amarillo y se tropieza con turberas.

Triste vida la de estos pobres hijos del Norte, que han de pelear con la nieve en invierno y con los mosquitos en verano. Cuando la estación más templada ha dado libertad á los torrentes, liquidado los lagos, devuelto su curso á las cascadas y fundido la losa de hielo de los pantanos, los cinifes zumban á millares encima de la turba seca. El lapón se embadurna entonces la cara con grasa ó huye con su ejército de rengíferos hacia otros campos de musgo, alimentó de su rebaño. Es una verdadera emigración. Ninguna familia vive bien sin centenares de renos, y hay lapón rico que posee más de 2.000.

El lapón no sólo anda por Escandinavia, con noruegos y suecos, sino que también se le encuentra en Rusia, al Oeste del Mar Blanco, mezclado con los finlandeses, los escandinavos y los slavos. Pasa insensiblemente del estado nómada al sedentario, retrocediendo ante las razas más fuertes que le disputan la pesca y los pedazos de pradera, hasta en las prolongadas tinieblas de la noche boreal. Pero si se repliegan los lapones en las inmensidades del hielo, lejos de desaparecer, aumentan. A fines del siglo XVIII no llegaban á 10.000 y hoy pasan de 30.000.

Dan á su patria el nombre de Same-Ednam; llaman á su lengua Samegieryl y á sí mismos se llaman Sameladz, en singular Samé. Este pueblo vagó en tiempo remoto por la península escandinava, Finlandia y Dinamarca, llegando hasta el Norte de Alemania.

VII

Islas: Oeland, Goetland, el Skiaergaard

Dependen de Suecia, Oeland, y Goetland; y de Noruega, el Skiaergaard.

Oeland (134.300 hectáreas), en el Báltico, frente á Calmar; vive más de mar que de su tierra poco fértil. Muy angosta, de 130 kilómetros de longitud, tiene 50.000 habitantes.

Goetland (313.900 hectáreas), está más internada en el mar. A

80 kilómetros de la costa empieza á subir, pero no pasa de 60 metros. Tan caliza como Oeland, sostiene á 60.000 personas, que viven en una tierra pelada, antiguo pedestal de una inmensa selva. Cubrían antes los bosques toda la isla, atrayendo los vapores de la lluvia, y enviando á sus pequeños lagos más arroyos que los que reciben hoy. La capital, llamada Wisby, es ciudad de apariencia antigua.

El Skiaergaard (2.190.000 hectáreas), es un mundo confuso, montañoso, rugoso y lluvioso, que sirve de rompeolas á la Noruega occidental, desde el Skager-Rak, mar tibio, hasta el Cabo Norte, donde se estrellan las olas frías. Es un dédalo de islas, una red de *fiords*, corrientes, contracorrientes y *maelstroms*, si se puede dar este nombre á las estrepitosas luchas de la ola y del peñasco. Tiene cumbres (la más elevada llega á 1.300 metros), aristas estrechas como hojas de cuchillo y bastantes praderas. En la caleta más pequeña se encuentran aldeas de pescadores y de marinos. Viven en el Skiaergaard 250.000 hombres (la octava parte de los noruegos). Están habitadas 1.160 islas.

Las Lofoten (582.000 hectáreas, con 35.000 habitantes), principal reunión de islas, islotes y arrecifes de todo el Skiaergaard, poseen el monte más alto en Hindre, que es la tierra mayor de este dique fuerte, aunque quebrado por el mar. No obstante lo angosto de los canales que separan estas islas de la tierra firme, hasta hace unos cien años no entraron en el llamado «Concierto europeo».

Dícese que durante las guerras napoleónicas usaban aún el arco estos insulares, á pesar de estar próximos á tantas naciones instruídas desde hace tres ó cuatro siglos en las *nobles* artes de la pólvora y el cañón.

VIII

Spitzberg y Tierra de Francisco José.

Desde los *fiords* lapones de Escandinavia y Rusia se llega, navegando hacia el Polo, á un archipiélago sin árboles, sin verdor, sin fuentes, sin habitantes y sin dueños. Ese archipiélago es el Spitzberg, nombre que significa «Monte Puntigudo».

Debe este nombre holandés á sus agudos picos, los más altos, los cuales no pasan de 1.500 metros. Granitos, calizas y rocas volcánicas forman estos picos que resaltan, sombríos y negros,

sobre la blancura de las neveras. Grandes, inmensos ventisqueros arrancan de ellas, bajando hasta la costa, y caen con todo su peso en el mar, cuyas aguas roen el pie de los cabos. Con su enorme masa cubren valles que nunca conoceremos. Hasta la altura de 400, 500 ó 600 metros, según los lugares, no es visible el terreno en ninguna estación del año. El sol, de un día de cuatro meses, lanza en vano sus rayos sobre los mares de hielo. Los alumbra, los calienta, los anima con murmullos de gotas, llega á producir cascadas, pero no derrite más que la superficie de la compacta masa en invierno. Es imposible fundir el hielo en una isla que está entre los grados 76 y 80 de latitud, á 1.000 y 1.500 kilómetros del Polo, en un clima cuya temperatura media anual oscila entre 7 y 9 bajo 0, donde hiela en Junio y Julio, pues en estos meses se ha visto al termómetro señalar 10 bajo 0 y no sube nunca á más de 16.

Los holandeses fueron los primeros que llegaron á este archipiélago, que debe tener unas 6.500.000 hectáreas. El mar que lo rodea era entonces abundantísimo en ballenas, á las que ha hecho cruda guerra el arpón de los pescadores. Apenas quedan focas ni morsas de las que llenaban aquellos parajes, en los cuales cazan hoy noruegos y rusos más que los holandeses, ingleses ó alemanes.

El oso blanco, el renjífero (que encuentra musgo abundante), el zorro polar y la liebre que no se asusta de ningún cazador, son los únicos habitantes del Monte Punttiagudo.

Al Noroeste y á muchos centenares de kilómetros del Spitzberg, se encuentra la Tierra de Francisco José, que domina con sus basaltos y montes (uno de los cuales, el Richthofen, se alza hasta 1.530 metros), un mar completamente helado, al Norte del grado 80. Exceptuando el reno, viven en las islas y mares de Francisco José, los mismos animales que en el Spitzberg. En las rocas de su litoral, lo mismo que en dicho archipiélago y en el Skiaergaard, en las Orcadas y en las Shetland, ponen y empollan millones de aves marinas. Cada especie forma apretados grupos, y los machos, aleteando y chillando con alegría ó con cólera, se sumergen en el mar buscando la pesca que alimenta á sus hembras empolladoras.



Costa septentrional de Bornholm. (Dibujo de F. Serrieu.)

DINAMARCA

I

Situación.—Islas danesas.

Al Sur de Suecia y Noruega, cuenta Dinamarca (país escandinavo también), con 2.175.000 habitantes en 3.827.900 hectáreas, á razón de 57 almas por kilómetro cuadrado. Componen la tercera parte del reino islas bastante fértiles, y los otros dos tercios una península puntiaguda, menos fecunda que las islas.

La isla Sjoelland, roca gredosa, tiene unas 700.000 hectáreas. Es esta isla el corazón de Dinamarca, y en ella se halla establecida la capital. Está junto al Sund, brazo de mar que une el Kattegat ó mar del Norte con el Báltico. Ese paso, que separa á Dinamarca de Noruega, no tiene más que 4.100 metros, en su punto más angosto, delante de Helsingor, y su profundidad es escasa. La isla Sjoelland, de dinamarquesa se convertiría en tierra sueca si el agua salada descendiese solo 20 metros. Ninguna de sus costas excede de 100 metros de altura. Tiene hermosos bosques de hayas, bellas cañadas, verdes praderas, quintas de recreo y magníficas

vistas al mar, al archipiélago dinamarqués y á Suecia. Moen, Falster y Laaland, islas independientes ahora, estaban antes unidas á Sjoelland.

Moen (24.000 hectáreas), lugar de descanso y veraneo, con hermosos acantilados, ostenta orgullosa unas colinas de 150 metros, que para los dinamarqueses, hombres de tierra baja, son asombrosos Himalayas.

Falster (53.500 hectáreas), es una isla baja.

Laaland, isla llana también sin relieve alguno, tiene 119.100 hectáreas.

Lejos de estas cuatro islas que formaron una sola, al Este, entre la punta de Suecia y el litoral recto de la Pomerania, tuvo la isla de Bornholm mucho más de las 60.000 hectáreas que forman su extensión actual; pero las olas la fueron royendo y todavía se ven cerca de ella, y debajo del agua, restos de sus bosques y peñascales. Es una tierra regular, paralelográfica, con árboles y matorrales sobre granito, esquisto y asperón.

Al Oeste y al otro lado del Gran Belt, está Fionia (300.500 hectáreas), que antes formaba cuerpo con Jutlandia. Hoy están separadas por el pequeño Belt, estrecho de 640 metros en su parte más angosta, lleno de bancos de arena. Esta isla es muy graciosa y abunda en playas bonitas, praderas y bosques de ayas.

La acompañan Langeland (28.400 hectáreas), Taasinge y Aroe, que antes constituían con ella una tierra sola.

II

Jylland ó Jutlandia. — Slesvig-Holstein.

Jutlandia (2.524.200 hectáreas) es el término septentrional de la península germano-danesa, lo que llamaron los antiguos el Quersoneso Címbrico.

Al Mediodía de esta península está el Slesvig-Holstein, que dependía de Dinamarca hace cuarenta años, pero que pertenece ahora á Prusia desde una anexión, á raíz de una guerra desgraciada, que entregó á Alemania, además de unos cuantos hombres de idioma alemán, más de 150.000 que hablan dinamarqués. Al apoderarse bruscamente de «aquel país abrazado por el mar, altivo guardián de las costumbres alemanas», como dice

un canto famoso, casi ha suprimido Prusia la península que separaba su litoral báltico de sus costas del mar del Norte, porque el Slesvig-Holstein, bajo y muy dentado por sus dos mares, ofrece paso fácil á canales de gran navegación. Antes de que la violencia del hombre achicara á Dinamarca, ya la había empuqueñecido la furia del mar. Desde 1240 hasta ahora le han quitado las olas más de 300.000 hectáreas.



Vista de Reykjavik. (Dibujo de Jules Noel.)

Tiene Jutlandia *fiords* como Noruega. El de Lym, que cuenta con 116.900 hectáreas, va de expansión en expansión, desde el mar del Norte al Kattegat. Pero esos *fiords* no tienen de tales más que el nombre, les falta el mar, las fragosidades, la montaña, la nevera, los ventisqueros, las cascadas de Noruega. Son estanques como los de las Landas gasconas, en Francia, con un litoral de arena y médanos, sostenido por los pinos. La Jutlandia fértil está á Oriente, por encima del Kattegat y del Belt, en colinas gredosas, donde se yerguen el Ejersbavsnehoj (180 metros) y el Himmelbiereg ó «Monte del Cielo» (172 metros). Estos son los dos gigantes de Dinamarca, país muy bajo.

III

Los dinamarqueses.

De la península jutlandesa, y especialmente de las tierras bajas del Slesvig meridional, salieron los anglos, cuyo nombre dió el suyo á Inglaterra y á los ingleses, aunque la inmensa mayoría de la gente de Albión descende, indudablemente, de otros padres. Los sajones, que contribuyeron también á formar la nación inglesa, vecinos cercanos de los anglos, habitaban en el Elba inferior. Su nombre sirve hoy para designar el conjunto de los pueblos que deben su existencia al furor comercial de los insulares de la Gran Bretaña, puesto que se llama anglo-sajones ó, sencillamente, sajones á los hombres de lengua inglesa que han tomado posesión de una parte del universo.

Los dinamarqueses son escandinavos mezclados en otro tiempo con los fineses y los celtas, que encontraron en las islas y en Jutlandia y cruzados luego con elementos sajones, frisones y holandeses. Se parecen á los demás escandinavos en la energía tranquila, en la probidad, en el amor á la familia, en la afición al estudio, en la inclinación á las ideas místicas. Como son muy patriotas, buscan la salvación de su país en la estrecha unión con sus hermanos, suecos y noruegos.

Su idioma, menos hermoso y sonoro que el sueco, pero poseedor de una hermosa literatura, es también el idioma político, literario y social de dos millones de noruegos y el nacional de los 150.000 dinamarqueses del Slesvig septentrional, arrancados por Prusia á su patria contra todo su deseo; el de los 13.000 insulares de las islas Feroe, y el de unos 10.000 blancos y mestizos de esquimales en las costas de Groenlandia. De modo que viene á haber en el mundo 4.325.000 hombres, cuyo idioma materno ó literario es el danés. Con los 5.140.000 suecos de Suecia y Finlandia, y los 70.000 habitantes de Islandia, hay en total unos 9.500.000 escandinavos, sin contar los de la América del Norte.

Muy numerosos son en el septentrion del Nuevo Mundo los hijos de aquellos godos que fueron los primeros en descubrir á América; pero es difícil calcular su número, porque las estadísticas de los yankees no tienen en cuenta el origen de los hombres nacidos en el suelo de la «libre América». Cuantos ven la luz en los Estados Unidos, son inscritos como americanos, por lo que es imposible

saber los escandinavos nacidos allí, uniéndolos á los procedentes de Escandinavia, para conocer su número exacto. Pero se les puede calcular en 1.500.000 personas con 800 iglesias, infinitas escuelas primarias, cinco seminarios, seis sínodos ó grandes consejos presbiterianos y 25 ó 30 periódicos en idioma escandinavo.

Pero en los Estados Unidos y en el Canadá, en esos países donde los forasteros se funden con los nacionales, no renovarán la antigua y rústica Escandinavia. Dejarán tras sí sus apellidos corrompidos y desfigurados por labios ingleses, y algunos nombres de pueblos. Eso mismo es lo que queda de ellos en Normandía.

La capital de Dinamarca, Kioebenhavn, que llamamos Copenhague, tiene 375.000 habitantes, incluyendo los arrabales, ó sea más de la sexta parte de todos los dinamarqueses. Está junto al Sund, frente á Suecia.

IV

Islandia.—Islas Feroe

A 1.800.000 kilómetros de Copenhague, una cuarta nación de origen escandinavo, dependiente de Dinamarca, vive aislada, en un clima rebelde, en una isla próxima al círculo polar, entre Europa y América, en el seno de un mar donde se encuentran las olas del Atlántico y las del Océano glacial.

Islandia está tres ó cuatro veces más próxima á las costas heladas de Groenlandia (América) que á los *fiords* brumosos de Escocia; pero, en realidad, es una prolongación de la Gran Bretaña, y, por lo tanto, de Europa, por sustentarla el mismo pedestal submarino de rocas.

Desde Copenhague hasta Islandia tocan los buques en las islas Feroe (133.300 hectáreas), archipiélago danés, donde el pico de Slattaretindur llega á 840 metros. En estas islas volcánicas, de soberbios basaltos, la cebada (su único cereal) no madura más que una vez, de cada tres veces que se la siembra; pero los lagos no se hielan. El mar, muy templado para estar tan lejos del Ecuador y tan cerca del Polo, suaviza de tal modo su clima que la temperatura media del invierno apenas es inferior á la de Constantinopla, aunque la ciudad del sultán esté menos al Norte del grado 40 que las Feroes al Norte del grado 60. Lo que les falta á estas islas son calores en sus valles sin nieblas. Tienen más de 13.000 habitantes de idioma dinamarqués, y su capital es la sombría

Thorshavn, en la cual está nublado el cielo ó llueve trescientos trece días al año.

Islandia (10.478.500 hectáreas), lleva un nombre escandinavo que quiere decir «País del Hielo». Bien merecido lo tiene, porque los ventisqueros y las neveras cubren muchas cañadas y mesetas. Uno de los primeros navegantes que la vieron, la llamó, muy acertadamente, Snoeland ó «país de las nieves»; pero más le convendría el nombre de «país de las lavas», pues una gran parte de su superficie rocosa ha desaparecido bajo la viscosidad de los volcanes. Lavas, basaltos, piedra pómez, ceniza seca y estéril, en cuya masa desaparece el agua, es lo que ocultan las neveras al cubrir á Islandia, meseta de 300 á 650 metros de altura, erizada de *jökull* ó picos nevados.

V

Volcanes islandeses.—Lavas inmensas.—El Vatna Joekul.

Todavía hay en Islandia volcanes en actividad, espanto y azote de la isla, por la terrible lluvia de lava humeante que ciega valles, cierra lagos y cubre ríos. Brotan con frecuencia de sus cráteres raudales hirvientes, como en 1766 al ocurrir una erupción del Hekla, y esos torrentes, crecidos con las nieves que derriten, originan inundaciones, que serían trágicas, si Islandia tuviera ciudades en el interior. Pero, por fortuna, apenas hay habitantes más que en la costa; sobre todo, al Oe-te. X

El Hekla, que es el más famoso de los volcanes (1.553 metros), ha hecho menos daño á Islandia que muchos volcanes vecinos; pero, sin embargo, registra la historia veinte crisis suyas, algunas de las cuales han sido terribles.

El Skaptar es peor. Después de su erupción en 1783, el aire apestado de azufre, las lluvias de ceniza, el hambre y la epidemia que siguieron al desastre, arrebataron 9.336 hombres á aquel país que no tiene más que 70.000 almas y nunca pasó de 100.000. El volcán vomitó en aquella ocasión 500 millones de metros cúbicos de roca. El Krafla y el Lechrunkur hicieron hervir mucho tiempo el lago de los Mosquitos, el Myvatn, con las lavas ardientes de que lo llenaron. El Kafla ó Koetengja, que es el volcán más meridional, parece extinguido y hay hielo en el fondo de su cráter; pero se conocen quince erupciones suyas. Bajo la nieve del Vatna-Joekul duermen volcanes subglaciales; pero muchas veces se des-

piertan. Cuando están en convulsión, derriten montes de hielo con sus lavas humeantes, y sus abrasadoras cenizas bajan á la costa como prodigiosos torrentes. Las montañas más altas de la isla, el Oroefa (2.027 metros), ó monte de la Soledad, el Vatna (1.920 metros), el Suoefell (1.824 metros), contemplan al Vatna-Joekul, nevera de 850.000 hectáreas, nueve á diez veces mayor que el Jostedalbrae de los noruegos, que es la nevera más grande del continente europeo. Del Vatna-Joekul baja el rey de los ríos islandeses, el Jokulsa, torrente pedregoso y rápido que se sumerge, saltando, en el Deltifos, desde el coronamiento de una pared de basalto, de sesenta metros de altura.

VI

Torrentes helados.—Manantiales calientes.

Los ríos procedentes de las montañas llevan agua blanquecina, como de nieve, por lechos de lava, cuyas riberas no une ningún puente. Hay que rodearlos, no sin peligro, pues esos torrentes son anchos, violentos, abundantes en rápidos y cascadas. Sus ondas son muy frías, aunque reciben muchos arroyos de agua hirviendo, porque Islandia es, por excelencia, la tierra de los *laugar*, ó fuentes termales; de los *hverar*, ó manantiales hirvientes; de los *reyhijar*, ó chorros de vapor, y de los *geyseros*, surtidores intermitentes que brotan de pronto, silbando en el aire hasta quince, veinte ó treinta metros, y luego vuelven á caer en el hirviente manantial del cual salieron.

Los arroyos hirvientes ó tibios, por numerosos que sean, pierden su calor en el agua helada. Estos arroyos de Islandia, cuando no llevan mucha ceniza volcánica, abundan en truchas y salmones, que buscan las corrientes frescas. Más de un *vatr* ó lago de sus cuencas debe su existencia á los volcanes y á los ríos de fuego, convertidos después en diques de piedra que cortan los valles.

Algunos otros desaparecen amenguados por las lavas que los vecinos cráteres arrojan en sus aguas. Tal, por ejemplo, el Myvatn, que reposa en una cuenca poco honda, en el seno de negra soledad, entre nubes de mosquitos, y á orillas del cual se levantan columnas de humo de los manantiales calientes.

VII

Decadencia de Islandia.

En remotos tiempos, y hasta en nuestros días, no sólo han hecho y deshecho lagos esos volcanes, sino que también se han derramado por vertientes dedicadas al pastoreo y valles de cultivo.

En los primeros siglos de su existencia fué más rico y numeroso el pueblo islandés. No sabemos á punto fijo cuántos hombres ha perdido, pero es seguro que Islandia está menos habitada que antes, desde que comenzó la expansión de las lavas y la dispersión de las cenizas.

Aparte de algunos pedazos de playa y de valle, donde queda algún verdor; fuera de los bosques de abedules, de cinco á diez metros de altura, restos de bosques que fueron más vastos, lo que más se encuentra ahora en Islandia, de Este á Oeste y de Norte á Sur, son musgos ruines, turberas, cenizas disperas, llanuras de arena negra, pantanos, lagos desolados, corrientes volcánicas, y en este mundo sombrío, iluminado á veces por la rojiza humareda de los volcanes, se admira la blancura de las neveras sin límites.

Los islandeses no tienen para calentarse más que malezas mezquinas, excrementos secos, huesos y plumas de aves marinas y la poca madera vomitada por el Océano. Amenazados de morir de hambre, morirían también de frío si no tuvieran su turba y si no les enviara abetos Escandinavia.

Un cielo muy variable, que aún á fines de primavera es pródigo en vientos húmedos y fríos, nieves y chubascos, pesa sobre la tierra de los *joeklar*. Este clima hace de ella un país que es malo por árido, por triste y pobre, más bien que por ser país helado, pues aunque se encuentra tan cerca del Polo Norte, el mar conserva en él sus derechos. La temperatura media anual de Reykjavik es de 4°5', y la de Akreyri de 6°58', aunque puezca increíble.

VIII

Los islandeses.—Isla de Juan Mayen.

Dice la historia que en 1250 tenía Islandia más de 100.000 habitantes, cuyo número se redujo á 38.000 en 1786 y luego ha vuelto á crecer. Hoy tiene 69 ó 79.000, ó sea 7 por cada 100 hectáreas. Como á Islandia le resultan gravosos estos hijos y no puede ser para ellos madre generosa, empieza á dispersarlos por la América del Norte. Van á Nueva Escocia, al Canadá, á Manitoba, á orillas del lago Winipeg, á la fría y brumosa Alaska y á los Estados Unidos, cuyos hirvientes manantiales y grandes surtidores, borran el antiguo renombre de los *laugar*, *hverar* y *geyseros*, de Islandia.

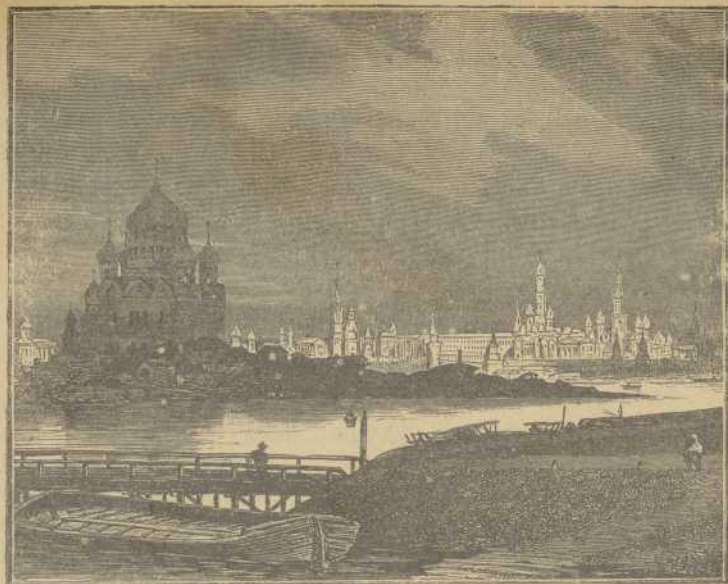
Los escandinavos que llegaron á esta isla en los siglos ix y x (á contar desde 874) no encontraron en ella más que algunos monjes celtas que habían salido de Escocia ochenta años antes. Los islandeses proceden de aquellos vagabundos del mar, noruegos paganos que huían del despotismo del rey Haroldo, el de «la hermosa cabellera rubia», y de la religión de Cristo, nueva entonces en Escandinavia.

En Islandia, la nación escandinava, por ser más pura, ha conservado preciosamente el idioma primitivo, que la opinión, unánimemente, tiene por muy hermoso, y posee en sus *sagas*, ó tradiciones, un maravilloso manantial de fresca poesía. Si aquellos cantos de los tiempos heroicos tuvieran nombre de autor, llamaríamos á éste el Homero del Norte.

Los islandeses son todos luteranos.

Su capital, Reykjavik (3.000 habitantes) en un *fiord* de la costa occidental, debe su nombre de «Pueblo humeante» á los vapores que flotan sobre las fuentes termales de las cercanías.

Lejos de Islandia, al Nordeste, junto á los hielos eternos que parecen valladar infranqueable del Polo, está la isla de Juan Mayen, inhabitada y sin dueño. Tiene un monte de 1.775 metros, llamado Boerenberg ó «monte de los osos».



(Vista de Moscú. Dibujo de J. Moynet.)

RUSIA

I

Grandeza de Rusia.—Inmensidad del imperio.

Separada de Asia por los Urales, por estepas deshabitadas, por el mar Caspio y la alta barrera del Cáucaso, ocupa Rusia más de media Europa, pues de los 10 millones de kilómetros cuadrados que tiene ésta, le corresponden cinco millones. Con sus dependencias de Asia, Siberia, Estepas, Turquestán, Transcaspio y Transcaucasia, ocupa 2.300 millones de hectáreas, con ciento tres millones de almas.

Tal como la vemos, ocupa la cuarta parte del antiguo continente, y la sexta parte de todas las tierras del globo. Su imperio universal encierra cerca de la décima tercera parte de los hombres.

Tiene los lagos mayores de Europa: el Ladoga y el Onega, semejantes á mares pequeños, y los ríos más largos, especialmente el Volga. Las cuencas del Kama y el Oka, que son afluentes de

ese río, equivalen respectivamente al territorio de Francia é Italia.

Lo que menos tiene Rusia son montañas. No levanta verdaderas cumbres más que en las fronteras y en la península de Crimea. Al Sur, en Caucasia, ó sea al extremo de Europa, tiene el Elbrús (5.660 metros), y al Este, también al final de nuestras tierras europeas, el Ural alcanza 1.698 metros, y una de las cimas de Crimea, 1.661.

II

Ural.—Novaia-Zemlia.

Los occidentales, ó mejor dicho, todos los europeos que no son rusos, limitan la Rusia de Europa en la cúspide del Ural, cordillera granítica de 33 millones de hectáreas; pero los hijos del inmenso imperio no se dignan hacer del *Kammenoi Poias* (cinturón de piedra) ó del *Zemnoi Poias* (cinturón de tierra) del Ural, un límite entre el Occidente y el Oriente de su patria. Para ellos, al Este y al Oeste de esos montes, Rusia es una é indivisible. Lo mismo hacían por ignorancia nuestros antepasados. La llanura sármata, ó sea la Rusia actual, estaba muy remota, como esfumada en un crepúsculo, y hacían acabar la Europa en Polonia, considerando á los moscovitas como asiáticos.

Además, desde una vertiente del Ural á la opuesta, por encima de esa cordillera de más de 3.000 kilómetros de longitud, nada del terreno, como de los hombres y del idioma, demuestra que se cambia de parte del mundo. Si no marcasen la frontera, en los caminos transversales, los postes indicadores; si no la señalara una serie de claros en el bosque, no se notaría que se pasa de Europa á Asia. El lado perteneciente á ésta, que deberíamos creer menos civilizado, es el más rico, con ciudades más industriales, más lujosas, mejor construídas y de más rápido crecimiento.

Este límite lo salva un ferrocarril, desde Perm hasta Iekaterinbourg. Cerca de esta vía férrea pasa un camino que, de altura en altura frondosa, ha llevado de Europa á Asia y de Asia á Europa, á millones de hombres, soldados, galeotes, aldeanos, colonos y viajeros. Es el camino de Moscou á Tobolsk, la ruta de Siberia, la hilera de abedules más larga que se conoce en el mundo, entre Ninji Novogord y Tjumen. La Gran Catalina mandó plantar esta alameda, garantizando su crecimiento con una ley que condenaba á muerte al audaz que destruyese un árbol de estos. Las

filas de árboles debían llegar hasta la entrada de la lejana Irkousk.

El Ural del Sur, abundante en filones de oro, cobre, platino, diamantes, malaquita y sal, también tiene bosques, que, por desgracia, son talados con loca prodigalidad, tanto para la calefacción como para la construcción de barcos y para los apetitos devoradores de los hornos industriales. Su cumbre más alta es el Iremel (1.537 metros). En el Ural medio, la más elevada es el Denejkin-Kamen (1.633 metros), y en el Ural del Norte el Tell-Pos-Is ó Nepubi-Nior (1.698 metros).

Este último Ural, pelado, con valles y cañadas llenos de nieve, se prolonga por debajo del mar, pues de él son masas salientes la isla de Vaigatch y la Novaia-Zemlia (Nueva Zembla), isla de 9.000 kilómetros cuadrados.

La nueva Zembla es una tierra archipolar y la rodean bancos de hielo. Tiene montes de 1.000 á 1.500 metros, neveras, ventisqueros, líquenes y bosques de árboles enanos, abetos, sauces, saúcos y abedules, que se elevan unas cuatro ó cinco pulgadas sobre el líquen.

III

Llanura rusa.—Estepas.—«Mantillo negro».

Rusia es muy llana en conjunto. Fuera del Cáucaso, del Ural, Finlandia y Crimea, ningún cerro pasa de 400 metros. Esta igualdad del suelo es un gran medio para la unificación del territorio imperial; allana el camino de los ríos; facilita canales, carreteras y vías férreas.

Además cuenta Rusia con el mayor constructor de caminos, que es el invierno. Durante un cuarto, un tercio ó una mitad del año, según las latitudes, ese poderoso nivelador pulimenta el país entero desde el mar Blanco hasta el Negro, y los trineos resbalan como si marchasen sobre rieles por la nieve endurecida. El mujik se mueve entonces en todos sentidos por la inmensa llanura blanca, en medio de los bosques, que son blancos también cuando los forman abedules, y negros, exceptuando la escarcha de las ramas, cuando son de pinos y abetos. Atraviesa arroyos y ríos sin verlos, porque los oculta el hielo cubierto de nieve. En esta nevera sin fin, en estos bosques y llanuras, la falta de granjas y aldeas hace más amarga la triste impresión de la soledad.

En Rusia (á lo menos entre los Grandes Rusos), la propiedad

no es personal. El Municipio (el *Mir*), es quien posee y distribuye los lotes entre las familias á tantas *desiatinas* (mayores que las hectáreas) por cabeza, en épocas que varían, según la costumbre. Nada sujeta al aldeano de la Gran Rusia á la tierra que debe al acaso de un reparto, porque ni cinco, ni diez, ni veinte años de cultivo son el porvenir de un hombre y de una familia. No gusta, pues, el mujik de elevar su mansión sobre un terreno que ha de perder; prefiere vivir con todos los demás en el pueblo, en su *isba* ó cabaña, con su huertecito del cual es dueño. De modo que la gente de la Gran Rusia vive, con muy pocas excepciones, en pueblos parecidos todos, en calles largas y anchas, orladas de *isbas*, casas de madera que no se tocan entre sí por temor al incendio. Si estuvieran unidas, el fuego que prendiera en una cabaña, tardaría poco en consumirlas todas.

Muy fea sería Rusia sin sus anchos ríos, sus numerosos lagos, que cubren en total 11 millones y medio de hectáreas; sin sus pinos silvestres, sus alerces, abetos, abedules, encinas, hayas y tilos. El leñador y el colono talan esos bosques, y más que ellos el incendio; pero aun así, ocupan 215 millones de hectáreas. Son asilo del oso y guarida de linces y lobos. Estos, en innumerables manadas, devoran todos los años un gran número de vacas, caballos, carneros, perros y gansos, y cuando pueden, también hombres.

El Norte tiene innumerables lagos, grandes y pequeños, *tundras* ó llanuras semipolares sin árboles, y al Mediodía de esas llanuras los bosques helados, por donde corren ríos de igual frialdad. El Petchora bebe las aguas de 33 millones de hectáreas en un trayecto larguísimo, naciendo del Ural. El Dvina del Norte corre 1.725 kilómetros en una cuenca de 36.500.000 hectáreas. Baña á Arkangel y desemboca en el mar Blanco.

El Centro tiene bosques á medio talar, mansos ríos, praderas y campos acrecentados por el roturador á expensas de los bosques.

El Sur tiene la estepa y el Tchornoziom.

La estepa se extiende á lo largo del Bajo Volga y por el Don inferior. Es una llanura sin fin, herbosa ó pelada, barrida por el aire y que conoce las tormentas de nieve y los torbellinos de viento. Poco ondulada, no ofrece á veces, hasta el más remoto horizonte, más colinas que los cerrillos llamados *Kurganas* ó *tumbas de los humos*, que no suelen pasar de 15 metros de altura. En otro país sustentarían ruinas feudales; pero en Rusia pocas veces las corona un castillo viejo. El pastor no suele vigilar su rebaño, dis-

perso por las llanuras, sentado como en otras tierras, sobre piedras históricas, piedras que enrojeció la sangre.

Por las depresiones del terreno corren ó se arrastran y ocultan, según la estación, ríos helados en invierno; impuros y turbios al derretirse la nieve; pobres y perezosos en verano. A la orilla de estos ríos, y en los pantanos originados por sus crecidas, murmura el viento en inmensos cañaverales. Con las hierbas de la estepa están mezcladas plantas espinosas, ajenjos, artemisas,



«Ishba ó casa de labriegos rusos. (Dibajo de J. Moyant.)

aquileas y cardos. Rebeldes en parte al cultivo, se prestan al pasto y multiplican bueyes, carneros y caballos famosos, que, con los bosques y cereales, constituyen la fortuna de Rusia.

La estepa tiene su belleza, como todos los llanos de grandiosa monotonía. Sus hijos la adoran. En pasados tiempos, cuando siguiendo á un Jagellón ó á otro espadachín, caía un guerrero de la Pequeña Rusia en suelo extranjero, en los Carpatos, en Bohemia, en Lituania, en Alemania ó en la Gran Rusia, besaba piadosamente antes de morir, si la herida le daba tiempo á ello, el puñado de tierra materna que le acompañaba á todos los campos de batalla.

El Tchornoziom, cuyo río es el Dnieper, justifica su nombre ruso, que quiere decir «mantillo negro». No tiene rival en Europa por la fecundidad de su suelo, formado de la descomposición de las hierbas de la estepa. Este granero de todas las Rusias, cubre más ó menos seis gobiernos: Pultava, Kharkof, Tchernigof, la Volhydia, la Podolia y Kief.

Después del Tchornoziom, la región que tiene más opulento

porvenir, es la que rodea á Moscou «la Santa», corazón del Imperio, en la cuenca superior del Volga.

IV

El Volga.—El Oka.—El Kama.—El mar Caspio.

El Volga es el primer río de Europa, superior al Danubio en longitud de trayecto (3.800 kilómetros), y en anchura de cuenca (145.900.000 hectáreas), pero inferior á él por el caudal medio (5.780 metros cúbicos por segundo). Los rusos le aman mucho, dándole nombres cariñosos: *Motiushka*, ó madrecita: *Kormiliza*, ó nodriza.

Brota de una meseta pantanosa, abriantada por lagos empotrados en las dos colinas más altas de esta región de Rusia: el bosque de Volkon y el Valdai (351 metros). Su manantial, que surge á menos de 300 metros de altura, se convierte en arroyo de turberas, y luego de lago en lago, viene á transformarse en río. Baja una pendiente tan suave en la meseta natal, que un dique opuesto á su carrera, aguas abajo del lago Volgo, le hace refluir á 80 kilómetros aguas arriba.

Treinta y tres rápidos le llevan á la llanura rusa. Serpentea á orilla de los bosques y corre por delante de Tver, que fué rival de Moscou, y de Yaroslavl, que le disputó también la hegemonía sobre los eslavos de Oriente.

Aguas abajo de la ciudad de Yaroslavl está Kostroma, rodeada de bosques que albergan al oso, tan pronto espanto del cazador, como amigo de la casa. Bonachón cuando no se le ataca, se irrita si se acerca alguien á sus árboles de miel. Cazador ruso hay que ha matado más de cien osos. También aquí retrocede ese animal ante los hombres. Este herbívoro, que en la buena estación vive de plantas, de retoños, de frutos, de miel, y en el invierno se alimenta de su propia substancia, y que es el menos cruel de los animales montaraces, lento, pesado y solitario, se va de Rusia como se ha ido de toda la Europa occidental, sin dejar más que algunas familias de su raza en los alfoces de la montaña.

El agua cenicienta del Volga encuentra el río central de Moscovia, el tortuoso y limpio Oka, casi tan caudaloso como el Volga, al unirse delante de los bazares de Nijni-Novogorod.

Nijni, ciudad de 45.000 almas, posee 250 á 300.000, mientras dura su alborotada feria, que atrae á los negociantes de Europa

y Asia. El Oka (1.500 kilómetros en una cuenca de 24 millones de hectáreas), visita tres capitales de gobierno: Orel, Kaluga y Riazan. Recibe el Moskva, que baña á Moscou, y el Kliazma, que toca á Vladimir. Esta ciudad, hoy decadente, fué capital de una Esclavia, que se convirtió en Moscovia, luego en Gran Rusia, y por último en Imperio universal ruso. Vladimir sucedió á Souzdal como capital y precedió á Moscou.

Más abajo de Nijni-Novogorod dejan de ser exclusivamente rusas las orillas del Volga, lentamente colonizado por los eslavos que se han sobrepuesto á los fineses, turco-tártaros y mongoles.

Más abajo de Kazan, que fué completamente tártara y aún lo es algo, se une al Volga con el Kama.

Este es más puro que aquél, y no menos caudaloso, gracias al Ural. De 1.600 kilómetros de longitud con una cuenca de 52.475.000 hectáreas, tiene poderosos afluentes, como el Bielaia ó Río Blanco y el Viatka. Al unirse el Kama con el Volga, impone á éste su dirección, y ambos, de color diverso, bajan juntos, mezclándose lentamente. Más profundo que su rival, menos obstruído por bancos de arena, es el Kama precioso para los rusos, como excelente camino para Asia. Súrcanlo innumerables embarcaciones tripuladas por más de 30.000 marineros de agua dulce.

Cerca de su desembocadura estaba Bolgary, que no se encuentra hoy junto al Volga ni al Kama, por haber cambiado las corrientes. No queda de aquella metrópoli más que un mal villorrio: nada se conserva del imperio cuya capital fué, de aquella Gran Bulgaria, que de Norte á Sur abarcaba toda la cuenca inferior del río, y en sentido distinto iba desde el Ural hasta las fuentes del Don.

Al convertirse de cristiana en mahometana, la Gran Bulgaria, que debía su nombre al Volga, perdió este nombre y la existencia. La Pequeña Bulgaria, fundada en el siblo VII, junto al Danubio, por la misma raza tártara, ha conservada ambas cosas. Cristiana y completamente eslavizada en idioma, se ha hecho independiente desde que batallaron rusos y rumanos contra turcos, ante los muros de la sangrienta Plewna y en las gargantas de los Balcanes.

Desde su unión con el Kama, hasta su llegada al mar, deja de crecer el Volga, aunque encuentra algunos afluentes. La sequedad del cielo y la aridez del suelo le quitan más agua que la que le dan sus tributarios. Su orilla izquierda es arenosa, y tiene un clima demasiado frío, demasiado cálido y demasiado seco. Por eso no hay muchos habitantes en este rincón del Imperio, uno de

los menos poblados de rusos y más llenos de gente de diversos idiomas. Los bachkires tienen una lengua turco-tártara, pero su origen es dudoso. Son buenos musulmanes, y lo han demostrado batiéndose con los colonos eslavos. Sólo se les ha podido vencer acrecentando en el país, á cada rebelión, la multitud de campesinos cristianos que viven en pueblos fortificados, cada vez más numerosos. Si la orilla izquierda es baja, el Volga roe con su curso en la derecha cerros magníficos, verdaderos montes para el que los admira desde lejos, viniendo de Oriente, ó desde cerca, junto al río. Uno de ellos se yergue hasta 352 metros; un metro más que la cumbre mayor en la región de las fuentes del río.

El Volga baña también Simbirsk, Samara, Sisran y Saratof. En Tzaritzin se encuentra á 75 kilómetros de otro río, el Don. Parece que este último, 42 metros más alto que el Volga, al cual se dirige en línea recta, va á dejarse caer en él, pero de pronto se tuerce hacia el Sudoeste, mientras el Volga marcha al Sudeste. Lejos aún del mar Caspio, que ha de tragarse, corre por una llanura más baja que el nivel del Océano; y es que el Caspio se halla á 26 metros por debajo del nivel general de los mares.

Los primeros trazados de su delta aparecen en Tzaritzin, á 500 kilómetros del Caspio.

Astrakan (70.000 habitantes), de clima extremado para el frío y el calor; es la ciudad más grande de aquel laberinto de juncuales y cañaverales, con islas numerosas y bancos de cieno inconsistentes, formados y deshechos por el río de crecidas inmensas. Bogan bandadas de patos por las fangosas aguas; el cormorán, el pelicano, la garza real y otras zancudas acechan á los peces, que también son perseguidos por hombres que viven en chozas de madera y caña, colocadas sobre estacas, por temor á las inundaciones que borran instantáneamente el delta y lo vuelven á formar. Tan pujantes son estas inundaciones, que una de ellas hizo crecer 61 centímetros el mar Caspio, que abarca 44 millones de hectáreas. A consecuencia de la perpetua revolución del fango déltico (área de 16.700 kilómetros cuadrados, que las avenidas trituran sin cesar), no se sabe cuántas bocas tiene el Volga, río mayor de la Rusia europea.

Al mar Caspio van á morir otros ríos: el Kuma, que no llega al mar casi nunca, como si careciese de fuerzas para invadir las olas con su aluvión; el Tereck, hijo de los hielos del Cáucaso, río poderoso que entra tanto como el Volga, ó más, en el mar Caspio, á pesar de las sangrías que sufren sus mil metros cúbicos para el el riego del país bajo; el Soulak, nacido en las neveras del Dag-

hestán; el Koura, acrecentado con el Arax; el Ghilán y el Mazenderan; el Atrek; los tristes torrentes secos del territorio transcaspio, y el Ural que se va secando, y con 2.000 kilómetros de longitud en una cuenca de 25 millones de hectáreas, no da 50 metros cúbicos por segundo al mar Caspio. De las diez y nueve bocas con tantas que tenía á mediados del siglo XVIII, no le quedan más que tres, y éstas poco profundas. Las fuentes del cielo se han secado, ó poco menos, en la desolada región de las estepas salinas, y cada vez llueve menos en el Volga bajo, en el territorio transcaspio, en el mar de Aral y en sus dos ríos grandes.

El mar Caspio, que es el más vasto de los lagos salados y dulces, es poco hondo en su tercio septentrional, donde la sonda no señala más que 5, 10, 15 ó 16 metros. En el Sur, al pie de los montes, la plomada ha bajado á más de 900. Si el Caspio llegara al nivel general del mar, se tragaría al Volga, hasta cerca de Saratof, á 800 metros de su actual desembocadura, y duplicando su extensión, cubriría una parte de las estepas más desoladas de Europa y Asia. En otro tiempo las cubrió y estuvo unido al Mar Negro por las tierras bajas que están al Norte del Cáucaso. Las pruebas se encuentran en el mismo terreno. Todavía hoy se restablece, con la fusión de las nieves, la unión de ambos mares, cuando el Kalaus, pequeño torrente que acrecienta las heladas, vierte su caudal al mismo tiempo en el Manych oriental, afluente temporal del Caspio, y en el Manych occidental, tributario más ó menos constante del Don.

¿Cómo se separaron los dos mares? ¿Cómo menguó el Caspio en una mitad, perdiendo uno de sus mayores tributarios, el Oxus ó Amú, que se vierte ahora en el mar de Aral? Tal vez por una dislocación de peñascos que abrió el Bósforo y derramó una inmensidad de agua en el Mediterráneo; tal vez por esa paciencia cósmica, lenta ó infatigable que todo lo transforma, por levantamientos del suelo, por disminución lenta de las lluvias, y en nuestros días, por la tala de bosques.

V

El Neva.—El Onega.—El Ladoga.

Aunque Rusia no tuviera el Volga, le quedaría todavía espacios habitables para dos imperios: uno al Norte, en el golfo de Finlandia y lagos del Neva; otro al Sur, junto al Don y el Dnieper.

El Neva, gran río de la Rusia septentrional, es el San Lorenzo europeo, aunque menos largo, menos caudaloso, con menos lagos que el americano. No hay ningún Niágara entre el lago Onega y el lago Ladoga, como el que existe en el San Lorenzo de América, entre su Ontario y su Erie.

En el «glorioso» Onega, que tiene riberas marmóreas, entran ríos que han atravesado lagos. El Onega abarca 915.000 hectáreas, tiene 225 metros de profundidad y está á 72 metros sobre el nivel del mar y 54 sobre el nivel del Ladoga.

El límpido Svir da su tributo al tempestuoso lago Ladoga, que bebe también el Volkhof y el Vuoxen; finlandés éste, ruso aquél. El Volkhof, que es el río de las cataratas y de los hervideros de Gostinopol, nace del lago Ilmen, cuenca de 9 metros de profundidad. Turbio es el lago y turbio también el Volkhof. El Vuoxen nace en el lago Saima. Es el río del Imatra «rey de los rápidos».

El frigidísimo Ladoga, de transparentes aguas, equivale á más de 30 lagos como los de Suiza, pues tiene un área de 18.120 kilómetros cuadrados, una profundidad media de 90 metros y una profundidad máxima de 223. De él sale el clarísimo Neva, que tiene de 260 á 1.280 metros de ancho y un caudal de 2.950 metros cúbicos por segundo, con una cuenca de 29 millones de hectáreas. Sólo le vencen al Neva en caudal tres ríos europeos: el Danubio, el Volga y el Dnieper. Tiene 58 kilómetros de longitud y muere en el golfo de Finlandia, después de haber reflejado en su superficie los palacios de San Petersburgo. Podemos considerar el Narova como dependencia suya. Sale éste del Peipus, lago vastísimo (351.300 hectáreas), de 10 metros de profundidad media y 28 de Máxima, y se desprende desde una altura de cinco ó seis metros en la cascada de Krahnholm ó salto del Neva.

VI

El Don.—El Dnieper.—Los Cosacos.

El Don, «río de las estepas», está castigado por el clima, escaso en lluvias, que reina en la parte baja de su cuenca. Esta tiene 43 millones de hectáreas. El Don, que es el antiguo Tanais, cuenta con 2.150 kilómetros de longitud, y tiene un caudal de 250 metros cúbicos por segundo, pero experimenta crecidas grandiosas. Los ríos de la estepa rusa pecan todos por exceso ó por carencia.

Nace el Don en el centro de Rusia, junto á la industrial Tula

(64.000 habitantes). Sale del lago Ivanof, del cual procede su sobrenombre de Ivanovitch (hijo de Ivan) en los cantos heroicos de los cosacos, y muere en el Mar de Azof, extensión de 37.496 kilómetros cuadrados, con 10 metros de profundidad. El Mar de Azof, pequeño y poco profundo (abierto al Mar Negro por el estrecho de Kertch, donde la corriente es como la de un verdadero río), antiguo Palus Meótides de los romanos, es, más que mar, una amplia expansión del Don, mezcla de agua dulce y salada. La verdadera desembocadura es el Kertch ó Ieni-Kaleh. El Donets, afluente del Don, participa de su indigencia, pues aunque tiene 1.100 kilómetros de longitud, no pasa de 20 metros de anchura. Atraviesa una de las grandes cuencas hulleras de Rusia (25.000 kilómetros cuadrados), que por eso se llama cuenca del Donets.

El Dnieper, antes Borístenes, es el río del Tchornoziom (Mantillo Negro); el río de la Rusia Blanca y de la pequeña Rusia; el río de las epopeyas cosacas. Tiene una longitud de 1.800 kilómetros y un caudal de 3.000 metros de agua por segundo, por lo cual es la tercer corriente de Europa. Empieza en la Rusia Blanca; en la meseta donde nacen también el Volga y el Dvina occidental.

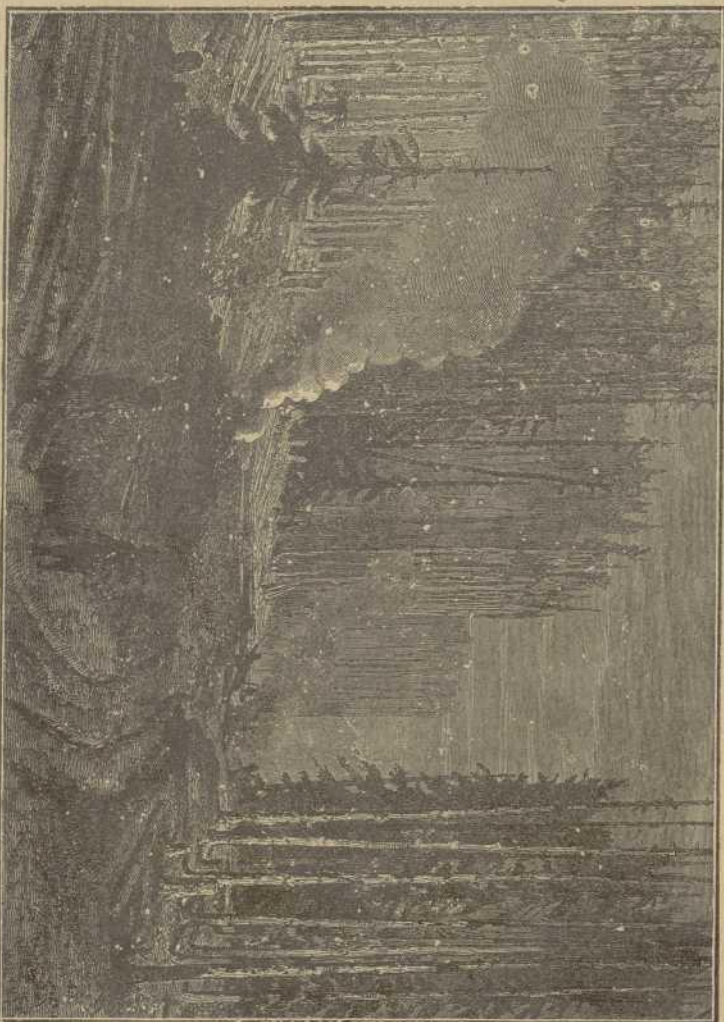
En Smolensko y en Mogilof es todavía un río mediano. Pero sucesivamente absorbe el Berezina, el Soj, el Pripet y el Desna. El Berezina fué la tumba de gran parte del ejército napoleónico cuando Bonaparte invadió Rusia. El Pripet, que domina más de 12 millones de hectáreas, es el vertedero de las mayores lagunas de Europa, de los pantanos de Pinsk, donde se padecen terribles fiebres y que se intentan desecar sucesivamente. El Desna acrecienta el río á la puertas de Kief.

Con una anchura mayor de 800 metros, pasa el Dnieper junto á Kiel, en toda su gloria, y luego llega á las masas de granitos que entorpecen su carrera hacia el Ponto Euxino.

Más arriba de Krementchoug y de Iékaterinoslaf, atraviesa el río estos granitos, sin cascadas, en grandes rápidos, ó *porogi*, y rápidos pequeños, ó *zalois*. Los más tumultuosos, que son nueve, bajan al nivel del Dnieper 47 metros, en un espacio de 75 kilómetros. En el más ancho de estos pasos, tiene el río 1.730 metros; en el más estrecho, ó sea en la garganta del Lobo, 160. En primavera estos hervideros de la roca desaparecen bajo la masa enorme de la crecida y entonces pueden recorrerse en barco los rápidos. El río, tranquilo ya, da vueltas entre islas frondosas y luego entra en su *liman* ó estuario, más abajo de la ciudad de Kherson (67.000 habitantes), y ese *liman* le lleva al Mar Negro.

Comparado con el Dnieper, es poca cosa el Dniester. Proce-

dente del territorio de los rutenios ó pequeños rusos, y de los rumanos de Austria, tiene este río sinuosísimo 1.500 kilómetros de recorrido. Su cuenca es de 76.860 kilómetros cuadrados, y ser-



Una tala en los bosques rusos. (Dibujo de J. Moynak.)

pentea por un cauce encajonado y estrecho, trazando el límite entre rumanos y eslavos.

La doble cuenca del Don y el Dnieper ha producido la fuerte

raza de los cosacos, cuya fama es tan grande, que su nombre es como sinónimo superlativo de ruso.

La nación cosaca (Casaca es su verdadera denominación), fué al principio un campamento formado por los más valientes de los rusos del Sur; por cuantos querían defender espada en mano su fe griega, sus familias y sus rebaños contra los tártaros musulmanes de Crimea. Su campamento era doble; encima de los *porogi* ó rápidos del río, los cosacos del Dnieper tenían por fortaleza una isla de granito y combatían más á pie que á caballo. Buenos remeros, por tener que atravesar continuamente los remolinos de los *porogi*; buenos veleros también, por aprovecharse de la vela cuando las aguas descendían tranquilas hasta el *liman*, que es mar y río á medias, eran navegantes sin rival que, embarcados en botes ligeros, batallaban por el mar hasta Constantinopla y Trebisonda. Hablaban el idioma de la Pequeña Rusia. Los otros cosacos, los del Don, eran, en la inmensidad de la estepa, admirables jinetes, casi centauros, y hablaban la lengua de la Gran Rusia.

En ambos ríos se practicaba la religión griega, pero en ninguno de los dos pueblos era pura la sangre eslava. Los cosacos acogían á todos los hombres intrépidos, cualquiera que fuese su condición ó procedencia, con tal que profesasen ó aceptasen la religión griega. Así entraron á formar parte de la nación aventurera cosaca, lituanos, polacos, romanos, búlgaros, turcos, tártaros y hasta mongoles.

Poco á poco crecieron sus campamentos, gobernados por un *atamán*, general elegido anualmente por el sufragio de todos. A fuerza de combatir, los cosacos expulsaron á los tártaros y guerrearon contra todos los pueblos de su Oriente. De tanta batalla tremenda, de tanta sangre vertida, quedan como recuerdo los *doumi*, hermosos cantos populares.

Los cosacos oscilaron mucho tiempo entre Polonia y Rusia. Ganó ésta, y desde entonces son su vanguardia. A fines del siglo xvii ya ocupaban el río Amur como avanzada de Rusia, y hoy está todo su país sujeto por las garras del águila moscovita. El Cáucaso, Transcapio, Turquestán y Mandchuria, tienen, como primeros ocupantes rusos, á los cosacos de las *stanitsas*, especies de aldeas de vanguardia, pueblecitos de soldados-labradores, que suelen ser menos labradores que soldados.

Entre cosacos pacíficos y cosacos belicosos, hay 2.500.000. Procedentes, por lo general, de los del Don, hablan todos ellos la gran lengua nacional.

VII

Clima.

Sólo el nombre del Berecina nos hace imaginar con alguna exageración el clima extremado de Rusia; muy cálido en verano, hasta en el Alto Norte, sobre las cúpulas del Arkhangel; muy frío en invierno, hasta en el extremo Sur, donde á veces se hiela el mar de Azof.

De Sur á Norte, según se adelanta hacia el Mar Glacial, y de Oeste á Este, según se va hacia Siberia, el cielo va siendo más riguroso. La temperatura media de Arkhangel, á los 64°, 32' es de 0°, 38. La de San Petersburgo, á los 59°, 50', es de 3°, 72, con un frío extremo de 39 bajo cero y calores de 33 sobre cero. La temperatura media de Kazán, á los 58°, 48', no da más que dos sobre cero, mientras que ciudades dinamarquesas de la misma latitud tienen una temperatura media de 6°, y más elevada todavía las ciudades escocesas que están en igual situación. En el mismo Kazán, población esencialmente continental, la temperatura media de Enero es de 13 bajo cero, cuando en la marítima Edimburgo nunca baja á 0°. Al Sur del país, y á orillas del mar, Odessa, situada á los 46°, 28', tiene una temperatura media de 9 sobre cero, pero el frío de Enero es de unos 5 bajo cero. En igualdad de latitudes y alturas, las ciudades de Rusia tienen siempre una temperatura inferior en 4 ó 5 grados á las ciudades de Occidente.

Las lluvias son poco abundantes porque soplan mucho los vientos del Este, Nordeste y Sudeste en perjuicio de los del Oeste y Noroeste. El imperio es demasiado macizo, poco articulado y escasea en golfos. Su Ponto-Euxino apenas merece el nombre de mar; el Caspio es un lago que mengua; el Báltico un callejón sin salida; su Océano glacial está helado, y nunca se derrite el hielo por completo. Cuanto más se va hacia el Este menos llueve. Varsovia recibe al año 54 centímetros de lluvia, San Petersburgo 45, Moscou 41, Astrakán 16 ó 17. Si no fuese el clima tan seco, los ríos rusos darían más agua, y el Volga sería casi doble que el Danubio.

VIII

Grandes-rusos.—Pequeños-rusos.—Rusos-blancos.—Razas diversas.

El imperio ruso tiene hoy más de 113 millones de almas: 96 en Rusia, siete en el Cáucaso, cuatro y medio en Siberia, cinco el Asia Central y más allá del Caspio. De estos 113 millones, 85 son eslavos, y de éstos 75 son rusos, grande-rusos, pequeños-rusos y rusos-blancos. Sus dialectos difieren algo.

—Tu nación tiene mezcla de elementos que no son arios—le decían á un ruso.

Y él contestó:

—Cuanta más mezcla haya, más hermanos tendremos.

La familia rusa tiene vínculos de gran fraternidad con fineses, turcos y tártaros. Se fundó entre los primeros, y los otros fueron por mucho tiempo sus vecinos y enemigos, para acabar siendo súbditos suyos. Muchos elementos tomó de los Meros, Mourmos Mechtchriakos, Mordves, Tchouvaches, Tcheremises, Cardianos, Tártaros del Volga y del Soura, y hasta de los mongoles, que más que mongoles, eran un inmenso campamento de bandidos pertenecientes á todas las razas del Asia Central. Moscou fué fundada por los Fineses Mouromos; Nijni-Novogord por los Fineses Mordvos. y San Petersburgo por los Fineses Ingrianos. ¿Pero qué pueblo de Europa es el que no está mezclado.? Todos absolutamente son una amalgama de razas. Ni los latinos son latinos, ni los germanos son germanos, ni los sajones son sajones.

También se há exagerado la falta de eslavismo de los rusos. Los Tchoudos, entre los cuales vivieron sus antepasados, eran tribus débiles, eslavizadas ya en parte probablemente. Desde los orígenes de su historia se ve que los grandes y pequeños rusos no eran sólo asimiladores, sino también colonizadores excelentes. Más que nunca despliegan ahora ambas cualidades, sobre todo en los espacios vacíos del Sur y del Este. Un impulso, al cual no pueden resistir, lleva á grandes grupos y pueblos enteros hacia el Tchormozion del Obi, las praderas del Yenisei, las rocas del Baikal, el frío Lena y el gran país de tierra arenosa donde los dos ríos gemelos del Asia Central, los antiguos Oxo é Iaxartes, hacen nacer la abundancia en medio de la esterilidad.

Los 55 millones de grandes-rusos habitan en los gobiernos que

rodean á Moscou. Son menos eslavos que los pequeños-rusos, aunque ejercen la hegemonía de los eslavones.

Sea cual fuere su grado de eslavismo, los grandes-rusos, *velicorosos*, ó rusos verdaderos, animosos y fuertes, tenaces, patriotas, orgullosos de su poder, llenos de porvenir, son de los hombres mejor dotados. Se les otorga unánimemente flexible ingenio, afición á la ciencia, arte de bien decir, don de lenguas. Muchos rusos hablan con facilidad todos los idiomas civilizados de Europa y, sin mucho trabajo, todos los del Asia.

Dícese que si resulta para los rusos un juego el aprender todas las lenguas, es porque la suya los ha acostumbrado anticipadamente á las consonantes trabajosas, al silabeo difícil, á las guturales, á la ortografía caprichosa, á las palabras largas, á las formas complicadas. Hay en su idioma muchas articulaciones difíciles y una excesiva riqueza de formas; pero el lenguaje ruso merece su alta fortuna. Más digno es de ella que el inglés, por ejemplo. Pero aún no ha producido tantas obras maestras como las demás lenguas que aspiran á la universalidad.

No está la mayor parte de los grandes-rusos alrededor de las antiguas metrópolis del principado central, como Souzdal, Vladimir, Moscou, en ese país ensangrentado frecuentemente por invasores (especialmente por los mongoles) y degradado por la miseria y la infamia de la servidumbre. En toda región poco montañosa, sólo el bosque, el pantano, la hondonada y la nieve conservan fielmente el paso de los siglos. Por esto las costumbres originarias de aquella Eslavia, que hoy prepondera su antigua sabiduría, sus dichos y refranes, sus canciones infantiles y sus leyendas menos adulteradas, viven en los tres gobiernos del extremo Norte, en la selvática Vologda, en el Dvina superior y en el Arkhangel, llanuras semipolares; turbas y *tundras* lindantes con los pequeños fineses, paganos y nómadas, y próximas á los grandes fineses cristianos y sedentarios, que son los finlandeses, entre los lagos, los abedules, los pinos y los abetos del gobierno de Olonets.

Los pequeños-rusos, ó rutenios, tienen raza más pura que los grandes-rusos y son superiores á éstos en estatura, expresión de la fisonomía, carácter alegre y lengua más musical y semejante á la de origen. Pero son menos fuertes, menos hábiles en la práctica de la vida, menos aptos para el comercio, la guerra y la dominación. Son muy pacíficos y dados á la vida campestre. Su verdadera patria es el «país de la frontera», la exuberante Ucrania, tan rica en cosechas como cualquiera otra provincia del Mantillo Negro; pero habitan también en otros gobiernos, junto al Dnieper, el Do-

nets, el Dniester y el alto Dvina del Oeste. En todo, ó en parte, poseen á Kharkof, Iekaterinoslaf, Kherson, la Besarabia, la Podolia, Kief, Poltava, la Volinia, Grodno y Tchernigof. Se extienden esporádicamente al Norte hasta la cuenca del Vístula y el país de Vilno, y fuera del imperio pueblan la Galitzia meridional, y más allá de los Carpatos tres provincias de la Hungría del Norte. Componen unos 25 millones de hombres, más de 20 de ellos súbditos del zar.

Los pequeños rusos, entre los cuales viven unos ó dos millones de usureros y obreros judíos, sienten antipatía por los grandes-rusos, á los cuales llaman *machos cabríos* (Katzap) por sus largas barbas.

Poseen lo que cimenta una gran nación, mucha gente, vasto y fecundo terreno, lengua con cantos hermosos, algunos libros y una historia que tuvo días brillantes, y sobre todo días sombríos. Establecidos, desgraciadamente, en el camino que conduce de Oriente á Occidente, entre los mares Báltico y Negro, divididos en griegos y católicos, en rusos, galitzianos y húngaros, fueron pisoteados por muchos dominadores. Sometidos á Lituania que, reboante de ellos, iba á adoptar el pequeño-ruso como lengua oficial, quizá habrían desnacionalizado á sus vencedores, cuando éstos se unieron á Polonia. Sin ninguna importancia en Hungría, y en lucha abierta con los polacos en el territorio de Galitzia, se ven amenazados también en el suelo ruso en su lenguaje y sus costumbres. Su idioma está ya proscrito de los libros, folletos, periódicos y teatros. Los ferrocarriles, la atracción de las metrópolis, los placeres, el cosmopolitismo, matarán indefectiblemente á estas subnaciones, y ni poesías, ni libros, podrán desviar la corriente del porvenir.

El pequeño-ruso es uno de los idiomas más ricos del mundo en armoniosos cantos populares; pero ya no tiene vida más que entre los rutenios de Galitzia, Hungría y Bucovine. Todavía vive en 15 periódicos, varios libros y cuatro cátedras en la Universidad de Lwow; pero está destinado á morir.

Los rusos-blancos ó *Biclo-rusos*, llamados así, no por el color de su cabellera ni de su piel, sino por su traje claro, son cinco millones, y viven en las provincias del Alto Dnieper, en el Niemen superior y cerca de las fuentes del Dvina occidental, en Minsk, Mogilof, Smolensko y Grodno. No se encuentran fineses en ese país, y como la comarca siempre fué de difícil acceso (y sigue siéndolo), porque el viajero se hundía en sus lodazales pegajosos, se sumergía en sus pantanos y se perdía en sus bosques, es probable que su

raza se conserve sin mezcla, representando la mayor pureza eslava. Su dialecto es intermedio entre el gran-ruso, el pequeño-ruso y el polaco.

Los polacos que ocupan á Polonia en compacta masa, y los pocos que viven dispersos entre los lituanos y pequeños-rusos, completan la parte eslava de Rusia, además de la cual hay numerosos millones de turcos y tártaros, millones de fineses, más de tres millones de lituanos y lettos, dos millones de finlandeses, millón y medio de alemanes, tres millones y medio de judíos y además mongoles, georgianos, circasianos, armenios, persas, rumanos, suecos, griegos, búlgaros, servios, etc.

Hay en todo el imperio 20 millones de cristianos griegos, 11 de católicos, 13 de mahometanos, cuatro de protestantes, 3.500.000 judíos, 600.000 armenios y 500.000 paganos.

La secta griega, de la cual son sinceros devotos casi todos los rusos, se distingue principalmente del catolicismo en tres cosas: en no reconocer al Papa, en rechazar el purgatorio y en permitir el matrimonio de sus sacerdotes ó popes, muchos de los cuales son personas ignorantes y toscas, ministros de Dios por herencia, porque el cargo de salvar, edificar y bendecir, suele transmitirse de padres á hijos. La religión rusa ama el fausto y las ceremonias. Su cuaresma es rigurosa y asombroso el lujo de sus fiestas. El ruso, por guardar escrupulosamente todos los días feriados, suele holgar la mitad del año. Los templos griegos están todos cubiertos por cúpulas doradas.

Sobre la uniformidad rusa, sobre las llanuras frías y las estepas y bosques habitados por hombres de la misma fe y casi del mismo idioma, resaltan por su originalidad cinco países: Polonia, las Provincias Bálticas, Lituania, Finlandia y Crimea.

IX

Polonia.—El Vístula.—Polacos y judíos.

El nombre de Polonia es la palabra eslava *Polsca*, «la llana», desfigurado por los occidentales. En efecto, Polonia tiene pocas colinas, y éstas se hallan al Sur, cerca de Cracovia. El *Lysa Gora* ó «Monte Calvo», cima suprema entre Radom y Kielce, no se eleva más que á 611 metros. Todo lo demás del país, prados, campos, bosques y lagunas, no muestran ninguna alteración del suelo. Polonia, fértil en granos, envía toda su agua á un río central, de un

curso de 750 metros cúbicos por segundo; al Visla, que llamamos Vístula.

Corre unos 1.100 kilómetros por una cuenca de más de 19 millones de hectáreas, desciende de los Beskides, baluarte de los Carpatos, de 1.500 metros de altura, y separa á Varsovia de su arrabal llamado Praga. Duplica después su volumen al encontrar un río en que se han juntado más arriba, el Bug, procedente de Galitzia, y el Naref, salido de los húmedos bosques de Bielostok, Augustovo y Ostrolenka. El Bug, de muy largo curso, pero formado en el centro del continente, bajo un cielo escaso en lluvias, pierde su nombre al confundirse con el Naref. Este, más corto, pero más próximo al mar, corre por un país llano, y no arroja impetuosamente las aguas hacia abajo, como lo hacen las gargantas de las montañas, sino que las sujeta en muchos lagos y pantanos regularizadores. Cuando, frente á los muros de Modlin ó Novo Georgiefesk, plaza fuerte que se tiene por inexpugnable, el Naref se junta con el Vístula, parece que le dicta leyes, lo tuerce hacia el Oeste y sigue la corriente del Ostrolenka. Una escasa porción de Polonia la recorre una corriente de la cuenca del Oder, el Warta, cuyas ondas nacientes pasan por cerca del santuario de Czenstochowa, donde Nuestra Señora de Jasna Gora (1) ha visto arrodillarse delante de ella millones de peregrinos polacos ó tcheques.

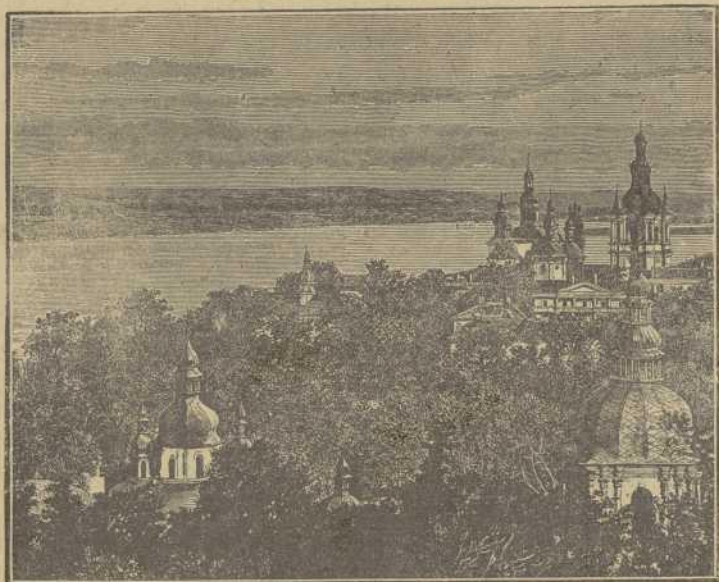
Hace doscientos años que dominaban los polacos la Polonia actual y además la Posnania, una parte de Silesia, Pomerania, Prusia Oriental, Galitzia, Lituania, las provincias bálticas, Volinia, Podolia y Oukrania. Su aristocracia temeraria, siempre á caballo, injusta y dura con los débiles, mandaba desde el Oder hasta el Dnieper, y desde el Báltico hasta las estepas del Mar Negro. Era entonces Polonia el primero de los pueblos eslavos.

Las discordias perdieron á esta nación tan brillante. «Dos polacos, tres partidos», decía un antiguo refrán. Además, su imperio nada tenía de homogéneo. El Oeste era polaco; el Nordeste, lituano; el Sur y el Sudeste, malo-ruso, y la gente de lengua polaca no formaba más que el tercio de los 12 millones y medio de habitantes que entonces tenía este Estado en unos 800.000 kilómetros cuadrados.

Repartida en tres pedazos la Polonia á fines del siglo XVIII entre Prusia, Austria y Rusia, ha muerto como potencia política; pero en lo que era antes el alma del reino, en la Polonia polaca, sobrevive el alma popular con sus tradiciones, sus dolores, sus espe-

(1) «Jasna Gora» significa Bella Montaña ó Monte Claro.

ranzas, su religión católica y su idioma viril y áspero, el más desarrollado de los eslavos y el que más han ilustrado poetas enérgicos. El dominio de esta lengua no se limita sólo á la Polonia rusa; se extiende también en vastos países, que obedecen por fuerza á los tres asesinos de su nación. Se habla polaco en parte de la Prusia Oriental, de Posnania y de Silesia (Prusia); en una porción de la Silesia austriaca, en toda la Galitzia septentrional (Austria) y por familias diseminadas en la antigua Lituania y en la cuenca del



El Dniéper en Kief. (Dibujo de H. Clerget.)

Denieper, hasta Kief. Todo esto abarca 12 millones de hombres.

Lo que conserva oficialmente el nombre de Polska (Polonia rusa), ocupa 127.312 kilómetros cuadrados, con 8.310.000 habitantes (73 hombres por cada 100 hectáreas.)

De estos millones de habitantes hay seis de polacos, más de un millón de judíos, 550.000 rusos, unos 500.000 alemanes y 250.000 lituanos. Los polacos ocupan el Oeste, el Centro y el Sur, sobre el Vístula y el Warta. Los rusos el Sudeste, sobre el Bug; los lituanos el Nordeste, sobre el Niemen. Los alemanes viven en las ciudades industriales y los judíos en todas partes.

El millón de judíos (octava ó novena parte de toda su casta)

se multiplica muy rápidamente. Estos cosmopolitas, acostumbrados á todos los climas é idiomas, crecen siempre más que la nación que los alberga. Si las proporciones de crecimiento no varían, la mitad de este pueblo, que se llama eslavo, se compondrá el año 2000 de descendientes del pastor Caldeo, bendecido por Melquisedech, ó mejor dicho (porque no todos los israelitas son hijos de Abraham), la secta, la clase judía, constituirá la mitad de Polonia. Estos hebreos hablan una horrible jerga alemana, y todas las lenguas y dialectos del país. Al menos la chapurran lo suficiente para comprar y vender, engañando á vendedores y compradores.

X

Provincias bálticas.—Ehstonia, Livonia y Curlandia.

Las tres provincias bálticas, que ocupan menos de nueve millones y medio de hectáreas, tienen 2.500.000 habitantes: 26 por kilómetro cuadrado. Procede su nombre de su posición común junto al menos salado de los mares, el Báltico, donde va á parar el Dvina, el Zapadnaia-Dvina, llamado Duna por los alemanes y Dacgaba por los lettos. Su caudal medio es de 500 metros por segundo, su longitud de 1.000 kilómetros, su cuenca de ocho millones y medio de hectáreas.

El país es frío, de una monotonía lúgubre en la mala estación. Baján menos rayos de sol que copos de nieve á sus pantanos, turberas, lagos, estanques, praderas y bosques, donde todavía hay lobos, osos y corzos.

En esta comarca, completamente blanca en invierno, la gente de las ciudades no tiene los mismos antepasados, la misma lengua, ni las mismas costumbres que la gente del campo: ni son iguales sus anhelos.

Los de las ciudades son alemanes, mientras los campesinos son Lettos, Lituanos ó Ehstos. Los germanos, sólida aristocracia, tienen tres poderíos: el dinero, la instrucción y las tierras, porque les pertenece casi todo el terreno, pero ya ha empezado su decadencia.

Hay de 130.000 á 175.000 alemanes (según si el que hace el cálculo es un eslavo ó un germano), ó sea de la 15.^a á la 20.^a parte de la población de las tres provincias. Esto es muy poco para darles el nombre de provincias alemanas, como hacen algunos. En Riga, centro del organismo báltico, el elemento teutónico no constituye más que los dos tercios de la población.

Los lettos ó lettones, que se llaman á sí mismos *Latvis*, tienen como grandes ciudades, Riga y Mitau, que titulan Jelgava. Vienen á ser 1.400.000 en 6 millones de hectáreas que comprenden el Sur de Livonia y la mayor parte de Curlandia. Además, ocupan fuera de las provincias bálticas algunos pueblos del Gobierno de Povno y el Noroeste del gobierno de Bitebsk, en la orilla derecha de del Dvina occidental. Su lengua, de las más arcaicas entre los arias, se parece al lituano, más antiguo y más hermoso, lo mismo que e italiano se parece al latín. Tiene menos formas y éstas son menos francas. Los ehstos, de raza y lengua finesa, hermanos de los finlandenses, de quienes los separa el golfo de Finlandia, pueblan lo que llaman el Maa-Mees (literal entre «nuestro país»), que abarca la Ehstonia, el Norte de Livonia y algunos campos de los gobiernos de San Petersburgo, Pskof y Vitebsk. Sus dos grandes ciudades son Revel, puerto de mar, que ellos llaman Harria, y en el interior Dorpat, ciudad universitaria que ellos llaman Tartu. Son 900.000 y tienen un idioma pariente del finlandés, muy abundante en vocales. A ambas lenguas les falta sólida armazón de consonantes. Dormía esta lengua, hablada únicamente por aldeanos y mendigos; las ciudades preferían el alemán, idioma del poder, del comercio, de la elegancia y de las escuelas; pero de pronto se ha despertado, y tiene sus periódicos, sus escritores, sus profesores y hasta sus paladines.

El letto también tiene todo esto.

De las tres provincias, la Ehstonia, debe su nombre á un pueblo finés orgulloso de renacer, y Livonia lo debe á los livos, pueblo próximo á morir. Curlandia era el país de los curos, pueblo muerto ya. Los livos no son más que 2.400, y no están en Livonia, sino en Curlandia. Forman doce aldeas de marinos y pescadores, á orillas del golfo de Riga, junto al cabo Domesnaes. Buenos marineros, de raza vigorosa y aventajada estatura, muy contentos con ser livos, se llaman Randalis (litorales) ó Kalamied (pescadores). Además del livo, dialecto finés, hablan el letto en la iglesia y en la escuela.

Dos islas, Oesel y Dago, están al Oeste del litoral ehstonio. Oesel ó Kurelaar tiene 50.000 ehstonios en 500.000 hectáreas. Dago, que es más pequeña (112.000 hectáreas), recuerda, por el idioma sueco, de una parte de sus 12.000 insulares, la época en que aquel mar, aquellas islas, aquellas provincias y otras muchas, obedecían al pueblo escandinavo, situado al lado opuesto del Báltico. Es una isla baja, con praderas, bosques y pantanos.

XI

Lituania y lituanos.—La más hermosa de nuestras lenguas.

Al Sur de Curlandia, la antigua Lituania, confundió su historia con la de Polonia, desde la unión de ambos países, en 1411. El lituano es el idioma del pueblo y el polaco el de una multitud de ciudadanos, nobles y propietarios. Lituanos eran, el defensor más célebre de Polonia, Kosciusko, y su mejor poeta, Mickiewicz.

Se ha reducido algo el país, donde se habla el lituano. Esta lengua nunca tuvo carácter oficial; ni cuando los lituanos reinaban sobre los malo-rusos y disputaban frente á Moscou la influencia de los grandes-rusos, ni cuando se aliaron con los polacos. El lituano ha desaparecido de Memel, y casi no se emplea ya en Tilsit, pero parece que el más noble de todos los idiomas arios ha dejado de retroceder y que los dos millones de hombres que lo han heredado, empiezan á amarlo y servirlo.

Este idioma reina en Rusia, en los gobiernos de Kovno y parte del de Vilna, en los distritos de Vitetbsk, Minsk, Grodno y en un rincón de Curlandia. Además, en Polonia, en el Norte de la provincia de Suwalki, y en Alemania, al Nordeste de la Prusia oriental. Limita su territorio una línea que, desde Labiau (Prusia), pasa por el Nordeste de Koenigsberg, por cerca de Grodno y Dunaburgo y acaba en el Báltico, en Libau. Su mayor ciudad es Kovno su mayor río el Niemen, con más de 500 metros de caudal medio, longitud de 800 kilómetros y cuenca de nueve millones de hectáreas. En los dominios de la antigua Lituania, está el bosque de la Torre Blanca (Bielo Vieja), que cubre 220.000 hectáreas, y de cuya meseta desciende el Naref. Este bosque, como los de otros tiempos, solitario, profundo, negro, infinito, conserva por orden superior toda su antigua majestad y todavía hay en él bisontes.

La lengua lituánica es la menos corrompida de las arias de Europa. Tiene tanto parecido en palabras y formas con el sanscrito venerable, que se han podido formar frases lituánicas con el idioma secular de los indos, como dicen que se pueden formar frases portuguesas usando el latín. Mientras de siglo en siglo olvida la gente «civilizada» el lenguaje de sus antepasados, los lituanos han permanecido fieles al idioma poético, plástico, sonoro, opulento, que usó en su adolescencia nuestra raza.

XII

Finlandia.

Soumema, ó tierra de los pantanos, titulan los finlandeses al país que llamamos Finlandia. Aquel nombre se lo dieron los suecos que reinaron en dicho país desde mediados del siglo XII hasta principios del XIX, después de haberse convertido los habitantes paganos al catolicismo, al cual ha substituído después el protestantismo.

Está en la ribera oriental del Báltico, llamado Ita Meril por los finlandeses, y presenta á este mar, un rompeolas lo mismo que Suecia, un *skjergaard* como Noruega.

De sus 37.360.000 hectáreas ocupan los bosques más de 21 millones y los innumerables lagos unas 4.800.000. Diez millones están dedicados á terrenos baldíos que podrán producir algo ó á otros que no producirán nunca nada, á pesar de la suavidad relativa del clima. Este clima lo debe Finlandia, entre otras causas, á la extensión y abundancia de sus lagos. Hay mucha roca dura y montes con musgo del Norte, pero estas tierras altas son de una altura modesta, puesto que, fuera de Laponia, ninguna llega á 350 metros. Tiene peñascos aislados ó juntos, turberas, pantanos, sin que la naturaleza del terreno prometa opulentas cosechas en unas comarcas donde crece, no obstante, el trigo en los grados 68 y 69 de latitud, dentro ya del círculo polar.

El más vasto de los lagos que forman la octava parte de Finlandia, y cuya extensión es casi igual á la de las tierras, es el Saima, con una cuenca de 176.000 hectáreas. De él sale el Vuoxen, poderoso río de 400 metros de anchura en una cuenca de 6.417.000 hectáreas, y poco después, en su camino hacia el lago Ladoga, desciende por el terrible rápido de Imatra. Allí, impulsado por la pendiente, entra en una angostura de 40 metros de ancha. Antes de que se precipiten sus hondas, es un tranquilo Niágara azul (el de los canadienses es verde) y luego se convierte en un trueno, un ciclón blanco, un paso tempestuoso de soplos y espuma. Seis kilómetros más abajo cae por otro rápido en los dos brazos del Wallinkoski, casi tan hermoso como el mismo Imatra.

De los 2.320.000 hombres que viven en Finlandia, 1.970.000 son finlandeses, 340.000 suecos y los demás se dividen en rusos, alemanes, lapones y extranjeros.

Después de haber vencido al finlandés durante más de seiscientos años, el sueco, que era el idioma de la nobleza, de la clase media, de la política, de la literatura, la poesía y la ciencia, em-

pieza á retroceder ahora, ante lo que fué mucho tiempo la menospreciada jerga del populacho. Las dos ciudades grandes, Helsingfors (60.000 habitantes) y Abo (28.000 habitantes), aquélla capital antigua, y ésta moderna, pertenecen casi por completo al idioma

sueco, que reina á trechos en el litoral, sobre todo en la orilla que mira á la antigua metrópoli. También pertenecen las islas al idioma sueco, especialmente las de Aland, archipiélago de granito, más próximo á Escandinavia que á Finlandia, cuyos islotes se

in-
ran
re-
ado
o e
alal
era-
tan-
a y
o y
lés
aza
los
ras
va,
sus
n el
se
mo
mo

península de 5 millones de nectareas. La separa del continente ruso, al Norte, el Sivach ó «Mar Pútrido» y al Este, el estrecho de Kertch, por el que sale el mar de Azof al Mar Negro. Olas de límpido color pasan por ese estrecho, pero el Sivach tiene un agua muy sucia. Es un estanque poco hondo, muy movido por los vien-

es
en-
pe-

tos, que huele mal cuando descienden las aguas y en el cual deja la evaporación grandes capas de sal.

Crimea es el pedestal del Chatir Dagh (1.661 metros), cordillera caliza que se sumerge en el Mar Negro, en la costa del Sur, entre el estrecho de Kertch y la célebre ciudad de Sebastopol (52.000 habitantes). El Norte y el Centro de la península son llanos, sin gracia ni frescura, sin animación ni belleza. Hacia el istmo, el cielo de las tierras bajas no vale más que el áspero clima del Dnieper y el Don bajos, vecinos á Crimea; pero al pie meridional de la Montaña, entre el acantilado y el mar profundo, el sol es cálido, la ola azul y las plantas brillantes y diversas, desde el olivo y el laurel hasta el pino marítimo y los copudos árboles de la zona templada. En las cañadas resguardadas, la temperatura media anual es superior á 12°, clima maravilloso en Rusia.

Tiene de 275.000 á 300.000 personas esta península, que fué turca en otros tiempos por el idioma y el origen de sus habitantes. Crimea pertenece al imperio ruso desde 1787, y hasta 1855 la mayoría de sus habitantes eran turcos. Aquellos turcos ó tártaros, de Crimea, aquellos *Nogais*, raza buena y honrada, rústica y laboriosa, después de la guerra de Crimea, desertó en grandes masas para ir á buscar la dicha, la equidad y fraternidad entre sus primos los turcos osmanlíes, bajo el poder del Soberano de los Creyentes. Los han substituído en sus tierras, rusos, búlgaros y griegos, y á la devoradora Eslavia pertenecen hoy las tres cuartas partes de los que viven en Crimea.

XIV

Multiplicación de los rusos.

Lo mismo que pasa en Crimea ocurre en todo el imperio. El eslavo lo invade todo con sus ciudades de mercaderes, sus pueblos de campesinos y sus *stanitsa* de cosacos. No hay valle perdido en la más lejana Asia del Norte, ni circo de rocas oculto en el gigantesco remolino de las montañas, que al día siguiente de la conquista no vea á los eslavos mezclarse con sus turcos, con sus mongoles ó con sus fineses.

A Rusia le es fácil esta inmensa colonización. Mueren muchos hombres, y sobre todo, muchos niños, por descuido de la gente que emigra más que por culpa del clima; pero son mayores los nacimientos que las defunciones. En 1888, por ejemplo, hubo en la

Rusia europea, sin contar con Siberia, con el Cáucaso, ni con el Asia Central, 4.585.741 nacimientos, y defunciones 2.953.116. Fué,



La plaza Catalina en Odessa. (Dibujo de Hubert Clerget.)

pues, el aumento, de 1.632.625 personas, y este aumento continúa todos los años.

XV

Ciudades.

Hay doce ciudades rusas con más de 100.000 habitantes.

San Petersburgo (1.300.000 habitantes), fué fundada en 1703 por Pedro el Grande, cerca del Golfo de Finlandia, al Norte del Neva, que está helado unos ciento cuarenta y siete días por año. El emperador la construyó junto á un pantano frío y en una comarca triste, menos en atención á la belleza de su río, que para amenazar á Suecia, que ocupaba la vecina Finlandia. Esta metrópoli, cada vez más exterior y lejana, á medida que los rusos

penetran en Asia, fué como un reto á la Naturaleza, pues á esto equivale establecer sus fuertes palacios sobre un cenagal. Hoy, cuando los vientos occidentales rechazan las olas del golfo, sale el Neva de su cauce y amenaza la existencia de la ciudad. San Petersburgo tiene las bellezas y monotonías de una población regular: calles muy anchas, plazas que en invierno son Siberias, casas de granito como cuarteles. A poca distancia, y en un peñasco del golfo, está el puerto de guerra de Cronstadt (48.000 habitantes).

Moscú *la Santa* (750.000 habitantes), llamada por los rusos *Moskova matuchka* (madrecita Moscú), ó «ciudad de 40 veces, 40 campanarios», ocupa las dos orillas de un río pequeño, Moskva, helado ciento cincuenta y dos días al año. La ciudad se extiende alrededor del Kremlin, que es el gran monumento nacional, fortaleza, iglesia metropolitana, monasterio, palacio y cuartel á un tiempo. Desde los campanarios, con cúpulas doradas ó pintadas de sus 400 iglesias, se ven cabañas, palacios donde vive la aristocracia en invierno, campos, terrenos baldíos, estanques, bosques y jardines; ciudad, pueblo y campiña mezclados. Es el centro de Rusia, el *sancta sanctorum* del Imperio, el altar de la patria, la ciudad rusa por excelencia, más que la europea y cosmopolita capital de San Petersburgo.

Varsovia (450.000 habitantes), sobre el Vístula, de turbias aguas; es el alma de Polonia. De todas las grandes ciudades europeas, es la más próxima á la línea central de nuestro continente.

Odessa (240.000 habitantes), puerto del Mar Negro, ciudad moderna, exporta cantidades inmensas de granos. Si Lisboa se jacta de proceder de Ulises, sin razón alguna, en cambio el nombre de Odessa es realmente el del astuto navegante. Esta ciudad monumental, construída junto á la estepa, se llama así por una antigua colonia griega que llevaba el nombre del héroe homérico.

Riga (175.500 habitantes), junto al Dvina occidental, á 12 kilómetros de su desembocadura en el golfo de Riga; es el puerto principal de las provincias bálticas.

Kharkof (171.000 habitantes), gran depósito agrícola, está cerca de un afluente del Donets.

Kief (166.000 habitantes), «madre de las ciudades rusas», ciudad santa de los malo-rusos, es visitada por innumerables peregrinos. Su magnífica situación la habría podido convertir en capital de Eslavia, si ésta no avanzara á paso de gigante hacia el Asia. Kief está en la pequeña Rusia, cerca de Polonia, entre la inmensa Gran Rusia y los eslavos de Austria y Turquía.

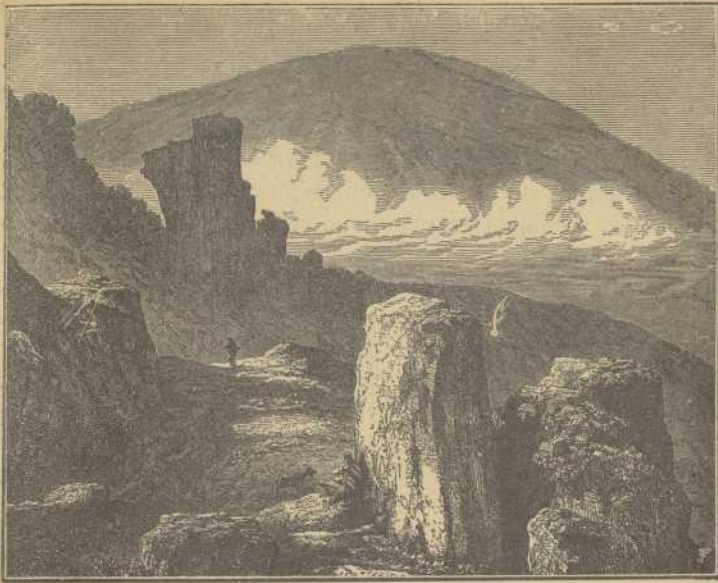
Kazán (140.000 habitantes), es la antigua capital tártara, próxima á la confluencia del Volga y el Kama.

Saratof (123.000 habitantes), está en el Bajo Bolga.

Kichinof (120.000 habitantes), se llama, en realidad, Kissinon, y así la titulan sus numerosos habitantes, de raza rumana, como casi todos los de su provincia. Pocas ciudades de Europa ofrecen un aspecto tan extravagante, pues está, en su mayor parte, compuesta de chozas.

Lodz (118.000 habitantes), es una ciudad industrial de Polonia, muy poblada de alemanes.

Podemos citar también las siguientes poblaciones importantes: Vilno (103.000 habitantes), antes metrópoli de Lituania, en el río Vilia, tributario del Niemen; Orel, (78.000 habitantes), junto al Oka; Berditchef (77.000 habitantes), tan llena de judíos, que la llaman la Jerusalén rusa; Samara (75.000 habitantes), ribereña del Volga.



El Brocken. (Dibujo de Stroobant.)

ALEMANIA

I

Montes del Sur.—Llanuras del Norte.

Alemania, en alemán Deutschland, está al Norte, junto al Báltico, un mar casi cerrado, y junto ó otro mar abierto, el mar Teutónico, que llamamos mar del Norte. Al Sur se aproxima al Adriático, que va al Mediterráneo, y además está unida al Oriente húngaro, eslavo y rumano, por el curso del Danubio. Alemania sirvo de punto de unión á la Europa latina con la eslava.

Más grande que la Francia, desde que ésta perdió Alsacia y Lorena, tiene 49 millones de habitantes en 54.341.140 hectáreas, ó sea 90 personas por kilómetro cuadrado. También es en esto superior á Francia, que sólo tiene 75 habitantes por kilómetro.

Al Sur se eleva hacia los Alpes mientras que al Norte baja hacia el mar por una llanura inmensa, que sería cubierta por el Océa-

no sólo con que éste elevase sus aguas 150 metros. Entre la llanura y los Alpes ondulan montañas medianas. «El monte alto, el bajo y la llanura—ha dicho un poeta—se siguen en Alemania de Sur á Norte, como la oda, el idilio y la prosa.»

Los gigantes de los Alpes son de Francia, de Suiza é Italia. Menos altos los baluartes que elevan al Sur de Alemania una enorme barrera entre germanos é italianos, yerguen, sin embargo, también sus almenas hasta llegar al frío eterno.

El Ortler, el Oetzthal, el Stubair y los altos Tanern, á los que domina el obelisco del Gross Glockner, todos estos esquistos, micaesquistos y granitos que casi llegan á 4.000 metros, tienen en sus repliegues ríos de hielo procedentes de grandes neveras; pero no dependen de Alemania, pues son de Austria, que abandonó la Confederación germánica después de la batalla de Sadowa, y ahora los Alpes bávaros son los que poseen los picos más culminantes de Alemania. El más alto, el Zugspitze, llega á 2.974 metros.

Las cordilleras de la Alemania central tienen dos veces menos elevación que los Alpes bávaros. Generalmente no llegan á 1.000 metros, y sólo la cordillera de los Gigantes, ó Riesengebirge, de la cual baja el Elba, se eleva á 1.500. Son montes agradables, de diversas rocas, muy diferentes de las cimas estériles de los Alpes; pero no están cubiertos por el blanco armiño de la nieve perpetua.

El monte de la Selva Negra ó Shwarzwald (1.495 metros), á la derecha del Rhin, en los manantiales del Danubio, tiene espléndidos pinares. El Odenwald es prolongación de la Selva Negra, más allá del Neckar, hasta llegar al Mein. El Spessart, medio cerrado por un recodo del Mein, es un templo de la Naturaleza. Ni en la misma Alemania, país de admirables bosques, hay selvas de encinas y hayas, comparables con las que adornan esta humilde montaña de 615 metros. Entre el Mein y el Weser, asombra por su esterilidad el Rhoene (950 metros), monte de basaltos. El Vogelberg (772 metros), es otro hacinamiento de montañas desoladas, y una de las mayores masas de basalto conocidas. A la orilla izquierda del Rhin presentan cráteres antiguos, convertidos en lagos, los montes del Eifel, que fueron volcanes.

En el centro de Alemania la selva de Thuringia, ó *Thuringeo Wald* (de 984 metros de altura), en las fuentes del Weser, es la Arcadia alemana. El Harz, aislado y recto en la gran llanura, posee la famosa cima del Brocken (1.141 metros), antiguo punto de reunión, según las leyendas, de las brujas alemanas. La cordillera de los Pinos (*Fichtelgebirge*), de donde baja el Mein, levanta sus cumbreras á 1.063 metros; la de los Metales (*Erzgebirge*), llega á 1.244

y forma uno de los muros de circunvalación de la inmensa fortaleza montañosa de Bohemia, así como la selva de Bohemia. Esta, que tiene 1.476 metros de altura, bajo un cielo húmedo, es una pequeña California, con árboles gigantescos, y coníferas que levantan sus copas hasta 60 metros de altura.

Otro muro de Bohemia, el Riesengebirge (Cadena de los gigantes), cubre la Suiza sajona con sus soberbios peñascales y sus montes cúbicos. El Schneekoppe llega á 1.603 metros.

Al Nordeste de Alemania, ó sea en sus fronteras con Rusia, y en Prusia Oriental y Pomerania, la meseta de los lagos (Seenplatte), llanura alta más bien que montañosa, tiene también sus bellezas: lagos tranquilos, bosques profundos, horizontes velados, armonías del viento en los pinares, naturaleza íntima y melancólica en el clima más riguroso del Imperio alemán.

De los montes medios hasta el mar se desarrolla la gran llanura alemana, que al Este se une con la rusa y al Oeste con la de los Países Bajos y la Francia del Norte. En torno de sus lagos, rodeados de vegetación, en los linderos de sus enormes bosques, al pie de los montes cubiertos de pinos y de las colinas levantadas aisladamente en la extensión uniforme, cultivan la llanura germánica laboriosos labradores.

Estos la arrancan cuanto puede producir; pero apenas les da su trabajo para ir subsistiendo. De todos modos, la llanura los alimenta como si fuera fértil, y sus habitantes, gracias á estar enclavada en ella la ciudad de Berlín, dominan más que nunca en Alemania.

De todas las tribus de esta tierra «maravillosamente hermosa con su verde corona de encinas», como dijo un poeta; de todos los pueblos de Alemania, los que viven en los vastos arenales (donde no faltan hermosas praderas, valles fértiles y grandes pantanos) son los alemanes que más sangre extranjera llevan en las venas. En ciertos distritos de la ribera izquierda del Elba ha sonado el *polabo*, lengua eslava, hasta principios del siglo XIX.

II

El Elba, el Rhin y el Danubio.

Las costas alemanas, mal cortadas, no tienen más que una isla de cierta magnitud, Rugen, en el Báltico, frente á frente de Stralsund. Gredosa y carcomida por el mar, que la va demoliendo poco



á poco, desaparece Rugen, deshaciéndose en penínsulas, islotes y escollos. Se habló en ella, en otros tiempos, el wendo, dialecto eslavo; pero hace seiscientos años que no se oye en ella más que el alemán. En 1404 murió el idioma antiguo con la última vieja, que no lo había olvidado.

En la costa del Báltico, ríos desiguales desembocan en los *haff* ó estuarios separados del mar por *neherunguen* ó flechas arenosas y en comunicación con aquél por medio de angostos canales. El Niemen ó Memel, río más ruso y lituano que alemán, entra formando varios brazos en el Haff de Curlandia (162.000 hectáreas). El Pregel, río de Königsberg y más aún el Weichsel (nombre alemán del Visla ó Vístula), ciegan con rápidos aluviones el Frische Haff (8.900 hectáreas) que en Pillau va á parar al Báltico, así como el Oder estrecha insensiblemente el Haff de Stettin. El Oder, de 900 kilómetros de longitud, con una cuenca de diez millones de hectáreas, desciende de una montaña morava, y viaja por entre campos polacos hasta encontrarse con el Neisse. Baña á Breslau y llega al Haff de Stettin. Su mayor afluente, el Wartha, río de llanos, corre por Polonia hasta muy cerca de la desembocadura.

En el mar del Norte, que es violento y tiene mareas, no cubre ninguna *nehrug* ó barra de arena los estuarios de los ríos. Las olas siempre agitadas evitan que vientos y arenas construyan cordones litorales; pero al mismo tiempo destruyen las costas bajas, lo mismo que en las riberas de Holanda, prolongación de las de Teutonia, y la antigua costa está indicada por una hilera de islas carcomidas. El alemán procura, como el holandés, salvar el suelo amenazado, y recobra la tierra perdida cuando puede.

El Elba, arteria central de Alemania, gana el mar del Norte más abajo de Hamburgo, después de recorrer más de 1.150 kilómetros. Sale de Bohemia algo turbio, con un caudal medio de 150 metros cúbicos por segundo, por soberbios desfiladeros entre montañas de asperón; serpentea por delante de Dresde y penetra en la extensa llanura. Enfrente de su estuario está la isla de Helgoland, inglesa durante mucho tiempo, y ahora alemana. Atacada lentamente por las olas, como Rugen, ya no es Helgoland más que un islote de asperón abigarrado, de 600 hectáreas escasas, con una costa brava. Helgoland es campiña verde, acantilado rojo y playa blanca.

Frente á Helgoland desemboca también el Weser, hijo de Fulda y el Werra, el cual cerca de Minden pasa de la variedad del monte á la monotonía del llano. Tiene como puerto á Brema, que ha embarcado centenares de miles de emigrantes para América.

El Weser, de 1.000 kilómetros de longitud y una cuenca de 500.000 hectáreas, es muy inferior al Elba.

El Rhin (1.520 kilómetros), no nace «al pie del monte Adule, entre cañaverales», como dicen unos versos. Hijo de los ventisqueros, nieto de las neveras, la Suiza lo entrega ya ancho y rápi-

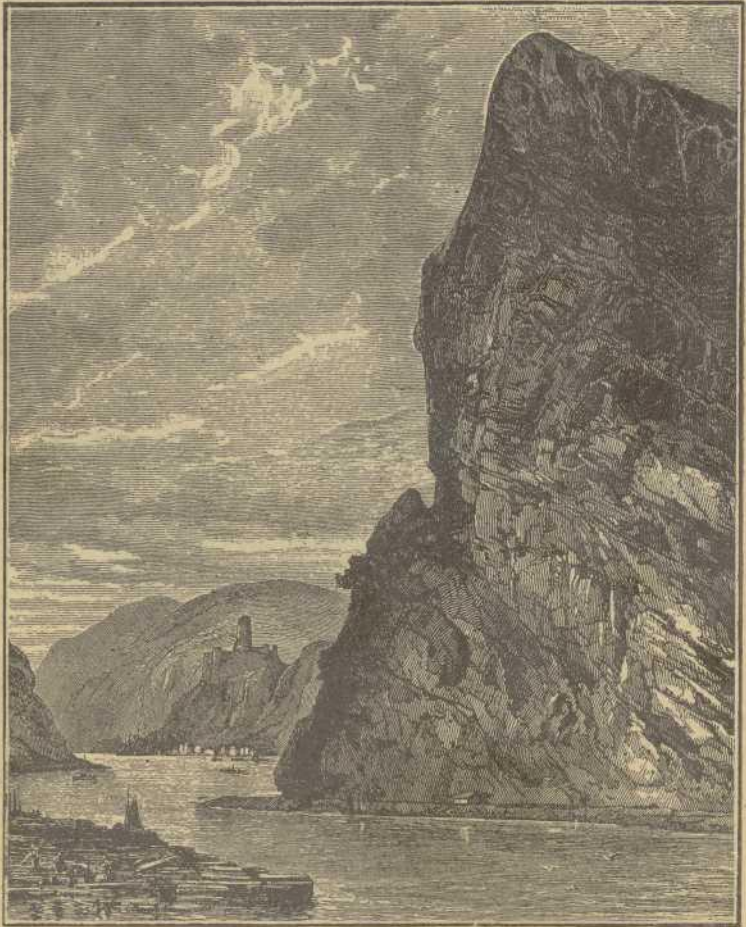


Las costas de Rügen. (Dibujo de Taylor.)

do á Alemania, purificado por el lago de Constanza, y espléndidamente verde. Cuando se hace completamente germánico, lleva un curso muy recto, primero ancho y libre, formando brazos é islas, luego comprimido por diques, entre la magnífica llanura alsaciana y Baden, con los Vosgos á Occidente y la Selva Negra á Oriente.

Llevándose después consigo el Neckar de Suabia y el Mein de Franconia, se abre más abajo de Maguncia un paso heroico, atravesando montes de pizarra. Esta perforación, con sus ruinas sobre la roca sombría, nidos de águilas feudales, de nombres sonoros y altivos, es como el santuario de Alemania por su propia belleza y más aún por toda la poesía de que lo rodean los recuerdos, las leyendas, los admirables *lieder*, cantos de odio contra el enemigo hereditario, y la *Loreley*, sirena pérfida, de ojos verdes, cantada en magníficos versos por Enrique Heine.

Recoge las aguas del Lahn y del Mosela, y más abajo de Colonia corre por llanuras casi horizontales, prolongadas por la plana Holanda, donde se mezcla su delta con los del Mosa y el Escalda.



Rhin: La roca de la Loreley. (Dibujo de R. P. Leitch.)

Su caudal medio es de 2.220 metros cúbicos por segundo delante de Emerich, á la entrada de los Países Bajos, y su cuenca abarca 20 millones de hectáreas.

El Danubio, Donau en alemán, mucho mayor que el Rhin, es

germánico por su curso superior. Acrecentado con los torrentes de Baviera, y luego por el Inn, río suizo y tirolés, el cual le da más agua que la que él lleva, entra en Austria-Hungría para bañar sus dos capitales, Viena y Budapest, y va á desembocar muy lejos en el Mar Negro.

III

Clima.

En Alemania el clima es uniforme. Como el suelo se levanta al Mediodía, al mismo tiempo que los lechos de los ríos (los cuales, á excepción del Danuvio y el Mein, corren de Sur al Norte), la Alemania meridional es fría por sus alturas y la septentrional por sus latitudes. El clima de Augsburgo y Munich, en Baviera, es más riguroso por término medio que el de Breslau y Stralsund en Prusia, ó el de Copenhague en Dinamarca. Hamburgo, próximo al Mar del Norte, tiene la misma temperatura anual que Innsbruck, cercano á Italia.

El frío no aumenta del Sur al Septentrión, sino del Oeste al Este. Cuanto más se aleja del Rhin, más ruso se hace el clima. La caída de lluvias aumenta con bastante regularidad de Norte á Sur.

En resumen, el clima de Alemania es el de la zona templada fría y la temperatura media oscila entre 6° al Nordeste y 10° y medio en tres valles privilegiados, que están cercanos al Rhin, entre Spira y Colonia, junto al Neckar, cerca de Stuttgart, y junto al Mein, desde Wurzburg hasta Maguncia. Las colinas del Mosela, del Rhin y del Neckar, cubiertas de pámpanos, celebran lo que titulan su «noble vino de fuego»; pero la verdadera superioridad de Alemania está en la hermosura de sus selvas.

Cubren los bosques 13.900.000 hectáreas, más de la cuarta parte del imperio, y de éstas pertenecen 91.000 kilómetros cuadrados á los abetos, pinos y alerces, y 48.000 á los abedules, encinas, hayas y álamos.

IV

Alemanes.—Lengua alemana.

En la antigua Confederación Germánica, que excluía á muchos menos germanos que la Alemania actual, vivían 52 millo-

nes de hombres, de ellos ocho ó nueve millones de eslavos, 150.000 dinamarqueses, 150.000 lituanos, 500.000 italianos y 10.000 wálones. Hoy, el *Deutsches Reich*, imperio alemán, más pequeño que la Confederación Germánica, pero mucho más poblado, tiene más de 49 millones de habitantes, cuya inmensa mayoría está formada de alemanes muy mezclados en su origen, celtas, eslavos, lituanos, tal vez fineses, y franceses y judíos. Crece esa población con gran rapidez, á pesar de las emigraciones. Al año suele haber, 1.850.000 nacimientos, 1.250.000 defunciones y 100.000 emigrantes. La ganancia en población es próximamente de 500.000 almas.

Los alemanes, habitantes de un país que no tiene fronteras naturales más que al Sur, siempre se han extendido en derredor. A más de un país eslavo ó húngaro, y hasta el Volga y las estepas del Sur del Rusia, fueron atraídos por potentados que tenían necesidad de obreros, de labradores y mercaderes para sus diversos dominios. Además, como inagotable río, corrían familias de Suabia, del Palatinado, de Alsacia-Lorena, de Sajonia, de Alemania del Norte, de Flandes y de Frisia, hacia las comarcas despobladas del Este y del Sudeste. Cautelosamente añadían surcos á surcos, levantaban caseríos de leñadores en los bosques, aldeas de mineros en la montaña y llenaban las ciudades de tenderos y artesanos, de los cuales iba naciendo una burguesía laboriosa, exacta, envidiada y admirada por la plebe. Así ganaron grandes territorios á los eslavos del Sur, del Centro y del Este y á los lituanos. Así conquistaron las cuencas, antes eslavonas, del Elba y del Oder y llegaron hasta el río de los polacos, hasta el Vístula, sin hablar de las provincias bálticas, cuya burguesía forman. Además, ¡qué de colonias alemanas perdidas en Hungría, Polonia y Rusia! Continúa la invasión, y de ella son vanguardia los judíos que hablan alemán; pero al intentar extenderse por el Oriente, para realizar esta anejióon insensible, se han encontrado con los rusos que les suplantán en esta empresa.

Enamorados de sí mismos desde hace algún tiempo, parecen olvidar que el mundo no ha comenzado con el nacimiento de ellos. Doctores, predicadores, historiadores y poetas, todos los que educan á la nación alemana, desde el rector de Universidad al pasante de escuela, enseñan como virtudes nacionales el odio y la arrogancia. El orgullo corrompe sus más hermosos libros. Irrita esa eterna apología del espíritu alemán, del corazón alemán, de la profundidad alemana, de la seriedad alemana, del valor alemán, de la bondad alemana, de la fuerza alemana, de la belleza alemana, de la pureza

alemana, del vino alemán, de la cerveza alemana, del pasado alemán y del porvenir alemán.

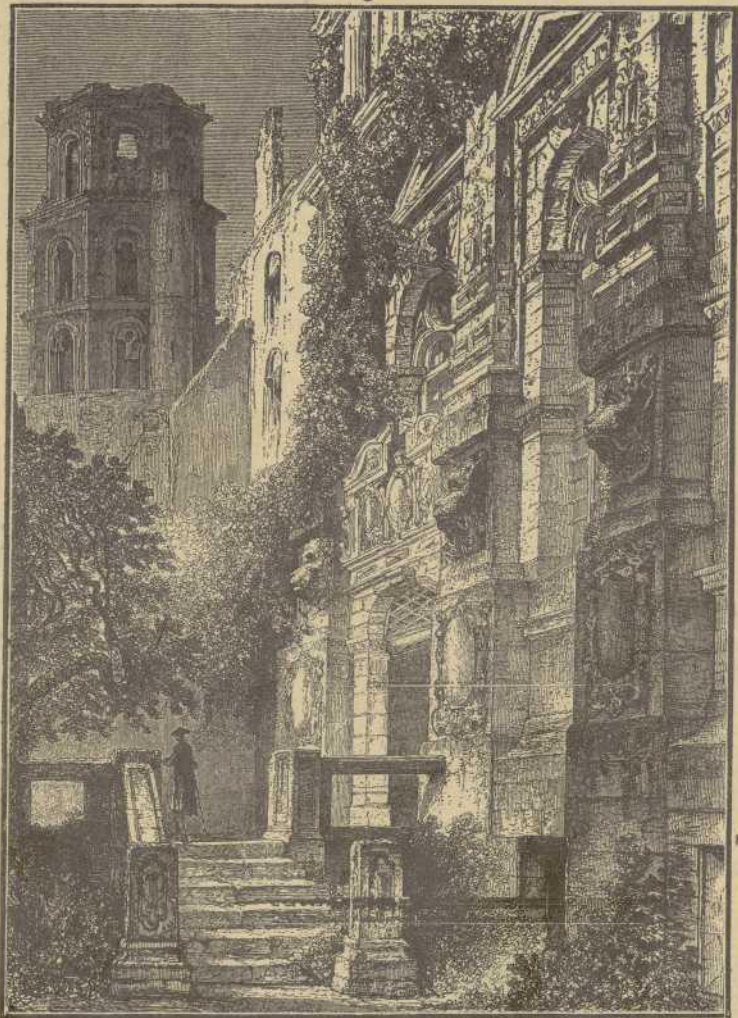
Este porvenir no encuentra ningún horizonte, como no sea en Africa. La nación alemana se mueve en Europa tan estérilmente, como se movió Francia en otra época, y por falta de colonias en tierra templada, ha alimentado con su substancia á pueblos extraños. Si tuvieran los alemanes la tenacidad de que se jactan, habrían ya germanizado á Europa entera, á fuerza de fecundidad. Precisamente, su maleabilidad de carácter es la que los ha diluído, entre los pueblos extraños, lo mismo que su facilidad para adaptarse al orden y á la regla, su innata simpatía por las cosas extranjeras, y su afición á los idiomas. Comarcas hay donde no se sabe ni una palabra tudesca, aunque están pobladas de alemanes que conservan sus nombres teutones disfrazados de eslavos, húngaros é itilianos. Las reivindicaciones nacionales de los eslavos de Austria, tcheques, servio-croatas ó eslovenos y magyares, no tienen sólo heraldos y hombres de acción entre los que se consideran por nacimiento eslavos y húngaros, sino también entre los alemanes, hijos ó nietos de alemanes que á veces han traducido sus apellidos al renegar de su origen. Mejor dicho: apremiados por la nación donde viven, hijos de ella por sus madres y unidos á ella por sus mujeres, no han abjurado más que de la mitad de sus antepasados para invocar la otra mitad, la mejor, aquella que dejó los huesos en los cementerios de su tierra natal. Los descendientes de los hugonotes franceses que emigraron á Alemania hace doscientos años, son hoy fervorosos prusianos. Colonizan los alemanes, unidos á los ingleses, en las comarcas donde se habla inglés; con los rusos, en las dominadas por el zar, dan á los Estados Unidos millares de colonos; á las naciones de América del Sur labradores, profesores y comerciantes; establécense en Africa, en Argelia y entre los boers, los ingleses y los cafres.

Una muchedumbre de ellos va á Australia, á Nueva Zelandia y á las islas del mar del Sur. Los alemanes son un pueblo cosmopolita por excelencia. Los naturales de Sajonia, de Hesse y de Suabia, y algo menos los prusianos y bávaros, tienen por patria la tierra entera.

Este pueblo de colonos es también un pueblo de sabios, de investigadores encarpizados profundos, meticulosos, incansables. Solamente estos «doctores» embrollan con gran frecuencia sus ideas; pero la pesadez de sus libros proviene más del idioma que del talento de sus autores.

La lengua alemana, rica, viril, dura unas veces y otras suave,

siendo maravillosa para la poesía, es poco apta para la prosa. Resulta amazacotada, pedantesca, pródiga en partículas separables,



Heidelberg. Un patio del castillo. (Dibujo de Stroobant.)

demasiado apartada muchas veces del verbo que modifican, y recargada de palabras compuestas, las cuales no siempre responden á ideas bien determinadas. Se divide en dos dialectos muy

diferentes: el alto alemán (*Hoch Deutsch*), lengua de la literatura, que va conquistando rápidamente todo el imperio, y el bajo alemán (*Platt Deutsch*), que se habla en las llanuras del Norte por más de 20 millones de hombres, y por transiciones insensibles se confunde en el Sudoeste con el holandés y el flamenco.

De los 49 millones de habitantes del imperio, hay unos tres millones que no hablan alemán, entre polacos, lituanos, dinamarqueses, franceses, etc. Pero la gente de lengua alemana que, formando nación separada, vive en los confines del *Vaterland* (la Patria) compensa más de cuatro veces esos tres millones. Más de 10 millones de austriacos, dos millones de suizos, 40.000 belgas y 215.000 súbditos del Gran Ducado de Luxemburgo hablan alemán, sin contar con el millón y medio de hombres que, más ó menos dispersos ó concentrados, viven en ciudades rusas y en ciertas campiñas del Volga inferior, de la Pequeña Rusia, de la Besarabia, etc. Esos alemanes-rusos que se han conservado dentro de Rusia como una nación distinta, no pueden durar en esta situación, ahora que la igualdad para todos les arrebató sus preciosos fueros, y sobre todo desde que los ferrocarriles convierten á todos los hombres de Rusia en buenos vecinos obligados á mezclarse.

A todos estos los perderá Teutonia, como á los siete millones de alemanes de los Estados Unidos y á los 300.000 del Canadá. No subsiste en América el germano más allá de dos ó tres generaciones y se borra, con apellido y todo, en el mar sin fondo del *yankismo*. Únicamente los establecidos en los Estados meridionales del Brasil, en San Paulo, Paraná, Santa Catharina y San Pedro de Río Grande, han conservado su virginalidad entre los lusitanos de América, pero son pocos y están cercados por italianos, brasileños y portugueses, y el medio latino que los rodea los sofocará pronto.

Toda la fuerza de los alemanes está, pues, en Europa. Forman una masa maciza de unos 60 millones de hombres, con familias fecundas.

De 30 á 31 millones, son protestantes; 17 á 18, católicos, y 57.500, judíos.

V

Divisiones políticas.

Las divisiones políticas de Alemania, muy complicadas antes de la guerra con Austria que terminó en Sadowa, son todavía bastante caprichosas. Prusia, que se componía de dos pedazos grandes, el de las llanuras del Nordeste y el de las comarcas ronianas, se anexionó el Hannover, el Schleswig-Holstein, Hesse-Cassel, Nassau, y además le quedaron subordinados diversos Estados, como Sajonia, Oldenburgo, Brunswick, la mitad de Hesse-Darmstadt, y unos quince principados y ducados de largo nombre é importancia escasa.

Tuvo que soltar el Luxemburgo, pero al Sur del Mein, donde se supone separa la Alemania prusiana de los países independientes en apariencia, le obedecen el gran Ducado de Baden, Wurtemberg y Baviera. La Alemania austriaca, separada de la Federación, forma con Hungría y las provincias eslavas, el imperio austro-húngaro, cuya capital es Viena, ciudad alemana.

VI

Prusia.

Prusia, sin contar los ducados y principados minúsculos, que casi se ha tragado ya, tiene 86 habitantes por kilómetro cuadrado, á pesar de valer poco el terreno y el clima; ya que encierra 30 millones de almas en 34.835.000 hectáreas.

Hay tres millones de hombres que no son alemanes. Son polacos y dinamarqueses y conservan la esperanza de volver algún día á depender de su verdadera patria. Viven los primeros en la Prusia Oriental, en Posnania y Silesia, y los segundos al Norte del Schleswig. Se defienden contra la germanización que les quieren imponer la escuela, la justicia, la administración y el ejército, pero van perdiendo terreno por la venta de numerosas propiedades á la burguesía alemana, más rica y más económica que la nobleza polaca, pasando así todos los años muchas hectáreas de manos de los eslavos á las de sus dominadores. El Estado trata de

borrar del mapa los nombres de las poblaciones polacas, y en su lugar pone nombres alemanes, así traduzcan ó no la significación de los eslavos.

Los lituanos, cuya nacionalidad, aunque muere en Alemania, renace en la Lituania rusa, viven en la Prusia Oriental, ó sea en los confines de la Rusia lituánica. También hay algunos millares de eslavos techeques en Silesia y 80.000 wendos en la frontera de Sajonia, junto á los 50.000 que viven todavía en este reino. Esta pequeña nación de los wendos, de 130.000 almas, ocupá las montañas de Lusacia, cuenca alimentadora del Sprée, que es el río de Berlín. Este pueblo, dueño antes de un vasto territorio, retrocede ahora ante la lengua alemana, que le persigue hasta en las aldeas más humildes y lo impregna con su sintaxis.

Unos 12.000 walones, rama desprendida de la nación francesa, residen en los confines de Bélgica, al Sur de Aquisgram (ó Aix-la-Chapelle), alrededor de la ciudad de Malmedy.

VII

Ciudades de Prusia.

Berlín (1.575.000 habitantes), crece rápidamente en su arenosa llanura, junto al angosto y lento río Sprée, que lleva sus impurezas al Havel, larga hilera de lagos que desembocan en el Elba. Dice un alemán que «el Sprée entra en Berlín como un cisne y sale de Berlín como un cerdo». Nació esta capital en un territorio poblado de eslavos en su origen, y acogió á muchos calvinistas franceses que huían de las *dragonadas*, feroces persecuciones religiosas en tiempos de Luis XIV.

Hamburgo (570.000 habitantes), en el Elba, á 110 kilómetros del mar del Norte. Es el segundo ó tercer puerto del continente; pasea el pabellón alemán por todos los mares y lleva millares de emigrantes á América.

Breslau (350.000 habitantes), antes Wratistawa, gran ciudad industrial, junto al Oder. Es capital de Silesia, provincia eslava germanizada.

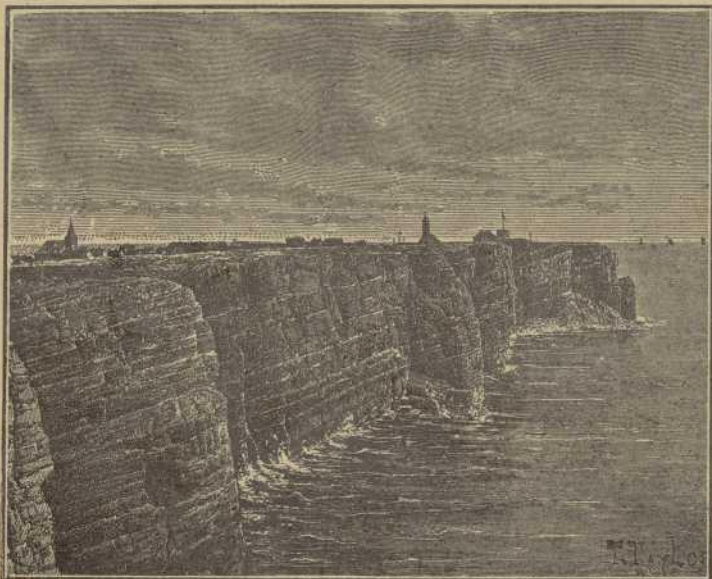
Colonia (283.000 habitantes), en alemán Koln, junto al Rhin, que ostenta allí toda su grandeza de hermoso río. En la Edad Media pasaba Colonia por la primera ciudad alemana. Se decía entonces como refrán: «París en Francia y Colonia en Alemania.»

Unidas Elberfeld y Barmen, ciudades industriales y contiguas,

forman ahora una de 220.000 habitantes, atravesada por el Wapper, afluente del Rhin.

Magdeburgo (202.000 habitantes) está junto al Elba, que acaba de recoger el Saale, precioso río procedente de idílico valle de la Alemania central y que pasa también por las ciudades universitarias Jena y Halle.

Francfort junto al Mein (180.000 habitantes) es ciudad de nego-



Las costas de Helgoland. (Dibujo de Taylor.)

cios. De esta ciudad, «Jerusalén moderna», poblada de ricos judíos, procede la opulenta familia de Rothschild.

Hannover (163.000 habitantes) era antes capital de uno de los reinos tragados por Prusia. Está á orillas del Leine, río de la cuenca del Weser, sobre una gran llanura que llega hasta el Elba hamburgués, por los llanos de Luneburgo.

Koenigsberg (160.000 habitantes) está cerca del río Pregel, que es navegable para los barcos pequeños.

Brema (125.000 habitantes) no es inferior en toda Alemania más que á Hamburgo, como población comercial. Su puerto fluvial sobre el Weser envía á América tantos emigrantes como Hamburgo.

Dusseldorf (120.000 habitantes), ribereña del Rhin, es el puerto

fluvial de Elberfeld, Barmen y otras ciudades industriales en un país activísimo.

Dantzig (120.000 habitantes) ciudad arcaica, cuyas callejas y callejones son museos de la Edad Media. Llamáronla Gdansu los polacos, sus antiguos dueños, que al perderla, perdieron el camino del mar. Está junto á un brazo del Vístula, cerca de su desembocadura en el Báltico.

Stettin (105.000 habitantes) es el gran puerto del Oder, á un tiempo fluvial y marítimo.

Viene después Aquisgram (Aachen ó Aix-la-Chapelle), la antigua capital de Carlomagno (100.000 habitantes), próxima á la Bélgica walona; la industriosa Crefeld (100.000 habitantes), y Brunswick, con 90.000.

VIII

Sajonia.

Es el Estado más poblado de Europa. Tiene 3.500.000 hombres en 1.500.000 hectáreas, ó sea 233 por kilómetro cuadrado. Bélgica, que es de doble tamaño, no tiene más que 207 habitantes en cada 100 hectáreas. Esto es en general, pues detallando por distritos el reino flamenco-walón, recobra la ventaja. Flandes, Hainaut, Brabante y las provincias de Lieja y Amberes tienen la población más densa que Sajonia. Desgraciadamente para Bélgica y Sajonia, esta densidad la deben á la fiebre de una industria devoradora.

Apoyada en el Erzegebirge, que la separa de Bohemia, y atravesada por el Elba, la Sajonia, montañosa y fría al Sur, llana y con colinas al Norte, conserva unos 50.000 wendos en las gargantas y valles del país de Bautzen. Los demás habitantes, de lengua tudésca, descienden de teutones y eslavos, en proporción no conocida; pero los nombres de los lugares demuestran que la comarca perteneció á tribus eslavonas, cuyo desgraciado residuo son los wendos. Sajonia, como reino independiente en apariencia, es un resto de la región que ocuparon los sajones, quizá el primer pueblo de Alemania, el que más coadyuvó á la perfección del idioma literario, y cuyo nombre, por extensión indefinida y sin una razón clara, ha llegado á ser común á las naciones más ó menos germanas ó germanizadas: alemanes, ingleses y yanques.

Dresde (206.000 habitantes), capital del reino, junto al Elba,

tiene tantos cuadros y objetos de arte que se la llama la «Florenxia alemana».

Leipzig, con sus arrabales, llega á reunir 345.000 almas. Es una de las ciudades en que más libros se publican, y está en una gran llanura, junto al Elster, afluente del Saale.

Chemnitz (120.000 habitantes) crece con rapidez. Está junto á un tributario del Mulde, y es el Manchester sajón.

IX

Gran Ducado de Baden.

Encierra 1.656.000 habitantes en 1.508.000 hectáreas (109 personas por kilómetro cuadrado), y se parece á Alsacia, que está frente á él, al otro lado del Rhin. Se compone de una vasta llanura fértil, encantadores valles y gargantas, de cuyas lomas, coronadas de abetos, bajan torrentes claros, con molinos y aserraderos. Estas alturas, en Baden se llaman Selva Negra, y en Alsacia, Vosgos.

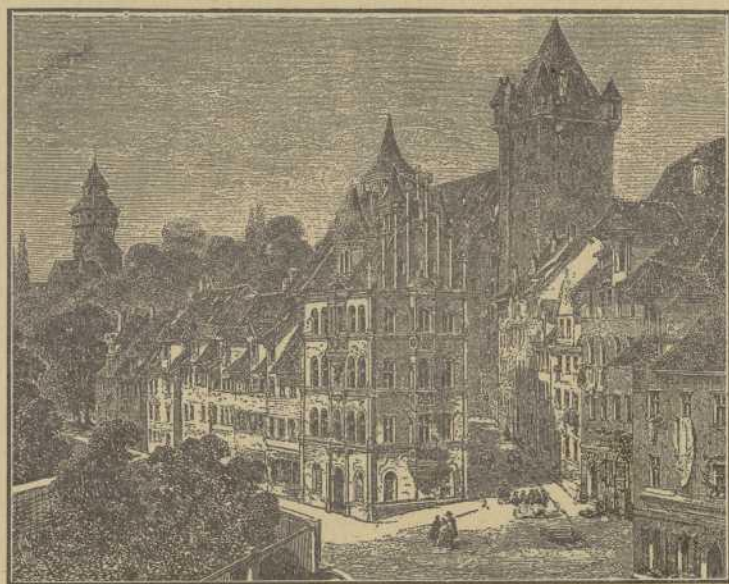
A pesar de ser tan pequeño, el Gran Ducado de Baden es muy variado. Yérguese la más alta cumbre de la Selva Negra (Feldberg), á 1.495 metros. Suyos son los más hermosos paisajes de aquella cordillera, é inclina casi todo su territorio hacia el Rhin, encerrando, en la vertiente oriental de su selva, las fuentes del Danubio. A 677 metros de altura, cerca de Donaueschingen, en una llanura cenagosa, que fué lago, se encuentran el Brege y el Brigach, torrentes nacidos entre abetos. Estos son los primeros padres del Danubio. Forman un río que toma el nombre de Donan, y este marcha en busca de un ínfimo arroyo del parque del castillo de Donaueschingen. Bebido después en parte por hendiduras del suelo próximas á Tuttlingen, pierde bastantes aguas, las cuales brotan en unos manantiales de 5.500 litros por segundo, origen del Ach, torrente badense que va al lago de Constanza.

La capital Karlsruhe (65.000 habitantes) es inferior á la comercial ciudad de Mannheim (65.000 habitantes), en la confluencia del Rhin y el Neckar y á la linda Heidelberg (25.000 habitantes), que es famosa por su Universidad y por su castillo arruinado.

IX

Wurtemberg.—Suabia.

Wurtemberg tiene 2.035.000 habitantes en 1.950.000 hectáreas; 104 por kilómetro cuadrado. Ocupa en parte la antigua Suabia (Schwaba), tierra preciosa donde vive el pueblo de los Sechuwab



Nuremberg. (Dibujo de Therond.)

ó Schwob, que ha dado más grandes hombres á la patria que ninguna otra tierra alemana.

Recuerda su nombre el de los suevos de la Edad Media, aquellos aventureros germánicos que, con otros destrozadores de pueblos alanos, hunos, godos y vándalos, cortaron y tajaron Galia é Iberia, y dieron origen, desapareciendo en la masa conquistada, al pueblo español y al portugués.

Es un país pequeño que hizo grandes cosas. Envió, desde hace mil años, colonos innumerables á todas partes, hasta el Cáucaso y

la Palestina. Ha sacado gran partido de su terreno, y no hay Estado en Europa que en proporción cultive tanta tierra, incluyendo bosques muy bien cuidados.

Su capital es Stuttgart (150.000 habitantes), preciosa ciudad á cuatro kilómetros del Neckar, río central del reino y lago natural de las tres regiones que lo forman: monte, collado y llanura.

El Neckar y su lindo afluente el Eux, nacen en los pinares de la montaña, en el seno de la Selva Negra, y se encuentran más abajo de Stuttgart, en medio de los collados, región de viñas bastante aceptables y de clima templado.

Ni por su naturaleza ni por su historia forman cuerpo orgánico la Alta Suabia y la Baja. Esta pertenece al Neckar y al Rhin y aquélla al Danubio. Desde la baja Suabia, protestante, se sube por ásperas fragosidades á la Alta, que es católica. Saliendo de Stuttgart, de Tubinga (célebre Universidad) ó de cualquiera otra población del Neckar medio, se llega á la meseta por las cortaduras de la montaña Buda (*Rahue Alp*), que es prolongación del Jura, allende el Rhin y el Danubio. En estas cortaduras, soberbias á veces; en estas lomas y al pie de castillos antiguos, cuyo muro prolonga hasta el cielo la fragosidad de sus rocas, huyen torrentes nacidos de grandes manantiales, á lo largo de la barrera de contención de la inmensa meseta que se une con la de Baviera y se inclina hacia el Danubio.

X

Hohenzollern.

Wurtemberg encierra parte del principado de Hohenzollern, que depende de Prusia y al que bañan el Danubio naciente, y el Neckar junto á Tubinga. De un castillo de este país salieron los hidalgüelos que más adelante habían de ser reyes de Prusia y emperadores de Alemania, después de varios siglos de astucia y economía. También ha producido aquel reino la casa imperial de los Hohenstufen, procedentes de un castillo que hoy está frente al ferrocarril de Stuttgart á Ulm.

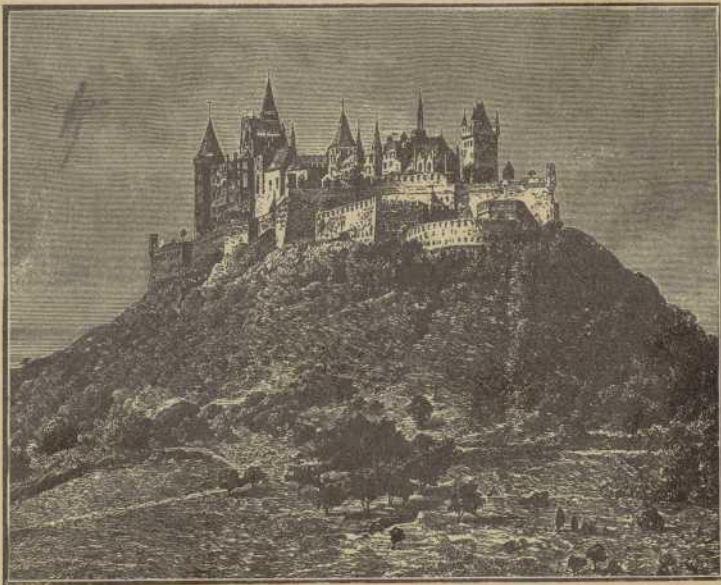
La tercera gran familia alemana, la de los Habsburgos, que reina en Austria, procede de un torreón de la Suiza alemana, próximo al tormentoso Aar.

Como se ve, ésta es una tierra que, aunque pequeña, ha dado gran cosecha de reyes.

XI

Baviera.—Meseta bávara.—Franconia.

El segundo de los Estados alemanes tiene 5.590.000 habitantes en 7.586.000 hectáreas, ó sea 74 almas por kilómetro cuadrado. La 71 centésima parte de esta población son fervorosos católicos, y



Castillo de Hohenzollern. (Dibujo de Taylor.)

quieren poco á los prusianos que representan al protestantismo. Hay cierta antipatía entre ambos pueblos, y Baviera es la menos dócil á la hegemonía del Norte. Son morenos los bávaros, sobre todo al Sur, y deben llevar en las venas sangre céltica y eslava. Antes del año 1000 hablaban un dialecto neolatino que no ha desaparecido aún del Tirol por completo.

Comprende Baviera algunas vertientes de los Alpes y la llanura alta del Danubio, la Franconia ó región del Mein, y en la orilla izquierda del Rhin, el Palatinado, limítrofe con Francia.

La llanura del Danubio, ó meseta bávara, es la más elevada de las llanuras alemanas, y sus 485 metros de altura media le dan el segundo lugar en toda Europa, después de la meseta de Castilla y Extremadura. Al lado de buenos terrenos, entumecidos durante seis meses por los fríos de las alturas, hay *ried* y *moos*, fondos esponjosos más ó menos desecados, más ó menos insalubres.

Cuando el Danubio entra en Baviera, es un río modesto. Al penetrar en Austria es ya una corriente digna del nombre de gran río, llevando con él el Lech, el Isar y el Inn, superior éste al Danubio cuando lo encuentra en Passau, cerca de los montes de Bohemia, donde acaban las tierras bábaras. El Lech, el Isar y el Inn se llevan el tributo de lagos hermosos, como el Ammersee, de 245 metros de profundidad; el Wurmsee, rodeado de bosques y quintas; el Chiemsee, de 19.200 hectáreas y 140 metros de fondo, y el Königsee, ó lago del Rey, magníficamente colocado en la montaña, y con profundidad de 191 metros. El Danubio bávaro no pasa más que por una gran ciudad: Ratisbona, ó Regensburg, de 60.000 habitantes.

El Mein de Franconia, río sinuosísimo de 600 kilómetros de longitud, cuando no median más de 250 en línea recta entre su fuente y su desembocadura, pasa por delante de la ciudad alemana, que es de clima más suave; Wurzeburgo, con 56.000 habitantes: luego pasa por entre el Spessart y el Odemvald, baña á Francfort y acaba en Mainz (70.000 habitantes), llamada Maguncia en castellano.

La capital de Baviera es Munich (en alemán München), con 345.000 habitantes y á 588 metros de altura, en un llano pedregoso, frente á los Alpes bávaros, á orillas del rápido Isar, de verdes aguas. Sus grandes monumentos, copia de los griegos, sus museos y colecciones artísticas, le han valido el sobrenombre de «Atenas alemana».

Nuremberg (125.000 habitantes), junto al Pegnitz, afluente del Mein, es una ciudad más arcaica que Dantzic y no hay población alemana que mejor conserve casas labradas de madera, ventanales esculpidos, plazas estrechas como pozos, callejones tortuosos y sin salida, dédalo sinuoso de la época medioeval. Entonces había dos proverbios que decían: «Los cañones de Estrasburgo, el ingenio de Nuremberg, la fuerza de Venecia, la magnificencia de Augsburgo y el oro de Ulm, dominan el mundo.» «Mejor vive en Nuremberg cualquier burgués que el rey en Escocia».

XII

Alsacia y Lorena.

Desde que dejó de pertenecer á Francia en 1870, obedece Alsacia-Lorena al imperio alemán. Es un país hermoso. Primero está el Rhin, luego la opulenta llanura, al final de ésta los Vosgos, y más allá las cañadas del Sarre y del Mosela, cerca de Metz.

Esta provincia, de población más densa que Alemania, tiene 1.604.000 habitantes en 1.451.000 hectáreas; 110 personas por kilómetro cuadrado. La quinta parte habla el francés como lengua nativa.

Estrasburgo (120.000 habitantes), á cinco kilómetros del Rhin, ostenta casas viejas y nuevas, al pie de una catedral, con una esbelta aguja de 142 metros de altura. Está junto al Hill, río de llanura alimentado por los torrentes de los Vosgos.

Mulhouse (75.000 habitantes), es una de las ciudades industriales más activas de Europa, y donde menos se fatiga el obrero.

Metz (55.000 habitantes), está junto al Mosela en su confluencia con el Scile.



Danubio: Los remolinos del Wirbel. (Dibujo de Lancelot.)

AUSTRIA-HUNGRIA

I

Extensión y población.—El Danubio.

Tiene Austria-Hungría 62.555.820 hectáreas y 41.285.000 habitantes; 66 personas por kilómetro cuadrado, sin contar con la Bosnia Herzegovina, que un tejido de ambigüedades une al mismo á Turquía y al Imperio austro-húngaro, pero más á éste que á aquélla.

El hermoso río Danubio, tributario del mar Negro, es el gran vínculo entre Austria y Hungría.

Es la segunda corriente de Europa (después del Volga), por su longitud de 2.800 kilómetros, y la primera por la masa media y mínima de sus aguas. Nace en la Selva Negra, en el Gran Ducado de Baden; pasa por Wurtemberg y Baviera, y llega á Austria á 273 metros de altura, poderoso ya y magnífico, acrecentado en la orilla derecha por el Iller, el Lech, el Issar y el Inn, torrentes alpestres, y en la izquierda por ríos menores, procedentes de la meseta de Suabia ó de los montes de Franconia.

Más abajo de Linz, entre Grein y Krems, perfora el Danubio la montaña con más gallardía que el Rhin, pero la poesía no ha cantado tanto esas rocas como la de *Loreley*, ni las ha dorado la leyenda. A la derecha están los Alpes, á la izquierda el bosque de Bohemia. En el Strudel forma rápidos, en el Wirbel formaba antes remolinos, con más peligro que en el Strudel, pero se voló el escollo y ha desaparecido este *Maelstrom* del Danubio.

Libre de estas angosturas, el Danubio pasa por delante de Viena, recibe por el March las aguas de Moravia y después en Pozsony y Presburgo, penetra en la alta llanura de Hungría, llamada «Llano pequeño», en contraposición á la baja, que es mayor. Allí se distribuye el río en confusa red de pequeños Danubios, innumerables brazos que rodean dos islas: la Schüt grande y la pequeña. Aquella, que tiene 155.000 hectáreas, acaba en Comorn, en la confluencia con el Vag, río de los Carpatos. Luego se estrecha la llanura, vuelven al Danubio todos sus hijos pródigos y con ellos pasa junto á Esztergón, por el desfiladero de Visegrad, á cuyo final se extiende de la llanura mayor de Hungría, antes inmenso lago.

Bañando la capital de la Transleithania (Hungría), así como la de la Cisleithania (Austria verdadera), separa á Pest de Buda (dos partes de la ciudad de Budapest, una é indivisible) y rodea la larga isla de Csepel, bebiéndose luego tres corrientes: el Drave y el Save, que proceden de los Alpes, y el Tisza, de las Carpatos.

Nace el Drave entre el hielo de los Altos Tauern (3.797 metros de altura). El Save tiene un caudal medio de 1.100 metros cúbicos por segundo y 570 en el estiaje. El Tisza, río central de Hungría, tiene 1.700 metros cúbicos de caudal medio, 450 en el estiaje y 4.000 en las crecidas. Así como el Arga, el Ega y el Aragón hacen del Ebro un personaje en España, el Drave, el Save y el Tisza hacen del Danubio una corriente muy caudalosa.

Este Danubio, sin rival en Europa, digno de los ríos de Asia y América y más *glorioso* que ellos, porque ha bebido más sangre y más lágrimas; este río, que es doble que el Rhin y el Ródano juntos, sale de Austria-Hungría por un canal, entre rocas de 130, 140 ó 150 metros de anchura, con una profundidad de 30, 40 ó 50 metros. Llámase ese canal, de 100 kilómetros de longitud, el desfiladero de las Puertas de Hierro, correspondiendo á una serie de rápidos, sobre multitud de escollos de pórfido, cuarzo y esquistos cristalinos; rocas duras, durísimas, que el Danubio carcome con trabajo, aunque haya corriente que pase por ellas con una velocidad de 28 metros y medio por segundo.

Lleva allí el Danubio un caudal medio de 10.220 metros cúbicos

cos por segundo, y en las crecidas inunda la llanura húngara, rechazando al Morava servio, al Save, al Ternes, al Bega y al Tisza, hasta 150 kilómetros aguas arriba, convirtiendo la indicada llanura en lo mismo que fué, antes de que su río perforara los montes de las Puertas de Hierro, ó sea en un vasto lago que, al desaparecer, deja como rastro grandes pantanos.

Fuera del litoral del Adriático de la Bohemia bañada por el Elba; de la Silesia austriaca, inclinada hacia el Vístula, y de la Galitzia, por donde corren el mismo Vístula y el Dniester, toda Austria está atravesada por el Danubio.

II

País de los Alpes.

Gran parte de los Alpes corresponde á Austria. En el Ortler, el Oetzthal, el Stubaiier y les Altos Tauern ó Gros-Glockner, la masa de los ventisqueros, la altura de las cascadas, la frescura de las praderas y el encanto de los lagos, convierten al Tirol y al país de Salzburgo en una Suiza, quizá más hermosa que la misma Helvecia y con más frondosa vegetación. Sólo en el Oltzthal y en el Stubaiier, se han contado 300 ventisqueros. En el Oltzthal hay 57.500 hectáreas de hielo y en todo el Tirol 126.500. Allí se levantan los picos soberanos del imperio á una altura de 3.000 á 3.905 metros. Esta última es la altura del Ortler.

En los montes del Austria Baja, comprendidos entre el Enns y el célebre paso del Semmering, no hay cumbre que llegue á 2.000 metros. En los Alpes calizos, donde los alemanes van siendo lentamente seguidos por los eslavos, las cimas muy altas son escasas. El Karavanka, entre los ríos Drave y Save, levanta magníficas aristas calcáreas de color rojo pálido; pero su pico más alto, sólo llega á 2.280 metros. El Triglav, de tres puntas, rodeado por las fuentes del Save, tiene 2.685 y sustenta los últimos hielos orientales de los Alpes. Su cima contempla el panorama más grandioso de Austria.

III

Carso.

Al Mediodía del Save y hasta la cornisa de las vertientes estériles próximas al Adriático, se extiende el Carso (en alemán Karst), meseta de 500 metros de altura, árida, feísima, pelada, lastimosa, de tierra roja, peñas y guijarros calizos. En ninguna parte del mundo hay tanta piedra viva, aristas rotas, rocas huecas, ni tantos orificios, simas y abismos. Vénse por doquiera cavernas profundas entre cuyas tinieblas corren, formando sordas cascadas, torrentes que resurgen junto al mar.

El Timave, río de 50 metros de ancho, que desemboca en el Adriático (después de recorrer cuatro kilómetros), cerca de Duino, no lejos de Trieste, recibe de los lagos encerrados debajo del Carso, el cristal de su tres fuentes. Sabemos que en otro tiempo salía á luz el Timave con mayor abundancia por siete, nueve y hasta 12 chorros. Era la fuente madre del Adriático. «Sale del monte (dice Virgilio), por nueve bocas, con el estrépito de un mar desencadenado, y cubre la llanura con sus ondas». Si hoy se ha empequeñecido tanto, es porque no prolonga más que el Ricka, y entonces debió de ser una prolongación de otra corriente mayor, el Sontius, que llamamos el Isonzo.

El antiguo Sontius va ahora al Adriático, después de atravesar los montes de Gradisca; pero se cree que antes acababa en un lago cerrado, y que por las hendiduras del Carso llegaba á los depósitos ocultos del Timave. Sea de ello lo que fuere, la madre del Adriático puede descender en su caudal á 400 litros por segundo, siendo su término medio nueve metros, y sus crecidas de 30. La inmensa fuente llamada Rieka de Fiume, da nacimiento á un río frío y ancho.

Al otro lado de las montañas sale una corriente diáfana bajo grandes bóvedas; es el Piuka. En su carrera por debajo de las rocas baña el Piuka las galerías de la Postoina, gruta maravillosa llamada por los alemanes caverna de Adelsberg y luego sale á luz con otro nombre, vuelve á las tinieblas del Carso, vagamente iluminadas por claridades espectrales y reaparece en las fuentes del Laibach, afluente navegable del Save. Bebe éste tantas fuentes brillantes, de puros colores verdes y azules, que lleva en sus aguas bajas más limpidez que otros ríos muy ponderados.

Cítanse entre estos magníficos nacimientos de agua del Carso, el Ruinitza, el Koulacha, el Globornitsa, el Bigtrats, el Toundjitsa, la fuente de Poporeselo, etc. Algún día se conocerá una parte de este mundo subterráneo que va desde los desahogos de los torrentes de la meseta hasta la desembocadura de las fuentes, si se hace lo que se tiene pensado: ensanchar y levantar con minas las bóvedas de las cavernas, en todos los sitios donde la roca comprime en tiem-



Danubio: el Strudel. (Dibujo de Lancelot.)

po de lluvia el río abismado y lo arroja en forma de inundación á la cañada superior. Por experiencia secular saben los campesinos el enlace que hay entre esas fuentes y los pozos abismos que les corresponden.

IV

Dalmacia.

Muere el Carso al Sudoete, con las rocas peladas de Dalmacia, provincia no menos famosa por sus soberbias fuentes. Brotan, por debajo del mar, la de Cattaro, y en tierra las de Cetina, Kerka, Giadro y Ombla.

Sale el Cetina de un abismo profundo, al pie de una cortadura caliza, donse se abre una gruta célebre.

El Kerka sale de pronto de la roca, en el país de Knin. En un punto de su trayecto de 35 kilómetros, se quiebra su pendiente y cae desde 40 metros en 16 saltos, entre rocas vivas y guirnaldas de follaje, sobre la piedra formada por el mismo río con el sedimento de sus aguas calizas.

El Giadro encuentra al mar en el golfo de Spalato, á media legua de su roca natal.

El Ombla recorre dos kilómetros y nace en el Trebentitsa, to-



Danubio. desfiladero de las Puertas de Hierro. (Dibujo de Lancelot.)

rente que desaparece en las mesetas de la Herzegovina. Nace y muere cerca de Ragusa. Difícil es conocer con este nombre neolatino de Ragusa, inventado por los italianos, al famoso Dubronik, que fué la antorcha de los eslavos del Sur.

Desde los montes Dálmatas se ve el Adriático, cuyos *fiords* luminosos le asemejan á una Noruega con palmeras y sin ventisqueros de una hermosa mediterránea, gracias á la claridad que lo ilumina. País soberbio serían estos montes si tuviesen algún verdor y si no soplaran dos vientos, el ardiente siroco, y en Febrero y Enero el abominable *bora*, que procede del Norte y del Nordeste, frío, agudo, impetuoso y lúgubre.

Se supone que de esta aridez de las vertientes dálmatas y del

pelado Carso tienen la culpa los venecianos, que talaron los bosques de aquellos montes para construir sus flotas y reclutaban los tripulantes en aquel país como lo hace hoy Austria. La escuadra que venció en Lissa á los italianos en el pasado siglo XIX no estaba tripulada por alemanes, sino por dálmatas del litoral ó de las islas de Veglia, Cherso, Arbe, Pago, Lunga, Incoronata, Ugliano, Posman, Brazza, Lesina, Lissa, Cursola, Lagosta y Meleda, todas espléndidamente iluminadas en un mar armonioso, frente al hacinamiento de rocas que desde la costa sube ó los Alpes Dináricos, montes sin árboles y agotados por el bora y el siroco.

Al Mediodía, en la misma punta de la ribera dálmata, un canal estrecho lleva el Adriático al golfo de Cattaro, uno de los más resguardados del mundo. Las montañas y rocas vivas que reflejan sus aguas pertenecen á los príncipes de Montenegro, esclavos valientes y hasta ahora indomables.

V

Hungría y Transilvania.—Alfoeld y Felfoeld.—Pusztá y Mezoesege.

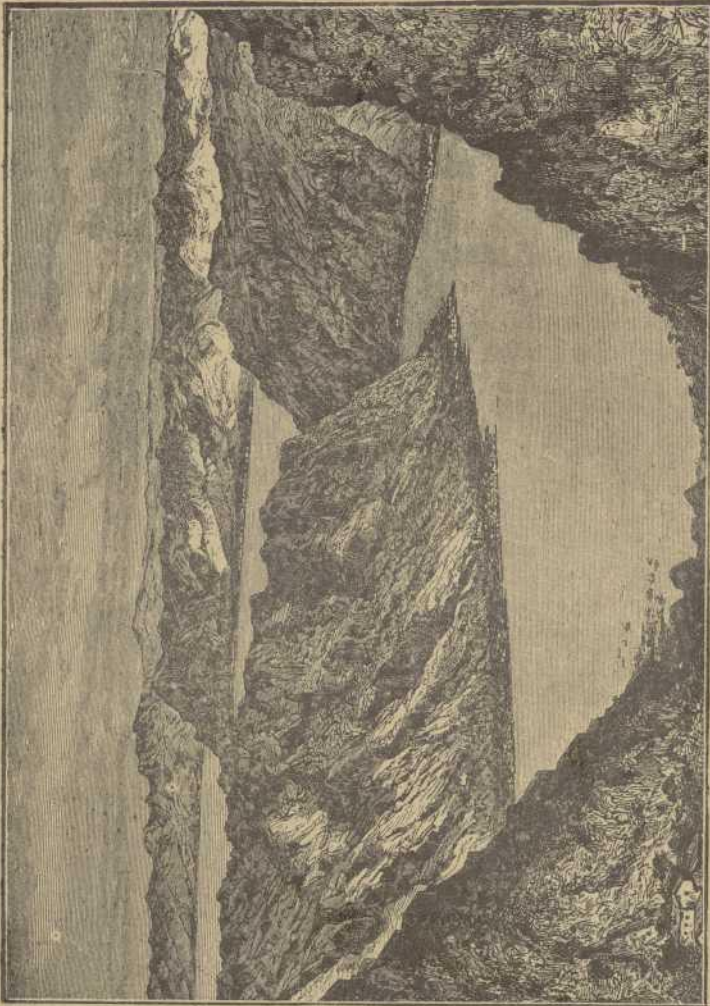
Desde la cima de los Alpes calizos más avanzados al Este, se pierde la mirada en una llanura inmensa, donde el Duna y el Tisza corren entre húmedas riberas. Duna es el nombre *magyar* del Danubio y Tisza el de un tributario, cuya cuenca cubre más de 15 millones de hectáreas. Esta llanura es la de la Baja-Hungría, separada de la Hungría superior por los desfiladeros de Esztergom, abiertos por el Danubio entre montes de pórvido y preciosas colinas agrestes. La llanura de la Alta-Hungría, «Jardín de Occidente», no tiene 1.200.000 hectáreas, y la de la Baja-Hungría pasa de 9 millones.

La Baja-Hungría es el *Alfoeld* de los magyares ó «Países Bajos», por oposición al *Felfoeld* ó «País Alto». Se ha calculado que la llanura ocupa 32 centésimas de la tierra magyar; las mesetas y montañas 30, y las colinas 38.

El país bajo húngaro va desde el Danubio hasta el principio de los Carpatos y montes transilvánicos, tan llano en algunos sitios, que cuando se desbordan el Danubio y el Tisza, pueden inundar un millón de hectáreas.

El Tisza, antes tortuosísimo, porque falto de pendiente no sabía por dónde extenderse, atravesaba más de 1.250 kilómetros, para adelantar 540, desde el manantial de los Carpatos, hasta verterse en el Danubio. Los ingenieros lo han acertado 466 kilóme-

tros con secciones de istmo y le han puesto diques, haciéndolo más funesto, porque destroza los diques y amenaza á las ciudades, de lo cual es testigo Szegedin, que casi quedó destruída por un desbor-



El gofo de Cattaro. (Dibujo de Blou.)

damiento. Cuando se retira deja charcos, brazos de agua dormida, cañaverales donde zumban los mosquitos, pantanos cubiertos de aves y llenos de sanguijuelas, turberas y prados cenago-

sos. Al alejarse de las riberas malsanas y subir á las alturas donde jamás llegan el Tisza, el Szamos, el Koeres ni el Maros, cambia el aspecto del paisaje. La llanura, con escasos pueblos, grandes como ciudades, ondula en ricas mieses, y en las praderas pacen inmensos rebaños de bueyes de gigantescos cuernos.

Entre el sinuoso Tisza y el ancho Danubio, paralelos durante 300 ó 400 kilómetros, se extiende la Mesopotamia húngara, llamada en magyar Puszta, ó sea «Desierto». Es de 80 ó 90 kilómetros de anchura y más de 500 de contorno; tiene sus espejismos como Egipto, sus arenales cálidos como el Sahara, fríos polares y vientos horribles, ardientes ó helados. En vez de árboles, no tiene más que arbustos y malezas; pocas fuentes, pocos arroyos y algunos pozos. Las escasísimas corrientes de aguas, feas, lentas y turbias, merecen todas el nombre de Sarviz (agua cenagosa), que lleva un río de la llanura. No se encuentra una roca ni un guijarro; todo es tierra. «En el Alfoeld—dice un refrán—pavimentan con barro». En tiempo húmedo, el fango es el quinto elemento, como en Polonia, en la Rusia Blanca y en Luitania. Afortunadamente llueve poco y hay estaciones tan secas, en que el quinto elemento es el polvo en vez del barro.

Sin embargo, la Puszta es hermosa y fértil; hermosa por lo amplio de sus horizontes, de la llanura que llega hasta el hemisferio azul de los Carpatos, y por la gracia de sus praderas naturales. Las *csardas* (casas de adobes muy bajas) albergan pastores medio nómadas, *ezikos* ó guardianes de caballos, *gulyas* ó guardadores de vacas, *juhaez* ó guardas de carneros, y *hanocz* ó porqueros. Los *ezikos* son los gauchos de Europa; el *gulyas* habita una puntiaguda cabaña de cañas; el *juhaez*, armado con una hacha, preserva del lobo sus rebaños, acompañado por perros feroces; el *hanocz* pasea sus cerdos por los bosques de encinas. Pero el cultivo metódico se apodera rápidamente de la estepa, donde los conquistadores húngaros encontraron los inmensos pastos de los llanos orientales, cuna de sus hordas. Alfoeld y Puszta son la verdadera patria del magyar nómada, convertido á la fuerza en sedentario.

A la Derecha del Danubio, camino de los Alpes, la llanura húngara se levanta más rápidamente á la izquierda. Al pie de la selva de Bakony (713 metros), monte lleno de hayas y encinas, está el lago Balaton (69.000 hectáreas) con una profundidad de ocho metros. Entre la montaña y Viena, el lago Fertoe (Nieusedel en alemán), seco muchas veces, varía entre 3.000 ó 4.000 hectáreas y 40.000, según la altura de las aguas del Danubio, del Leitha

y del Raab, que lo invaden. No tiene derecho al nombre de lago, sino al de cenagal.

Al Norte y al Este de la llanura húngara se escalonan los Carpatos y los montes transilvánicos. Llegan los Carpatos en un semicírculo de 1.440 kilómetros, de Danubio á Danubio, desde Presburgo, donde empieza el llano húngaro, hasta las Puertas de Hierro, donde termina. Cubren 90.000 kilómetros cuadrados. Su masa mayor de granito, el Tatra, sube á 2.663 metros, casi hasta las nieves perpetuas; pero sus vertientes son demasiado finas para conservar las nieves. A media altura, 112 lagos, verdes y pequeños, vierten sus aguas en el Dunajec, tributario del Vístula, y en el Vag danubiano.

Los Carpatos del Norte se yerguen entre Hungría y Galitzia, los del Sur ó transilvánicos sustentan el «País de los Bosques», traducción del nombre magyar de la Transilvania, Erdely, y en rumano Ardaalul.

Si la meseta transilvánica, de seis ó siete millones de hectáreas y altura media de 450 metros, no comprendiera tantas llanuras peladas; si el Mezoesege ó «País del Medio» no se pareciese á cierta parte de la Champagne, Transilvania sería una Suiza oriental. Reparte como Helvecia sus mesetas, valles y bosques, habitados por osos, lobos y linceos, entre tres pueblos: rumanos, húngaros y alemanes, explotados por el judío, que es posadero, tendero y usurero, y se apodera del país, después de haber arruinado al labrador. Transilvania domina al Mediodía la llanura valaca, y el Danubio lejano, así como la Acrópolis suiza (los Alpes) ve desde lejos la llanura lombarda y el Pó. Sus picos más altos, que son el Negoj (2.535 metros), el Retezat (2.506), el Bucses, etc., llegan casi á la altura del Tatra.

VI

Galitzia y Bucovina.

Todos los países alpestres (excepto Istria y Dalmacia), toda Hungría y Transilvania, se ven atravesadas por el Danubio ó le envían tributarios. Fuera de la cuenca danubiana, abarca el imperio dos comarcas que miran otros horizontes: Galitzia y Bohemia.

De estas dos regiones, la más excéntrica es Galitzia; austriaca por las intrigas y el acaso, rusa por su naturaleza ultracarpa-

tense, por su unión con la gran llanura sármata, su clima y los dos idiomas de sus habitantes. Cuando se sale de Viena ó de Budapest se llega á Galitzia por un camino largo y montuoso. En cambio, Bohemia está como tejida en la parte de Austria-Hungría que gravita alrededor de Viena, y el Danubio roza las estribaciones de la selva de Bohemia, cordillera baja, fácil de salvar.



Pastores de Tatra. (Dibujo de G. Vuiller.)

Un camino de pocas leguas lleva desde el Danubio á el Ultava, río central de Bohemia.

Galitzia tiene 6.578.000 almas en 7.853.200 hectáreas, 84 personas por kilómetro cuadrado, á pesar del clima, que es duro á causa de los vientos. Por lo fértil que es, por los pastos sabrosos, hermosos bosques, minas inagotables, sal gáma, y petróleo lo mismo que en América, tiene sus superioridades esta tierra polaca-rutenia. Los Carpatos, que la separan de Hungría, son rocas de asperón. Desde sus bosques profundos corren las aguas hasta el Vístula y otros tres ríos de Galitzia, el San, el Bug y el tortuoso Dniester. Al Norte, en el Vístula y el San, se habla polaco; al Sur, en el Bug y el Dniester, se habla rutenio ó malo-ruso, y en ambas lenguas disputan los hermanos eslavos.

Hormiguean en ciudades y pueblos unos 700.000 judíos, la duodécima parte de la raza. Tres países que se tocan: Galitzia, Polonia y Mala-Rusia, se han convertido en el principal asilo de los descendientes de las Doce Tribus. Codéanse Efraim y Judá, con millares de israelitas, que no descienden del pastor de Ur en Caldea; pero profesan la ley de Moisés, y como sus hermanos en fe, apresuran el cumplimiento de la promesa hecha á Abrahám: «Tu posteridad será más numerosa que las arenas del mar.» Crecen formidablemente, y se apoderan del suelo, del comercio y de la industria. Las ciudades de Galitzia son ya tan judías como polacas ó rutenias. Los judíos hablan generalmente alemán y las dos grandes lenguas del país.

Bucovina es la prolongación meridional de Galitzia; pero pertenece por completo á la cuenca del Danubio. De las dos naciones que la habitan sólo la de los rutenios, al Norte, tiene el mismo origen que los eslavos de Galitzia. La del Sur, que es rumana, está íntimamente unida con el pueblo neolatino moldovalaco. Bucovina, provincia pequeña, tiene 600.000 habitantes en 1.045.600 hectáreas. Es cuenca superior del Sereth y del Pruth, y está sobre la vertiente del Danubio, al cual envía las aguas de sus selvas. Ocupan los bosques casi la mitad de las provincia, y los árboles más abundantes son las hayas.

VII

Bohemia y Moravia.

Bohemia, centro de Europa, está sentada sobre egnesias y granitos. Estas rocas son frías; pero las montañas la resguardan tanto del viento, que goza de un clima casi suave, á pesar de su altura y su «continentalidad». Su población es de 112 habitantes por kilómetro cuadrado, pues tiene 5.838.000 almas en 5.196.700 hectáreas.

Casi toca con el Danubio por su punta meridional. Al Sudeste, este país eslavo, con una tercera parte de alemanes, se enlaza con otra tierra eslava, de menos habitantes, con Moravia, por medio de mesetas suavemente inclinadas, cuyas pendientes bajan al Mediodía hacia el Danubio húngaro.

Estas mesetas, y la selva de Bohemia, límite que la separa de Babiera; el Erzgebrige, límite con Sajonia; los Montes de los Gigantes (en bohemio Kroknozé), límite con Prusia, rodean toda la

cuenca bohemia que se abre un poco al Norte. A 112 metros de altura surge el Elba, cuyo valle serpentea al pie de las montañas de la Suiza sajona. Este desfiladero que va desde Dresde á Praga es la puerta principal por donde los pueblos alemanes que sitiaban á Bohemia penetraron en el país, para mezclarse con los indígenas eslavos ó para imponerles su autoridad.

El Elba, semejante en esto á otros mil ríos, da sus primeros dasos hacia un horizonte que no tarda en despreciar, torciendo después su curso. La garganta de los «Montes de los Gigantes», donde se revuelve el estrecho torrente que llegará á ser el río de Hamburgo (grande como un golfo y sometido á las vicisitudes de la marea), se abre derechamente al Sur; siguiéndolo, si no variase de camino, alcanzaría el Elba la orilla izquierda del Danubio, más arriba de Viena; pero pronto llevan sus aguas al Oeste una serie de curvas, y luego hacia el Norte, al encuentro del Vltava. Este, al que los alemanes llaman Moldan, debería conservar su nombre. Tiene una longitud de 15 kilómetros mayor que el Elba, con cantidad doble, y sus aguas pasan por Praga, corazón de Bohemia. En la lucha entre las dos grandes razas que se disputan á Bohemia y Moravia, la victoria se inclina del lado de los bohemios, eslavos que se despiertan de un largo y pesado sueño. Orgullosos de su gloriosa historia y su lenguaje enérgico, casi han *tchequizado* su capital, donde ya no hay más que 30.000 alemanes en 162.000 habitantes.

Aumentan los tcheques á toda prisa en las ciudades industriales que hace poco eran germanas y en casi todos los círculos del país, urbanos y rurales. Ni en América decae esta nación: 200.000 tcheques emigrados leen 15 periódicos en su idioma; pero poco durarán esas publicaciones y los tcheques de los Estados Unidos desaparecerán tan aprisa como los que se pierden en Rusia.

De cada cien bohemios hay 63 tcheques y 37 alemanes. De cada cien moravos, los mismos, pocos más ó menos.

VIII

Naciones enemigas.

Es el Imperio de Austria como un circo, donde se devorarían las fieras en cuanto se abriesen las jaulas. Sus 41 millones de hom-

bres se dividen en naciones y subnaciones, que se aborrecen mutuamente.

Uno de estos pueblos tiende hacia Alemania, otros hacia Rumania, otros hacia Rusia; y el Magyar, el más desdichado de todos, sin hermanos á su lado, flota en el vacío, á merced de las catástrofes.

En números redondos, cuenta el Imperio austro-húngaro con 18 ó 19 millones de alemanes, más de ocho millones de magyares, unos tres millones de rumanos, 800.000 italianos, etc.

IX

Alemanes.

Los alemanes de Austria, fundadores del Imperio, que poco á poco se han reunido alrededor de Viena por un fenómeno milagroso de equilibrio inestable, son absolutamente alemanes de lengua, pero no de origen, y si domina en ellos la sangre germánica, no dejan de contar muchos antepasados celtas y eslavos, hasta en las provincias más leales del Tirol y el Archiducado de Austria. Esto sin contar los abuelos pertenecientes á un pueblo de origen desconocido, cuyo único resto son hoy los 20.000 tirolese de idioma «ladino».

En la Cisleithama ó Austria verdadera, pueblan los alemanes la alta y baja Austria, el Tirol septentrional y el Laltzburgo. En Carintia son más de los dos tercios; más de un tercio en Bohemia, menos de uno en Moravia y cerca de la mitad en Silesia. Hay 350.000 en Galitzia, más de 100.000 en Bucovina, pero dispersos y como perdidos entre eslavos y rumanos, y sin esperanza de porvenir.

De poco les sirve ser dos millones de hombres en Transilvania ó Hungría. Al Norte desaparecen cada vez más en la masa de los eslovacos. En el centro se pierden con rapidez como pueblo preponderante, y eso que los toleran los húngaros hasta en Budapest, donde llegan á 150.000. Únicamente en el Sur, en las campiñas de Bariat, de fertilidad inagotable, se defienden, desnacionalizando algo á serbios y rumanos. En Transilvania son unos 200.000, que han conservado hasta hace poco los privilegios que les dejaron subsistir entre rumanos y húngaros. Muy amenazados por la fecundidad de los rumanos y por su propia esterilidad, se les llama sajones, pero sus antepasados procedían principalmente de Flandes y de la comarca entre el Bajo Meuse y el Bajo Mosela.

X

Eslavos.

Hay que distinguir entre los eslavos del Norte y los eslavos del Sur, separados éstos de aquéllos por los alemanes, los magya-



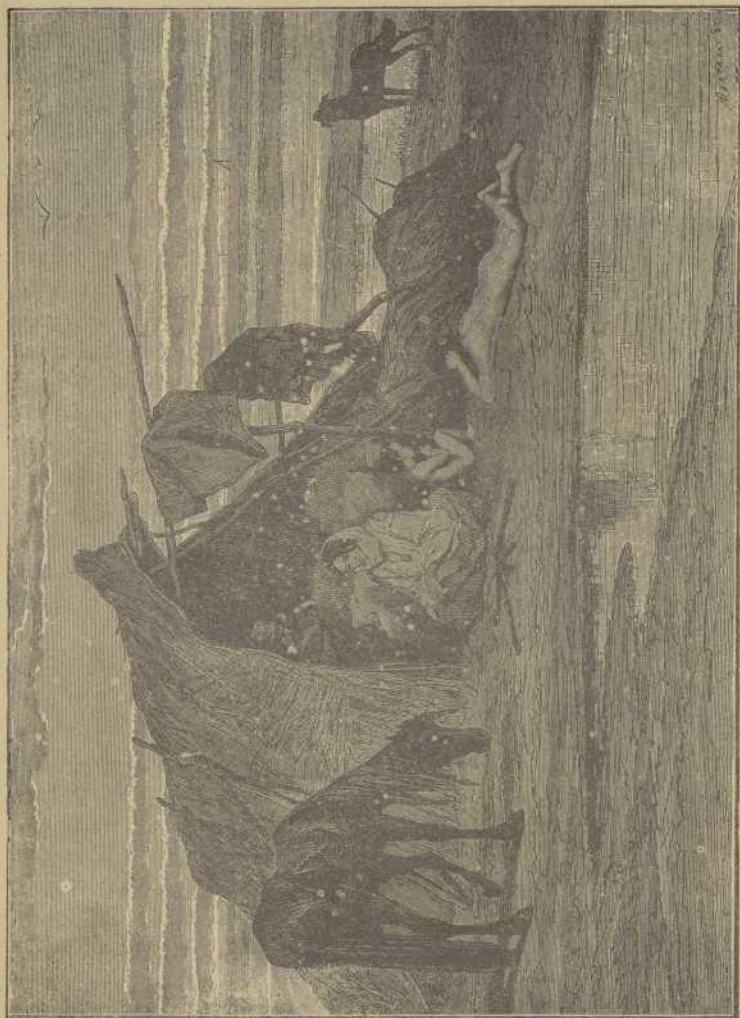
Un puesto de avanzada en los Confines Militares. (Dibujo de Valerio.)

res y los húngaros. A no ser por la larga hilera de heterogéneos, que va desde Baviera hasta el Mar Negro, se juntarían tcheques con eslovenos y eslovacos; rutenios con croatas y servios; y malosrusos con búlgaros.

Los eslavos del Norte comprenden:

1.º Los tcheques, divididos en tcheques propiamente dichos, moravos y eslovacos; en total, más de siete millones de hombres que habitan la Bohemia, el Occidente de la Silesia austriaca, la Moravia y diversos distritos del Noroeste de Hungría. Su lengua, dividida en diversos dialectos, se parece al polaco. De todos los eslavos son éstos los más aborrecidos de los pangermanistas, porque poseen á Bohemia *Keil im Deutschlands Fleische*, «la cuña en la carne alemana». Separan á Baviera, tierra germánica, de Sile-

sia, que cada vez va siendo más alemana, y llegan casi hasta las puertas de Viena. Se sienten eslavos, lo proclaman en alta voz,



Campanamento de zingaro: en la Pustza. (Dibujo de Valerio.)

miran hacia Moscou más que hacia Viena y no temen alardear de odio á Berlín.

2.º Los polacos (3.500.000), al Norte de Galitzia y al Este de la Silesia austriaca. Apoyados en los polacos de Polonia parecen

destinados á soldarse con ellos, pero sin que se sepa cuándo ni cómo.

3.º Los rutenios (3.400.000) viven en la Galitzia meridional, en la Bucovina del Norte y en los distritos de Hungría, de donde bajan el Tisza, el Szamos, el Ung y el Bodrog. Malo-rusos por su dialecto, griegos unidos por la religión (así como los polacos son católicos), defienden su idioma en Galitzia contra estos polacos que antes fueron sus amos.

Entre unos y otros, los eslavos del Norte forman un conjunto de 14 millones de hombres, divididos en 7 millones de tcheques, 3.500.000 polacos y 3.400.000 rutenios.

Los eslavos del Sur comprenden más de cuatro millones de personas, en Austria-Hungría (sin contar con la Bosnia-Herzegovina), y en otros países de la península Ilírica. Servios de religión griega, croatas católicos, eslovenos papistas también, todos hablan la misma lengua: el servio muy parecido al ruso. Pueblan distritos de la Estyria y la Carintia, la Carniola, la Istria, la Dalmacia, algunos campos de la llanura húngara, la Croacia, la Esclavonia y los confines Militares.

Zagrab (Agrain), próximo al Save, es el París, la Roma, la Atenas, á la cual dirigen todos ellos sus miradas. Maltratados, traídos, llevados y dominados por los alemanes, los eslavos del Sur han recobrado la conciencia de sí mismos, y se escapan cada vez más de la hegemonía tudesca. Servios, eslovenos, croatas y púlgaros podrían unirse, desde Trieste hasta el mar Negro, en una gran confederación. Desgraciadamente, no usan los búlgaros la misma lengua que los servio-croatas-eslovenos, y eslovenos y croatas no tienen la misma religión ni la misma escritura que servios y búlgaros. Estos usan el alfabeto ruso y aquéllos el latino.

XI

Magyares ó húngaros.

Ocho millones de magyares habitan la llanura de Hungría, una parte del Mezoesege y con el nombre especial de Sekcils, los Carpatos de Transilvania y todo el Este de la comarca, junto al país bajo moldavo y valaco. En la montaña han conservado el idioma y costumbres de sus antepasados, y se acrecientan, absorbiendo á los eslovacos, alemanes, rumanos y servios. Suelen

ser morenos, con melena larga y negra, grandes bigotes y altiva mirada.

Parientes de finlandeses y turcos, pasaron los húngaros hace mil años sobre los Carpatos cayendo en la llanura del Danubio. Atila, rey de los hunos, tuvo su palacio de madera en el Tisza. Los húngaros hicieron pacer también sus caballos nerviosos á orillas de aquel río, que entonces daba mil vueltas y era abundante en pantanos. Fueron mucho tiempo azote de Europa, y sus jinetes prolongaron sus *razzias* hasta el interior de Francia.

Convertidos al cristianismo, suavizaron á la larga, con cruzamientos con germanos, eslavos y rumanos, la fealdad primitiva de su raza. Al través de tanta mezcla, conservaron su lengua, su altivez de magyares, su desprecio al extranjero, y su pasión por Hungría, «paraíso entre cuatro ríos y tres montañas». «No se vive más que en Hungría—afirmaban—; vivir en otra parte es vegetar.» Estos refranes los decían en latín, porque, renunciando á los siete verbos de su reino políglota, los húngaros habían adoptado el latín como idioma oficial y como lazo entre las naciones de la corona de San Esteban.

Mirados con desdén por los alemanes, los magyares dicen en su lengua: *Eb a Nement kutyanelkul*. «Donde hay un alemán, hay un perro». Sofocados por la presión eslava, dicen: *Tot ember nem ember*. «El hombre eslavo no es hombre». Ni el corvo sable del jenízaro, ni el campo invadido por los aldeanos alemanes, ni las ciudades en poder de una burguesía germana, ni el flujo y reflujo de los eslavos, han podido vencer á su constancia. Después de haber visto al turco reinar en su ciudad de Buda, en su Alfoeld amado, y al alemán gobernarlo militarmente desde sus oficinas, son hoy los amos del Oriente en el imperio austriaco, aunque por poco tiempo, y con porvenir sombrío. Conservan de su pasado nómada cuanto puede tolerar la civilización. Como jinetes, prefieren la llanura á la montaña, la campiña á la ciudad y el pastoreo á la labranza. Como aristócratas, gustan del relumbrón, de penachos, de alamares, de pellizas y de botas con espuelas. Son pun-donorosos, patriotas hasta el exceso y entusiastas, aunque con un espíritu práctico. Hablan un lenguaje rico, poético, complicado, fiel á sus formas de la Edad Media, sin relación con el alemán ni con los dialectos eslavos ni rumanos. Es de los idiomas llamados aglutinantes, y pariente lejano del finlandés, el estonio y el turco. Lo emplean 300 periódicos y revistas.

XII

Neolatinos.

Cerca de tres millones de rumanos habitan en Transilvania en varios distritos húngaros, en el Sur de Bucovina y en Temesvar. En nada se diferencian de los rumanos moldo-valacos y besarabes, con los cuales forman una masa de ocho á nueve millones de hombres. Su idioma procede del latín, pero con una porción de raíces eslavas que trata de substituir con otras latinas, tendencia natural, pues con ella vuelve á su origen.

De 700 á 800.000 que son italianos, viven en la vertiente oriental de los Alpes, á lo largo del Adige, en el Tirol del Sur, del cual van expulsando á los teutones. También viven en el valle del Isonzo, río pintoresco que va desde Triglav hasta el golfo de Trieste, en el litoral de Istria y en la costa de Dalmacia. En esta última provincia, que Italia reclama como suya, no hay más de 59.000 italianos entre 525.000 habitantes.

Los 20.000 latinos y rumanches, vestigio de un pueblo que llenó en otro tiempo gran parte del Tirol y de Suiza Oriental, no disponen hoy más que de gargantas y circos pequeños de montañas, invadidos por el idioma alemán.

De modo que este imperio mosaico (que tal puede llamarse Austria-Hungría), tiene cuatro razas, con sus cuatro lenguas distintas: eslavos, alemanes, magyares y neolatinos, y una quinta raza (los judíos), que lo hablan todo, menos el antiguo hebreo; 15 ó 20 pueblos de bohemios, moravos, eslovacos, polacos, rutenios, servios, croatas, alemanes, italianos, etcétera; cerca de 30 millones de católicos y griegos unidos, dos millones y medio de griegos orientales, tres y medio de protestantes, 1.800.000 judíos, etc.

Además, está dividido en dos grupos de países sin ninguna simpatía ni inteligencia cordial: la Cisleithania y la Transleithania.

XIII

Cisleithania y Transleithania.

Antes de la guerra de 1866 con Prusia, se dividía el imperio austriaco en países alemanes que formaban parte de la Confederación Germánica y países no alemanes. Hoy comprende sólo la Cisleithania, conjunto de provincias situadas más abajo del Leitha, afluente del Danubio; y la Transleithania más allá del mismo Leitha. Los países cisleithanos se llaman Austria y los transleithanos Hungría.

Cisleithania comprende catorce países:

Baja Austria, junto al Danubio, provincia de raza alemana, donde está enclavada Viena.

Alta Austria, también junto al Danubio y alemana.

Estiria (Steiermarka en alemán), junto al Drave y su afluente el Mur, provincia más alemana que eslava.

Carniola, cuyo nombre eslavo, modificado por los alemanes (Krain), quiere decir frontera. En parte tierra baja del Carso, junto al Save superior, era antes país alemán y ahora es esloveno.

Istria, península abarcada por dos golfos del Adriático, y la tierra del Carso que, excepto un estrecho litoral, es país eslavo con italianos en las costas.

Dalmacia, bañada por el Adriático, es país eslavo, con italianos en el litoral y en las islas.

Carintia (en alemán Kaernten), en el Drade superior, es país más alemán que eslavo, pero en él se va sobreponiendo el eslavo al alemán.

Salzburgo, hermoso país alpestre, en la cuenca del Inn, provincia alemana.

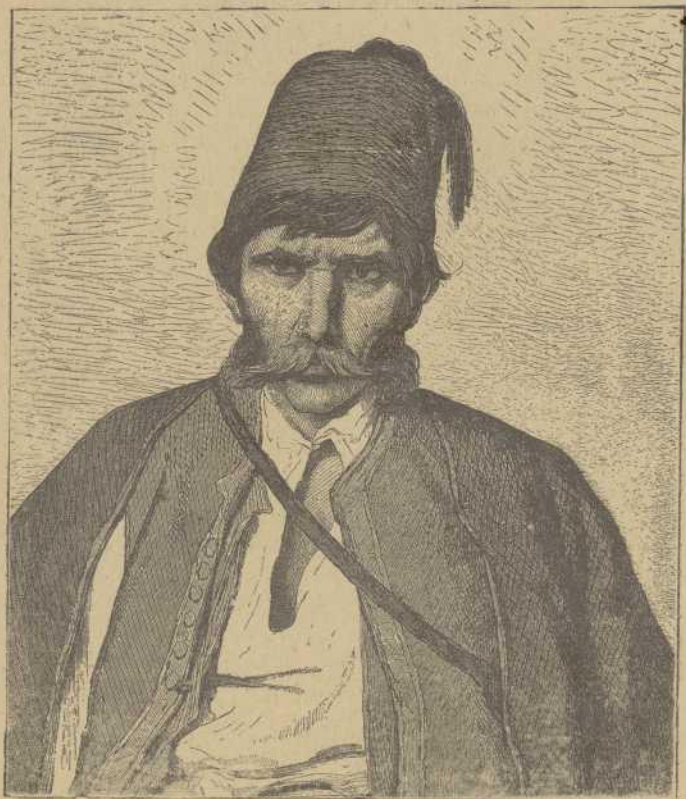
El Tirol y el Vorarlberg, con el Inn y el Rhin al Norte, y el Adige al Sur, son provincia alemana al Septentrión, italianos al Mediodía y ladina en algunos valles.

Bohemia, junto al Elba, es provincia checa en dos tercios y alemana en uno, pero va predominando en aquellos el elemento eslavo.

Moravia, junto al Morava, tributario del Danubio, es eslava en dos tercios y en el otro alemán, aunque éste va perdiendo.

La Silesia de Austria, junto al nacimiento del Vístula y el Oder, es país alemán, polaco y tcheque, donde recobran los eslavos su ascendiente.

Galitzia, á orillas del Vístula, el San, el Pruth y el Dniester, es país polaco y rutenio, con elementos germánicos y judíos.



Colono de los Confines militares. (Dibujo de Valerio.)

Bucovina, junto al Dniester, el Sereth y el Pruth, es provincia rutenia al Norte, y rumana al Mediodía, con predominio de los rutenios.

En total, estos catorce países tienen 23.835.000 habitantes en 30 millones de hectáreas, ó sea unas 80 personas por kilómetro cuadrado.

La Transleithania ó Hungría abarca tres países:

Hungría verdadera, junto al Danubio y el Tisza, habitada por casi todas las razas del imperio, magyares, rumanos, alemanes, servio-croatas, eslavos, rutenios, etc.

Transilvania (en alemán Siebenburgen), en los Carpatos, junto al Szamos y al Maros, afluentes del Tisza y al Olt, afluente del Danubio, es país ante todo rumano, después magyar y sekeil, y en último término, alemán.

La Croacia-Eslavonia, junto al Drave y al Save, es un país eslavo del Sur, que se ha anexionado los Confines Militares, comarca también eslava.

Se dió este nombre de Confines Militares á un territorio largo y estrecho, á la orilla izquierda del Save y del Danubio, frente á Bosnia y Servia, cuando éstas obedecían al turco. Los Confinarios, soldados labradores, especie de cosacos de Austria, formaban doce regimientos encargados de defender la frontera cristiana contra los infieles, que fueron durante trescientos años terror de Europa. Tres de aquellos regimientos volvieron á Hungría, y nueve á Croacia-Eslavonia. Se levantó para siempre aquel campamento inmenso, y los Confinarios son ahora campesinos como los demás, en un país rico, cuyas mejores tierras están en los llanos de Sirmia, pero aún guardan su fiereza de guerreros fronterizos.

Estos tres países tienen en total 17.450.000 habitantes en 32.532.400 hectáreas, ó sea 53 personas por kilómetro cuadrado.

XIV

Ciudades.

Viena (1.377.000 habitantes) es la capital del Imperio; ciudad alemana, soberbia, elegante, llena de placeres. Está al pie de las últimas colinas de los Alpes, mirando á los Carpatos, y á 146 metros de altura, cerca del límite entre germanos, eslavos y húngaros, junto al Danubio, que se ha regularizado en un cauce de 900 metros de anchura. Wien (en alemán), y Becs (nombre magyar), puede considerarse como la gran ciudad central de Europa. Varsovia, aunque más al centro, es ciudad relativamente secundaria.

Budapest (511.000 habitantes), que ha crecido con gran rapidez durante el siglo XIX, es capital de Hungría, y comprende dos

ciudades: Buda, á la izquierda del Danubio, en una llanura, y Pest ú Ofen, en la orilla derecha, rodeando á una altiva colina.

Praga (162.000 habitantes), llamada por los tcheques Praha, capital de Bohemia, junto al obscuro río Vltava, es ciudad espléndida, casi sin rival, por la hermosura del paisaje y de sus antiguos monumentos.

Trieste (155.000 almas), puerto del Adriático, al pie del Carso, es ciudad italiana, heredera de Venecia, sin nada de eslavo ni alemán.

Lwow (120.000 habitantes), capital de Galitzia, llamada también Lemberg y Leopold, es ciudad polaca, con rigurosa temperatura (de 22° bajo cero á 38° sobre cero) lejos de los ríos grandes.

Podemos citar también á Gratz (107.000 habitantes), capital de Estiria, junto al Mur, tributario del Drade. Lleva nombre eslavo, pero no se habla en ella más que alemán. Brunn (90.000 habitantes), capital de Moravia, á orillas de un afluente del Morava. Szeged (80.000 habitantes), donde se encuentran el Maros y el Tisza en una llanura baja, en la cual, las inundaciones, rodean á la ciudad con un mar de fango. Como casi todas las ciudades de la llanura húngara, es un poblado larguísimo, formado por muchas chozas y pocas casas, con las calles sin empedrar, llenas de barro en invierno y de polvo en verano. Cracovia (72.000 habitantes), junto al alto Vístula, muy amada por los polacos, cuyos reyes residieron en ella hasta principios del siglo XVIII. Szabadka (65.000 habitantes), llamada por los alemanes ciudad de María Teresa, entre el Duna y el Tisza, en la Pusztá. Esta ciudad, muy esparcida, se extiende por 89.600 hectáreas, ó sea doce veces la extensión de París. Debreczen (5.500 habitantes), ciudad nacional de los magyares, que á pesar de sus escasos pobladores abarca 100.000 hectáreas, esparcida en una estepa árida. Esta ciudad aún ocupa más espacio que Szabadka, y son muchas las poblaciones húngaras que se esparcen de igual modo en enormes extensiones de terreno.

De Bosnia y Herzegovina nos ocuparemos al describir la Península greco-eslava.



Dumas de la Campina (Dibujo de Th. Verstraete.)

BELGICA

I

El Escalda y el Mosa.

Tiene Bélgica 6.100.000 habitantes en 2.945.700 hectáreas, correspondiendo 207 personas á cada kilómetro cuadrado.

Es país bilingüe y alimenta á dos pueblos en dos tierras diferentes: al Norte, está Flandes, junto al Escalda, donde viven los flamencos, que suelen ser rubios, con ojos azules ó grises; al Sur, está la Walonia, junto al Mosa, en las Ardenas, y en ella habitan los walones ó franceses, generalmente morenos.

El Escalda (Escaut en francés, y Schelde en flamenco), sale de Francia con una anchura de 22 á 23 metros, y una cantidad de 7.250 litros por segundo en el estiaje, 12.000 en aguas ordinarias y 40.000 en las crecidas. En Bélgica adquiere gran magnitud, pero

sólo en apariencia, pues depende su anchura de la marea. Delante de Amberes, que es ahora uno de los primeros puertos del mundo, tiene de 350 á 400 metros de anchura, y 1.200 cuando llega á Holanda para dividirse en dos brazos: el Escalda occidental ú Hont, que desaparece en Flesinga, en el Mar del Norte, y el Escalda oriental, que se comunica con el Mosa. Entre Bélgica y Francia recorre 400 kilómetros, en una cuenca de 1.990.000 hectáreas, y su caudal es de 92 metros cúbicos por segundo.

Menos ancho que el Escalda, el Mosa (Meuse en francés, y Mouse en walón), no serpentea por vulgares llanuras. Sale de Francia con un caudal de 25 metros cúbicos en el estiaje, 100 en aguas ordinarias y 700 en las grandes crecidas; y pasa de Bélgica á Holanda después de haber recibido en un gracioso valle el Semoy, el Lesse, el Sambre y el Ourthe, y haber bañado á Namur y á Lieja.

II

Flandes.

Si desde el famoso pueblecillo de Waterlloo se trazan dos líneas, una hacia el Este con dirección al lugar donde el Mosa sale de Bélgica, entre Lieja y Maestricht, y otra al Oeste, hacia el punto donde el Ly afluente del Escalda, llega al territorio belga, se dividirá con esto el reino de Flandes y Walonia.

Algo inferior al país Walón, el flamenco no tiene más que 1.415.000 hectáreas (el otro posee 1.531.000), pero está más poblado. Comprende á Flandes oriental, Flandes occidental, los dos tercios de Brabante, el Limbourgo y la provincia de Amberes. Llega desde las playas del mar del Norte y los bosques de la Campina, hasta los montes Ardenes; y desde las llanuras holandesas hasta las francesas.

La tierra flamenca es muy llana, excepto en las colinas brabantinas, pero los habitantes cultivan maravillosamente la antigua «Selva sin piedad», como la llamaban los romanos.

El terreno no es muy fecundo naturalmente, y si no fuera por el esmero con que se le trata, no produciría más que madera, brezos, hierbas de médano y plantas de pantano. Es muy arenoso, y al Este, en la provincia de Amberes, en Limbourgo y en la Campina tiene médanos, charcos y un subsuelo rojizo é impermeable de arena cimentada por el tanino de los brezos.

Pero el flamenco, que va llenando de oasis la Campina, ha acabado por dar fecundidad á Flandes, que antes valía poca cosa y la ha convertido en uno de los primeros países agrícolas del mundo y uno de los mayores talleres industriales. Flandes oriental tiene 320 habitantes por kilómetro cuadrado. Flandes occidental 235, Amberes 250, lo cual debe á su capital; como el Brabante belga, debe á Bruselas y á sus ocho arrabales los 350 que tiene. En la Bélgica flamenca prolongan las ciudades sus calles hasta otras



El Escalda delante de Termorde. (Dibujo de E. Claus.)

poblaciones, y estas poblaciones se mezclan á su vez con pueblos, aldeas y fábricas. Muchos de estos pueblos tienen la animación fabril de Manchester, en Inglaterra.

Campos cultivados como jardines; antiguas ciudades orgullosas de sus palacios municipales, sus campanarios, sus iglesias, sus museos espléndidos y sus fábricas colosales; tal es la Bélgica flamenca, llena de chimeneas humeantes, aldeas de ladrillo, canales navegables y zanjas de desecación. Su campiña es vulgar, pero muy abundante en jardines y flores. Es además una fábrica interminable, y un arrabal que tampoco se acaba.

Es fea, exceptuando su verdor, sus árboles y las hermosas caídas de agua. La Naturaleza, pródiga en todo, muéstrase avara en sol. La vida social es intensa y el rico vive muy bien, mientras la gente pobre vive muy mal, entre nieblas húmedas y frías. Tiene

que dedicarse á un trabajo excesivo y malsano, en un aire mefítico, con poco sol, poco sueño y malos alimentos. Las huelgas y los paños le quitan el pan; la muerte se ceba en ellos, especialmente en las regiones pantanosas. En las provincias flamencas hay 90 defunciones (70 en las walonas) por cada 100 nacimientos.

El lenguaje flamenco se parece mucho al holandés: es duro,



Tierras inundadas en los alrededores de Gante. (Dibujo de E. Clauss.)

sin sonoridad, pero abundante, viril, plástico, poético, rico en canciones, refranes y proverbios.

III

Walonia.

El país walón, infinitamente más ondulado que el flamenco, ostenta hermosas campiñas, bosques, mesetas fangosas, colinas y montañas que se unen con los Ardenes franceses. La aridez de estos Ardenes belgas, sus llanos, sus pantanos, sus peñascos, sus torrentes, sus bosques, oscuros y fríos, contrastan con las llanuras de Flandes.

La altura de estas masas es escasa. Su mayor cumbre, cerca-

na á Spa, ciudad de jugadores, no se levanta más que á 693 metros y apenas domina el país. Pero los valles son hermosos: atravesándolos el Mosa, el Semoy, río prodigiosamente errante; el Ourthe, pintoresco; el Amblève y el Vesdre.

Aunque no se odian, las dos naciones belgas no se quieren, á pesar de los recuerdos de una misma historia y el lazo de una misma religión: el catolicismo.

En Flandes se ha elevado una literatura joven, entusiasta, que quiere extirpar del país cuanto de cerca ó de lejos parezca

francés; pero no obstante este despertar del espíritu flamenco, la proposición de las lenguas va cambiando lentamente en favor del francés. La Walonia es más vasta, y centenares de miles de

flamencos, que van de Bélgica á Francia ó de Francia á Bélgica, aprenden más ó menos el francés, en las grandes ciudades industriales del Norte.

V

C i u d a d e s .

Bruselas (182.000 habitantes, 500.000 con los arrabales), capital del reino, es una ciudad elegante y hermosa, situada en un río de la cuenca del Escalda que se llama el Senne, como el río de París.

Amberes (250.000 habitantes, en flamenco Autwerpen), junto al Escalda; es puerto tan importante del continente europeo como Marsella ó Hamburgo. Quizá estuviera más poblada hace cuatrocientos años, cuando era la primera ciudad manufacturera de Europa, y aún no había alcanzado Inglaterra la primacía.

Gante (160.000 habitantes), en flamenco Gent, ciudad industrial, en la confluencia del Escalda y el Lys, ocupa 26 islotes unidos por cien puentes.

Lieja (150.000 habitantes), donde se encuentran el Mosa y el Ousthe, forja hierro y trabaja los metales.

También quedan ciudades en decadencia, como en toda comarca de historia larga y gloriosa. Brujas (48.000 habitantes), en flamenco Brugge, á 13 kilómetros del mar del Norte; tiene ya poca industria y no fondean en su puerto grandes buques, por haber modificado el tiempo y la Naturaleza los contornos del litoral. Malinas (50.000 habitantes), en flamenco Mechelen, es ciudad episcopal. Lovaina (40.000 habitantes) en flamenco Leuven, es ciudad universitaria.



La llanura holandesa. (Dibujo de Th. Weber.)

H O L A N D A

I

Z u i d e r z é e .

Mucho menos poblada que Bélgica, tiene Holanda 4.600.000 habitantes en 3.300.000 hectáreas, ó sea 140 personas por kilómetro cuadrado.

Llamóse también esa nación Países Bajos, traducción exacta de *Nederlanden*, nombre dado por los holandeses á su patria. Holanda, nombre de la provincia más importante, donde están Amsterdam y Rotterdam, ha acabado por designar todo el reino, incluyendo á Frisia, que es una región aparte.

Donde vemos ahora un rompeolas de islas alargadas, Texel, Vlieland, Terschelling, Ameland, y al Sur de esas islas un vasto golfo del mar, extendíase antes una tierra firme, que llegaba desde lo que llamamos Holanda á lo que llamamos Frisia, y al Medio-

día un lago, el Flevo, procedente de la inmersión de las tierras bajo el agua sobrante de los ríos. En 1170, el mar, con esfuerzo desesperado, abrió brecha en el arrecife que protegía el Flevo, y en el siglo siguiente, cortando aluviones y médalos, se unió victoriosamente con el lago de agua dulce, que se convirtió en el Zuiderzée, ó sea mar del Sur. Si hemos de creer á antiguos historiadores, aquellas agresiones de la ola fueron terribles. Una de ellas ahogó á 40.000 personas; otra á 80.000; otra á 100.000, y todas se tragarón varias llanuras que los holandeses quieren sacar ahora del agua.

II

Holanda aluvial.—Rocas del Rhin.

Al Oeste, al Sur y al Este de ese Zuiderzée poco salado, de 500.000 hectáreas, se extienden las anfingas tierras holandesas, de aluviones y arenas, atravesadas al Oriente por ríos pequeños, y al Mediodía por el Rijas ó Rhin y el Maos ó Mosa.

Apenas llegado á Holanda se bifurca el Rhin. El brazo de la izquierda, el Waal, que se lleva las siete décimas partes del río, se junta con el Mosa, diez veces menor, y mezcla sus ramas con las del delta del Escalda. El brazo de la derecha, llamado Neder Rijn, ó Rhin inferior, y después Lek, envía á la derecha la única rama rhiniana que conserva el glorioso nombre del hijo de los Alpes, el Kromme Rijn ó Rhin tortuoso, llamado más abajo Onde Rijos ó Rhin viejo. Esta rama del noble río es un gran arroyo que baña las antiguas y renombradas ciudades de Utrecht y Leiden, y envía al mar un caudal medio de cuatro metros cúbicos de agua por segundo, mientras con el falso nombre de Mosa recibe el Atlántico del «Nilo de Occidente» 1.000 metros cúbicos por segundo en las aguas bajas, 1.000 en las ordinarias y 10.000 en las grandes crecidas.

El delta del Rhin-Mosa-Escalda, las islas de la Zelanda (pantanos y médanos á un tiempo), el contorno del Zuiderzée, y el litoral frisón, hasta la frontera de Alemania, estarían sumergidas casi en todas sus partes durante las mareas altas, si los holandeses no se defendieran contra el Océano con diques, que son la obra maestra de su voluntad. Los *polders* ó tierras bajas y llanas que los *grocht* ó canales libran de las aguas que los anegarían, se convierten en campos fecundos y verdes praderas.

Por la naturaleza era la Holanda del litoral una laguna vacilante entre el agua dulce y la salada, pero los holandeses, que arrebatan por término medio tres hectáreas diarias al Océano, han querido que fuera un jardín, amenazado siempre por el mar, que suele invadirlo cada siete años. Desde el año 1200, el agua ha devorado más de 600.000 hectáreas, cerca de la quinta parte del país, pero los neerlandeses han recobrado más de 400.000. Cuando hayan desecado el Zuiderzée meridional y cegado los estrechos que separan á Frisia de las islas del litoral, y agotado el agua de muchísimas lagunas, será menos lo tragado por el Océano que lo arrancado á éste por el hombre. Ciertos fondos de pantanos antiguos, parecen ahora un tablero, por lo que en ellos se cruzan los canales, cuya anchura va desde la zanja que un niño puede saltar, hasta la vía navegable. Pero el prudente neerlandés no se contenta con distribuir las aguas, sino que distribuye también el aire, y por todas partes giran las aspas de los molinos de viento.

● Los caminos, que son de los más lindos del mundo, están hechos con *klinkers*, ladrillos donde resuenan las ruedas de los carros. Los adornan céspedes y le dan sombra olmos, encinas, hayas, sauces y tilos. Pasan por ciudades arcaicas, ricas por su navegación, su comercio, su pesca y su industria, grandes por los recuerdos y hermosas en su vejez, hasta el día en que el cordel de los alineadores entregue sus monumentos, sus callejas y encrucijadas, y sus venerables casas á la piqueta demoledora. Los pueblos son alegres, las granjas limpiísimas, los jardines rebosan de flores y el flemático holandés se entusiasma cuidando tulipanes, jacintos y junquillos.

Estos campos ostentan toda su opulencia en la Zelanda, la Holanda Septentrional, la Meridional y la Frisia. En esta última y en ambas Holandas, con poco sol, el terreno es húmedo y tiene por adorno las más frescas de estas praderas sin fin, que ocupan 1.400.000 hectáreas en los Países Bajos, ó sea más de los dos quintos del reino.

III

Holanda arenosa y turbosa.—Hooge, Veenen y Fehn.

Al Mediodía, en las tierras que son prolongación de la Campina belga, y al Este, en las provincias limítrofes con Alemania; ó en otros términos, en el Sur del Brabante neerlandés,

en el Limburgo de Holanda, en Gueldre, Alto Issel, Drentha, Frisia y Groninga, los hombres no hormiguean tanto como en la región del Rhin, del Mosa y del Zuiderzée. En 1.760.000 hectáreas, el suelo se divide entre los *hooge veenen*, ó turberas y los arenales. La Drentha no tiene más que cinco habitantes por kilómetro cuadrado, el Alto Issel 90, Brabante 101, Gueldre 102, Frisia 103, mientras en la provincia de Utrecht hay 161, en la Holanda Septentrional cerca de 320, y 300 en la Meridional.



Amsterdan: Vista de un canal. (Dibujo de Théron.)

Ya pasó el tiempo en que las gallinetas y avefrías eran las únicas que animaban los *hooge veenen*, que se extienden, sobre todo, en la frontera alemana. Por medio de trabajos que exigen tanta exactitud y perseverancia como la edificación de los diques marinos la turba va siendo substituída por los *fehn*, campos cercados con canales, cultivados y llenos de árboles. Alguno de ellos tienen 10.000 habitantes. Antes se quemaba la turba, cuyo incendio era nauseabundo, y se sembraba grano en la ceniza; hoy se explota la turba hasta el último pedazo y luego se arregla el terreno que cubría aquélla con sus aguas sombrías y su tierra negra.

Los *hooge veenen* se prolongan sobre campos estériles y matorrales que explota la paciencia holandesa haciendo que el dominio del desierto mengüe cada día. Los *essch*, campos cultivados, se elevan insensiblemente cada año, cubiertos con brezos que han

pasado antes por el establo y sirven de abono. Pueblos, bosques, pinos silvestres, dolmenes y menhires de granito rojo salvan de la monotonía, pero no de la melancolía, á esta región de brezos neerlandeses, por donde corren ligeros arroyuelos, más alegres y naturales que los ríos del litoral, encarcelados entre diques.

IV

Los holandeses y su idioma.

Los holandeses son algo pesados, pero su lucha constante contra las olas rugientes y contra el movable pantano, los convierte en hombres tenaces, tranquilos, reflexivos y metódicos. En el siglo XVII este país tan pequeño dominó el Océano, fundó Nueva York y fué dueño del litoral donde nacieron los Estados Unidos. También fué amo y señor de la deslumbradora ribera llamada hoy Beiramar en el Brasil. Cuando Inglaterra les arrebató el imperio de las aguas, los holandeses se replegaron hacia sus deltas, donde, como pueblo acuático, disminuyen los pantanos y secan lagos.

El idioma holandés, jerga bajo-alemana fijada por grandes escritores, es una lengua expresiva y muy rica. Fuera de Europa la hablan 50.000 europeos y algunos millares de indígenas en Java y otras islas de Megalonesia sometidas á Holanda; los negros y blancos de varias Antillas, de la Guayana holandesa y de parte de la inglesa. En el Africa austral se habla también, en el Cabo de Buena Esperanza, Natal, Transvaal y Orange, y muchos hombres de raza africana, cafres, hotentotes, chapurrean el holandés austral, que en sus labios no es el holandés literario. A no ser por las invasiones de Inglaterra en el Africa austral, se hablaría únicamente en toda ella el holandés, siendo entonces uno de los idiomas más extendidos sobre el planeta. El flamenco, muy semejante al holandés, lo hablan más de tres millones de hombres al Norte de Bélgica, y en Francia, en Dunkerque y Hazebromk.

La cuarta parte del pueblo frisón ha conservado el antiguo bajo-alemán, el cual está destinado á vivir poco, hasta en Frisia, donde lo va substituyendo el holandés.

1.900.000 holandeses son católicos, 1.600.000 protestantes y 90.000 judíos.

V

Ciudades.

La Haya (Haage), exactamente La Haya del Condado ('s Gravenhagge), tiene 160.000 habitantes. Los médanos separan del mar esta linda ciudad, silenciosa y poco animada. Es la capital del reino, pero como población ocupa el tercer lugar.

Amsterdam (410.000 habitantes), fué el primer puerto del mundo cuando Holanda compraba y vendía cinco veces más que Inglaterra, allá por 1650. Hasta cien años después no se equilibró el tráfico entre ambas naciones.

Un canal de gran navegación une con el mar del Norte el primer puerto holandés y la mayor ciudad de Holanda, población malsana, edificada sobre el lodo, á cinco metros y medio más abajo que las grandes mareas. Unos cien canales cenagosos la dividen en 90 islas, unidas por 300 puentes, y sus 25 ó 30.000 casas están sobre estacas que buscan la arena, atravesando 15 ó 18 metros de turba y cieno. Amsterdam no teme ya al mar de Harlem, lago convertido en *polder*, á pesar de sus 724 millones de metros cúbicos. Es la muerte que le espera al Zuiderzée, cuando quede detrás de un dique, que separe del mar sus cinco mil millones de metros cúbicos de agua, en su parte meridional, al Sur de una línea trazada desde Rukhingen hasta la isla de Urk, y desde ésta hasta Kampen-sobre-el-Issel, con lo que se ganarán al mar 195.000 hectáreas.

Rotterdam (210.000 habitantes) á orillas de un brazo del Rhin-Mosa, es ciudad muy comercial, y embarca emigrantes para América.

Podemos mencionar también:

Utrecht (57.000 habitantes), junto al Rhin viejo, residencia antes que La Haya, del Parlamento holandés.

Groninga (56.000 habitantes), nudo de canales al Noroeste del país.

Arnhem (50.000 habitantes), junto al Lek.

Leiden (47.000 habitantes), junto al Rhin viejo, antigua Lugdunum Batavorum, la primera Universidad del reino, etc.

VI

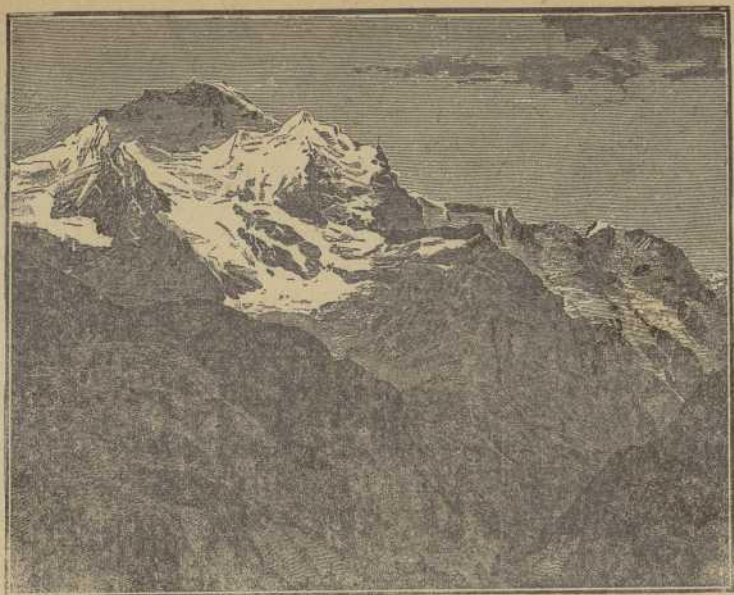
Luxemburgo.

Cuarenta años hace que el Luxemburgo (258.745 hectáreas, 215.000 habitantes) estaba incluido en la Confederación Germánica, aunque pertenecía á Holanda; como el Schleswig Holstein, dependía á la vez de la dieta alemana y del rey de Dinamarca, y vastos territorios eran á un tiempo de Austria y Alemania.

Ahora el Luxemburgo depende nominalmente de Holanda; pero tiene administración propia y se titula Gran Ducado con un pequeño soberano. Comprendido entre Prusia, el Luxemburgo belga y Francia, lo habitan familias que hablan un áspero dialecto alemán y profesan el catolicismo. Son hombres vigorosos, toscos, aficionados á la bebida, ahorradores y de pocas aspiraciones. Emigran á todas partes, y casi todos los barrenderos que hay en París proceden de Luxemburgo.

Su lengua oficial es el francés, desde que el Luxemburgo formaba parte de los Países Bajos católicos. Como éstos se hallan en su mayoría en tierra walona, el idioma administrativo y judicial era el francés.

La capital es Luxemburgo (18.000 habitantes), que domina desde un peñasco elevado el Alzette, tributario de la cuenca del Mosá.



El Jungfrau. (Dibujo de Disen.)

SUIZA

I

Alpes suizos.

Si desde Venecia se sube por el Po y el Tessino; si desde el Mar Negro se sigue el Danubio y el Sun; si se recorre el Rhin saliendo de Holanda, ó el Ródano saliendo de Provenza, de todos modos se llega á altas montañas, con cuencas verdes, circos de rocas, lagos profundos y alfóces ásperos, donde blanquean torrentes nacidos en la nieve ó salen atropelladamente de un arco de hielo azul. Esas montañas se llaman los Alpes; ese País se llama Suiza, antigua Elvecia; verdadero centro de Europa, entre Francia, Alemania é Italia, donde empieza su gran río el Danubio, que se pierde en el oriente eslavo-rumano.

En la frontera italiana, el Mont-Rose (Monte Rosado), de 4.638



metros de altura, y el Cervino, ó Matterhoon, de 4.485, el pico más altivo de Europa, dominan las demás cumbres suizas. En el Oberland (País alto) y en los Grisones, muchos picos pasan de 4.000 metros, como el Finsteraarhorn, el Aletschhorn, la Virgen (Jungfrau), el Monje (Moench), el Bernina, etc.

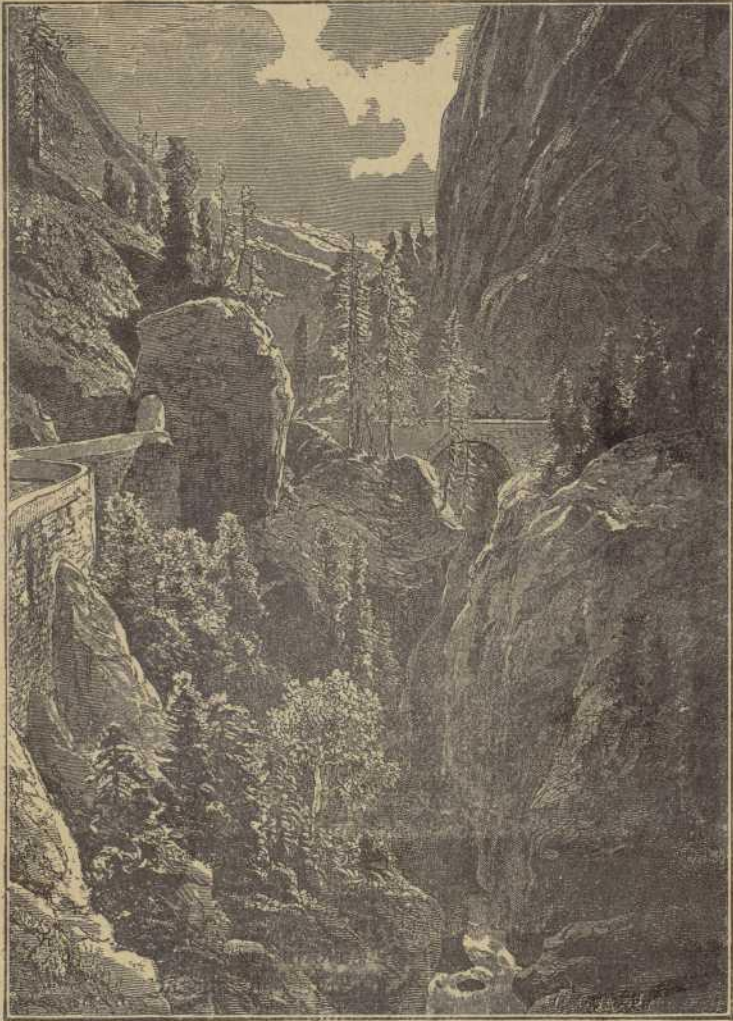
Suiza no posee la cima culminante de los Alpes, el Monte Blanco (4.810 metros) que está en Saboya, ni tampoco los primeros ventisqueros de la tierra. Tiene 1.100 ventisqueros, que cubren 210.000 hectáreas, la vigésima parte del suelo helvético, y algunos son soberbios, desde su cima de neveras hasta el cinturón azulado, del cual brotan el arroyo montaraz procedente de la fusión de la nieve, y el torrente frío, turbio y violento, que salta formando cascadas por una escalera de rocas derrumbadas. Sujetos en la vertiente de los montes por diques y espolones de roca, esos mares de hielo están llenos de peñascos ó se ven espolvoreados de nieve. Ya ofrecen resbaladizo apoyo al pie del viajero; ya están dislocados, quebrados, llenos de salientes, erizados de agujas, acribillados de abismos, de los cuales surge el vago murmullo de la onda subglacial que corre por debajo. Generalmente le oprimen elevados peñascos. A veces hay junto á esos ríos inmóviles, bosques, praderas ó alfombra de flores.

Pero por hermosos que sean esos ríos cristalinos, ninguno tiene la grandeza de los ventisqueros del Himalaya, de Groenlandia y otras regiones polares; ni siquiera los iguala el ventisquero de Aletsch, el más vasto de Suiza. Desde el pie del Jungfrau hasta la fuente del Morsa, tributario del Ródano, el mar de hielo de Aletsch tiene 23 kilómetros de longitud, 1.800 á 2.000 de anchura y cubre más de 14.000 hectáreas.

No son inmutables los mares de hielo. Antes eran veinte veces, cien veces mayores, bajaban hasta Lyon, Grenoble ó Valence. Modelaban obscuramente los valles que admiramos hoy por sus hermosos árboles y praderas. Transportaban entonces las rocas, dispersas hoy en archipiélagos de bloques aislados. Disminuyeron luego indefinidamente, y en nuestros días se extienden ó se encogen, según leyes conocidas, en períodos cuya duración exacta no se sabe. Donde el joven resbalaba sobre el cristal, tropieza de viejo con las piedras de un hacinamiento de rocas, porque el ventisquero ha retrocedido centenares y millares de metros. Parece que ahora estamos al final de una de esas eras de disminución.

Abarcan los Alpes 25 millones de hectáreas, de modo que, Suiza, con sus 4.134.652 hectáreas, poseería la sexta parte de la Acrópolis montañosa de Occidente, si todo el Oeste de su territo-

rio, de Schaffhouse á Ginebra no perteneciera á otra masa de montañas; el Jura, formado por muros calizos que dominan el gran va-



La Vía Mala. (Dibujo de E. Eckenbrecher.)

lle del Aar, y los lagos de Bienne, Neuchatel y Ginebra. El Mont Tendre (1.683 metros), entre el Lemán y el manantial del Doubs, río francés (suizo durante un momento), es la cumbre más alta del Jura

helvético. Si tuviera 40 metros más, igualaría al Cret de la Neige, cumbre suprema del Jura francés.

Son los Alpes de unas tres veces la altura del Jura, pero como éste sostiene muy vastas mesetas, no deprime mucho la altura media de Suiza, la cual pasa por ser de 1.300 metros; casi doble que la península ibérica, que es la segunda en elevación media sobre el mar, en toda Europa.

II

inn.—Rhin.—Ródano.—Tessino.

Entre el cantón de los Grisones, camino de Austria; el de Uri, camino de Alemania; el de Valais, camino de Francia, y el de Tessino, camino de Italia, surge el macizo del San Gotardo, desde el cual huye el Rhin hacia el Norte, el Ródano al Sudoeste y el Tessino hacia el Mediodía. El Inn, cuyas aguas, con el nombre de Danubio, no se detienen hasta frente á Asia, empieza un poco al Este, en los Grisones, cerca de la frontera italiana. Pequeño al dejar el territorio federal, no lleva, á pesar de las nieves del Bernina, más que 50 metros cúbicos por segundo cuando llega á Austria por las gargantas de Finstermunz.

Recibe el Rhin el agua de dos tercios de Suiza. Se forma en los Grisones por la alianza del Rhin delantero, el del medio y el posterior. Este último, que es el más grande, se quiebra en la formidable angostura de la Via Mala. Cuando el soplo tibio del *jehn* derrite torrencialmente las neveras y los hielos, cuando una cálida lluvia deshace la escarcha, el río, oprimido, se hincha desmesuradamente, forma rápidos y cascadas entre erizamientos de rocas y sube á más de 200 pies de altura en este desgarrón de la montaña.

Poderoso ya al salir de los Grisones, llega el Rhin á Sargans, lugar crítico, pues si carcomiera su orilla izquierda ó elevara su corriente cinco ó seis metros, recobraría su antiguo valle, el que seguía en otros tiempos, cuando en lugar de correr al Norte, hacia el lago de Constanza, iba al Oeste-Noroeste, por los bajos fondos que señalan hoy el lago de Wallenstadt, luego el río Linth, el lago de Zurich y el río Limmant, afluente del Aar.

Antes de entrar en el Bodensee, ó lago de Constanza, atraviesa el Rhin las 30.000 hectáreas de aluviones con que ha menguado esta hermosa extensión de agua. El lago Constanza, á 398 metros de

altura, se reparte entre Suiza, Austria y Alemania. Tiene 53.850 hectáreas y 276 metros de profundidad máxima. El Rhin entra turbio en él y sale puro y verde, con 124 metros cúbicos por segundo en el estiaje y 330 en aguas ordinarias. Por debajo de Schaffhouse atraviesa los calizos del Jura y cae en Leufen con una cascada de 20 metros.

A algunas leguas, el Rhin se duplica con el Aar, inmenso torrente que arrastra á un tiempo, por una cuenca de 1.723.940 hectáreas, las aguas impuras de los nevados Alpes y las claras de las fuentes del Jura. El Aar empieza con agua de ventisquero y salta 70 metros en la cascada de An der Handeck; se calma en los profundos lagos de Brienz (2.530 hectáreas) y de Tun (4.340 hectáreas), y luego se acerca al Jura hasta tocar el pie de sus fragosidades. Cerca de Aarberg, un cauce artificial lo echa al lago de Bienne (4.200 hectáreas), donde deposita los guijarros de sus crecidas y se regulariza, atenuando el volumen de sus inundaciones. A ese lago de Bienne llega el puro Thielk, procedente del lago de Neuchâtel, cuya agua duerme en una capa alargada de 23.000 hectáreas de extensión y 153 metros de profundidad máxima. Vuelto luego á su cauce natural, recibe el Aar al Reuss, afluente del lago de Lucerna ó de los Cuatro Cantones (11.160 hectáreas), y luego el Limmat, vertedero del sombrío lago de Wlenstadt (2.220 hectáreas) y del risueño lago de Zurich (6.840 hectáreas). Lleva el Rhin en aguas ordinarias 508 metros cúbicos por segundo, en tiempos de estiaje 208, de los cuales da 38 el Limman y 46 el Reuss.

En Basilea abandona á Suiza el Rhin con un caudal ordinario de 1.000 metros cúbicos por segundo, 3.000 en la crecida y 399 en el estiaje.

El Ródano, igual al Rhin cuando llega al mar, no pasa tanto por los Alpes suizos, pero esta inferioridad la compensa su parentesco con los Alpes de Saboya y el Delfinado. Sale de una vertiente del San Gotardo, y fuera ya del obstáculo de sus montañas, sus aguas más apartadas están próximas á las fuentes del Aar, del Reuss, del Rhin y del Tessino. Brota violentamente de la bóveda del famoso ventisquero del Ródano, con un caudal variable, según las estaciones; escaso en invierno, y en verano de 18 metros cúbicos por segundo.

Baja rápidamente el Valais, que visto desde arriba, es una hendidura entre colosales montañas coronadas de frío eterno; pero el fondo de los valles, resguardado del viento y concentrador del sol, es tórrido en verano y templado en invierno, y hasta tiene ciudades para invernar, como Aigle y Bex. El río recibe el Massa,

desahogo del ventisquero de Aletsch, el Vieve ó Visp, que recorre las escarchas del Monte Blanco, el Navisanchs, el Borgne, y el Dranse, torrentes desprendidos de la deslumbradora cordillera de ventisqueros que separa el Valais del Piamonte. Aumentado con tanta agua turbia, pasa por el desfiladero de San Mauricio entre el Diente de Morcles y el Diente del Mediodía, y después de haber vagado por las 8.800 hectáreas de aluvión que llevó al Lemán, llega forzosamente á esta hermosa extensión azul; en seguida se adormece y sus terrosas olas se convierten en el cristal cuyas eternas bellezas y gracias admiran Montreux, Clarens, Vevey, Evian y Ginebra.

El Lemán, ó lago de Ginebra, es el mayor y más hermoso de Suiza. Tiene una extensión de 57.780 hectáreas con 334 metros de profundidad máxima y está colocado á 372 metros sobre el nivel del mar. Al Sur se ven los Alpes, al Norte el Jorat y colinas con viñas, y al Oeste el Jura.

Con ondas azules como las del lago, el Ródano admirable se escapa junto á Ginebra, con un caudal medio de 270 metros cúbicos por segundo. En tiempo de estiaje no lleva más que 72 y á veces ha bajado hasta 65. Corresponden al Ródano 104.000 hectáreas de las 210.000 de los ventisqueros suizos; al Rhin 75.000, al Tessino 12.600 y al Inn 18.300.

El Tessino salta por un valle muy inclinado, alpestre al principio y luego templado y luminoso. Más abajo de Bellinzona, cuyo nombre indica ya la lengua italiana hablada á orillas de este magnífico torrente, cae en el lago Mayor (21.000 hectáreas), que empieza en Suiza y acaba en Italia, después de haber absorbido el Tresa, vertedero del hermoso lago de Lugano (5.540 hectáreas), repartido como el Mayor entre tierras helvéticas é italianas.

Al salir el Tessino de la urna del lago Mayor, con caudal de 321 metros cúbicos por segundo en aguas medias, 50 en el estiaje y 4.000 en grandes crecidas, es ya italiano y separa á Lombardía del Piamonte, entrando en el Po.

III

Cuatro países y cuatro pueblos.

Hay en Suiza 2.934.000 habitantes, en 4.134.562 hectáreas, 71 almas por kilómetro cuadrado. Está poco poblada, pues las tierras buenas escasean en gran parte del suelo. Sólo abundan en el

Jura y en lo llamado Llanura, Meseta ó Valle; es decir, en la Suiza del Aar, ó Suiza Media, que desde el lago de Ginebra llega al de Constanza, y en sentido opuesto, desde los Alpes al Jura. En las vertientes medias, y en mesetas no muy altas, verdeguean los pastos, que convierten á Suiza en país de ganadería, leche, manteca y quesos. Más arriba están las sombrías selvas de árboles del Norte, y más arriba todavía, el desierto, donde musgos y florecillas afrontan la Siberia de las neveras, á pocas leguas de los templados lagos de Italia.

Suiza es una confederación de 22 cantones y tres subcantones que tienen cada uno su administración propia. Esos cantones son pequeños. «Si sacudo mi peluca, empolvo á toda la República», decía Voltaire al hablar de Ginebra, cuando desde Ferney, veía Suiza y Saboya.

Los Grisones tienen 713.280 hectáreas; Berna, 688.810; el Valais, 524.800. El cantón más pequeño, Zoug, ocupa 23.920, y el subcantón más chico, Bále-Ville, 3.580.

IV

Suiza alemana.

La Suiza alemana ocupa el Este, el Norte y el Centro del país con 2.093.000 habitantes, ó sea las siete décimas partes de la nación helvética. Dió nacimiento á la independencia nacional, pues según dice la historia, ó tal vez la leyenda, tres suizos alemanes prestaron el juramento del Grutli. Las batallas de Morgarten, Sempach y Naefels, fueron ganadas por voluntarios de esa raza, y Suiza se formó poco á poco, por adhesiones ó conquistas, alrededor de las montañas libertadas por los héroes de las tres victorias.

Los suizos tudescos hablan, con varias correcciones, un alemán gutural y durísimo, lo que no parece extraño, si es verdad que los idiomas de la montaña se diferencian de los de la llanura por la fuerza y abundancia de las explosiones guturales.

V

Suiza francesa.

La Suiza francesa ocupa por completo los tres cantones de Vaud, de Neuchatel, de Ginebra y la séptima parte de los berne-ses, en diversos valles y mesetas del Jura, las siete décimas partes de los friburgueses y más de los dos tercios de los valesianos. En total, 638.000 personas, ó sea algo menos de las 22 centésimas partes del pueblo confederado. Estos suizos han contribuído y contribuyen al buen renombre del idioma francés, y se sienten cada vez más franceses, así como los suizos alemanes se sienten cada vez más alemanes, y más italianos los italianos. Ya no existe en toda su integridad la antigua unidad moral de Suiza.

VI

Suiza italiana y «rumanche»

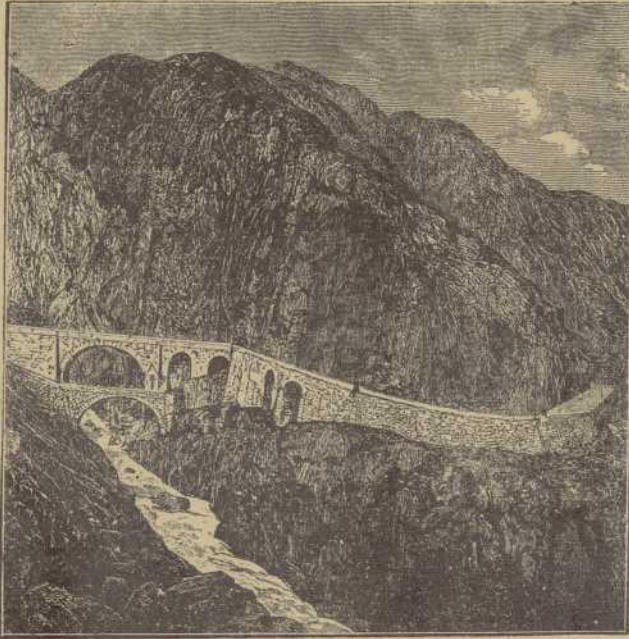
La Suiza italiana (157.000 personas) comprende las vertientes que miran á Italia, en el cantón del Tessino, y algunos valles de los Grisones. Tiene más importancia de lo que su pequeñez promete, porque de ella salen infinidad de emigrantes para todas partes. Cuando el universo posea los ocho ó diez mil millones de habitantes que se le predicen, muchos de ellos serán descendientes de los suizos italianos.

La Suiza *rumanche* no contiene ni 39.000 personas. Las grandes montañas donde nacen el Inn y el Rhin estaban antes pobladas exclusivamente por *rumanches* y *ladinos*, gentes que hablaban dos dialectos neolatinos, únicos conocidos en Coire, en los Grisones, en los montes de Appenzell, en una parte del Tirol, y se pudo profetizar una gran extensión y duración á este lenguaje de unos montañeses atrincherados en sierras.

Pero *rumanches* y *ladinos*, sofocados entre Alemania é Italia, careciendo de lengua escrita y mezclados poco á poco con elementos germánicos, han empezado á abandonar su idioma por el alemán, y ya no lo usan más que en cierta parte de los Grisones (en

las ramas superiores del Rhin), y en el Engadiner, cuenca alta del Rhin, el valle más elevado de Europa, entre 1.000 y 1.800 metros.

Los *rumanches* emigran, como sus demás hermanos en altura, sa-boyanos, auverneses, highlanders y kabilas, y hay pasteleros, con-fiteros y cafeteros de su raza en todas las ciudades de Europa. Al-



Camino de San Gotardo. (Dibujo de Roux.)

gunos que hacen fortuna, vuelven á acabar su vida en su pueblo, en su Engadina de lagos fríos, de nieves vírgenes, de bosques de alisos y pinos, cuyas selvas llegan hasta la orilla de los ventisque-ros. Los demás suizos también emigran mucho; 8, 10 ó 12.000 al año, y más tal vez, dirigiéndose especialmente á los Estados Uni-dos y á la Pampa Argentina.

Unas tres quintas partes de los suizos son protestantes; los de-más (menos unos 8.000 judíos), son católicos.

VII

Ciudades.

La capital federal es Berna, con 46.000 almas, ciudad alemana, á orillas del Aar. Está menos poblada que la Atenas helvética, ó sea Zurich, situada junto al Limmat, donde este río se junta con las verdes aguas del lago de Zurich. Sin arrabales, no tiene más que 18.000 habitantes, pero con las afueras pasa de 90.000, lo cual le da la primacía en la confederación. Basilea, alemana también (Basel en alemán, Bale en francés), tiene 70.000 habitantes.

En la Suiza francesa, la primera ciudad es Ginebra (52.000 habitantes, 72.000 con sus afueras). Allí se escapa el Ródano de su lago, en un torrente azul tan diáfano, que al sondearlo con la mirada se ven pasar sus ondas á través de aguas cada vez más sombrías, pero siempre claras. Así es el Ródano ginebrino, el más hermoso de los ríos del mundo, en su espacio entre el lago Lemán y el impuro Arve.



El paso de Ardeche en Vivarais. (Dibujo de F. Sorrieu.)

FRANCIA

14

Situación, límites y extensión. ¶

Los francos, pueblo alemán que invadió la Galia á fines del Imperio Romano, dieron su nombre á Francia, como á la Franco-*nia bávara*. Uno de sus reyezuelos se estableció en Lutecia ó París, habitada por celtas que habían olvidado la lengua de sus antepasados, por el latín que hablaban sus conquistadores los romanos.

La risueña comarca que rodeaba á París se llamó *isla de Francia*, ó sencillamente *Francia*, y con el progreso de la hegemonía parisiense acabó por darse ese nombre á toda la nación.

Hoy limita Francia, al Noroeste con Bélgica, al Este con Alemania y Suiza, al Sudoeste con Italia y al Sur con España, sirviendo de frontera natural los Pirineos. Al Septentrión tiene el Mar del

Norte y la Mancha, al Occidente el Atlántico y al Sudeste el Mediterráneo.

Posee Francia 39 millones de habitantes en 53.640.800 hectáreas, ó sean 73 personas por kilómetro cuadrado.

II

Montañas

Hay en Francia 25 millones de hectáreas de montaña y 28 millones de hectáreas de llanuras y colinas.

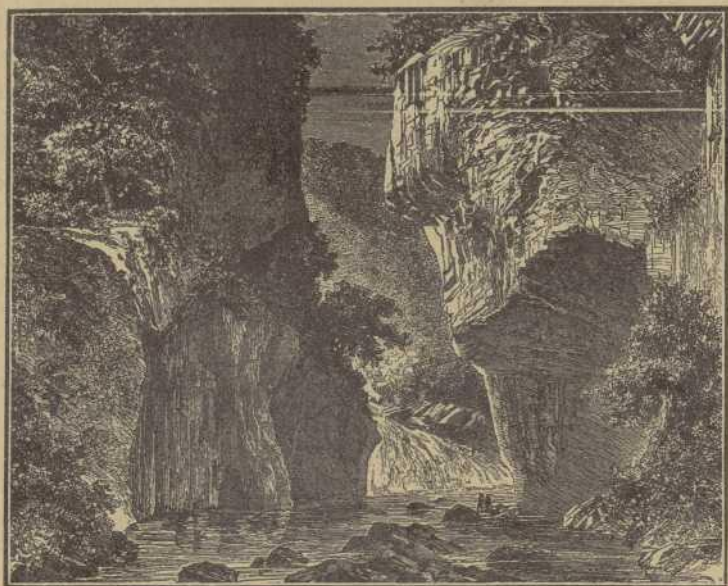
El Puy-de-Sancy (1.886 metros) es la cumbre más alta del sistema llamado Monts-de-France, y junto á él nace el Dordoña, al Noroeste del lago Pavin, de una profundidad de 94 metros. En los mismos Monts-de-France se levantan el Puy-de-Dome (1.465 metros); el Besson (978 metros), próximo á los manantiales del Correze y del Vienne; el Plomb du Cantal (1.858 metros), formado por volcanes extinguidos; el Mailhebiau (1.475 metros); los montes de Velay (1.423 metros), con sus 150 ó 200 cráteres apagados; el Margeride (1.554 metros); el Mezene (1.754 metros); el Lozère (1.702), donde nace el Tarn, y el Bougés (1.424 metros).

Los Cevennes, masa caliza, granítica y esquistosa, se dirigen al Sudoeste con diferentes nombres; Cevennes propios, Aigoual, Saint Guiral, etc., y en ellos hay frecuentes conflictos climatéricos, de vientos, lluvias, tormentas y nevadas. Su cumbre más alta, el Aigoual (1.567 metros), atrae las nubes del Mediterráneo y del Atlántico, y es el monte meridional más húmedo de Francia. Al Noroeste de los Cevennes, el cielo, aunque meridional, tiene palideces y brumas; pero al Sudeste, entre los olivares atormentados por el mistral y entre los castaños monstruosos, la naturaleza es seca, ardorosa, devoradora y el sol se pone sobre rocas doradas.

Los *causses*, nombre oriundo del latín *calx* (*cal*) por ser todos calizos, fueron en otro tiempo bosques de hayas, encinas y pinos: ahora, tan pelados como secos, ostentan algún que otro pedazo de tierra buena, pero eso en los altos, porque en los bajos ya no hay agua; en cambio hay más calor y más árboles. El *causse* Mejan está habitado por 2.000 hombres, separados de los demás por prodigiosos abismos que lo rodean en 160 kilómetros de contorno. Ocupa 40.000 hectáreas y se eleva hasta 1.278 metros de altura.

Desde el Monte Pilatos (1.434 metros), último de los Cevennes, hasta los Vosgos, se yerguen Pierre-sus-Haute (1.640 metros), el Morvan (902 metros), y la Costa de Oro (636 metros), en cuyas colinas bajas se cultivan los mejores viñedos de Borgoña.

En los Vosgos occidentales, que pertenecen á Francia, está el Alto de Honek (1.366 metros). Al Sur caen los Vosgos en la an-



En el Cantal: el Cére. (Dibujo de Lancelot.)

gostura de Belfort, por lo cual pasan un canal navegable, ríos, carreteras y ferrocarriles; y al otro lado de la garganta se levanta el Jura.

El Cret de la Neige (1.723 metros) es la cumbre más elevada del Jura francés y de toda la masa jurásica.

A Francia pertenece también el Goliat de los Alpes, acorazado de ventisqueros; el Monte Blanco (4.810 metros), que se alza en el límite entre Francia, Italia y Suiza. En Francia desahoga 17.000 hectáreas de hielo, en Italia 7.000, en Suiza, 4.000.

También merecen especial mención los montes de la Vanoise (3.861 metros) y los Maurienne (3.500 metros), las Grandes Rous-ses (3.473 metros), deslumbrantes de escarcha, y el Pelvoux (4.103 metros). Hasta llegar á Niza, los Alpeccion grandiosos merecen el

nombre de Grandes que se les ha dado por oposición á los Pequeños. Entre éstos podemos citar la Grande Chartreuse (2.087 metros), los montes Lans y Vercors (2.346 metros) y el Drome (2.025 metros).

Los Pirineos pertenecen á Francia en su parte septentrional,



En los Vosgos. (Dibujo de Taylor.)

y la roca culminante de la cordillera, el Nethou, de 3.404 metros, cumbre de la Maladetta, se yergue dentro de España, dominando el valle de Arán. A España corresponden los picos más altos, los lagos más vastos, las gargantas más hondas, los barrancos más agrestes. A Francia las mayores neveras, los ventisqueros más grandes, los torrentes más puros, los bosques más sombríos.

El Vignemale es la cima más elevada (3.298 metros) del Pirineo francés, y pasan de 3.000 metros en la misma cordillera el Balaitus y el Montealm.

III

Llanuras.

La Beauce, entre el Sena y el Loira, no tiene árboles, aunque fué una selva inmensa, de la cual no queda más que el bosque de Orleans (40.308 hectáreas), el más vasto de Francia, aunque no el más hermoso. Dicen que á esa llanura no le faltan más que seis cosas: fuentes, prados, bosques, rocas, huertos y viñas. En cambio está llena de campos de trigo y merece el nombre de granero de Francia.

Al Mediodía de Orleans se extiende la Sologne, del Loire al Cher, con terreno llano, arenales, estanques cenagosos, arroyos lentos, bosques antiguos y nuevos. Al Sudoeste, la Pequeña Sologne, vale tan poco como la Grande. De sus estanques malsanos brota una agua negruzca. En esta meseta, entre el Creuse y el Indre, no hay más que junqueras, terrenos ingratos, frío penetrante de las brumas matutinas, nieblas nocturnas, calenturas, aves acuáticas y hombres pálidos y raquíticos.

La Champagne Pouilleuse (que significa pobreza y miseria), es la imagen de la esterilidad frente á la de la opulencia, pues en sus límites occidentales se cría el vino de Champagne, en los ribazos de Epernay.

La mayor llanura francesa, que abarca 1.400.000 hectáreas, se encuentra al Sudoeste de Francia y se la da el nombre de Landas. Oponen al tempestuoso Océano los médanos más altos de Europa (87 metros) y detrás de estos blancos arenales duermen tranquilos y callados estanques. Más allá está la llanura inacabable, con sus alcornoques, sus pinos retorcidos, sus brezos, sus retamas y sus flores rojas. Hasta hace poco, los habitantes de las Landas parecían gigantes desde lejos, porque andaban siempre sobre zancos de tres ó cuatro pies de altura.

IV

Mares y costas.

Francia da sobre cuatro mares: dos al Norte, uno al Oeste y otro al Sur. Uno es pequeño, el Mar del Norte; otro, la Mancha,

simple estrecho, une el del Norte con el Atlántico, que es verde, profundo, poderoso y rugiente. El último es el azul y tibio Mediterráneo.

En el mar del Norte, las dunas de Flandes valieron su nombre á Dunkerque (Iglesia de las Dunas). Hacia Calais, estas dunas son sustituidas por los cabos del Boulonnais, próximos á los blancos acantilados de Albión, á través del Paso de Calais, estrecho incesantemente surcado por buques. Admíranse después las costas bravas de Normandía, peñascal de cien metros de altura, y



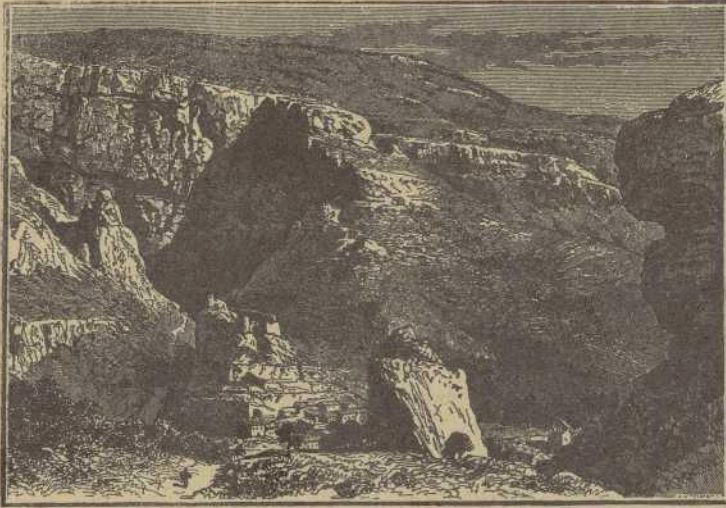
El manantial de Vaucluse. (Dibño de Weber.)

por las costas de Dieppe y Fécamp se llega al Havre, donde desemboca el Sena.

Allí se confunden, en oleaje alborotado, la Mancha y el Atlántico, y á orillas de éste se encuentra Cherburgo, poderoso puerto de guerra, frontero á Inglaterra. En el portentoso castillo colocado sobre el peñasco de Saint Michel, acaba Normandía y empieza Bretaña, cuyas costas van royendo tenazmente el oleaje. Este país está sembrado de monumentos bárbaros, lleno de dólmenes y menhires, que recuerdan tremendas carnicerías ó señalan vastos sepulcros. Allí vive el pueblo bretón, compuesto de guerreros ó

poetas, marinos en la costa, pastores en los campos», como dice Brizeux, y en el Oeste de Bretaña hay quien habla todavía la lengua céltica.

Mil trescientos ochenta y cinco kilómetros recorre la costa del Atlántico, y en ella están Brest, inmenso puerto interior, ciudad fuerte, formidablemente defendida; el estuario de Lorient, con su puerto de guerra; el Morbihan, lleno de islotes, y la desembocadura del Loire, de 12 kilómetros de anchura. Más allá de las arenas de Olonne, el litoral, que se componía de médanos revueltos



El manantial de Touvre. (Dibujo de Carl Girardet.)

con rocas, se convierte en amplia extensión de ciénagas. Ese pantano va creciendo á expensas del Océano, y de la antigua bahía enorme que penetraba 60 kilómetros en las tierras, con una boca de 30, no queda más que la caleta de Aiguillon, que se interna siete ú ocho kilómetros en el continente. Esta Holanda francesa acabará por aproximarse mucho á la roca caliza llamada isla de Ré, abundante en viñas, con criaderos de ostras y salinas en el litoral. A 12 kilómetros al Mediodía está Oleron, y en la costa próxima desembocan el Charente, el Sendre y el Gironda, que reduce á cinco sus 12 kilómetros de anchura, al verterse en el Océano, al pie del soberbio faro de Cordouan. Una larguísima línea de dunas sigue derechamente al Sur (hasta el Adour, al pie de los Pirineos), durante 228 kilómetros, sin una hahía, puerto ni caleta. Exceptue-

mos la abertura de Arcachón, de peligrosísima entrada, con su barra de arena movediza. En ese inmenso criadero de ostras no ha entrado nunca un barco.

Pasado el Adour, la costa está llena de rocas. Biarritz es francesa y gascona, pero lleva nombre vascongado. La gente que habla este idioma, ocupa el corto litoral en el que los Pirineos se sumergen en el Océano, separando ó uniendo á Francia con España, frente á un mar terrible, en el fondo del golfo de Vizcaya ó de Gascuña, cuyas olas frenéticas se estrellan contra los cabos eúskaros, impulsadas por los vientos del Oeste y del Noroeste. Más allá de San Juan de Luz empieza la orilla española.

Al Este se sumerge el pie de los Pirineos en el Mediterráneo. El litoral empieza siendo peñascoso, y luego es arenal recto, que aísla del Mediterráneo estanques bajos, á los cuales inundaría el oleaje si tuviera mareas. Entre estos estanques merecen mencionarse el de Saint Nazaire; el de Thau, junto á Cette; los de Aigues-Mortes y el de Berre, pequeño mar interior que, gracias al canal de Martigues, puede ser en lo porvenir un gran puerto.

Más allá de ese canal cambia el aspecto del litoral, al pasar del Languedoc ó Provenza, donde florecen el naranjo y la palmera. Ya no se ve la playa, el *lido*, la arena entre mares y pantanos. Admiramos los circos y derrumbaderos de los Alpes calizos, los granitos, serpentinas, asperones y pórfidos; las rocas blancas, rojas y amarillas y los árboles verdes, que armonizan con el resplandeciente azul de las olas; los colores eternamente avivados por Febo-Apolo, dios de esta ribera griega, donde Antipolis (Antibes) contemplaba á Nicea (Niza). Allí están Marsella, uno de los primeros puertos de Europa, y Tolón.

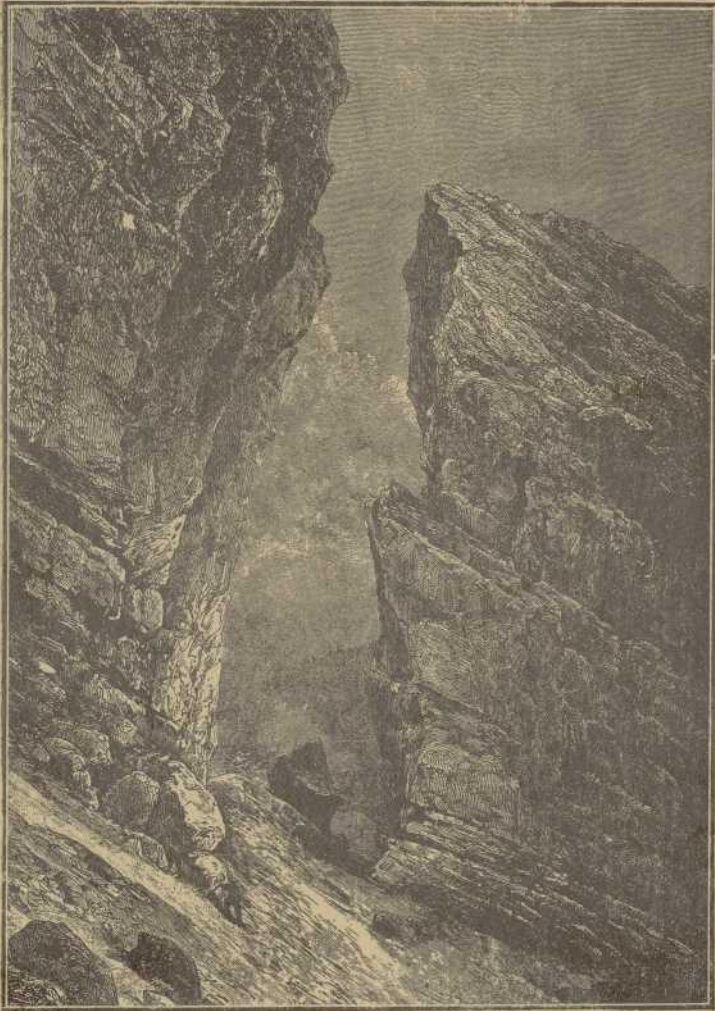
Con las palmeras de Hyeres empiezan las estaciones de invierno, donde los moribundos quieren revivir y rejuvenecerse los ancianos, entre palacios, jardines, invernaderos, círculos y casinos. Tales son Saint-Tropez, Cannes, Niza, Mónaco, fatal para los jugadores, y Menton. Más allá, la admirable ribera deja de ser francesa.

V

Fuentes y ríos.

Francia, país muy lluvioso, posee cinco ríos grandes, otros muchos inferiores, y, sobre todo, infinitos manantiales, filtrados por las rocas calizas y gredosas por las escorias, los guijarros y la arena.

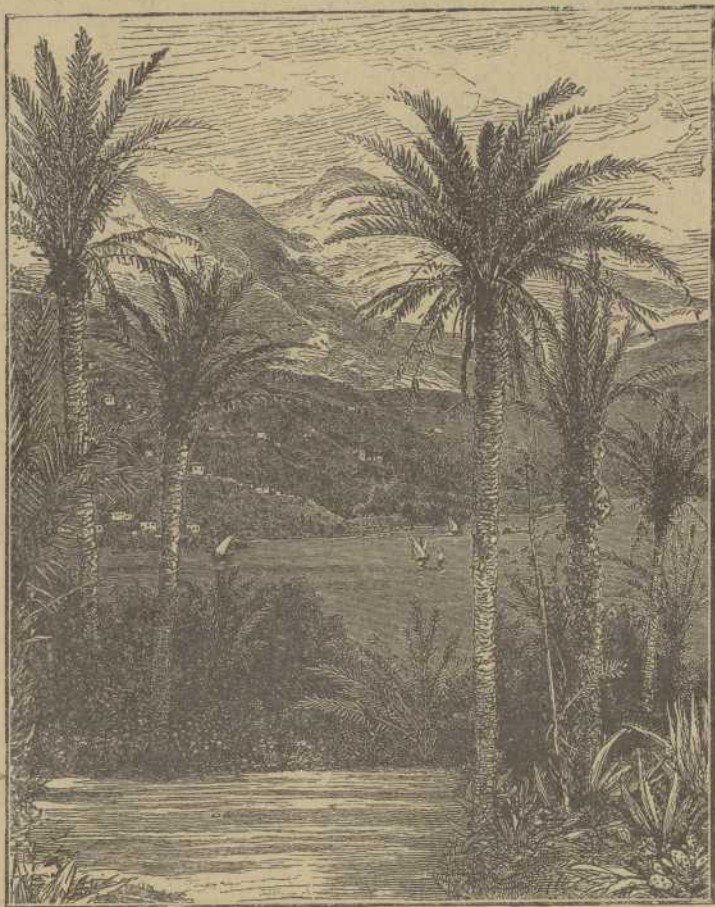
Merece el primer lugar entre los manantiales la famosa *Sorgue* de Vaucluse, junto á Aviñón. En los montes de Lure, sobre el Ven-



Pirineos franceses: la brecha de Roldán. (Dibujo de P. Skelton.)

toux, desde la llanura aviñonesa hasta Sisteron, perforan grandes simas la roca caliza, y de todos esos precipicios proceden las aguas de la *Sorgue*. Durante las grandes tempestades, los torrentes

arrastran la tierra roja de la meseta y el manantial vierte agua turbia, pero á las pocas horas recobra la fuente su original verdor. Brota como una cascada al pie de un formidable peñón de 118



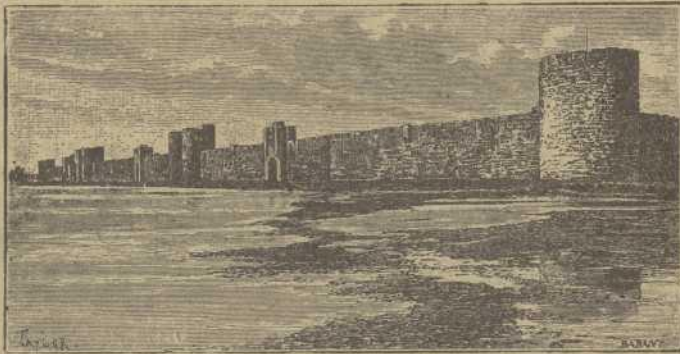
Costas de Provenza: palmeras de Mónaco. (Dibajo de Harry Fenn.)

metros, tajado verticalmente. En los años de lluvia regular, vierte la *Sorgue* de Vacluse 17.000 litros por segundo y puede llegar hasta 120.000. Riega la llanura del Condado y se pierde en el Ródano, río digno de esa fuente, cuyo recuerdo es inseparable del nombre del poeta Petrarca, que la cantó.

El manantial del Touvre, á siete kilómetros y medio de An-

gulema, no nace en país soleado. Lo forman ríos ocultos que, al pasar de la dura piedra lemosina á la caliza del Angoumois, se filtran entre guijas y se hunden en abismos. Sus aguas reaparecen al pie del collado de Touvre, formando una onda clara que nunca es inferior á cuatro metros cúbicos por segundo, y puede llegar á 42 en las crecidas, yendo á perderse en el Charente.

El Sena, procedente del Somme, recorre 776 kilómetros, y es río tranquilo porque las tierras permeables de su cuenca, de 7.777.000 hectáreas, le proporcionan apacibles fuentes, y las tierras impermeables un tributo poco violento. Su caudal ordinario es



Muros y lagunas de Aigues Mortes. (Dibujo de Taylor.)

de 253 metros cúbicos por segundo en Rouan, donde ha recibido ya sus principales afluentes. Nacido en Borgoña á 471 metros de altura, baña también á Troyes y á París, y entre sus afluentes merecen citarse el Yonne, el Marne, el Oise y el Eure.

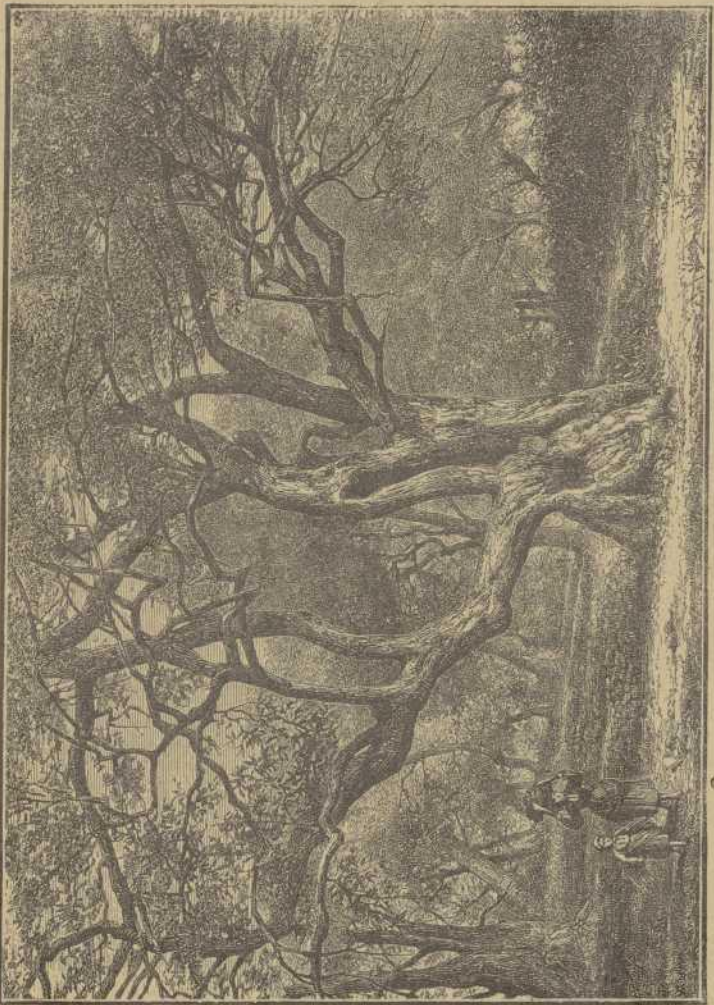
El Loira tiene una longitud de 1.000 kilómetros y una cuenca de 12.109.000 hectáreas. Suele extenderse por terrenos duros y compactos, y ser violenta su corriente. En Orleans lleva un caudal de 10 á 12.000 metros cúbicos por segundo, por un ancho cauce, pero se reducen á 20 ó 24 en los veranos muy secos.

Nace en los montes del Mezenc á 1.373 metros de altura, en la ladera de Gerbier de Jonc. Baña á Nevers, Orleans, Blois, Tours, y Saumur, para desaguar en el Atlántico, en Saint-Nazaire. Sus principales tributarios son el Allier, el Cher y el Indre.

El Charente recorre 361 kilómetros, en una cuenca de un millón de hectáreas. Pasa junto á Angulema y Rochefort, puerto mili-

tar, y derrama en el Atlántico 35 metros cúbicos por segundo, en aguas ordinarias.

El Gironde tiene 75 kilómetros de longitud y de 3 á 12 de an-

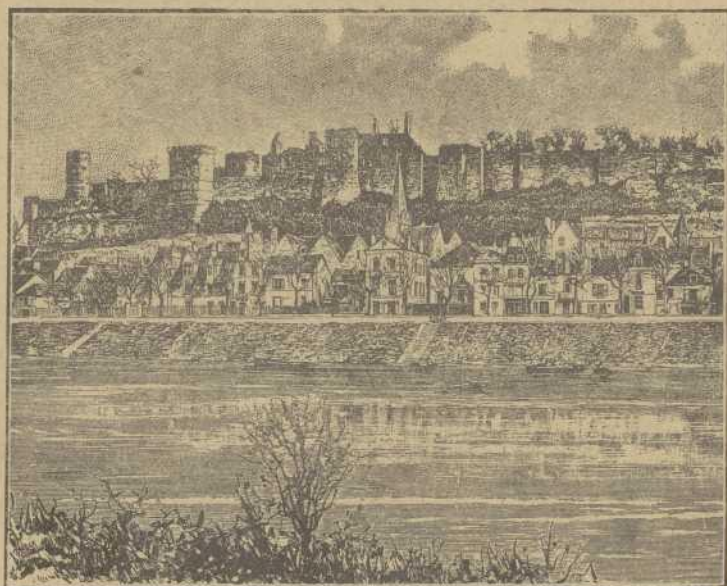


Costas de Provenza: Olivares. (Dibujo de Taylor.)

cho. A su derecha se extiende la Saintonge y á la izquierda el Medoc, tierra de inmortal renombre, cuando la filoxera respeta sus viñedos. Su estuario rueda 300.000 metros cúbicos de agua por segundo, pero sólo en apariencia, pues fuera del trabajo de la marea,

el Gironda no entrega al mar más que 1.178, tributo de sus 8.500.000 hectáreas.

Empieza en el Bec d'Ambés, donde se unen el Garona y el Dordoña. Al confluir el Garona con el Dordoña es tan ancho como su rival; pero el Garona (575 kilómetros) más largo que el Dordoña y con mayor cuenca (5.719.000 hectáreas), es el verdadero progenitor del Gironda.



El Garona en Chinon. (Dibujo de Taylor.)

El Garona nace en el valle español de Arán, en los Pirineos centrales, y contornea en Toulouse y Agen un montón de cantos rodados y arcilla, procedentes de una antigua destrucción de los Pirineos, la meseta de Lannemazan, estéril salida de ríos divergentes, sin transparencia ni fuerza. Sigue luego las Landas, y en Burdeos forma, acrecentado por la marea, un puerto en media luna, de los más hermosos de Francia.

Recibe tres magníficos torrentes pirenaicos, el Neste, el Salat y el Ariège, y dos ríos de importancia: el Tarn, de 375 kilómetros, que en uno de sus trayectos se ve como oprimido por soberbios desfiladeros, y el Lot, de 480 kilómetros.

El Dordoña tiene 490 de longitud y una cuenca de 2.387.000

hectáreas. Nace en el Puy-de-Sancy, y al encontrarse con el Garona tiene más de 1.200 metros de anchura y un caudal medio de 350 metros cúbicos por segundo, 50 en el estiaje y 1.200 en las grandes crecidas.

El Adour, de 330 kilómetros de longitud en una cuenca de 1.700.000 hectáreas, corre por los Pirineos y las Landas. Lo acrecienta el Gave, torrente verde que cae desde una altura de 422 me-



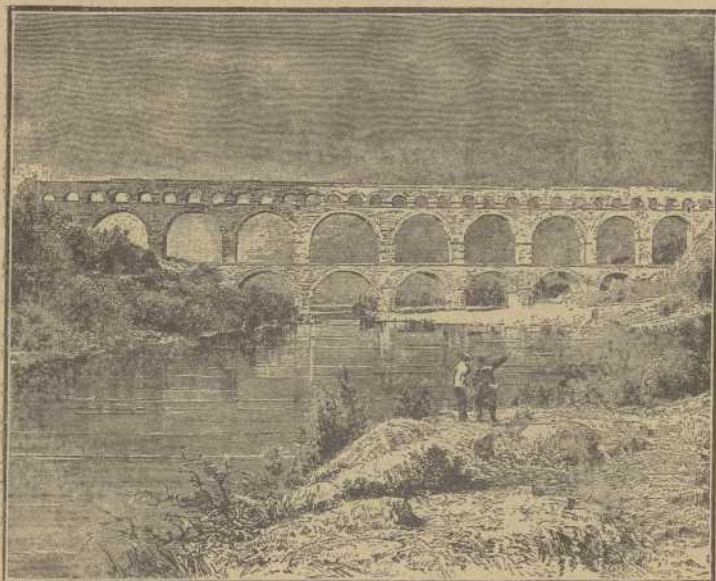
La Camargue. (Dibujo de E. Burnand.)

tros en el circo de Gavarnie; pasa por Pau y después por Bayona, para ir á parar al mar.

El Ródano recorre 812 kilómetros en una cuenca de 9.889.000 hectáreas, y por sus ventisqueros, su lago originario, sus torrentes, sus heroicas aventuras y su hermosura, es uno de los primeros ríos, no de Francia, sino de Europa y del mundo entero. Sale del Lemán en Ginebra y pierde su transparencia al unirse al Arve, agua de ventisquero. Entra como torrente impetuoso en Francia y perfora el Jura y los Alpes calizos.

Al confluir con el Saona, se tuerce hacia el Sur y recorre un valle luminoso, olivares grises, rocas blancas, ciudades viejas, negras ó doradas, y castillos trágicos, entrando luego en la llanura bellí-

sima de Aviñón, que fué ciudad papal, y que con su gran río y su proximidad al mar, situada en el centro de equilibrio del mundo latino, se habría convertido tal vez en una capital como Roma, si aquel punto hubiese conservado su unidad. Algo más arriba de Arlés se bifurca el río: el Gran Ródano se lleva al Este las cinco sextas partes de sus aguas; el pequeño Ródano, ó Ródano del Oeste, arrastra el resto. En esa bifurcación tiene el río un caudal medio de 1.718 á 2.603 metros cúbicos por segundo, 550 en el estiaje y



Un acueducto sobre el Gard. (Dibujo de Vuillier.)

12.000 en las crecidas. Entre ambos brazos está el delta de la Camargue, con sus 75.000 hectáreas de cieno. De esos estanques corrompidos, de sus médanos y hondonadas, arranca el sol efluvios mortales para los pocos habitantes de este dominio anfibio, que tiene castores como América, búfalos como el Agro Romano, aves innumerables como un lago tropical, y mosquitos sedientos de sangre como cualquier *igdrapé* del Amazonas. Son afluentes del Ródano, el Avre, el Ain, el majestuoso Saona que pasa por Chalons y Macon; el Gere, el Drome, el Durance y el Gard.

Desde el Ródano hasta Italia, no hay en Provenza verdade

ros ríos, y sólo merece mención el torrente del Vad, que acaba entre Antives y Niza.

De la cuenca del Rhin no pertenecen ya á Francia más que las dos partes altas del Mosela, del Mosa y del Escalda. El Mosela, de 505 kilómetros de longitud, nace en los Vosgos y recoge las aguas del Meurthe en Francia. El Mosa (893 kilómetros), baja de la meseta de Langres, y después de pasar por Verdun y Sedán, entra



Lyón. (Dibujo de Taylor.)

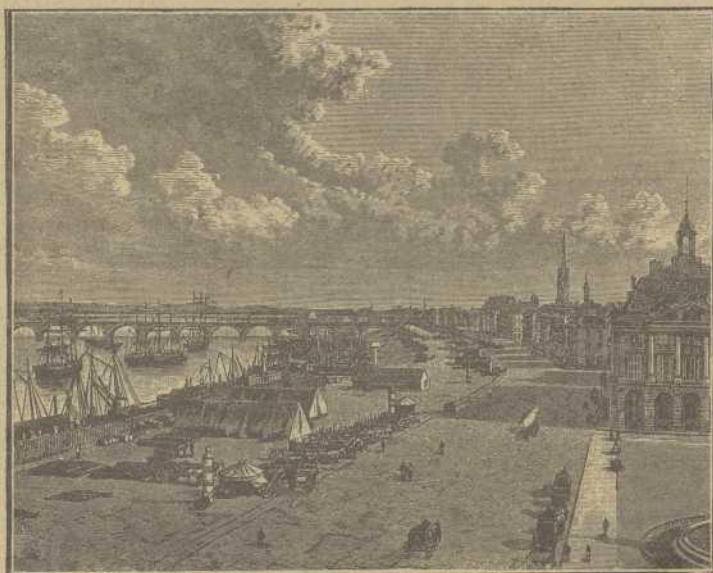
en Bélgica. El Escalda (400 kilómetros) se hace también belga para mezclarse con las bocas del Rhin y del Mosa.

VI

Climas y lluvias.

Las condiciones especialísimas de Francia hacen variar mucho los climas en toda la extensión del país. Al Noroeste se puede contar con un clima alemán; al Sudeste con el italiano del Mediodía. La temperatura media del clima de Nancy es de 9° 5, y la de Cannes 16° 4.

El término medio de la lluvia que cae al año se ha calculado en 770 milímetros, aunque esta evaluación resulta inferior á la verdadera, según se ha demostrado en las estaciones meteorológicas instaladas en las montañas. Su distribución es muy desigual. En muchas llanuras cercanas á París, en Beauce, Brie, etc., y en bastantes valles del Centro, caen de 600 á 650 milímetros, y ciertas riberas del mar reciben de 1.800 á 2.000, mientras caen 2.000 so-



Burdeos. (Dibujo de Benoist.)

bre el Morvan, 2.500 en el Aigoual y 3.000 y más sobre las cimas de los Alpes y los Pirineos.

VII

Origen de los franceses.

Imposible es averiguar quiénes fueron los primeros habitantes de Francia, como igualmente ocurre en los demás países conocidos. La historia empieza hablando de los galos, que desde las bocas del Rhin hasta los Pirineos, formaban diversos pueblos; como los

kymris, hombres grandes y rubios al Noroeste, los celtas al Oeste y al Centro, los iberos al Sudoeste y los ligurios al Sudeste. Celtas y Kymris hablaban dos dialectos de una lengua sola, sin que se sepa si este idioma céltico era lengua nacional ó impuesta por algún conquistador. Se supone, aunque no se ha puesto en claro, que los iberos, y tal vez los ligurios, usaban un idioma cuyo único vestigio es el eúskaro de los vascongados.

Probablemente los kimris, los celtas, iberos y ligurios, no estaban más que en la superficie de la población, y junto á ellos vivían tribus de diversas razas, cuyas cavernas fuéron cegadas, cuyas chozas fueron quemadas, cuyos hombres fueron mutilados ó degollados durante inacabables gueftras.

Fenicios, griegos y romanos ocuparon sucesivamente las Galias, y finalmente el latín vino á ser la lengua hablada por los galos que abandonaron la suya, usada hoy únicamente bajo otras formas, en Bretaña, país de Gales, Escocia é Irlanda.

Entraron en las Galias los bárbaros, francos, suevos, godos, alanos y hunos, cuando cayó el imperio romano, y más adelante se batieron en el suelo francés árabes, ingleses, alemanes, flamencos, italianos, suizos y españoles.

Hoy el pueblo francés está tan adulterado como los demás. Su unidad no reside más que en su historia y en su lengua.

VIII

Lengua francesa.

Nació el francés de la lengua latina, mezclándose, como todas, con elementos extraños, y es hermana del español, del italiano, del rumano y del portugués. Tiene espléndida historia literaria y es digna de encomio por su claridad, sencillez y concisión.

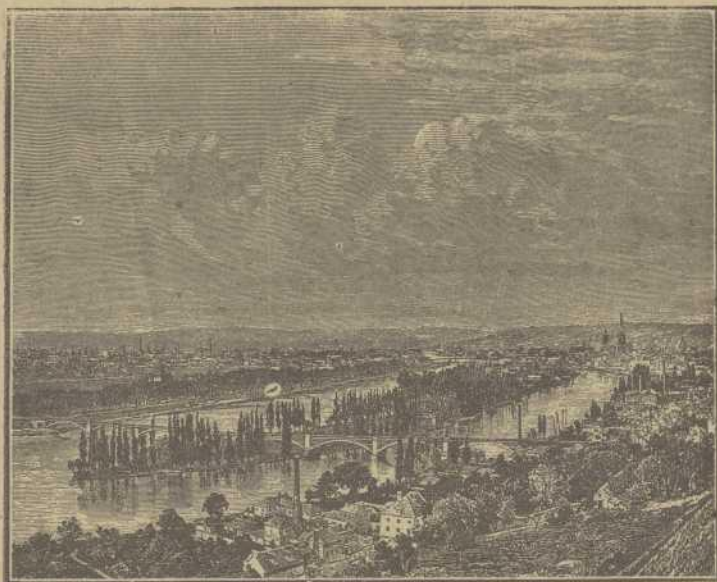
Se ha convertido en lengua general, leída ó hablada por todos los hombres instruídos de la tierra; sobre todo en Europa y en la América del Sur.

Fuera de Francia, se habla en las islas anglonormandas de Jersey y Guernesey, en la Bélgica walona, en parte de Alsacia-Lorena, en el Occidente de Suiza, y en ciertos valles altos de los Grandes Alpes, siendo lengua oficial en toda Bélgica. Esto en lo referente á Europa.

Africa.—En Argelia y Túnez, islas de Borbón y Mauricio, en

el litoral de Madagascar y en las Seychelles; y es lengua oficial del imperio franco-africano del Senegal, el Níger, el lago Tchad y el Congo. Reina también como lengua administrativa y oficial en el Congo belga.

América.—En el Canadá francés y en muchos otros condados de aquel dominio. Es oficial, como el inglés, en el Parlamento fede-



Rouen. (Dibujo de Benoist.)

ral de Ottawa y en el de Quebec. Se habla en Nueva Orleans y en muchas parroquias de la Luisiana; en Haití, en las Antillas francesas, y en algunas pequeñas Antillas inglesas y en la Guayana francesa.

Asia.—Es idioma oficial en la Indo-China francesa, formada por Cochinchina, Cambodge, Anam y Tonkin. Todos esos países dan un contingente de 53.292.000 hombres, cuyo idioma usual ú oficial es el francés.

Casi no es necesario exceptuar á los 150.000 flamencos de Dunkerque y Hazebrouck, ni á los 1.300.000 bretones de los departamentos de Cotes-du-Nord, Finisterre y Morbillan, ni á los 120.000 vascongados de los distritos de Bayona y Mouleón (Bajos-Pirineos). Casi todos ellos saben el francés y van olvidando sus lenguas. Tam-

poco merecen lugar aparte los que en el Mediodía hablan los *patois*, ó lenguas de *oc*. Muere la antigua Occitania, aunque su idioma fué flexible, armonioso y como dorado por el sol, antes de que se dislocara en innumerables jergas que ya no son más que francés pronunciado con menos pureza.

IX

Esterilidad de los franceses. — Decadencia de su influjo.

Exceptuando á los países últimamente conquistados como el Africa del Norte, el Níger, el Congo, el Madagascar y la Indo-China, y los países americanos á donde van los emigrantes franceses del Mediodía, cada vez tiene Francia menos influencia en el mundo.

La preponderancia francesa estaba edificada en arena que se ha llevado el viento. Se fundaba en el recuerdo de las victorias napoleónicas contra la Coalición Europea, en la belleza de París, en el resplandor de su teatro, en el imperio de la moda. No hay en Francia familias numerosas, ni sangre rica, ni exceso de vida, ni muchedumbres para colonizar. París devora á la nación.

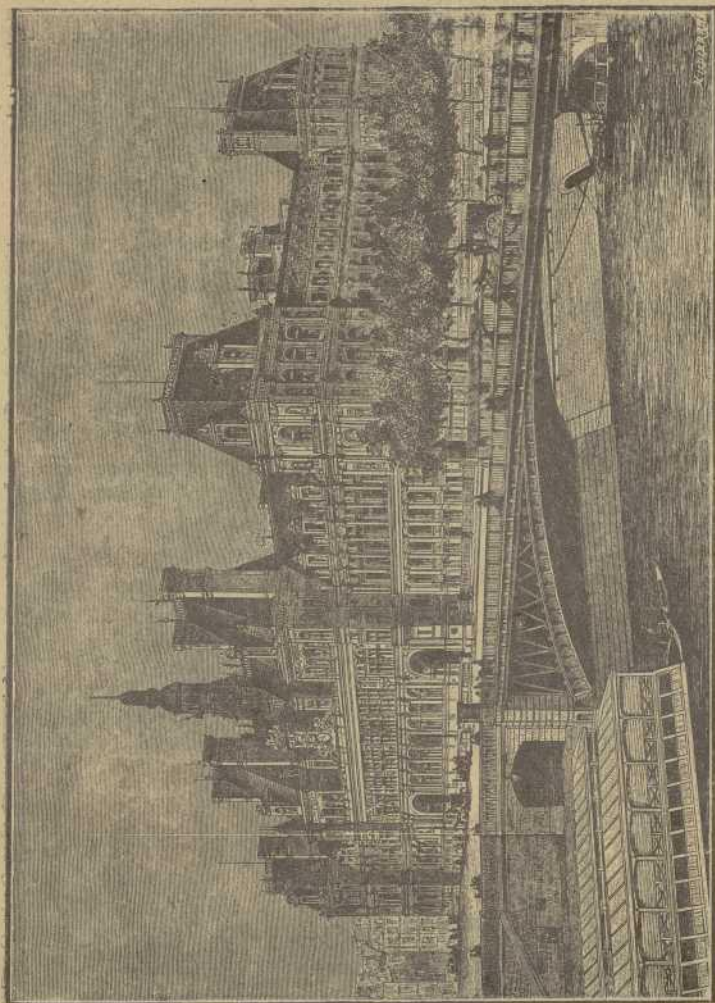
En Asia nadie hace caso de Francia (como no sea en Siria y en la Península Indo-China), pues en dicho continente no influyen más que Inglaterra, Rusia y el Japón; en Oceanía no ejerce poderío alguno.

Unicamente puede esperar algún porvenir en Africa, en ese imperio, grande como doce ó quince veces Francia, que se abre á nuestras puertas y está situado bajo el mismo Meridiano que París. También en el Canadá, vasto como Europa y blanqueado por la nieve todos los años, bajo el centelleo de los siete astros del Norte. ¡Feliz el pueblo de las prolongadas nieves, virilmente educado por una naturaleza severa! «Su juventud ha de renovarse como la del águila».

Han esterilizado á Francia, el lujo de las mujeres y la *previsión* de los hombres, que evitan el tener hijos.

Cada año crece la población con mayor lentitud, á pesar de la gran afluencia de extranjeros. Calcúlase que viven en Francia 1.250.000 hombres nacidos fuera de sus fronteras; 500.000 belgas 300.000 italianos, 100.000 españoles, otros tantos alemanes y suizos, y muchísimos ingleses, holandeses, austriacos, sudamericanos, etcétera. Alemania, Italia y Rusia, sobre todas las naciones, acrecientan su población mucho más que Francia. Antes de 1789, te-

nía Francia 25 millones de habitantes; 28, Rusia; 15, Inglaterra; 20, Alemania: y ahora Alemania tiene 49; Inglaterra, 40; Rusia, 113, y Francia, sólo 39.



Paris vista del Hotel de Ville. (Dibujo de Deroy.)

En cambio los argelinos y los franco-canadienses, se multiplican con grandísima rapidez, y lo que Francia pierde en su propia nación, puede tener la esperanza de ganarlo en Africa y en América, donde cuenta con todas las promesas de la adolescencia.

De 39 millones de franceses, sólo hay 650.000 protestantes y 75.000 judíos.

X

Ciudades.

Doce ciudades francesas tienen más de 100.000 almas. París, atravesado por el Sena, cuenta con cerca de tres millones



Grenoble y la cordillera de Belledonne. (Dibujo de Taylor.)

de habitantes si se le añaden las afueras. Es enorme ciudad, y sólo inferior en grandeza á Londres, con comercio é industria tan numerosos como variados. A París acuden todos los hombres de la tierra, como al centro de las artes, el lujo y los placeres.

Lyón (530.000 habitantes), reina de la sedería, está sobre altas colinas, en la confluencia del Ródano y el Saona.

Marsella (407.000 habitantes), tiene casi tanta animación como París, y posee lo que París no tiene, naturaleza fuerte, rocas coloreadas, sol y mar hermosos. Es el primer puerto de Francia, y tan importante como Amberes y Hamburgo.

Burdeos (352.000 habitantes), junto al Gironda; está cerca del Médoc, y por su río navegan los trasatlánticos.

Lille (201.000 habitantes); es un inmenso taller industrial en las llanuras de Flandes y tiene cercanos numerosos pueblos.

Toulouse ó Tolosa de Francia (235.000 habitantes), entre los



Isla de Córcega: Bastia. (Dibujo de Taylor.)

Pirineos y los Cevennes, cerca del Garona: está casi en el centro del mundo latino.

Nantes (141.000 habitantes); tiene hermosos muelles, junto al Loire.

Saint-Etienne-en-Forez (120.000 habitantes); es gran ciudad hullera, á orillas del Loire.

El Havre (115.000 habitantes); se encuentra junto á la desembocadura del Sena, y es el puerto de París para América.

Roubaix (105.000 habitantes); es una reunión de fábricas en el llano de Flandes.

Rouen (140.000 habitantes); está agradablemente situado junto al Sena, y tiene monumentos notabilísimos de la Edad Media.

Reims (115.000 habitantes); ocupa la ribera del Vesle, afluente del Aisne.

Merecen también mención especial, Niza, estación de invierno; Amiens, con magnífica catedral; Tolón y Brest, magníficos puertos de guerra; Orleans, junto al recodo del Loire; Calais, población industrial en la Mancha; Tours, ciudad principal del «Jardín de Francia»; Versalles, en una meseta de la orilla izquierda del Sena; Mans, Grenoble, Montpellier, Besanson, Nancy, Angers, Limoges, Rennes, etc., etc.

XI

Córcega.

A 180 kilómetros de Francia, 460 de Argelia y 90 de Italia, se encuentra una isla grande, tierra preciosa, italiana por el clima, la raza y el idioma, y francesa por sus sentimientos. El idioma francés la va conquistando poco á poco. Tiene 183 kilómetros de longitud, 84 de anchura máxima y 872.200 hectáreas. Su litoral posee magníficas bahías, como las de Saint-Florent, Calvi, Porto, Sagona, Ajaccio, Valinco, Santa-Mansa y Porto Vecchio, que es la más admirable. Estos soberbios asilos de buques, y en caso necesario de las armadas más poderosas, recortan el litoral del Norte y los granitos rojos del Oeste y el Sur; pero la costa oriental, va recta desde Bastia hasta cerca de Porto Vecchio, sin golfos, bahías ni caletas, siempre baja, con charcas y riachuelos extraviados.

Esta playa oriental que tiene 80 kilómetros de largo por 8, 10 y 16 de ancho, es digna por lo insalubre de Cerdeña, isla próxima, más grande y menos hermosa, separada de Córcega por los 22 kilómetros del estrecho de Bonifacio.

Los corsos del siglo XVI, XVII y XVIII, más temerosos aún del aire apestado que de los piratas berberiscos, huyeron de la ribera maldita. Cultivaban algunos pedazos de sus terrenos, dedicados al mismo tiempo á pasto de ganados, pero vivían lejos de la costa, en pueblos muy altos, resguardados de la *malaria* por espolones de montañas, cubiertos de bosques inmensos de castaños, que fueron las ciudadelas de la independencia corsa. Tales son los pueblos de la Castaniccia, que debe su nombre á estos castaños, muchos de los cuales, centenarios ó milenarios, son los gigantescos patárcas de la selva. Todavía no se atreven labradores ni pastores á acercarse á la orilla, porque, aunque hayan desaparecido los corsarios, sigue estando emponzoñado su aire.

Desde las bahías del litoral se puede subir á picos y crestas, siguiendo largos torrentes de aguas ruidosas, con nombres sonoros como Aliso, Liamone, Prunelli, Tavaria, Fiumorbo, Tavignano, etc.

Se llega á las crestas, ya por *maquis*, bosquecillos arborescentes y aromáticos, ya por lugares vacíos y pelados, ya por bosques profundos como el de Aitone, el de Valdoniello, el de Vizzavona, etcétera, de hayas, encinas, pins y abets.

Los picos más elevados, que yerguen sobre los bosques su blan-



157

Ajaccio. (Dibujo de Taylor.)

ca cima, son: el monte Cinto (2.707 metros) y el monte Rotondo (2.625).

Vive en esta feraz naturaleza una raza poderosa, sufrida, tenaz, vengativa, apasionada y fecunda. Hay 285.000 corsos en las 872.700 hectáreas, ó sea 32 por kilómetro cuadrado. La raza aumenta desde que se ha hecho pacífica, aunque muchos emigran á Francia, á Argelia y Túnez y á la América latina.

Los corsos sienten hoy todos un solo amor á las mismas patrias, Francia y Córcega, pero antes se odiaban mutuamente, valles y valles, pueblos y pueblos, familias y familias, y hasta en la aldea más miserable existía la mortal *vendetta* que á cada asesinato se hacía más enconada. Existen en Córcega todas las castas de meridionales; autóctonos desconocidos, fenicios, cartagineses, griegos, romanos, árabes, berberiscos, italianos, catalanes y franceses del Sur, pero todos están unidos; todos son corsos.

Esa isla maravillosa ha ganado más de cien mil almas desde principios del siglo XIX. Llegará á tener un millón de hombres si recobra la sombría espesura que se le arrebató, junta con el agua que salía de sus añosos bosques. Aunque todavía conserva mucho verdor y no tiene una sola montaña pelada por completo, Córcega ha perdido vastas arboledas; el *maquis*, después de haber sustituido al bosque, se va convirtiendo en viñedo.

La capital Ajaccio, junto á un golfo del Oeste, con 19.000 habitantes, no es tan grande como Bastia (22.000 habitantes), que desde el Este de la isla contempla el litoral italiano.



La siesta en el muelle. (Dibujo de Gustavo Doré.)

ESPAÑA

I

Península Ibérica.—Estrecho de Gibraltar.

La península ibérica que comprende á España y á Portugal, tiene 59.330.900 hectáreas (incluyendo las Baleares) con 22 millones de habitantes.

La parte correspondiente á España es de 50.451.700 hectáreas, con unos 18 millones de habitantes, que ascienden á más si englobamos las islas Canarias, frente á la costa meridional de Marruecos y á las puertas del desierto de Sahara. Resulta, pues, poco densa la población: de 33 á 35 personas por kilómetro cuadrado. Tiene España inmensas llanuras privadas de lluvias, con un clima muy riguroso; tórridas por su latitud y glaciales por su altura. Consecuencia de esas altas mesetas es la elevación media de España, equivalente á 700 metros sobre el nivel del mar. Únicamente la supera en esto Suiza, cuya altura media es de 1.300 metros.

Con una anchura de 13 kilómetros escasos en el punto más an-

gosto, enlaza el estrecho de Gibraltar, el Atlántico y el Mediterráneo, separando á España de Marruecos y á Europa de Africa.

Da paso á la corriente del Atlántico, gracias á la cual no se seca en parte el Mediterráneo, convirtiéndose en una serie de lagos. El Bósforo (que arrastra al Don, al Dnieper, al Dniester y al Danubio), el Nilo, el Po, el Ródano, el Ebro, el Júcar, y los afluentes enviados por el Cáucaso, el Asia Menor, Turquía, Italia, Grecia, Francia, España y el Norte de Africa, vierten en balde su inmenso tributo de agua dulce en la urna del Mediterráneo. La evaporación se lleva las tres cuartas partes de las ondas de este mar que se extiende desde la roca donde padeció Prometeo hasta los montes hendidos por Hércules. Pero por el Estrecho de Gibraltar, de 920 metros de profundidad, entra una corriente con la que restablece su equilibrio el Océano Atlántico «el Padre de las Aguas».

Separa, pues, á España de Africa el Estrecho de Gibraltar. Los picos agudos de los Pirineos, la separan al Norte de Francia, y una frontera ficticia establece los límites con Portugal.

En todo el resto de su contorno reinan las olas del Océano y del Mediterráneo, dando á España una costa de 2.125 kilómetros, de los cuales corresponden al Mediterráneo 1.149.

España tiene estepa y montaña, un sol que marchita y abrasa, pero que, cuando resplandece sobre tierras bien regadas, las convierte en jardines de Armida.

Más bien que nación compacta, es España una reunión de pueblos de origen común, de dialectos y costumbres muy diferentes, separados por espacios de desiertos ó por altas sierras, cuyos puertos están llenos de nieve cuatro ó seis meses al año.

II

El suelo.—La raza.

Aunque la península ibérica está casi rodeada por todos lados de aguas marinas, es una tierra esencialmente continental. El interior de ella carece de comunicaciones naturales con el mar, que sean fáciles. Este interior consta, en su mayor parte, de mesetas muy elevadas que terminan cerca del litoral en bruscos descensos, semejantes á los bastiones de una ciudadela. De esto resulta que las costas, aunque poseen muy buenos puertos, son menos visitadas de lo que debieran serlo, teniendo en cuenta la riqueza y la fertilidad del país.

La zona baja del litoral es demasiado estrecha para alimentar un comercio considerable, y los habitantes de las altas mesetas interiores tienen que descender muchísimo para venir á tomar su parte en el tráfico. Estas causas han quitado á España, en todas las épocas de su pasado, una gran parte del movimiento comercial que la correspondía en razón de su posición avanzada en el Océano, á la misma puerta del Mediterráneo. Esto ha hecho también que España no haya sido nunca una verdadera potencia marítima. Aun en los tiempos de su mayor poder, tuvo siempre que pedir prestada una gran ayuda á los navegantes extranjeros.

Después del descubrimiento de los caminos del Océano que llevan á América y al cabo de Buena Esperanza, la desembocadura del Guadalquivir y la del Tajo adquirieron una importancia mayor en el comercio del mundo que la costa mediterránea que mira á Roma y á Francia.

No hay que ver en esto los efectos de una pretendida fuerza de progreso, que empuja fatalmente la marcha de la humanidad de Oriente á Occidente. La verdadera causa está simplemente en la disposición general de la meseta ibérica. Lo mismo que la Italia peninsular, el territorio de España vuelve la espalda á Oriente para mirar á Occidente. Todo su suelo se inclina con una pendiente gradual hacia el Océano, pendiente por la que corren los ríos paralelos, el Miño, el Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir. La línea divisoria de las aguas se desarrolla por Oriente desde Tarifa á Teruel, en vecindad inmediata al Mediterráneo. Las bocas del Ebro rompen esta muralla con una brecha que es de acceso peligroso para las embarcaciones; pero á continuación de esta rotura, vuelven á comenzar las cordilleras del litoral. Casi toda la masa de España, por la parte del Mediterráneo, se oculta á los ojos de los navegantes como encerrada en un estuche de montañas. La «tierra de Occidente», que esta es la significación de la palabra Hesperia, que los griegos dieron á España después de haberla aplicado á Italia, resultó siempre alejada de las penínsulas orientales por esa costa mediterránea montañosa y abrupta, lo mismo que si hubiese sido transportada, muchos grados más allá, en las soledades del Atlántico.

Si la primitiva población de España, ibérica ú otra, no fué aborígen ó del mismo país (lo que sería temerario afirmar ó negar, dado el estado actual de nuestros conocimientos), es indudable que sus primeros habitantes entraron por el estrecho brazo de mar entre las Columnas de Hércules.

Por la parte del Océano era imposible la llegada de estos co-

lonos, á no ser en una época en que Irlanda estuviera más próxima á ella ó unida tal vez por alguna Atlántida desaparecida después en las aguas. Por la parte del Mediterráneo, las inmigracio-



Campesinos andaluces (Dibujo de Gustavo Doré.)

nes hubiesen sido más difíciles antes de descubrirse el arte de la navegación en alta mar. Aun después que los marinos griegos, masicotas, fenicios y cartagineses, sabían ya correr libremente el

Mediterráneo, jamás, al abordar las costas españolas, pudieron poblar otros terrenos que las zonas del litoral, á causa de la gran aspereza de las montañas que forman el reborde de las mesetas interiores. A todas las colonias que establecieron, sólo puede concedérselas una importancia puramente local, pues vivían en el aislamiento y no influyeron más que en pequenísimá parte en la mezcla étnica de las poblaciones del interior.

El fondo actual de la nación española es probablemente de raza ibérica. Los vascos, repelidos actualmente á los altos valles de los Pirineos occidentales, parece que ocuparon una gran parte de la península. Los nombres de muchas montañas y aguas corrientes, así como los de una gran cantidad de poblaciones, atestiguan su residencia y su dominación, en casi todas las comarcas de España, desde el golfo de Gascuña al Estrecho de Gibraltar.

Algunas tribus célticas, llegadas por las gargantas de los Pirineos, estableciéronse, en una época desconocida, diseminadas en pequeños grupos de raza pura, ó mezclándose con los aborígenes hasta formar naciones que recibieron el nombre compuesto de celtíberas. Estas poblaciones de sangre cruzada habitaron, especialmente, las altas mesetas que actualmente se designan con la denominación de Castillas. Los celtas puros, á juzgar por los nombres que aún conservan ciertos lugares, ocuparon Galicia y una gran parte de Portugal. Los iberos tenían su principal foco de civilización en las partes meridionales de la península. Avanzaron considerablemente en las mesetas; poblaron los lugares más fértiles de la región mediterránea, el valle del Ebro y las dos vertientes de los Pirineos; penetraron en las Galias hasta el Garona y la base de los Cevennes, y después, costeano el litoral de los golfos de León y de Génova, sus más avanzadas tribus, llegaron hasta más allá de los Apeninos, como lo demuestra el encontrarse aún hoy nombres ibéricos en los Alpes Tessinos.

A estos elementos primitivos vinieron á unirse los colonos en viados por los pueblos comerciantes del Mediterráneo. Cádiz y Málaga son ciudades de origen fenicio; Cartagena es la heredera de Cartago; la antigua Sagunto fué fundada por los emigrados de Zante; Rosas era una colonia de Rodas, y las ruinas de Ampurias recuerdan la Emporion de los masiliotas, la triple ciudad donde según Tito Livio, vivían en tres grupos amurallados, dentro de la, fortificación común, los iberos, los griegos y los romanos.

El viejo origen ibero y celta del pueblo español, sólo por la influencia de Roma podía ser modificado profundamente. Después de una guerra de cien años, se hicieron por fin los romanos dueños

de la península, y los colonos italianos pudieron sin peligro establecerse en los campos, lejos de las ciudades y de los sitios fortificados.

Poco á poco la cultura italiana se extendió desde el litoral, y desde el valle de Betis (Guadalquivir), hasta los repliegues menos frecuentados de las mesetas interiores. A excepción de los montes habitados actualmente por los vascos, la influencia romana se esparció por todo el territorio y la lengua de los conquistadores fué pronto la de los vencidos.

En la formación del pueblo español, la parte de los romanos es considerable. Ibérica y celta de origen, España se convirtió en nación latina, por su lenguaje y por el molde en que tomó forma su pensamiento.

Cuando el desplome del imperio romano hizo acudir de todas las extremidades del mundo á los hombres de presa, los suevos, los alanos, los vándalos y los visigodos invadieron sucesivamente á España. Gastados por su victoria tanto como por los cambios de vida y de clima, y empujados por los que venían tras ellos marchando sobre sus huellas, los primeros conquistadores desaparecieron sin dejar rastro de su paso. Los alanos nómadas se perdieron en medio de las poblaciones lusitanas ó fueron exterminados en masa por otros invasores. Los suevos, tribu teutónica de raza pura, se fundieron poco á poco con los habitantes de Galicia; los vándalos abandonaron las ricas ciudades de la Bética, donde habían vivido algunos años, por ir á conquistar un reino efímero en Africa. Los visigodos, llegados más tarde, por ser más numerosos y tal vez por estar dotados de mayor fuerza de resistencia, echaron raíces en las mesetas invadidas, y la influencia que ejercieron sobre la raza, persiste en la lengua, las costumbres y el espíritu de los españoles. Es posible que la pomposa gravedad castellana sea una herencia de los visigodos. Además, el tipo físico de estos conquistadores escandinavos se ha conservado en ciertas provincias, especialmente en Castilla la Vieja, Asturias y Galicia, donde se encuentran hoy gran número de rubios.

Después de la invasión de la Europa septentrional, el Africa, á su vez, vertió su contingente de razas sobre esta península, que depende geográficamente de dos partes del mundo.

Al principio del siglo VIII los musulmanes de la Mauritania desembarcaron en el Peñón de Gibraltar, y en el corto espacio de unos meses, la España, casi por entero, cayó en su poder. Es un error llamar árabes á los invasores de la península y hablar de la influencia de la raza árabe sobre el pueblo español. La invasión

fué africana, fué berebere, y en el moderno lenguaje geográfico puede llamársela «marroquí». Entre los primeros invasores de España no llegaban á 300 los de origen árabe. Hasta el año 1050 apenas hubieron, ni en el mismo Mogreb, grandes masas de árabes. El Oriente, debilitado por sus guerras civiles y religiosas, necesitaba todos los hombres y no podía enviar la más pequeña mesnada de islamistas para socorrer á los bereberes en su guerra santa contra los españoles.

Los que dominaron la península en pocos años, y después, durante siglos, defendiendo en mil batallas la Media Luna contra la Cruz; los guerreros, los constructores de acueductos, los arquitectos, los maravillosos decoradores, los artistas, los hombres de Córdoba y Granada, no fueron árabes más que en una minoría muy exigua; eran casi todos ellos bereberes de los diversos Mogrebs y del Sahara, antecesores notables de los actuales marroquíes.

Sólo cuando la invasión hilaliana arrojó todo un pueblo árabe en el Africa del Norte, entonces, sólo entonces, los compatriotas del Profeta fueron á combatir en España al lado de sus correligionarios del Mogreb. El hecho de estar el Korán en árabe, y ser esta lengua el idioma religioso de los invasores, fué lo que dió una apariencia de raza árabe y de dominación árabe á la invasión de España por los bereberes. Únicamente á partir de 1195, cuando la dominación africana llevaba siglos de existencia, se vieron grandes contingentes de orientales en las tropas que el Isiam oponía en España á las mesnadas cristianas.

Durante siete siglos el estrecho de Hércules bañó las dos costas de las tierras del «Sarraceno» y ningún obstáculo se opuso al paso de los comerciantes, colonos é industriales pertenecientes á todas las razas del Africa del Norte y á algunas de Asia. La influencia de estos emigrantes en la población aborigen, fué capital. Sobre el suelo de la península quedan 442 pueblos, cuyo nombre es de origen sarraceno: y llegan á miles los de la misma procedencia que designan valles, ríos, montañas, etc. Por los cruzamientos incesantes, se modificó de siglo en siglo el tipo originario de la raza, como lo prueban los rasgos fisonómicos de muchos habitantes de los distritos meridionales.

La Inquisición expulsó del reino cerca de un millón de moros, pero éstos eran sólo musumalnes recalcitrantes ó convertidos de problemática fe. La gran masa de la población que se llamaba española, no tenía en sus venas, menos que éstos, una parte considerable de sangre berebere, con algo de semítica.

La misma lengua castellana nos demuestra cuán grande fué

en la península la influencia de los sarracenos. De éstos recibió su lenguaje, muchas más palabras que del idioma germánico de los visigodos. Unas dos mil palabras semíticas que designan objetos ó ideas, perduran en el castellano, como testimonio del desarrollo industrial y científico de los sarracenos de Córdoba y Granada. Algunos autores creen que el sonido gutural de la letra *j* es también de procedencia árabe; pero los estudios geográficos desvanecen esta afirmación. Esta letra se marca con más fuerza de pronunciación, justamente en las provincias donde menos penetraron los árabes. Por otra parte, la lengua de Portugal, país que fué dominado por los árabes, no conoce la *j* castellana, lo que hace creer que es de origen local y procede de los primitivos pobladores.

Sólo en las provincias Vascas, Asturias y Galicia, se nota en la nomenclatura de sus pueblos la falta de esos nombres que revelan su origen árabe, y en su mayoría empiezan por *al*, *ben*, *beni* ó *guad*.

En Andalucía, Murcia, Valencia y una parte de Castilla, abundan mucho estos nombres. Se encuentran hasta el Norte del Duero, como *Valladolid*, ó en el país del Ebro, como *Calatayud*, que significa «Castillo de los Judíos». En el lenguaje castellano, lo mismo que en el portugués, queda una exclamación característica, que no puede ser más musulmana. El *jojalá!* español y el *joxalá!* portugués, significa *¡quíéralo Alá!*

Al mismo tiempo que los moros, prosperaron singularmente los judíos, sobre el suelo de España. Antes de que llegasen aquéllos ya vivían los hebreos establecidos en la península, y por odios de raza, parece que ayudaron no poco á los africanos contra los españoles.

Se cree que existían unos 800.000 judíos en la península, antes de que comenzase su persecución. Hábiles y dúctiles como lo son en todas partes, tenían un pie en cada uno de los dos campos, sirviendo de intermediarios entre cristianos y musulmanes, no sólo por el comercio y la industria, sino por el ejercicio de la medicina y otras ciencias. Así se enriquecían, mezclándose en los negocios de unos y otros, y prestándoles el dinero necesario para que se degollasen en los campos de batalla. Para atender á los gastos de la guerra de la Media Luna y de la Cruz, igualmente santa entre mahometanos y cristianos, los reyes exprimían á sus pueblos, y los judíos, hábiles como agentes del fisco, eran los encargados en un campo y en otro de cobrar los tributos y oprimir á los vasallos, enriqueciéndose de paso.

Por esto, cuando triunfó la cristiana fe y los reyes, por resarcirse de los gastos de la cruzada secular, parecieron consentir otra

contra los judíos. fué con una verdadera explosión de furor salvaje que el pueblo se volvió contra ellos. Como dice Michelet, fueron perseguidos «con un odio inmortal, con una sed de destrucción,



Un gitano. (Dibujo de Gustavo Doré.)

que el hierro, el fuego, las torturas y las hogueras no saciaron jamás».

Indudablemente algunas familias de judíos, convertidos al catolicismo por el miedo, consiguieron salvar su existencia, mezclándose después, por alianzas, con la gran masa de la nación, pero el elemento israelita puro, apenas se encuentra claramente en la

población española. La raza fué más que perseguida: fué extirpada ferozmente.

Más felices que los judíos, los Tziganos ó Zíngaros, llamados Gitanos, ó sea «Egipcios», son aún muy numerosos en España, hasta el punto de dar una fisonomía especial á ciertos barrios de las grandes ciudades. El desprecio que inspiraron siempre y la facilidad y el apresuramiento con que practicaron la religión nacional, para evitarse molestias y peligros, les valió el ser tolerados en toda la península.

La Inquisición que llevó á la hoguera tantos judíos, moros y cristianos heréticos, jamás quemó á un gitano. Se contentaba con hacerlos perseguir por la policía de la Santa Hermandad, como vagabundos y cuatrerros. Así han podido vivir en paz, y en muchas poblaciones españolas son ciudadanos, tranquilos y sedentarios, con vecindario fijo y un oficio regular. A pesar de esto, disminuyen á causa de los cruzamientos que los hacen desaparecer en la gran masa de la población. De los grandes estudios que sobre este pueblo nómada ha hecho Miklosie, resulta que los gitanos de España descienden de unos antepasados que vivieron durante varias generaciones en la península de los Balkanes. Su idioma contiene muchos centenares de palabras eslavas y griegas, que atestiguan una larga permanencia en la Europa Oriental.

Como hace constar Bourgoing en su libro sobre España, los caracteres ofrecen en este país tales contrastes, que el retrato de un gallego se parece más al de un francés de Armórica que al de un catalán; y un andaluz hace pensar más en un hijo de la Gascuña, que en cualquiera otro de sus compatriotas.

En medio de tantas diversidades, procedentes del suelo, de la raza, del clima y de las costumbres, es difícil imaginarse un tipo general que represente fielmente á todos los españoles. Sin embargo, la mayoría de los habitantes de la península tienen ciertos rasgos comunes, que dan á la nación, en conjunto, cierta individualidad. Aunque cada provincia tenga su tipo particular, estos tipos se asemejan en algunos de sus aspectos, hasta el punto de hacer posible el forjarse en el pensamiento una especie de español ideal, prudente como un gallego, y alegre y ruidoso como un andaluz. La obra nacional ha sido común durante muchos siglos, especialmente en la época de lucha con los moros; y de esta comunidad de acción, unida al parentesco de los orígenes, proceden ciertos rasgos que son generales en todas las poblaciones de la península.

Comúnmente, el español es de talla reducida, pero sólido, mus-

culoso, de una agilidad sorprendente, infatigable para la marcha, duro á todas las privaciones. La sobriedad del ibero es bien conocida. «Las aceitunas, la ensalada y los rábanos, son la comida de un caballero»—dice un antiguo proverbio nacional—. Su resistencia para los sufrimientos físicos, tiene mucho de maravilloso. Apenas se comprende cómo los valerosos *Conquistadores* (1) pudieron resistir fatigas tan sobrehumanas en el terrible clima y las pavorosas soledades del Nuevo Mundo. Con todas estas cualidades extraordinarias, el español bien dirigido, es indudablemente, y así lo atestigua la Historia, el primer soldado de Europa. Posee la acometividad del hombre del Mediodía, la fuerza del hombre del Norte, y no necesita, como este último, para sostenerse, de una alimentación abundantísima.

Las cualidades morales del español no son menos notables, y debían haber proporcionado á su nación mejor fortuna que la que tiene. Sean cuales sean las diversidades provinciales, el español, por lo general, aunque indolente y descuidado en su vida cotidiana, se distingue de los demás pueblos por una resolución tranquila, un coraje persistente, una infatigable tenacidad, que según su empleo, bueno ó malo, contribuyen unas veces á su gloria y otras á su infortunio. El cortesano y el empleado escéptico, pueden llegar á besar la mano que les paga, cambiando de amo con indiferencia; pero cuando el español del pueblo abraza una causa, es hasta la muerte. Mientras le quede un soplo de vida no se confesará nunca vencido, y si muere, detrás de él vendrán los hijos para luchar con el mismo encarnizamiento que el padre. De aquí la larga duración y las heroicas resistencias de sus guerras nacionales y civiles. La reconquista de España sobre los invasores moros duró siete siglos; la toma de posesión de Méjico, del Perú, de toda la América Andina, fué un largo combate de más de un siglo; la guerra de la Independencia contra Napoleón, ofreció un ejemplo de sacrificio y de patriotismo colectivos, como se verán pocos en la historia, y los españoles pueden decir con orgullo, que, durante cuatro años de incesante combate, los franceses no encontraron entre ellos ni un solo espía que se pusiera á su servicio.

Dignos hijos de la madre patria, los criollos de la América continental sostuvieron contra los españoles su guerra de emancipación, que duró más de veinte años, y los hijos de Cuba han conse-

(1) En español, en el original, como muchas citas, refranes, etc., que menciona el autor más adelante, conservando su forma castellana. (Nota del traductor.)

guido su independencia después de dos luchas tenaces, heroicas por una y otra parte, que muy pocos pueblos de la tierra hubiesen sostenido con tanta fiereza. Las dos guerras carlistas en la península, no hubieran sido posibles tampoco en otro país. En España no tienen eficacia los golpes, que en otra parte son decisivos y mortales. Los vencidos del día anterior vuelven á levantarse, y al siguiente reanudan la lucha con mayores energías.



Una noria. (Dibujo de Gustavo Doré.)

No es, pues, extraño que el español, consciente de su valor, hable de sí mismo, cuando le persigue la mala suerte, con una arrogancia que en otro cualquiera parecería fanfarronada. «El español es alabancioso como un gascón—ha dicho un viajero francés—; pero es un gascón trágico». En él, los actos siguen siempre á las palabras. Parece jactancioso, pero si alguien tiene derecho á serlo, es él.

Tiene el español cualidades que parecen contradictorias. Con toda su altivez, es simple y franco en sus maneras, y si se muestra orgulloso de sí mismo, no por esto deja de ser atento con sus semejantes. Muy perspicaz para adivinar los defectos y vicios del prójimo, no desciende sin embargo hasta menospreciarle. Hasta cuando mendiga, lo hace con cierta dignidad, guardando algo de su actitud noble. Una insignificancia le hará desbordarse en torrente de voces sonoras; pero que el asunto sea de importancia, y le bas-

tará una palabra, un gesto. Es con frecuencia grave y de solemne aspecto, tiene un gran fondo de seriedad, una rara solidez de carácter, y junto con esto, una alegría bondadosa. La ventaja inmensa, inapreciable, que tiene el español sobre los demás europeos (exceptuando en algunas ocasiones al castellano viejo), es la de ser feliz á poca costa. Nada le inquieta, se acostumbra á todo, acepta filosóficamente la vida tal como se presenta, la miseria no le asusta, y sabe, con una ingeniosidad asombrosa, extraer las escasas alegrías de la situación más difícil y triste. Ningún héroe de novela tuvo una vida más accidentada y más alegre que Gil Blas, en el cual pueden reconocerse muchísimos españoles. Y, sin embargo, su época era la de la sombría Inquisición; pero el aterrador Santo Oficio no consiguió ahogar la alegría del carácter español. Para ella, el paraíso estaba en las riberas del Manzanares, y según el antiguo refrán, la vida en el cielo sólo era tolerable «con un ventanillo para ver Madrid».

A todos estos contrastes, que parecen extraños, de jactancia y de valor, de bajeza y grandeza, de grave dignidad y descuidada alegría, se deben las contradicciones aparentes de conducta, las bizarras alternativas de actitud, que asombran y desconciertan al extranjero y que el español encierra en el título de *locas de España!*, como si sólo él pudiera penetrar en el secreto de esta vaga denominación. Realmente es difícil explicar tanta debilidad al lado de tantas cualidades; tanta superstición é ignorancia, con un buen sentido tan claro y una ironía característica; tanta ferocidad en ciertas empresas, poseyendo un natural magnánimo; el furor de la venganza con el tranquilo olvido de las injurias; una práctica simple y antigua de la igualdad, con todas las violencias de la opresión... A pesar del apasionamiento y el fanatismo que llevan á sus actos, aceptan resignados todo aquello que no pueden impedir.

En esto son iguales á los musulmanes. No repiten, como el árabe: «Estaba escrito», pero dicen, no menos filosóficamente, su antiguo refrán: *Lo que ha de ser, no puede faltar*; y envueltos en su capa y en su manta, contemplan con dignidad cómo pasa el oleaje de los acontecimientos.

«Los españoles parecen más prudentes y previsores que lo son en realidad», dijo hace más de tres siglos el canciller Bacon. En ellos está muy generalizada la pasión del juego y se dejan llevar por su destino, dispuestos á la victoria, y no menos preparados para el fracaso. ¡Cuántas veces esta serenidad fatalista ha dejado realizarse graves males, que podían haberse evitado con un poco de voluntad!...

En el curso de los siglos se ha creído muchas veces en la decadencia y el agotamiento irremediables de esta nación. Viendo las ruinas acumuladas sobre el suelo de España, presenciando las luchas, que se han prolongado indefinidamente sobre su tierra ensangrentada, algunos historiadores, que no tenían una idea cierta de los lazos de solidaridad que existen entre las naciones, han hablado de los españoles como de un pueblo absolutamente muerto. El retroceso terrible que ha sufrido el poder castellano en los últimos tres siglos, explica este error. Hasta en las cercanías de su capital y de sus grandes ciudades, ¡qué de campos antes cultivados que, por sus nombres de *despoblados* y de *dehesas*, hacen recordar á los moros, violentamente expulsados, y á los cristianos retirándose con desaliento ante el desierto, cada vez más grande! ¡Qué de ciudades y pueblos, cuyos edificios ruinosos atestiguan, por la belleza de su arquitectura y la riqueza de su ornamento, una civilización local más vigorosa y superior hace siglos que la de hoy! La vida parece haber huído de esas piedras en otro tiempo animadas: hasta la misma España, como potencia política, parece un harapo comparada con lo que fué en tiempos de Carlos V.

En su famosa obra sobre la *Civilización*, Buckle intenta explicar la larga decadencia del pueblo español por diversas razones; basadas unas en el clima y en la naturaleza del suelo, y las otras en la evolución histórica. La sequedad de una gran parte del territorio, los vientos ásperos que en las mesetas interiores suceden á los calores extremados, la frecuencia de los temblores de tierra en ciertos distritos, tales son las principales causas de orden material que pueden haber contribuído á hacer al español supersticioso y perezoso de espíritu. Pero la verdadera causa suprema y fatal ha sido, indudablemente, una larga serie de guerras religiosas en la península.

Desde el origen de la monarquía española, los reyes visigodos defendieron con encarnizamiento el arrianismo contra los Francos. Luego, cuando los españoles á su vez fueron católicos, y no tuvieron que guerrear contra otros cristianos, en defensa de su fe, se presentaron los musulmanes en la península, con una lamentable oportunidad, y la historia de la nación no fué más que una pelea íncesante. Durante veinte generaciones, las guerras religiosas, consideradas en otros países como un suceso excepcional, fueron en España un estado permanente. De esto resultó que el patriotismo de raza y de lengua en los españoles se identificó, casi por completo, con la supeditación y los mandatos de los sacerdotes. Todo combatiente, desde el rey al último arquero, era soldado de la fe más

que defensor de la tierra natal, y, por consecuencia, su primer deber era el de someterse á las órdenes de los hombres de la Iglesia. Los resultados de esta larga sumisión del pensamiento, habían de ser fatales.

El clero tomó posesión de las mejores tierras conquistadas á los infieles, acaparó los tesoros para sus conventos y sus catedrales, é hizo más todavía, apoderándose del gobierno, de la sociedad y de la fiscalización de su pensamiento, con la organización de temibles tribunales. Desde principios del siglo XIII, el «Santo Oficio» de la Inquisición funcionó en el reino de Aragón. Cuando los moros fueron expulsados definitivamente, la acción de este tribunal se mostró omnipotente y hasta los reyes temblaron en su presencia.

Pero mientras las guerras religiosas fomentaban la bajeza moral é intelectual de los españoles, otras causas trabajaban en sentido inverso, desarrollando los elementos de progreso. Este es el lado de la compleja cuestión, que Buckle se ha olvidado de tratar. Para sostener la lucha contra los musulmanes, y para apoyar su autoridad contra los señores levantiscos y ambiciosos, los reyes tuvieron que respetar, y hasta favorecer, la libertad de los pueblos. Sólo á este precio podía adquirir la guerra un carácter nacional. Las poblaciones, al ser libres, tomaban parte en el gran conflicto con plena voluntad; ellas eran las que votaban los fondos para la guerra, y en muchas de las Cortes, sus delegados ni siquiera permitían que los representantes de la nobleza y del clero se sentasen á su lado. A principios del siglo XI, doscientos cincuenta años antes que se hablase en Inglaterra de instituciones representativas, ciudades de León, de las Castillas y de Aragón, se administraban por sí mismas y traducían sus usos y costumbres en leyes. Los soberanos no podían entrar en las poblaciones sin previo consentimiento de su municipalidad. Gracias á esta autonomía que proporcionaba á los españoles inmensas ventajas sobre los otros pueblos de Europa, las ciudades y villas de la península progresaron rápidamente en industria, comercio y cultura. El alto grado de perfeccionamiento á que llegaron la literatura y las bellas artes en el período de florecimiento nacional, atestiguan una preparación de siglos, en el seno de los municipios españoles, donde se elevaban tan hermosos edificios y de donde surgían tantos hombres de valer. Muchas ciudades hasta comenzaron á librarse del yugo eclesiástico. Muchos años antes de Lutero, se reservaban el derecho de no dejar proclamar las indulgencias, hasta haberse capacitado de su conveniencia y finalidad. En otras poblaciones, las libertades municipales contri-

buían á desarrollar esa dignidad tranquila, ese respeto mutuo, esa nobleza de maneras, que parecen ser un privilegio de raza en todos los españoles.

Entre estas fuerzas opuestas, tendiendo unas á favorecer la iniciativa individual y otras á suprimirla en beneficio de la Iglesia y la centralización monárquica, el estallido de una lucha directa era inevitable. Cuando la reconquista de España por los cristianos llegó á su fin, el fervor religioso, la fidelidad á los soberanos y el patriotismo local, no tuvieron ya que marchar juntos, persiguiendo un mismo fin, y comenzó la guerra interior. Pero ésta terminó pronto en provecho de la Iglesia y del poder real. Los *Comuneros* de Castilla, que se habían constituido en defensores de las libertades locales y regionales, fueron mal secundados por los habitantes de otras provincias. Hasta los moros de la Alpujarra ayudaron al aplastamiento de la causa popular. Auxiliados por el oro de Portugal y de América, los generales de Carlos V mataron á los defensores de la antigua libertad y un silencio de muerte se hizo en las poblaciones de la península, hasta entonces tan alegres y activas.

El descubrimiento del Nuevo Mundo, que precisamente se hacía en aquella época, sin otro fin inmediato que enriquecer á la Monarquía, fué para la nación una desgracia más grande que todas las anteriores. La expatriación de la gente joven y audaz, de todos los amantes de aventuras que iban á conquistar el Eldorado, más allá del Atlántico, fué una de las causas que contribuyeron más poderosamente á la decadencia de España. Los más valientes y vigorosos partían; sólo los débiles, los que tenían miedo á la muerte, quedaban en su casa. Así fué como poco á poco la madre patria se encontró privada de sus hijos más activos y valerosos. La energía y el espíritu aventurero de la raza encontraron un derivativo en la toma de posesión del Nuevo Mundo, y ebria la nación con sus glorias de Ultramar, se dejó oprimir en el propio suelo por sus amos, sumiéndose en la mayor ignominia. Un buque muy cargado de velas naufraga á la menor tormenta; del mismo modo España, demasiado débil para soportar la inmensidad de su poder colonial, al que todos los años se unían nuevos y vastos territorios, se hundió bajo el peso de sí misma.

Las enormes cantidades de oro y plata que las minas del Nuevo Mundo proporcionaban al Tesoro de la metrópoli, fueron otro elemento de empobrecimiento y desmoralización. En dos siglos, del año 1500 al 1702, los envíos de metales preciosos hechos por las colonias, se elevaron á la monstruosa suma de 54.000 millones de pesetas. Tales tesoros, adquiridos sin trabajo ó derrochados en

obras de corrupción, debían dar por resultado el desarrollar con exceso la indolencia natural del país. El oro llegaba sin esfuerzo alguno, sin que nadie se tomase la pena de ganarlo. En vez de producir en el país, se compraba todo fuera, y las riquezas de América no hacían más que pasar por España, pues apenas llegadas, tomaban el camino del extranjero. Después, cuando las colonias no pudieron ya mantener á la madre patria, todos los que estaban acostumbrados á la pereza, tuvieron que buscar su vida en la mendicidad burocrática, más baja aún y más disolvente.

Sin ninguna agresión exterior, y por el solo efecto de su debilidad interna, la nación decayó con una rapidez jamás vista en el mundo. Después de la expulsión de los moriscos, que eran los ciudadanos más industrioses, cesó toda actividad. Los talleres se cerraron por millares en las ciudades; los procedimientos antiguos de fabricación se perdieron (y muchos aún no se han encontrado), faltos de artesanos que los ejercitasen; el comercio, entregado al monopolio, hizo el vacío en los puertos y mercados, y, según dicen las crónicas, en Navarra los campos hubiesen quedado yermos, en las cercanías de las poblaciones, por falta de brazos, si los campesinos del Bearn no hubiesen pasado la frontera para cultivarlos. Los jóvenes de España, ó iban á pelear en lejanas tierras ó se hacían frailes, buscando el privilegio de la tranquilidad.

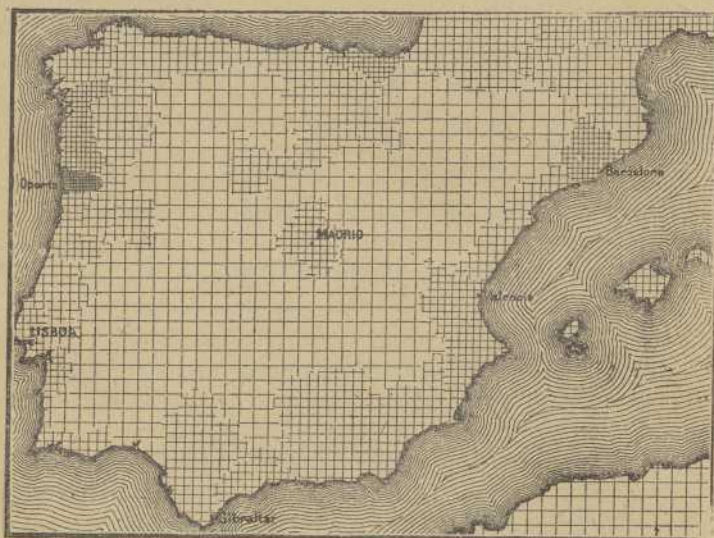
Existían entonces unos 9.000 conventos de hombres, cuyos campos eran cultivados á costa del resto de España. Todo estudio serio cesó en las escuelas y las Universidades. Las matemáticas y las demás ciencias «eran cosa de brujería» en la Universidad de Salamanca, según testimonio de un contemporáneo, el poeta Torres de Villarroel. «La ciencia era un crimen: la ignorancia y la estupidez, la primera virtud», según dijo Saint-Simón. El país se despoblaba: no nacían los niños necesarios para reemplazar á los muertos. Los españoles habían caído tan bajos, que hasta perdieron su renombre de valientes, con tanta justicia merecido. Si cuando se instauró la dinastía borbónica tuvo ésta que llamar á tantos extranjeros, franceses, italianos é irlandeses para que ocupasen las más altas posiciones, fué porque los españoles, refractarios al trabajo y privados de iniciativa, eran incapaces de desempeñar empleo alguno.

El observador que compara la España del presente con lo que fué, en su época de aterrador silencio, bajo el régimen de la Inquisición, no puede menos de reconocer y elogiar los grandes progresos que lleva realizados. Aunque desde principios del siglo XIX, España ha vivido entre llamas y en continua guerra (guerras invaso-

ras, guerras civiles, revoluciones y *pronunciamientos*), ha trabajado como cualquier nación europea por las artes, las ciencias y la industria, y ha proporcionado al mundo, por algunos de sus hijos, más enseñanzas que durante los dos siglos de paz sepulcral que transcurrieron después de Felipe II.

Es indudable que si la vida de España no se gastase en disensiones intestinas y se aplicara por entero á obras de interés colectivo, su influencia sería considerable en el resto del mundo. Pero el

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN EN LA PENÍNSULA



geógrafo debe reconocer que, por desgracia, las condiciones del suelo de la península se oponen á toda agrupación libre de los habitantes, en un cuerpo sólido y compacto.

Aunque en el conjunto del organismo europeo la península ibérica presenta exteriormente una gran unidad de contornos y formas, no por esto deja de ofrecer en su interior, á causa de sus mesetas y sus montañas, una gran diversidad, que parece haberse transmitido de la naturaleza á los hombres que pueblan

su suelo. Todas las partes salientes y las entrantes de la meseta montañosa, han influido en los grandes cambios de las poblaciones de Iberia. En el borde oceánico y mediterráneo, en lo que pudiéramos llamar la franja de la península, todas las ventajas se encuentran reunidas: el clima es más dulce; la tierra fecunda se cubre de vegetación con mayor abundancia; la facilidad de las comunicaciones invita á los viajes y los cambios, y por esto, cultivadores, comerciantes y marinos se agrupan en estas regiones del litoral, donde han sido fundadas las principales ciudades. En la parte interior ocurre lo contrario. Las mesetas áridas, las rocas desnudas, los ásperos senderos, los inviernos terribles, los enormes cambios de temperatura y la falta de productos variados, hacen difícil la vida á sus habitantes y con frecuencia los jóvenes, atraídos por las llanuras dichosas que se extienden al pie de sus montes salvajes, emigran á ellas en gran número.

De esto resulta que la población se halla distribuída en zonas anulares de densidad. La cara ribereña de la península, que comprende las costas de Cataluña, Valencia, Murcia, Málaga, Cádiz, el valle de Guadalquivir y el bajo Portugal, así como al Norte la vertiente marítima de los Pirineos Occidentales, es la región viva por excelencia. En ella está el principal movimiento de los hombres y las ideas. Por otra parte, la capital, Madrid, situada en una posición dominante, casi en el punto medio de la nación, no podía menos de convertirse también, en un centro vital, por la red de vías de comunicación, cuyo centro ocupa. Pero está aislada, como gran núcleo de población, rodeada de territorios de escasos habitantes, que en algunos puntos llegan á convertirse en verdaderos desiertos.

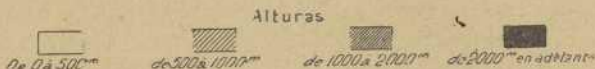
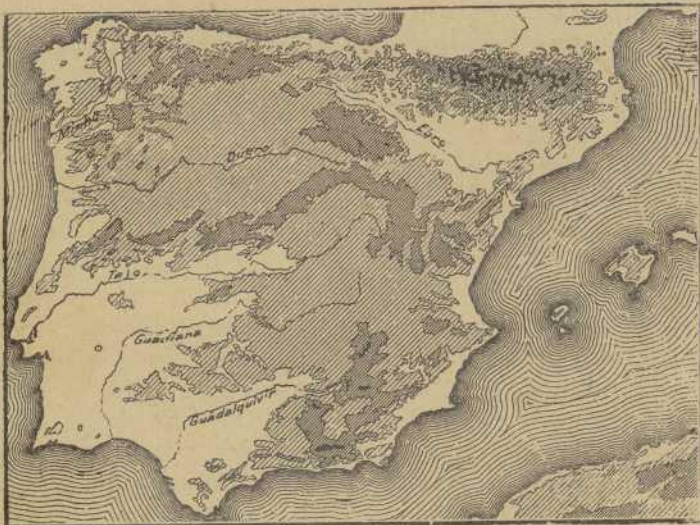
Esta desigualdad de población entre las llanuras del litoral y las mesetas del interior, ó mejor dicho, este desdoblamiento de la civilización peninsular, en una zona exterior que ocupa la costa y un núcleo aislado en el centro, deja entre éste y la periferia tierras poco pobladas y de escasa cultura.

Consciente de su propia vitalidad, animada por suficiente iniciativa para gobernarse por sí misma, cada una de estas provincias, vecinas al mar, ha mostrado siempre la tendencia más ó menos franca á aislarse y vivir una vida autonómica. Durante los setecientos años de ocupación por los moros, el odio de raza y de religión, común á todos los estados cristianos de la península, pudo mantener cierta unión entre los diversos reinos y facilitar el triunfo de la monarquía unitaria. Pero luego, para conservar esta uni-

dad ficticia, los gobiernos tuvieron que recurrir muchas veces á un sistema de terrorismo en Aragón, en Cataluña, en Valencia y en otras regiones, acabando de este modo con sus venerables fueros.

Portugal, que por su posición en el Océano, la importancia de su comercio y la vasta extensión de sus posesiones coloniales se había conquistado un puesto aparte, no sufrió la dominación de los castellanos, odiosa para ella, más que durante un siglo, y se separó como un pedazo de tela nueva se separa de un traje viejo

ALTITUDES DE LA PENÍNSULA



formado de diversos retazos. Al choque de los acontecimientos, la misma monarquía española estuvo próxima á desaparecer. Fué en vano que, por asentarse con mayor solidez en el interior, la autoridad real embruteciese al pueblo y lo empobreciera, cegando en apariencia las fuentes de sus ideas: incesantes revoluciones y guerras civiles entre provincias demostraron que, bajo la presión común, subsistía la fuerte individualidad de cada uno de los grupos naturales de población.

Es cierto que de año en año, los lazos de la unidad nacional

se estrechan con más fuerza entre los diversos pueblos de España, gracias á las vías de comunicación, á la creciente facilidad de los viajes y los cambios, á la sustitución lenta de los dialectos provinciales por un mismo idioma, á la agrupación general y espontánea que traen consigo el culto de las mismas ideas y la formación de los partidos políticos, pero no es menos cierto que catalanes, vascos, gallegos, andaluces, aragoneses, valencianos y madrileños, están aún muy lejos de constituir una nación perfectamente homogénea.

La inmensa popularidad que alcanzó la propaganda federalista, después de la revolución del 1868, demuestra que esta doctrina respondía á un sentimiento del país, tal vez no definido con claridad, pero ardiente y espontáneo. Cuando la Asamblea Constituyente de la pasajera República de 1873 resolvió por aclamación que esta República debía ser Federal, se decretó por primera vez la organización política de España con arreglo á su verdadera constitución geográfica.

Este amor á la autonomía provincial, latente en el fondo de todos los partidos españoles que se apoyan en la masa popular, ha intentado realizar su aspiración por la fuerza en varias guerras civiles, ya que no era posible lograrlo por el buen acuerdo. Tal es, con diversos nombres (carlismo, federalismo, cantonalismo, y otros elementos más recientes de disensión civil), la causa principal de las revoluciones y motines, y del general malestar que en los últimos años ha agitado á España.

Las poblaciones buscan su equilibrio natural, y en éste es condición indispensable el respeto á los límites trazados entre las provincias por su diferencias de suelo y de clima, así como por la diversidad de costumbres, que es una consecuencia de aquéllas.

Vamos, pues, á estudiar por separado, cada una de las regiones naturales de España, ó sea sus provincias geográficas, sin tener en cuenta las divisiones políticas y administrativas de las provincias oficiales, que han sido hechas con torpeza, olvidando las líneas de separación de las cuencas, y las fronteras de los dialectos.

III

Meseta Central.—Castillas, Mancha y Extremadura.

El centro, casi la mitad de la península, pertenece á la meseta de Castilla y León, que es doble, pues la granítica sierra de Gua-

darrama (2.405 metros) la divide en meseta de Castilla la Vieja y León, y meseta de Castilla la Nueva, Mancha y Extremadura.

La extensión considerable de este país, que forma casi una mitad de España, aseguraba por adelantado á las Castillas un puesto histórico preponderante. Por el hecho de su posición dominadora, los castellanos fueron anexionándose todos los territorios vecinos.

Las Castillas, que representan la España tradicional, no pueden llamarse un país hermoso. Por lo menos su belleza solemne, austera y formidable, no es de naturaleza para ser comprendida por la mayor parte de los viajeros. Vastas extensiones de su meseta, tales como la Tierra de Campos, al Norte de Valladolid, son antiguos fondos lacustres de una gran fecundidad, pero de una extremada monotonía, por la falta de variedad en los cultivos y la ausencia de todo arbolado (1).

La tierra se muestra al desnudo, con sus arcillas fuertes y sus arenas de diversos tonos, grises, azulados, de un rojo claro ó de un rojo de sangre. Sus caminos, por los cuales pasan las recuas de mulos levantando nubes de polvo, se confunden con las tierras cercanas. Otras partes de la meseta, están alteradas por montículos pedregosos, tostados por el sol y cortados por surcos, en los cuales los cardos silvestres y otras plantas espinosas, alternan con los cereales. Al Oriente de Madrid, la meseta toma el aspecto de un país de montañas. El horizonte está cerrado por faldas y cimas revestidas de una hierba pobre, y sombrías gargantas se abren entre paredes de rocas, mostrando en sus colosales resacaños el impulso de las aguas nacientes. Los pastos se extienden hasta perderse de vista (lo mismo que en la baja Extremadura), hasta la base de las montañas lejanas, y en estas llanuras, semejantes á ciertas pampas de América, la vista no tropieza con un solo árbol. A principios del siglo XIX, las tierras incultas, aunque fértiles por la naturaleza, ocupaban en Badajoz una extensión de 5.000 kilómetros cuadrados. Medio millón de hombres hubieran podido vivir con holgura en este desierto.

Al ver la triste desnudez de la mayor parte de estas llanuras,

	Superficie.	Población.	Población por kilómetro.
(1) Cuenca del Duero, Castilla la Vieja, sin Logroño y Santander	94.773 k. c.	2.179.330 hab	23 hab.
Cuenca del Tajo y el Guadiana	115.819 »	2.419.850 »	21 »
	210.592 k. c.	4.599.180 hab.	44 hab.

parece imposible que la meseta de Castilla fuese en el siglo XIV un bosque casi continuo, en el que eran más los osos, los ciervos, y los jabalíes que los hombres. Los campesinos sienten un prejuicio, casi un odio contra el árbol. Detestan el follaje que sirve de refugio al pájaro, ladrón de grano. «*Quien tiene el árbol tiene el pájaro*», dice el antiguo refrán, y para exterminar los pájaros (exceptuando las golondrinas) se han encarnizado en la destrucción de los bosques. En ciertas comarcas no quedan árboles más que en las soledades, lejos de toda vivienda. En otras, puede caminarse días enteros sin ver uno solo. El campo está reducido á tal desnudez que, como dice el refrán, «la golondrina, para atravesar las Castillas, necesita llevar con ella su provisión de grano». Aun en los campos cultivados, cree uno estar en un desierto después de la siesta. De lejos, las casas, construídas con tierra gris y guijarros, se confunden con el suelo que las rodea. El agua falta en muchas regiones de la meseta, como en las soledades de Africa. Algunas villas y pueblos que poseen una ó varias fuentes, proclaman alegremente con su mismo nombre la posesión de este enorme tesoro. Puentes enormes pasan sobre los barrancos, pero la mayor parte del año no se ve una sola gota de agua en estos lechos pedregosos, que los constructores del camino tuvieron que franquear con tantos esfuerzos.

La meseta de Castilla la Vieja, al Noroeste, comprendida entre 570 y 1.400 metros de altura, se extiende por las dos orillas del Duero, cuya cuenca tiene 9.500.000 hectáreas y encierra tres de las ciudades más célebres: Burgos, Valladolid y Salamanca.

El Duero (815 kilómetros de longitud), nace en la áspera Sierra Nevada de Urbión (2.139 metros de altura), junto á Soria, el país donde estaba Numancia, la altiva ciudad que prefirió la muerte á la rendición, acto propio de españoles, cuya tenacidad y amor á la independencia les han dado capacidad y valor, más que á otro pueblo cualquiera, para defender las ciudades palmo á palmo.

Al llegar el Duero á la llanura de Valladolid, á 12 ó 15 kilómetros al Sur de esta ciudad, de nombre árabe (*Blad Oualid*, ciudad de Oualid), recoge el agua del Pisuerga y el Adaja, y duplica con ellos su caudal, que no es muy grande, porque las mesetas por donde serpentea son poco lluviosas. El Pisuerga procede del Norte, de los Pirineos Cantábricos y pasa por Valladolid; el Adaja viene del Sur, de los montes de la Sierra de Gredos y del Guadarrama; es el río de Avila de los Caballeros ó Avila del Rey, ciudad fría, olvidada por la Edad Media en un valle por el cual pasa el ferrocarril de Irún á Madrid, antes de llegar, atravesando barrancos y pára-

mos, á los largos túneles del Guadarrama. Su afluente el Eresma, pasa por delante de la monumental Segovia, una de las poblaciones más frescas de España. Más abajo de Zamora (también nombre árabe, ó mejor dicho berberisco), acrecienta el caudal del Duero el lindo Esla, formado, como el Pisuerga, por torrentes, uno de los cuales pasa por León, ciudad que dió su nombre á uno de los antiguos reinos de España.

Al confluir con el Esla, convertido ya el Duero en frontera entre España y Portugal, se mete por un desfiladero hondo, estrecho y tortuoso, cuya pared izquierda se abre para dar paso al claro Tormes, que viene de Salamanca por la Sierra de Gredos (2.650 metros de altura), y al torrente de la fuerte Ciudad-Rodrigo, el Agueda, no menos límpido que el Tormes, ni menos celebrado por los poetas españoles.

La meseta de Castilla la Nueva, menos elevada que la anterior, se extiende por el centro de la península, entre el Guadarrama y Sierra Morena. En medio están los montes de Toledo y la Sierra de Guadalupe (1.558 metros), que la parten en dos. Al Norte de esa barrera común está la meseta del Tajo, y al Oeste., la del Guadiana, que abarca la Mancha y Extremadura. Como las lluvias que caen en la España interior proceden más del Atlántico que del Mediterráneo, cuanto más lejos se está del Océano, la sequedad aumenta y los ríos menguan. La cuenca del Duero, separada del Atlántico por los Pirineos ibéricos y Galicia, recibe unos 500 milímetros de lluvia al año, y por eso sus ríos son mayores que el Tajo. La cuenca de éste, donde caen unos 400, tiene más agua que la del Guadiana, en la cual no llega la lluvia á 350.

Todas esas mesetas de la España central, como ya hemos dicho, parecen tristes y bastante feas. Son pródigas en campos cenicientos, fértiles en granos, escasas de árboles, con barrancos sin agua y páramos donde pacé el ganado. De cuando en cuando levanta algún pueblo, entre el bálago de la llanura y los pedregosos cerros, casas viejísimas que parecen desiertas. Vense en el horizonte sierras peladas, surcadas pocas veces por torrentes; en invierno, hay fango y nieve; en verano, polvo y sol abrasador. Todo el año sopla el viento con furia sobre campos de trigo, montes y páramos pelados.

La guerra con los moros, la matanza de los mahometanos vencidos; el gran vacío que se notó después del descubrimiento de América y de la conquista de Méjico y Perú por los extremeños Hernán Cortés y Francisco Pizarro, cuyo rico botín atrajo á millares de hombres allende los mares; los destrozos causados por los

carneros trashumantes que, bajo el amparo de la Mesta, arrasaban dos veces al año el país, al ir desde las llanuras del Sur á las montañas de León, y al volver desde los montes fríos á los cálidos llanos, todo esto contribuyó á despoblar vastos distritos de España.

Los canales de irrigación se rompieron ó cegaron; las norias dejaron de girar; los campos se quedaron de barbecho; las cabras ramonearon los arbustos; los carneros arrancaron las hierbas, y montes y mesetas se convirtieron en despoblados. Otra causa de la fealdad de los campos del centro es, como ya hemos dicho, el odio del labrador á los árboles.

Al Sudeste de la meseta castellana está la Mancha, una feísima llanura, un vasto campo de cereales, prodigiosamente rico en granos cuando el año es lluvioso. Para moler esos granos están los molinos de viento que atacaba Don Quijote. Ante la aridez de esa campiña, cuando se siente el viajero abrumado por los rayos que caen del cielo, y las reverberaciones que brotan de la tierra, se comprende ese amor apasionado á las corrientes de agua, expresado en todos los poemas de Oriente, desde el romance castellano hasta los salmos hebreos y el Cantar de los Cantares. El que no ha recorrido un camino seco y deslumbrante, respirando el aire abrasador de los campos, no comprenderá nunca el grito del poeta: «¡Oh, fuente de los jardines! ¡Oh, pozos de agua viva! ¡Oh, arroyos suspendidos del Líbano!»

Los dos ríos de la meseta de Castilla la Nueva son el Tajo y el Guadiana. El Tajo recorre 895 kilómetros y su cuenca abarca 8.250.000 hectáreas. Baña la altiva roca de una antigua capital de España; la imperial Toledo, ciudad monumental, árabe y española á un tiempo, monástica y guerrera, precioso museo histórico, maravillosa y muerta. Más arriba y más abajo de Toledo corre por el fondo de los barrancos, por campos llenos en verano de polvo rojo, entre peñones tajados, escarpas sin árboles, hierbas abrasadas y arbustos marchitos á orillas de aguas fangosas. Más abajo de Puente del Arzobispo, su valle se convierte en un cañón; y cuanto más se aproxima á Portugal, más se estrecha la angostura, más se yerguen los muros y casi se podría saltar de un brinco el río, que se ensancha después como un lago á pocas decenas de leguas, para dar á Lisboa, uno de los puertos mejores del universo. Rápidos y cascadillas varían su curso, y en el salto del Gitano se precipita desde ocho metros de altura, con una anchura de 40. El Tajo arrastra, según dicen, partículas de oro, y los antiguos lo citaban al hablar del Pactolo, y del Hermus dorado por el metal del suntuoso Ganges, tesoro de la India.

En el territorio español son sus tributarios importantes el Jarama, el Alberche, el Tiétar y el Alagón. El Jarama se une con el Tajo en los linderos de los soberbios jardines de Aranjuez y arrastra las aguas del Lozoya (cuyo canal permite tener agua á la capital de España); del Henares, que pasa por Alcalá, patria del príncipe de los Ingenios castellanos, y del Manzanares, en cuya estéril llanura está Madrid. El Alberche contornea la sierra de Gredos y el Tiétar sigue al Sur esta alta cordillera. El claro Alagón recorre las aguas de las Batuecas y las Hurdes, circos desgarrados donde viven familias verdaderamente salvajes, seres flacos y mal vestidos con pieles y andrajos, entre basura y en cuevas inmundas, revueltos con las bestias, y separados en vida y costumbres del resto de los españoles.

Más abajo de su confluencia con el Alagón pasa el río Tajo bajo los seis ojos de un puente que tiene en el mundo pocos rivales. El puente de Alcántara lo mandó construir hace cerca de mil ochocientos años el emperador Trajano, de origen español. La torre que tiene en el centro se levanta hasta 60 metros de altura sobre el río. Como las tormentas y las nieves derretidas de la meseta no pueden desahogarse más que por esta garganta estrecha, el Tajo, al igual del Rhin en la Vía Mala, se eleva hasta más de 40 metros en las grandes crecidas.

El Guadiana (890 kilómetros) corre violentamente por una cuenca de 6.500.000 hectáreas. Nace á 608 metros de altura, en la Mancha, cerca de Villarrubia, por los Ojos del Guadiana, manantiales que dan tres metros cúbicos de agua por segundo. Supónese que proceden estas fuentes de las trece lagunas de Ruidera, que están más arriba. Los Ojos dan al Guadiana casi todo su caudal de verano, porque en dicha estación, casi ninguno de sus afluentes tiene agua. Uno de ellos, el Zujar, pobre y amarillento, viene de Almadén, la ciudad del mercurio. En Extremadura baña el Guadiana el cerro de Medellín, donde nació Cortés, el conquistador de Méjico, y después de pasar por Mérida, orgullosa con las ruinas de su acueducto romano y de su puente de 81 arcos construído en tiempo de Trajano, el río baña á Badajoz, plaza fuerte española que desde su llanura contempla á Elvas, fortaleza portuguesa encaramada en una colina próxima. En Portugal se tuerce entre Serpa y Mértola, por un canal de piedra viva, y corre en tumulto por las rocas del Salto del Lobo, en portugués «Pulo do Lobo».

En esas mesetas viven los castellanos. «El castellano es grande—dice Camoens—; su destino le hizo restaurador y dueño de España.»

Ha dado al país su lengua literaria y al pueblo español los principales rasgos de su carácter (1).

Las aguas corrientes de las dos Castillas tienen menos importancia geográfica de lo que se cree, al ver las largas y serpenteadas líneas que trazan al través de una mitad de la Península. La altitud, desde la cual caen estos ríos, y lo estrecho de los desfiladeros por los que escapan, hacen imposible todo intento de navegación importante. La cantidad de lluvias que cae en sus cuencas no es considerable para alimentar un curso de agua igual al de otros ríos de Europa. Los vientos lluviosos que vienen del mar ven detenida su humedad por los Pirineos cántabros, los montes de Galicia y los macizos graníticos de Portugal y Extremadura, y su agua la descargan en las vertientes atlánticas, no dejando más que una pequeña parte para las mesetas castellanas. Por término medio no llueve más que sesenta días al año, y además el sol y el viento evaporan rápidamente la lluvia. Toda la que recibe el suelo durante los meses de verano vuelve inmediatamente á la atmósfera, y si los ríos siguen, en esta época del año, arrastrando algún caudal de agua, procede ésta de los restos de la filtración invernal y de las fuentes profundas.

Los castellanos, impulsados por la naturaleza de su tierra y por la tradición, se dedican al pastoreo: pero á pesar de todas las ventajas del país, las razas de animales degeneran. España, que á mi-

(1) Altitudes diversas de las Castillas y Extremadura:

AL NORTE DEL DUERO			Metros.
	Mt.es.		
Páramos de Lora.....	1.088	Alto de la Cierva.....	1.837
Puerto de Brújula.....	980	Plaza del Moro Almanzor (sierra de Gredos).....	2.650
Pico de San Lorenzo (sierra de la Demanda).....	2.303	Peña de Francia (sierra de Gata).....	1.734
Pico de Urbión.....	2.246		
Sierra Cebollera.....	2.145	CUENCAS DEL TAJO Y DEL GUADIANA	
Pico del Moncayo.....	2.346		
SIERRA GUADARRAMA		Cerro de San Felipe (Muela de San Juan).....	1.800
Puerto de Somosierra.....	1.428	Paso de la vía férrea de Ma- drid á Alicante.....	710
Pico de Peñalara.....	2.400	Villuercas (sierra de Toledo)	1.559
Puerto de Navacerrada....	1.178	Colinas del Campo de Cala- trava.....	695
Puerto de Guadarrama....	1.533		
Paso de la vía férrea.....	1.359		

tad del siglo XVIII dió al resto de Europa sus famosos corderos merinos, se ha visto obligada á importarlos ahora del extranjero para regenerar sus rebaños. Lo mismo ocurre con sus mulas: antes eran famosas en el mundo, y ahora tienen que importarlas en gran número de Francia, comprándolas á los ganaderos de Poitou.

Los habitantes se asemejan á la tierra que los mantiene. Las gentes de las Castillas y de León son graves, concisas en su lenguaje, majestuosas en su actitud, iguales en el humor, y no pierden nunca su dignidad. Los que guardan la tradición de los buenos tiempos, parecen arreglar sus movimientos á las exigencias de una etiqueta pesada y monótona. Sin embargo, aman la alegría á sus horas y se cita especialmente á los manchegos por sus vivas danzas y sus *seguidillas* briosas. El castellano, aunque bondadoso y amable, es altivo entre los altivos. «*Yo soy castellano*», dice, y esta expresión vale en él tanto como un juramento. Pedirle más es insultarlo. No reconoce superiores, pero respeta el orgullo de los demás y los trata con la cortesía que se debe á un igual. La expresión *hombre* con que se interpelan los castellanos (y á imitación suya todos los españoles) no implica ni subordinación ni superioridad, y se pronuncia con un acento altivo y digno, como conviene entre hombres que todos se consideran del mismo valor. Los extranjeros que visitan por primera vez Madrid ó cualquiera otra ciudad de las Castillas, sienten atraída su atención inmediatamente, por la franqueza y la igualdad con que se hablan todos, pobres y ricos, elegantes y haraposos, sin altivez de una parte ni bajeza de la otra. Puede decirse que España es el país más democrático de Europa. La democracia no está consignada en las leyes, pero existe en las costumbres, como un elemento tradicional, á pesar de la Historia.

Aunque los castellanos han acabado por ser los dominadores del resto de España, gracias á su tenacidad y á la posición central de su país, no dominan, sin embargo, la capital de la nación. Madrid, lugar de reunión de toda la península, no es una población castellana más que en el sentido geográfico. Gallegos y cántabros, aragoneses y catalanes, gentes de Valencia y de Murcia, forman la muchedumbre que lo puebla, y en esta muchedumbre se hacen notar los andaluces, por la viveza de sus gestos, su animación y su facundia. No se ve ni se oye más que á éstos, y por ello se exponen á grandes errores los extranjeros, que los toman por verdaderos representantes del carácter español. En muchos extremos, estos hombres del Mediodía contrastan absolutamente con los españoles del Norte.

La invasión de Madrid y las Castillas por las gentes de las provincias, no es solamente el efecto natural de la centralización administrativa, comercial y política, sino que también es producto de la escasez de habitantes en la meseta central. La población presenta en ésta grandes vacíos, que los emigrantes de los distritos más ricos en hombres se apresuran á llenar. Los castellanos, incapaces de explotar por sí solos su país, se ven obligados á dejar que otros españoles se establezcan entre ellos. Además, la aspereza de su clima y la avaricia de su suelo, se oponen, como ya hemos dicho, al crecimiento de la población en las mesetas. Pero á estas causas naturales hay que añadir las que pertenecen al pasado; las causas históricas. Si los habitantes de Castilla no hubiesen vivido sometidos durante siglos á un régimen fatal, política y administrativamente, habrían utilizado mejor las ricas tierras que bañan el Duero, el Tajo y el Guadiana. Si la densidad de población en ciertas provincias castellanas es apenas de 13 habitantes por kilómetro cuadrado, hay que acusar de esto al hombre más que á la tierra.

Aunque falte á los historiadores toda estadística precisa en sus investigaciones sobre el pasado de España, se encuentran, sin embargo, documentos en los grandes escritores de otros siglos, que permiten afirmar que las mesetas castellanas fueron mucho más pobladas que en nuestros días. El valle del Tajo y las campiñas del Guadiana, estaban cubiertos de villas prósperas que hoy son miserables caseríos. El río fué navegable en algunos tiempos desde Toledo al mar, bien fuese porque arrastraba más agua, ó porque su lecho y sus riberas estaban mejor cuidados. Extremadura, que es hoy una de las provincias más desoladas y la que proporcionalmente á su extensión, nutre más parcamente á sus hombres, mantenía una grandísima muchedumbre en tiempo de los romanos. Allí floreció Augusta Emerita, la ciudad más considerable de la península. Durante la dominación de los moros, esta región continuó ocupando un lugar á la cabeza de las otras de Iberia. Sus llanuras fecundísimas, hoy más útiles á los animales que al hombre, daban los productos en abundancia.

Nadie ignora que los exterminios parciales de moros y la expulsión después de los que habían quedado en España, fueron una de las grandes causas de la decadencia de este suelo. Pero además de las causas particulares, otras generales contribuyeron á esta ruina. El gran número de *castillos* que dieron su nombre á las provincias centrales, la inseguridad del trabajo, la toma de posesión del suelo por los feudatarios de la Corona, las comu-

nidades religiosas de enorme opulencia, las Ordenes Militares, y otras instituciones de aquellas épocas, lograron como consecuencia fatal, el disgustar al cultivador de la tierra y alejarlo de ésta. Los campos quedaron yermos, la miseria fué general, ciudades y villas se despoblaron.

Más tarde, cuando Cortés, los Pizarros y otros *Conquistadores* originarios de la abandonada Extremadura, realizaron sus prodigiosas empresas en el Nuevo Mundo, toda la juventud valerosa se sintió arrastrada por su ejemplo. Las imaginaciones se inflamaron; una ansia general de aventuras se apoderó de los habitantes; la pacífica agricultura fué considerada como una profesión despreciable, y millares de hombres, que no podían embarcarse para América, fueron á buscar fortuna en las ciudades y en los ejércitos.

Como consecuencia de esto, las vastas extensiones se convirtieron en terrenos de pasto, los grandes propietarios de rebaños se apoderaron del país y cuarenta mil pastores, viajando siempre con sus bestias, sin tener mujer, y sin otra vida que la de la soledad, fueron arrebatados al trabajo de los campos y á la renovación de las familias. Por eso los extremeños, sumidos en esta vida selvática del pastoreo, aunque son tal vez los españoles mejores por su tenacidad y su energía, fueron llamados un tiempo *los indios de la nación*.

Al mismo tiempo que disminuía la población en las mesetas, perdía también la cultura conquistada. Después de haber sido España la iniciadora de Europa en las industrias, no supo ni imitar siquiera á las naciones que fueron sus discípulas. De todas las regiones españolas, León y Castilla la Vieja, son, después de Extremadura, las que han experimentado una ruina más completa en su comercio y su industria. Las poblaciones han hecho un rápido retroceso á la barbarie primitiva. Todas estas regiones, que dejándolas seguir libremente sus impulsos, hubiesen gravitado por razones geográficas hacia Lisboa, ven cortadas por una frontera puramente política sus comunicaciones naturales con el Atlántico, hacia el cual descienden sus ríos. En Castilla la Nueva, algunos distritos, especialmente Toledo, han descendido mucho, pero su decadencia no tiene punto de comparación con la del valle del Duero, allí donde se constituyó la principal fuerza de la España cristiana. La región que ocupa la vertiente septentrional de la sierra de Guadarrama, era hace tres ó cuatro siglos el lugar de la península más rico en manufacturas. Los paños y las lanas de Avila, de Medina del Campo y de Segovia, eran

célebres en Europa. Sólo las fábricas de Segovia ocupaban 34.000 obreros.

Burgos y Aranda del Duero eran ciudades comerciales é industriales de gran actividad. Medina de Ríoseco celebraba feria de tal importancia, por la cuantía de sus cambios, que se le daba el nombre de *India chica*. Bajo la presión asfixiante del fisco, de la gran propiedad y de los Tribunales religiosos, los habitantes de las altas campiñas del Duero abandonaron toda iniciativa, mostrándose absolutamente incapaces de luchar con la concurrencia extranjera. Por esto las regiones donde no existían moriscos que expulsar, se empobrecieron aún más que aquellos distritos donde los habitantes industriuos fueron expedidos luego en masa. Desaparecieron poblaciones enteras. Ciudades grandes y ricas cayeron en la miseria y la despoblación. «De Burgos no queda más que el nombre», decía un autor del siglo xvii. Hay que añadir, para explicar la decadencia general de las Castillas, que la falta de vías de comunicación y la carencia de combustible en sus llanuras sin un árbol, causaron un perjuicio mortal á las industrias del país, uniéndose á esto el que la vida nacional se condensaba en Madrid por el centralismo monárquico ó bajaba á las costas en busca de mejor sustento.

La despoblación y la ruina no hubiesen sido más que una desgracia secundaria, capaz de remediarse con el tiempo, á no haber ido acompañadas de un embrutecimiento general de los habitantes. La famosa Universidad de Salamanca y las demás escuelas del país se convirtieron poco á poco en colegios de depravación intelectual. En vísperas de la Revolución francesa los profesores de la Universidad salmantina «Madre de las Ciencias», se resistían aún á hablar de la gravitación de los astros y de la circulación de la sangre. El descubrimiento de Newton y el de Harvey, precedido por el glorioso español Servet, eran considerados por los sabios de Castilla como abominables herejías. Ellos se atenían en todo al sistema de Aristóteles, «único conforme con la verdad revelada». Si tal era la situación de las Universidades, júzguese de la profunda ignorancia y las alucinaciones infantiles de los habitantes de las provincias lejanas, á muchas de las cuales no llegaba en todo un siglo, un viajero que trajese con él los ecos del mundo exterior.

Es precisamente en la provincia de Salamanca, á 60 kilómetros apenas de este «hogar de estudios», que en medio del áspero valle de las Batuecas, bajo de las rocas de la Peña de Francia, viven aún poblaciones calificadas de salvajes, á las que se

acusa, indudablemente, con falta de verdad, de no conocer siquiera las estaciones del año. Muchas leyendas se han relatado á propósito de los selváticos habitantes de las Batuecas, á los que ya mencionamos, suponiendo que vivieron durante siglos aislados y desconocidos de los vecinos, hasta que dos amantes en fuga descubrieron casualmente la entrada del valle. Esto no es cierto. Documentos antiguos establecen que desde fines del siglo XI las Batuecas eran tributarias de una iglesia cercana, y que luego pasaron al dominio de un convento construído en el mismo valle. Sin embargo, de creer á ciertos viajeros, las gentes de las Batuecas, en su salvaje inconsciencia, ignoraban hasta cuál era su religión. Más al Sur, en las faldas orientales de la Sierra de Gata, está el territorio de las Hurdes, de tan difícil acceso como las Batuecas y cuyos habitantes han retrocedido también á una especie de estado salvaje.

Todas las regiones montañosas de las Castillas, alejadas de los grandes caminos, guardan aún poblaciones que, si no son bárbaras, viven por lo menos recogidas en sí mismas y fuera de lo que se llama civilización moderna. Pueden citarse los *charros* de Salamanca y, sobre todo, los famosos *maragatos* de las montañas de Astorga, casi todos carreteros y conductores de recuas. Antes de que existiesen ferrocarriles pasaba por sus manos una parte considerable del comercio de España. Se casan entre ellos, tal vez por guardar su puro origen, considerándose, con alguna razón, como los descendientes directos de una primitiva tribu de la Iberia. Son ordinariamente grandes y robustos, pero secos y angulosos. Dificilmente se encolerizan, pero una vez enfurecidos, son feroces. Su vestido tradicional ha desaparecido algo; pero antes era una de las notas más originales de la población de Madrid, á donde bajan los *maragatos* por razón de su industria. Cuando el comercio los empleaba en el transporte de sus mercancías, su fidelidad merecía grandes elogios. Llevaban de un extremo á otro de la península géneros y dinero, sin que nada faltase, defendiendo su depósito con la vida si era preciso, pues el *maragato* es bravo y aficionado á las armas. Mientras los hombres comercian ó van por los caminos, las mujeres cultivan la tierra; pero su suelo es árido y rocoso, y sólo da mezquinas cosechas.

A pesar de la fuerte originalidad de los castellanos y de sus poblaciones, se observa, como en todo el resto de Europa, una transformación lenta, y continua, que iguala á los hombres y las cosas, y hace desaparecer las costumbres y los trajes tra-

dicionales. Los castellanos van confundiéndose con los otros españoles, y todos juntos se parecen á las restantes poblaciones de Europa. Además, el extranjero invade lentamente el país para explotar las riquezas del suelo y dirigir la industria, y la población cambia sus agrupaciones, según los nuevos medios de vida que se descubren y las nuevas vías de comunicación que se trazan.

Ya no son las mismas ciudades de otros tiempos las que sirven de grupos de atracción.

Las vicisitudes de la historia, las peripecias de la guerra secular contra los moros, han proporcionado á muchas ciudades de Castilla el pasajero honor de llevar el título de capital. Los avances de la conquista y los retrocesos de la derrota, muchas veces el capricho de un rey ó la partición de sus dominios entre varios hijos, han sido causa de dar á las ciudades esta preeminencia momentánea, asegurándolas un lugar en la historia.

De las antiguas ciudades castellanas, las hay que conservan cierta importancia. Tal es León, antiguo cuartel de una legión romana (*septima gemina*), cuyo nombre corrompido de *Legio*, hace que la ciudad coloque leones en su escudo. Fué la primera ciudad de importancia que poseyeron los cristianos al comenzar la reconquista. Su muralla tenía una base, á trechos de mármol jaspeado. Su catedral es su mejor monumento y una de las más hermosas de la península por la elegancia de sus ventanales.

Astorga, que fué en tiempo de los romanos la «magnífica» Astúrica Augusta, no puede compararse con León, pues se halla en profunda decadencia. *Pallantia*, la Palencia moderna, goza de cierta prosperidad por su ventajosa posición, en un punto donde se encuentran varios valles fértiles y rutas comerciales. Como Astorga y León, tiene por monumento principal lo que casi todas las ciudades castellanas: una suntuosa catedral de la Edad Media. Palencia, como su vecina Venta de Baños, se encuentra en el lugar donde el gran tronco de vía férrea, que parte de Madrid, se ramifica hacia Galicia, Asturias, Santander, Bilbao, Irún y Francia, y esto le proporciona grandes ventajas. Es también en ella donde vienen á unirse las diversas corrientes que forman el Pisuerga, y sus aguas abundantes mueven las máquinas de muchas manufacturas de lanas.

Burgos, que ha conservado cierta preeminencia como antigua capital de Castilla la Vieja, ha decaído mucho en su primitivo esplendor. Sus calles y sus plazas ofrecen poca concurrencia. Pero á pesar de esta ruina, muéstrase orgullosa de su pasado,

de sus grandes edificios, de su Plaza Mayor, que presenció tantos autos de fe, de su castillo y especialmente de su catedral, monumento ojival del siglo XIII que tiene en el mundo pocos rivales por el número y finura de las esculturas y la ligereza de



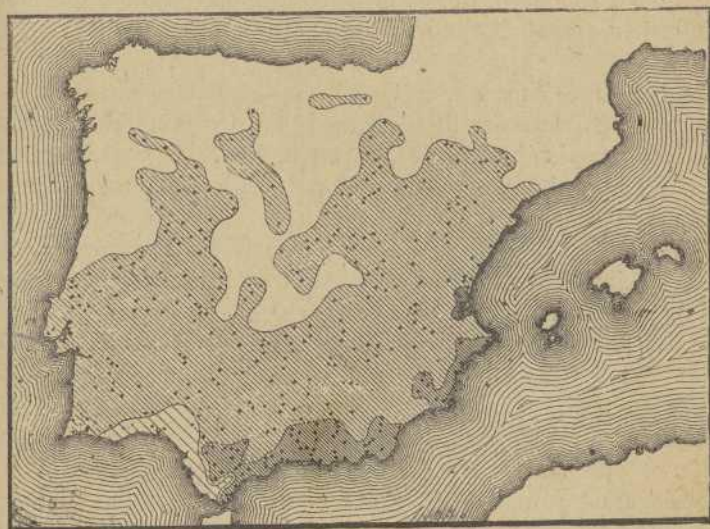
Monasterio de las Huelgas en Burgos. (Dibujo de Gustavo Doré.)

sus flechas y campaniles. Este templo, cincelado como una joya, encierra muchas reliquias y en él se ve también el célebre cofre que el Cid dió como prenda á unos judíos, lleno de arena, y «del oro de su palabra». Burgos, noble entre los nobles, alardea de con-





servar las cenizas del Cid Campeador que la leyenda hace nacer en sus cercanías, en el pueblo de Vivar. Los conventos históricos de los alrededores de Burgos, las Huelgas, San Pedro de Cardeña y otros, han perdido la mayor parte de sus tesoros artísticos, pero son curiosos por los detalles de su arquitectura.

Valladolid, de origen árabe, según lo indica su nombre, ofrece más animación que las demás ciudades de Castilla la Vieja. Tie-

DISTRIBUCIÓN DE LOS PUEBLOS DE ORIGEN ÁRABE
EN LA PENÍNSULA



Pueblos árabes por 1000 Kilómetros cuadrados

				
Sin pueblos árabes	menos de uno	uno	tres	diez

ne numerosas fábricas (aunque muchas de ellas son de españoles de otras provincias), una Universidad y una Escuela militar. Lo mismo que Burgos y otras poblaciones castellanas, es rica en monumentos históricos. Se encuentran en ella la casa donde murió Colón, la que habitó Cervantes, y la rica fachada del Convento de San Pablo, donde residía el feroz monje Torquemada, el cual pronunció, según dicen, cien mil sentencias é hizo perecer unos ocho mil herejes por el hierro y por el fuego. Vallado-

lid, situado en una altura menor en 180 metros que la de Burgos, goza de un clima más tolerable que el de esta última ciudad y está enclavada en la llanura donde el Duero superior recibe todos los afluentes orientales de su cuenca: el Cega, el Adaja, el Pisuerga, y se hincha además con las corrientes del Arlanzón, el Carrión y el Esgueva. En sus alrededores, cerca de la confluencia del Duero y el Pisuerga, se eleva el castillo de Simancas, precioso depósito de los archivos españoles.

Descendiendo por las riberas del Duero se encuentra Toro y después Zamora, contra cuyos muros vino á estrellarse muchas veces el poder de los sarracenos, y que es más famosa por los cantos del *Romancero*, que hablan de su gloria pasada, que por su industria actual, limitada á la tradicional fabricación de las mantas.

La famosa Salamanca, en las riberas del Tormes, frente á los promontorios avanzados de la sierra de Gata, estaba muy separada de Portugal, á pesar de su proximidad, por las asperezas que el relieve del suelo oponía al trato de los hombres; pero una vía férrea la une ahora directamente con la nación vecina hasta la desembocadura del Mondego, poniéndola en comunicación con el Atlántico. La antigua Salmantica de los romanos es conocida por su Universidad, que la novela *Gil Blas* y otras obras literarias han popularizado en Europa. En la época del Renacimiento era «la madre de las virtudes, de las ciencias y de las artes», y además, «la pequeña Roma castellana», título que merece aún por el magnífico puente de diez y siete arcos elevado por Trajano, y por sus hermosos edificios de los siglos xv y xvi, de una rara elegancia y una sobriedad relativa, poco comunes en las demás ciudades de España. En cuanto á su supremacía intelectual, Salamanca no tiene ningún derecho á hablar de ella, después que, por aferrarse obstinadamente á las tradiciones del pasado, se quedó muy á la zaga de todas sus rivales de Europa.

Causa extrañeza que de esta región de las Castillas, donde los moros fueron poderosos en su tiempo, queden tan pocas ciudades y pueblos que hayan guardado sus nombres árabes. Esto es porque en ninguna parte los cristianos vencedores saquearon y quemaron con tanta rabia las poblaciones de los infieles. Todo fué destruído, hasta la memoria del pasado, y nuevos nombres reemplazaron á los antiguos.

Al Oriente de Salamanca, la rica población de Arévalo y la villa, antes famosa, de Medina del Campo, que incendiaron los nobles durante la guerra de los Comuneros, son mercados agri-

colas para la expedición de los cereales que producen los fecundos campos de los alrededores. Medina, además, toma mucha importancia como punto de convergencia de varias líneas férreas.

Al Sur, en el corazón de los montes que avanzan al Norte de la Sierra de Gredos y en la orilla del Adaja Torrentoso, un mon

ca, adornada con esculturas de trabajo uenado. Contrastan con estas obras de arte otras esculturas de animales, groseramente talladas en el granito, sin duda por antiguas razas aborígenes. Existen muchas de estas efigies antiquísimas en los alrededores de Avila. Una de éstas se llama «Los toros de Guisando», dándoles el nom-

bre de un pueblo de la sierra de Gredos, en cuyas cercanías se hallan. Era, ante estos toros, según quiere la tradición, donde los castellanos juraban obediencia á sus reyes.

Segovia tiene cierta semejanza con Avila. Lo mismo que esta ciudad, se halla situada cerca de las montañas y junto á un afluente del Duero. Construída por Hércules (al menos así lo desea la leyenda), ofrece un aspecto de fortaleza inabordable. Entre mu-

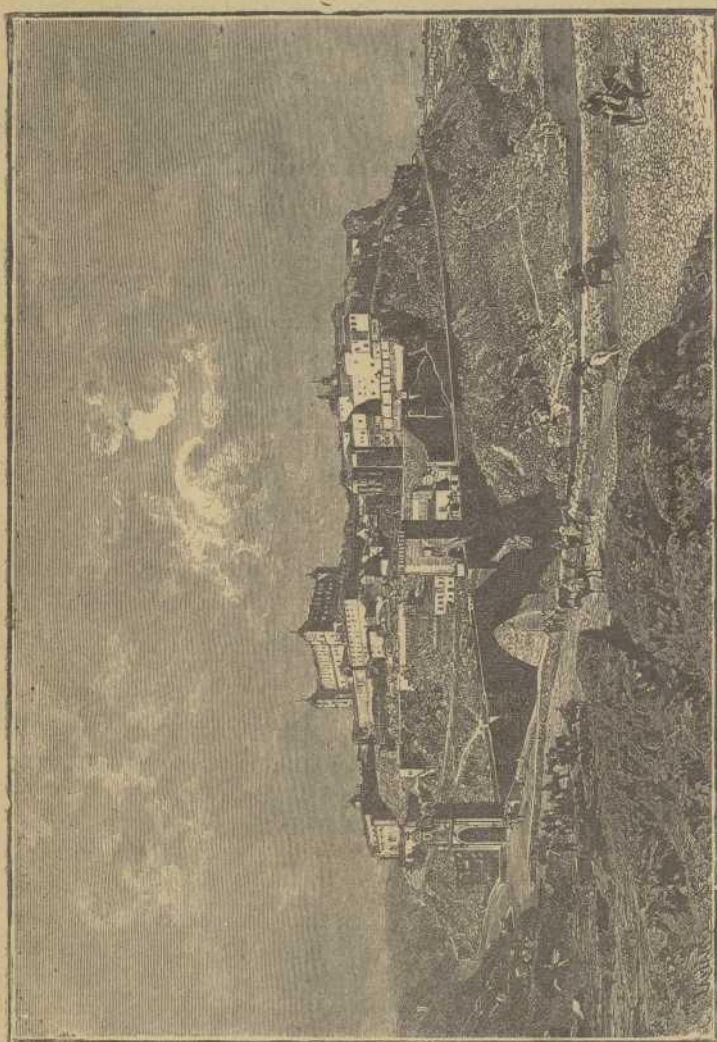
rallas y torres se levanta en una roca escarpada, que según los habitantes del país, tiene la forma de un navío. La popa mira al Oriente y la proa al Occidente. En la proa de este navío, ó sea sobre la confluencia del Clamores y del Eresma, se elevan los restos del Alcázar de origen sarraceno, un castillo poderoso con varios torreones, mientras que abajo, la catedral se considera como el palo mayor. Siguiendo la comparación, podría decirse que el magnífico acueducto romano, de dobles arcadas, que trae á Segovia las puras aguas del Guadarrama, es un puente echado entre la costa y el navío. Este acueducto es el monumento más soberbio y hermoso en su género que los conquistadores romanos han dejado en la península.

Ciertas construcciones de mal gusto, que se encuentran cerca de Segovia, son los palacios reales de San Ildefonso y la Granja, uno de los Versalles de la corte de Madrid. Alamedas admirables rodean estos edificios y las aguas brotan en abundancia.

Al Sur del muro transversal que forman las sierras de Guadarrama, de Gredos y de Gata, la ciudad castellana más importante y la más famosa en la historia, es Toledo, la antigua *Toletum*, la *Ciudad Imperial* «madre de las ciudades», que Juan de Padilla, el más ilustre de sus hijos, llamaba «Corona de España y luz del mundo». Construído ya mucho tiempo, dice la leyenda, cuando Hércules pasó por ella para ir á fundar Segovia, tuvo por reyes, en estos tiempos fabulosos, toda una dinastía de héroes y semidioses. Como Roma, tuvo su circo, su acueducto, y para no ser menos que ella, también fué edificada sobre siete colinas, de las cuales aún se reconocen las pendientes, con más ó menos vaguedad, bajo los monumentos que la cubren. Pero aparte de estos méritos ficticios con que la adornan los historiadores antiguos, Toledo posee la belleza real que la dan su posición sobre una eminencia rojiza al pie de la cual corre el Tajo, sus antiguas murallas, sus puertas monumentales y sus edificios de la época musulmana y de los siglos cristianos, que perduran aún en un abandono lamentable. Su catedral, la primada de las Españas, es de una gran riqueza; el Monasterio de San Juan de los Reyes contrasta singularmente, por su suntuosidad, con la miseria de las viviendas que lo rodean.

Toledo, que según parece tuvo 200.000 habitantes en tiempo de los moros, ha descendido de un modo lamentable. En pasadas épocas sus escuelas eran «fuentes de ciencia» y sus obreros fabricaban las espadas más célebres del mundo. Sabido es en lo que ha venido á parar esta fabricación de armas, después que los pe-

queños talleres de los artesanos libres han sido sustituidos por una manufactura gubernamental. Las hojas llevan la estampilla de Toledo, pero ya no se temple en la ciudad ninguna *tizona*. Muchas



Vista de Toledo. (Dibujo de Roux.)

villas de los alrededores, antes populosas, son hoy tristes ruinas. Hasta los restos del antiguo palacio de los reyes visigodos habían desaparecido, sin que dejaran memoria en la gente, y sólo

por una casualidad, en 1858, se descubrió en la Fuente de Guarrazar, bajo los surcos de un campo, una cueva, donde se encontraron suspendidas nueve coronas reales de oro, de un trabajo curioso, que España no quiso adquirir, siendo transportadas á París.

Más allá de Toledo, en el curso del Tajo, al cual viene á reunirse el Alberche, está Talavera de la Reina que conserva algunos restos de su antigua fabricación de loza. A pesar de su largo curso y de la relativa abundancia de sus aguas, el Tajo, en su parte española, es poco utilizado para el riego de los campos. En Extremadura las poblaciones importantes viven lejos de él.

Plasencia está á unos 30 kilómetros al Norte del río, sobre una colina cubierta de jardines y huertos, de donde la vista se extiende á lo lejos, viendo á un lado las altas montañas, con frecuencia cubiertas de nieve, y al otro las hermosas llanuras accidentadas y verdeantes. Cáceres, que posee un ambiente muy saludable, está á igual distancia al Sur del Tajo. Lo mismo ocurre con Trujillo, patria de conquistadores, á la cual enviaron éstos muchas de sus riquezas, lo que no la impide ser ahora una población decadente y arruinada, sin otras riquezas que sus piaras de cerdos y sus rebaños. En la parte central de Extremadura, las poblaciones notables que son Badajoz, Mérida, Medellín y Don Benito, ocupan una posición más ventajosa situadas al borde del Guadiana.

Badajoz está á muy pocos kilómetros del insignificante arroyo que separa á España de Portugal. Situada enfrente de la fortaleza lusitana de Elvas, guarda Badajoz la frontera española. Antes tenía cierta importancia militar, y su catedral, que debía servir de refugio en caso de sitio, era al mismo tiempo una fortaleza construída á prueba de bomba. Pero las nuevas comunicaciones le han quitado este carácter, y hoy es un importante depósito de mercancías en la línea férrea entre Lisboa y Madrid.

Mérida, que se encuentra en la misma línea, ha perdido muchísimo de su antigua prosperidad. De todas las poblaciones de España, es Mérida la que conserva mayor cantidad de monumentos romanos. Tiene su arco de triunfo; su acueducto, del que restan soberbios pilares de granito y ladrillos; su anfiteatro con siete series de graderío; su naumaquia; un vasto circo cuyo redondel ha sido aradô, convirtiéndose en campo; un foro, caminos pavimentados, baños y, en fin, un larguísimo y admirable puente de 800 metros, compuesto de 80 arcos de granito. El de Badajoz, igualmente célebre, no tiene más que medio kilómetro y data de fines del siglo XVI. Aunque famosa por sus monumentos del pasado, Mérida es menos rica y populosa que otra población de Extremadura,

situada más arriba del curso del Guadiana, y llamada Don Benito, casi enteramente ignorada de la historia y la leyenda. Fué fundada Don Benito á principios del siglo VI, por fugitivos de otras poblaciones que huían, unos de una inundación del río, otros de las crueldades de un conde que dominaba en Medellín. Lo mismo que su vecina Villanueva de la Serena, goza Don Benito las ventajas



Una alameda de Aranjuez. (Dibujo de Gustavo Doré.)

que le proporciona la fecundidad de su suelo. Sus frutas, especialmente sus melones, son de general aprecio. Al otro lado del Guadiana, las llanuras que se elevan hacia las sierras Montánchez y Guadalupe, son ricas en fosfatos y otros elementos químicos que se emplean para fertilizar los campos agotados. Inglaterra y Francia se han llevado de Extremadura cierta cantidad de estos fosfatos, pero puede decirse que este inmenso depósito está todavía sin explotar.

Las poblaciones de la Mancha en la cuenca superior del Guadiana, son poco ricas en monumentos históricos. Ciudad Real fué muy industriosa en otro tiempo; Almagro goza cierta fama por sus encajes; Daimiel está cerca del castillo principal de la Orden Militar de Calatrava; Manzanares ocupa la bifurcación de las lí-

neas férreas de Andalucía y Extremadura; Alcázar de San Juan la de los ferrocarriles de Andalucía y Valencia; y Valdepeñas, en sus colinas pedregosas, adquiere cada vez más importancia por su vino que es el más común en las mesas de España. Almadén (que significa en árabe «La Mina»), situada en uno de los valles de rocas silurianas que se extienden al Norte de Sierra Morena, tiene sus minas de cinabrio que los romanos utilizaron para la fabricación del bermellón y que durante tres siglos proporcionaron al Nuevo Mundo el mercurio preciso para la explotación de sus minas de oro y de plata. La producción de las minas de Almadén representa un valor de más de 1.500 millones de pesetas desde 1564. La Escuela de Ingenieros de Minas de España se fundó en Almadén en 1777, siendo trasladada á Madrid en 1836.

Por un capricho extraño, bastante frecuente en la Historia, la Mancha es más famosa en el mundo por la leyenda que por la realidad. Los valerosos caballeros de Calatrava, cuyos castillos se levantan aún esparcidos en las campiñas manchegas, están completamente olvidados. En cambio, todos recuerdan al caballero «de la Triste Figura», que sacó de la nada el genio de Cervantes. Los campos de Montiel, el Toboso, Argamasilla de Alba, los molinos de viento, cuyos brazos se agitan por encima de los segados campos, todo hace surgir en el pensamiento el tipo inmortal del hombre que luchaba generosamente por una causa perdida, y al que perseguían los sarcasmos de aquellos mismos que intentaba defender.

La Castilla oriental, con el clima igualmente riguroso y el suelo muy accidentado, no puede mantener una población más densa que la de la Mancha ó Extremadura. Las aglomeraciones de población son muy escasas en ella, y la misma capital, Cuenca, ciudad de tercer orden, sólo tiene, como otras ciudades castellanas, el mérito de sus recuerdos históricos. Ocupa una posición pintoresca sobre una roca cortada, al pie de la cual corren el Huécar y el Júcar. Para encontrar otras poblaciones que merezcan el nombre de ciudades, hay que descender á la alta cuenca del Tajo, y allí en las riberas del Henares se hallan próximas dos de antigua fundación. Guadalajara, que posee un acueducto romano, y Alcalá, la patria de Cervantes, el antiguo centro universitario que llegó á tener en su recinto 10.000 estudiantes. Si la fantasía monárquica hubiese escogido cualquiera de estas dos ciudades para capital de la nación, tendrían hoy mayor prosperidad que Madrid, pues su posición geográfica es algo mejor.

A primera vista parece Madrid de esas capitales que deben su existencia á un capricho, y que, á no ser residencia de una corte,



hubieran quedado reducidas á poblaciones insignificantes. Sin río que la refresque, pues el Manzanares es un simple torrente de caudal incierto, poco favorecida por el clima y la naturaleza del suelo, Madrid ofrecía indudablemente menos ventajas que Toledo, la ciudad romana y visigoda; pero una vez que fué declarada capital, no podía menos de adquirir preponderancia hasta comercialmente. Aunque Madrid no tenga ventajas de suelo, goza, sin embargo, por su posición central, de una preeminencia sobre todas las ciudades de España, situadas fuera de la alta cuenca del Tajo. Siempre que las provincias han ensayado agruparse en un mismo cuerpo han tenido que someterse á un poder centralizador, y ha sido en esta región central de España donde se han anudado las relaciones y de donde ha partido la acción gubernamental. En ella también es donde se ha verificado el cruzamiento de las vías de comunicación, tan importantes para la vida nacional.

En la época romana fué Toledo (tan central casi como Madrid), el gran cruce de los caminos, el núcleo de la vida española y el depósito de las riquezas nacionales, y eso que España no era entonces más que una colonia, y Roma lo atraía todo hacia las costas mediterráneas.

Después, al quedar libre España para buscarse su medio natural, siguió Toledo, la ciudad de los monarcas godos y los concilios como capital política y religiosa; pero al sobrevenir la invasión sarracena y dividirse la península en dos razas y dos religiones, el alto valle del Tajo, de centro, se convirtió en frontera y la capitalidad pasó de un punto á otro, según las vicisitudes de las guerras. Pero cuando los sarracenos fueron expulsados, España, como en tiempo de los godos, buscó su centro de gravedad natural al Sur de la Sierra de Guadarrama. Los reyes dudaron entre la monumental Toledo, con sus prestigios históricos y la pequeña villa de Madrid, donde ya se habían reunido las Cortes varias veces. Pero Toledo tomó parte en la revolución de los Comuneros, mientras Madrid era el centro de las operaciones militares contra los ciudadanos rebeldes. Esto fué indudablemente lo que decidió la suerte de las dos poblaciones. Además, Madrid, villa abierta en una llanura, ondulante, no ofrecía obstáculos para su desarrollo. En 1561, Felipe II terminó completamente la evacuación de las dos antiguas capitales, Valladolid y Toledo, y esta última no guardó más que una parte de su importancia, como residencia del alto Tribunal de la Inquisición. En vano Felipe III intentó devolver á Valladolid el rango de capital; la atracción natural del centro devolvió la corte á Madrid. Después de esta época, la creación de escuelas

museos, altos establecimientos públicos, fabricaciones y, sobre todo, la convergencia de las vías férreas, han asegurado á la coronada villa, cada vez más creciente, tal preponderancia, que ninguna fuerza podrá despojarla ya de ella.

Ciertamente es Madrid muy inferior á Toledo, á Segovia, á Salamanca y á otras ciudades españolas, por sus monumentos históricos. Desde que comenzó á engrandecerse ha atravesado épocas de mal gusto ó de indiferencia artística, durante las cuales los arquitectos han intentado embellecerla con construcciones enormes de una pesada majestad, entre éstas el Palacio Real que se levanta junto al Manzanares. Pero como compensación á su pobreza arquitectónica, posee Madrid tesoros de arte que son inestimables. Su Museo del Prado es uno de los más ricos del mundo entero, la colección más portentosa de grandes pintores que existe. Su Armería famosa, se disputa con el Arsenal de Turín el primer rango como museo de armas históricas.

Madrid, patria de Lope de Vega, de Calderón y de otros ingenios es la villa de los libros y de las grandes escuelas. Su Biblioteca nacional posee más de medio millón de volúmenes. Las Academias y las Sociedades libres de estudios tienen en esta villa su asiento; la Universidad Central posee famosos profesores y muchos miles de alumnos.

Población de lujo, donde millares de dignatarios y empleados viven del presupuesto nacional, Madrid no posee industrias especiales, pero el mantenimiento de una gran ciudad basta para desarrollar una cantidad considerable de trabajo. Uno de los espectáculos que más atraen al extranjero, por su novedad, es ver las orillas del Manzanares ocupadas por las lavanderas; un aspecto que no presenta ninguna otra capital; varios kilómetros empavesados de ropas puestas á secar, en ambas riberas del torrente.

Madrid tiene hermosísimos paseos, siendo en esto una de las capitales más favorecidas de Europa. Además, las posesiones reales, con su obscura frondosidad, animan los alrededores de la villa. Pero fuera de estas masas de arboleda, el país es poco fértil y escasamente poblado, y los viajeros sufren una impresión de tristeza al atravesarlo para ir á Aranjuez á admirar sus frondosos jardines y alamedas que baña el agua perezosa del Tajo, ó al inmenso Escorial, construído en granito por Felipe II, pesado monumento que es á la vez iglesia, claustro, biblioteca, palacio y tumba de reyes, guardando reliquias humanas, en tal cantidad, que e podría llenarse con ellas un cementerio.

La sierra de Guadarrama proporciona á Madrid sus aguas, que

son excelentes, y opone al bullicio de la ciudad el contraste de su naturaleza bravia.

Madrid es hoy una hermosa capital, sin otro defecto que las terribles desigualdades de su temperatura, la cual pasa, con facilidad alarmante, desde el calor más insufrible á un frío casi glacial, llegando en verano á 40 grados y descendiendo en invierno á 10 bajo cero (1).

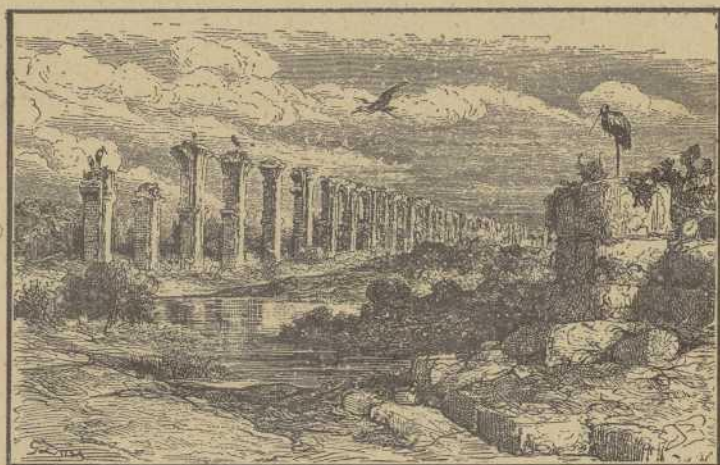
(1) Poblaciones principales de las mesetas castellanas con sus habitantes. (Estos datos, como los que figuran en la descripción de las otras regiones españolas, son con arreglo al último censo del Instituto Geográfico y Estadístico de Madrid.)

CASTILLA LA VIEJA		Habitantes.	Habitantes.
Valladolid	68.789	Talavera de la Reina.....	10.580
Medina del Campo.....	5.971	Guadalajara	11.144
Medina de Río seco.....	5.007	Sigüenza.....	4.638
Nava del Rey.....	6.184	Ciudad Real.....	15.255
Burgos	30.167	Alcázar de San Juan.....	11.499
Aranda de Duero.....	5.736	Almodóvar del Campo....	12.525
Briviesca	3.375	Daimiel.....	11.825
Miranda de Ebro.....	6.199	Danzanares	11.229
Salamanca	25.690	Puertollano	7.548
Alba de Tormes.....	3.321	Tomelloso.....	13.929
Béjar.....	9.488	Valdepeñas	21.015
Ciudad Rodrigo.....	8.930	Aranjuez	12.670
Palencia	15.940	Alcalá de Henares.....	11.206
Zamora.....	16.287	Almagro.....	8.650
Benavente	4.959	Almadén.....	7.375
Toro	8.379	Cuenca	10.756
León	17.022	EXTREMADURA	
Ponferrada.....	7.188	Badajoz	30.899
Segovia.....	14.547	Almendralejo.....	12.587
Avila.....	11.885	Azuaga.....	14.192
Soria.....	7.151	Don Benito	16.565
CASTILLA LA NUEVA		Jerez de los Caballeros....	10.271
Madrid	540.194	Mérida	11.168
Toledo	23.317	Olivenza	9.066
Consuegra	7.601	Villafranca de los Barros..	9.954
Madrirdejos.....	7.158	Villanueva de la Serena...	13.489
Mora.....	7.795	Cáceres	16.933
Ocaña.....	6.616	Plasencia	8.208
		Trujillo.....	12.512
		Valencia de Alcántara....	9.417

IV

Cantabria.—Pais vascongado y Navarra (1).—Santander, Asturias y Galicia.

Al Norte de Castilla la Vieja y de León, y al Sur del mar de Vizcaya, donde los vascongados no pescan ya ballenas, pues des-



Aqueducto romano de Mérida. (Dibujo de Gustavo Doré.)

aparecieron de aquella región hace bastantes siglos, los montes Cantábricos son prolongación de los Pirineos, y á veces se levantan á la misma altura. Desde su cresta hasta las espumosas olas,

(1)	Superficie.	Población.	Pobl. por kilómetros.
Guipúzcoa.....	3.122 k. cua.d.	191.476 hab.	57 habitantes.
Alava.....	3.185 »	96.392 »	51 »
Vizcaya.....	2.198 »	290.665 »	90 »
Navarra.....	10.478 »	312.136 »	30 »
	18.933 »	890.669 »	28 »
Logroño.....	5.037 »	186.316 »	35 »
	24.020 »	1.076.988 »	63 »

se precipitan por tortuosos valles, torrentes que no son los ríos turbios, lentos y tristes de la meseta central, sino corrientes claras, frías, animadas y ruidosas, que llegan á sus cascadas con ondas tomadas de las rocas, de la nieve ó del bosque, y no con el agua pesada de que empapó el suelo arcilloso la tormenta. Esa estrecha región es de cielo húmedo, de clima templado, fresca, cultivada y poblada. Abarca de Este á Oeste las provincias Vascongadas, Asturias y Galicia, últimos asilos de las grandes selvas que cubrieron á España. Todavía le quedan á ésta siete millones de hectáreas de bosque, pero no llegan á tres las de monte alto, pues casi todo es monte bajo, semejante á los *maquis* de Córcega y al Tell de Africa, brezos arborescentes, jaras, lentiscos, madroños, ojiacantos, enebros y romero, con pedazos pelados y muchos claros.

El país vascongado conservó mucho tiempo una parte de sus fueros reconocidos cuando se alió con otros pueblos españoles de distinto idioma. En Guipúzcoa, Vizcaya, Alava y gran parte de Navarra, viven los vascongados, supuestos descendientes de los iberos, aunque no hay pruebas de tal filiación. Son fuertes y gallardos, diestros y robustos, de carácter independiente, y componen como un medio millón, montañeses y pescadores en su mayoría (1). Su antiguo idioma, el *éuskaro*, va desapareciendo poco á poco, así como el español se apodera de las ciudades y sube por los valles, desde el mar ó desde el Ebro.

En los tiempos de sus libertades, el pueblo vasco no se dignó construir casas de piedra para las Cortes de sus provincias. Se reunían los diputados debajo de una encina enorme y á su sombra juraban defender la independencia de los vascos.

El más célebre de esos árboles, el de Guernica, murió de viejo el año 1811 y era, sin duda, retoño de otro árbol nacional, porque los representantes de los vizcaínos juraban á la sombra del *Guernicaco arbola* desde un tiempo remoto.

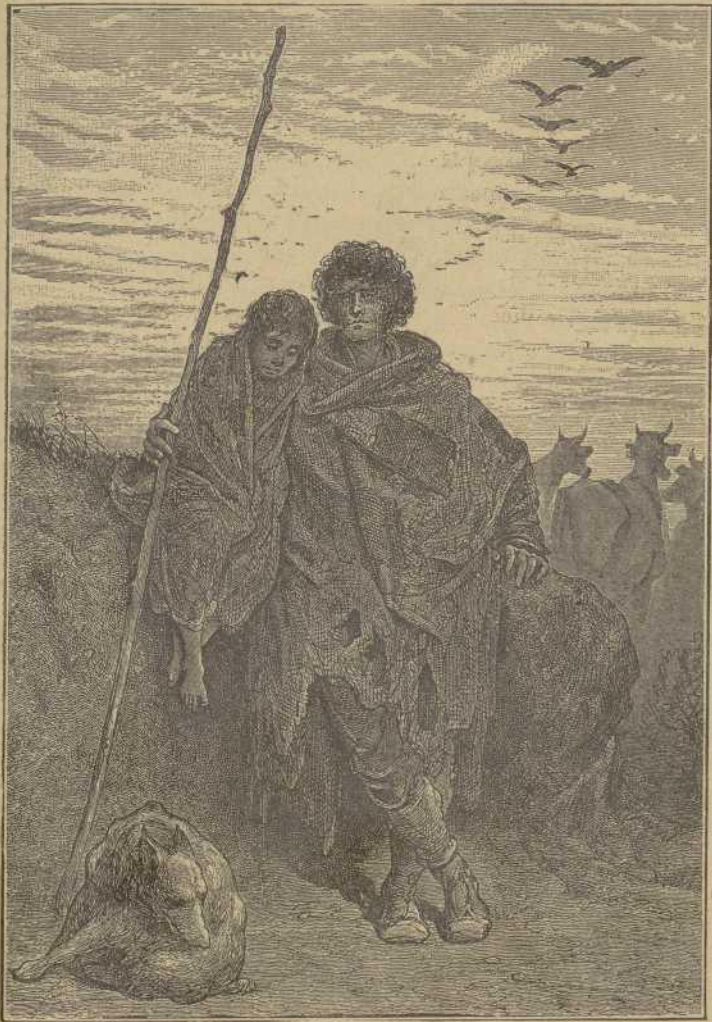
El retoño del árbol muerto en 1811, que hoy da hermosa sombra, vivirá, sin duda, más que el pueblo, cuyo árbol sagrado es.

Tiene que desaparecer esa nación minúscula, partida en dos

(1) Número aproximado de la población de lengua vasca:

Bajos Pirineos (Francia).....	116.000 vascos.
Provincias vascas: Guipúzcoa.....	170.000 »
» » Vizcaya.....	120.000 »
» » Alava.....	50.000 »
Navarra.....	100.000 »
TOTAL.....	556.000 vascos.

pedazos (uno en España y otro más pequeño en Francia), atravesada por la vía férrea, oprimida al Mediodía por 17 millones de es-



Pastor de Alava. (Dibujo de Gustavo Doré.)

pañoles y al Septentrión por 42 millones de franceses, y desangrada hace tiempo por la emigración á América. Los nombres vascongados son vulgares en todo el Nuevo Mundo español, en Chile, en

la Plata, en Venezuela, en Cuba, y la sangre éuzkara corre por las venas de muchas familias hispanoamericanas. El venezolano Simón Bolívar, libertador de la América del Sur, era de linaje vascongado.

Entre los dispersos por América y los concentrados en España y Francia, no constituyen los vascongados más que un recuerdo del pasado, y cuando hayan desaparecido estos hombres, incomparables *pelotaris*, poca memoria quedará de ellos. Dejarán el recuerdo de su dioma, aislado, único, que sólo tiene un parecido, aunque lejano, con lenguas de palabras muy largas, como el algonquino, el mejicano, el quidchua, el azteca, etc., y eso por ser todos aglutinantes, pues en lo demás, es completamente distinto.

Nada grande ha salido de ese idioma magnífico. Parece que un pueblo inmemorial como es éste, habría podido entregarnos tesoros de antigüedad; pero el vascongado, resto de una humanidad muy antigua, no nos da ritos, ni mitos, ni cantos, ni leyendas de ella. Ningún indicio nos dice si procede del Norte, ó del Sur, ó del Oriente; ninguna tradición cuenta lo que hizo, lo que intentó, ni lo que padeció, así es que se ignora si fué un gran pueblo que cubría el Mediodía de Europa y el Norte de África, ó si, como creen otros, nunca pasó de ser un pueblo obscuro, celoso guardador de los pasos de la montaña, pero sin bajar de ella para mezclarse, victorioso ó vencido, en los destinos ajenos. Libros piadosos, catecismos, traducciones del latín, del español y del francés, alguna cancioncilla, incolora é infantil, esa es la obra del genio vascongado. Y, sin embargo, fué una raza heroica, desde su aparición en la historia, esta nación de cántabros rebeldes al yugo y vencedores de Roldán. Ningún pueblo tan poco numeroso ha dado al mundo más navegantes afrontadores de tormentas, más aventureros y más conquistadores. Tampoco hay otro que haya vertido más sangre por sus libertades y, sin embargo, por una de esas anomalías históricas que ofrecen los pueblos, los vascos han sido en España los principales defensores del carlismo en nuestros tiempos, ó sea de la tradición y del absolutismo monárquico. La causa de sus fueros la identificaron con la de la vieja monarquía. Han descado la conservación de sus viejas libertades, combatiendo al mismo tiempo en defensa de la opresión para el resto de España.

La riqueza natural de las Vascongadas, de Navarra y de la Rioja, región que se extiende sobre la orilla izquierda del Ebro, son considerables. Todos estos países son abundantes durante la paz en trigo, vinos, aceites y ganados. Navarra surte á Francia muchas veces de carne de toro; las provincias vascas envían á Ingla-

terra y hasta á Alemania su excelente maíz; la Rioja adquiere una fama cada vez mayor por sus vinos.

La prueba de la riqueza de estos países la ofrece el hecho de que, en las guerras civiles, los ejércitos han recorrido durante años sus campos, sin agotarlos. Las tropas carlistas, casi siempre encerradas entre el Ebro y los Pirineos, pudieron vivir con sólo los recursos de estas tierras. Los campos les mantenían, y de las entrañas del suelo sacaban en abundancia el hierro para sus combates.

La igualdad de temperatura y la humedad del suelo, son también muy favorables al desarrollo rápido de los árboles. En toda la vertiente atlántica, lo mismo en las Vascongadas que en Asturias y Galicia, uno de los árboles más cultivados es el manzano, de cuyo fruto se extrae la sidra, la *sagardúa*, tan apreciada en las tres provincias vascas.

En la escasa historia de los vascos el hecho más notable es el combate de Roncesvalles. Bajo la fe de las leyendas, se representa el lector, en su imaginación, este paso de Roncesvalles como un sitio abrupto y salvaje; y nada más lejos de la verdad. Roncesvalles es un valle dulce y tranquilo, y no se ve en él una sola roca, desde la cual los vascos hayan podido arrojar bloques de piedra sobre el ejército de Carlomagno. En vano se busca el precipicio donde Roldán, moribundo, hizo sonar por última vez su cuerno de marfil. De esto se desprende que los montañeses vascos vencieron á los invasores por su astucia y su valor, y no por la aspereza de los desfiladeros de Altabiscar, como dice la leyenda.

Las provincias Vascongadas y Navarra tienen pocas ciudades y las que existen en su territorio están habitadas, en su mayoría, por gentes de otras provincias. El énskaró, como el asturiano y el gallego, ama la naturaleza libre. Excepto en los distritos comerciales é industriales, las casas se levantan aisladas, sobre los promontorios, las laderas y el borde de los arroyos (1). En este modo de vivir hay que reconocer, aparte de un espíritu contemplativo y de un marcado gusto por la soledad, el hecho de ser los vascos un pueblo libre que nada temía de sus vecinos. Mientras las poblaciones de casi toda Europa tenían que refugiarse en fortalezas y ciudades

(1) Altitudes del país vasco:

Pico de Velate....	868 metros.	Monte Haya.....	937 metros.
Pico de Aspiroz...	537 »	Jaizquibel	583 »
Monte Aitzcorri...	1.535 »	Sierra de Andía...	1.454 »
Pico de Arlabán...	617 »	Pico de Alsasua...	596 »
Peña Gorbea.....	1.537 »	Vitoria	513 »
Monte Mendarro..	1.132 »	Pamplona.....	420 »

amuralladas, al abrigo de invasiones y matanzas, los vascos siempre en paz entre ellos y con los vecinos, podían establecerse tranquilamente en medio de los campos que les pertenecían.

Bilbao, la población más importante y más grande del país éuskaro, es al mismo tiempo uno de los puertos más prósperos de España. Antiguamente fué asiento del primer Tribunal de Comercio que se conoció en la península y gozó de grandes privilegios.

Hoy es el tercer puerto de España ó el segundo, por la cifra de sus negocios, gracias á sus famosas y ricas minas, que varios pedazos de línea férrea unen á los muelles de su hermosa ría. Bilbao ha vivido otra vida que las poblaciones vascas de las montañas vecinas, y á esto debe su prosperidad. Española por sus opiniones liberales y por figurar en su población muchas gentes del resto de la península, ha sido atacada durante las guerras carlistas por tropas sitiadoras, compuestas en gran parte de los mismos campesinos de sus inmediaciones. El hermoso valle donde ella agrupa sus hermosos edificios y sus fábricas; las montañas de rápida pendiente que la rodean en semicírculo; las aguas del Nervión que llevan las embarcaciones hasta la rada de Portugalete y el mar, se han visto enrojecidos muchas veces con sangre. Los sitios de Bilbao en las dos guerras civiles, han pasado á la Historia como hechos gloriosos, en una nación que es célebre por su tenacidad en defender el terreno palmo á palmo.

La ciudad más orgullosa de Guipúzcoa, San Sebastián, es también puerto de tráfico como Bilbao, y plaza de guerra. A pesar de estar enclavada en territorio vasco, se asemeja, por el aspecto y la lengua, á las poblaciones del interior. La roca de la Mota, ó Monte Orgullo, que la domina al Norte y se eleva á 130 metros sobre el nivel del mar; la fortaleza que ocupa su cima; la «Concha», de agua azul, que se redondea al Oeste de la ciudad sobre una hermosa playa, llena en verano de bañistas; el río Urumea, que desemboca al Oriente de la ciudadela y lucha incesantemente contra las olas espumosas del mar; el anfiteatro de colinas verdes, sembradas de pueblecillos que cierra el horizonte al Sur; todo hace de San Sebastián una de esas localidades seductoras á la que acude la cosmopolita masa de gentes, fatigadas, ricas y ociosas. La población ha perdido todo carácter original, pues fué incendiada en 1813 por los ingleses, aliados de los españoles, y ha sido reconstruída con monótona regularidad.

La gran rada de comercio de esta región es la bahía de Pasajes, que se abre más al Este del lado de la frontera de Francia. Es un puerto perfectamente abrigado, pues desde sus aguas no se ve el

mar, con el cual se comunica por una entrada muy estrecha y fácil de defender. En pasados siglos, cuando los pescadores vascos perseguían aún la ballena «gascona», grandes navíos penetraban en esta bahía amarrando en los muelles del pueblo de Leso, hoy casi arruinado.

Talleres de construcción naval muy activos se elevaban en los bordes del golfo interior, pero los aluviones del Oyarzun y de otros pequeños ríos, ayudados por la incuria de los hombres, han llenado en gran parte la bahía. Ahora sólo barcos de cabotaje amarran á sus muelles.

La graciosa Fuenterrabía, la Ondarrabía de los vascos, con sus antiguas casas blasonadas, mira á Francia desde la orilla del Bidasoa. Irún, en la misma frontera francesa, debe su importancia á su posición estratégica y á ser cabeza de línea de los ferrocarriles españoles; Tolosa, rodeada de grandes fábricas de papel y otras manufacturas, se vanagloria de ser la ciudad más importante de Guipúzcoa; Zaráúz tiene sus playas muy frecuentadas por los bañistas; Guetaria es la patria del navegante Elcano, que más dichoso que su jefe Magallanes, completó el primer viaje alrededor del mundo; Lequeitio y Bermeo tienen sus pesquerías en las que se emplean más de mil hombres de mar; Zumaya, al final del valle de Urola, posee sus minas de yeso, que proporcionan un admirable cemento; Eibar es famosa por su fabricación de armas y sus joyas de acero que se venden en todo el mundo; Vergara es célebre por su antiguo colegio y por el convenio que dió fin á la primera guerra carlista; Durango es población señorial y Guernica ostenta su palacio de los fueros y su tradicional árbol, en torno del cual deliraban los legisladores del país.

En la vertiente meridional de los montes las grandes aglomeraciones no son numerosas, lo que se explica por ser la población tres veces menos densa que en la vertiente atlántica. Vitoria, la capital de Alava, es una villa industrial y comercial, un depósito de mercancías entre Castilla y las provincias vascongadas, y al mismo tiempo la capital «intelectual» del país vasco. Pamplona, cuyo nombre recuerda aún á su constructor Pompeyo es, sobre todo, una ciudad fuerte muchas veces sitiada, y lugar de valerosas defensas. Su catedral es una de las más curiosas de España. Tafalla, «la flor de Navarra», antigua capital de este reino, conserva las ruinas de su palacio que uno de sus reyes quería reunir al palacio de Olite, situado igualmente en el valle de Cidaco, por una galería de una legua de longitud. Puente la Reina es célebre por sus vinos. Estella, una de las villas más hermosas de Navarra, ocupa un lugar

estratégico y durante la última guerra civil fué convertida por los carlistas en fortaleza que cerraba la región montañosa de las Amezcoas.

En la provincia limítrofe de la Rioja, dependiente de Castilla la Vieja, están Tudela, rica en vinos; Calahorra, patria de Quintiliano, y Logroño cuyo puente data del siglo XI. Las tres son importantes como plazas militares, pues dominan el paso del Ebro (1).

En los confines del país vasco se extiende la región conocida en otros tiempos con el nombre de «Montañas de Eurgos y Santander», y hoy denominada simplemente «la Montaña». Las Castillas han hecho de ella una de sus provincias, pero geográficamente, Santander, es el intermediario natural entre el país vasco y Asturias (2). Es uno de los terrenos más montuosos de España.

Después, siguiendo al Oeste, en una costa siempre hermosa, entre un laberinto de alfoces y al pie de una soberbia sierra, vive el noble pueblo de los asturianos, muy orgulloso de habitar las únicas montañas españolas que no sometieron nunca los sarracenos. Y no es que dejaron de atacarles los moros, pero fueron derrotados por los cristianos del rey Pelayo, después de una maravillosa

(1) Habitantes de las principales poblaciones de la región vascongada y la Rioja:

VIZCAYA		ALAVA	
Bilbao.....	83.306	Vitoria.....	30.701
Baracaldo.....	15.013		
Sestao.....	10.833	NAVARRA	
GUIPÚZCOA		Pamplona.....	28.886
San Sebastián.....	37.812	Tudela.....	9.449
Azpeitia.....	6.066	RIOJA	
Eibar.....	6.583	Logroño.....	19.237
Fuenterrabía.....	4.345	Calahorra.....	9.475
Irún.....	9.912	Haro.....	7.914
Oñate.....	5.975	Santo Domingo de la Cal-	
Tolosa.....	8.111	zada.....	3.826
Vergara.....	6.196		

(2) Superficie de terreno:

	Superficie.	Población.	Pob. por kilómts.
Santander.....	5.471 k. cuad.	264.013 háb.	44 habitantes.
Asturias.....	10.596 »	612.744 »	54 »
Galicia.....	29.379 »	1.881.000 »	64 »
	45.446 »	2.757.757 »	162 »

batalla, en la cual, según dice la leyenda, 300 cántabros derrotaron á 300.000 infieles. A decir verdad, los desfiladeros de Covadonga, cuna de la triunfadora España, no ofrecen bastante espacio para el choque de tan grandes ejércitos.

En medio de los montes de Asturias (1) se yerguen los picos de Europa, uno de los cuales sube á 2.678 metros, lo que los convierte en la tercera cordillera de España después de Sierra Nevada y los Pirineos. El cuarto lugar corresponde á la masa de 2.650 metros que se levanta entre el Tajo y la llanura de Medina del Campo, ó sea á la Sierra de Gredos, donde la nieve no abandona en todo el año las elevadas rocas que llevan los sonoros nombres de los Hermanillos de Gredos y Plaza del Moro Almanzor. En España se encuentran muchos nombres pomposos y retumbantes. Una cordillera, próxima á Soria, se llama Sierra de los Siete Infantes de Lara; una montaña junto á Granada, el Ultimo Suspiro del Moro, porque desde ella dirigió Boabdil la postrera mirada á Granada, después de haberla rendido á los cristianos.

Al Oeste de Asturias, está Galicia, lluviosa, llena de bahías, rica en puertos admirables, Bretaña española, pero con montañas en vez de colinas. En la Bretaña francesa, país de mar y bosques, hay pocas ciudades y hasta pocos pueblos. El armoricano del litoral vive en puertecillos ó aldeas de pescadores y el del interior en humildes villorrios, alrededor de una modesta capilla. Lo mismo ocurre en Galicia. Así como aragoneses, catalanes, valencianos, manchegos, andaluces y castellanos, viven en villas y ciudades, muchas de las cuales conservan la muralla levantada para defenderse de los moros, el gallego (y algo también, como ya dijimos, el asturiano y el vascongado), no gusta de verse aprisionado por la ciudad. A la sombra de castaños, nogales ó encinas, vive en su casa de labor ó en aldeas, generalmente cerca de la iglesia, pues las

(1) Altitudes de Cantabria (Santander, Asturias y Galicia):

MONTAÑAS DE SANTANDER		MONTES CÁNTABROS DEL OESTE	
Puerto de Escudo..	988 metros.	Peña Ubiña.....	2.300 metros.
Puerto de Reinosa.	847 »	Peña Rubia.....	1.930 »
Peña Labra.....	2.002 »	Pico de Miravalles.	1.939 »
		Pico Cuiña.....	1.936 »
		Puerto de Pajares.	1.363 »
		Puerto Piedrafita.	1.085 »
		Cuadramon.....	1.019 »
		Faro.....	1.155 »
		Cabeza Manzanaeda.	1.176 »
PICOS DE EUROPA			
Peña Prieta.....	2.599 metros.		
Torre de Cerredo ..	2.678 »		
Potes.....	299 »		
Valdeon.....	466 »		

parroquias son numerosas, y lejos de la alcaldía, porque los municipios suelen ser muy grandes. Por eso, este rincón de Iberia, es menos vacío, y más alegre, más animado que muchas regiones de Europa.

La capitalidad de algunos municipios consiste generalmente en tres edificios: la iglesia, la casa del ayuntamiento y la taberna.

El río de Galicia es el Miño, cuya rama madre es el Sil, río montañés, encajonado y tortuoso, que atraviesa el Monte Furado, por un túnel que se cree obra humana, hecha por los romanos.

Al revés de otros ríos grandes de España, el Miño se parece á las corrientes de la Europa templada, y gracias á los 1.200 milímetros de lluvia que caen al año en este rincón de España, tiene un caudal medio de 500 metros cúbicos, tributo de 2.500.000 hectáreas. Desde las fuentes del Sil hasta la desembocadura del Miño tiene 330 kilómetros.

Los gallegos emigran á Madrid, á Lisboa y á Porto, generalmente para ejercer el oficio de aguadores ó mozos de cordel. Tampoco temen atravesar los mares, y hay en la América del Sur muchas familias de origen gallego, así como de asturianos y montañeses. Puede decirse que ellos solos han poblado más espacios de América que todo el resto de España. Créese que la República de Costa Rica debe en absoluto su fundación á los gallegos.

Hablemos ahora de las aglomeraciones de población en Santander, Asturias y Galicia.

Inmediatamente al Oeste de las provincias vascas están Castro-Urdiales, Laredo y Santoña, pequeños puertos, escogidos como punto de reunión por las flotillas en las guerras civiles que han tenido á Vizcaya por teatro. La rada de Santoña, célebre por su excelente pescado, es uno de los abrigos naturales más cómodos de la península. Cuando Napoleón dió España á su hermano José, se reservó el dominio de Santoña para comenzar en él las obras que le habían de convertir en una especie de Gibraltar francés. Muy importante en tiempo de guerra, Santoña debía ser en la paz un gran centro de comercio, pero todo el movimiento de la región lo acapara Santander, que también posee un excelente fondeadero y ofrece además la ventaja de su excelente distribución de muelles, almacenes, etc. Como lugar de salida de las Castillas, Santander goza de grandes ventajas comerciales, siendo el puerto de los productos del interior. Los géneros que recibe de fuera los importa al centro de España por el ferrocarril que pasa entre las soberbias alturas de Reinosa. Sus comerciantes están en relación con lejanos países de Europa, y antes de la reciente pérdida de las colo-

nias, su tráfico era grande con América. En verano, muchas familias de Madrid y otras poblaciones del interior, van á bañarse en la playa del Sardinero, al Norte de la pequeña península de Santander. Además, en los valles de las montañas que se extienden al Sur, brotan las fuentes termales, sulfurosas y sódicas de Alceda, Ontaneda y Caldas de Besaya.

Más allá del puerto de Santander, en un espacio de 150 kilómetros, hasta llegar á Gijón, no se encuentran más que pueblos marítimos sin importancia. San Martín de la Arena, antiguo puerto de la villa decadente de Santillana; San Vicente de la Barquera, Llanes, Rivadesella y Lastres. Construída Gijón sobre el terreno de una antigua ciudad romana, gozaba de poca importancia á pesar de ser la ciudad de Pelayo y la capital primitiva de Asturias, pero la explotación de las minas del país le ha dado recientemente un movimiento considerable. Es el punto de embarque de las hullas que le trae la línea férrea de Langreo, y comparte con la villa de Avilés, situada al otro lado del cabo Peñas, la ventaja de ser el puerto de Oviedo, capital construída á 25 kilómetros, en un valle, cuya agua se vierte en el Nalón. Como las demás poblaciones asturianas del interior, Oviedo ofrece poco movimiento comercial, comparado con el de las orillas de la costa. Tiene, sin embargo, un buen número de fábricas, una Universidad notable y una hermosa catedral, rica en reliquias y objetos artísticos. Oviedo, al abrigo de la montaña de Naranco, que la libra de los vientos del Norte, goza de un clima saludable. En sus alrededores abundan los paisajes hermosos, lo mismo en dirección al Oeste, donde están los fértiles valles de Cangas de Tineo, que al Este, donde se encuentra Cangas de Onís, la famosa población que fué la primera capital del reino de Pelayo. Cerca de ésta, en un valle de cascadas y de grandes castaños y robles, está la caverna de Covadonga, cuna de la reconquista cristiana.

Los puertos occidentales de Asturias, Cudillero, Luarca, Navia y Castropol (de nombre griego), y en la ribera opuesta del mismo estuario, Rivadeo y Ortiguera, no son más que pueblos habitados por hombres de mar que encuentran en la pesca su principal medio de vida. Es preciso ir hasta las magníficas rías de la costa que mira al Atlántico para encontrar verdaderas poblaciones. La primera es El Ferrol, ciudad de moderna creación. A mediados del siglo XVIII era un pueblecillo de marinos de cabotaje, pero entonces se comprendió que su hermosa bahía podía prestar buenos servicios al aprovisionamiento y defensa de las flotas, y se elevaron fuertes sobre las alturas que dominan la rada, cubriendo de baterías los

bordes del estrecho de acceso, á seis kilómetros de la población. Esta tomó la forma de una ciudad militar, con arsenales y almacenes inmensos. Según el estado de la Hacienda española y el desarrollo de sus escuadras, el Ferrol ha aumentado y disminuído en población, siendo tan pronto una colmena desbordante por la muchedumbre de sus trabajadores, como viendo crecer la hierba en sus calles desiertas.

+ La población de La Coruña no oscila como la del Ferrol; no es, como ésta una ciudad militar, sino comercial, industrial y con vida propia. La pesca y los trabajos industriales mantienen á gran número de sus habitantes. La ciudad de Coruña se extiende en anfiteatro sobre la pendiente de una colina, entre alturas fortificadas y el islote que sustenta la llamada Torre de Hércules, construcción tal vez romana, tal vez fenicia ó cartaginesa. Coruña es una de las ciudades más pintorescas del litoral oceánico de España y la que parece destinada á un porvenir más próspero, á causa de su valiosa posición geográfica, en el mismo ángulo de la península y enfrente precisamente de los Estados Unidos.

Pero en la actualidad, es con Inglaterra con la que sostiene esta capital casi todo su comercio y los buques británicos los que con más frecuencia fondean en su puerto. El gobierno ha establecido en la Coruña una de sus principales fábricas de tabacos. Ares y Betanzos dan sus nombres á dos rías ó bahías de este gran golfo, de donde partió en otros tiempos la formidable y desgraciada Armada *Invencible*. Las fuentes salinas de Arteijo y las sulfurosas de Carballo, al Sudoeste de la Coruña, gozan de gran aprecio.

Las rías del Sur de Galicia tienen casi todas uno ó varios puertos. El de Corcubión está abrigado al Oeste por la península del cabo de Finisterre: el estuario de Noya baña las villas de Noya y de Muros; la ría de Arosa sirve de fondeadero á los buques de emigrantes que los puertos de Padrón y de Carril, lugares de salida de la vieja ciudad de Santiago, envían á las Repúblicas del Plata. La ría de Pontevedra hace subir el flujo de su marea por el río Vedra, hasta la ciudad, de la cual lleva el nombre; y más al Sur. Redondela, Vigo y Bayona, se elevan en torno de su grandioso estuario, admirable y profunda bahía, una de las primeras del mundo, defendida en la parte de su entrada por unas islas que los antiguos llamaban «Islas de los Dioses». Si la costa de Galicia no fuese tan abundante en puertos, la bahía de Vigo sería el punto de reunión de todo el comercio. Pero en este litoral, un buen fondeadero se encuentra en todas partes, y Vigo, á pesar de sus grandes ventajas náuticas, no da entrada en su bahía más que á buques de cabota-

je y á los vapores de las grandes líneas de navegación que hacen en ella rápidas escalas.

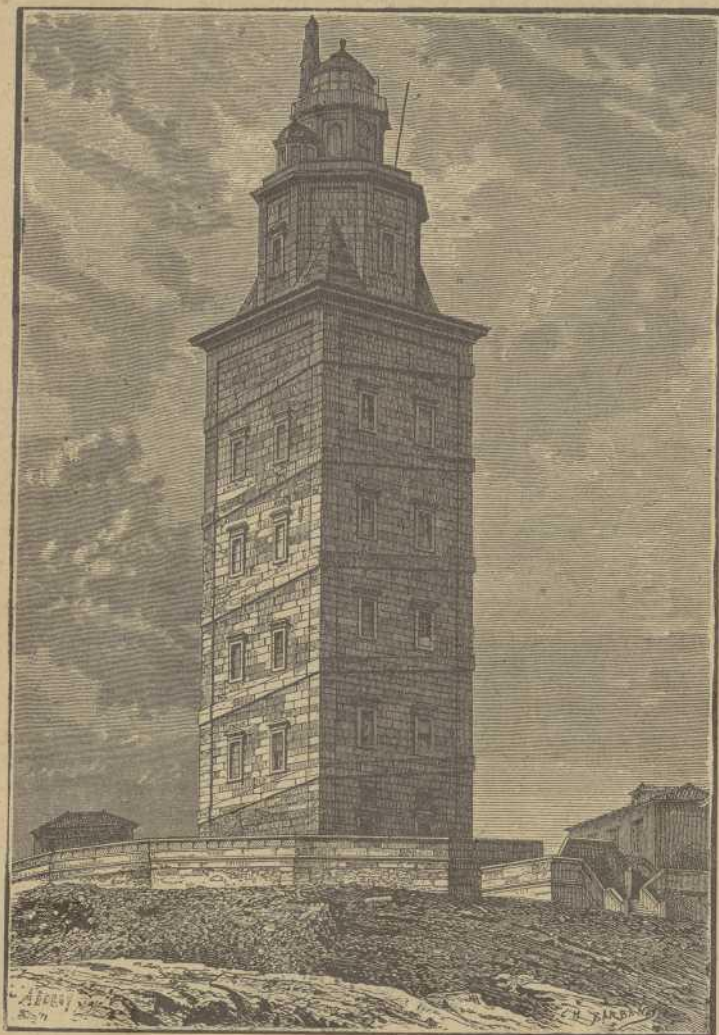
Ha dado á Vigo un renombre universal el recuerdo de los galeones españoles cargados de oro, procedentes del Perú, que los



Tipos asturianos. (Dibujo de F. Viscaí.)

corsarios ingleses y holandeses echaron á pique en su bahía en 1702. Varias veces se han formado compañías provistas de toda clase de artefactos para sacar á flote tales riquezas, pero éstas siguen ignoradas en el fondo de las aguas.

Tres de las ciudades notables del interior de Galicia se elevan en los bordes del Miño: Lugo, Orense y Táy. La antigua Lugo



Coruña: la Torre de Hércules. (Dibujo de Roux.)

(*Lucus Augusti*, de los romanos), rodeada de murallas medioevales, posee fuentes sulfurosas de gran eficacia que ya fueron men-

cionadas por los escritores latinos. Orense, con su puente soberbio, tal vez romano, sobre el Miño, es igualmente célebre por sus fuentes calientes ó *burgas*, tan abundantes, que en invierno, según algunos afirman, llegan á modificar la temperatura media.

Con arreglo á una etimología que no está afirmada ni desmentida por la historia, el nombre Orense no es más que la designación alemana *Warmseen* (Lago ardiente), dada á este sitio por los suevos en la época de la invasión bárbara. Tuy, colocado en la ribera derecha del Miño, frente á Valencia de Portugal, es ciudad antigua, sin otro interés que el de guardar la frontera, pero sus alrededores son admirables.

La venerable capital de Galicia entera, la famosa Santiago, construida sobre una colina, al pie de la cual serpentea el pequeño río Saria, ha conservado al través de los siglos su número de habitantes.

El sitio que ocupa, aunque agradable, no ofrece sin embargo ninguna ventaja digna de atraer á las gentes, pero es que en él está el «Campo de las estrellas», ó Compostela (*Campo Stellæ*), donde á principios del siglo ix se desenterró el cuerpo del Apóstol Santiago, lo que hizo acudir durante la Edad Media millones y millones de peregrinos.

Ahora que el antiguo fervor se ha amortiguado tanto, es difícil imaginarse aquella fe de otros siglos que convirtió á Compostela en una nueva Roma, y de Francia, de los Países Bajos, del fondo de Alemania y hasta de Polonia hacía venir á los peregrinos, en interminables caravanas, que la fatiga y las enfermedades diezaban en el camino. Pero este viaje les daba á los supervivientes que volvían á sus casas, una especie de santidad semejante á la del *hadji* musulmán que ha estado en la Meca. Durante el viaje ningún peregrino podía ser perseguido por deudas y por ciertos delitos.

Hubo un tiempo en que la credulidad popular consideraba la Vía Láctea como un reflejo del camino que seguían los peregrinos para ir á Santiago.

Fácil es imaginarse cómo afluirían las ofrendas y las riquezas á Compostela, con esta fe, que no era sólo española, sino continental. No lejos de Santiago, en el camino de Noya, existe otra maravilla de la fe: la iglesia llamada de los Angeles. No es obra de los hombres, pues la construyeron los ángeles. Sin duda los

mismos que en Italia transportaron por los aires la iglesia de Loreto (1).

V

Región del Ebro.—Aragón y Cataluña.

Entre la meseta central y los Pirineos, cuyo pico más alto corresponde á España en la Maladetta (3.404 metros), se extiende la cuenca del Ebro, tributario del Mediterráneo.

Poco debe este río á las montañas del borde de la meseta, pues sus aguas veraniegas bajan de los Pirineos por el Ega, el Arga y el Aragón.

Ega, Arga y Aragón
Hacen al Ebro varón.

dice un antiguo proverbio, y á éstos hay que añadir el Gállego, el Segre y el Cinca. Estos recogen todos los torrentes nacidos en las montañas coronadas de nieve, cuyas vertientes opuestas dan

(1) Poblaciones mayores de Cantabria:

CASTILLA		GALICIA	
Santander	54.694	La Coruña.....	43.971
Castro-Urdiales	14.191	Betanzos	8.948
Torrelavega	7.777	Carballo	13.032
Valderredible	7.442	El Ferrol.....	25.281
		Ortigueira	18.426
		Santiago	24.120
		Lugo	26.959
		Carballo	9.804
		Chantada	15.003
		Fonsagrada	17.302
		Mondoñedo	10.590
		Monforte	12.912
		Vivero.....	12.843
		Orense	15.194
		Carballino	8.447
		Pontevedra	22.330
		Carbia.....	9.924
		Puenteareas	13.452
		Redondela	10.843
		Táy	11.113
		Vigo	23.259
		Villagarcía	7.312
ASTURIAS			
Oviedo	48.103		
Avilés	12.674		
Cangas de Onís.....	8.559		
Cangas de Tineo.....	22.742		
Cudillero.....	9.977		
Carreño.....	7.533		
Castropol	7.731		
Gijón.....	47.544		
Grado	17.125		
Langreo	18.714		
Lena	12.239		
Llanés	18.684		
Mieres	18.083		

nacimiento en Francia á los Gares, Garonas y Arièges. Un gran canal de riego y navegaci3n (canal Imperial) sale del río en Tudela. Otros saldrán más adelante, sangrando los grandes tributarios pirenaicos del Ebro, para dar frescura á llanuras abrasadas por un sol sahariense. Sólo en la provincia de Huesca, las dos derivaciones de Tamarite y de Sobrarbe, pueden canalizar 200.000 hectáreas regables (1).

El Ebro empieza en las fuentes de Fontibre, de aguas verdosas, al pie de cerros calizos, con un caudal de 1.287 litros en el estiaje. No existen más de 50 kilómetros de distancia entre su nacimiento y el Atlántico y ningún obstáculo insuperable lo separa de éste. Bastaría un canal de 2.000 metros, con un corte de menos de 20 de profundidad, para arrojar el Ebro naciente en el valle del Besaya, río costero, yendo de este modo á confundirse con el Atlántico. Pero el Ebro prefiere ir al Mediterráneo por un camino de 800 kilómetros, en una cuenca de 10 millones de hectáreas. La única ciudad de renombre que baña es Zaragoza, antigua capital de Aragón. Más arriba de Tortosa atraviesa montañas que en otro tiempo soportaron el peso de un lago, bajo el cual yacía la llanura aragonesa. Si hoy se elevasen las aguas del Mediterráneo 300 metros, volvería á crearse este lago de Mequinenza á Tudela; lago que existió muchos siglos antes de que el Ebro perforase las montañas de Cataluña buscando camino hacia el mar. Más abajo de Tortosa entra en un delta de 40.000 hectáreas, que aún crecería más si la mayor parte de las aguas de la cuenca no se destinasen al riego. Por otra consecuencia de esta misma causa, no da el Ebro al mar más que la mitad del agua que podría tributarle, ó sea en término medio 100 metros cúbicos por segundo, 50 en el estiaje y 5.000 en las crecidas. Si hemos de creer á la tradición, el Ebro y el Guadalquivir fueron los únicos que resistieron una sequía prodigiosa que durante veintiséis años asoló á España después del año 1000. Los conquistadores africanos volvieron á encontrar en Iberia el Sahara natal.

Además de los afluentes ya mencionados, recibe el Ebro, más

(1) Extensión de Aragón y Cataluña:

	Superficie.	Población.	Pob. por kil3m2.
Arag3n	46.565 k. cuad.	936.940 hab.	20 habitantes.
Cataluña	32.330 »	1.956.092 »	55 »
	78.895 »	2.893.032 »	75 »

ó menos directamente, los ríos Jiloca, Jalón, Huerva, Gállego, Aguas, Martín y Guadalupe.

Con el Ebro medio confina Aragón, tierra abrasada y casi estéril. Los aragoneses del Norte, vecinos al Pirineo, raza enérgica y sobria, prefieren el contrabando á las labores agrícolas. Con los torrentes que bajan por los Pirineos convertirían, si quisieran, su polvorienta llanura en jardín de rendimiento y recreo.

Cataluña se apoya en el Ebro inferior y en el Mediterráneo hasta el cabo de Creus, frontera de Francia. Cuanto se ha podido labrar y regar en ella, está cultivado. Lo demás lo ocupan sierras abruptas, gargantas de torrentes, y alcornoques, de color de sangre cuando los descortezan.

En la Edad Media disputaban los catalanes á los italianos el comercio en todos los litorales del Mediterráneo occidental, y hoy son los españoles más industriosos. Como dice el refrán:

Los catalanes
De las piedras sacan panes.

No solamente han convertido las llanuras en feraces campos, sino que atacan las rocas de las montañas, cultivándolas. Es un pueblo digno de respeto por su laboriosidad é ingenio para el trabajo.

Tienen su lenguaje propio, menos parecido al español que al *patois* del Mediodía de Francia. Tienen sus tradiciones, sus poetas nacionales, sus juegos florales, sus revistas y sus teatros. Les gusta más llamarse catalanes que españoles.

Por los sucesos de la historia, así como por sus condiciones geográficas, Aragón y Cataluña forman juntas una de las regiones naturales de España, menos vasta que las Castillas, pero tan importante como éstas y más poblada con relación á su territorio. Durante siete siglos marcharon juntas, sometidas á los mismos destinos, y, sin embargo, existen grandes contrastes entre el carácter y aspecto de ambas regiones.

Aragón, país de llanuras, rodeado por todos lados de montañas, es una región esencialmente continental, y sus habitantes, privados de los recursos del comercio, debían ser forzosamente, en su mayoría, pastores, agricultores y soldados. Cataluña, al contrario, país de montañas, de valles abiertos al mar, de playas y promontorios, debía poblarse de marinos y unir á sus riquezas naturales las que proporcionan los cambios. También debía entablar relaciones íntimas con las comarcas limítrofes, bañadas por el mismo mar, especialmente con el Rosellón y el Languedoc.

doc. Hace siete ú ocho siglos los catalanes pertenecían por la lengua y por la vida nacional, más al grupo de los pueblos provenzales que al de los españoles.

La revolución política provenzal, de la cual fué la guerra de los Albigenses el más terrible drama, cambió el equilibrio de Cataluña, que miraba á Francia, haciéndola volverse hacia Castilla. Mientras el mundo provenzal guardó su centro de gravedad entre Arlés y Tolosa, todas las poblaciones del litoral mediterráneo hasta el Ebro, y tal vez hasta la misma Valencia, sintieron la influencia de aquella sociedad refinada que parecía arrastrarlas en su órbita de atracción. Entré la Provenza á un lado y los reinos sarracenos al otro, los habitantes cristianos de la costa mediterránea y de las Baleares, sentíanse impulsados hacia los provenzales, sus parientes de raza, de religión y de idioma.

Esto explica el gran predominio de la lengua llamada lemosina y su literatura, en toda Cataluña, las Baleares y Valencia hasta cerca de Murcia. Pero cuando una guerra implacable destruyó las ciudades de los Albigenses, y la cruzada papal acabó con la civilización del Mediodía, convirtiendo la vertiente meridional de los Cevennes en un apéndice del valle del Sena, fué preciso que Cataluña buscase otras alianzas naturales, y ganó Castilla lo que había perdido Provenza. Por esto la lengua provenzal, que desde Cataluña por una parte y desde Tolosa por otra, se había esparcido por todo Aragón, fué reemplazada por el castellano. Pero en la tierra aragonesa se detuvo su avance, pues en Cataluña, Valencia y las Baleares sigue hablando el pueblo el antiguo lenguaje, aunque con modificaciones locales, y ciertas clases lo defienden en forma literaria, publicando versos, editando libros, redactando periódicos, algunos de los cuales hasta aparecen en América, allí donde existen colonias catalanas.

A pesar de la importancia del Ebro, muchos de los territorios de Aragón sufren el tormento de la sequía. Fuera de las tierras inmediatas á su curso, que demuestran su bondad con la irrigación, las demás ofrecen una sequedad africana. En ciertos pueblos se amasa con vino el yeso para la construcción, en los años de buena cosecha, pues aquél cuesta menos que el agua, que hay que ir á buscar á largas distancias. Detenidos por los montes y las mesetas inclinadas de las Castillas, los vientos del Oeste no traen ninguna humedad. Los vientos del Noroeste, que soplan del mar cántabro, se ven también detenidos parcialmente por los montes de Navarra, y en cuanto á los vientos del Mediterráneo, riegan la vertiente oriental de las montañas de Cataluña,

sin entrar más que por unas cuantas brechas en las llanuras de Aragón, profunda cuenca en la que serpentea el Ebro entre desolada sequedad y desiertos que nada tienen que envidiar á los de Africa (1).

La proximidad de las montañas nevadas dan al invierno una aspereza terrible, y en cambio, el verano convierte en un horno las llanuras sin vegetación, con rocas peladas que reflejan el sol y sin el más leve soplo de vientos marítimos. En las costas de Cataluña el viento caliente, fatal á la vegetación y malsano para los hombres, no es el que sopla de Africa, sino el que llega atravesando las llanuras ardorosas de Aragón.

Considerados en masa los aragoneses, son gente de un carácter tenaz y de una franqueza agresiva; pero su valor y dureza honran á sus antecesores los celtíberos. A las cosas más insignificantes de la vida aportan la misma tenacidad que á las grandes y heroicas, sin que por nada renuncien á su primera idea. Como dice un proverbio, los aragoneses «clavan los clavos con la cabeza». Hombres y mujeres deben sin duda á este carácter enérgico y tenaz, una firmeza en sus rasgos fisonómicos que ofrecen pocos pueblos y que llega á constituir una hermosura original.

Aunque la constitución del antiguo reino de Aragón estuviese lejos de ser republicana, tenía, sin embargo, un carácter democrático que hacía del rey, simplemente, el primero entre sus súbditos y sometía su poder á estrechos límites. Al afirmarse la unidad nacional, estos Fueros estorbaron á los monarcas absolutos, y Felipe II acabó con ellos arteramente, después de matar á Lanuza, el Justicia ó magistrado popular de Aragón. Luego, á principios del siglo XVIII, con la guerra de Sucesión, Aragón, lo mismo que Cataluña y Valencia, perdió todo lo que le restaba de su antigua autonomía. El poder centralizador puede felicitarse de su obra, pues gran parte de Aragón ha quedado en

(1) Altitudes diversas de la cuenca del Ebro, al Sur de los Pirineos:

AL SUR DEL EBRO		Peña de Oroel..... 1.769 metros.
Sierra de San Just... 1.513 metros.		ENTRE EL SEGRE Y EL MAR
Pico de Herrera..... 1.306 »		Sierra de Cadi..... 2.900 metros.
Pico de Almenara... 1.429 »		Montsant..... 1.071 »
		Montagut..... 840 »
ENTRE EL EBRO Y EL SEGRE		Montserrat..... 1.237 »
		Monseny..... 1.608 »
Cotiella..... 2.910 metros.		Madre de Mount.... 1.224 »

un atraso lamentable, hasta el punto de ser algunas de sus provincias las que menos conocen la civilización material, entre todas las de España.

Los catalanes son también tenaces y altivos. Dícese que su carácter tiene menos solidez que el de los aragoneses; pero sin embargo, resistieron más tiempo que éstos en la defensa de sus libertades, sin duda por vivir á mayor distancia del poder central, seguros de su fuerza y aguerridos por las largas navegaciones. Ninguna ciudad de España ha sufrido tantos sitios como Barcelona, ni ha visto tantas revoluciones en sus calles; y todos estos sucesos han tenido como fondo é impulso, el antiguo instinto de independenciam que siente este pueblo. En otros tiempos los castellanos rancios, al hablar de ellos, siempre les daban el título de «Catalanes rebeldes», que éstos, por su parte, aceptaban con orgullo.

La misma laboriosidad que poseen para cultivar el suelo, la tienen también para la fabricación industrial, siendo el primer pueblo manufacturero de España. Su industria de tejidos y otras industrias que formarían una relación interminable, representan grandes fortunas y poseen dos terceras partes de la maquinaria que existe en toda la península.

Las ciudades de Aragón y las de Cataluña ofrecen el mismo contraste que existe entre sus habitantes. En Aragón las poblaciones, muy diseminadas, tienen un aspecto grave y solemne. Las de Cataluña, colocadas casi siempre en un lugar pintoresco, son laboriosas y agitadas. Las catalanas renuevan con frecuencia sus edificios, mientras que muchas de las aragonesas conservan aún su aspecto de la Edad Media, aunque sigan la vida moderna.

Zaragoza (la colonia César-Augusta de los romanos) ocupa una posición natural de las más hermosas, pues se encuentra casi en el punto medio geográfico de la llanura de Aragón, en la confluencia del Ebro, con dos de sus tributarios, uno de los cuales muy importante, el Gállego, le trae directamente el agua fría vertida por las fuentes del Monte Perdido. Unos 20 kilómetros más arriba, el Ebro recibe el Jalón, el río más abundante de la vertiente meridional y el que abre los grandes caminos de acceso hacia la meseta de las Castillas y las vertientes de los ríos Júcar y Guadalquivir. Por esto Zaragoza es el punto de cruzamiento de todas las rutas naturales del país, y las artificiales forzosamente han de pasar por ella.

Lo mismo que las ciudades andaluzas, Zaragoza tiene su al-

cázar sarraceno, la Aljafería, que después de servir de morada á los reyes árabes, fué palacio de la Inquisición y luego cuartel.

Uno de sus monumentos más originales era una torre inclinada, casi tan notable como la de Pisa; pero hace poco tiempo fué demolida. Zaragoza se enorgullece de su hermosa calle del Coso, donde en otro tiempo se celebraban los torneos; de los frondosos paseos de sus alrededores y de las nuevas construcciones



Tipcs aragoneses. (Dibujo de F. Viscat.)

que ensanchan la población; pero sus habitantes aún se satisfacen más recordando sus dos sitios famosos, en 1808 y 1809, que dan á la ciudad su título de «heroica». Otra de sus adoraciones es la Virgen del Pilar, generala de las huestes populares en la tenaz lucha por la independencia, imagen que, cubierta de joyas, se ostenta en un templo de gran riqueza.

La capital de Aragón ha realizado grandes reformas urbanas que la embellecen, cortando con calles rectas y anchos bulevares su antiguo dédalo de callejuelas, pero las otras poblaciones aragonesas guardan aún su primitivo aspecto. En el valle alto

de Aragón, entre los Pirineos y la sierra de la Peña, está Jaca, con sus casas grises y venerables, guardadas por murallas y dominada por un castillo. En otros tiempos fué la capital del reino de Sobrarbe, pero hoy no es más que una población decadente, vecina al famoso convento de San Juan de la Peña. En la base de los primeros montes, Huesca, la antigua Osca, capital de provincia, goza de cierta importancia por la vasta llanura de excelente riego que circunda su colina. En ella se encuentra una rica catedral que reemplazó á una mezquita, muchos conventos, un antiguo palacio de los reyes de Aragón y los restos de una muralla flanqueada en otra época por 99 torres. Barbastro, situado en una posición semejante á la de Huesca, no lejos del Cinca, y con un aspecto medioeval como el de Jaca, se comunica con Francia por el camino de Somport, que algún día será reemplazado por una línea férrea.

En la parte meridional del valle del Ebro, cerca de la confluencia del Jalón con el Jiloca, está Calatayud, la segunda ciudad de Aragón en importancia comercial y la heredera de la Bilibis de los iberos, que se elevaba sobre la pendiente de una montaña vecina. Es una ciudad de aspecto pintoresco, con viejas fortificaciones y risueña vega, pero uno de sus arrabales altos se compone de cuevas, agujeros nauseabundos que albergan una población de mendigos. Teruel, capital de provincia aragonesa, y en realidad, capital de todo el territorio que baja hasta las costas valencianas con el nombre del Maestrazgo, domina el curso del Guadalaviar, y tiene el aspecto de una plaza fuerte de la Edad Media, con sus muros almenados, sus torres y sus puertas fortificadas. Créese al verla que es Toledo ó Ávila. Posee una torre árabe ó mudéjar, que es una de las principales curiosidades de «la España desconocida». Su acueducto, del siglo XVI, que atraviesa un valle, sobre un puente de 140 arcadas, es una obra digna de atención. Teruel ha adquirido recientemente alguna importancia por una línea férrea que lo pone en comunicación con Zaragoza y Valencia.

También muchas poblaciones del interior de Cataluña guardan este aspecto de antigüedad y ruina, y seguramente lo conservarán mientras los medios de una comunicación fácil no las aproximen al resto de España. Puigcerdá, que desde lo alto de su colina, situada en la misma frontera de Francia, domina una hermosa llanura, lacustre en otro tiempo, surcada por el Segre, no es más que una masa de edificios viejos con arruinados murallo-nes. La Seo de Urgel, construída igualmente al borde del Segre,

en una hondonada fértil, que riega el Embalira, procedente de Andorra, es sin duda, un punto militar importante á causa de los valles que domina su fortaleza; pero sus calles sucias y sus casas de aspecto sórdido, disgustan al viajero. Ningún camino que merezca el nombre de tal, ha forzado aún los desfiladeros inferiores por los cuales corren las aguas del Segre hacia Balaguer y Lérida.

La ciudad de Lérida es tan antigua como la historia de España. Siempre tuvo una importancia considerable como plaza romana, árabe ó cristiana, á causa de su posición militar sobre el Segre, á la entrada de la llanura de Aragón, y en la desembocadura de los valles pirenaicos y los desfiladeros de las montañas catalanas. Las llanuras vecinas han presenciado muchas veces el choque de ejércitos que se disputaban la posesión del valle del Ebro, y sus muros han sufrido grandes asaltos. En la cumbre de su colina, entre un grupo de edificios eclesiásticos y militares, se eleva una notable catedral del siglo XIII, de estilo bizantino y gótico. Actualmente, Lérida es la etapa intermedia del comercio entre Barcelona y Zaragoza. Las campiñas de los alrededores le proporcionan medios de vida, pero no cuenta con mayores elementos de prosperidad, y espera que un ferrocarril transpirenaico, pasando la frontera por la cumbre de Salau, haga de ella un depósito internacional y uno de los centros vitales de la península.

La pintoresca Tortosa, última población que baña el Ebro, antes de lanzarse en el Mediterráneo, no es hoy más que una sombra de lo que fué cuando era capital de un pequeño reino árabe. Lo mismo que Lérida, tuvo Tortosa en otros tiempos gran importancia estratégica, como población fronteriza entre Valencia y Cataluña, y plaza fuerte que domina el vado del Ebro. Si poseyese un buen puerto, aún podría alcanzar cierta prosperidad; pero los golfos fangosos que se abren á ambos lados del delta del Ebro, no permiten la instalación de fondeaderos y muelles. La pequeña bahía de los Alfaques ofrece un buen ancladero á los buques que huyen de la tempestad, pero no pueden aproximarse á las playas bajas, y en cuanto al puerto artificial de San Carlos de la Rápita, construído por Carlos III y que comunica con el Ebro por un canal, está tan mal conservado, que sólo pueden entrar en él los barcos de cabotaje.

Tarragona, que fué mercado de fenicios y cartagineses, llegó á ser en tiempo de los romanos el primer puerto de España, el gran depósito marítimo al que afluían todos los productos de la cuenca del Ebro. Por su situación frente á Roma, fué también

el punto de apoyo de la dominación latina en la península. Tarragona poseía monumentos magníficos, circos, anfiteatros, palacios, termas, templos y acueductos. Su población era de muchos centenares de miles de seres; de un millón tal vez, pues su recinto tenía 60 kilómetros á la redonda, y el pequeño puerto de Salou, situado hoy á dos horas de la ciudad, al Sudeste, estaba comprendido en la antigua Tarraco de los romanos. La ciudad moderna está construída con fragmentos de las construcciones romanas, sobre una roca gris. Muros ciclópeos, monumentos megalíticos, atestiguan la antigua grandeza tarraconensé. Una catedral maciza, altas torres de la Edad Media, los restos de una muralla, un acueducto romano, atravesando en parte una llanura de hermosos campos y magníficos jardines, y un arco de triunfo, es lo que queda del pasado. Tarragona se completa con la importantísima población de Reus, notable por su industria y cuna de varios españoles célebres, y por Valls, de considerable riqueza agrícola. Las dos se encuentran en el interior, á poca distancia de Tarragona y realizan rápidamente grandes progresos. También se encuentra cerca de Tarragona el célebre monasterio de Poblet, panteón de los reyes aragoneses. El comercio de Tarragona goza de gran actividad, gracias á las campiñas cercanas, muy ricas en vinos y aceites.

Entre Tarragona, la antigua capital, y Barcelona, capital moderna y segunda ciudad de España, la masa de población se agrupa en numerosas aglomeraciones. El viajero atraviesa las ricas campiñas del Panadés, de las cuales es el puerto Villanueva y Geltrú; después el valle no menos fértil que riegan las aguas del Llobregat, y se suceden con rapidez villas, pueblos y pueblecitos, hasta llegar á los arrabales de Barcelona, la *Barcino* romana y tal vez la ciudad cartaginesa fundada por Amílcar ó la colonia focia de Barkinon.

La Barcelona antigua está al borde del mar, en la base septentrional de la montaña de Montjuich, erizada de fortificaciones amenazantes, que más veces han vomitado hierro contra los propios barceloneses que contra enemigos extranjeros. La ciudad se extiende alegremente al pie de estas baterías, que podrían convertirla en cenizas. Barcelona es la ciudad más animada y más alegre de la península. Igual en población á Madrid, y superior por el ensanche de su recinto y las anexionen recientes de pueblos cercanos, rivaliza con aquélla en movimiento intelectual, y la supera, como á todo el resto de España, en movimiento industrial.

El largo *boulevard* de la Rambla, llamado así porque ocupa el lecho de un antiguo torrente que atravesaba la ciudad; los muelles y paseos del magnífico puerto; el Parque, con su notable colección zoológica; el llamado Ensanche, barriadas modernas y suntuosas; la avenida que la une con Gracia y otros arrabales situados al pie de las vecinas montañas, hacen de Barcelona una de las primeras ciudades de todo el Mediterráneo. Por su alegría y actividad, es Barcelona «la ciudad única» de que hablaba Cervantes. Posee una gran Universidad, muchas escuelas técnicas y sociedades de estudios. Viven en ella más extranjeros que en todo el resto de España. Los italianos se cuentan por miles. Los franceses, dedicados á la industria y el comercio, son unos 30.000 sólo en Barcelona.

La capital de Cataluña es la ciudad más comercial de la península y el puerto de mayor tráfico. Málaga, que le sigue en importancia marítima, y Valencia, que tiene mucho embarque por su exportación de frutas, no llegan á la mitad de su movimiento de navegación. Más de la cuarta parte de los cambios de España entra y sale por su puerto. Las otras radas de su litoral, Mataró y Arenys de Mar, ofrecen un abrigo escaso á los buques.

Barcelona rivaliza con Marsella, perdiendo en las reformas y progresos de su existencia moderna los restos de su antigua arquitectura. Posee aún, aparte de algunos recuerdos romanos y árabes, su palacio comercial ó Lonja, y su catedral, que aún está por terminar, sombría y gótica. Pero donde hay que reconocer su riqueza y su ostentación, muchas veces de dudoso gusto, es en las construcciones del Ensanche (que corta una vía férrea en profunda zanja) y en las *torres*, casas de placer que cubren las alturas de Moncada y Sarriá. Además, las playas y todos los alrededores de Barcelona, la dan un aspecto de elegancia como no ofrece ninguna otra ciudad española. Desde la altura del vecino monte Tibidabo (donde se ha establecido un observatorio), se domina uno de los más hermosos panoramas del mundo. No es menos bello el litoral marítimo que se extiende al Norte de Barcelona, y en el cual alternan los pueblos blancos, y sonrientes con las frondosidades de sus jardines, las chimeneas de las grandes fábricas con las playas doradas, donde los pescadores secan sus redes.

Una de las curiosidades de esta provincia, objeto de devoción religiosa para unos y de fervor patriótico para otros, son las montañas de Montserrat, masa enorme de formas fantásticas, sublime por su aislamiento, aunque modesta por su altura si se la

compara con el pico de Mulhacen y otras cumbres de España. La tradición supone que estos montes tomaron su forma de sierra al conmoveirse con el temblor universal que acompañó la muerte de Jesús en el Gólgota. En una de sus plataformas está el famoso monasterio que en otros tiempos tuvo gran importancia. Los Papas lo visitaron, y Loyola dejó en él su espada de soldado



Tipos catalanes. (Dibujo de F. Viscaf.)

para ir á fundar su Orden. Montserrat ha perdido su importancia religiosa, pero es objeto de estudio para los geólogos, á causa de su forma y la naturaleza de sus rocas. Aunque aislado, se encuentra el Montserrat en el punto de unión de tres líneas montañosas: al Sudoeste y Nordeste se acerca á los montes de Cataluña, que se desarrollan paralelos al litoral; al Oeste se continúa vagamente con una hinchazón de terrenos que va á buscar el Montsech y la sierra de Guara; al Norte, unos macizos que son como él numo-

líticos, le unen á la famosa sierra de Cadi. En la base de Montserrat surgen numerosos manantiales de diversas clases. En otros tiempos fué más alto, pero la acción meteórica, las lluvias, el viento, el frío y el calor, han cortado su cumbre en numerosos dientes y picos.

En la provincia de Barcelona las poblaciones rivalizan con la capital en actividad fabril, tejiendo gran parte de la tela que consume España.

Igualada, próxima á la masa del Montserrat; Sabadell, en un valle lleno de fábricas; Tarrasa, antigua ciudad romana, cerca de la cual se encuentran los célebres baños de la Puda; Manresa, que alinea sus iglesias y casas en las pendientes vecinas al pequeño río Cardener; Vich, la antigua sede primada de Cataluña; Mataró, que extiende sus arrabales hasta la playa, todas estas poblaciones tienen su correspondiente especialidad en la fabricación de paños, telas, sedas, algodones, cintas, blondas, cueros, vidrio, papel y otros numerosos artículos.

La fabricación se halla también muy extendida en la provincia de Gerona, especialmente en Olot, localidad rodeada de antiguos volcanes. Pero la vecindad de la frontera, incitando á las gentes al contrabando, ha dificultado el pleno desarrollo de la industria.

La pintoresca Gerona posee algunos monumentos curiosos del pasado, entre otros, su catedral y un convento, en el que se ven los restos de unos baños árabes. Esta ciudad es célebre por su heroísmo, por la tenacidad con que ha sabido resistirse en numerosos asedios. En torno de sus viejas murallas, los fosos han sido convertidos en huertas y jardines.

Figueras, la primera ciudad española, situada en una llanura cubierta de olivos, cerca de la frontera francesa, en la desembocadura del desfiladero de Pertus, no ha sido menos que Gerona sitiada, conquistada y reconquistada en diversas épocas. Figueras posee su famoso castillo, enorme ciudadela del siglo XVIII, que tiene un recinto de dos kilómetros y medio y puede contener más de 20.000 hombres con provisiones para dos años.

El pequeño puerto de Rosas ha tenido siempre gran importancia en las guerras marítimas, por ser el más próximo á la frontera. En sus alrededores no se encuentran ni vestigios de la antigua ciudad griega de Emporion, situada al otro lado de la bahía de Rosas. Las ruinas de esta ciudad, donde vivían, según dicen, más de 100.000 habitantes, han sido enteramente cubiertas por los aluviones del Fluvia y las arenas del mar. La playa ha guar-

dado su antiguo nombre de Ampurias, y, por consecuencia, todo el territorio vecino se llama el Ampurdán (1).

*
*
*

La frontera entre España y Francia está constituida, en su mayor parte, por la cresta elevada de los Pirineos. Esta barrera natural, según las órdenes llegadas de Madrid y París, separa tan pronto á buenos amigos y aliados, como á mortales enemigos. El límite no es nunca geométrico y exacto. En el extremo occidental, es España la que sale ganando, pues ocupa todo el valle del Bidasoa, territorio que debía ser francés, ya que se halla en la vertiente de los Pirineos que corresponde á Francia. Esta, en cambio, toma su revancha en la parte oriental, ó sea la de Cataluña, ocupando el macizo del Cánigo y el valle alto del Segre, en la vertiente meridional de las montañas de Carlitte.

En conjunto, son los españoles los que ganan terreno sobre Francia, lo que nada tiene de extraño siendo la vida pastoral más ntensa en la parte de España que en la opuesta. Más acostum-

(1) Poblaciones más importantes de Aragón y Cataluña con su número de habitantes:

ARAGÓN			
Zaragoza	99.118	Mataró	19.704
Borja	5.701	Sabadell	23.294
Calatayud	11.526	Tarrasa	15.956
Caspe	7.735	Vich	11.628
Daroca	3.641	Villafranca del Panadés. .	7.740
Egea de los Caballeros. . .	4.627	Villanueva y Geltrú. . . .	11.856
Tarazona	8.790	Tarragona	23.423
Huesca	12.626	Reus	26.681
Barbastro.	7.033	Tortosa.	24.452
Fraga	6.899	Valls	12.625
Monzón	3.829	Lérida.	21.432
Teruel	10.797	Balaguer.	4.938
Híjar.	3.348	Cervera.	4.350
		Seo de Urgel.	3.044
		Tárrega.	4.552
		Gerona	15.787
		Blanes.	4.969
		La Bisbal.	4.958
		Batolas	5.103
		Figueras.	10.714
		Olot.	7.938
		Palafrugell.	7.087
		San Feliu de Guixols. . . .	11.333
		Santa Coloma de Farnés. .	4.666
CATALUÑA			
Barcelona.	533.000		
Badalona	19.240		
Berga	5.465		
Igualada	10.442		
Manresa	23.252		

brados á la vida de la montaña y más numerosos los pastores aragoneses y vascongados, se apropian los pastos de la vertiente francesa que no pertenecen á nadie y después los tratados internacionales acaban por consagrar las pretensiones del primer ocupante.

El valle de Arán, en el centro mismo del sistema orográfico de los Pirineos, es una de estas conquistas que España ha realizado en territorio francés, mansamente y sin que corriera sangre. En su territorio nacen los dos Garonas, reuniéndose en un solo río, y sus habitantes tienen más fácil comunicación con Francia que con España, su patria, de la que quedan aislados por las nieves durante el invierno. Los 12.000 montañeses españoles que habitan Arán, tienen derecho, por su posición, á constituirse en una república independiente, pero siguen fieles á España, y sometidos á sus leyes, para vivir burlándolas por medio del contrabando, que es su principal profesión. Cuando sea un hecho el proyectado ferrocarril por Lérida y el valle del Noguera-Pallaresa, el territorio de Arán vecino al trazado de la línea, adquirirá alguna importancia.

Al Este del valle de Arán un macizo de montañas, abriéndose á la parte de España, guarda un país republicano, aunque sólo lo es de nombre: el valle de Andorra. Este pequeño territorio, comparable al de la república de San Marino en Italia, ocupa una superficie de 600 kilómetros cuadrados con unos 6.000 habitantes. Las montañas de la comarca son bastante áridas, y los andorranos aún aumentan su pobreza dedicándose á leñadores y privándolas de sus bosques. Algunas tradiciones quieren que la independencia de Andorra se deba á una victoria de Carlomagno sobre los sarracenos, y hasta se enseñan en el país falsos monumentos para atestiguarlo. Lo cierto es que Andorra pertenecía en feudo al conde de Urgel y formaba parte, por tanto, del reino de Aragón. Después se decidió que fuese un señorío indiviso sometido por igual al obispo de la Seo de Urgel y al conde de Fox. Francia renunció á este señorío en tiempos de la revolución, negándose la Convención á recibir su tributo de vasallaje; y España, por su parte, abolió los señoríos en las Cortes de Cádiz, quedando por estas dos liberaciones, convertida Andorra en una república independiente. Sin embargo, los habitantes, entregados á su propia dirección, siguen rigiéndose por los antiguos usos feudales, á pesar de su título de república. El territorio pertenece exclusivamente á un pequeño número de familias. Existe la ley del mayorazgo y los hermanos menores son tristes siervos del mayor, trabajando en su

provecho. El diezmo á la Iglesia existía aún en 1842, y fué necesario el ejemplo de la monárquica España para que esta República lo aboliese. En realidad, toda la libertad de Andorra consiste en no ser soldados sus hijos, en no pagar impuestos, y en poder dedicarse con toda tranquilidad al contrabando. Su principal tráfico, aparte de esto, consiste en la ganadería. La República reconoce hoy dos soberanos: el obispo de Urgel y el gobierno francés. Dos *viquiers*, uno por España y otro por Francia, presiden la República; pero, á pesar de éstos y de las Cortes que se reúnen en ciertos períodos, y demás instituciones, su independencia tiene mucho de ficticia. El gobernador militar de la Seo de Urgel es el virrey del país, y los carabineros españoles violan su territorio siempre que lo creen conveniente.

Los habitantes de Andorra son listos, demasiado listos, pues la costumbre del contrabando les amaestra en toda clase de ficciones. Saben simular perfectamente la simpleza, y hasta la imbecilidad, cuando les conviene, y de aquí la frase que se emplea en Francia: «hacer el andorrano», cuando alguien intenta no entender lo que no le conviene.

VI

Islas Baleares.

El grupo de las islas Baleares está unido submarinamente á la península española. Por sus condiciones geográficas, así como por su historia, se hallan en relación íntima con Cataluña y Valencia. Desde el cabo de la Nao (Valencia), hasta Ibiza, y de ésta isla á las de Mallorca y Menorca, avanza bajo las aguas del Mediterráneo una meseta de altos fondos que indica la existencia de una tierra hoy sumergida, pero que en otros tiempos juntaba este archipiélago con la península. La dirección de dicho istmo submarino es la misma de las montañas de Valencia y Murcia.

Las islas Baleares se desarrollan de Sudoeste á Nordeste, y las cumbres que en ellas se elevan siguen en su conjunto la misma dirección. Por otro lado, la pequeña península de la Baña, unida á las tierras bajas del delta del Ebro, se continúa bajo el mar en bancos de rocas que se dirigen hacia Ibiza.

En medio de esta lengua de terreno sumergida, un grupo de islotes elevan sus picos sobre las olas. Son las Columbretas, de las

cuales el pitón más alto, Monte Colibre (la única isla habitada por el personal de un gran faro), tiene la forma de una herradura y es tal vez un antiguo cráter apagado. Todos los islotes de las Columbretas no tienen juntos una superficie de más de medio kilómetro cuadrado. Eran en ellas muy abundantes las serpientes y las víboras, y á esto deben su nombre latino de *Colubraria* (islotes de las culebras). Para instalar en Monte Colibre las familias de los fareros, hubo que quemar por dos veces los matorrales del islote, abrigo de numerosos reptiles. Hoy éstos han desaparecido del islote mayor, pero quedan los alacranes en cantidad tan asombrosa, que no puede levantarse la piedra más insignificante sin encontrarlos.

Las Baleares, por su superficie (1), no representan ni la centésima parte de España. Situadas fuera de las grandes líneas de navegación y con sus costas barridas frecuentemente por la tempestad, los buques de comercio las evitan, pasando de largo hacia el Sur y privándolas de la vida que tienen Sicilia y Malta. Pero las Baleares gozan de las grandes ventajas de un clima dulce y de una tierra fecunda. Son las islas afortunadas que los antiguos llamaban Eudomenas (islas de los Buenos Genios) y Afrodisiadas (tierras del Amor). Han tenido que experimentar en diversas épocas grandes calamidades, la guerra y la peste; pero, en cambio, su situación aislada las ha librado de muchos males sufridos por la Península. Especialmente en el siglo XIX no han conocido los horrores de la guerra de la Independencia y de las dos guerras civiles.

Las Baleares se dividen en dos grupos: las del Oeste (Ibiza y Formentera), llamadas Pitiusas por los antiguos á causa de los grandes bosques de pinos que cubrían su superficie y de los cuales aún quedan restos; las Baleares, propiamente dichas (Mallorca, Menorca y Cabrera), llamadas Gymnesias por la desnudez de sus habitantes primitivos. El nombre general de Baleares, dado á todo archipiélago, procede de la habilidad portentosa que mostraron sus habitantes, en otros tiempos, para el manejo de la honda, habilidad que, según Estrabón, fomentaban los padres, no

(1)	Superficie.	Población.	Pobla. por kila.
Pitiusas.....	(Ibiza..... 572 ks. cuad.	}	}
	(Formentera... 96 »		
Baleares.....	(Mallorca..... 3.395 »	}	}
	(Cabrera..... 20 »		
	(Menorca..... 734 »		
		306.683 hab.	63 habits.

dando á sus hijos el alimento más que después de haberlo abatido éstos, á gran distancia, con una pedrada certera.

Sus primeros pobladores fueron de raza ignorada, tal vez celtas, iberos ó celtíberos. Los pueblos de la península les temieron por su honda, que les hacía más irresistibles que las tribus aficionadas al arco y á la espada. Cuando el romano Metelus «el Baleárico», desembarcó en las Gymnesias, tuvo que cubrir con pieles sus naves para abrigar á los tripulantes de la lluvia de pedradas que lanzaban los honderos indígenas.

Las Baleares estaban habitadas desde mucho antes de la época que titulamos histórica. Mallorca y Menorca poseen remotos monumentos de piedras llamados *talayots*, que se parecen á los *nu aghi* de Cerdeña y deben ser obra de la misma raza. En Menorca está el *talayot* más grande que se conoce, en un montículo de la parte meridional, al que llaman las gentes del país «Altar de los Gentiles».

Sucedieron en estas islas fenicios, cartagineses, romanos, vándalos, godos y árabes. Los romanos tuvieron guarnición en las Baleares durante quinientos años. Los árabes las dominaron durante cuatrocientos cincuenta. No se sabe ciertamente lo que les queda de romanos y árabes á los pobladores de esas islas; pero ambas naciones han dejado seguramente profunda huella.

Los aragoneses, que hablaban entonces catalán, arrebataron el archipiélago á los musulmanes, y luego se apoderó España de él. Pero las islas no se doblegan á las costumbres españolas. Los mallorquinos, menorquinos é ibicencos, siguen fieles á su idioma de origen catalán, más puro que el de tierra firme. Los niños lo hablan desde sus primeros años y en él se predica en las iglesias del interior de las islas.

Este archipiélago, cortado por los grados 39 y 40 de latitud, está á 300 kilómetros de Africa, con aire cálido y mar tibio. No tiene más que un enemigo, el viento Norte, que es implacable en Menorca y menos terrible en Mallorca, resguardada contra Norte y Nordeste por un relieve de montañas. En Menorca, en los valles protegidos contra los soplos violentos, da el naranjo sus dorados frutos, y la palmera se balancea, aunque no ofrece fruto maduro al habitante de los barrancos. Pero en las llanuras descubiertas, en las mesetas sin abrigo, las ráfagas desencadenadas por el Septentrión retuercen los pinos, no dejan pasar al árbol del tamaño del arbusto y encorvan hacia el Sur ó Sudoeste los troncos que han dejado crecer. Perjudiciales estos vientos para las plantas del Norte, son aún más mortales para las del Mediodía. Hay

valles hondos donde sólo crece el naranjo resguardado por una tupida cortina de laureles. Son los valles del Norte á Sur ó de Sur á Norte que están entregados á la brutalidad de la tramontana.

Mallorca tiene 350.000 hectáreas, justificando su nombre, que indica ser la más grande de las islas, como Menorca la más pequeña después de aquélla. Contemplada desde su cima más alta, que es el Puig de Torrella, se ve que la componen dos países distintos: una cordillera montañosa y una llanura con cerros. La montaña, que es muy hermosa, cae sobre la ribera que mira oblicuamente hacia Cataluña. Privada de sus antiguas selvas, le quedan bosques de acebuches, carrasacas y pinos. La vega es fértil, bien cultivada, de clima gratísimo, pródiga en frutos y bien poblada. No le faltan más que ríos, pues los pocos que tiene son de escasa importancia.

Existen en el mundo pocos espectáculos tan hermosos como Mallorca vista desde lo alto de sus montañas. Abruptas por la parte que mira á Cataluña y en dulce pendiente hacia el interior de la isla, se admiran desde ellas los hermosísimos valles de Sóller y Valldemosa (1). Al Norte, el mar está tan cercano, que el observador cree que va á caer en él por los despeñaderos cubiertos de pinos. Al Sur, la mirada se pasea por grandes llanuras de dulce ondulación, todas verdes y matizadas de pueblos. Tras la línea azulada del lejano mar, se adivinan como vagas nubecillas la isla de Cabrera, y por otro lado la de Conejera. El Puig de Randa fué un lugar de peregrinación, desde cuya cumbre bendecían los sacerdotes en otros tiempos las cosechas. Las colinas no se agrupan en un verdadero macizo más que en el ángulo de Oriente, cerca del cabo que lleva todavía el nombre árabe de Ferrutx, y al Sur del cual se encuentra la maravillosa cueva de Artá, digna de admirarse por la bizarra forma de sus estalactitas y cuyas galerías descienden debajo del mar. También en la costa correspondiente al pueblo de Manacor, están las famosas grutas del Drach y del Pirata, diferentes á la de Artá, por la delicadeza de sus estalactitas y por tener grandes lagos subterráneos.

Dos golfos, uno al Sudoeste y otro al Nordeste, cortan el litoral, como si quisieran partir la isla en dos mitades. El primero

(1) Altitudes de Mallorca:

Puig de Galatzo...	1.200 metros.	Coll de Sóller....	562 metros.
Puig de Torrella...	1.445 »	Bec de Ferrutx...	568 »
Puig Mayor.....	1.500 »	Isla Dragonera ...	320 »

es la vasta bahía de Palma, que se termina en el puerto de la capital; el segundo es el golfo gemelo de Alcudia, que se llama Puerto Mayor y Puerto Menor, separados ambos por la pintoresca península del cabo del Pinar.

En cuanto á la costa septentrional de la isla, es demasiado abrupta para ofrecer refugio á los buques. Estos sólo encuentran abrigo en la hendidura rocosa de Sóller, pueblo célebre en nuestros días por sus dulces naranjas, y en otros siglos por las leyendas locales, que afirman fué allí donde San Raimundo de Peñafort se embarcó sobre su manto, que le sirvió de barca, haciendo rumbo á Barcelona.

Los torrentes que bajan de las montañas, aunque insignificantes en tiempo normal, se desbordan en épocas de lluvia, causando grandes daños. La Riera, que desemboca en Palma, ha causado muchas veces graves daños á la ciudad. Se dice que en 1403 destruyó 2.000 casas y ahogó á 6.000 personas. Sin embargo, ordinariamente estos torrentes no bastan para el riego de la isla que abrigada por su sierra de los vientos que vienen de la parte de los Pirineos y la cuenca del Ebro, y vuelta hacia el Africa, es escasa en lluvias y recibe, en cambio, resguardada por sus montes, toda la fuerza de los rayos solares.

Mallorca explota su suelo, cultivándolo mejor que la mayoría de las provincias españolas. Tiene gran exportación de productos con alguna industria, y sus naturales, lo mismo que los de Menorca, son aficionados á los viajes y se establecen en lejanas tierras. Sus cereales producen el famoso «pan de Mallorca» y las no menos apreciadas «ensaimadas». Su vino de Benisalem y sus aceites son de gran exportación, así como las naranjas de Sóller que van á Marsella en grandes cargamentos. La cría de cerdos es también un gran recurso del país, y todas las semanas se embarcan en Palma grandes pjaras para Barcelona y Valencia.

Hay en la isla grandes fábricas de calzado y de telas gruesas; pero ya no produce su cerámica famosa de la época del Renacimiento, que se llamó *mayólica*, nombre italianizado de Mallorca.

Palma, la capital, es una ciudad alegre y ventajosamente situada. Vista desde el mar, ofrece un buen golpe de vista, con sus casas alineadas en anfiteatro, su antiguo castillo de Bellver rodeado de frondoso parque, y su catedral, de arquitectura atrevida, que domina la llamada «Torre del Angel». Tiene su Lonja, que es notable, y que los palmesanos acreditan como superior á á la de Valencia, aunque más pequeña. Hay que reconocer en ella

una gracia elegante y una ligereza que honran á los antiguos arquitectos mallorquines.

El movimiento de negociantes y navegantes ha mezclado mucho la población de Palma, pero un elemento étnico se ha mantenido en ella apartado de esta influencia. Son los judíos convertidos, á los que se les da el nombre de *Chuetas*. Aun en nuestros días está latente en Mallorca el prejuicio de castas, y los *Chuetas*, aunque mezclados por el negocio con los demás mallorquines, viven aparte y procuran casarse sin salir de su raza. Muchos de ellos, que se distinguen ahora por un fervor católico que llega al fanatismo, guardan la costumbre de rezar á gritos, costumbre que proviene sin duda de que, en los primeros tiempos de su conversión, les obligaban á rezar alto para convencerse de sus palabras. A pesar de su cristianismo, los *Chuetas* guardaron el genio adquisitivo de su raza, y gracias á la usura, han llegado ó poseer una gran parte de las propiedades de la isla.

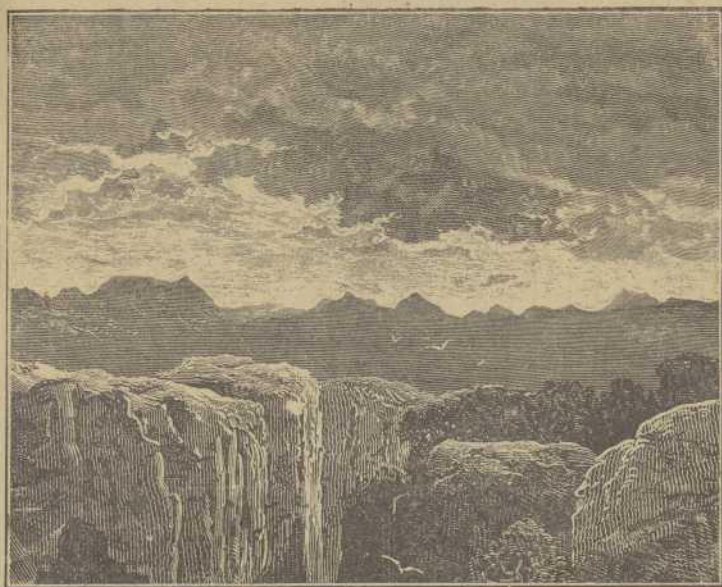
En otros tiempos se disponía de un procedimiento cómodo para evitarles la molestia de enriquecerse demasiado. Cuando la opinión pública les suponía con los cofres llenos de oro, una acusación de herejía ó de blasfemia se desplomaba sobre ellos, y desaparecían en la cárcel, mientras su fortuna pasaba á otras manos. Los registros de la Inquisición de Palma atestiguan terribles persecuciones contra estos convertidos, á los que servía de poco su fervor religioso (1).

Una línea férrea une á Palma con la costa oriental, pasando por los distritos de Santa María y Benisalem, los más ricos de la isla, después de los que rodean las importantes poblaciones de Manacor y Felanitx. Alcudia disputa á Palma su importancia de capital. Es inferior á ésta por su aire y por la falta de agua, pero tiene la ventaja de su posición marítima, por sus dos golfos, que la aproximan, más que Palma, á España y á Francia. El golfo del Norte, llamado Puerto Menor, ó bahía de Pollenza, ofrece un buen fondeadero á las escuadras. Algunos trabajos de saneamiento podrían devolver á Alcudia su perdida importancia. La Albufera es una llanura pantanosa de 2.800 hectáreas, que recientemente ha sido saneada y fertilizada para el cultivo del arroz. Las principales poblaciones de Mallorca, aparte de la fortificada Pal-

(1) La Inquisición tuvo en Mallorca más arraigo que en el resto de España. Llegó á ser popular; la admiraban como una sublime institución. Según cuentan ciertos escritores, todavía á principios del siglo XIX algunos ancianos, al dar á besar su mano á los nietos, los bendecían diciendo: «Dios te haga un buen inquisidor!».—(Nota del traductor.)

ma, están casi todas á alguna distancia del mar, aunque figuren como puertos. Las obligaban á esta precaución para ponerse á cubierto de una sorpresa marítima, los frecuentes desembarcos de piratas berberiscos, azote de las Baleares, calamidad considerable, que duró cerca de mil años y aún era temible á principios del siglo XIX.

Menorca es visible desde Mallorca, pues sólo las separan 37 kilómetros. La cumbre más elevada, el Toro, tiene 368 metros y



En la sierra mallorquina: las rocas de Lluch. (Dibujo de Gustavo Doré.)

está casi en el centro de la isla, dominando las llanuras, donde la vegetación, como ya hemos dicho, atormentada por el viento Norte, crece inclinándose hacia Africa.

Esta ausencia de sierra hace su clima menos agradable que el de Mallorca y su suelo menos fértil á causa de la escasez de agua. Las lluvias son más abundantes que en Mallorca, pero las rocas calcáreas sorben la humedad por sus grietas, y no se puede encontrar agua más que en las grutas profundas. Cerca de Ciudadela puede descenderse á un laberinto de cavernas, una de las cuales está en comunicación con el mar. Lo mismo que Mallorca, tiene Menorca dos puertos en sus dos extremidades opuestas, lo

que da cierto balanceo á su historia política y su comercio. La isla posee dos capitales que se disputan la supremacía, Ciudadela y Mahón, ó Puerto Mahón. La primera tiene la ventaja de estar frente á Mallorca y los dos golfos de Alcudia, pero posee un mal fondeadero entre playas pantanosas. Mahón, en cambio, tiene un magnífico puerto natural, brazo de mar cortado por penínsulas é islo-



Traje antiguo de las mujeres de Ibiza. (Dibujo del archiduque Salvador.)

tes. Sin embargo, al ver el movimiento escaso de su puerto, que sólo se anima cuando ancla en él alguna escuadra extranjera (especialmente la inglesa), nadie pensaría que ésta es la bahía célebre de la que dijo muchas veces el gran Andrés Doria: «Junio, Julio y Mahón son los mejores puertos del Mediterráneo.» Mahón tuvo su última época de prosperidad cuando lo poseyeron los ingleses en

el siglo XVIII. Fué otra Malta, aunque su posición en un mar tempestuoso y poco frecuentado, resulta muy inferior á Gibraltar y á La Valette, que guardan la entrada y la mitad más estrecha del Mediterráneo. Por esto los ingleses no han tenido gran interés en recobrar Menorca. La fisonomía de Mahón conserva aún algo de carácter inglés, y herencia de los ingleses es la gran carretera que cruza la isla en toda su anchura, desde Mahón á Ciudadela. El excelente puerto de Fornells, entre dos penínsulas rocosas de la costa septentrional, podría dar abrigo á varias flotas á un mismo tiempo, pero apenas si lo utilizan algunas barcas pescadoras.

Ibiza, la gran Pitiusa, á 85 kilómetros solamente de las costas de Valencia, es un macizo de colinas irregulares que alternan con llanuras por donde corren las aguas salvajes en invierno, evaporadas rápidamente al aproximarse el verano.

Numerosos islotes están esparcidos en torno de ella, especialmente al Oeste de Pormany (Puerto Magno ó Gran Puerto), que corta profundamente la ribera que mira hacia el lado del golfo de Valencia. Cimas que llegan á 400 metros, se elevan en la extremidad septentrional, por encima de una costa de difícil acceso, con promontorios abruptos.

La costa meridional está igualmente cortada por una gran bahía, y al borde de ésta se halla la pequeña capital llamada Ibiza, como la isla, antigua colonia cartaginesa, que agrupa en la falda de una altura, pintorescamente, sus casas, sus torres y sus viejas murallas. Una disposición igual de las costas se ofrece en la isla de Formentera, que una cadena de islotes y de escollos, semejante al famoso «puente de Adán» en Ceilán, une con la isla de Ibiza. Formentera está también dividida en dos partes por una doble estrangulación de su litoral: al Norte, la playa de la Tramontana; al Sur, la playa del Mediodía.

El clima de estas dos islas que forman el grupo de las Pitiusas, es en extremo saludable. Los insulares, ignorando las leyes de la dispersión de las especies, atribuyen á la pureza de su atmósfera la ausencia completa de serpientes y toda clase de reptiles. Según dicen ellos, ningún veneno puede nacer en esta tierra afortunada. Lo cierto es que, bajo la influencia del medio local, algunas especies se han modificado hasta formar razas aparte. Formentera posee un faisán distinto por su plumaje de los de Europa.

Aunque privilegiadas por el clima y la fertilidad del suelo, las dos Pitiusas están poco pobladas. Sus bahías, incluso la de Ibiza, tienen la desventaja de estar poco abrigadas de los vien-

tos, y los buques que se refugian en ellas no se consideran muy seguros. Ibiza, en vez de atraer á los navegantes, los repele con sus escollos y corrientes rápidas. Los marinos la ven de lejos, pero abordan á ella rara vez. Cualquiera isla de la Oceanía, situada en los antípodas, es más visitada que estos pedazos del suelo español.

Como en épocas casi recientes aún corrían esta parte del Mediterráneo los piratas berberiscos, el peligro alejó de las Pitiusas todo comercio é industria, manteniendo á los naturales en perpetua inquietud. Torres, atalayas, donde aún velaban noche y día los centinelas á principios del siglo XIX, se yerguen sobre todos los promontorios, y cada pueblo, cada aldea, conserva un lugar fortificado donde se encerraba el vecindario, dispuesto á la defensa á la menor alarma. Las gentes de Ibiza gozan fama de muy bravas. Son los baleares que guardan la tradición de la antigua valentía, los únicos que dan que hacer á la Audiencia de Palma por sus delitos. Todas sus querellas por los bienes ó por sus pasiones amorosas, las resuelven por sí mismos, pistola en mano. Las Pitiusas son la tierra española más olvidada del poder central. Un vapor correo visita Ibiza una vez por semana. A Formentera no va más que alguna barca de pesca. Las dos islas viven aisladas del mundo, entregadas á sus propios recursos, pero sus habitantes pasan mejor existencia que la inmensa mayoría de las gentes de las ciudades (1).

VII

Valencia y Murcia.

Al Sur de Cataluña, al Este de la meseta castellana y á orillas del deslumbrador Mediterráneo, están Valencia (cuyo idio-

(1) Población de las islas Baleares:

MALLORCA		Inca	7.649
Palma	63.937	MENORCA	
Andraitx	7.512	Mahón	17.144
Artá	5.816	Ciudadela	8.611
Sóller	8.026	IBIZA	
Felanitx	11.558	Ibiza	27
Manacor	12.548	Formentera	2.295
Pollensa	8.452		
Llullmayor	8.890		

ma es del mismo origen que el catalán, pero más suave que éste) y Murcia, donde se habla el castellano (1). Son dos de los países más bellos de España, y algunos de sus trozos resultan semejantes á Africa, pero al Africa hermosa, cantada por los poetas.

Crece bosques de palmeras alrededor del famoso Elche, y no bajan de 30 á 35.000 los árboles productores de dátiles, con lo cual se enorgullecen los españoles, que dicen que «no hay dos Elches». Bañados por los canales nacidos de un pantano que forma un dique del Vinalapó, dan esos árboles (algunos de 20 metros de altura), palmas para todas las procesiones de España y de Italia. Dícese que todas las palmeras de Elche y de España entera descenden de una de Damasco, plantada por Abderrahmán en un patio de su palacio favorito de Córdoba, en memoria de la ciudad oriental, donde se crió y que hasta en Andalucía echaba de menos. A esta palmera, sin duda, dedicó Abderrahmán unos versos que se le atribuyen.

En toda esta región de Valencia y Murcia hace maravillas el riego (2). Junto á los campos de secano, áridos, amarillentos y yermos, resplandecen la fecundidad, la frescura y la vida, en huertas llenas de arroz, naranjos, cereales, moreras, olivos, palmeras y árboles frutales. Los terrenos de regadío producen de 10 á 157 veces más que los de secano, y por término medio, 37. El Turia ó Guadalaviar (en árabe Río Blanco), con caudal de 10 metros cúbicos por segundo en el estiaje, y el Júcar, de 511 kilómetros, con caudal de 21 á 32 metros cúbicos, bañan la huerta de Valencia. La de Murcia y Orihuela debe su esplendidez á los caudales del Segura (350 kilómetros), que en el estiaje da unos ocho

(1) Extensión y población de Murcia y Valencia:

	Superficie. Kilóms. cuads.	Población. Habitantes.	Población. Por kilómetros
Murcia.....	27.063	692.810	28
Valencia.....	23.042	1.426.060	62
	50.105	2.118.870	90

(2) Ríos principales de Valencia y Murcia:

	Superficie de la cuenca.	Longitud del curso.	Caudal el más flojo.
Segura.....	22.000 kils. cuads.	350 kilómts.	8 mts. cúbs.
Júcar.....	15.000 » »	511 »	22 » »
Guadalaviar.....	8.000 » »	300 »	10 » »

metros cúbicos. Afluentes del Segura son el Mundo y el Sangonera. El Mundo es soberbio por la grandeza del lugar donde nace y por una perforación en las rocas que lo transmite al Segura. El Sangonera ha inundado más de una vez los campos.

Donde no hay ríos como el Turia, el Júcar y el Segura, se levantan diques para sujetar las aguas torrenciales. El Sangonera tenía uno de 50 metros de altura, que formaba el pantano de Puentes para regar el valle de Lorca. Se rompió en 1802, haciendo estragos, y todavía queda erguido el muro inmenso, como estribo de un puente sobrehumano. Sobre el Castalla ó Monegre hay otro que le hace refluir á una especie de lago, el pantano de Tibi, reserva acuática de gran estimación para la huerta de Alicante.

En la región valenciana, y á poca distancia de Valencia, se encuentra la laguna más grande de España, la Albufera, en cuyas aguas se crían infinidad de aves acuáticas, siendo muy frecuentada por los cazadores.

Esta faja de terreno que sustenta los antiguos reinos de Valencia y Murcia, entre el rápido declive de la meseta central y las aguas del Mediterráneo, es una región muy distinta del resto de España. Las fronteras que la organización política del país han dado á Valencia y Murcia, no coinciden con sus límites naturales. Teruel pertenece á Aragón, pero sus valles y sus aguas van á Valencia y á ésta corresponde geográficamente. Murcia, por su parte, ocupa administrativamente una parte de las mesetas que pertenecen á la España central. Pero la población en Valencia y Murcia se aglomera en las tierras vecinas al mar, dejando casi desiertas las escarpadas superioridades (1).

Sobre la ribera izquierda del Segura, las sierras de Chinchilla, de Cabas, de Carche, de Pila y de Crevillente, se reúnen en un macizo muy accidentado, cuya más alta cima es Moncabrer, cercano á Alcoy, y luego se esparce, formando ese conjunto de cabos que se prolongan enfrente de las Baleares y alteran graciosamente el litoral. La montaña que termina esta cordillera en el cabo de San Antonio, es el Mongó, famoso en la historia de la Geo-

(1) 'Altitud de las principales montañas de la vertiente mediterránea:

	Metros.		Metros.
Gigante.....	1.499	Peñagolosa.....	1.811
Morrón de España.....	1.582	Muela de Ares.....	1.318
Moncabrer.....	1.385	Tosal des Escanades.....	1.392
Pico de Javalambre.....	2.002	Sierra de Montsia.....	762

desia, porque en su cima los sabios Méchain, Biot y Arago, hicieron sus operaciones relativas á la medición del meridiano. Uno de los promontorios vecinos al Mongó, el Peñón de Hifac, unido á tierra por un itsmo, es de origen volcánico. Las montañas que dominan los valles del Júcar y de sus afluentes, parecen desperdicios de la gran meseta que se eleva al Oeste. Sólo el Pico Ramera y la sierra Martes tienen aspecto de verdaderas montañas. En la cuenca de Guadalaviar los montes tienen más altiva apariencia. En torno de la Muela de San Juan, punto central de las cuencas fluviales, varios de sus contrafuertes, con la sierra de Albarracín, la sierra de Valdemeca y los llamados «Montes universales», aparecen aún como confundidos en el espesor de la meseta; pero al Este, un macizo de forma piramidal, con dos kilómetros de altura, el pico de Javalambre, ofrece el aspecto de un verdadero monte. Al Norte de este macizo y del río Mijares, casi siempre seco, se levanta otro pico dominador, el Peñagolosa, que se une por una meseta montuosa á la sierra de Gudar, cuyas vertientes septentrionales pertenecen al Ebro. Desde el Peñagolosa todos los macizos, con nombres valencianos ó catalanes, la Muela de Ares, el Tosal de Encanades, el Bosch de la Espina, etc., se extienden en línea paralela al Mediterráneo, y entre ellos y el mar se desarrollan, en la misma dirección, dos pequeñas cordilleras gemelas, cuyos valles de separación utilizan los caminos.

El clima de las tierras inmediatas al mar es dulcísimo y la vegetación participa de los productos de la zona tropical y la zona templada. No es esta región muy abundante en lluvias. Sin embargo, Murcia, edificada cerca de unas montañas que detienen el paso de las nubes, y Valencia en la cavidad de un golfo que mira al Este y Nordeste, gozan bastante de los beneficios de la humedad. Pero las aguas de esta vertiente mediterránea se evaporan rápidamente en un aire ardoroso, y el cultivo necesita de riegos artificiales para prosperar. En los huertos de Carcagente y Alciara, se aprovechan las aguas subterráneas por medio de bombas de vapor para el riego de sus ricos huertos de naranjos. Pero aparte de estos y otros medios, ¡cuántos terrenos fértiles completamente perdidos por la falta de humedad! Entre Cartagena y Murcia los labriegos cultivan campos que no dan cosecha más que cada tres años por la rareza de las lluvias. A los dos lados de la zona de cultivo vecina al Segura, se extienden verdaderas estepas, campos salinos por falta de lluvias que los limpien, y que, como dice un viajero, tienen «la vegetación de un horno de cal».

En un espacio que puede evaluarse en 500 kilómetros, siguien-

do las sinuosidades del litoral desde Almería á Villajoyosa, los campos de la costa son infértiles y desnudos por falta de lluvias, con raros oasis al borde de los cursos de agua permanentes ó temporales. Así se comprende la existencia de tantas salinas, especialmente las de Torrevieja, cerca de Orihuela, que son enormes.

Esta región sólo es fértil y hermosa en la proximidad de los ríos que la cruzan y que ya hemos mencionado. Pero hay que decir que allí donde el agua puede refrescar la tierra, crece la vegetación con una fuerza y una exuberancia que convierten las huertas en jardines paradisíacos.

De todas las huertas de España, la más célebre y de mayor extensión, es la de Valencia. Es posible que en tiempos de los conquistadores romanos se practicasen ya irrigaciones en ambas riberas del Guadalaviar; pero los grandes trabajos de riego se deben á los árabes. Por medio de ocho grandes canales ó acequias, que se dividen y subdividen en innumerables arterias, el agua convierte la llanura en un paraíso. Con la ayuda de los abonos que los labriegos (los *fematers*) van á buscar, no sólo en los establos, sino en las calles de la ciudad y en los desperdicios de las casas, la tierra siempre húmeda, no descansa ni un solo día. Acaba de arrancarse una cosecha cuando ya se planta otra, y éstas se suceden en número asombroso durante el año. Este cultivo intenso hace de los huertanos valencianos los primeros labradores de España. Un pedazo de terreno que en otras partes apenas bastaría para un corral, mantiene aquí toda una familia. El cultivador vive junto á su campo, en su choza ó barraca, y todas las horas las dedica á su trabajo; hasta las de la noche si es preciso. Las plantas crecen á prisa, pero hay que reconocer que esta vegetación tan rápida tiene mucho de acuosa y falta de consistencia. Por esto en otros tiempos las gentes castellanas, al hablar de esta huerta encantadora, repetían un proverbio hostil para Valencia:

La carne es hierba, la hierba agua;
los hombres mujeres, las mujeres nada.

El refrán, algo cierto en lo que se refiere á la vegetación, es absurdo en cuanto á las personas, pues la belleza fina y elegante de las valencianas fué siempre famosa en la península, y los mismos que repetían este proverbio ofensivo para los hombres, afirmaban que Valencia era tierra de gentes feroces que se mataban por la más leve diferencia, sacándose de los pueblecillos de su huerta matones para todas las venganzas de España, como un artículo de exportación.

Como el riego que enriquece el campo es objeto de muchos litigios, existe un Tribunal de las Aguas, compuesto de los síndicos de las acequias, jueces populares escogidos entre los mismos labradores, que se reúnen todos los jueves á medio día en un pórtico de la catedral, y juzgan las cuestiones entre regantes, de viva voz, sin papeles ni sentencias escritas, y condenan *ipso facto* después de oír á las partes y sus testigos.



Las palmeras de Elche. (Dibujo de Gustavo Doré.)

Las huertas del Júcar son menos famosas que las de Valencia, pero más ricas. El Júcar se esparce en acequias, y los naranjales de Alcira, Carcagente y otras poblaciones, son la riqueza del país y dan al puerto de Grao de Valencia su principal movimiento, pues el dorado fruto se exporta á Inglaterra y Francia por miles de toneladas. En la región baja, que se extiende entre el Júcar y Valencia, están los inmensos arrozales vecinos á la Albufera, cuya agua se emplea en el riego continuo de estos campos. La cosecha es magnífica, pero el agua pantanosa envenena el aire y son continuas las tercianas. Sueca, Cullera y otros pueblos del contorno, viven una existencia casi opulenta con el cultivo del arroz.

Los oasis que existen en la gran estepa de una España que podemos llamar africana por su clima, entre los montes de Alcoy y los de Almería, no tienen la riqueza de las cuencas del Júcar y el Guadalquivir. La huerta de Alicante se fecunda con las aguas de Castalla, procedentes del pantano de Tibi, del que ya hemos hablado; la huerta de Elche, junto al Vinalopó, es célebre en Europa por su bosque de palmeras; la de Orihuela, junto al Segura, posee una gran riqueza de árboles frutales, y sus cultivadores gozan fama de hábiles y laboriosos labradores. En las mismas orillas del Segura, los habitantes de la huerta de Murcia, que disfrutaban de las mismas ventajas, ya no las utilizan con igual habilidad. Las campiñas de Lorca, aunque también ricas, no son tan hermosas como las de Orihuela. En diversos años del siglo XIX han ocurrido grandes catástrofes en todos estos campos, por roturas de diques, inundaciones del Segura y otros accidentes de la Naturaleza, arrasando los cultivos y consternando á las familias, sumidas de repente en la miseria.

Una región como Valencia y Murcia, que ofrece tales contrastes entre mesetas frías y valles ardorosos, desiertos estériles y huertas fecundas, no podía menos de presentar igual divergencia en el carácter de sus habitantes. Todos provienen de iguales ascendientes, lo mismo los hombres que viven en la llanura monótona, que los que cultivan los bosquecillos de naranjos siempre verdes; pero difieren mucho entre sí. Las gentes de la provincia de Murcia, en íntimo contacto con una naturaleza más hostil, con la roca pelada, la llanura seca y la atmósfera sin vapor, los llamados manchegos, son menos alegres que los que ocupan el litoral mediterráneo. Su vida les impulsa á cierta pereza.

Los valencianos son agricultores de gran actividad, no sólo en la huerta, sino en el país quebrado del interior de su región, donde atacan las montañas, cultivando sus laderas y convirtiéndolas en fértiles campos. Viviendo en una región más sonriente que la cálida Murcia, son más alegres; pero los prejuicios del resto de España añaden á esta alegría cierta ferocidad, dando á los valencianos una reputación de levantiscos y homicidas. La verdad es que Valencia, hasta hace pocos años, figuraba como una de las regiones donde menos se aprecia la vida humana. La influencia de la civilización ha transformado mucho las costumbres; pero aún son frecuentes las riñas y los asesinatos en los pueblos, y en los montes existe una especie de caballeros andantes, llamados *roders*, hombres que cometen un crimen y se van á la sierra, huyendo de la justicia, y allí subsisten años y más años, viviendo del auxilio y la

admiración de sus compatriotas, protegiendo muchas veces á los débiles y poniendo á contribución á los ricos.

Valencia conservó su autonomía histórica, sus leyes forales y sus libertades municipales, hasta principios del siglo XVIII. Para arrancárselas Felipe V, el primer Borbón, necesitó sostener una guerra atroz, en la cual la ciudad de Játiba fué exterminada é incendiada, hasta el punto de no quedar en pie más que una iglesia y un hospital. Los valencianos se distinguen de los castellanos por el traje y las costumbres (aunque el traje va desapareciendo lentamente), y, sobre todo, por su lengua, mezcla de palabras árabes y del antiguo provenzal. Es un lenguaje dulce como el italiano, especialmente en una boca femenina.

Valencia y Murcia tienen importancia comercial por la gran exportación de sus productos agrícolas. Los vinos finos de Alicante y los de Vinaroz y Benicarló; la pasa de Denia y Jávea; las precoces hortalizas de Gandía y los espartos de Albacete y Murcia, dan movimiento á la exportación. Además, existen las minas del litoral de Murcia, en La Unión, cerca de Cartagena, que dan gran animación al puerto de esta última ciudad y á varios puercecillos cercanos.

La fabricación industrial está concentrada en la provincia de Valencia. Albacete, en la meseta murciana, tiene sus célebres navajas, Murcia sus tejidos de seda y Cartagena sus cordelerías para la marina. En el territorio valenciano está Játiba, donde los árabes introdujeron de China la fabricación del papel, siendo la primera ciudad de Europa que produjo este artículo. Todavía hoy conserva algunas de sus antiguas fábricas. Está Alcoy, población de gran actividad industrial, que produce paños y gran parte del papel de fumar que se consumé en España y América. Valencia, la capital, posee numerosas fábricas de toda clase de productos, y en el vecino pueblo de Manises, tiene las famosas alfarerías de origen árabe de donde salen sus vistosos azulejos y la loza de reflejos dorados.

Las costas de Valencia y Murcia tienen excelentes fondeaderos, y además de sus relaciones comerciales con Inglaterra y Francia, la vecindad de Argel sirve también para desarrollar su exportación, y una emigración de ida y vuelta que se verifica todos los años. De Altea, Jávea, Denia, los bordes del Júcar y otros lugares de Valencia y Murcia, parten todos los años millares de campesinos con rumbo á Argelia, embarcándose en Alicante para ganar unos cuantos jornales en la recolección del esparto y otros trabajos agrícolas del Africa francesa.

De todas las poblaciones importantes de la vertiente mediterránea, Albacete es la única alejada de la costa. Situada en el borde oriental de la meseta de la Mancha, en el sitio donde empieza la vertiente mediterránea y donde las cuencas del Segura y el Júcar se aproximan más, fué siempre la gran etapa de los viajeros en esta parte de España. También tiene una importancia semejante por su situación, Almansa, que se encuentra al Oeste del macizo de monta-



Tipos valencianos. (Dibujo de F. Viscal.)

ñas de Alcoy, y domina los dos grandes caminos: el de Valencia, al Norte; y el de Alicante y Murcia, al Sur.

Sobre las pendientes de la meseta central que miran al Mediterráneo, Hellín, Moratalla, Caravaca, Mula, Cieza, Jumilla, Yecla, Requena y Utiel, aparecen como aglomeraciones principales de población. Yecla posee numerosas antigüedades, cuyo origen es aún obscuro. Jumilla tiene valiosas minas de fosfatos.

Pero todas las poblaciones de mayor riqueza en esta región, están en una faja de 40 kilómetros de anchura, á lo largo del mar. Lorca, la más meridional, ocupa una posición muy pintoresca en la base de una colina que sustenta los restos de una fortaleza árabe. Las poblaciones marítimas de Aguilas y Mazarrón sirven á su comercio. Siguiendo el cauce, tan pronto húmedo como seco del Guadalentín, se atraviesa Totana y se llega á la hermosa vega de Murcia. Esta ciudad blanca y con palmeras en sus alrededores, tiene mucho de árabe. Lo más notable que hay en ella es la catedral, con su torre, á la que se sube por una rampa en forma de hélice; los paseos frondosos al borde del Segura y los canales de irrigación de su huerta. El suelo desaparece bajo los naranjos, palmeras, cactus, etc. A pesar de su título de capital, Murcia tiene menos importancia é interés que su vecina Cartagena.

Los fundadores de Cartago-Nova quisieron hacer de ella otro Cartago, cuando la nación africana tenía su comercio y su industria en la península. Ningún puerto presentaba las ventajas que el pequeño mar interior que abrigaban las montañas desnudas y sombrías de Cartagena. Esta importancia de la colonia púnica se acrecentó con el descubrimiento de las ricas minas de plata de los alrededores. En diversas ocasiones, los reyes de España intentaron devolver á Cartagena su importancia estratégica haciéndola principal estación de su flota, construyendo arsenales, diques, fundiciones, etcétera, y sobre todo, erizando de cañones las alturas que dominan la rada; pero la indigencia crónica de la Hacienda española no permite la renovación de los arsenales y de las flotas con arreglo á los adelantos modernos, y la que era una gran plaza fuerte marítima en tiempo de los navíos á vela, es hoy una venerable y enorme ruina.

En cuanto al valor de Cartagena como plaza fuerte de tierra se demostró en 1873, durante el largo sitio que las tropas del gobierno pusieron á esta ciudad dominada por los cantonales. Los revolucionarios se aprovecharon para su resistencia de las vecinas minas de plata, acuñando mucha moneda. El comercio de Cartagena subsiste á pesar de la ruina marítima de la ciudad, pero hay que reconocer que la posición de este puerto sólo es buena para el tráfico de la península con Argelia, pues los grandes caminos para los cambios extranjeros están en Barcelona, Málaga y Cádiz. Cerca de Cartagena se extiende el mar Menor, una especie de *fiord* como los de Noruega, pero entre tierras bajas.

Aunque menos favorecido por la naturaleza el puerto de Alicante, muestra más actividad, por lo fecundas que son las huertas de Elche, Orihuela, Villena y Alcoy, y por el camino de hierro que lo

une directamente á Madrid. Situada al pie de un monte con los restos de una antigua fortaleza, Alicante ve en sus muelles numerosos buques, aunque pequeños, y en verano le dan gran animación los bañistas que llegan de Madrid. Siguiendo el litoral valenciano, se encuentran otros puertos y fondeaderos; Denia, cuyo nombre recuerda el culto de Diana; Gandía, la de la huerta esplendorosa; Cullera, al pie de un macizo montañoso, aislado en medio de las playas y junto al cual desemboca el Júcar; y después el Grao, el puerto de Valencia, inmediato á la desembocadura del Guadalaviar. Antes de la construcción de este puerto el golfo de Valencia era peligrosísimo en invierno, y á docenas se perdían los veleros en la playa de Nazarez, ante la embocadura del río. Hoy el puerto es un refugio seguro para las tempestades del terrible viento Levante, y continuamente recibe la visita de muchísimos vapores de diversas nacionalidades que se llevan los valiosos productos de las vegas valencianas. En torno del puerto, Villanueva del Grao y Pueblo Nuevo del Mar, forman un poblado de muchos miles de habitantes, anexo á la ciudad de Valencia.

Todas las poblaciones de las grandes huertas de las cuencas del Júcar y del Guadalaviar, Onteniente, Játiba la heroica, Carcagente, Alcira, Algemesí, Liria, etc. (pues esta región es de las más pobladas de España y cuenta á docenas pueblos de mayor número de habitantes que muchas capitales de provincia), tienen por centro común á Valencia, la tercera capital de España, por su población, y la primera por la belleza de sus cultivos. La «Ciudad del Cid», presentaba antes un aspecto muy original con sus murallas almenadas y sus torres. Hoy su recinto de defensa ha venido abajo para dar expansión á los grandes ensanches, pero aún quedan en pie las macizas torres de Cuarte y las hermosas y octógonas de Serranos. La Universidad de Valencia produjo á Luis Vives, uno de los grandes hombres del Renacimiento. El más curioso de sus edificios es la Lonja de la Seda, monumento civil de la Edad Media, que llama la atención por las atrevidas columnas salomónicas de sus naves interiores. Las flores, las avenidas de árboles, los jardines, son el principal encanto de Valencia. Su paseo de la Alameda es de señorial aspecto. Además posee un Jardín Botánico donde pueden cultivarse los vegetales de los trópicos. La huerta cercana equivale á una segunda ciudad, pues los pueblos y pueblecitos casi se tocan unos á otros.

Al Norte de Valencia, siguiendo la zona cultivada entre la montaña y el mar, y dejando atrás á la histórica Sagunto, se llega á Castellón de la Plana, construída en una llanura, como ya lo indica

su nombre; llanura rica y feraz, convertida en un inmenso jardín de naranjos, donde también están Villarreal y Burriana. Situada Castellón en la salida del valle de Mijares, tiene gran importancia comercial, y ésta aumentará seguramente con el puerto que tiene en construcción (1).

Siguiendo la costa hacia Cataluña se pasa por Alcalá de Chisvert, Benicarló y Vinaroz, tocando la pequeña península de Peñíscola, con su viejo castillo, residencia de un Papa; y tierra adentro en ásperas montañas, está Morella, la fuerte ciudadela del Maestrazgo, objeto de asaltos y grandes batallas en las guerras carlistas. En esta parte del litoral quedan ruinas de muchas torres atalayas levantadas para defender el país, y avisar la proximidad de los corsarios moros.

Hemos citado antes á Sagunto, que defiende el paso entre las llanuras de Valencia y las de Castellón, sobre la cumbre de rojizas montañas. Esta ciudad es famosa en el mundo por la resistencia heroica que opuso á Aníbal. Las ruinas de su civilización

(1) Poblaciones principales de la vertiente mediterránea desde el Ebro al cabo de Gata:

	<u>Habitantes.</u>		<u>Habitantes</u>
Valencia.	215.687	Denia	12.433
Alicia	20.572	Elche	27.308
Carcagente.	12.262	Monóvar.	10.601
Cullera	11.947	Novelda	11.442
Gandía	10.026	Orihuela.	28.530
Játiba.	14.600	Villena	14.099
Oliva.	7.956	Murcia	111.539
Onteniente.	11.430	Aguilas.	15.868
Requena.	16.236	Caravaca	15.846
Sagunto	7.139	Cartagena.	99.871
Sueca	14.435	Cieza.	13.626
Torrente.	8.561	Jumilla.	16.446
Utiel	11.642	Lorca	69.836
Castellón de la Plana.	29.904	Mazarrón	23.284
Burriana.	12.962	Moratalla	12.689
Morella.	7.335	Mula	12.731
Onda.	6.595	Totana	13.703
Segorbe.	7.045	La Unión	30.275
Vall de Uxó	8.643	Yecla	18.743
Villarreal	16.068	Albacete.	21.512
Vinaroz.	8.893	Almansa.	11.180
Alicante	50.142	Chinchilla.	6.680
Alecoy	32.053	Hellín	12.558
Crevillente	10.726		

romana son dignas de visitarse, y se cree que fueron causa de que durante siglos se cambiase el nombre antiguo de Sagunto por el de Murviedro (Muros viejos). La actual Sagunto apenas tiene importancia comparada con la gran ciudad antigua; pero indudablemente su decadencia es obra de la naturaleza más que de los hombres.

El suelo del litoral se ha levantado, y el mar se ha retirado muchísimo, convirtiendo en población de tierra adentro lo que antes fué un rico puerto.

VII

Andalucía.

Sube Sierra Nevada algo más que los Pirineos. Sus cumbres más altas son la Alcazaba (3.314 metros); la Veleta (3.470), y el Pico de Mulahacén (3.481), cuya cima lleva el nombre del rey moro, padre de Boabdil, último soberano musulmán de Granada. Al pie de la Veleta, está el Corral del mismo nombre, abismo en cuyo fondo se halla el campo de hielo más meridional de Europa, el ventisquero del Genil, de donde brota el río que baña á Granada, y que tiene 580 metros de longitud, á 2.859 ó 2.921 metros de altura. Magnífico, inmenso es el horizonte que se descubre desde estos picos. Se vislumbra hasta el Africa á una distancia de 200 kilómetros al Sur, pero hay quien cree ver desde allí los montes de allende el mar, y no contempla más que nubes confusas, vapores, caprichos del aire ó de la ilusión óptica.

La Sierra Nevada arranca de la costa mediterránea, que es allí la costa más cálida de Europa, donde la temperatura media anual llega á 20 grados. En la vertiente del Norte corren las aguas del Guadalquivir, río cuyo nombre árabe significa Río Grande. Aumenta su caudal torrentes singulares nacidos en las llanuras que limita al Sur Sierra Morena y no se dirigen al Norte hacia el Guadiana, al cual están próximos, sin que de él los separe ningún obstáculo, sino que prefieren hender la Sierra Morena y correr al Sur

hacia el Guadalquivir (1). Esos torrentes caprichosos abundan en España, y el Júcar ofrece, como el Ebro, un notable ejemplo. Formado el Júcar en los montes de Castilla la Nueva, junto á las fuentes del Tajo, muerde el pie del altivo peñasco de Cuenca, semejante al de Toledo, y luego entra en los campos llanos de la Mancha. Allí parece que su pendiente natural debía llevarle al Guadiana, pero desdeñando camino tan fácil, y prefiriendo los saltos y contorsiones por la piedra viva, se tuerce de pronto hacia el Este, y de rápido en rápido, atravesando montes y profundos precipicios, baja al Mediterráneo por la tierra valenciana. Lo mismo ocurre con los torrentes caprichosos del Guadalquivir.

El Guadalquivir (2) tiene un caudal de 40 metros cúbicos por segundo en aguas bajas y 250 en aguas ordinarias. Riega la llanura andaluza que tiene 1.650.000 hectáreas, pasa por delante de Córdoba, baña á Sevilla y corre por las marismas, aluviones con que ha cegado un golfo del mar. Sepáranlo del mar las arenas gordas, y allí pacen toros bravos reservados á la lidia.

La cuenca del Guadalquivir y la vertiente de Sierra Nevada frontera al Riff, forman Andalucía, país ilustre por sus montañas coronadas de nieve bajo un sol africano, por la poesía heredada

(1) Altitud de los principales montes de Sierra Morena:

	Metros.		Metros.
Sierra de Aracena.....	1.676	Sierra de Bacares (Filabres)	1.915
Villagarcía (camino de Badajoz á Córdoba).....	569	Mulahacén.	3.554
Sierra de los Santos.....	760	Sierra Nevada { Picacho de la Veta.	3.470
Sierra de Córdoba.....	466	Alcazaba	2.314
Pozo Blanco (Pedroches)...	503	Suspiro del Moro	1.000
Despeñaperros (solo).....	745	Jabalón de Baza.....	1.498
Punta de Almenara.....	1.800	Sierra de Gádor.....	2.323
Altitud de los macizos del Guadalquivir:		Contravesia	1.895
Calar del Mundo.....	1.657	Sierra Tejada.....	2.134
Yelmo de Segura.....	1.806	Alfarnate	330
Sierra Sagra.....	2.398	Torcaal.	1.286
Altitud de las montañas entre el Guadalquivir y el mar:		Sierra Bermeja.....	1.450
Sierra de María.....	2.039	Serranía de Ronda.....	1.550
		Sierra de San Cristóbal....	1.715
		Peñón de Gibraltar.....	420

(2) Cuenca del Guadalquivir.. 55.892 kilómetros cuadrados.
 Provincias andaluzas.... 87.837 » »

Población de estas provincias, 3.363.220 habitantes; 38 por kilómetro cuadrado.

de los moros, por la gracia de sus mujeres, la alegría de sus pueblos y lo excelentes de sus caballos. Cuando oyen su nombre los ex-



Sierra Morena: desfiladero de Despeñaperros. (Dibujo de Gustavo Doré.)

tranjeros, sueñan con encantadores paraísos. Sin embargo, tiene su parte fea, sus colinas peladas, sus cañadas sedientas, sus polvorientas llanuras, sus lagunas, sus pantanos productores de calenturas, sus pueblecillos fétidos y las aguas amarillas del Guadalqui-

vir. En cambio, ostenta hermosura, alegría y grandeza, en su litoral, en sus Alpujarras, su Sierra Nevada y su Serranía de Ronda. Deslumbra, sobre todo, cuando se la ve desde el desfiladero de Despeñaperros, cerca del valle de las Navas de Tolosa, que fué teatro del terrible desquite de los españoles sobre los moros vencedores de Guadalete.

Sale el viajero de Madrid por áridos campos y pasa Sierra Morena, sin que cumpla éste las promesas de su nombre, cuando llega de pronto al umbral del país maravilloso que flota en lontananza, brillante, azul y vago. Lenguaje, costumbres, trajes y religión, distinguen al andaluz del africano. No es idéntico el hombre en ambos países, aunque lo forman los mismos elementos; pero el aspecto de la naturaleza varía poco.

Entre todos los ríos de España el Guadalquivir es el único que resulta navegable á una gran distancia del mar. Cerca de Sevilla la marea empieza ya á retardar la corriente del río, y más abajo la hace moverse en dos sentidos. Los buques que pueden franquear la barra de su entrada, frente á la hermosa población de Sanlúcar de Barrameda, remontan su curso hasta Sevilla.

En cuanto á los otros ríos de Andalucía que desembocan en el Atlántico, todos ellos son innavegables. El Guadalete, que desagua en la bahía de Cádiz, no tiene profundidad y se pierde entre marismas; el Odiel y el Río Tinto, que se confunde en el estuario de Huelva, son torrentes rápidos cuyos aluviones llenan y obstruyen poco á poco los canales navegables de su entrada marítima. Así se comprende que el Puerto de Palos, de donde partieron las carabelas de Colón, esté casi destruído, ofreciendo un aspecto de abandono este lugar célebre, donde se inició el acontecimiento más trascendental de la historia de la humanidad.

¡Pero qué son estos pequeños cambios geológicos, comparados con la gran revolución que se operó en remotos tiempos al Sur de Andalucía, cambiando los límites del Océano! Es indudable que el Mediterráneo, por la forma de su cuenca, es más una dependencia de los mares orientales que del Atlántico. Playas bajas le separan solamente del Mar Rojo, ó sea del Océano Indico, y la facilidad con que las ha perforado el canal de Suez, demuestra su insignificancia como obstáculo. Al Nordeste, el Mediterráneo está alejado del Océano Glacial por toda la anchura del continente asiático, pero este inmenso espacio permanece aún cubierto parcialmente de aguas saladas y salitrosas, que son el resto de un antiguo mar. Por ninguna parte del Mediterráneo se elevan obstáculos semejantes á las montañas de Almería en España, y de Melilla en Ma-

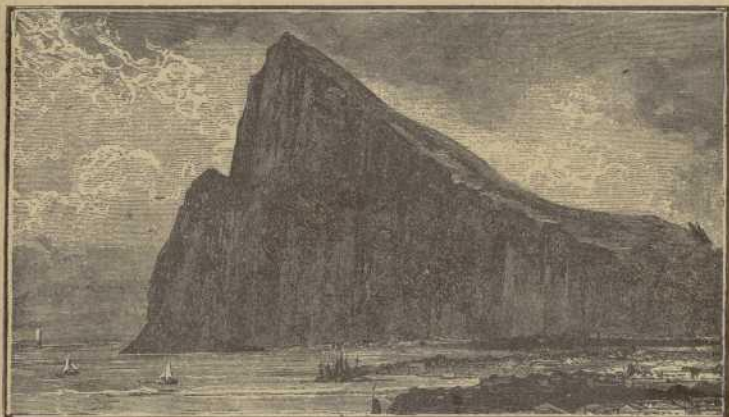
rruecos, que forman la manga occidental de este mar. Aquí estaba la barrera ciclópea que cerraba el paso al Océano con más fuerza que los istmos arenosos de Oriente; y sin embargo, por aquí se rompió. ¿Quién fué el Hércules geológico cuyo brazo irresistible hizo este corte prodigioso? La naturaleza cavernosa de las rocas en las penínsulas de Marruecos y Andalucía vecinas al Estrecho facilitó seguramente este cataclismo; sobre todo si por una evaporación rápida de sus aguas se encontró el Mediterráneo á más bajo nivel que el Océano. Las grietas de la barrera montuosa se ensancharían con la filtración oceánica, y los pilares de las montañas que cerraban el paso serían abatidos sin necesidad de que ocurriesen temblores de tierra. La enorme masa de agua que actualmente arroja el Atlántico en el Mediterráneo, con una velocidad media de cuatro kilómetros y medio por hora y que sube algunas veces á 10 kilómetros, permite apreciar con qué fuerza se abrirían paso las aguas oceánicas, apenas pudieron filtrarse en la barrera de montañas que unía á los dos continentes.

El verdadero sitio de separación entre el Océano y el Mediterráneo, no está en la parte más angosta del Estrecho, ó sea al Sur de Tarifa, sino más al Oeste, fuera ya del Estrecho, entre el cabo Trafalgar y el Espartel, continuando submarinamente la curva regular de las costas de España y Marruecos. Por esto, fuera del Estrecho, ó sea antes de su entrada, hay menos agua que dentro de él. Sobre esta cresta submarina, resto de la antigua barrera, hay por término medio 275 metros de profundidad y en el Estrecho va descendiendo ésta en pendiente hacia el interior del Mediterráneo, llegando en Tarifa y Gibraltar á 900 metros. La anchura del Estrecho ha aumentado también desde los tiempos históricos. Los navegantes antiguos daban á las «Bocas de Calpe» unas dimensiones más pequeñas. Seylax de Caryende atribuyó al Estrecho la misma anchura que el Bósforo, y después de los dos mil cuatrocientos años que han transcurrido desde que este geógrafo hizo su medición, ha crecido mucho indudablemente, pues hoy en su parte más estrecha, tiene 1.000 metros. Las dos famosas columnas de Hércules de que tanto hablan los antiguos, aún existen: son el monte Calpe ocupado por Gibraltar y el macizo de Abylix en Marruecos. El Peñón de Gibraltar, dependencia natural de España, ha sido usurpado por Inglaterra en su ambición de dominar los mares, con el mismo derecho que ocupa Malta, Chipre, Perú, Singapur, Hong-Kong, Port-Hamilton, etc.

Los españoles tienen motivo para indignarse contra esta usurpación; pero deben pensar que, con el mismo derecho que los in-

gleses ocupan Gibraltar, poseen ellos la otra columna de Hércules, llave del Estrecho, la plaza de Ceuta, que no está en tierra española.

Además de las semejanzas de Africa y Andalucía, juntas en otros tiempos por tierras sumergidas, existe la igualdad de climas. La Andalucía meridional es, con Sicilia y una parte de las costas



El Peñón de Gibraltar. (Dibujo de Gustavo Doré.)

de Alicante, el lugar europeo de temperatura media más elevada. Las partes más tórridas de la costa mediterránea de Andalucía no son los promontorios que avanzan en el mar, sino al contrario, las bahías que se repliegan tierra adentro hacia el Norte. Perfectamente abrigadas de todos los vientos que podrían traerles frescura, no están expuestas más que á las corrientes atmosféricas que vienen del continente africano.

El clima semitropical de la baja Andalucía es muchas veces penoso para los europeos del Norte. Además, en las llanuras no hay lluvias en verano, y el viento es de un ardor irresistible hasta en poblaciones marítimas como Cádiz, que con el nombre de *Medina*, tiene un aire cálido que atraviesa las soledades de Medina-Sidonia.

Mientras que en las regiones del Norte el verano es una estación de alegría y abundancia, en Andalucía es de sequedad y de muerte. Fuera de las tierras de regadío, la vegetación se quema, tomando un gris igual al de la tierra. En otoño, al caer lluvias en las tierras bajas y nieves en las montañas, las plantas se yerguen, gozando de una segunda primavera. En Febrero la campiña está

en toda su belleza, y las lluvias de Marzo sostienen este esplendor. Después vuelven los calores y la sequedad. El clima de Andalucía, considerado en su conjunto, adolece de falta de humedad. Muchos de sus territorios son verdaderas estepas, sin agua, sin árboles y hasta sin casas y personas, en muchas leguas. Pero ordinariamente el nombre de Andalucía no hace pensar en estas soledades tristes é infértiles, sino en la hermosura de Sevilla y en la esplendorosa vega de Granada.

La Andalucía merece su antiguo nombre de «Indias de España», pues es como un invernadero en el que se aclimatan la plantas más tropicales de Asia y América. Hasta especies de animales de otro continente viven en esta tierra, como lo demuestran los monos africanos que aún subsisten en las cuevas del monte Calpe, en Gibraltar.

Al principio de los tiempos conocidos, los territorios designados hoy con el nombre de Andalucía estaban poblados por iberos, ó sea por gentes procedentes del mismo tronco que los vascos actuales. Sin embargo, la población debía estar muy mezclada. Tribus célticas ocupaban las regiones montañosas que van al Nordeste del Betis, hacia la Lusitania. Los turdetanos del valle de Betis (hoy Guadalquivir) poseían una relativa civilización, llegando á tener anales, poesía y leyes escritas, sin duda por estar en contacto con las colonias de fenicios, griegos y cartagineses. Después se latinizaron con la conquista romana, y sus ciudades fueron pequeñas Romas, como la famosa Itálica, vecina á Sevilla, ó la moderna O una, que se tituló *Colonia Julia Genetiva*. Después fué dominada Andalucía por los vándalos, los bizantinos y los visigodos, hasta que llegaron los bereberes y los árabes, haciéndola sufrir honda influencia. Aunque se hace descender su nombre de los vándalos (Vandalusia), solamente en tiempo de los sarracenos se dió á este territorio el título del *Andalus*, que primero abarcó España entera y luego se circunscribió á la actual Andalucía, cuando los musulmanes quedaron limitados á su dominio por la reconquista cristiana.

Los nuevos pobladores, mezcla de árabes y africanos, influyeron en Andalucía más que los hombres del Norte. Dueños del país durante setecientos años, reformaron las ciudades, cultivaron las campiñas, y se unieron tan íntimamente con los naturales, que cuando se dió contra ellos la orden de expulsión, los mismos que la decretaron no podían afirmar con certeza si sus venas estaban limpias de sangre mora. En ciertas regiones andaluzas, especialmente en la Alpujarra, sólo las ceremonias religiosas podían dis-

tinguir á las dos razas; pues por su aspecto y costumbre todos eran moros. En Andalucía, los nombres de los pueblos de origen semítico, son más numerosos que los iberos y latinos. Las fiestas, las ceremonias y las costumbres han guardado mucho de morisco. En las ciudades todos los edificios notables son alcázares y mezquitas, y hasta las construcciones modernas tienen algo de árabe



Orillas del Guadalquivir. (Libro de Gustavo Foré.)

en su estilo. En vez de mirar hacia fuera, como en el resto de Europa, las casas ricas de Andalucía miran hacia dentro, y la vida de familia, las visitas, etc., todo es en el patio, en torno de la fuente susurrante.

Después de los árabes ningún elemento étnico de consideración se ha mezclado con las poblaciones primitivas. Es cierto que en la segunda mitad del siglo XVIII fueron establecidos en Sierra Morena algunos pueblos formados con emigrantes alemanes, pero estas colonias mal conservadas no prosperaron: unos murieron, otros regresaron á su país, y en menos de una generación se fundieron los que quedaban en la masa del país.

Se ha repetido muchas veces que los andaluces son los gascones de España. Esbeltos de cuerpo, graciosos, seductores en sus maneras y elocuentes en sus gestos y palabras; son gentes muy atractivas, pero su atracción y su verbosidad la emplean siempre en las cosas más fútiles. Su facundia oculta por lo regular una gran pobreza de pensamiento; toda su sonora y brillante palabrería encubre el vacío. El andaluz, aunque hombre de valor, se siente incli-

nado á la fanfarronería y ama hacer patente su mérito, aunque sea á costa de la verdad. El deseo de brillar le familiariza con la mentira escandalosamente. Pero esta tendencia á lo exagerado, esta imaginación superabundante, tiene de bueno que le hace ver todas las cosas por su lado más hermoso. Arruinado y miserable, le quedan siempre como recursos la alegría y el amor al chiste, y creyéndose feliz, quiere que los demás también lo sean.

En Andalucía, como en todo el resto de España, hay que distinguir siempre entre los habitantes de las llanuras y los de los montes. A los montañeses de Jaén, por ejemplo, les llaman los «gallegos de Andalucía», por su diferencia de carácter con los demás andaluces. También la belleza de las mujeres andaluzas de los altos valles y de las montañas es más noble y severa que la de las mujeres de las llanuras, las cuales á su vez tienen mayor gracia y gentileza.

La perseverancia en el trabajo no es la virtud capital de los andaluces; pero también se ha exagerado mucho su pereza, olvidando á los míseros jornaleros de muchas regiones de la Bética, que son los braceros peor pagados y más deplorablemente alimentados de toda Europa. La baja Andalucía, más aún que las Castillas, es un país de grandes propiedades, algunas de las cuales parecen por lo extensas verdaderos Estados. En tiempo de la Reconquista los grandes señores castellanos se repartieron el territorio en inmensos dominios. Muchas de estas propiedades consisten en excelentes tierras, situadas en uno de los mejores climas del mundo, y, sin embargo, se han transformado en pastos y dehesas, donde apenas se ve una casa ó una persona. Las tierras son mal cultivadas por braceros que tienen que andar largas horas para ir á su trabajo.

Los inmensos dominios expropiaron á los antiguos labradores y hoy están en la soledad, no viendo al hombre más que en la época de un cultivo hecho á prisa. «El gran propietario—dice Bourgoing—reina como el león en los bosques; alejando con sus rugidos á todos los que intentan acercarse á él.» En las regiones montañosas de Andalucía, aunque existen grandes dominios, están repartidos entre arrendatarios que se parten con los dueños el producto de las cosechas y el ganado, siendo su posición mejor que la de los trabajadores de la llanura; aunque su cultivo resulte de los más rudimentarios.

A pesar de esta incuria general en la explotación de las tierras, tiene Andalucía regiones agrícolas de exportación, como Sevilla, Carmona, Sanlúcar, Estepa, Utrera y Málaga. La de más movi-

miento y riqueza es Jerez, por su famoso vino, el *Sherry*, al que tan aficionados se muestran los ingleses. También es célebre y muy apreciado en Andalucía, el vino de Sanlúcar, la famosa *Manzanilla*.

La industria andaluza es hoy una pálida sombra comparándola con los tiempos de la fabricación mora, cuando las sedas, los paños, los cueros de Córdoba, etc., gozaban de una reputación europea, y solamente Sevilla, según cuentan, mantenía más de 100.000 obreros. El único trabajo que hoy tiene importancia en Andalucía es el de las minas. Ya en tiempo de Estrabón, la Bética era famosa, más que por la hermosura del suelo, por la riqueza del subsuelo. Las minas de los turdetanos eran célebres, Posidonius, con su énfasis ordinario, decía al describir esta región, que el Dios de las riquezas era el dios de sus habitantes. Comparada Andalucía con las regiones mineras de América y Australia, no tiene grandísima importancia, pero posee valiosas riquezas que utilizan parcialmente la industria moderna. Estas minas se hallan en las regiones montañosas, ricas en hierro, cobre y plomo argentífero; en la Sierra de Gador; en las diversas sierras de Guadix, Baza y Almería; en Linares, cuyas galerías de explotación guardan aún el recuerdo de los cartagineses y romanos que buscaban su plata, y en Constantina y Guadalcanal, situadas en Sierra Morena. Además cuenta Andalucía con las cuencas hulleras de Bélmez y de Espiel, al Norte de Córdoba. Las minas más importantes son las de Huelva, las llamadas de Río Tinto, que han proporcionado enormes ganancias á la Compañía explotadora. También presentan un aspecto muy original las minas de cobre de Tharsis, de que tanto hablan los historiadores antiguos.

Aunque Andalucía parezca desierta, dado lo que podría ser con sus recursos hábilmente utilizados, hay que reconocer que es otra Italia por la hermosura y los recuerdos de sus ciudades. Granada, Córdoba, Sevilla y Cádiz, han sido celebradas por todos los poetas, y su nombres evocan las más risueñas imágenes. Los recuerdos de la historia, más aún que lo que resta de sus monumentos, hacen de estas antiguas ciudades moras un dominio de todos los que se interesan por el progreso de la humanidad y el desarrollo de la ciencia y las artes.

Todas las grandes ciudades de Andalucía gozan además la ventaja de una excelente posición, que explica su prosperidad pasada y presente. Córdoba y Sevilla ocupan las ricas llanuras del Guadalquivir; Granada tiene sus aguas abundantes y sus hermosas vegas; Huelva, Cádiz, Málaga y Almería disponen de excelentes puertos en

el Atlántico ó el Mediterráneo; Gibraltar ofrece la escala entre dos mares. Otras villas menos importantes por su comercio, pero en otros tiempos de gran valor estratégico, Jaén, Antequera y Ronda, vigilan los caminos que ponen en comunicación los valles del Guadalquivir y del Genil con el mar.

Entre las poblaciones que deben un papel histórico á su posición sobre un camino importante entre las dos vertientes, hay que citar á las que se encuentran al Oriente de Granada; Guadix, en el alto valle del Guadiana menor; Vélez Rubio y Vélez Blanco, situadas ya en la vertiente mediterránea, la una en un valle y la otra sobre una escarpa de roca; Cúllar de Baza, en la parte occidental de las vertientes; Huéscar, heredera de una ciudad cartaginesa; Baza, rodeada de los magníficos cultivos de su hoya y que, á pesar de su presente decadencia, fué en tiempo de sus dominadores árabes una pequeña Granada.

También Granada, con ser actualmente una buena ciudad (la sexta de España), no es sombra de lo que era antes que los Reyes Católicos acampasen ante sus muros. Capital del reino sarraceno durante más de dos siglos, tuvo 60.000 casas pobladas por 400.000 habitantes. Después de los días prósperos de Córdoba, fué la ciudad más animada y más rica de la península, y pocas poblaciones de Europa podían siquiera ponerse á su nivel. Hoy en vecindad inmediata con ella, toda una población compuesta en su mayoría de gitanos, vive como las bestias, en cuevas abiertas en la colina.

Aparte del pintoresco Albaicín, barrio al Norte de Granada, no se encuentra en la ciudad propiamente dicha, un solo edificio de construcción árabe. El fanatismo de los odios nacionales y religiosos lo ha hecho desaparecer todo, y las casas enjabelgadas no guardan más que algunos detalles de la arquitectura sarracena. Pero más allá de los arrabales, unos monumentos soberbios sin rival en Europa, atestiguan aún la gloria de los antiguos dueños de Granada. Sobre un montículo que sostenía, según dicen, á la primitiva ciudad, se alzan las Torres Bermejas. Más al Este, y dominando igualmente el curso del Darro, se alza el Generalife con sus jardines encantadores y sus aguas susurrantes cayendo en las límpidas albercas. Entre las Torres Bermejas y Generalife, prolongada en un espacio de cerca de un kilómetro, se ve surgir, sobre una confusión de muros, baluartes y torres avanzadas, el palacio de la Alhambra, formidable exteriormente y delicioso en su interior. Carlos V en una extravagancia de su capricho soberano, hizo construir al lado del monumento árabe un edificio pretencioso que ha quedado sin terminar y que contrasta pobremente con la mansión de los sobera-

nos mahometanos, maravilla del arte que ha servido de tipo y modelo, más ó menos mejor imitado, á tantos edificios del mundo.

El interior de la Alhambra, aunque maltratado por los siglos y el fanatismo de otras épocas y despojado de sus tesoros, asombra al visitante por la infinita variedad de sus salas, patios, pórticos y jardines de graciosas umbrías. Se admira especialmente el patio de los Leones, la sala de Embajadores, la puerta de la Torre de los Infantes, el mirador de Lindaraja; pero todas, absolutamente todas las habitaciones ofrecen el mismo lujo de arabescos de estuco, de azulejos multicolores, de estrofas de Korán en relieve de oro, y la vista se deslumbra ante tanta magnificencia. La Alhambra es un monumento único en el mundo. Puede emprenderse un viaje desde el otro hemisferio sólo por verla. Es el palacio «dorado por los genios, como un ensueño».

Desde lo alto de la torre de la Vela se goza de una de esas vistas maravillosas que hacen época en la vida de un poeta. Abajo, Granada erizada de torres, prolonga sus barrios avanzados en los valles de sus dos ríos, y sus colinas cubiertas de casitas blancas brillan al través de un eterno verdor. El Darro que surge del «Valle del Paraíso», se junta con el Genil, que viene del «Valle del Infierno», y muchas veces amenaza á la ciudad con sus desbordamientos. Reunidos los dos cursos de agua riegan la vega, y su corriente de plata se contempla á trechos entre el verdor de los jardines, lo que ha inspirado á muchos poetas árabes y cristianos la imagen de la esmeralda engastada en el zafiro. Las montañas azules que dominan esta llanura verdeante, teatro de tantas batallas, se suceden hasta el más extremo horizonte, con una gravedad solemne. Al Sur se levantan las masas gigantescas de Sierra Nevada; al Este y al Norte montes menos elevados, pero igualmente ásperos y desnudos, limitando bruscamente las campiñas seductoras con sus faldas rojizas. Una cima casi aislada, la montaña de Elvira, avanza en promontorio sobre la llanura.

El contrasté entre los montes salvajes y la vega fértil, entre la ciudad sonriente, eternamente hermosa y las rocas abruptas, da una atracción particular al paisaje de Granada. Los moros, en los cuales se encuentra un contraste igual de impasibilidad aparente y fuego interior, estaban enamorados de su ciudad andaluza. Era para ellos «la reina de las ciudades», «la Damasco de Occidente», «un pedazo de cielo caído sobre la tierra».

El proverbio español también ensalza su belleza:

Quien no ha visto á Granada,
No ha visto nada.

En efecto, pocos panoramas del mundo pueden compararse en gracia y belleza al que se contempla desde la Alhambra. Granada tiene hoy una Universidad igual ó inferior á las demás de España. Pasaron los tiempos de la cultura árabe en los que poseía 50 escuelas de importantes estudios y 70 bibliotecas.

Las otras poblaciones de la cuenca del Genil tienen también hermosos cultivos y gran riqueza de plantas, pero ninguna puede compararse con Granada, ni siquiera Loja, la de las frescas aguas, «la



Granada: la Alhambra. (Dibujo de Gustavo Doré.)

flor entre espinas», el oasis en medio de ásperas rocas y desfiladeros.

Jaén, que fué capital de un reino árabe y sostuvo luchas con Granada, ocupa una admirable posición en la confluencia de varios arroyos que descienden alegremente hacia el Guadalquivir. Al pie de sus alturas, que conservan ruinas del pasado, la campiña abundantemente regada tiene á la vez de jardín y de vega, y las palmeras extienden su abanico sobre el follaje de otros árboles. En medio de este valle de vegetación oriental, Jaén conserva su fisonomía morisca.

En el valle alto del Guadalquivir las poblaciones parecen apiñadas. Baza, á la que llamaban «nido real de halcones», tenía 150.000

habitantes en tiempo de los moros, pero la guerra la despobló en provecho de Granada, yendo sus vecinos fugitivos á ocupar en ésta el barrio del Albaicín. Cerca de ella está Utrera, que fué también una gran ciudad musulmana. Más arribá, en la montaña, está la población minera de Linares y más abajo, siguiendo el curso del río, Andújar, famosa en toda Andalucía por las frescas alcarrazas que fabrica. A unos 30 kilómetros más allá de Montoro, está el puente de Alcolea, con sus veinte arcos de mármol negro, lugar de moderna celebridad por la batalla en la que las tropas revolucionarias destronaron á Isabel II.

Córdoba la ibérica, la romana, la sarracena, comenzó á figurar en la historia con los primeros albores de la civilización hispánica. En la época árabe fué cuando llegó á su apogeo. Del siglo IX al XII tuvo cerca de un millón de habitantes y sus 22 arrabales se prolongaban á lo lejos en la llanura y los valles cercanos. La riqueza de sus mezquitas, de sus palacios y de sus casas particulares, era prodigiosa. Pero otra gloria la hacía célebre en el mundo civilizado de entonces: el ser «madre de las ciencias». Era la residencia de los primeros sabios de la época, filósofos, médicos y alquimistas. En su recinto se traducían las obras de Aristóteles próximas á perderse, comunicándolas al resto de Europa, y de todas las naciones venían á la docta Córdoba los hombres deseosos de saber. Por sus escuelas, colegios y universidades libres, conservó y desarrolló Córdoba las tradiciones científicas de Atenas y Alejandría. Sin ella la noche de la Edad Media hubiese sido mucho más densa. Las bibliotecas de Córdoba eran sin rival en el mundo. Una, fundada por un hijo del primer Abderramán, contenía más de 600.000 volúmenes, y su catálogo sólo formaba 44 grandes tomos. Pero las guerras civiles, la invasión cristiana de la Reconquista y el fanatismo después, destruyeron estos tesoros. Conquistada por los españoles, más de medio siglo antes que Granada, Córdoba descendió lamentablemente á su rango actual de ciudad de segundo orden, sin otro atractivo que los recuerdos de un pasado glorioso. Aunque ocupa el verdadero centro geográfico de Andalucía, su vida, después de la expulsión de los moros, es inferior á la de Sevilla, Málaga, Cádiz y Granada.

Córdoba conserva la fisonomía árabe en sus callejas estrechas y frescas. La mayoría de sus monumentos antiguos no existen, y si guarda su maravillosa mezquita, sin rival en el mundo, es porque fué convertida en catedral. Granada posee el palacio más bello de los mulsumanes; Córdoba, su más hermoso templo. Este edificio, que es la construcción mayor de la arquitectura árabe, fué construí-

do á fines del siglo VIII por Abderramán y su hijo, causando asombro que una sola generación pudiera realizar obra tan gigantesca. Dentro de él se ven á lo lejos las perspectivas de columnas, como los árboles de un áspero bosque; las arcadas que desarrollan en dos arcos superpuestos sus curvas de variadas formas, semejan, en la penumbra del templo, el inmenso ramaje entrecruzado. Aunque una gran parte de las columnas (un tercio tal vez), ha sido destruída para dejar espacio al coro y á las capillas del culto católico, aún quedan 860 de estas columnas, sin contar las de los pórticos y la torre. Las naves ó avenidas de columnas son 19, y están cruzadas á lo largo por otras 29, llamadas calles, á las que se da el nombre de las capillas que hay á su término. Las columnas proceden de todos los templos romanos de Andalucía, del resto de España, de la Galia musulmana, de la Mauritania y hasta 140 de ellas fueron enviadas de Bizancio como presente de los emperadores griegos. Por esto ofrecen en su gran variedad una colección casi completa de los materiales más preciosos, granito verde de Egipto, rojo y verde antiguo y las unas son acanaladas y tersas, las otras rugosas como la palmera, nudosas como el bambú ó lisas como el bananero. Los capiteles corintios, dóricos ó árabes, son de los estilos más variados. También las arcadas son de formas diversas, unas en plena cintra, otras en herradura. No existe la igualdad fatigosa; los arquitectos han guardado la libertad de su fantasía. La ornamentación del templo no era menos rica en sus tiempos de esplendor. Las naves estaban pavimentadas de plata; los santuarios aparecían revestidos de láminas de oro con piedras preciosas y tallas de marfil y ébano. Puede juzgarse del lujo antiguo de la mezquita, admirando su famoso *Mihrab*, santo entre los santos. Los mosaicos del *Mihrab*, de trabajo bizantino, y los arabescos de varios santuarios desembarazados recientemente de la capa de cal y yeso con que los habían cubierto los arquitectos católicos, son obras de las más maravillosas entre las que forman el tesoro artístico de la humanidad.

Los distritos más ricos de los alrededores de Córdoba no son los que riega el Guadalquivir. Es en el interior de sus tierras, especialmente en la cuenca del Guadajoz, al pie de las montañas que prolonga al Oeste la sierra de Jaén, donde se encuentran los centros agrícolas más ricos y populosos. Montilla es célebre por la excelencia de sus vinos; Aguilar, disputa á su vecina el valor de los viñedos comunes; Baena, Cabra, Priego de Córdoba, Alcalá la Real y Martos, producen en abundancia vinos, aceites y cereales, y Lucena, posee cierta actividad industrial. En el valle del Guadalquivir, entre Córdoba y Sevilla, en un espacio de 150 kilómetros, siguiendo

las tortuosidades del río, no hay ninguna población importante. La misma Palma del Río, situada en la confluencia del Guadalquivir y el Genil, á pesar de verse rodeada de un oasis de naranjos, no tiene más importancia que el ser lugar de salida para las campiñas de la ardorosa Ecija, construída en las estepas del Genil, y á la cual, por su extremado calor, la llaman «la sartén de Andalucía». En algunos lugares del curso del Guadalquivir, las orillas son pantanosas y los pueblos sufren de fiebres.

Sevilla, la reina actual del Guadalquivir, la ciudad más populosa de Andalucía, posee también maravillas arquitecturales de su pasado. Estas son el Alcázar, que casi llega en hermosura á la Alhambra, y es más admirable que ésta por sus jardines, que parecen verjeles de ensueño, lugares encantados de un libro de caballerías; su rica catedral, de altísimas naves y su palacio llamado *Casa de Pilatos*, en el que el estilo del Renacimiento casa admirablemente con el árabe. Como dice Edgard Quinet, uno de los rasgos salientes de Sevilla es que el Renacimiento tomó en la arquitectura una forma árabe, mientras que en el resto de Europa era griego y romano. Pero de todos los monumentos de Sevilla, el más famoso es la Giralda, llamada así por el *Giraldillo*, estatua de bronce que gira como una veleta en la cúspide del campanil. Los sevillanos se muestran orgullosos, y con razón, de esta torre árabe, noble y elegante, de la cual existe una copia ó monumento gemelo, en la capital de Marruecos, tal vez de la misma época. La Giralda era, según dicen, un observatorio astronómico de los árabes.

Esta encantadora ciudad, patria de Velázquez y Murillo, los dos pintores más famosos de España, goza una reputación de alegría y belleza, no sólo en la península, sino en todo el mundo. Los poetas y los novelistas han hecho de ella el escenario de sus creaciones.

Quien no ha visto á Sevilla,
No ha visto maravilla;

dice un antiguo proverbio: y una de las principales admiraciones para el vulgo, es el ambiente de alegría perpetua en que la cree envuelta, aunque después la realidad no corresponde ni con mucho á estas ilusiones. Sevilla alcanzó una triste fama en tiempos de Fernando VII, cuando existía en ella una escuela de tauromaquia donde se enseñaba, según dicen, la *Filosofía de los toros*. Pero aquellos tiempos pasaron. Hoy Sevilla posee una excelente Universidad y además guarda uno de los más grandes tesoros de la Historia Universal, los «Archivos de Indias».

Sevilla es cristiana desde mediados del siglo XIII. Constituída

por sus habitantes moros en república independiente, luchó con heroísmo contra los soldados del rey de Castilla, y al sucumbir, la mayoría de sus pobladores, unos 300.000 según dicen, tuvieron que buscar refugio en Berbería y la parte de España aún sarracena. Así la Hispalis de los romanos y la Isbalia de los moros, se convirtió en Sevilla la castellana. Un barrio del arrabal de Triana, situado en la orilla derecha del Guadalquivir, y que un puente de hierro une á



Tipos andaluces. (Dibujo de F. Viscal.)

Sevilla, es el principal punto de reunión de los gitanos de toda la península y donde viven sus personajes más venerables. A no larga distancia de Triana, sobre la misma ribera del Guadalquivir, y en los alrededores del pueblecillo de Santiponce, se encuentran los restos del hermoso anfiteatro de Itálica, antigua rival de Sevilla romana y patria del poeta Sillio Itálico, así como de los emperadores Trajano, Adriano y Teodosio. Coria, otra ciudad romana, que en

la Edad Media llegó á batir moneda, se eleva al Sur de Sevilla, sobre la ribera derecha del río.

Gracias á este hermoso río que convierte á la capital andaluza en un puerto, su comercio tiene próspera vida. Sobre uno de los promontorios que dominan al Sur el valle del Guadalquivir, se eleva, entre fortificaciones moras, Alcalá de Guadaira ó de los Panaderos, por el rico pan que fabrican sus vecinos, y que venden en Sevilla. Además del pan, envía Alcalá á Sevilla sus excelentes aguas de fuente, que entran en la capital por un acueducto de más de 400 arcadas conocido con el nombre de *Arcos de Carmona*. Se le llama así porque se desarrolla el acueducto paralelamente al camino que entre viñas y olivares conduce á la antigua ciudad de Carmona (Carmo), donde recientemente se han hecho grandes descubrimientos arqueológicos.

Al Sur de Sevilla, las antiguas ciudades de la Bética inferior, muy pobladas en tiempos de los moros, carecen hoy de importancia. Utrera, la más importante y de buen aspecto, goza el privilegio (raro en España) de servir de cruce á cuatro líneas férreas. En ella se unen á la principal vía de Andalucía, el ferrocarril de Morón, que trae los hermosos mármoles del interior, y el que recorre las ricas campiñas de Osuna y Marchena, limitadas al Este por el desierto. Utrera es célebre entre los *aficionados*, por los toros de muerte que pacían al Oeste de su territorio en las marismas del Guadalquivir. Lebrija, que tiene en su iglesia una torre parecida á la de Sevilla, se apróxima más á estos pantanos, que empiezan cerca de ella, para prolongarse al Sudeste, hasta la desembocadura del Guadalquivir. En Lebrija nació Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata.

El guardián de la desembocadura del Guadalquivir es Sanlúcar de Barrameda, población de hermoso aspecto y cierta prosperidad, aunque ésta no pueda compararse con la que gozó en tiempos de los árabes, cuando era el gran puerto de todo el valle de Guadalquivir. Lo mismo que Bonanza, puerto inmediato, un poco más arriba en el curso del río, donde se juntan las aguas dulces con las saladas del mar. Sanlúcar no tiene otros buques que los de cabotaje para exportar los productos locales. Las aguas de Sanlúcar gozaron el honor de abrirse ante los tres buques mandados por Magallanes, cuando éste partió de dicha playa en 1519, para ser el primer navegante que diese la vuelta al mundo.

Los cultivadores de Sanlúcar son muy hábiles y laboriosos. La *Manzanilla* que producen sus viñedos es famosa en toda España. Además tienen unos campos profundos, llamados *navazos*, que son de origen árabe, y en los cuales cultivan hortalizas de todas clases,

con fecunda intensidad. En la cuenca del Guadalete está la elegante y próspera ciudad de Jerez de la Frontera, la más rica tal vez de las ciudades de Andalucía, con sus inmensas bodegas llenas de vino precioso, el *sherry* que se vende en Inglaterra á magníficos precios y que ha dado origen á enormes fortunas. Subiendo á la pintoresca población de Arcos de la Frontera, construída en la cima de un monte, se abarca con la mirada todo el fértil valle del Guadalete. Un montículo, que se eleva en medio de las viñas, es, según la tradición, el centro de la batalla que en 711 entregó España á los mulsumanes.

La bahía de Cádiz, defendida perfectamente de los vientos y las olas del Atlántico por la lengua de tierra que parte de la llamada isla de León, está rodeada de puertos, poblaciones grandes, y pueblecitos, formando en su conjunto una gran ciudad marítima. Cerca del ángulo septentrional de la bahía, que parece el último resto de un antiguo litoral roto por el esfuerzo de las olas, un viejo recinto de aspecto ciclópeo defiende la villa de Rota, punto de reunión de los pescadores, y lugar de viñadores que cosechan el notable tintillo de Rota. Luego, tras una serie de pequeños golfos y promontorios, se abre dentro de la bahía de Cádiz el estuario de Puerto de Santa María, donde el Guadalete desemboca en el Atlántico y donde se embarcan la mayor parte de los vinos de Jerez. Este puerto tiene un movimiento tal vez mayor que el de Cádiz, pues á él convergen varias vías de comunicación del interior. Créese que el antiguo nombre de *Porteños* dado á los habitantes de Buenos Aires, obedecía al gran número de habitantes de Puerto de Santa María que emigraron á aquella tierra americana. El piloto italiano, Américo Vespucio, que dió injustamente su nombre al Nuevo Mundo, partió en su viaje de la barra del Guadalete.

Puerto Real es población de menos importancia, y el inmediato Trocadero (famoso en todos los sitios que los franceses invasores pusieron á Cádiz), así como el arsenal de la Carraca, se ven con frecuencia casi desiertos, sin otro personal que la guarnición de sus fuertes y la marinería empleada en las dependencias del Estado. Al Este y al Sur se extienden las famosas salinas de Cádiz, de las que se extraen centenares de miles de toneladas.

San Carlos, al Sur de la bahía interior, de Cádiz, es la primera de estas poblaciones ribereñas que merecen el nombre de insular. El canal navegable de Santi Petri, con siete ú ocho metros de profundidad en la marea alta, está atravesado por la carretera y el ferrocarril. Este canal separa á Cádiz del continente y de las alturas donde está Chiclana, un agradable lugar de verano, con muchas casas de recreo. San Carlos no es más que un arrabal de San Fernando, llamado

también simplemente la *Isla*, donde se encuentra el conocido Observatorio, por el cual los astrónomos españoles hacen pasar su primer meridiano. Más allá de un nuevo canal empieza el istmo rocoso, y en parte cubierto de arena, llamado el Arrecife, y á cuyo extremo, como una flor abierta, está Cádiz. En la raíz de la larga y estrecha rama que sostiene esta flor, véase en tiempos remotos una torre fenicia sirviendo de pedestal á un dios de bronce con el brazo extendido hacia las soledades desconocidas del Océano. Luego se pasan los baluartes, los fuertes y los fosos de la Cortadura, abiertos en 1810, y por ambos lados se ve la playa descendiendo hacia las ondas azules. Es indudable que esta lengua de tierra ha sufrido en otros tiempos una gran depresión. Las barras que prolongan sus líneas de escollos á tres ó cuatro kilómetros en el mar, paralelamente á la playa actual, son un resto submarino del litoral antiguo. También es indudable que esta depresión fué precedida de un alzamiento del terreno, pues la península sobre la que se eleva Cádiz, reposa en una masa de conchas y restos submarinos.

Al pasar las últimas líneas de fortificaciones, se entra por fin en la famosa Cádiz, heredera de la Gadir de los fenicios, de la Gadir de los griegos y la Gades de los romanos. En los primeros tiempos de la historia ibérica, Cádiz tuvo la importancia que disfrutaron después Tarragona, Mérida, Toledo, Córdoba, Granada y desde hace cuatro siglos Madrid. Durante el período histórico, Cádiz gozó sus alternativas de riqueza y decadencia, pero ocupa una posición tan privilegiada, que siempre se ha levantado de todos sus reveses. No solamente tiene su excelente rada y su conjunto de puertos, al final de un fértil valle, sino además está cerca de la puerta de dos mares y de la punta más extrema de un continente. Es el punto natural de embarque para todos los que se dirigen á América, y su rada puede disputar á la desembocadura del Tajo el privilegio de ser cabeza de línea de todo el continente europeo en el camino del Océano austral. Sin embargo, á pesar de tantas ventajas, Cádiz se halla en este momento en uno de sus períodos de decadencia, á causa de la reciente pérdida de las colonias que aún conservaba España en América. Con esto se ve privada Cádiz de uno de sus principales ingresos, y hoy sus recursos se reducen á los que le proporciona su carácter de único puerto importante entre el Algarbe portugués y el Estrecho.

Aparte del producto de las salinas de San Fernando, Cádiz embarca el atún y las sardinas que le envían de las grandes pesquerías de Ayamonte é Isla Cristina, en la vecina costa de Huelva. Huelva no tiene otro tráfico en su puerto que el de los minerales. Cádiz con

su bahía, es uno de los lugares más poblados de España. Por su hermosura blanca y sonriente, la llaman en toda la península «la tacita de plata». Su interior es igualmente alegre, y la gente goza fama de cortés y muy culta. Fué en Cádiz donde nació la España liberal con las Cortes de 1812, y donde, aparte de otros a'zamientos políticos, inició la Marina en 1868 la revolución que destronó á los Borbones. En Cádiz nació el matemático y botánico Mutiz, apenas conocido en España y al que llamó el gran Linneo «hombre de gloria inmortal cuyo nombre no podrá olvidar siglo alguno».

En las riberas de la Andalucía mediterránea, Almería fué en otros tiempos un Cádiz por su actividad comercial. Cuando las dos orillas del Mediterráneo estaban ocupadas por el mismo pueblo, ó sea durante la dominación africana en España, ningún puerto ofrecía las ventajas que Almería para facilitar las relaciones entre ambas riberas, pues en él es donde empieza el estrecho y los viajeros podían arrostrar el mar sin una larga navegación, evitándose el rodeo por Gibraltar. Por esto era Almería el lugar del almirantazgo árabe y la base de operaciones de sus flótas. La tradición de la grandeza de Almería en aquellos tiempos, se ha conservado en el país en forma de proverbio popular:

Cuando Almería era Almería,
Granada era su alquería.

Pero los cristianos españoles, al apoderarse de ella en el siglo XII, con ayuda de los marinos de Génova y Pisa, dieron fin á su prosperidad. Aunque vencidas, Almería y las poblaciones cercanas conservaron su aspecto árabe, defendiéndose durante siglos de las incursiones de los piratas berberiscos. La catedral de Almería, con su aspecto de fortaleza, demuestra el continuo peligro y la necesidad de defensa en que vivía la ciudad. Esta conserva su carácter oriental. Las mujeres parecen árabes, y en las callejuelas que formaban la antigua Kahasba se las ve, por las puertas entreabiertas, sentadas en el suelo tejiendo el esparto. Almería ofrece algún movimiento comercial por la exportación del esparto y los envíos de minerales á Francia é Inglaterra. Al Este y al Nordeste tiene las importantes poblaciones mineras de Níjar, Vera, Cuevas de Vera y Huércal-Overa. Además sostiene comercio con Argelia.

Al Occidente de Almería se suceden las poblaciones de clima y productos tropicales. En la desembocadura del valle que cruza el río Grande de la Alpújarra, está el puerto de Adra, que exporta los productos de Berja y Dalías, especialmente sus pasas, muy apreciadas por los árabes, que establecieron allí su primera colonia per-

manente al extenderse por España. Más allá se encuentran los pequeños puertos de Motril y Cala Honda, y después Almuñécar, Velez-Málaga y Málaga «la encantadora», rodeada de sus jardines que riegan las aguas del Guadalmedina.

Málaga, de origen fenicio, como la mayoría de los grandes puertos del litoral mediterráneo, es después de Sevilla la ciudad más importante y más comercial de Andalucía. No posee los monumentos de Granada, Córdoba y Sevilla; es menos famosa por los sucesos históricos que Cádiz, su rival en la costa atlántica; pero goza una importancia, justificada por su puerto, por la feracidad exuberante de sus campos y por la actividad de sus habitantes. Como ciudad comercial y marítima sólo le aventaja Barcelona, y tiene Málaga, sobre los otros puertos, el no ser un depósito de mercancías extrañas, sino que todo lo que embarca, azúcares, frutos variados y sobre todo las famosas pasas, son producto del suelo. El plomo de las minas cercanas alimenta también la exportación, así como los productos industriales de una fabricación naciente. El puerto de Málaga es vasto, pero está muy expuesto á los vientos del Sur y han ocurrido en él algunas catástrofes marítimas. Vista desde el mar la catedral, que domina al puerto, parece tan grande como el resto de la ciudad; pero ésta crece á los ojos del viajero, uniéndose los elegantes caseríos y villas de placer de los alrededores á la masa de edificios urbanos, agrupados en la base de la colina que sustenta la fortaleza de Gibralfaro. Los alrededores son hermosísimos, sobre todo en las pendientes de los valles tributarios del Guadalhorce y el Guadalmedina. Las poblaciones de baños sulfúricos y otras no menos notables, están esparcidas en las regiones más pintorescas de las montañas vecinas: Alora, Alhaurín Grande, Carratraca. La misma Alhama, en la vertiente septentrional de la sierra de Alhama, puede considerarse dependiente de Málaga, pues los malagueños animan especialmente este lugar. En 1884 Alhama fué casi destruída completamente por los temblores de tierra. Las aguas de Alhama eran tan apreciadas en tiempo de los árabes, que producían á sus reyes un tributo anual evaluado en 500.000 ducados.

Las aguas de Lanjarón, que surgen en el valle de Lecrín, uno de los sitios más hermosos del «Paraíso» de la Alpujarra, poseen, según dicen los naturales, tanta virtud como las de Vichy. «No hay más que un Lanjarón en España», dice admirativamente el proverbio popular.

Las poblaciones de Antequera y Ronda, que están situadas á alguna distancia en el interior, pertenecen sin embargo á la cuenca mediterránea, ya que Antequera está situada sobre el Guadalhorce,



que desemboca en el mar, un poco al Oeste de Málaga, y Ronda se eleva en la cuenca del Guadiaro, cuyas aguas bañan las colinas de San Roque, al Norte de Gibraltar.

Antequera, ibera y romana, una de las más antiguas ciudades de la península según lo atestigua su nombre, sirve de intermediaria entre Málaga y el valle del Guadalquivir, y posee los productos de su fértil vega, una de las mejores de Andalucía. Sobre una colina de sus alrededores se eleva un gran dolmen de seis metros de altura que es muy curioso por su situación geográfica, á igual distancia de los megalitos que existen en la Galia antigua y en el Africa del Norte. Se le da el nombre de Cueva del Mengal.

En cuanto á Ronda, todavía de marcado aspecto árabe, no puede compararse con Antequera como población de tránsito, á causa de su posición en la entraña misma de la áspera serranía que lleva su nombre, sobre dos ásperas rocas, separadas por la profunda cortadura denominada el Tajo de Ronda. Este Tajo tiene 160 metros de profundidad y una anchura de 35 á 70. Un puente que se cree romano unía al principio las dos orillas del Tajo por su parte más estrecha, ó sea la inferior. Después, los árabes, construyeron sobre éste un segundo puente, que franqueaba el desfiladero á 40 metros de altura sobre el Guadalevín; y por último, en el siglo XVIII, un tercer puente, el superior, de tres arcadas, reunió los dos labios del desfiladero. Después de haber dirigido la construcción de una obra tan maravillosa durante cuarenta y ocho años, de 1740 á 1788, el arquitecto español Aldehuela, lo inauguró tristemente, cayendo en este abismo, donde aletean águilas y cuervos. Desde lo alto se admira la vista encantadora del valle del Guadalevín y la sierra de San Cristóbal; pero el espectáculo más interesante es descender á la sombría garganta del Tajo, al borde de las cascadas del Guadalevín, y ver elevarse en una semiobscuridad la triple obra de los hombres, destacándose las últimas arcadas sobre el azul del cielo. Un arroyo, surgiendo de las rocas, mezcla sus aguas tranquilas con las del torrente.

Como fortaleza, Ronda defendía los pasajes de la montaña, entre el valle del Genil y el del Guadiaro, y durante las guerras ha sido siempre un punto estratégico de importancia. Los rondeños son hábiles en adiestrar los caballos para que escalen los pendientes senderos de sus montañas y dan al contrabando sus más valerosos sostenes, convirtiéndolo en una industria del país.

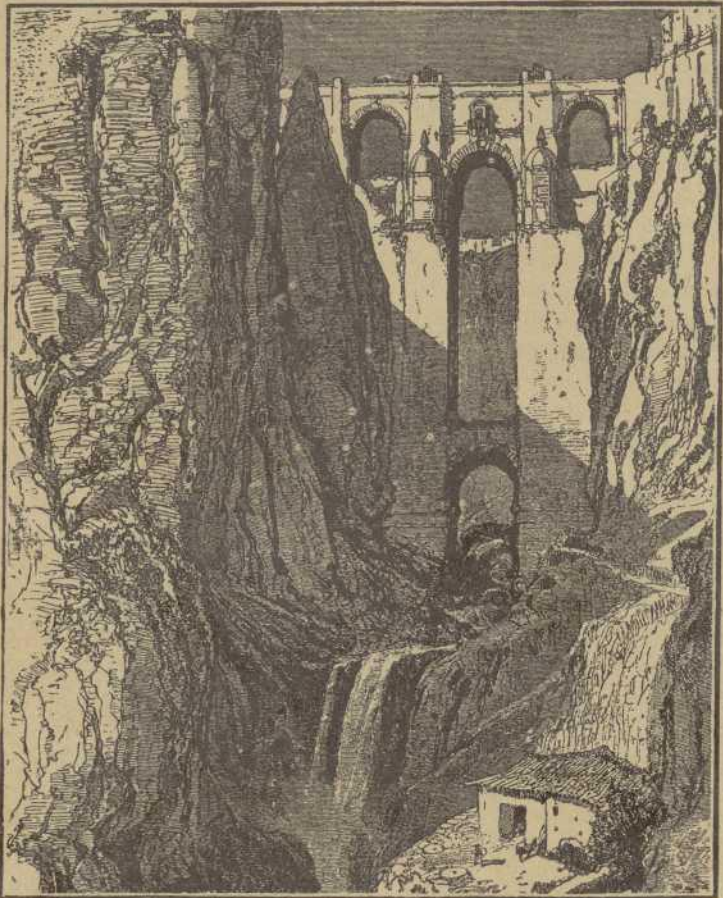
Los puertos de Marbella y Estepona, en la ribera mediterránea de Andalucía, y la hermosa población de Algeciras al otro lado de la punta de Europa, en el Estrecho, se dedican á la introducción de

tejidos y tabaco, prosperando en sus negocios según la ductilidad de los representantes del fisco.

Gibraltar, el peñón del que se apoderaron los ingleses en 1704, y que han perforado éstos con varios kilómetros de caminos cubiertos y baterías, erizándolo de enormes cañones para vigilar el paso del Estrecho, es, no sólo una fortaleza casi inexpugnable, sino un depósito comercial de gran actividad. A excepción de los frutos que logre madurar en los pequeños jardincillos que se cultivan dentro de su recinto, la roca de Gibraltar nada puede producir. Es Tánger la que alimenta á su vecina de Europa. La carne y la harina, con otros artículos importantes, todo procede de la orilla africana del Estrecho, y la mayoría de sus negociantes, judíos ó musulmanes, son de Marruecos. Pero si la ciudad inglesa carece de recursos, en cambio saca grandes provechos de su situación, sosteniendo el contrabando con España y sirviendo de escala obligada á los navíos de guerra, los trasatlánticos y los buques de cabotaje. La importancia marítima de Gibraltar es considerable, pero aún lo sería más si su puerto no estuviese expuesto á los vientos del Sur, Sudoeste, y del Este. Cuando el tiempo es incierto, los buques anclados en Gibraltar y en Algeciras, tienen que refugiarse en el extremo Norte-Oriental de la bahía, en Punta Mayorga. Tres cuartas partes de los buques que entran en Gibraltar no desembarcan nada. Se detienen sólo unas cuantas horas para tomar carbón en los almacenes flotantes. Los veleros atracan para esperar un cambio de viento á las órdenes de sus armadores. Las cinco sextas partes del tonelaje de los buques que visitan á Gibraltar, pertenecen á Inglaterra. Vienen después Italia y Francia, y el pabellón español, que flota en las tierras cercanas es, sin embargo, el que ocupa el cuarto sitio.

A pesar de la belleza pintoresca de Gibraltar y de su magnífica rada, el Peñón es un sitio poco agradable para vivir, á causa de las fiebres del terreno pantanoso (aunque este peligro lo combate hábilmente la Comisión de salubridad é higiene), y del régimen estrictamente militar que reina en la plaza. Sólo los súbditos ingleses tienen derecho á adquirir propiedades. Para establecer un comercio es indispensable el permiso de la autoridad militar, y el extranjero no puede permanecer algunos días en la plaza sin previo permiso de la policía. Diariamente entran en Gibraltar algunos miles de españoles para trabajar en los astilleros y arsenales, procedentes de La Línea, población inmediata al otro lado del istmo, que con esta abundancia de jornales y el negocio del contrabando ha crecido rápidamente en pocos años, hasta tomar las dimensiones de una ciudad.

Los habitantes de Gibraltar son apellidados alegremente en Inglaterra *lizards of the roc*, «lagartos de roca», á causa de la estrechez en que viven, agarrados á un peñón, amontonados en unas



El Tajo de Ronda. (Dibujo de Harry Fenn.)

cuantas calles. Forman una población cosmopolita, andaluzes, marroquíes, malteses, griegos y hasta indios; pero la gran mayoría son judíos de origen español, pertenecientes á la raza *shefardi*, la más culta, civilizada y noble del pueblo hebreo. Las malas condiciones de Gibraltar y su estrechez, hacen que la gente acomodada viva algunos meses en los pueblos hermosos del litoral de la bahía

de Algeciras, buscando sombra y frescura en San Roque y en los frondosos bosques de Moraima. Algeciras se ha convertido lentamente en un lugar de invernada para los ingleses, con magníficos hoteles (1).

IX

La España actual y su porvenir.

Muchos creen á España en completa decadencia, y hasta algunos de su hijos dudan de su porvenir.

Sin embargo, su progreso es indiscutible, aunque las apariencias hagan dudar de él. Para juzgar con justicia á la España de

(1) Habitantes de las principales poblaciones de Andalucía:

Sevilla.....	148.315	Huelva.....	21.359
Utrera.....	15.138	Minas de Riotinto.....	11.603
Osuna.....	18.072	Granada.....	75.900
Morón.....	14.190	Baza.....	12.770
Ecija.....	24.372	Guadix.....	12.652
Carmona.....	17.215	Loja.....	19.198
Cádiz.....	69.382	Montefrío.....	10.725
Algeciras.....	13.302	Motril.....	18.528
Jerez.....	73.473	Puebla de Don Fadrique..	7.420
Arcos.....	13.926	Málaga.....	130.109
La Línea.....	31.862	Alora.....	10.325
Chiclana.....	10.868	Antequera.....	31.609
Medina-Sidonia.....	11.040	Coín.....	12.326
Puerto de Santa María....	20.120	Marbella.....	9.629
Puerto Real.....	10.523	Ronda.....	20.995
San Fernando.....	29.635	Vélez-Málaga.....	23.586
Sanlúcar de Barrameda...	23.833	Almería.....	47.326
Tarifa.....	11.723	Adra.....	11.188
Vejer de la Frontera.....	11.298	Albox.....	10.049
Córdoba.....	58.275	Berja.....	13.224
Aguilar.....	13.236	Cuevas de Vera.....	20.562
Baena.....	14.539	Huércal-Overa.....	15.763
Bujalance.....	10.756	Níjar.....	12.497
Cabra.....	13.127	Vélez Rubio.....	10.109
Castro del Río.....	11.821	Jaén.....	26.434
Fuenteovejuna.....	11.777	Alcalá la Real.....	15.973
Lucena.....	21.179	Andújar.....	16.302
Montilla.....	13.603	Baeza.....	14.379
Montoro.....	14.581	Linares.....	38.245
Priego de Córdoba.....	16.904	Martos.....	17.078
Puente Genil.....	12.956	Ubeda.....	19.913
Rute.....	10.740		

nuestros días, deben pensar los extranjeros en que hace poco más de un siglo todavía vivía este país en el último y agonizante período de la barbarie inquisitorial. En 1780 aún fué quemada viva en Sevilla una mujer «convicta de sortilegio y maleficio». Las brujas, duendes y demás siervos del demonio todavía andaban sueltos por España hace cien años; la mano muerta poseía la mayor parte del país, y la indiferencia general dejaba sin explotar el resto. La ignorancia era lamentable, sobre todo en las Universidades y las escuelas, donde las fórmulas reinaban despóticamente con grave perjuicio del buen sentido. Después de los grandes acontecimientos con que se inició el siglo XIX, los españoles, sacudiendo su apatía, han vivido como entre llamas, compensando con incesantes revoluciones sus largos siglos de quietud. A pesar de ciertos retrocesos momentáneos y de las guerras civiles que han paralizado el progreso del país, éste ha adelantado mucho, y tal vez más á prisa que otros pueblos. Cada década ha ganado considerablemente en población, industria y riqueza. No existen en España grandes estadísticas. Este estudio puede decirse que está comenzando en el país, y es imposible marcar las etapas y la marcha del crecimiento de su población. Pero puede afirmarse que en todo el siglo XIX el número de españoles se acrecentó en varios millones (sólo en 1861 á 1883 aumentó España en un millón y medio de individuos), y que este crecimiento de población continúa, á pesar de las guerras y de la gran epidemia cólerica de 1885, que causó gravísimo daño. La emigración (á pesar de lo que se declama contra ella) no arrastra más que á una pequeña parte de población, sin llegar á quebrantar su crecimiento. De 25.000 á 30.000 emigrantes pierde España todos los años; vascos y gallegos en su mayoría que se van á América, y valencianos y murcianos que se dirigen á la Argelia, pero este año es de poca importancia, y las más de las veces se trueca en ventaja, pues especialmente en América los emigrantes constituyen sólidas colonias que sostienen con gran entusiasmo el prestigio español.

En general el trabajo es más respetado en España que en otros tiempos. Se levantan nuevas fábricas, y aunque los conventos vuelvan á surgir en torno de las ciudades como en antiguos tiempos, esta restauración es obra de la riqueza devota, sin ningún arraigo profundo en la simpatía del país. Al hablar del progreso industrial de España, hay que reconocer que gran parte de su iniciativa la ha recibido del extranjero, lo que ocurre también en otras partes, pues es un resultado de la solidaridad que une á todos los pueblos modernos para la industria y el comercio. España debe á Inglaterra,

á Francia y á Bélgica una parte muy considerable del desarrollo de su prosperidad material. No solamente recibió de estas naciones ingenieros, químicos y obreros mecánicos que amaestraron á los del país, iniciándoles en los manejos de la producción moderna, sino que miles de millones de francos han pasado la frontera, durante el siglo XIX, para comenzar la explotación de los recursos españoles. Francia y Bélgica llevan invertidos en España cerca de dos mil millones, con un deseo de ganancia que no siempre ha justificado el hecho, pero que no por esto ha contribuído menos á la prosperidad del país. Inglaterra ha aventurado un capital no menos grande en la explotación de las minas, y además ha dado gran impulso con sus demandas á la exportación de frutos de Valencia y de rebaños de Galicia. La industria (que á excepción de la laboriosa Cataluña) estaba muy atrasada en ciertas provincias, ha despertado á impulsos de capitalistas é ingenieros de diversas nacionalidades.

Los extranjeros son los que iniciaron las líneas de navegación que forman como una malla en torno del litoral, y los que comenzaron la red de ferrocarriles, todavía no terminada, pero muy considerable, que tiene su centro en Madrid y tiende sus tentáculos á 16 ciudades importantes de la costa. Todavía no atraviesa el camino de hierro el muro de los Pirineos, más que en sus dos extremidades: Por Fuenterrabía y por Cerbère; pero creemos que pronto lo cortará por Somport y el paso de Salau, bajando á la provincia de Lérida, ó por cualquier otro punto del centro de los Pirineos, abreviando en muchas horas el viaje de Madrid á París. Las líneas transversales, ó ferrocarriles secundarios, dejan aún mucho que desear; pero lentamente se realiza esta obra importante. Las nuevas vías de comunicación abren á la vida moderna las comarcas aisladas, cambiando la fisonomía de muchas poblaciones que permanecían aún en una calma medioeval.

En España los progresos intelectuales han sido muy rápidos. La ignorancia es todavía grande, especialmente en la población de las mesetas interiores. La escuela es poco respetada. Muchas ciudades importantes no tienen una librería, y el catecismo ó el calendario son los únicos libros que han visto los habitantes de inmensas llanuras.

Los versos que se aplican á Córdoba:

Córdoba, ciudad bravía,
que entre antiguas y modernas,
tiene trescientas tabernas
y una sola librería.

pueden hacerse extensivos á muchas ciudades españolas, que tal vez posean mayor número de despachos de vinos, pero en cuanto á librerías no tienen ni una siquiera. El español puede vivir perfectamente y hablar de todo lo humano y lo divino, sin sentir jamás la curiosidad de abrir un libro.

Sin embargo, España posee una minoría inteligente y culta como pueda serlo el pueblo más civilizado de Europa. Especialmente en literatura y en pintura ha dado á los demás pueblos, durante el siglo XIX, gloriosos ejemplos, que demuestran que aún es el país de Cervantes y Velázquez. En las obras llamadas científicas, España se ha quedado atrás y no muestra la misma fecundidad que en la producción de ilustres escritores y artistas. Con todas sus cualidades, y con la influencia dominadora que ejercieron sobre Europa durante siglos, los cristianos de España, no han dado á la civilización universal más que un solo nombre, del que apenas si se acuerdan y que no tiene una estatua en su patria: el aragonés Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre, cuyas obras científicas hicieron época en la historia del progreso. Pero si los españoles cristianos sólo han desempeñado un papel secundario en la marcha de los conocimientos, los españoles mahometanos, los sarracenos del valle del Guadalquivir, fueron para la sabiduría humana, durante varios siglos, ilustres maestros. Europa tuvo en ellos sus educadores en astronomía, matemáticas, mecánica, medicina y filosofía. Sólo la ingratitud, el fanatismo y la mala fe, pueden desconocer sus méritos. Inútil es mencionar aquí los nombres conocidísimos de los filósofos, médicos y químicos célebres que produjo la España árabe. Circunscribiéndonos á la ciencia geográfica, debemos decir que fué un árabe español, el sabio Alhazen, el primero que descubrió el fenómeno de la refracción atmosférica y el decrecimiento proporcional de la atmósfera en relación con las altitudes. Los fisiologistas de Córdoba conocieron ya diversos hechos de Historia Natural que se han encontrado con asombro en sus escritos, después de haberlos descubierto recientemente los sabios modernos por segunda vez. Hay que esperar que el genio inventivo é investigador de los musulmanes de España resucite en sus descendientes que ocupan el suelo español. Es el mejor deseo que puede formularse para la gloria de este país.

Lo que más falta en el pueblo español es ese caudal de conocimientos primarios que se adquiere en las escuelas. Estas contribuyen poco aún á la cultura general, por escasez de recursos y por el abandono y pobreza de los maestros. A ellas sólo acude una décima

parte de la población. Además el número de niñas en las escuelas es muy inferior al de los niños.

Hay que desear, para bien de este país, que la dulzura de las costumbres y de las diversiones acompañe al progreso de las inteligencias. El juego de pelota, tan apreciado por los vascos, no es el único que apasiona á la muchedumbre. Es un verdadero escándalo que «el noble arte de la tauromaquia» tenga aún tantos adeptos, y que se llame «fiesta nacional» por excelencia á una degollación de reses, por hombres cubiertos de colorines y dorados, que realizan al son de músicas y aplausos las mismas repugnantes tareas de los mozos de los mataderos.

Es mentira que esa fiesta eduque virilmente al pueblo, el cual, á la hora de su digestión, contempla sobre la arena sangre, piltrafas y excrementos. Estos espectáculos repugnantes que fueron también los de la Roma degradada, servil y envilecida, contribuyen á hacer á los pueblos sanguinarios, cobardes y amigos del peligro ajeno. *Las corridas*, á pesar de lo que llaman estúpidamente «su color local», así como las peleas de gallos, á que tan aficionadas se muestran las gentes de Andalucía, son espectáculos de gente cobarde que se deleita con el dolor ajeno, y la valerosa España, siempre tan hidalga, que ve en el buen caballero de la Mancha, paladín de los débiles, su propia personificación, debía avergonzarse de estas diversiones indignas. En algunas ciudades, la Plaza de Toros la explota el hospital, creado para consuelo de la humanidad doliente, y sus mismas camillas sirven para trasladar hombres heridos ó muertos en provecho de un establecimiento benéfico.

Ya es tiempo de que desaparezcan esos juegos bárbaros, en los que mueren animales, como desaparecieron los «autos de fe», en los que morían quemadas las personas, espectáculo que también era «fiesta nacional», tan nacional y tan *colorista* como las modernas corridas y al que acudían las gentes con un alborozo de *aficionados* entusiastas. La afición á los toros pareció decaer hace algunos años; pero, según parece, renace con gran fuerza á impulsos, no de un verdadero entusiasmo, sino del reclamo de la explotación industrial. Las plazas se multiplican; no existe ciudad ni villa de relativa importancia que no tenga su circo. Mucha gente se aburre en la corrida; las mujeres gritan y lloran; los que se tienen por ilustrados muestran repugnancia ante esta barbarie, pero todos van por costumbre, por ostentación, por rutina, arrastrados por esa carencia de voluntad que convierte muchas veces á los hombres en rebaño.

España ha tenido la fortuna, para su desarrollo y prosperidad,

de verse desembarazada de los vastos dominios coloniales, causa de su decadencia material y moral. Ya no posee su inmenso imperio del Nuevo Mundo. En el primer tercio del siglo XIX, argentinos, chilenos, peruanos, colombianos y mejicanos, sacudieron el intolerable yugo de la metrópoli castellana constituyéndose en repúblicas independientes, y á fines del mismo siglo, los cubanos han conseguido igualmente su independencia y los Estados Unidos se han quedado dueños de Puerto Rico y el archipiélago oceánico de las Filipinas. La metrópoli, descargada de su obligación de «hacer la felicidad de los pueblos de Ultramar», ya no tiene que mantener grandes ejércitos, ni preocuparse de los conflictos de castas y privilegios, ni alistar mesnadas burocráticas de aventureros rapaces, que, con la credencial de su empleo, caían sobre las colonias como nubes de langosta. Es verdad que las antiguas colonias que se emanciparon á principios del pasado siglo, han pasado por grandes crisis de revoluciones y contrarrevoluciones, agitadas por la falta de costumbre de regirse por sí mismas; pero poco á poco entraron en la normalidad, y muchas de ellas han progresado de un modo maravilloso en riqueza, industria y población. La madre patria y sus antiguas colonias han ganado igualmente con la ruptura de la cadena pesada que las unía. Después de esta ruptura, quedó en España cierta hostilidad contra los pueblos que habían sido sus colonias del Nuevo Mundo. Los gobiernos reaccionarios de Isabel II cometieron la torpeza de mostrarse arrogantes con las repúblicas sudamericanas de la vertiente del Pacífico; pero después que la flota española se cañoneó, inútilmente, con los fuertes del Callao, acabaron estas pretensiones extemporáneas, que no eran del pueblo español, sino de sus gobernantes. La reciente independencia de Cuba, conseguida después de dos guerras tenaces y crueles, ha servido para regularizar la actitud de España, que libre ya de toda pretensión americana, busca, por medio de los tratados comerciales y el trabajo de sus hijos, lazos de paz y concordia con los pueblos que llevan su carne y su sangre. La antigua política de Carlos V y Felipe II ha terminado para siempre. España busca su grandeza, no en locas empresas exteriores, sino en su actividad y su desenvolvimiento interior. Fuera de Europa no le quedan hoy otros territorios que el archipiélago de las Canarias frente á la costa occidental de Africa, que es considerado como una provincia igual á las de la península; las plazas fuertes de Ceuta y Melilla, con otros insignificantes presidios, en el territorio marroquí, objeto de frecuentes conflictos por los ataques de las kabilas; la factoría de Río de Oro, en el mismo imperio africano; las

islas de Fernando Póo y Annobón, cerca de las costas de Guinea, y el territorio del río Muni, un gran pedazo de costa regalado recientemente por Francia, tal vez porque no sabía qué hacer de él, cansada de luchar con las dificultades que ofrece su situación ecuatorial.

Además, ocurra lo que ocurra, á despecho de los siglos y de las revoluciones humanas, la influencia ejercida por el pueblo español en el resto del mundo es de esas que guardan todo su valor al través de los tiempos. El genio vigoroso de España se revela, por la duración de sus obras, en todos los países que ha dominado durante un período más ó menos largo.

En Sicilia, en Nápoles, en Cerdeña, hasta en la modernísima Lombardía, la arquitectura y las costumbres muestran cuán profunda ha sido la huella de sus señores de otros tiempos. En la América latina, cualquier ciudad, habitada muchas veces por indios y mestizos, muestra una fisonomía tan española, que parece que en vez de pertenecer al Nuevo Mundo esté enclavada cerca de Badajoz ó de Valladolid. Hasta las razas aztecas, quichuas y araucanas han sido españolizadas en su lengua, sus costumbres y su modo de pensar, hasta el punto de que no conservan nada de su antiguo carácter.

Un territorio inmenso, doble que Europa en extensión y destinado á nutrir algún día sus habitantes, por centenares de millones, pertenece á estos pueblos americanos de origen español é idioma castellano, que equilibran gloriosamente las poblaciones de lengua inglesa agrupadas en la América del Norte. La satisfacción y el orgullo mayores de España, deben ser haber dado vida á estos pueblos de América, jóvenes y vigorosos, dueños del porvenir.

El español se habla ahora en las islas Canarias, en comarcas de los Estados Unidos que fueron de España (California, Nuevo Méjico, Arizona y Tejas); en Méjico, en Guatemala, Honduras, el Salvador, Nicaragua y Costa Rica; en Colombia y Panamá, en el Ecuador, el Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Uruguay y Paraguay, y en Venezuela.

No es lengua nacional en todos esos países. En Méjico, en una parte de la América Central, en Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay y ciertos puntos de la Argentina, no se usa más que en las ciudades, pero como es lenguaje escrito, idioma civilizado y habla de las escuelas, gana terreno sobre los lenguajes indios, que tardarán poco en desaparecer. Se habla también en Puerto Rico y Filipinas, donde hasta hace poco fué lengua oficial. En la República de Cuba sigue siéndolo.

De todos los pueblos de Europa, los españoles, por medio de sus descendientes, son los únicos que pueden disputar á los ingleses y rusos la dominación y preponderancia futuras en los movimientos étnicos de la humanidad.

Dígase de España lo que se diga, es indudable que á los españoles, esparcidos en el mundo, les queda una parte considerable y gloriosa en la obra común de la humanidad, y que para cumplirla poseen lo que no tienen otros pueblos, una originalidad fuerte, un carácter sólido, gran nobleza y voluntad firmísima.

pesada masa de España, más lenta en seguir el movimiento.

Como ocurre ordinariamente entre poblaciones limítrofes, que obedecen á leyes distintas y se ven armadas con frecuencia una contra otra por el capricho de sus soberanos, los portugueses y los españoles se han odiado durante muchos siglos. En otros tiempos, ciertas posadas portuguesas ostentaban como muestra popular este rótulo: «Al matador de Castellanos», y en algunos sitios de la frontera, las primeras casas vecinas á España, estaban ornadas con unas estatuillas que hacían un gesto indecente mirando hacia el lado de los españoles. Cantos, leyendas, proverbios y la historia misma atestiguan el enardecimiento de las pasiones en este absurdo conflicto de sentimientos. El portugués, más débil, y por esta razón animado de un patriotismo más ardiente, mostraba una verdadera rabia contra el vecino. El español, más fuerte, sonreía con desprecio. «*Portugueses, pocos y locos*», dice el proverbio castellano. Hoy se ha amenguado mucho este odio, siendo reemplazado por una lamentable indiferencia. Portugal mira á todas partes menos á la nación que tiene á sus espaldas. España parece ignorar que existe esta nación vecina, y en su despectiva ignorancia no se entera de sus progresos.

Los elementos étnicos originarios que componen la población portuguesa, son con poca diferencia los mismos de las provincias limítrofes españolas. De todos los invasores de la península los moros fueron lo que dejaron más huella en el pueblo portugués, especialmente en el Algarbe, donde su dominación se prolongó hasta mediados del siglo XIII. La población de este distrito es casi morisca, y muchas costumbres de los antiguos dominadores se han conservado casi hasta nuestro días. En algunos pueblos las mujeres aún ocultan su cara con un velo, como las moras de Africa y las españolas de Tarifa.

Lo mismo que los reyes españoles, los monarcas de Portugal, aconsejados por la Inquisición, expulsaron á sus súbditos no católicos. Contra los moros, la expulsión fué sin piedad. Los judíos sufrieron también persecuciones distintas. Muchos de los hebreos fugitivos de España se domiciliaron cerca de la frontera. Estos judíos portugueses, procedentes de España, ejercieron (y aún lo ejercen hoy) una gran influencia en Holanda, Francia y la Gran Bretaña, como negociantes y hombres de talento, cuando por no querer renegar de su religión abandonaron Portugal, trasladándose á dichas naciones. Durante su permanencia en tierra portuguesa fueron los escritores, los médicos, los legistas y los grandes comerciantes de este país de adopción. En Lisboa habían fundado una

Academia, de la que salieron hombres notables. El primer libro impreso que apareció en Portugal fué obra de un judío, y procedente de los judíos portugueses fué Spinoza, el pensador grande y potente,



Pescadoras portuguesas. (Dibujo de Roujat.)

el hombre más perfecto y más puro que ha tenido la humanidad.

Mezclados de árabes, bereberes é israelitas, los portugueses ofrecen además trazas de cruzamientos con gentes de color, especialmente en los Algarbes y las grandes ciudades. Antes que los negros de Guinea fuesen exportados á América, la venta de esclavos

vos africanos era ya conocida en la tierra portuguesa, patria de los descubridores de Africa. Un historiador portugués evalúa en 12.000 los negros que se vendían en Lisboa todos los años. Cada mansión burguesa de Lisboa tenía su servidumbre de negros y negras.

A fines del siglo XVIII, las gentes de color formaban aún la quinta parte de la población de Lisboa, y cuando iban en procesión á la iglesia de su patrona de Atalaya, construída sobre una colina, en la ribera opuesta del Tajo, se hubiese creído que esta tierra formaba parte de un país de Africa. Es probable que estas gentes influyesen con ciertos cruzamientos en la población, aunque dicha influencia no creemos fuese tan grande como la suponen algunos, á causa de la gran mortalidad que se cebaba en los africanos, de difícil aclimatación en un suelo europeo.

Es por una vía menos directa por donde la sangre africana se ha mezclado con la portuguesa. En el Brasil no existen los prejuicios de raza que en Europa, y los portugueses que habitan esta tierra americana se han unido con mujeres de color, volviendo después á Portugal. Los portugueses, gracias á su clima, son excelentes colonos y viven bien en el Brasil, la India y el Africa austral. Su sobriedad es otra de las razones que facilitan su aclimatación.

Uno de los elementos extranjeros que se mezcla á la población de Portugal, son los gallegos españoles que van á Lisboa y otras ciudades de la costa, para ser panaderos, mozos de cordel, mayordomos y domésticos. De todos los españoles, son los que más se asemejan á los portugueses por su origen. Arraigan mucho en Portugal, y con su espíritu de economía amasan ciertas fortunas que hacen olvidar su origen. Entre los portugueses, lo mismo que en España, *Gallego* es sinónimo de servidumbre y rusticidad.

El portugués goza cierta fama ridícula por su prosopopeya sonora y aparatosa, el exagerado aprecio en que tiene todo lo suyo, y su cortesía, que llega á los límites más extraños. Este pueblo ha tenido grandes escritores, y un poeta de fama universal, Camoens; pero no ha producido ni un solo artista y se contenta con la gloria del mítico Grao Vasco, del cual se ignora hasta el lugar del nacimiento.

«Nuestra nación—dice Camoens en su énfasis portugués—es la primera de todas por sus grandes cualidades. Nuestros hombres son más heroicos que los demás hombres; nuestras mujeres más hermosas que las demás mujeres. Nosotros somos grandes en todas las artes de la guerra y la paz... menos en la pintura.» Efecti-

vamente, no existe un pintor ni un escultor, siquiera medianos, en la historia de Portugal.

Poco numerosos en comparación con los centenares de millones de hombres que pueblan Europa, los portugueses no influyen ahora en el destino del mundo; pero durante un momento de su historia, fueron los primeros por su comercio, y su genio avanzó sobre los demás pueblos. Los españoles participaron con ellos de los grandes descubrimientos del siglo xv; pero hay que reconocer que fueron los portugueses los que primeramente hicieron posibles estos descubrimientos, en compañía de los venecianos y los genoveses, logrando que la navegación se separase de las costas, habituándose á la alta mar.

Los antiguos tiempos de grandeza ya no volverán para Portugal. Terminó la época de los grandes descubrimientos. Pero este pueblo pequeño que contribuyó con un esfuerzo gigantesco á la obra común de la humanidad, tiene recursos y una posición privilegiada al extremo del continente, que le aseguran entre las naciones un rango modesto, pero honroso.

II

Sierras.—Portugal del Norte y Portugal del Sur.

Portugal está comprendido entre España y el Océano Atlántico, junto al cual extiende 793 kilómetros de costas, rocosas unas y arenosas otras. Tiene 8.887.000 hectáreas, con 4.500.000 habitantes, ó sean 50 por kilómetro cuadrado, sin contar el archipiélago de las Azores y las islas de Madera.

Este fragmento, desprendido de España, prolonga las sierras españolas, y sus cuatro ríos, Minho, Douro, Tajo y Guadiana nacen en España, cambiando algo de nombre los tres primeros, que se llaman en España Miño, Duero y Tajo.

Hay en Portugal vastas llanuras, como la del Tajo, más arriba de Lisboa, y sobre todo la del Alemtejo; pero el país en general se compone de sierras, muchas de ellas peladas y abrasadas por el sol.

Su cordillera más alta, Serra da Estrella, tiene una cumbre de 1.993 metros. A las cimas como ésta, de las cuales salen aguas vivas, las llaman *cántaros* los portugueses, imitando á los antiguos que solían representar el nacimiento de los ríos por una urna inclinada. El Malhao da Serra (Pola de la Sierra), yergue su cúpula

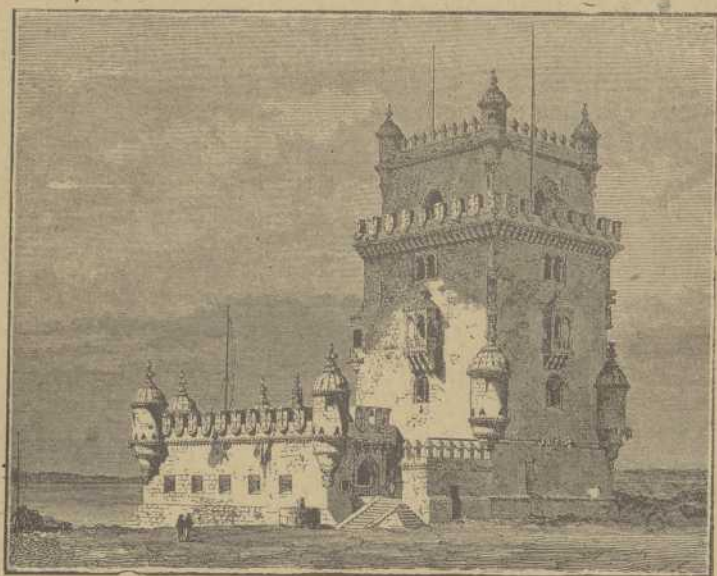
de granito y gnesia entre Coimbra y la frontera de España, estando, por consiguiente, muy cerca de aquella ciudad, pues si la tierra portuguesa tiene 576 kilómetros de longitud de Norte á Sur, no tiene más de 110 á 220 de anchura de Este á Oeste, y la anchura media es de 168. Domina la citada cumbre dos cuencas grandes: el Mondego se dirige al mar por Coimbra, y el Lezere se pierde en el Tajo, más abajo de la fresca Abrantes. Dura la nieve muchos meses en la Serra da Estrella y en otras cordilleras de Entre Douro y Minho, pero al Sur del Tajo no hay más que sierras bajas, sin árboles, áridas y ardientes.

Como Portugal se extiende mucho en latitud, las provincias del Norte no se parecen á las del Centro, ni éstas á las del Sur. En el Norte, Tras os Montes, Entre Douro é Minho, y Beira Alta se parecen á Galicia, comarca más portuguesa que española en costumbres é idioma. Los gallegos siempre han frecuentado mucho las hermosas regiones del Minho y del Douro. Camoens, príncipe de los poetas portugueses, descendía de una familia gallega, cuya casa solariega estaba cerca de Finisterre. La población de Entre Douro é Minho, amenguada por la emigración al Brasil, no podría subsistir á pesar de los muchos nacimientos, si no fuese por los gallegos que sustituyen á los expatriados, los cuales suelen no volver. También hay muchos gallegos en las ciudades centrales y meridionales de Portugal. 3.000 aguadores gallegos existían en Lisboa antes de que llevara su acueducto á la capital el agua pura de la gran fuente de Alviella, en la Serra da Lua (Sierra de la Luna), masa jurásica al Norte-Noroeste de Santarem. Es posible que en todo el reino existan más de 100.000 gallegos. El gallego trabaja para Portugal y lo puebla, pero es menospreciado por los portugueses.

El centro de Portugal, junto al Tajo y al inconstante Mondego, comprende Extremadura, Beira Baja y parte del Alemtejo. Los cultivos son iguales á los de la región del Norte, y con los viñedos de la Bairrada viven bien varias poblaciones próximas á Coimbra. En Lisboa se balancean las palmeras, y en el Alemtejo, cuyas húmedas llanuras son pródigas en calenturas, el terreno se divide en vastas heredades casi abandonadas; de modo que, á pesar de ser fértil, alimenta esta provincia, en igualdad de superficies, diez veces menos gente que las tierras fraccionadas del país del Minho. Encierra ésta cerca de 150 personas por kilómetro cuadrado, y aquél sólo 15. Contribuye á ello el que caigan 1.500 milímetros de lluvia al año en Porto y 2.000 en ciertas alturas de Entre Douro é Minho, mientras que en el Alemtejo sólo caen de 500 á 600.

Alemtejo quiere decir allende el Tajo, y ese nombre se lo dieron

á la provincia los portugueses del Centro. Las gentes de Coimbra y Lisboa, que fueron, después de las de Guimaraes, los primeros fundadores de Portugal, llamaron Alemtejo á la comarca situada á la orilla opuesta de su río mayor, como llamaron Traz-os-Montes (Detrás de los Montes) á la comarca que para ellos se extendía al otro lado de las sierras centrales y que es precisamente la cuna de la patria, porque Portugal empezó en Guimaraes, entre el Miño y el Duero, y si el reino hubiera englobado á Galicia en vez de extenderse hacia el Sur, habría



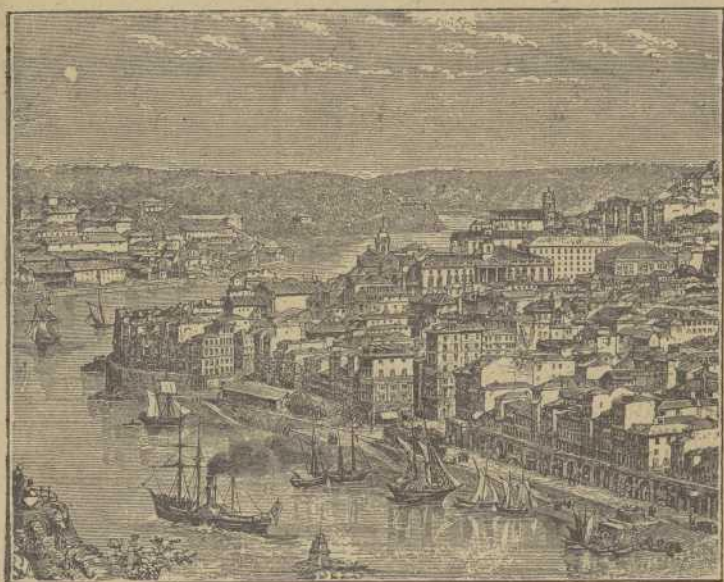
Lisboa: torre de Belem. (Dibujo de Therond.)

hoy probablemente un Alemdouro como hay un Alemtejo. La ciudad de Guimaraes, cuando nació Portugal, formaba parte de Galicia, que se extendía entonces hasta el Duero; por eso son hermanos portugueses y gallegos.

Según se acerca el viajero al Mediodía de Alemtejo, el país va tomando cierto aspecto africano. Más allá de los campos de Ourique, ilustrados por la victoria que aseguró la independencia lusitana, y salvada la Serra da Monchique, de 903 metros de altura, se llega al Algarbe ó Andalucía portuguesa; estrecha provincia resguardada de los vientos septentrionales y abierta hacia

el Sur, cuya temperatura media es de 18 grados en la costa cuando en el país del Norte es de 15. El nombre de Algarbe es corrupción del árabe El-Gharb, es decir, Occidente, Mogherb, país de los mogrebinos.

Portugal, sin las islas, no tiene más de 50 habitantes por 100 hectáreas y podría tener dos ó tres veces más; pero fuera de las extensiones vacías y febriles y de las *chamecas* ó estepas del Alem-



Vista general de Oporto. (Dibujo de Casenacci.)

tejo y barrancos secos del Algarbe, se pierde mucho terreno en las *cumiadas* ó altas mesetas desiertas y baldías, en los despoblados y en gran extensión de las costas, *medoes* ó médanos del litoral que cimentan bosques de pinos plantados en el siglo XIV. Mucho sitio hay vacante en los montes del centro y hasta en el Norte, bajo el clima más fresco del país. Donde hubo bosques no suelen quedar más que malezas, pastos secos ó nada.

En Traz-os-Montes se puede andar durante largas horas por colinas desiertas, ramoneadas á trechos por los carneros, á lo largo de senderos apenas trazados. En las encrucijadas hay postes; pero al querer leer en éstos indicaciones de caminos, se encuentra el viajero con tablones mal pintarrajeados, donde se ven llamas

rojas, alas que representan las ánimas del purgatorio, y una inscripción que dice en portugués: «No hay dolor como el mío. Hermano, acuérdate de mí al pasar.» Al pie del letrero, nunca falta un cepillo para recoger limosnas.

III

Raza lusitana.—Cosmopolitismo de los portugueses.—Idioma.

Los portugueses proceden, como ya hemos dicho, de elementos célticos, iberos, romanos y germanos, con sangre de bereberes y árabes. Hicieron mucho. Reconocieron las costas de Africa, doblaron el Cabo de Buena Esperanza, transformaron las vías de comercio y dominaron en la India y en el Océano.

Decía Camoens de sus compañeros de armas: «Vedlos alegres recorrer los caminos, semejantes al león y al toro, exponiendo la vida al hierro y al fuego, y á las flechas y á las balas, por las regiones abrasadas, por las playas frías, sin temer á idólatras y moros, ni á los peligros desconocidos para los hombres, ni á los naufragios, ni á los peces, ni al hondo mar.» Ahora sólo les queda el recuerdo de su poderío; desapareció su ardimiento y la energía de la nación se transportó al Brasil, allende el Atlántico. Portugal fundó un pueblo nuevo en el Brasil con triple población que la madre patria, en un territorio noventa y cuatro veces más vasto, y que es el más fecundo de la tierra. Ya hace cuatrocientos ó quinientos años que las ambiciones de Portugal viven fuera de Europa. Hestrechados entre el Atlántico y España, han preferido los portugueses luchar contra las olas á combatir sin esperanza contra los españoles. Constantemente tendieron hacia tres puntos del extranjero. Primero hacia Africa, patria de los enemigos hereditarios, moros ó infieles, vencidos en Ourique y vencedores en Alcázar-Kébir. Pero si derrotados en este punto tuvieron que renunciar á someter las tierras marroquíes, han dominado y dominan todavía en largas playas africanas, pisadas por ellos antes que por los demás europeos, cuando se necesitaba un extraordinario valor para aventurarse á lo largo de Africa, porque los marinos temían convertirse en negros si rebasaban cierta línea creada por la superstición.

Después de Africa, dominaron y perdieron una parte del mundo oriental, en Abisinia, en Arabia, en la India y en innumerables islas, de las cuales es Ceilán la más hermosa.

Pero el Brasil, menospreciado al principio, se iba llenando de aventureros que se unían con las indias y más adelante con las negras importadas de Africa. Y este núcleo de gentes sin fortuna y sin porvenir, bandoleros, mercaderes, judíos y bastardos, esta mezcolanza de morenos, rojos y negros, se convirtió en uno de los imperios más grandes de la tierra. Los inmigrantes lusitanos sólo prosperan en las comarcas templadas del inmenso Brasil, en las mesetas del Sur y en la gran provincia de Minas Geraes. Fundan también familias en el sofocante litoral y hasta en el Ecuador, en el valle de las Amazonas. Frente al Brasil, en el Africa del Sur, tenían esperanzas de lusitanizar grandes países tórridos, que habían convertido de costa á costa, con el río Zambeze como camino entre una y otra, cuando Inglaterra, precedida allí como en todas partes por los misioneros, les arrebató bruscamente lo mejor de su dominio africano. Esto es lamentable, porque ningún europeo se adapta tan bien como el portugués al clima tropical.

El idioma portugués se separó visiblemente de los dialectos romanos de Iberia á mediados del siglo XIII. Procede del latín, pero muchas de sus palabras tienen menos parecido con las raíces de que salieron que sus correspondientes españolas, italianas y francesas, por la pérdida de una sílaba ó por el cambio de una consonante, sobre todo, la *l* ó la *n*. Poético y formado sobre todo para el idilio, tiene riqueza y sonoridad. Le perjudican un acento vulgar, esa misma sonoridad demasiado extremada y mucha abundancia de nasales. De todas las lenguas neolatinas, la lusitana es la que menos ha respetado las consonantes primitivas.

Fuera de Portugal, se habla en las colonias lusitanas, en el Brasil, y en playas de las cuales ha desaparecido el dominio de su pueblo, como en Malaca. Es idioma de unos 20 millones de hombres y llegarán á ser centenares de millones los que lo hablen, porque si se le escapa media Africa, le queda el Brasil que es inmenso.

Todos los portugueses son católicos. Fundan tanto orgullo en ser lusitanos, que dicen: «Si España es la cabeza de Europa, Portugal es su diadema.» No son muy afectos á sus vecinos y enemigos hereditarios los españoles. Dicen *De Hespanha, nem bom vento, nem bom casamento*. «De España, ni buen viento ni buen casamiento.» Verdaderamente, el aire castellano y extremeño, procedente de las estepas continentales, seco y abrasador, les es muy perjudicial.

Para ponderar su arrogancia, se cuenta que un portugués, caído

en un pozo, le decía á un español que desde el brocal le contemplaba: «Castellano, si me sacas del pozo, te perdono la vida.»

IV

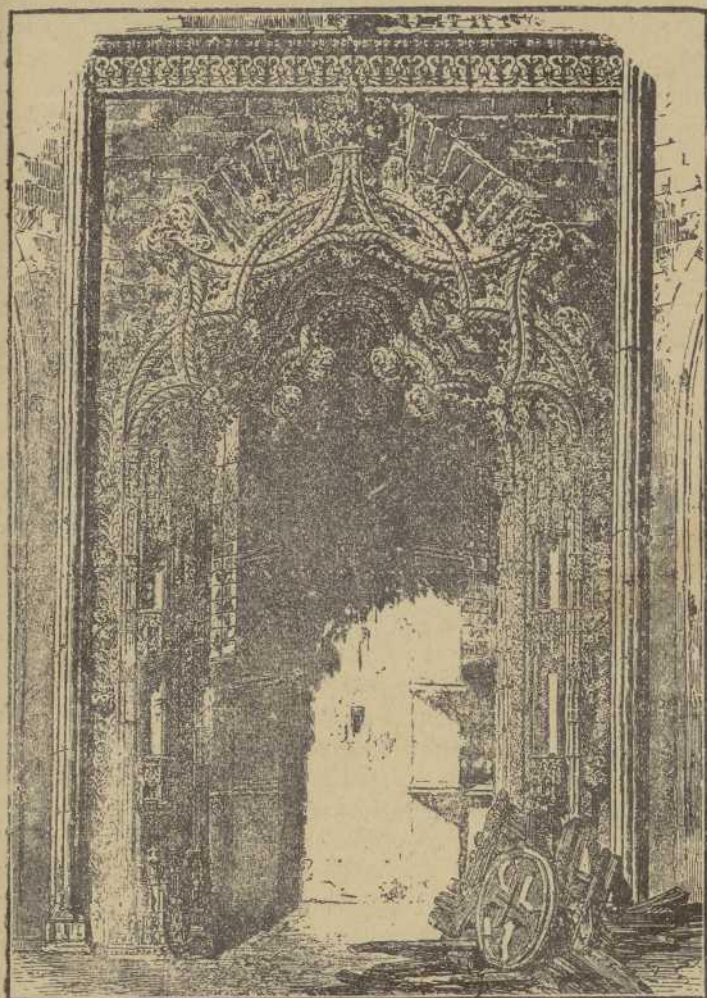
Ciudades.

Lisboa, capital del reino, tiene 204.000 habitantes, y más de 250.000 contando las afueras que cubren los ribazos de la desembocadura del Tajo. Durante un siglo fué la primera ciudad comercial de Europa. El terremoto de 1775 acabó con 15 ó 20.000 personas, y al mismo tiempo, lejos del Tajo, á través de mares y montes, derrumbó barrios de Porto y ciudades de Marruecos. No recuerda la historia catástrofe más terrible. Lisboa iba á rezar por sus muertos el día 1.º de Noviembre; el aire estaba sereno y tranquilo. A las nueve se oyeron ruidos subterráneos, palideció el sol, se alborotó el río, crujió el terreno, cubrió una nube de polvo la luz solar, brotaron llamas de la tierra y frente á Lisboa derrumbada, el Tajo desbordado destrozó muchos buques, ahogando miles de personas, que al huir del terremoto se habían agolpado en sus orillas. Las llanuras se convirtieron en colinas, los cerros se desmoronaron en barrancos ó se hundieron en abismos recién abiertos, mientras se derrumbaba toda obra humana, casas, tugurios, palacios, teatros, jardines, conventos, iglesias y campanarios.

Lisboa está situada á la derecha del Tajo, donde no llega más que á 1.600 metros la anchura del río, el cual acaba de extenderse como un lago azul sobre 25.210 hectáreas, y con 15.300 metros de anchura máxima, que recibe el nombre de Mar de Paja. A 15 kilómetros de la ciudad, construída, como Roma, sobre siete colinas, se vierte el Tajo en el Atlántico, junto á la sierra dentada de Cintra, montes luminosos, armoniosos y de gran belleza, aunque su altura no llega á 500 metros.

El interior de la soberbia Lisboa, que, á pesar de su aspecto, es una ciudad algo insalubre, no responde á la imponente belleza de su exterior. Dividida en dos partes por un estrecho valle perpendicular al Tajo, posee Lisboa á la terminación de este valle, una gran plaza de nobles proporciones llamada *Praça do Comercio* ó *Terreiro do Paco*. Anchas calles muy animadas siempre, ponen en comunicación esta plaza con el *Rocío* ó plaza central, y detrás

de éste se abren magníficas avenidas, elevándose por las pendientes hasta las llanuras en que termina la ciudad. Esta es la parte más suntuosa de Lisboa. Posee la capital todos los grandes edifi-



Batalha: una puerta del monasterio. (Dibujo de Roux.)

cios de las ciudades importantes (palacios oficiales, teatros, iglesias, Bolsa, bibliotecas, museos, etc.), pero ninguna construcción tiene un carácter monumental digno de elogio. Fuera de la ciudad,

la única obra merecedora de atención es el acueducto ó *Arcos das Agoas Livres*, que trae á aquélla el agua pura de BÉllas á unos 15 kilómetros al Noroeste. En gran parte de su curso corre subterránea, pero al acercarse á Lisboa atraviesa un valle sobre un puente soberbio de 127 arcadas ojivales, de las cuales una, salvando el arroyo de Alcántara, tiene 65 metros de altura. Esta obra es tan fuerte, que no experimentó perjuicio alguno en el terremoto de 1753, que arruinó á Lisboa.

Si Lisboa es pobre en monumentos de los hombres, pocas ciudades poseen sus maravillosas ventajas que le proporciona la Naturaleza. La fortuna de Lisboa en otros tiempos, corresponde á su posición geográfica. En primer lugar, se encuentra casi exactamente en la línea meridiana de todo el litoral portugués, ó sea en el sitio alrededor del cual habían de equilibrarse necesariamente todas las fuerzas del país. Además Lisboa posee su puerto excelente, accesible á los más grandes navíos, pues la profundidad de su canal de entrada pasa de 30 metros, y el fondeadero, que se prolonga más de 10 kilómetros tierra adentro, está protegido contra los vientos peligrosos del Sudeste. No solamente la inmensa bahía está bien protegida, sino que es fácil defender su entrada de los ataques exteriores, gracias á la configuración del litoral, pues de ambos lados avanza la tierra en promontorios como para cerrar el estrecho, que es de un kilómetro á tres de anchura, bordeados de fuertes y baterías. Uno de estos puntos fortificados es Mousant, al Noroeste de la ciudad. Las ventajas de Lisboa no sólo las debe á su posición con respecto á Portugal, sino con relación á toda Europa, y al mundo. Mientras la vida de la humanidad estuvo reducida al Mediterráneo, Lisboa no tuvo importancia. Luego, cuando los navegantes italianos enseñaron su arte á los portugueses y éstos se separaron de las costas lanzándose en los misteriosos rumbos del Océano, Lisboa fué el observatorio de Europa sobre los mares del Atlántico. De su puerto salieron los descubridores para las Azores, para Madera y para contornear, de promontorio en promontorio, el sombrío continente africano. Sabido es con qué éxito realizaron su obra los marineros de Lisboa. Portugal poseyó por algún tiempo un litoral inmenso, de un desarrollo mucho más grande que la circunferencia misma de la tierra. En Africa, América, Asia y en las islas del Extremo Oriente, los territorios pertenecientes al imperceptible Portugal ocupaban una extensión tan prodigiosa, que ningún geógrafo ha podido determinarla. Se comprende que tras estas conquistas dignas de la epopeya, surgiese un Camoens, el más grandilocuente de los poetas.

Pero esta época de gloria fué de corta duración. La arrogante Lisboa, que los pueblos orientales llamaban por antonomasia la «Ciudad de los cristianos», pues la creían la capital de toda Europa, perdió su preeminencia á fines del sig'º xvi, dominada por Felipe II, corrompida por el excesivo lujo, perdidos sus hábitos de trabajo por las riquezas del descubrimiento. España por una parte, y por otra los marinos holandeses quitándola gran parte de sus posesiones, destruyeron su grandeza. Pero, á pesar de esto, y del terremoto que quebrantó profundamente su vida, Lisboa conserva una posición eminente entre las grandes ciudades comerciales. La capital portuguesa es el punto de partida de grandes



Vista general de Coimbra. (Dibujo de Taylor.)

flotas de navegación oceánica y cabeza de la línea de la red de ferrocarriles europeos.

Los lugares inmediatos á Lisboa son famosos por su belleza y su vegetación casi tropical. Belem, Cintra, Cascaes, Mafra y otras poblaciones ó sitios reales merecen ser visitadas por sus esplendorosos jardines y sus monumentos históricos. Entre Lisboa y Coimbra está el histórico monasterio de Batalha, de original arquitectura.

La segunda capital es Porto (110.000 habitantes), llamada comúnmente en español Oporto, ó sea el puerto. A cuatro ó cinco kilómetros del mar, cubre pendientes rápidas de colonias, junto al Douro (Duero) azul, de unos 200 metros de anchura y muy navegable, aunque rocas y arenas hacen peligrosa su desembocadura. Emporio comercial del Norte de Lusitania, comarca agradable, rica, fresca y poblada más que el resto del reino, es Porto lugar

de embarque para cuantos emigrantes van á reforzar el contingente nacional en el país brasileño. De 10.000 á 18.000 hombres salen todos los años para el Brasil, del cual tantas maravillas se cuentan en las cabañas de las sierras y que es mortal para muchos de los emigrantes. Porto vende (sobre todo á los ingleses) los excelentes vinos del Douro, cosechados en tierra esquistosa, á ambas orillas del río. Si se sigue el Duero hasta más allá de los viñedos, se entra en gargantas de austera grandeza, al pie de peñascos inmensos. Poca gente se ve en ellas, y como por casualidad, se distingue un pastor en alguna peña, ó una cabra ramoneando un arbusto á 500 pies por encima de las aguas, ó algún contrabandista que por agrios vericuetos pasa de Portugal á España ó viceversa, atravesando el Duero que, tranquilo, obscuro, angosto, avergonzado de su pequeñez, hace de frontera entre ambos reinos. Cerca de Bemposta, pueblo de la meseta de Traz-os-Montes, junto á la confluencia con el Tormes, río español, el Duero rodea sigilosamente el Peñasco de Peredo. Desde Portugal se salta fácilmente á la roca, y desde ésta á España, con no menos facilidad.

Coimbra (14.000 habitantes), á orillas del Mondego, frente á la sierra de la Estrella, es la residencia de la Universidad nacional. Antigua capital del reino, con muchos recuerdos históricos, es frecuentada por numerosos estudiantes brasileños, que en ella sienten revivir su lusitanismo.

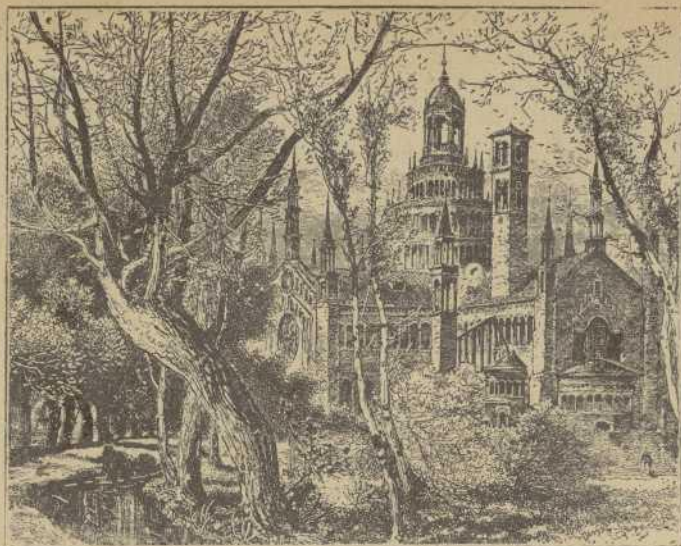
V

Colonias portuguesas.

El pequeño reino de Portugal no posee, como á fines del siglo xv, una gran parte del imperio del mundo. Para guardar el monopolio de sus descubrimientos, el gobierno portugués, en aquella época, hacía observar el secreto más absoluto en las exploraciones geográficas. Se condenaba con pena de muerte á toda persona que comunicase á los extranjeros una carta de navegación, indicando el rumbo á Calicut y demás países descubiertos. Pero esta precaución sólo fué dañosa para los mismos portugueses. Guardando tan absoluto misterio sobre sus exploraciones, velando con tanta minuciosidad sobre sus archivos, acabaron por olvidar sus propias conquistas y por prohibirse á sí mismos toda nueva exploración. Algunos rumbos, que ellos eran los primeros en haber descubierto, debieron ser adivinados de nuevo por otros navegantes

extranjeros. La misión de descubridores y colonizadores del mundo era demasiado grande para un pueblo tan pequeño. La nación, á los pocos años, se sintió agotada, y otros actores, holandeses, ingleses y franceses, entraron en escena en este vasto teatro del mundo que los portugueses querían guardar para ellos solos. Actualmente Portugal aún posee fuera de sus costas europeas un territorio cuarenta veces igual en superficie á su propia patria, y figura como importante potencia colonial; ¿pero qué es esto, comparado con lo que perdió?... Hoy conservan en la India el territorio de Goa (3.300 kilómetros cuadrados), y Macao, mercado de carne humana donde se contratan los trabajadores chinos para América. Además, tienen en el Atlántico las islas Azores y Madera; y frente á Africa, ó en su territorio, las islas de Cabo Verde, la Senegambia portuguesa, San Thomé, Ajuda puerto del Dahomey, Landana y Kabinda, Angola, Benguela y Mossamedes, Mozambique, Sofala, etc., y el gran territorio del interior.

Las posesiones que aún conserva Portugal fuera de Europa ocupan una extensión de 5.571.910 kilómetros cuadrados, y habitan estos territorios cerca de 30 millones de súbditos de diversas razas y colores.



La Cartuja de Pavía. (Dibujo de Harri Fenn.)

ITALIA

I

Situación.—Extensión.—Alta Italia.

Al Norte confina Italia con los Alpes, centro de la verdadera Europa; al Sur, desde sus últimos promontorios, se ven en tiempo claro las montañas de la africana Túnez, casi franceses hoy.

Fué durante mucho tiempo Italia reina del Mediterráneo, en cuyo centro se halla. En sus 28.658.800 hectáreas viven 31 millones de hombres, ó sean 104 por kilómetro cuadrado, y se divide geográficamente en Alta Italia ó Italia Continental, Italia peninsular ó apenina, é Italia insular.

La Alta Italia, dividida hoy en Piamonte, Lombardía, Venecia, Signoria y Emilia, no se diferenciaba de la Galia cuando la invadieron los romanos. A un lado y otro de los Alpes eran los hombres de lengua celta y de sangre gala, más ó menos adulterada. Los romanos dividían la Galia en Cisalpina y Transalpina, pero después de largas guerras, vencidos unos y otros galos, olvidaron la lengua de los antepasados y fueron latinos.

Tiene la Alta Italia unos 10 millones de hectáreas con 13.700.000

habitantes y pocas comarcas del mundo pueden rivalizar con ella en fecundidad. Su llanura, de cuatro millones de hectáreas, es un a'uvi6n que no conoce nunca el cansancio. Desde el anfiteatro de sus A'pes, de sempiternas nieves, caen torrentes tan anchos como impuros, que en maravillosos lagos (antiguos *fiords* del Adriático), conviértense en ondas transparentes. Más abajo de estos lagos, distribuyéndose los ríos en grandes canales, que de presa en presa y disminuyendo en tamaño, riegan campos soberbios, iluminados por un sol meridional.

El clima es suave, sin ser debilitante; lluvioso, sin que la lluvia sea excesiva. En la llanura todo es fecundo, en el mundo medio el todo es encantador, en los Alpes todo es sublime. Los dos picos más altos de Europa, el Monte Blanco y el Mont-Rose (Monte Rosado), de 4.810 y 4.638 metros respectivamente, son italianos en sus vertientes meridionales.

Las aguas también meridionales del semicírculo trazado por los Alpes entre el Golfo de Génova y el Adriático, van á parar al Pó y al Adigio.

El Pó (675 kilómetros) nace á 1.925 metros en el Monte Viso, pirámide espléndida entre Italia y Francia. Su trayecto montañoso es muy corto, y al llegar á la llanura baña á Turín. A la derecha recoge los torrentes de los Apeninos, pequeños en verano, y á la izquierda los ríos de los Alpes, grandes en todo tiempo.

El lago Mayor purifica para el Pó, el Tessino, río magnífico gracias á la nieve que se extiende desde el Mont-Rose hasta el Splügen por la cornisa de los Alpes meridionales. Sale el Tessino del lago Mayor con un caudal de 4.000 metros por segundo en las grandes crecidas, 51 en el estiaje y 321 en aguas ordinarias. El lago, tortuoso y estrecho entre montes escarpados, tiene más de 21.000 hectáreas de extensión y 575 metros de profundidad; pero cada vez es menos hondo y más pequeño, porque con sus desprendimientos lo ciega la montaña.

También para el Pó clarifica el lago de Como al río Adda. Este lago tiene 15.600 hectáreas y 412 metros de profundidad. El Adda ofrece un caudal de 817 metros cúbicos por segundo en las crecidas, 16 en el estiaje y 187 en tiempo normal. El lago de Como se va cegando como el lago Mayor ó Verbano. Más grande es el lago de Garda ó Benaco, del cual sale el Mincio. Tiene 30.000 hectáreas con 294 metros de profundidad y tardará más en desaparecer.

Pasa el Pó cerca de Pavía, donde derrotaron los españoles á los franceses, haciendo prisionero á Francisco I. El sol meridional triunfa siempre de los hombres del Norte. Italia, llena tanto tiempo

de bárbaros procedentes del Septentrión, nunca dejó de ser íntimamente italiana.

Riega luego el río Pó la ciudad de Piacenza y la de Cremona, y deja á la izquierda, junto al Mincio, á Mantova ó Mantua, patria del suave Virgilio. Más abajo pasa otro brazo suyo por junto á Ferrara, que está en su delta. Al desembocar en el Adriático con siete ramas, da á éste 156 metros cúbicos de agua por segundo, en el estiaje, 1.720 en aguas ordinarias y 5.186 en las crecidas, espléndido tributo para una cuenca de 7.500.000 hectáreas.

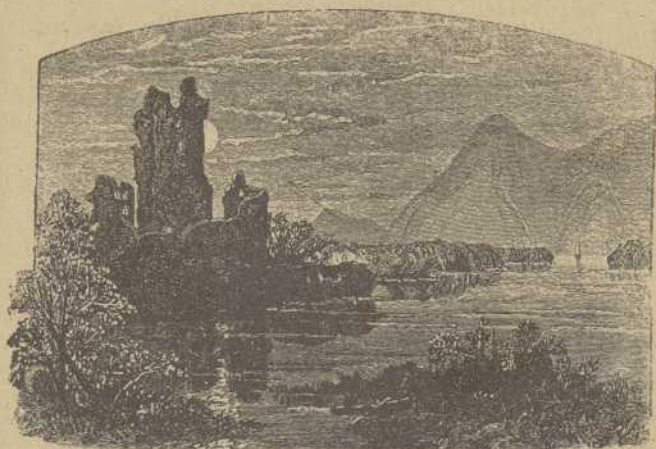
A pesar de los lagos situados al pie de los Alpes, que lavan sus afluentes y subafluentes, el Pó, antiguo Eridano, rey de los ríos, leva cada año unos 46 millones de metros cúbicos de fango, y á veces 100 millones. Su delta crece anualmente 113 hectáreas, adelantando 70 metros sobre el mar, con dirección á Istria, ribera peñascosa en una plaza baja. Una gran parte de sus impurezas se deposita en llanuras húmedas, donde crece el arroz, amigo del agua. Cuando el río muy crecido rompe los *argini* (diques ó arrecifes) ocasiona grandes desastres, porque los diques defienden los mejores terrenos de Italia y quizás de Europa.

El Adigio, río de Trento en Austria y de Verona en Italia, salido de los Alpes tiroleses, mezcla su delta con el del Pó. Numerosos canales distribuyen á las opulentas labranzas del valle bajo sus 2.400 metros cúbicos por segundo. Su caudal medio es de 480 metros, su longitud de 400 kilómetros y su cuenca de 2.500.000 hectáreas. Muy inconstante es también el Piave, caudaloso torrente de los Alpes, que derrama en el golfo de Venecia unos 320 metros cúbicos, tributo magnífico de una cuenca de 520.000 hectáreas y con un trayecto de 215 kilómetros.

La Alta Italia, con 112 habitantes por kilómetro cuadrado en Piamonte, 179 en Liguria, 171 en Lombardía, 132 en Venecia y 115 en la Emilia, es de los países más poblados de Europa: tal vez demasiado poblado. Si carece Liguria de grandes ríos, tiene, en cambio, el clima más suave y las estaciones de invierno más deliciosas. La gran llanura paduana la han arreglado admirablemente los labradores, sangrando los enormes torrentes regularizados por los lagos. Del Pó superior han sacado el canal Cavour (42 metros cúbicos por segundo); del Tessino, el Naviglio Grandi (51); del Adda, el Muzzal (61) y el Martesana (26); del Adigio, el canal de Verona, y de todos estos canales una red de arterias y arteriolas sabiamente entrelazadas, que llevan eternamente la savia á los aluviones de la Cisalpina, los cuales no descansan desde hace tres mil años. En ese gran cementerio (pues siempre han combati-

do los pueblos en las llanuras del Pó) el codicioso aldeano no se causa de reconstruir su granja hundida, ni de componer el canal, ni de labrar el campo pisoteado por furibunda pelea, ni de desmontar los cerros llenos de osamentas.

Se han destruído casi todos los bosques de ese aluvión, del cual se sacan tres cosechas al año, pero estos álamos señalan los pueblos grandes, que en otra parte pasarían por ciudades. Soberbios árboles, cuyas raíces están en el agua, y cuyas copas miran al sol, sombrean los canales grandes y pequeños; el vecino se separa del vecino, que suele ser su enemigo, con paredes medianeras,



Lago de Como. (Dibujo de Roux.)

que no son de piedra ni de ladrillo, sino de vides enlazadas con olmos y arces, y la savia triunfa por doquiera en las ramas, en los pámpanos, en las aceitunas, en el tupido follaje de las moreras, inestimable alimento de los gusanos de seda, que fabrican sus capullos.

Pero una maldita plaga amenaza siempre á estos campos, que nunca engañan al labrador, porque el agua de los canales no es caprichosa como la del cielo, y llega á su hora, con una abundancia reglamentada por la legítima sed de la tierra. Esa plaga es la calentura, azote de los países regados, especialmente de los arrozales. Y con la calentura reinan la pelagra y todas las enfermedades, anemias, debilidades y distorsiones del cuerpo y del espíritu, ocasionadas por el maíz, alimento falso y pesado.

II

Italia peninsular.

Con una extensión de 13.500.000 hectáreas, es la Italia peninsular un gran erizamiento de montañas. No tiene más que 70.000 hectáreas de llanura, casi todas ensanches de valles. Lo demás lo ocupa el Apenino calizo con sus escasos bosques de pinos, abetos, hayas, encinas, olmos y abedules, recuerdos de la selva antigua. Debe Italia su altitud media de 517 metros más á los Apeninos que á los Alpes gigantescos.

¶ Cuanto más se aproxima al Mediodía, más se adelgaza la península y se desgarran los Apeninos. En el Norte del antiguo reino de Nápoles, yerguen los Abruzzos (antes invencible Samnio), frente al Adriático y al Noroeste de Roma, su cima culminante, el gran Sasso (2.902 metros), peñascos calizos con restos de selvas donde quedan osos. Al Sur del mismo reino, en las Calabrias, más dislocadas todavía que los Abruzzos, terminan los Apeninos frente á Sicilia, junto al estrecho de Mesina, en la granítica masa de Aspromonte (1.909 metros), monte duro y áspero, como indica su nombre, á cuyo pie crece la palmera.

(De un mar á otro, nunca alcanza la península italiana 200 kilómetros de anchura. Son distintas sus dos vertientes. La del Adriático, más estrecha y con costas muy seguidas, tiene líneas rectas y largas, con torrentes muy cortos y carece de recuerdos históricos. En la vertiente occidental, la ribera tiene más escotaduras, y la distancia mayor entre mar y montaña deja espacio á los ríos, junto á dos de los cuales crecieron naciones grandes, una de las cuales dominó al mundo. Por allí corren el Arno, el Tíber, el Garellano y el Volturno.)

El Arno encantador, hijo de los Apeninos que separan á Florencia de Bolonia, corre al principio hacia el Sur, como si bajara hacia Tíber; pero cerca de Arezzo, en los lugares donde el canal de la Chiana le da aguas pertenecientes antes á un fétido cenagal, se repliega hacia el Noroeste y va á buscar por Florencia la playa de Pisa, en donde se ha retirado el mar cinco kilómetros desde el siglo XII.

El Tíber (Tevere en italiano), que sería el primer río del mundo, con el Jordán y el Ilisso, si los ríos más famosos fuesen los me-

jores, tiene un caudal de 291 metros cúbicos por segundo, con un trayecto de 418 kilómetros, en una cuenca de 1.773.000 hectáreas. Pocas veces llega en las grandes crecidas á 1.700 metros cúbicos y su estiaje es de 100, cuya cuarta parte se debe á los ríos afluentes. Las otras tres partes corresponden á manantiales que vacian lagos subterráneos adormecidos en la obscuridad de antros calizos.

Surge en los Apeninos etruscos, se pliega y repliega en un valle abierto al Sur, y recibe torrentes vertidos por montañas blancas de nieve. A pocas leguas al Norte del montecillo cónico de Caprese, patria de Miguel Angel, sale de un bosque de añosas encinas, en una de las estribaciones del Fumajolo, cerca del Adriático, y desde las cimas que dominan el nacimiento del río se distingue en días despejados la antigua Rímini. Deja á la derecha á Perugia, corre por cerca del Soracto (691 metros), monte calizo en una región volcánica, y pasada Roma entra en el Mediterráneo por dos ramas: una la de Ostia, en el Gran Tíber, ó sea el Tíber natural; la otra en Fiumicio, en el Tíber artificial, canal de navegación abierto en los primeros tiempos del imperio romano. Entre ambos *L'Isola Sacra*, la Isla Sagrada, fué un jardín de rosas consagrado á Venus, y el tiempo lo ha convertido en pantano, cuyos juncos, cañas y gamones pisotean los toros bravos.

Las olas del Tíber, rápidas y traidoras, son de un color amarillo rojizo. Y no es porque no recoja manantiales límpidos, como las Vene, fuentes del Clitumnio cantado por Virgilio y lord Byron, sino porque lo manchan las tierras arrancadas á la fértil Umbría.

Sus afluentes más abundantes se llaman Topino, Nar y Anio. En el Topino se derrama el Clitumnio. El Nar ó Nera recibe el Velino, que cae más arriba del Terni, por la espléndida cascada de los Mármoles, cuyo primer salto es de 100 metros, y después se escurre por una hendidura que á veces tiene un metro de ancha, aunque su caudal medio es de 120 metros cúbicos por segundo. Después pasa en Pepigno bajo un puente natural. El Anio ó Teverone es el torrente de las cascadillas de Tívoli.

(Al Sudeste de las Eccas del Tíber, entre Porto d'Anzio y Terracina, están junto al mar las Lagunas Pontinas, moradas de búfalos, jabalíes y ciervos, y tan malsanas como las toscanas, aunque sean una mitad más pequeñas (75.000) hectáreas.)

El Garellano (Garigliano) cae por las dos altas cascadas de Sora. Se bebe el Fibreno, fuente admirable cuya abundancia se ha atribuido á erupciones subterráneas del Celano, al cual llamaban Fucinus, los latinos. Este ex lago, á 700 metros de altura, dormía en una cuenca caliza, con diferencias de nivel de 16 metros, ya ex-

tendiéndose á lo lejos por la campiña, ya humilde y pequeño, nauseabundo y sin profundidad. Roma no supo desecarlo y lo han vaciado después por medio de un túnel.

Los demás lagos grandes de la Italia peninsular están junto á la cuenca del Tíber. El lago Trasimeno ó de Perugia es el mayor (13.490 hectáreas). Su afluente visible reposa á 257 metros, entre montes llenos de olivos, y sufrirá la misma suerte que el del Celano. El de Bolsena (11.660 hectáreas), de 140 metros de profundidad, está á 303 metros sobre el nivel del mar, al Sudoes- te de Orvieto, en una capa volcánica rodeada de castaños. El



Un rebaño de la campiña romana. (Dibujo de Regnault.)

Marta lleva sus aguas al mar Tirreno. Al Noroeste de Roma, el lago de Bracciano (5.670 hectáreas), á 151 metros de altura, se vierte por el Arrone, río costero, y tiene 250 metros de profundidad. Entre los lagos de Bolsena y Bracciano está el de Vico, antiguo cráter que envía un afluente al Tíber. El de Albano al Sudeste de Roma, en los montes del Lacio, tiene 600 hectáreas á 305 metros de altura, con 142 de profundidad, y se va al mar por una corriente subterránea. Muy cerca está la laguna de Nemi (200 hectáreas), de 50 metros de profundidad.

Junto al Arno vivían los etruscos, de quienes la naciente Roma tomó bastante en religión, leyes y costumbres. Extendía aquel pueblo hasta el Tíber su confederacion de ciudades, y llegó á fundar doce en la risueña Campania. Durante los primeros siglos de Roma, no había entre Etruria y la futura ciudad imperio más que

la anchura del Tíber, atravesada por un puente de madera, cuyos tablones se quitaban en tiempo de guerra.

De la mezcla de etruscos (pueblo de origen desconocido), celtas y romanos, se formó la raza toscana, que pasa por ser la más completa de las italianas. En Toscana fijaron la lengua literaria los escritores, cuyo príncipe es el Dante, y ninguna comarca del mundo ha producido más genios de primer orden, poetas, artistas, sabios y hombres de acción. Reúnense en Toscana, aunque es pequeña, tres regiones. En el mar Tirreno, de azules aguas, empon-



Roma: la loggia de los Farnesini. (Dibujo de Regnault.)

zoñan las marismas la tierra baja, junto á la desembocadura de los ríos, el menor de los cuales es el Ombrone. Entre Liorna y Roma, las playas donde muere el Arno entre médanos y pinos, prolongan sus riberas por las cuales andan algunos camellos aclimatados siglos há. Tierra arcillosa compone estos bajos fondos de 150.000 hectáreas, llenos de juncos, donde pacen carneros y toros y donde reinan la calentura, el enflaquecimiento, la lividez y la muerte. Fuera de los pantanos, crecen pinos, alcornoques y encinas.

En el valle de Arno y estribaciones que forman la segunda región, madura el sol toscano los racimos de la vid enlazada con el álamo, al pie de murallones de castillos y torres derruidas, entre quintas, alquerías, pinos y cipreses, y junto á las moreras el maíz, las cepas y el olivo, en una tierra fecundada por un prudente riego.

En el monte, que es la tercera región, bosques de encinas, alcornoques, castaños y hayas se escalonan ó se confunden en las vertientes medias, mientras el aliso, el pino y el abeto, poseen las cumbres visitadas en invierno por la nieve, la cual permanece en ellas mucho tiempo. Hay cimas toscanas que pasan de 2.000 metros. En esta región se hallan los mármoles estatuarios más célebres del mundo, como los de Carrara, Massa, Seravezza y el Altísimo. Entre las bocas del Arno y el puerto militar de Spezzia envían sus aguas los montes etrusco: al Magra, que pasa por Luca, y al Serchio.

Frente á Toscana está la isla de Elba (capital Porto Fer aijo), con 22.000 hectáreas, entre orillas riscosas. El monte Capanna, de 1.039 metros, domina las demás cimas graníticas y las cúpulas de serpentina de esa isla, «inagotable en metales», como dijo Virgilio, y cuyas minas de hierro, explotadas ya por los etruscos, durarán miles de años. Elba se hizo famosa por el efímero reino que ejerció en ella el emperador Napoleón durante su primer destierro.

Junto al Tíber creció la imperial é imperiosa Roma, que reinó siglos enteros, desde Escocia hasta Persia, del Danubio al Sahara, sobre 120 millones de súbditos. Victorias y derrotas que no quebrantaron la constancia romana, la hicieron dueña del mundo conocido, menos de los bosques y pantanos hiperbóreos, de la Etiopía, madre del Nilo sagrado, la India maravillosa, y la China apenas sospechada detrás de prodigiosas montañas. Caminos de piedra que atravesaban montes y valles con puentes indestructibles, surcaban éste imperio, donde cualquier rebelión era sofocada por las legiones que acudían rápidamente.

Poderosa administración sujetaba á las naciones de otro idioma; la red de colonias las latinizaba; el fisco las reprimía, y las corrompían el circo, el teatro, los baños, los placeres, todo el lujo de la ciudad insensata y de las demás poblaciones romanas, locas y dispendiosas como la metrópoli. Al enervar los pueblos, se enervaba la misma Roma. Más sangre viril le sacaron los vicios asiáticos que el cartaginés, que amenazó á Italia durante diez y seis años; más que el cántabro tardíamente encadenado; más que los galos que degollaron á los senadores en la misma capital.

Pero en sus tiempos de pujanza y gloria dió Roma mucha sangre al mundo, y todo su derecho y su idioma á las naciones, que por eso se titularon romanas, latinas y neolatinas, y que llamándose hoy españolas, francesas, italianas, portuguesas y rumanas; poseen los mejores países de Europa. Formó también parte de Africa, é indirectamente parte de la América septentrional, y toda la central y la del Sur.

Los napolitanos viven junto al Garigliano y junto al Volturino, cerca del cual la Roca Monfina (1.006 metros) es el volcán más septentrional de la Italia del Mediodía. Viven también al pie del Vesubio y hasta el estrecho de Messina, alrededor del Gran Sasso; junto al Pescara y al Ofiro, cuya desembocadura ve en lontananza las riberas albanesa y dálmata, en el golfo que meció la corrupción de Tarento, Crotona y Síbaris. Pueblan la Tierra de Labor, la Campania, llanura formada con las cenizas que vertió la Roca Monfina, tierra etrusca y griega después, más bien que romana, país de las delicias de Capua y luego de las de Baia, como hoy de los placeres de Nápoles. Además poblaron la Calabria, los ásperos Abruzzos y la Puglia, junto al Adriático. Esta y la antigua Apulia forman extraño contraste con Abruzzos y Calabrias por la monotonía de sus *tavaglierie*, llanuras secas, sin arroyos ni fuentes, provistas de pocas cisternas. Fueron pasto de otoño é invierno para los pastores samnitas, y siguen siendo comarca pastoral. Cuando los cruzados tomaron el Santo Sepulcro, necesitaron artesanos y carecieron de hembras. Criados, obreros y mujeres acudieron desde Apulia, y las gentes de este país formaron un pueblo civil bajo el dominio de aristócratas y caballeros.

Llamóse este país reino de Nápoles y antes Gran Grecia, brillante, opulenta, sabia, artista, hermosa, poética, pero corrompida tempranamente y llamada á perecer. Cada ciudad odiaba á las otras y cada ciudadano envidiaba á los demás, como los helenos en toda la Helenia.

III

Italia insular.

Comprende dos grandes islas mediterráneas, Sicilia y Cerdeña; algo menos de cinco millones de hectáreas con cuatro millones de hombres.

Los montes de Sicilia, sin contar el Etna, son prolongación

del Aspro, monte calabrés; pero un estrecho espléndido, el Faro de Messina, separa, y quizá no siempre ha separado, ambos países. Tiene 3.127 metros en su anchura menor, de 75 de profundidad media y 332 en la mayor.

No median más que 100 kilómetros entre los promontorios de Marsala y el cabo Bon, protuberancia tunecina. Desde los Pílares de los Gigantes, nobles ruinas del templo de Selinonte, no lejos de Castelvetro, se distingue en el horizonte del Sur, á las horas más serenas, el vago dibujo de los montes de Túnez.

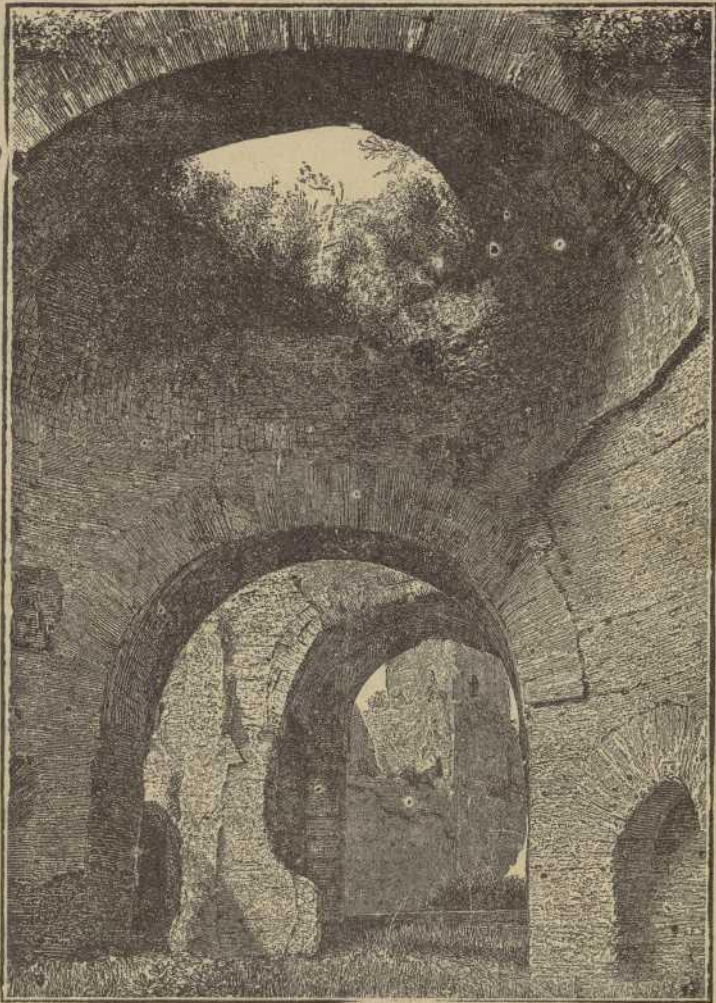
La isla de Sicilia tuvo todas las fortunas: pasó por el mayor esplendor y por la última indigencia, por el lujo desenfadado y por la barbarie más tosca. Tuvo por habitantes y señores á los sicilianos, que tal vez eran de familia ibera; á los sículos enviados por Italia, á los cartagineses procedentes de los montes africanos, á los griegos que edificaron ciudades voluptuosas, los romanos que la saquearon y vivieron de sus trigos, á los vándalos, ostrogodos y bizantinos, á los lombardos, á los bereberes mezclados con árabes y negros que permanecieron allí mucho tiempo y cuya lengua fué el idioma civilizado del país; á los normandos, que fundaron una poderosa dinastía; á los tudescos, poco á propósito para este clima; á los franceses, que fueron asesinados en una noche, y á los aragoneses españoles.

El pico culminante de la Sicilia caliza, el Pizzo di Case, no llega más que á 1.931 metros; pero en el Este tiene la isla el volcán más hermoso de Europa, el Etna, de 3.313 metros de altura, que señala el centro del Mediterráneo y surge de un zócalo de 120.000 hectáreas con una base de 180 kilómetros de circunferencia, encima de la llanura da Catania, que es un suelo fecundo, de cenizas volcánicas y de lavas.

Este «ombigo del mundo» se sumerge en el mar. Nada pierde por esto de su grandeza, y quien lo ve desde las olas cree que las dos puntas de su pirámide tienen la altura de los gigantes de los Alpes ó del Cáucaso. Ha llegado á pasar por la primera cumbre del globo. A sus pies, y en sus primeras vertientes, hasta llegar á los 800 metros plantan viñas y árboles frutales más de 300.000 hombres, á pesar de la triste memoria de las cóleras del volcán y de los siniestros presagios de su respiración. Se recuerdan lo menos cien erupciones, algunas de las cuales duraron meses y años. Más arriba de las huertas y viñas hay castaños, pinos, hayas y abedules que destrozan los leñadores, y en lo alto brilla la nieve todo el invierno.

El ardor del suelo que oculta hornos, la negrura de las escorias

y cenizas que recoge y concentra los rayos del sol, hacen de las vertientes meridionales del Etna la comarca más ardorosa de Euro-



Roma: ruinas de las termas de Caracalla. (Dibujo de Pelcé.)

pa, el horno de esa cálida Sicilia, donde crecen la palmera, el higo chumbo, la caña de azúcar, el algodónero y el bambú.

¡Cada día pierde esa altiva «columna del cielo», algo, no de su

majestad solitaria, sino de su gracia. Devastan al Etna el leñador, el carbonero, y las lavas que matan en cada erupción más de cien mil árboles. Pero aunque lo cubrieran los bosques no daría hermosos arroyos perennes; se filtra el agua de las lluvias bajo la lava y la ceniza, y no resurge en fuentes hasta la misma orilla del mar. Así sale á luz en Catania el río Amenaro.

Cerca de la costa septentrional de Sicilia se elevan las islas Lipari (20.000 habitantes en 14.800 hectáreas) en el camino que desde los respiraderos del Etna va al Vesubio. Allí están, Lipari, volcán extinguido, tierra risueña, y Vulcano, montón de escorias, isla rojiza negra y estéril. Consagrada antes al dios de su nombre, todavía, palpita su volcán, no menos que el célebre Stromboli (942 metros), Alicudi, Féliculdi y Salina, duermen y pueden despertar.

A 100 kilómetros al Sur-Sudeste de Sicilia, la árida y volcánica Pantellaria (6.000 habitantes en 10.300 hectáreas), era antes como un puerto avanzado desde el cual acechaban los italianos á Túnez cuando pensaban heredar á Cartago.

Tiene Sicilia 3.266.000 habitantes en 2.574.000 hectáreas ó sean 127 por kilómetro cuadrado, y aún queda sitio en las mesetas interiores, para las espigas, viñas y olivares, y en los barrancos regables, para perfumados huertos de naranjos que viven de agua y de sol. Dicen que la isla tenía 12 millones de almas en tiempo de Egesto, de Selinonte y de Siracusa, que no posee hoy 20.000 hombres y tuvo un millón; de Agrigento (hoy Girgenti), cuyos ciudadanos «edificaban como si nunca hubiesen de morir y al mismo tiempo cenaban como si no les quedasen más que dos días de vida». En este país sin granjas ni aldeas, parte de la población vive en las ciudades de la costa y los demás en el interior, en pueblos grandes, muchos de los cuales no tienen fuentes ni arboledas ni colinas. De Cerdeña hablaremos en capítulo aparte.

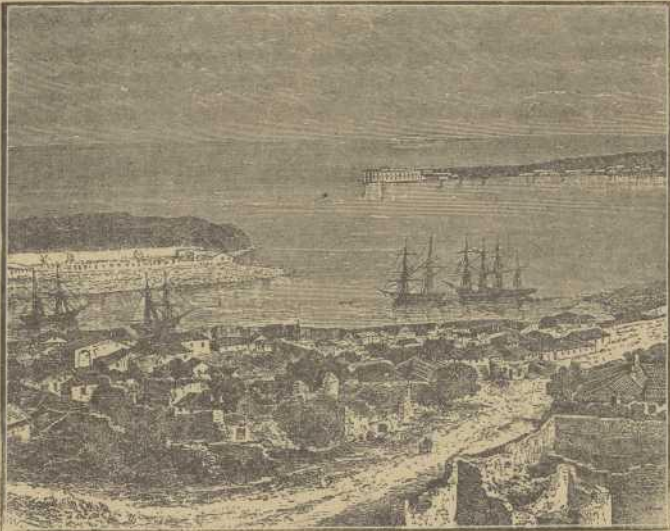
IV

Italianos.—Lengua italiana.

Toda Italia es «tierra de Saturno, madre de los frutos. No son más gloriosos los bosques de los Medos, pueblo opulento, ni el Ganges hermoso, ni Bactria, ni las Indias, ni la Arabia feliz, con sus arenas que dan incienso». Así decía Virgilio, y efectivamente

debe Italia hermosura y fecundidad á la naturaleza blanda y cálida de sus tierras, á la claridad del sol, á la profusión de las lluvias que derraman hasta tres metros de agua al año en los altos Apeninos y dos en ciertos Alpes. Existe ya más de un distrito donde rebotan los habitantes, á pesar de los prodigios de la irrigación y de la paciencia del campesino que labra y planta hasta en las piedras, la viña y el olivar. Emigran mucho los italianos: de 100.000 á 200.000 por año.

Exodo es éste afortunado para las naciones á donde emigran



Puerto de Civita Vecchia. (Dibujo de Roux.)

porque el italiano es un pueblo laborioso y al mismo tiempo perseverante, sobrio, económico, prolífico y fácilmente adaptable al lenguaje y á las costumbres del país, al que le llevan su voluntad ó el acaso. Emigra sobre todo á Francia y á la Argentina, pero se le encuentra en todas partes, especialmente entre sus hermanos los neolatinos, y además en Argel y en Túnez, en Egipto y en Turquía, en el Brasil y en Méjico, y desde hace poco en los Estados Unidos y en el Canadá.

Dos veces ha estado Italia á la cabeza de los pueblos: en tiempo de los romanos que la unieron en perjuicio del resto de los hombres, y en la Edad Media, por su industria y su comercio, el esplendor

dor de sus artes y sus letras, y la colonización de Oriente, que se efectuó al mismo tiempo que sus ardorosas repúblicas se destruían mutuamente.

No era artista cuando ejerció la hegemonía romana, pero lo fué después hasta el punto de que pintores, escultores y arquitectos peregrinan aún á Italia para admirar obras maestras. También contribuye á su gloria el idioma italiano, sonoro, armonioso, flexible y musical. Tiene poco porvenir porque carece de grandes colonias. Se divide en muchos dialectos: piamontés, veneciano, romañolés, romano, napolitano, siciliano y sardo, muy diferentes entre sí. El más perfecto es el florentino, que ha pasado á ser el lenguaje literario, utilizado por los grandes escritores.

En muchos valles alpestres se habla el francés; 37.000 personas hablan el esloveno, al Nordeste de Italia. En los antiguos reinos de Nápoles y Sicilia, unos 20.000 hombres conservan el lenguaje helénico de la Gran Grecia. 80.000 hablan el albanés, que heredaron de sus padres cuando huyeron de Albania después de la muerte de Scanderbeg.

Todos los italianos son católicos, excepto 38.000 judíos y 62.000 protestantes. Algunos albaneses conservan el rito griego.

V

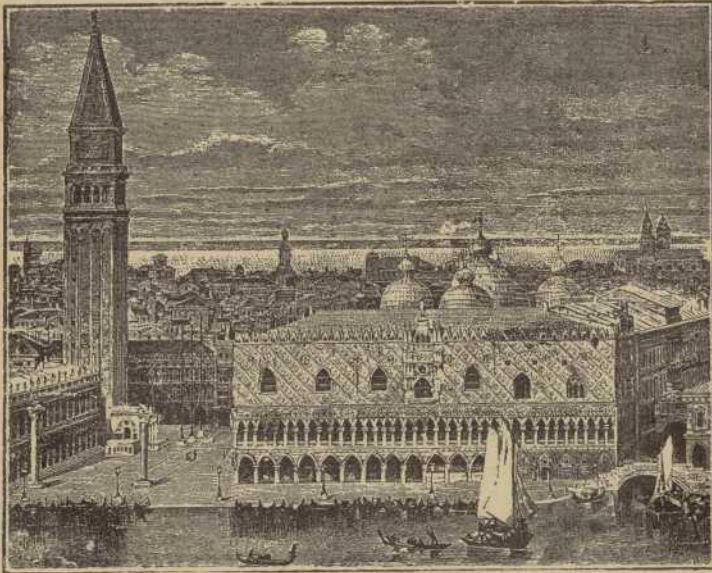
Las cien ciudades de Italia.

Los italianos, cuando hablan de su país, mencionan «las cien ciudades de Italia», y no incurren en exageración, pues á este número ascienden, poco más ó menos, las poblaciones italianas de notoriedad por su vida actual ó por sus históricos recuerdos. Enumerémoslas, siguiendo el mismo orden con que hemos dividido la península, en Alta Italia, Italia peninsular é Italia insular.

En la Alta Italia la primera ciudad importante que se encuentra es Turín, cerca de una de las obras más grandes que ha realizado el genio de los hombres: la perforación de los Alpes por un túnel famoso.

↳ Turín (en italiano Torino, y antiguamente Taurasia), aunque es ciudad muy antigua y en tiempo remoto fué incendiada por Aníbal, comparada con otras ciudades de Italia resulta moderna, y ofrece una semejanza con las capitales improvisadas de América, por sus calles anchas, regulares y cortadas en ángulo recto.

En el Piamonte oriental, cerca de Turín, la ciudad más populosa es Novara, Vercelli, sobre el Sesia, más abajo de donde confluyen todos los ríos que descienden de los macizos del Monte Rosa, y en el sitio donde según la tradición se desarrolló la gran batalla de los Cimbras, goza de análogas ventajas que Novara.



Venecia: la ribera de los Esclavones. (Dibujo de Molnet.)

Casale, antigua capital del Monferrato, ocupa y defiende uno de los pasos del Pó. Por la situación que ocupa en el Piamonte, y por afluir á ella todos los caminos de la montaña, es Turín centro natural del comercio en el valle alto del Pó. Ha crecido su movimiento comercial, especialmente desde que se ha visto libre del peligroso honor de ser capital de un reino. Es, sin disputa, uno de los centros intelectuales de la península, por su arsenal, sus bibliotecas, su magnífico museo, su Universidad, la más frecuentada de Italia después de la de Nápoles, sus grandes escuelas y diversas sociedades. No carecen sus alrededores de preciosos paisajes. Desde la colina de la Superga, que dista algunos kilómetros al Oriente, y tiene una iglesia suntuosa en su cima, domínase el panorama de los Alpes italianos. Dentro de su jurisdicción hay numerosos pueblos, bien conocidos por sus castillos,

parques y casas de recreo, que ofrecen todavía mejores puntos de vista que Turín. Alessandria della Paglia, es plaza de guerra, de una regularidad desagradable, que ha reemplazado como punto estratégico á Tortona y á Novi. En su llanura convergen ocho líneas férreas, y por consiguiente es ciudad muy frecuentada. Son también muy comerciales las inmediatas ciudades de Asti, célebre por sus vinos espumosos, y Acqui, famosa en la época romana por sus abundantes aguas termales. Los israelitas de Acqui, que no pasan de 500 y no viven ya relegados en el *ghetto*, son dueños de una gran parte de la riqueza.)

Milán (en italiano Milano), capital de la Lombardía, es por todos conceptos una de las cabezas de Italia. Su población con la de los arrabales llega á ser como la de Nápoles. Por su comercio sólo cede el puesto á Génova; por su industria iguala á entrambas ciudades; por su movimiento científico y literario es la primera, desde los Alpes al mar de Sicilia. Hállanse en Milán dos de las principales bibliotecas del reino, la de Brera y la Ambrosiana. Hay además de los libros, en el palacio Brera, una Escuela de Bellas Artes, una galería de cuadros, un observatorio, el Instituto Lombardo y varias colecciones. Desde los tiempos históricos, Milán, que es la salida natural de los lagos Maggiore y de Como, apareció como una ciudad céltica de importancia, y después, merced á su situación ventajosa, ha logrado una marcada preponderancia entre las demás ciudades de la Italia septentrional. Por su poderío en la Edad Media, mereció el nombre de «segunda Roma». A fines del siglo XIII contaba ya 200.000 habitantes, cuando Londres no tenía aún más que la sexta parte. Su catedral (el Duomo), edificio célebre, es desde el punto de vista artístico, un enorme trabajo de cincelado, una joya fuera de toda proporción, y al mismo tiempo una maravilla de arquitectura, por la belleza de sus materiales, lo acabado de sus detalles y el prodigioso número de sus estatuas, que se hacen llegar á 7.000. Orgullosa de su pasado, confiada en sus destinos, la capital lombarda hace gala de no obedecer jamás servilmente sugerencias extrañas. Tiene sus opiniones propias, sus costumbres y sus modas particulares, imprimiendo un sello de originalidad local á lo que acepta de fuera.

Como (la antigua *Comum*), situada á la salida de su hermoso lago, es la antigua ciudad libre, rival de Milán, hoy enriquecida con sus sederías y las producciones de la Brianza. Monza, rodeada de parques y de casas de campo, es la población donde se guarda la célebre corona de hierro de los reyes de Lombardía. Pavía, la ciudad de las 525 torres, hoy derribadas, enseña con orgullo

su Universidad, una de las más antiguas de Europa, y en sus cercanías tiene la magnífica Cartuja, maravilla del Renacimiento, y el convento más suntuoso de Italia. Vigevano, al otro lado del Tessino, posee un hermoso castillo. Lodi, todavía muy comercial, fué en el siglo xi la ciudad más poderosa de Italia después de Milán, y contra ella sostuvo terribles guerras de exterminio. Cremona, antigua república, que también luchó contra Milán, muestra ufana su *torrazzo* de 121 metros, la torre más alta del mundo antes de construirse iglesias ojivales. Bérgamo domina desde su altura los feraces llanos del Brembo y del Serio. Pretende, como si no existiese Florencia, ser la ciudad de Italia más fecunda en grandes hombres, y con mayor orgullo aún que Brescia, la ciudad de las armas, se proclama madre de los héroes.

Mantua, situada sobre el Mincio, puede considerarse fuera de Lombardía propiamente dicha, aunque políticamente pertenece á ella. Esta ciudad, donde hay más judíos proporcionalmente que en las otras ciudades no marítimas de Italia, es sobre todo una gran fortaleza. Fué patria de Virgilio. Menos carácter que las ciudades de Lombardía conservan las del otro lado del Pó, en la Emilia. Estas ciudades son Plasencia (Piacenza), importante intermediaria para las transacciones entre el Piamonte, Lombardía y Emilia. A pesar de su nombre, es una plaza de guerra bastante triste. Parma, antigua residencia de príncipes, posee una copiosa biblioteca, un museo, una Universidad, y en sus iglesias los maravillosos frescos del Correggio. Reggio, otra importante etapa de la *vía Emilianiana*, ya no tiene el célebre cuadro la *Noche del Correggio*, uno de los hijos más ilustres de este país, en el que también nacieron Ariosto y el astrónomo Sechi. Al Sudoeste de Reggio, sobre una colina, se levanta el famoso castillo de Canossa, donde Enrique IV, emperador de Alemania, se humilló ante el papa Hildebrando. Módena, que hace poco era como Parma, capital de un ducado, tiene también su Universidad y su museo con una preciosa colección de libros y manuscritos llamada *Biblioteca Estense*. Ha conservado mejor su originalidad, Bolonia (Bologna), hoy capital de la Emilia, llamada también Bolonia la Docta, es decir, la universitaria, patria de Galvani y otros grandes hombres. Es hoy una de las ciudades más curiosas de Italia por sus palacios, los edificios de la Edad Media que contiene, sus dos torres inclinadas de Asinelli y Garisenda, sus cuadros de la escuela boloñesa y sus tesoros arqueológicos.

(No lejos de Bolonia hay otras capitales antiguas que están hoy en relativo abandono, y sólo conservan curiosos edificios como

testigos de su gloria antigua. Ferrara, famosa por haber sido morada de Ariosto y por las atrocidades de la casa de Este, ha venido á menos desde que el Pó se desvió de ella corriéndose mucho más al Norte; pero sin embargo, todavía es grande la población esparcida en su término. Ravena es la antigua Roma de Honorio y del godo Teodorico. Esta ciudad, elegida como capital del Imperio á causa de la defensa que le proporcionaban sus pantanosas cercanías, y residencia de los exarcas de Italia que la llenaron de bellos edificios bizantinos, notables por sus admirables mosaicos, ha decaído también, no abandonada por el río sino por el mar. Hallábase en tiempo de los romanos en comunicación directa con el Adriático, y hoy la separan de éste 11 kilómetros de distancia. Los edificios de Ravena se han ido hundiendo en el suelo movedizo y especialmente el baptisterio del siglo VI, ha descendido tres metros bajo el nivel de las calles modernas. Para dicha de la historia del arte, no se ha tratado de restaurar hasta ahora ninguna de las antigüedades de Ravena. Adria, la vieja ciudad etrusca situada en el Véneto, al Norte del Pó, hace más de dos mil años que no merece dar su nombre al mar vecino, que se llama Adriático por ella. Hoy la separan de este mar unos 22 kilómetros, lo cual no significa que llegase hasta ella en la época romana.

En el ángulo meridional de la llanura denominada la Romagna, entre los Apeninos y el mar, se apiñan ciudades populosas y célebres en la historia. Imola, rica en aguas minerales; Lugo, la ciudad de las bellas romañolas. Faenza, cruzada por la recta vía Emilianiana, no es hoy más que un pueblo agrícola, aunque le deba su nombre esa loza fina, cuya fabricación tanto ha enriquecido á muchos distritos de Francia é Inglaterra. Forli, capital de provincia, es, después de Bolonia, la ciudad más populosa que se encuentra al pie de los Apeninos de Romaña. Cesena es conocida especialmente por su cáñamo y sus yacimientos de azufre. Por último, Rímimi, situada donde la vía Emilianiana toca al litoral, es notable por las ruinas romanas que ha conservado, y por la puerta triunfal que marcaba la entrada de la Italia del Norte.

Muchas ciudades del Véneto son capitales de provincia de reconocida importancia. Padua, rica en preciosos monumentos de arte, asiento de Universidad y antigua rival de Venecia; Vicenza, patria de Bigafeta, el primero que relató el viaje alrededor del mundo, y de Palladio, á quien debe la ciudad los monumentos que la embellecen. Treviso, sobre el Sile; Belluno, en el valle superior del Piave; Udine, donde se encuentra el alto cerrillo que mandó hacer Atila para contemplar el incendio de Aquileja. Palmano-

va, en las fronteras de Austria-Hungría, es la plaza fuerte más regular del mundo (1). Tiene la figura de una placa adornada con dibujos en relieve. Mucho más poderosa es la ciudad militar de Verona, en el extremo opuesto del territorio véneto, y que ha hecho gran papel en la historia de Italia. Pero en cambio, como centro de comercio é industria está muy lejos de su antigua prosperidad.

Pero entre todas las ciudades del Véneto, la que menos ha decaído en comparación de su pasado, es Venecia, reina del Adriático.)

Venecia es ciudad muy antigua, pues los islotes fangosos de su golfo estaban poblados antes de la invasión de los bárbaros, ó sea cuando las poblaciones ribereñas se refugiaron en sus tierras casi sumergidas. Pero la verdadera Venecia sólo data de principios del siglo IX, cuando escogió para su residencia, la isla mayor, el gobierno de la república marítima. Conocida es la prodigiosa fortuna de la ciudad que habitaron los descendientes de los antiguos Vénetos. Entre todas las repúblicas comerciales de Italia, fué la más poderosa y rica, sosteniendo continuas luchas sin desmayar en su ardiente patriotismo. Por vivir el incesante trato con hombres de todos los países, miraba el veneciano á los extranjeros sin prevención alguna; acogía bien á los armenios y hasta se aliaba con los turcos. En tiempos de las Cruzadas era la república veneciana uno de los Estados europeos más respetados. Poseía Venecia 300 embarcaciones de guerra, 3.000 mercantes, que tripulaban 36.000 marineros, y se amontonaban en sus 2.000 palacios y sus 200 iglesias las riquezas del mundo entero, adquiridas por comercio legítimo, recibidas en tributo, ó arrebatadas por la conquista.

El valor de uno solo de sus islotes, bastaba para comprar un reino de Africa ó de Asia. Habíase levantado una suntuosa ciudad (la más hermosa de Occidente) sobre su fondo de barro, donde en otro tiempo fijaba el pescador, con toda precaución, su choza de ramaje. Para consolidar el suelo se cortaron en las montañas de Dalmacia bosques enteros de alerces. Más de 400 puentes de mármol unían de islote á islote la red de calles y de plazas. Además defendían la maravillosa ciudad contra el furor de las olas, soberbios diques de granito, contribuyendo los esplendores de la indus-

(1) En Castilla existía también, como lo atestiguan sus actuales restos, una plaza cuyas murallas, reforzadas por torres, formaban un círculo perfecto. Es Madrigal de las Altas Torres, patria de Isabel la Católica. (N. del T.)

tria y las magnificencias del arte á hacer de «Venecia la Bella» una ciudad sin igual.

Venecia, patria de Marino Sanuto, de los hermanos Zeno, de Cadamosto, de Ramusio y de otros célebres navegantes, tomó gran parte en la exploración del mundo. Entre sus viajeros debe citarse á Marco Polo, el Cristóbal Colón del Asia. Pero estos mismos descubrimientos á que tanto contribuyó, dieron un golpe decisivo al poder de la ciudad italiana. Cesó el Mediterráneo de ser el mar comercial por excelencia, y con la circunnavegación del Africa y el descubrimiento del Nuevo Mundo, se trasladó el comercio en grande escala á orillas del Atlántico. Sonó para Venecia la hora de la decadencia. Ya no le pertenecía el camino de las Indias, y por la parte oriental, el poder creciente de los turcos limitaba cada vez más el círculo de sus mercados. Sin embargo de tales recursos disponía y tan fuerte era su organización, que aún pudo mantener su independencia más de tres siglos después de la pérdida de sus factorías, y sólo sucumbió por el abandono de un aliado suyo: del general Bonaparte.

Unida al continente por uno de los puentes más notables del mundo, pues tiene 222 arcos y más de 3.600 metros de largo, puede despachar directamente los géneros y mercancías que del interior recibe. Los pueblos anexos de las lagunas, Malamocco, Burano, Murano y Chioggia, emplean millares de obreros en fundir los cristales esmaltados y los abalorios de todos colores, que luego se esparcen por el mundo entero y van á servir de moneda en ciertos países del Oriente y en el centro del Africa. Aunque hoy sean menores su actividad y su población de lo que fueron en otro tiempo, conserva siempre Venecia los atractivos que tanto admiran los artistas y los poetas; su clima suave, su hermoso cielo, su placentera vida, sus fiestas, la plaza de San Marcos, sus preciosas bibliotecas, sus archivos con 20 millones de documentos catalogados, que dictó la diplomacia más inteligente del mundo, y sus palacios, de arquitectura á un tiempo italiana, bizantina y morisca, que encierran los admirables lienzos del Tiziano, Veronés y Tintoretto.

En la costa de Liguria, que es famosa por su belleza, Bordighera y San Remo gozan de justo renombre por sus jardines y su mar azul, que las hacen dignas rivales de Niza. Pero en la Liguria la ciudad que absorbe toda la atención es la capital, la célebre y activa Génova.

Ya en la época romana era Génova el *Emporium* de los Ligures, marineros que recorrían todo el mar Tirreno. En la Edad Media,

estando en todo el esplendor de su república, flotaba su bandera en todos los puertos del mundo conocido. Un hijo de Génova mandaba las escuadras portuguesas; Cristóbal Colón, otro de sus hijos, tuvo el honor de inaugurar la historia moderna con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Genovés era también Giovanni Cabotto ó Cabot, que volvió á encontrar las costas de la América septentrional, cinco siglos después que tocaron en ellas los navegantes normandos.

Sólo Pisa entre todas las repúblicas de la costa occidental de Italia, pudo intentar disputarle su fortuna; pero Génova acabó por triunfar de su rival después de sangrientas luchas. Se apoderó de la Corsica (Córcega), explotando duramente sus poblaciones; arrebató á los moros Menorca y hasta llegó á ocupar algunos pueblos de España que devolvió á cambio de privilegios comerciales. En el mar Egeo, sus nobles poseyeron á Chios, Lesbos, Lemnos y otras islas; sus mercaderes alcanzaron tal autoridad en Bizancio (Constantinopla) que muchas veces compartieron el poder con los emperadores y eran suyos importantes barrios de la capital de Oriente, la cual vino á ser como una sucursal de Génova. Aunque más poderosa que Pisa, no tuvo Génova fuerza bastante para vencer á Venecia, que gozaba de la inmensa ventaja de comunicarse fácilmente por una puerta de los Alpes con la Europa germánica y escandinava. Fué también muy inferior su papel en el movimiento general de las ciencias, las letras y las artes. En otras épocas eran tenidos los genoveses por violentos y falsos, ávidos de lujo y de poder y descuidados para todo lo que no les diese oro ó derecho al mando.

Incesantes eran las disensiones entre las nobles familias genovesas que se disputaban la dirección de los negocios públicos; pero por encima de la lucha de los partidos, el inmutable Banco de San Jorge, verdadera república dentro de la república, continuaba manejando tranquilamente los negocios comerciales, sin que las riquezas cesasen de afluir á la ciudad. Así pudo Génova edificar sus palacios, sus columnatas de mármol y sus jardines suspendidos, que le valieron el dictado de *Soberbia*. Sin embargo, la ruina alcanzó también á la banca, que cometió el error de prestar, no á las empresas del trabajo, sino á príncipes de la guerra, y como era justo, la quiebra fué la natural consecuencia. A mediados del siglo XVIII, con la bancarrota, quedó Génova reducida á la impotencia política. El puerto de Génova es hoy el más activo de Italia, y en ella residen las principales compañías marítimas de la península. Es de los armadores genoveses casi la

mitad de la flota mercante italiana, y en sus astilleros se construyen las tres cuartas partes de las embarcaciones con que anualmente acrece el material de transportes marítimos.

La industrial ciudad de Génova extiende por ambos lados de la ribera sus arrabales de fábricas y sus astilleros. San Pier d'Arena, al Oeste, es una verdadera ciudad industrial. Cornigliano, Rivarolo y Sestri-Ponente, donde están los mayores astilleros de Italia, y aun de todo el Mediterráneo; las populosas villas de Pegli y de Voltri, célebres por sus casas de recreo, y sus fábricas de tejidos y de

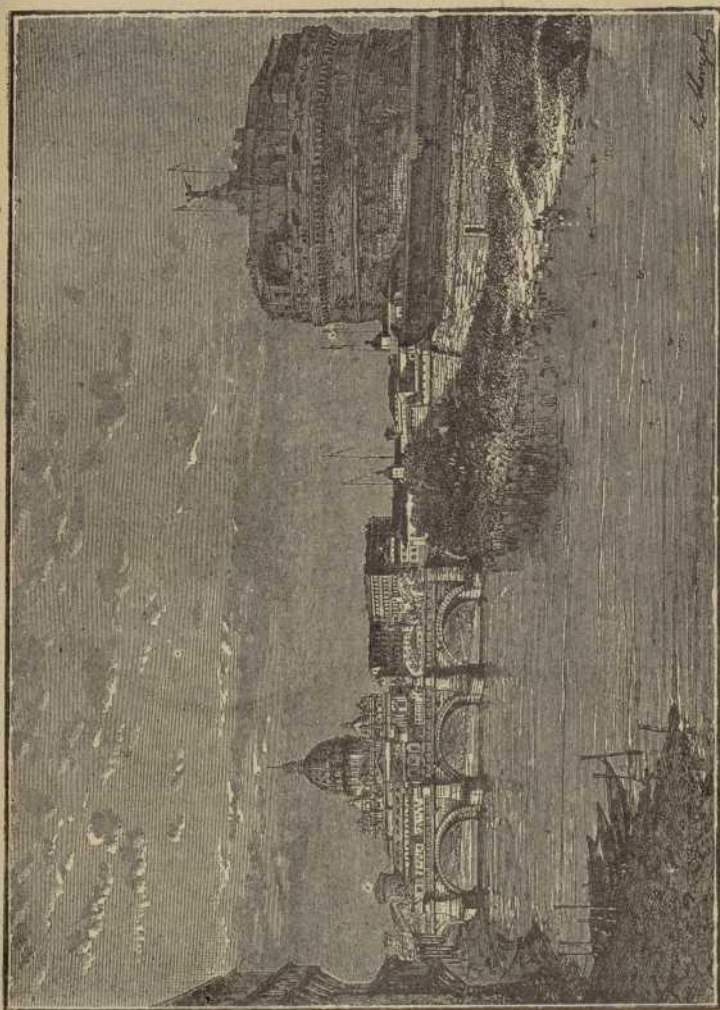


Florenca: la fuente de Neptuno. (Dibujo de Regnault.)

fundición van enlazándose unas con otras, formando entre todas interminable hormiguero humano. Savona se prolonga en todo el circuito de su rada hasta Vado y sus astilleros. Independiente hoy de Génova por el ferrocarril que la une con Turín, exporta directamente los productos de las llanuras interiores. Otros pueblos de la ribera de Ponente están separados apenas por los barrancos ó las breñas de los promontorios. Entre éstos figura Oneglia y Porto-Maurizio, denominado *fuenta de aceite* por sus vastos olivares.

En la ribera de Levante también se enlazan unos con otros los pueblos de la costa como las perlas de un collar. Albaro y sus

encantadores palacios; Quarto, de donde salió la expedición mandada por Garibaldi que arrebató á los Borbones la Sicilia, y Nervi, punto recomendado para los tísicos, avanzan como un largo arrabal,



Roma: mole de Adriano ó castillo y puente de San Angelo. (Dibujo de Clerget.)

continuación de Génova, hacia las poblaciones de Recco y de Camogli, residencia de armadores y capitanes de 300 buques.

Menos poblado se encuentra el litoral de la parte más allá de Sestri por los escarpados que en gran parte lo ocupan; pero al dar

la vuelta al soberbio cabo de Porto-Venere y la graciosa isla Palmaria, con sus yacimientos de mármol y su cueva de las Palomas, se abre el bellissimo golfo de Spezia, completamente rodeado de fuertes, astilleros, arsenales y diferentes construcciones.

Allí ha fundado el gobierno italiano el gran arsenal de su escuadra de guerra. Lo que da á Spezia y á los pueblos inmediatos uno de los primeros puestos en Italia, es la belleza de su golfo, rival de la bahía de Nápoles y de la rada de Palermo. Desde lo alto del cerro que domina la decadente villa de Porto-Venere, puede contemplarse un maravilloso horizonte. Enfrente se admira la encantadora Lerici, y más lejos, hacia el Mediodía, se advierte la silueta de la costa, donde lord Byron redujo cenizas el cuerpo de su amigo Shelley. No hay sitio más bello para este funeral de poetas.

En la Italia peninsular ó media, está la Toscana y en ella la antigua república de Florencia, uno de los hogares de la cultura humana. Lo que había sido dos mil años antes la república de Atenas, lo fué Florencia en sus buenos tiempos, y por segunda vez surgió uno de esos focos de luz, cuyos reflejos todavía nos alumbran: una primavera de la humanidad. Los florentinos pueden reivindicar como suyos muchos de los más grandes nombres de la historia, en la ciencia y las artes, como son los de Giotto, Orcagna, Masaccio, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, Brunelleschi, Dante, Savonarola, Galileo y Machiavelo. Un florentino también, Américo Vespucci, dió su nombre á un nuevo Continente, al otro lado del Atlántico. Florencia fué, además, la creadora del idioma italiano. Mientras la Roma pontificia redactaba sus actas en un latín corrompido, Florencia creaba la lengua con el instinto artístico y poético de su pueblo. La única parte que en esta evolución han tenido los romanos, es haber dado su pronunciación musical á este idioma, que fué como el nacimiento de la libertad italiana. No les falta razón á los fanáticos del Dante al asegurar que la unidad nacional de Italia quedó fundada el día en que el gran poeta unió los dialectos hablados en la península, formando su hermosa y sonora lengua.

Florencia (Firence) no es de fundación tirrena, sino de origen moderno, si se la compara con otras ciudades italianas. Mientras duró el Imperio romano fué una simple colonia. La dominadora del país era la ciudad de Fiésole, que se alza al Norte sobre los cerros, y conserva todavía algunos restos de sus edificios suntuosos que los florentinos debían arruinar, llevándose las columnas y las estatuas para enriquecer con ellas sus propios monumentos.

Creció la ciudad de las flores, prosperó mucho y llegó á ser la

maravilla actual; pero le fueron fatales sus mismas riquezas, y poco á poco se hicieron dueños de la república los banqueros, que recibían en sus arcas una gran parte de los tesoros de Europa. Los Médici tomaron el título de príncipes del Estado, y tal era la fuerza de impulsión de la libertad anterior, que vino á coincidir la dominación de estos próceres con la florescencia del arte. Pero bien pronto se envilecieron los caracteres, se apagó la vida del espíritu, y los ciudadanos se convirtieron en vasallos.

No iguala á «Florenxia la bella» en obras maestras arquitectónicas de la Edad Media y del Renacimiento ninguna ciudad de Italia. Sus museos, los Uffizi, el palacio de Pitti y la Academia de las Artes pueden figurar entre los más bellos de Europa, y contienen obras supremas, verdadero tesoro entre los más preciados del género humano. Son ricas en manuscritos, documentos y libros raros, las bibliotecas de Florenxia, especialmente la Laurentina y la Magliabechiana. La misma ciudad, aunque de aspecto sombrío, es un museo por sus torres, sus templos, las estatuas de sus calles y plazas, y sus nobles viviendas al mismo tiempo palacios y fortalezas. La cúpula de Brunelleschi; el *campanile* de Giotto, que, según las órdenes de la república, debía ser lo más bello que se pudiera soñar; el Baptisterio y su incomparable puerta de bronce, la plaza de la Señoría; el convento de San Marcos (en el que aún parece verse la sombra de Savonarola); la iglesia de Santa Croce, llena de glorias florentinas; Santa María Novella, á la que llamaba Miguel Angel su desposada; el negro palacio Strozzi, de arquitectura sobria y altiva, y tantos otros monumentos, hacen de Florenxia una ciudad maravillosa que, sin embargo, se ha llenado de ruinas por haber querido hacerse más bella todavía.

Cerca de Florenxia, la única ciudad que tiene cierta importancia es Arezzo, centro de una de las repúblicas que más prosperaron en la Edad Media. Más al Sur, y no lejos del lago Trasimeno se halla Cortona, que disputa á las ciudades antiguas de Italia el honor de ser la más antigua. Siena, la dominadora en otro tiempo de la región de colinas situadas entre el Arno y el Ombrone, ha sufrido, como Arezzo y Cortona, largos siglos de decadencia, por culpa tal vez de sus propios habitantes, que en diez y siete barrios distintos formaban dentro de la ciudad otras tantas ciudades, animadas todas de implacables odios. Siena no es ya la rival de Florenxia en población, riqueza é industria; pero todavía puede compararse á esta ciudad en la belleza de sus monumentos, en sus obras de arte debidas al Sodoma y otros pintores de su escuela, en sus ricos archivos que encierran 49.300 pergaminos, en la origina-

lidad de sus calles y sus plazas, y en su magnífica situación sobre los declives de tres colinas, en las aristas de sus contrafuertes. Chusi, una de las más poderosas ciudades de la antigua Etruria, sólo conserva hoy sus hipogeos, que visitan los arqueólogos, y depende de la ciudad de Montepulciano, cuyos oteros, donde se produce el rey de los vinos italianos, dominan por el Norte la llanura.

Al otro lado del Arno, al pie de los Apeninos, se hallan Lucca y Pistoia, de relativa importancia. Además, en los Alpes apuanos están las famosas canteras de mármol de Carrara y Massa.

Mientras progresaban las ciudades del desi'adero marítimo de los Alpes, Pisa, la primera república comercial de Toscana en la Edad Media, debía fatalmente decaer al cesar la causa de su grandeza. Invadiendo incesantemente al mar los aluviones de su río, han acabado por obstruir del todo el antiguo Porto Pisano, situado en otra época á 13 kilómetros al Sur de la boca del Arno. En 1442 ya no tenía este puerto más que dos metros de agua, y un siglo más tarde sólo podían entrar en él las lanchas y embarcaciones menores. Entonces quedó abandonado definitivamente, y hoy ni huellas se encuentran de él. A pesar de todo, «Pisa la muerta» todavía conserva admirables restos de su pasado. Tiene su asombrosa catedral, que es un inmenso estuche de objetos preciosos, su baptisterio de forma elegante, su Camposanto adornado con los célebres frescos de Orcagna y de Gozzoli, y su extraña torre inclinada, que es una de las curiosidades más bizarras de Italia.

Liorna (Livorno) fué la heredera comercial de Pisa, y no han cesado sus naves de seguir las mismas escalas hacia los puertos de Levante. Como desembocadura de los valles de Toscana, Liorna es un mercado mucho más activo de lo que pudiera suponerse por la forma de su litoral. No ha mucho era el segundo puerto de Italia, siguiendo inmediatamente á Génova por orden de importancia. Hoy Nápoles le sobrepuja algún tanto. Sirvieron mucho al desarrollo de esta ciudad los millares de judíos españoles y portugueses que en ella se refugiaron, atrayendo después á otro muchos correligionarios.)

Complétase la Toscana continental con una Toscana insular, resto del istmo que en remotas épocas unía las islas de Córcega y de Cerdeña con la tierra firme. La isla de Elba, que fué un tiempo el pequeño reino de Napoleón I, es la principal tierra del Archipiélago toscano. Por sí sola tiene más superficie que todos los demás islotes reunidos; Giglio, con sus canteras de granito; Monte Cristo, que parece una enorme pirámide, á más de 600 metros sobre el mar; la bella Pianosa cubierta con un bosque de olivos;

Capraja, con sus blancas casas agrupadas en un circo de granito rosado; Gorgona, cerrillo erizado de matorrales. La isla de Elba es un pintoresco macizo de montañas. Expuestos en otras épocas los habitantes de la isla á frecuentes incursiones de los piratas, viéronse precisados á buscar refugio en el interior, sobre los abruptos promontorios, donde se ven ahora hermosas ruinas de fortalezas ó pueblos habitados todavía. Uno de éstos es la antigua ciudad, orgullosa con su nombre de Capoliberi ó Monte de los Hombres Libres, que se considera como una especie de acrópolis. Con el restablecimiento de la paz marítima, la mayoría de los habitantes han bajado á las poblaciones del litoral, como Porto-Ferraio, ahora fortificada, Porto-Longone, Marciana y Río. Todos los habitantes, que trabajan como marineros ó pescadores de atún, son hospitalarios y verdaderamente toscanos por la dulzura de su carácter.

Roma (413.000 habitantes) es capital del reino, residencia del Papa, y la más célebre de las ciudades, con un clima variable, malsano, calenturiento. Está á 25 kilómetros del Mediterráneo, á orillas del Tíber amarillo. Es poco animada como no sea en días de fiestas y pompas religiosas. Roma tiene callejuelas tortuosas que van á parar á vías anchas. Revive en ella la historia de una ciudad cuyo vecindario domó con el hierro á cien naciones, y se las asimiló luego por el idioma y el derecho romano. Como gloria abyecta, imitada por todo el imperio, queda allí el Coliseo, anfiteatro construido para 107.000 espectadores que vió durante siglos á los gladiadores, á los cristianos, á los cautivos luchar con leones y tigres, y erguirse contra un enemigo ó lanzarse sobre una víctima, al hombre rubio, al moreno y al negro, al animal enorme, al onduloso felino, á la bestia rastrera, al cocodrilo acorazado, á cuanto puede palpitar y combatir. Ruinas y jardines llenos de pinos y cipreses rodean la ciudad inmortal, y sus últimos muros, acueductos y arboledas, se pierden en las soledades del Agro Romano, ó sea en la campiña de Roma, llanura de 200.000 hectáreas, pelada, abrasada por el sol, donde se aspira la fiebre á todas horas, y especialmente al anochecer. Los recuerdos más grandiosos del mundo existen en este reino de la *malaria*, que extiende las hierbas y los juncos de su desierto al Este, hasta los lienzos calizos de la Sabina, y al Sur, hasta los montes de los Volscos y los cráteres de Albano. No se pueden contar las ruinas de ese país sobrio, tranquilo, severo, infinitamente hermoso; por doquiera se yerguen murallas, quintas, templos, filas de sepulcros, vías empedradas, arcadas de acueductos. En cualquier punto de Roma y sus inmediaciones, donde quiera que se encuentre un monumento antiguo, arco ó columna,



nicho ó basamento, cada piedra recuerda una fecha ó un suceso histórico. A veces es difícil descifrar estos testimonios del pasado; pero entre el caos de las hipótesis y las contradicciones, siempre la verdad se abre camino. A pesar de los saqueos y las demoliciones en masa, todavía quedan restos del Forum, hogar y cerebro del mundo antiguo, y un buen número de monumentos, entre los cuales la maravilla arquitectónica llamada Panteón de Agripa, sirve hoy de tumba á Víctor Manuel. Además de las obras de la antigüedad tiene Roma las maravillas arquitectónicas de Miguel Angel, de Bramante y otros muchos grandes artistas.

Con extraña superstición por los nombres míticos, síguese dando á Roma el nombre de *Ciudad de las siete colinas*, que en realidad no merece desde que rebasó el recinto de Servio Tulio. Se cuentan hoy por lo menos nueve colinas diferentes, sin incluir el monte Testaccio formado con los cascotes de vasijas que los fabricantes de jarras y los barqueros iban arrojando en la orilla del río. Estas colinas son el monte Aventino, donde se reunían los plebeyos en sus intentos de independencia; el Palatino, residencia de los Césares; el Capitolino, que dominaba el temblo de Júpiter, y donde ahora existe el museo que tantas preciosidades encierra; el Caélius (monte Celio); el Esquilino; el Viminal; el Quirinal; el Citorio, que es un montículo de poca elevación, y el Pincio cubierto de jardines y de paseos. En la margen opuesta del Tíber, pero dentro de la Roma actual, se ven otras dos colinas: el Janículo (Janículus), que es la más alta de todas y desde donde se abarca mejor el panorama de la ciudad, ostentando en su cima una estatua ecuestre de Garibaldi, de colosales formas, y el Vaticano, así denominado, bien porque se alza sobre los restos de la Vatica de los Etruscós, ó porque allí se consultaba en remota época á los oráculos.

Heredera de las tradiciones antiguas, sigue siendo el lugar de los vaticinios. Desde allí reinaron sobre la ciudad y sobre todo el mundo occidental los sacerdotes cristianos, salidos de la obscuridad de las catacumbas, donde celebraban sus secretas asambleas. Allí se alza el inmenso palacio papal del Vaticano con sus 11.000 ventanas, sus ricas colecciones, su biblioteca, su museo y las obras maestras de Miguel Angel y de Rafael. A su lado resplandece la famosa basílica de San Pedro, centro de la cristiandad católica. Prolongada galería une con el Vaticano el mausoleo de Adriano, despojado de su columnata superior, y que con el nombre de castillo de Santángelo, quedó convertido en fortaleza sobre el Tíber, cuyo paso domina. Hoy no protegen ya sus cañones al Vaticano; ha desaparecido el poder material de los

pontífices; pero la ostentosa catedral de San Pedro, el pórtico circular que la precede, la cúpula que le sirve de corona, las estatuas, los mosaicos y los adornos de todo género, quedan como testimonios de las inmensas riquezas que de todas partes del mundo cristiano iban á sumirse en Roma. Sólo la basílica de San Pedro (una de las 365 iglesias de la ciudad papal), ha costado 500 millones de pesetas.

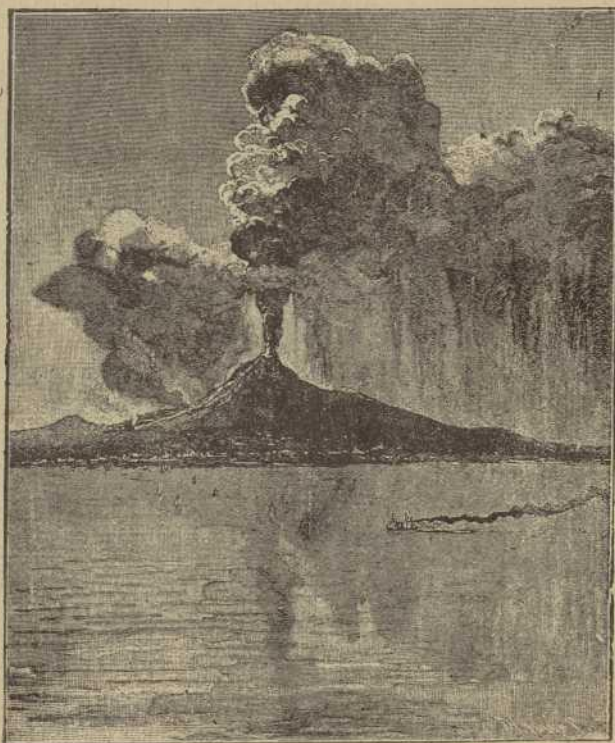
Desprovista de puertas y sin un término jurisdiccional propio



Nápoles: el Vesubio visto de Pausillipo. (Dibujo de Moynet.)

á causa de los miasmas que reinan en el *Agro romano*, es Roma, por su aislamiento, una de las ciudades que menos podrían subsistir, si no se completase con lejanas localidades. Para industria y para recreo tiene los pueblos de las montañas inmediatas; Tívoli, dominado por una pared del cráter donde están las ruinas de Túsculum; Marino, cerca de la cual se reunían, bajo los grandes bosques, los pueblos confederados del Látium; Albano, unido á la ciudad de Ariccia por medio de un magnífico viaducto moderno, que cruza por encima de un ancho barranco; Velletri, antiquísima ciudad, con sus casas agrupadas en las laderas meridionales de la gran montaña del Látium; Palestrina, más antigua que Roma, y edi-

ficada toda ella sobre las ciclópeas ruinas del famoso templo de la Fortuna Primigenia. En ella nació el compositor Palestrina, á quien llamaron el *príncipe de la música*. Para lugares de baños, unidos á la capital con ferrocarriles, tiene Roma las playas de Palo, de Fiumicino y de Porto d'Anzio, aldea situada al Sur del pueblecillo de Nettun, tan] celebrado por la arrogante belleza de sus mujeres.



El Vésuvio: erupción de 1906. (Dibujo de F. V.)

Civita Vecchia puede decirse que es el único puerto comercial de Roma. Es una ciudad triste, y su dársena, admirablemente construída por Miguel Angel, podía servir de modelo, aunque es demasiado pequeña. Apenas son utilizables las radas que tenían los romanos al Sur de las bocas del Tíber, ni la encantadora Terracina, verde ramillete al pie de las rocas, de que habla Horacio.)

La ciudad que sirve de intermediaria entre Roma y Ancona, ó sea entre el valle inferior del Tíber, la región de los Apeninos de

Toscana y las Marcas, es la antigua Perugia (Perugia), capital de la Umbría. Esta ciudad, después de cada guerra volvía á levantarse, merced á su situación junto á una fértil campiña, en el punto de enlace de muchos caminos naturales. Fué en la época del Renacimiento centro de una de las mejores escuelas de pintura, dando con su hijo Vanucci, *el Perugino*, una de las glorias más brillantes de Italia. Aún conserva Perugia bellos monumentos de aquella época famosa. Esta ciudad ha prosperado mucho más que su antigua rival Foligno, que fué en otro tiempo el primer sitio de comercio de Italia central, y que ha convertido su cuenca lacustre en fértiles campos.

La ciudad de Assisi (Asís), con su agradable paisaje de olivares, tiene justa fama por su bien conservado templo de Minerva, los grandiosos restos de su muralla, y el convento magnífico en donde se admiran los frescos de Cimabue, *el último de los pintores bizantinos*, y los de su continuador Giotto, *el primero de los pintores italianos*. Pueblo sin actividad, tiene Asís un término rico y bien poblado. Allí nació, á fines del siglo XII, San Francisco de Asís.

Hay otras ciudades secundarias en la Umbría que no tienen gran importancia comercial, pero conservan algún nombre en la historia, como Spoleto, Rieti, Terni, Narni, Orvieto, Città de Castello y Gubbio.

El puerto romano sobre el Adriático es Ancona, antigua ciudad dórica. Puede colocarse después de Venecia en el Adriático y disputar la preeminencia á Brindisi, aunque no sea como esta última una etapa para el camino de la India. Son de poca importancia los demás puertos del litoral, que ofrecen escaso abrigo al navegante. El de Sinigaglia es famoso por su antigua feria. Además, en el interior están Pésaro, patria de Rossini; Fiasbriano; Ascoli-Piceno; Urbino, patria de Rafael; Macerata; Recanati, patria del poeta Leopardi; Loreto, lugar de grandes peregrinaciones en otros tiempos, y Castelfidardo, donde las tropas de Italia vencieron á los soldados del Papa, acción de poca importancia militarmente, pero trascendental para la historia.

En la región montuosa de los Abruzzos, que antes era de Nápoles, pero que está unida á Roma por pertenecer á la vertiente tirrena su principal ciudad, está Aquila, que en el siglo XIII fundó el emperador Federico II para hacer de ella un nido de águila. Las demás ciudades, por su difícil acceso, nunca han podido tener muchos habitantes, pero todavía salen de ellas hombres fuertes y trabajadores, los Aquilani, obreros muy apreciados en toda Italia.

Nápoles, la ciudad más populosa, descuella entre todas las capitales italianas. La famosa hermosura de la antigua metrópoli de las Dos Sicilias, no reside, como en la de Roma, en la grandeza de los recuerdos, sino en lo tranquilo y esplendoroso del aire, en la suavidad del clima, cuya temperatura media es de 16 grados, en la alegría de un mar luminoso, en los contornos armoniosos de un golfo del cual brotan islas escarpadas: Procida, Capri, Nisida y la rocosa Ischia. Dicen por allá: «Ver Nápoles y luego morir» (*Vedere Napoli e poi morire*). A las puertas de la ciudad, los Campos Flégreos que terminan en el cabo de Miseno, ostentan unos veinte cráteres muertos, secos ó llenos de lagos, uno de los cuales, el Averno, de nombre siniestro, tiene 120 metros de profundidad. Mucho más alto el Vesubio, terrible monte que arroja llamas, sube á 1.250 metros. De su cráter brotó hace mil ochocientos años la ola de lava que sepultó á Herculano, Habrés y Pompeya. Sorprendidas y bloqueadas desde los primeros espasmos del volcán, pasaron aquellas tres ciudades en pocas horas de la ardiente iluminación del cielo napolitano ó la tenebrosa obscuridad del seno de la tierra. Una de ellas, desenterrada poco á poco, ha vuelto á la luz del día. Pompeya es una muestra que no se ha corrompido. Tal como bajó á la sombra ha salido á la luz después de diez y ocho siglos de inhumación, sin nicho alguno de tumba, intacta con sus calles angostas de casas bajas, sus encrucijadas, patios, jardines, dioses, estatuas y pinturas. Otra Pompeya que debió de ser más hermosa por ser griega, Síbaris, duerme á orillas del golfo de Tarento, debajo de seis metros de cieno amontonado durante siglos por el río Crati. Malos vecinos son el Etna y el Vesubio. 32.000 personas perecieron en el terremoto de 1783 en Calabria y 10.000 en la sacudida de 1857 que derumbó á Potenza. Recientemente, en 1906, el Vesubio ha tenido otra erupción, aunque de menores daños.

Es admirable el panorama que se contempla desde la alturas de Capodimonte, del Vomero y de otros cerros cubiertos de casas y bosquecillos: tres islas de variado perfil; los promontorios que á lo lejos avanzan en las azules ondas; las blancas poblaciones que se extienden al pie de las verdes colinas; los barcos que bogan sobre la mar como los pájaros se ciernen en el azul del cielo, y el conjunto de la bahía maravillosa, que los griegos llamaban cráter ó copa, forman un panorama verdaderamente encantador; y hasta el mismo Vesubio, con su cima gris de día y roja de noche, su penacho de humo plegado y arrastrado por el viento y su amenaza eterna, aumenta con la idea del peligro, el gusto de vivir. Visto Nápoles desde el Posilipo, extendiendo sus caseríos hasta los pueblos que

rodean la falda del Vesubio como un cinturón blanco y rosado parece una población sin fin; y, sin embargo, es muy pequeña la ciudad en relación con la gente que encierra. Hay pocas en Europa en que estén tan juntos los habitantes. De 15 á 16 metros cuadrados se cuentan para cada persona en los barrios urbanos, y en el puerto de 7 á 8 nada más, mientras que en Londres corresponden 344 por habitante.

Hoy han transformado mucho sus condiciones higiénicas las autoridades de la Italia unida.

Forman el cortejo de la ciudad de Nápoles, y hasta le disputan la primacía en cuanto á la belleza del paisaje, grandes poblaciones, muy inmediatas entre sí. Alrededor de la bahía, y siguiendo hacia la parte meridional, se encuentran las célebres Pórtici, Resina, Torre del Greco, Torre della Annunziata, Castellamare y la voluptuosa Sorrento, la del clima delicioso y de las encantadoras casas de recreo que mira las ondas del golfo á través de sus olivares. Por fuera del cabo Campanella y de las islas de Ischia y de Prócida, se levantan los verticales escarpados de la isla de Capri, todavía llena de recuerdos del terrible Tiberio. Al Sur de esta áspera montaña calcárea, se extiende la costa de otro golfo, cuya entrada guardan los islotes de las Sirenas, en recuerdo de las que en vano intentaron encantar al prudente Ulises. Este hermoso golfo es mayor que el de Nápoles; son igualmente fértiles sus riberas, y, sin embargo, no han podido predominar ninguna de las tres ciudades que sucesivamente le han dado su nombre: Pestum, Amalfi y Salerno. Amalfi, la poderosa república de la Edad Media, cuyas prácticas comerciales sirvieron de código marítimo al mundo, y que inventó la letra de cambio, es una aldea abandonada. En cuanto á Salerno, hace siglos que enmudeció su Universidad, á la que hicieron la más famosa de Europa sus maestros de medicina, siendo heredera directa de la ciencia árabe. Por eso ya no puede ostentar su título de ciudad hipocrática.

Pestum no existe ya, pero dan gloria á su recuerdo las ruinas de su templo de Neptuno, tan interesantes como las de la Acrópolis de Atenas.)

(Volviendo hacia Nápoles, en las inmediaciones del Vesubio, están Torre dellà Annunziata, las ruinas de Pompeya, Bosco Reale, Bosca Trecase y otras de menor importancia.

La antigua metrópoli de la Campania, la célebre Capua, rival un tiempo de Roma y que llegó á contener medio millón de habitantes, no es sombra de lo que fué. El pueblo de Santa María di Capua Vétère, que ocupa el sitio de la verdadera Capua, no tiene

otras delicias que las que ofrece un pueblo grande del campo; pero en sus inmediaciones se ven las hermosas ruinas de un circo, un arco de triunfo y otros restos importantes de aquella gran ciudad. Al Sur y cerca de Maddaloni y d'Aversa, verdaderos arrabales de Nápoles, se admira el sitio principal de recreo en toda la Campania; la villa de Caserta, con su enorme palacio, sombríos parques y dilatados jardines, adornados de estatuas y surtidores de agua: antiguo Versailles muerto de los Borbones napolitanos.

Viniendo de Roma hacia Nápoles por la parte de la costa, se encuentra el Garellano (Garigliano), río célebre en la historia por el combate en que la pericia del Gran Capitán español, Gonzalo de Córdoba, venció á los franceses. Luego viene Formia, una antigua ciudad, hoy casi aldea, en la que vivió y murió Cicerón, cuya tumba ocúpala actualmente la casa de un viñador. Desde este punto se goza el admirable cuadro que presenta la Campania; con el golfo de Gaeta, el grupo de las islas volcánicas de Ponce y Ventotene y en lontananza la de Ischia. Gaeta, fortaleza que defiende la entrada del paraíso napolitano, se halla situada sobre el monte Orlando, promontorio que está hendido por una profunda y angosta grieta, donde penetra el mar. La principal importancia de Gaeta fué como plaza militar. En ella concluyó el reino de las Dos Sicilias, con la rendición de Francisco II en 1861.

También se encuentran pueblos de cierta consideración en el camino oriental de Nápoles á Roma. Es el principal San Germano, que recientemente ha cambiado su nombre por el de Cassino.

En la región montañosa del interior de Nápoles hay pocas poblaciones de importancia. Benevento, posesión en otra época de los Estados de la Iglesia, enclavada en tierras napolitanas, es la ciudad central de toda la cuenca del Calore, principal afluente del Volturno. Un solo edificio de importancia queda á Benevento de su antigüedad: el hermoso arco de triunfo, cuyos bajos relieves simbólicos recuerdan los préstamos hipotecarios que hicieron á Trajano los poseedores de pequeñas fincas. Las murallas que ciñen la ciudad y que tienen más de cinco kilómetros de desarrollo, que construyeron casi enteramente con trozos de monumentos antiguos.

En la parte que mira al Adriático son más activos y en mayor número los centros de comercio que en el centro, ó sea en la provincia agrícola de Molise. Foggia, punto de convergencia de varios caminos, es un mercado de importancia y la segunda ciudad del antiguo reino de Nápoles. Otras muchas poblaciones hay en la misma llanura agrícola de la Puglia, que sirven como de satéli-

tes á Foggia, entre ellas Cerignola, en cuyos campos venció el Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba, al ejército francés mandado por el duque de Nemours, entregándose Nápoles á los españoles á consecuencia de esta memorable batalla. Lucera, que llegó al apogeo de su riqueza en el siglo XIII, cuando los 60.000 sarracenos de Sicilia, que admitió Federico II, la hicieron centro de su industria. Tiene una hermosa catedral, del más puro estilo gótico. A pesar de la graciosa curva que forma hacia el interior el golfo de Manfredonia, como invitando al comercio, ni Foggia, ni las poblaciones inmediatas tienen salidas directas al mar, pues entre éste y ellas existen grandes lagunas pantanosas.

Cinco islas pequeñas forman un grupo, al Norte de la península de Gárgano, como á 12 ó 14 millas de la costa. Se llaman islas de Trémiti. En la mayor, Santa María de Trémiti, había un famoso convento de clérigos regulares, que eran dueños de todo el grupo.

Las otras son San Dómimo ó San Domo, Gatizzo, Caprara y Credazzi. La principal de ellas es muy frecuentada por los buques que han de doblar el cabo Testa di Gárgano.

El primer puerto que se encuentra al Sur de las lagunas es Barletta, cerca del cual está el Campo di Sangue, donde se hallaba la antigua Cannae, que recuerda la sangrienta batalla de Cannas, tan funesta para los romanos como gloriosa para Aníbal.

Al Sudeste de Barletta se hallan escalonadas las siguientes poblaciones: Trani, que hizo un comercio de gran importancia con Levante á fines de la Edad media; Bisceglie, Molfeta y Bitonto, cerca del cual se dió una batalla el año 1734, en la que los españoles derrotaron á los austriacos, y Bari, la ciudad más populosa que tiene en la vertiente adriática la tierra napolitana. Bríndisi (Brindis) está en el ángulo septentrional de la península de Otranto, en la misma entrada del Adriático. Escogida como principio de la línea que del continente europeo va á la India, Bríndisi crece y se hermosea para honrar su nuevo destino. La ciudad de Taranto (Tarento), colocada entre su mar menor y el golfo á que da nombre, quiere, como su vecina Bríndisi, volver á la vida mercantil.

Las actuales poblaciones de las Calabrias son casi insignificantes, si se comparan con las antiguas ciudades republicanas de la Gran Grecia. En ella están Rossano, junto á las ruinas de la antigua Síbaris, Cosenza, Ciró, Catanraza y Pinzo, donde fué fusilado Murat en 1815. La encantadora Reggio, oculta al pie del Aspromonte, entre jardines de naranjos y limoneros, es la ciudad más im-

portante de las Calabrias, y está colocada frente á Messina, al borde del Estrecho que separa la península italiana de Sicilia.)

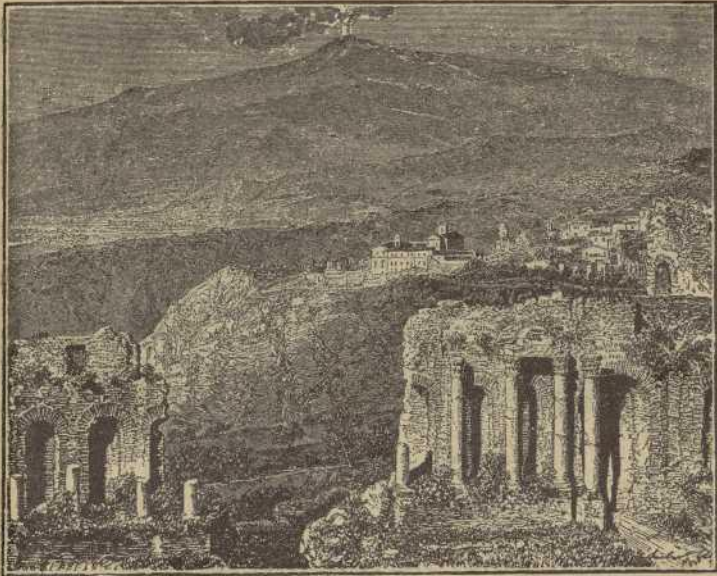
En la Italia insular, ó sea en la gran Sicilia, hay importantes ciudades. Es capital de la isla, Palermo, asiento de Universidad, y una de las principales ciudades de Italia. En tiempo de los árabes era la más populosa, y hoy sólo la aventajan Nápoles, Milán, Roma y Turín.

No hay ciudad en Europa que goce tan delicioso clima, ninguna que de lejos ofrezca una vista más encantadora ni se vea mejor colocada entre verdor y flores. Sirven de marco al maravilloso jardín (que es la famosa *concha de oro*) soberbias montañas con el pie socavado de cuevas. Sólo una ciudad siciliana puede compararse en belleza con Palermo, su vecina Términi, que verdaderamente merece el dictado de *esplendidísima*, que ella misma se da. Contrasta el esplendor de los campos con la miseria y la fealdad de algunos barrios de la capital. Tiene Palermo suntuosos edificios, una catedral ricamente adornada, llena de preciosas esculturas, un palacio real que conserva la capilla palatina, monumento único, cubierto enteramente de mosaicos, algunos palacios árabes y varios monumentos modernos. Pero fuera de las dos grandes calles que trazó en ángulo recto un gobernador español por el mismo centro de la ciudad, sólo se encuentran sombrías callejuelas y casas sucias, empavesadas de andrajos. Hoy su población es doble que la de Génova, y su comercio no llega á la mitad, pero progresa rápidamente.

En relación con el número de habitantes tienen vida comercial superior á la de Palermo los dos puertos occidentales de la isla; Trápani, fundada sobre un península que, en forma de hoz, se destaca de la tierra, y Marsala, la de los famosos vinos. El emperador Carlos V mandó cegar el puerto de Marsala (el *Mars-el-Allah* de los árabes ó *puerto de Dios*) por temor á los piratas berberiscos, quedando por espacio de tres siglos convertido en estanque, hasta que últimamente lo han limpiado, pero tiene poco fondo y no es á propósito para el comercio en gran escala. Ocupa la ciudad de Marsala el sitio de la antigua Lilybaeum, que según Diodoro, llegó á contener en su recinto 900.000 habitantes; pero su celebridad en la historia moderna data del desembarco de Garibaldi con su *Mil*, en 1860. Allí comenzó la asombrosa marcha triunfal de los revolucionarios, que vino á terminar con la batalla del Volturno y la toma de Gaeta.

Messina, á la que domina el castillo de Mattagriffone, edificadopor Ricardo Corazón de León, es el punto de escala obligada para

los vapores que hacen el inmenso comercio marítimo entre la Europa occidental y los países de Levante. Ofrece su rada excelente refugio, pudiendo anclar sin riesgo los buques de mayor calado. Tiene la desventaja Messina de hallarse expuesta á los vientos del Norte y del Sur y colocada además en la línea que une los dos focos volcánicos de Sicilia y de la Italia meridional, el Etna y el Vesubio. Todavía se ven huellas en la ciudad del espantoso terremoto acaecido en 1783, que echó á pique todas las embarcaciones del puerto,



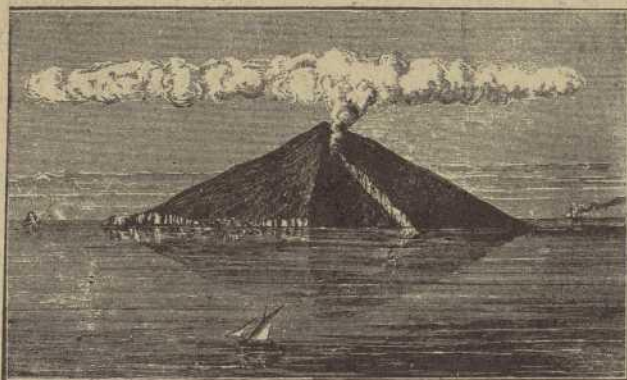
El Etna visto desde las ruinas de Taormine. (Dibujo de Clerget.)

minó por su base los palacios de la costa é hizo perecer á más de 1.000 personas entre las ruinas y las aguas.

Catania ó la Sub-Etnea, como indica el sentido de su nombre griego, se ve tan amenazada como Messina, debiendo temer, no sólo los terremotos, sino las corrientes de lava. Ciudad también comercial, tiene sobre aquélla la ventaja de los abundantísimos productos agrícolas que le envían los pueblos situados al pie del Etna, el famoso volcán siciliano. Aci-Reale es población grande, pero sin puerto, rodeada de viñas y de bosques de naranjos, y enriquecida con las aguas termales de Santa Venere. Giarre, al pie oriental del Etna, tiene largas calles en las que flota un polvo rojizo, y hacia su

rada, que está en el pueblecillo de Riposto, puede decirse que corre un *río de vino*, que solícitos van á recoger los negociantes de Cete y de Marsella. Paternó, inmediato á un volcán de barro, tiene en su término muchas fuentes termales. Por la parte occidental del Etna se encuentran Adernó, encaramado sobre un alto peñasco de lavas; Bronte, en un barranco entre dos capas de escorias, y Randazzo, al que todavía dominan antiguos edificios normandos.

Catania es ciudad universitaria como Messina, ejerce el monopolio para la exportación de todos los géneros del interior de la isla.



Una erupción del Etna. (Dibujo de Roux.)

es capital de los distritos orientales y tiene la principal estación de los ferrocarriles sicilianos. Una corriente de lava le formó un buen puerto á mediados del siglo xvi. Después disminuyó mucho con la gran erupción de 1669, pero recientemente se ha mejorado. Entre los hijos ilustres de Catania figura el compositor Bellini.

El territorio meridional de Sicilia, tan rico en centros agrícolas, carece de puertos naturales de importancia. Apenas posee algunas playas y radas abiertas en las costas del mar de Africa, y en las del Jónico tiene dos puertos: Agosta y Siracusa, que se parecen mucho en la forma general de sus contornos y en la situación insular de sus ciudades. Agosta es una plaza militar. Siracusa, la antigua ciudad dórica, fué un tiempo la más populosa y rica de toda la cuenca mediterránea, pues llegó á tener 1.200.000 habitantes. En la actualidad es una pequeña capital de provincia, y todavía celebraba en el siglo anterior su gran victoria sobre Atenas.

Sicilia rivaliza con Grecia en cuanto á ruinas helénicas, algunas

admirables, siendo en ella más numerosos los templos que en la madre patria. Girgenti, donde el cruel Phálaris erigió un templo á Júpiter Poliéus, contó como Siracusa sus habitantes por centenas de millares, y en ella existen ruinas, ó por lo menos vestigios de 10 edificios sagrados, sirviendo para construcción de las escolleras del puerto los materiales de uno de ellos.)

VI

Cerdeña.

La isla de Cerdeña, que pertenece á Italia, estaba más poblada en tiempo de los cartagineses que actualmente. Aislada por el mar y en escasa relación con la metrópoli, ha seguido con lentitud el rápido y reciente progreso del pueblo italiano. Como las Baleares y otros archipiélagos del Mediterráneo, sufrió hasta principios del siglo XIX el azote de los piratas berberiscos, y esto ha retrasado mucho su desarrollo. Todavía en 1815 los corsarios de Túnez pasaron á cuchillo y á saco la isla de San Antioco, cerca de Cagliari, capital de Cerdeña, llevándose cautivas á las mujeres. Este peligro continuo hizo que los sardos huyesen de las costas, refugiándose en los valles interiores, donde establecieron sus pueblos. Esto fué causa de que los habitantes de Cerdeña viviesen hasta hace poco una vida casi feudal, aislados del resto del mundo. En Cerdeña abundan unos monumentos prehistóricos llamados *nuraghi*, que ya mencionamos al hablar de los *talayots* de las Baleares, y que, lo mismo que éstos, son obra indudablemente de oscuros pueblos prehistóricos. Hablan los sardos un lenguaje que, indudablemente, es el más parecido al antiguo idioma de los romanos.

En 2.407.000 hectáreas tiene Cerdeña 736.000 personas; 30 por kilómetro cuadrado. Los sardos son de origen ibérico con cruzamientos fenicios, cartagineses, romanos, árabes, bereberes y catalanes, y participan menos que los demás italianos de los elementos celtas, etruscos, latinos y griegos. Es gente de poca estatura, y pequeños son también sus caballos y sus boricos.

Tan fielmente conservan los sardos del interior sus antiguas costumbres, como han conservado su lengua. Su danza, á la que son muy aficionados, es hoy la misma que en los tiempos de Grecia. Al Norte de la isla la voz humana marca la cadencia

del baile, y en medio del corro que forman los jóvenes, hay un grupo de cantores que precipita ó modera los pasos. En la parte meridional, marca el paso de los bailarines un instrumento llamado *laudanela*, que es la flauta antigua de dos ó tres cañas. Con la misma tenacidad se guardan los usos relativos á la vida social, sobre todo en las ceremonias y ritos de bautizos, desposorios y funerales. Como sucede en casi todos los pueblos antiguos, precede al casamiento un simulacro de robo. En cuanto la desposada ha entrado en casa del novio, debe permanecer todo el día sin moverse ni pronunciar una palabra. Muda é inmóvil como una estatua, no es ya un ser viviente, es una cosa que pertenece al esposo, y le está prohibido visitar á sus padres durante los tres primeros días del matrimonio. En los distritos meridionales llevan todavía muchas mujeres la cara medio tapada. En las montañas se conserva igualmente la lúgubre ceremonia de la velada de los muertos, que se llama *titio* ó *attito*. Las mujeres, parientas, amigas ó asalariadas, entran en la habitación mortuoria, se mesan los cabellos, se revuelcan en el suelo, lanzan gritos é improvisan himnos de dolor. Estas ceremonias paganas toman un carácter verdaderamente atroz cuando el difunto ha sido asesinado y los asistentes juran verter la sangre del asesino. A fines del siglo XVIII, y aun á principios del XIX, estas prácticas terribles de la *vendetta* costaban á Cerdeña buena parte de su población, llegando á veces á mil jóvenes los que morían asesinados en el transcurso de un año. Hoy sólo continúa tan bárbara costumbre en los distritos más escondidos de la montaña, donde ningún padrino olvida en el acto del bautizo poner algunas balas en la envoltura del recién nacido, creyendo que con esto no dejará de dar en el blanco. Sin embargo, los sardos son olvidadizos de las injurias, en comparación de sus vecinos los corsos. También ha desaparecido, á principios del siglo XVIII, otra costumbre más salvaje aún. Había mujeres que se llamaban *acabadoras* (*acabadure*), cuya misión era acelerar el fin de los moribundos, los cuales á veces pedían voluntariamente morir por librarse de sus dolores y sufrimientos. Las *acabadoras* se encargaban también de mortificar de tal modo á los ancianos, que abreviaban su vida, sin hacerse cargo de que semejante práctica era cien veces más cruel que la de rematar á los enfermos.

Las principales poblaciones de Cerdeña son Cagliari (38.600 habitantes), capital de la isla que data de más de veinte siglos, muy rica en antigüedades cartaginesas. Su rival es Sássari

(36.000 habitantes), cuna de audaces marinos. Además cuenta la isla con otras ciudades, como Eglesias, Tempio, Alghero, Orieri y Oristano, cuyas poblaciones fluctúan entre 7.000 y 12.000 habitantes.

VII

Malta y Gozzo.

Aunque el archipiélago de Malta pertenece á Inglaterra, forma parte geográficamente de Italia, pues está situado en el mismo pedestal de fondos submarinos que la isla de Sicilia. Antiguamente unía á Malta con la tierra firme un istmo, desaparecido ahora bajo el mar. La obra de destrucción continúa, pues con frecuencia se derrumban trozos de las costas maltesas, socavados por cuevas que forman las olas.

Colocado este archipiélago en el centro del Mediterráneo, en el estrecho entre Sicilia y Túnez, su posesión fué siempre de importancia para los pueblos dominadores.

Dueños de Malta han sido fenicios, cartagineses, romanos y griegos; pero antes que todos ellos, habían vivido allí otros pueblos, autóctonos ó conquistadores, pues sus muchas cuevas, sus torres de los Gigantes y otros vestigios de extraños monumentos, parecidos á los *nuraghi* de Cerdeña y los *talayots* baleares, demuestran una larga permanencia de ciertos hombres desconocidos. Quizás proceda de los antiguos aborígenes la población maltesa, tan mezclada luego con diversos elementos; pero claramente se ve que en ella ejerció poderosa influencia la dominación de los árabes de Kairuán. Hasta su idioma, que hablan principalmente los campesinos, y que debieron importar los antiguos colonos púnicos, se parece mucho al árabe. Después de los ya mencionados dominadores, cayó en poder de los vándalos, de los godos, de los árabes y de los normandos, que la unieron á sus dominios de Sicilia. Pero el gran papel militar de Malta comienza con la donación que hizo de ella el emperador Carlos V á los caballeros de San Juan de Jerusalén, al ser expulsados de Rodas por los turcos en 1522. La orden tomó entonces el nombre de Malta, se estableció en la isla con 4.000 griegos y la defendió bravamente, siendo el antemural de la cristiandad contra turcos y berberiscos. En aquellos tiempos llegó á contar

15.000 habitantes, que bajaron á 10.000 después del célebre sitio que sostuvo en 1565 contra todas las fuerzas de Solimán II. Desde 1800, que la conquistaron los ingleses, les sirve de arsenal y punto de apoyo, y lo que es más, les asegura la preponderancia en el Mediterráneo.

En ella tienen inmensos depósitos, un puerto de escala para sus vapores y la estación central de la red telegráfica submarina. Malta llena en el mundo mediterráneo una misión á la vez militar y comercial, merced al excelente puerto de la Valetta, que puede abrigar escuadras enteras. Incesantemente se ha trabajado para hacer á Malta inexpugnable, así como para limpiar su puerto del fango que en él depositan las aguas.

Casi la mitad de la población de la isla vive en la Valetta, ciudad que á pesar de las murallas que la encierran y del trazado regular de sus calles, conserva su pintoresca originalidad. Elévanse en anfiteatro, sobre sus altas casas blancas, de salientes balcones llenos de flores, algunas calles con escalinatas de anchas losas interpoladas de mesetas. En el puerto hay multitud de barquillas semejantes á las góndolas, que miran al viajero con sus dos ojos pintados en la proa. Hay más de 3.000 para el servicio de las comunicaciones entre las riberas, al mismo tiempo que en tierra ruedan á centenares elegantes carruajes. Bulle por las calles una abigarrada multitud de malteses, soldados británicos y marineros de todos los países. Van cubiertas las maltesas con la *faldetta*, especie de dominó negro muy incómodo, porque siempre es necesario llevarlo cogido con una mano. La población pasa de 70.000 habitantes. La catedral es notable porque encierra monumentos de los grandes Maestros de Malta, viéndose en la tercera capilla los dedicados á los españoles Rocafull y Cotoner. Junto al palacio del gobernador está la biblioteca, con unos 40.000 volúmenes y algunas antigüedades fenicias y romanas.

Tierra adentro, al Oeste, se halla situada la Citta-Vecchia ó la Notábile, ciudad bien fortificada y antigua capital de la isla: hay en ella vestigios de la época romana.

Al Noroeste de Malta, y algo más allá de la pequeña y casi desierta Isla de Comino, está la isla de Gozzo, bien cultivada y con muchos habitantes. En ella existió una ciudad fenicia que luego fué romana, y se ve todavía el antiquísimo monumento llamado torre de Giganti, hecho sin cemento y con grandes piedras.

VIII

Dos Estados minúsculos.—Mónaco y la República de San Marino.

Aunque no pertenecen políticamente á Italia, corresponden á la península italiana dos exiguos Estados independientes: el principado de Mónaco, por estar inmediato á su frontera, y la República de San Marino, por hallarse en su interior.

Mónaco está enclavado en territorio francés, en la costa del Mediterráneo, y es por su extensión un Estado casi microscópico, reducido á la ciudad que lleva su nombre y á sus caseríos adyacentes. La población está edificada en los últimos escarpes de la roca consagrada por los griegos á Hércules solitario, y conocida en la antigüedad con el nombre de *Hérculis Monoeci Pórtus*. Ninguna colonia era fácil de defender, ni estaba mejor colocada para vigilar los caminos marítimos entre Italia y las Galias, y su puerto, que bastaba para las pequeñas embarcaciones antiguas, podía convertirse según las peripecias de la historia, en escala de comercio ó en nido de piratas. La situación aislada de Mónaco ha permitido también á sus señores conservar una independencia, á lo menos aparente, figurando su príncipe entre los soberanos de Europa. Hasta 1848 pertenecían al principado de Mónaco los pueblos de Menton y Roquebrune, en italiano Rocca-bruna; pero éstos pasaron entonces al dominio de Cerdeña, que los cedió á Francia en 1860. Aumenta el presupuesto del principado la casa de juego de Monte-Carlo, situada en medio de preciosos jardines, y no hay edificio más lujoso en el mundo que esta pagoda del Treinta y Cuarenta. El servicio aduanero y de Correos corren á cargo de Francia, y el principal comercio de Mónaco consiste en naranjas, limones, artículos de perfumería, licores y cerámica.

Apenas llega á 21 kilómetros cuadrados la superficie de este Estado, y la población tiene 12.548 habitantes. Hay una guardia de honor compuesta de cinco oficiales y 77 soldados, además de 44 gendarmes.

El clima de Mónaco es dulce y templado, frecuentándolo muchos extranjeros como estación invernal, además de los que acu-

den al juego. La ciudad ofrece una magnífica vista desde cualquiera parte de la costa.

La República de San Marino está enclavada en las Marcas romanas y en comunicación con el Adriático por un solo camino. Tiene de superficie 59 kilómetros cuadrados, con 7.840 habitantes, ó sea 133 por kilómetro.

Al Sur de Rímíni y en uno de los parajes más bellos del Apennino, se alza la soberbia roca del monte Titan, á cuyo pie hay canteras explotadas desde tiempo inmemorial. En su cumbre, á 750 metros sobre el nivel del mar, está situada la antigua y célebre ciudad de San Marino, rodeada de murallas y flanqueada por torreones. Desde ella se ve, cuando el tiempo es favorable, al otro lado del golfo Adriático, la salida del sol por detrás de las crestas de los Alpes Ilíricos. San Marino, con su pequeño término, forma una «República ilustrísima». Según las crónicas, la *Republichetta* de San Marino (nombre de un albañil dálmata que vivió como ermitaño en la roca del Titan), es un Estado independiente desde el siglo iv. Prescindiendo de lo que las crónicas digan, lo cierto es que la pequeña República ha logrado conservar su existencia desde hace lo menos mil años, gracias á la rivalidad de sus vecinos y á la destreza con que sus ciudadanos han sabido evitar los peligros. La constitución de este Estado no es muy democrática. El pueblo no vota porque ha perdido el sufragio hace muchos siglos. Los ciudadanos, aun cuando sean propietarios, sólo tienen el derecho de representación ó advertencia. El Poder supremo está confiado á un Consejo soberano de 60 individuos, que lo forman por terceras partes, la clase noble, los ciudadanos y los campesinos propietarios. Cuando hay una vacante, elige el mismo Consejo una persona de la clase á que pertenecía el predecesor, para que los tres brazos estén siempre representados de la misma manera, y al Consejo soberano corresponden asimismo los 12 individuos que componen el Senado y cuyas dos terceras partes deben quedar sometidas á reelección cada dos años. También son del Consejo los dos *Capitanes Regentes* que ejercen durante seis meses el Poder ejecutivo. El Consejo soberano es supremo tribunal de justicia. San Marino tiene su ejército compuesto de 988 milicianos distribuidos en nueve compañías, y en su presupuesto, la cuarta parte de los gastos se dedica á la instrucción. El Estado no tiene Deuda pública, bastando para mantener el equilibrio en su presupuesto, ciertos derechos que se cobran sobre la sal y el tabaco, y la subvención que le da el Gobierno de Italia para compensar los derechos de aduana

que percibe á la entrada en la península de los productos extranjeros. En varias ocasiones han hecho los especuladores brillantes ofertas al Gobierno de San Marino, pidiendo la concesión de una casa de juego en su ciudad, pero siempre ha rechazado tales proposiciones. Las actas oficiales de la República se imprimen en Italia porque no hay imprenta en el pequeño Estado. Su Consejo soberano ha rechazado esta invención moderna por miedo á que se publiquen libros políticos en el territorio de San Marino que puedan ofender al reino de Italia donde se halla enclavada esta República.



Mujeres serbias en el pozo. (Dibujo de Viergo.)

PENÍNSULA GRECO-ESLAVA

I

El Balkán.—El Danubio.

La antigua Turquía europea tiene lleno su interior, lo mismo que Austria, de terribles enemigos.

Uno de éstos (y no el más pequeño), que es el rumano, vive casi todo él fuera de la península, más allá del Danubio; pero como ha participado mucho tiempo de la suerte de las demás naciones vecinas suyas, soportando también el yugo turco, hablaremos de él como de un Estado danubiano.

El Quersoneso, propiamente dicho (pues se puede aplicar este término griego á una región donde reinó Grecia, y de la cual no ha desaparecido su influencia) comprende eslavos, helenos, albaneses y turcos. Estos van desapareciendo poco á poco. Aunque dominan el país, no están realmente arraigados en él, y al perder el imperio perderán también su nacionalidad.

Los albaneses, que debieron tener los mismos ascendientes que

Los helenos, y entre los cuales va progresando el helenismo, pueden considerarse como destinados á convertirse en griegos. Está, pues, justificado el nombre de Península Greco-Eslava.

El de península balcánica que también se le da, procede de la cordillera más larga que atraviesa el territorio. El de península ilírica, ó de Iliria, recuerda el que le daban los romanos para designar las tierras poco civilizadas que estaban frente á Italia, allende el Adriático.

Abarca esta península oriental de Europa, que confina con Asia y está frente á Africa, 51.586.000 hectáreas con más de 20 millones de almas. No tiene montes sublimes, y su cúspide culminante, el Ljoubotin-Vhr, en el Skhar-Dag, entre Uskub y Prisrend, no pasa de 3.050 metros. La altura media de la península sin contar á Rumania, es de 580. Las cordilleras se cruzan en todas direcciones, dejando poco espacio á cuencas de lagos, valles angostos y alfoques con torrentes. En esas cordilleras hay selvas que van desapareciendo y cuya existencia se ve amenazada por la imprevisión de los montañeses. El Pindo y el Olimpo, los montes Acrecerianos y una montaña de cumbres que apenas conocieron los griegos, más allá del Epiro, llevan hoy nombres turcos, eslavos y albaneses.

De todas esas excrecencias del terreno eslavo-griego, la mayor, aunque no la más alta, es el antiguo Hoemus, el Balkán moderno, baluarte de Constantinopla contra los enemigos del Norte, muralla de la antigua Tracia contra los vientos del Septentrión. Su importancia es tal, que suele llamarse península balcánica al conjunto de los países que lindan al Norte con el Save y el Danubio, que son un foso, y al Oeste y Sur con las aguas del mar, que son un abismo.

El Balkán, llamado por los búlgaros «Montaña Vieja», llega en el Jouroumtchal á 2.376 metros de altura. Más gredoso que esquitoso y calizo, alimerta con sus fuentes meridionales los afluentes de la izquierda del Maritsa, y con las del Norte forma unos torrentes que son hermosos en la montaña, pero apenas han dejado de surgir entre muros de piedra entran en la llanura búlgara que antes fué mar, y en este páramo feo, sin sombras ni peñascos, enturbian las aguas transparentes que recibieron de las frescas cavernas montañosas. Muchas gargantas atraviesan el Balkán. También le cruza el río Isker, nacido entre abetos y encinas en el Rilo (2.750 metros), tercera cima de Turquía. La primera es el Ljoubotin y la segunda el Olimpo (2.972 metros), que domina el golfo de Salónica. El Isker va por un desfiladero, desde



el lago convertido en llanura de Sofía, hasta el antiguo mar que ahora es el llano habitado por los búlgaros y valacos.

El Balkán es paralelo al Danubio. Este río se traga el Save, el Morava servio, el Olt, el Sereth y el Pruth, y entregando al Mar Negro el tributo de 81.700.000 hectáreas, lleva un caudal de 2.000 metros cúbicos por segundo en aguas bajas, 9.180 en



Vista de Constantinopla. (Dibujo de Sorrieu.)

aguas medias y 28.000 en las crecidas. Entraba antes por seis ramas y hoy por tres en el Mar Negro, pérfido y tormentoso lago llamado irónicamente por los antiguos Ponte Euxino, ó sea «Mar Hospitalario». El brazo del Norte, llamado Kilia, que es ruso, se lleva 2.800 metros cúbicos de los 9.180 del río. El brazo llamado Sulima, que es rumano, resulta más pequeño que los otros dos, pero es el único navegable, gracias á la Naturaleza y al arte. El Sanceforge, con 2.600 metros cúbicos, pertenece también á Rumania. El delta danubiano, de 275.000 hectáreas, crece sin cesar con los tributos del río, el cual añade cada año á la tierra seis kilómetros cuadrados en seis metros de agua.

Comparadas con esta corriente, apenas merecen mención las demás de la península. El Maritza, antiguo Hebrus donde flotaron los miembros de Orfeo, baña á Andrinópolis y muere en el

archipiélago, frente á Samotracia; el Kara-Su, desemboca delante de la isla de Thaso; el Strouma, llamado Strymón por los griegos, bebe las soberbias fuentes de la cuenca del Drama; el fangoso Vardar, tiene como el Danubio sus «Puertas de Hierro», y va cegando el golfo de Salónica. Dice Homero que este antiguo Axios es el torrente más bello del mundo. El Indje-Kara-Su, antes Haliacmón, lleva aguas salitrosas al mismo golfo. El Salmavria fué el Peneo cantado por los poetas y se pierde también en el mar de Salónica. El Drin es un torrente grande y pintoresco de Albania; pero mirando hacia otro horizonte, va al encuentro del Adriático.

II

Razas diversas.—Naciones positivas y negativas.

De los 20 millones de hombres de la antigua Turquía europea hay unos siete ú ocho millones de eslavos, cinco á seis de rumanos, tres de griegos, 1.500.000 albaneses, menos de un millón de turcos y algunos circasianos, bohemios, armenios y judíos, etc.

La raza de los turcos ú osmanlíes ha dominado durante siglos, y hasta hace muy poco, toda la península eslavo-griega. Hará dos siglos que ese pueblo valiente, paciencioso y altivo, dueño ya de Budapest, sitió á Viena. Temblaba entonces Europa cuando se le acercaba el tremendo ejército de los genizaros. Hoy expía el turco el terror que entonces inspiró. Ya no amenaza á Europa, donde poseía el Danubio; á Asia, donde era suyo el Eufrates; á Africa, donde bebían sus caballos el Nilo y el Chellif. Apenas conserva preponderancia en su península europea. No es una raza, porque la sangre de la Estepa, la sangre turca y tártara mezclada con la finesa y la mongólica ha ido desapareciendo en los innumerables cruzamientos con circasianas, cristianas, griegas, eslavas, esclavas y negras; pero les queda el idioma que trajeron desde Asia. Habitan los osmanlíes en Constantinopla, en sus cercanías, y en algunas grandes ciudades del imperio, y forman masa compacta en la Bulgaria oriental, alrededor de Choumla, desde el Balkán hasta el Danubio y el Mar Negro.

No se sabe cuántos son, por falta de empadronamientos y por que los nombres de *musulmán* y *turco* se emplean indistintamente en el Oriente, donde se atiende más á la religión que á la nacionalidad. Han disminuído á pesar de la inmigración de los

turcos del Asia Menor, desde que á cosecuencia de recientes derrotas, los osmanlíes de Asia han dejado de refluir á Europa, y los de Enropa han empezado á dirigirse á Asia. Este pueblo indolente de espíritu y de cuerpo, pero honrado, recto y sencillo (prescindiendo de las clases directoras que no pueden ser peores), ese campamento pronto siempre á la guerra, esa nación melancólicamente resignada, habla una lengua sin relación alguna con las latinas: el turco, usado con diversos dialectos, en inmensos espacios del Asia Central y Septentrional y hasta en Rusia. Tiene parentesco con el húngaro, el finlandés y otros idiomas aglutinantes. Es muy rico, por haber mezclado con sus propios vocablos muchos árabes y persas. Cuando los osmanlíes dejaron de ser hordas salvajes para convertirse en un poderoso pueblo, eternamente batallador con las naciones cultas, tomaron de las lenguas persa y árabe muchas palabras para el nuevo y vasto horizonte de las ideas, pero la gramática no varió y el turco sigue siendo turco. Hasta hace pocos años los osmanlíes eran los únicos que podían tomar las armas y servir en los ejércitos de Turquía. Los cristianos de nacionalidad turca, á los que llaman despreciativamente *Rayas*, ó sea rebaños, no podían ser soldados; pero las guerras con Rusia obligaron al imperio á abrir las filas de su ejército á todos los ciudadanos, y hoy pueden los cristianos llegar á los más altos grados militares, aunque ya procuran los viejos osmanlíes, con su privilegio de raza, cerrarles el camino.

Los eslavos, divididos en búlgaros y serbios, viven al Sur del Danubio y del Save, desde el Adriático hasta el Mar Negro.

Los rumanos están en la orilla izquierda del Danubio, en algunos puntos de la derecha y en grupos sueltos del centro de la península (sobre todo alrededor del Pindo) con los nombres de Zinzaros, Kutzo-Valacos y Macedo-Valacos.

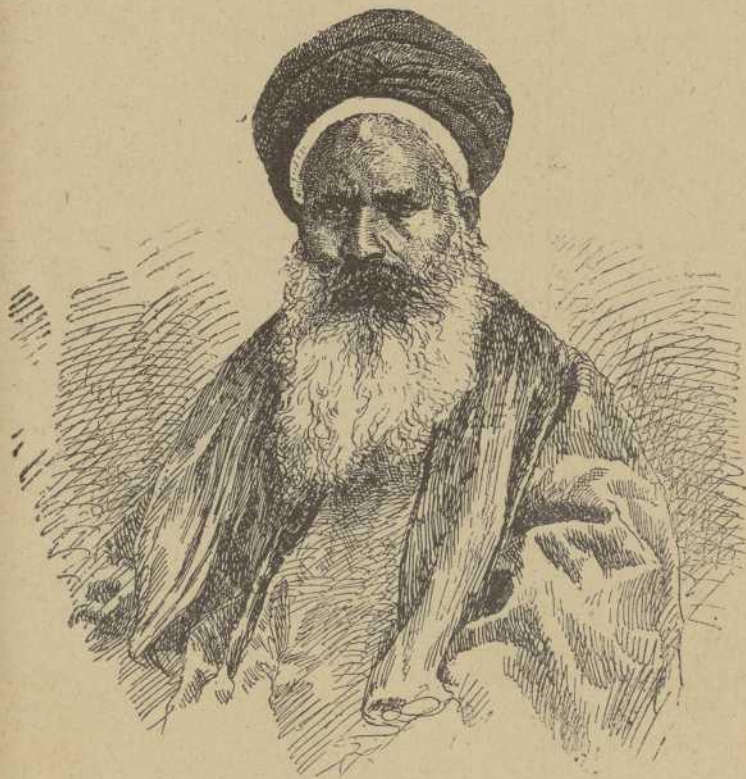
Los albaneses habitan en las montañas que se sumergen en el Adriático, entre los eslavos al Norte y los griegos al Sur.

Los griegos viven en Grecia, al Sur del Epiro, en algunos distritos de Macedonia, en la península de Salónica, en parte del litoral del mar Egeo y abundan en Constantinopla.

Griegos, albaneses, rumanos, eslavos y osmanlíes, son cinco naciones positivas. El turco dominó hasta hace poco en toda la península, y reina todavía en la capital. El albanés ha ayudado al osmanlí á sujetar á los demás, no sólo en Turquía europea, sino también en las tierras asiáticas de allende el mar, que dependen del sultán. Los griegos colonizaban ya el litoral dos mil años

antes que se hablase de turcos. Los eslavos son los más numerosos. Los rumanos cuyo primer elemento probable, los dacios, les une estrechamente á las llanuras del Danubio, son los verdaderos hijos del suelo, aunque se los denomine latinos por su lenguaje.

Junto á estas naciones positivas, queda el resto de los circa-



Un imán. (Dibujo de Roux.)

sianos, que dispersaron los turcos por el país para quebrantar la unidad eslava, y quedan las naciones que llamamos negativas porque no arraigan en el territorio. La de los bohemios está casi completamente formada por vagabundos. Los armenios y judíos son mercaderes cosmopolitas, gente de tienda más que de labranza, prenderos, negociantes, usureros y expropiadores, que son considerados como peligrosos.

En el desorden actual, comprende la ex Turquía europea: los

países sometidos al sultán de Constantinopla, jefe de los musulmanes del imperio y suprema autoridad religiosa; la Bulgaria, país ya independiente, aunque parezca tributario; la Rumelia oriental, anexionada en realidad á Bulgaria; la Bosnia-Herzegovina, que se supone sometida á Turquía, pero está en realidad ocupada y poseída por Austria, y además Serbia, Rumania, Montenegro y Grecia, Estados independientes.

III

Países sometidos á Turquía.

Rumelia, antes Tracia, se extiende desde el Mar de Mármara y el Egeo hasta el Balkán, y desde el Mar Negro hasta el Despoto-Dagh (ó Monte de los Sacerdotes), lleno de conventos. Oficialmente los turcos no reinan más que en el Sur de este país, por haberse convertido el Norte en Rumelia Oriental ó Provincia autónoma. La Rumelia turca no abarca más que la cuenca del Maritza Bajo y dos fajas del litoral; una en el Mar Negro y otra en el Egeo, y el enorme río salado que separa á Asia de Europa y que se divide en tres partes: el desfiladero del Bósforo, el ensanche denominado Mar de Mármara, antes Propóntida, y la corriente de los Dardanelos, llamada por los griegos Helespanto.

El Bósforo es una corriente rápida y azul que transmite al Mar de Mármara las aguas que recibe el Mar Negro, del Don, el Dniéper, el Dniester, el Danubio y los ríos costeros del Cáucaso y del Asia Menor. Tiene 30 kilómetros de longitud y 1.600 metros de anchura media; 4.500 en lo más ancho y 550 en lo más angosto. Su profundidad máxima es de 52 metros y la media de 27. Recorre de tres á ocho kilómetros por hora y lleva unos 30.000 metros cúbicos de agua por segundo, sin que le den más de 15.000 los tributarios del Mar Negro. Lo demás lo debe á las contracorrientes ocultas en el Mediterráneo. El Bósforo, procedente del mar, es limpidísimo. Sombreánlo el terebinto, el plátano y el ciprés. Este último forma bosquecillos en los cementerios, tan alegres como risueños, que son verdaderos jardines. El Bósforo, espléndido, corre entre palacios y muere en Constantinopla, dando sus aguas al Mar de Mármara, extensión hermosa de 250 kilómetros, cuyo nombre moderno procede de una isla de mármoles, llamada Mármara.

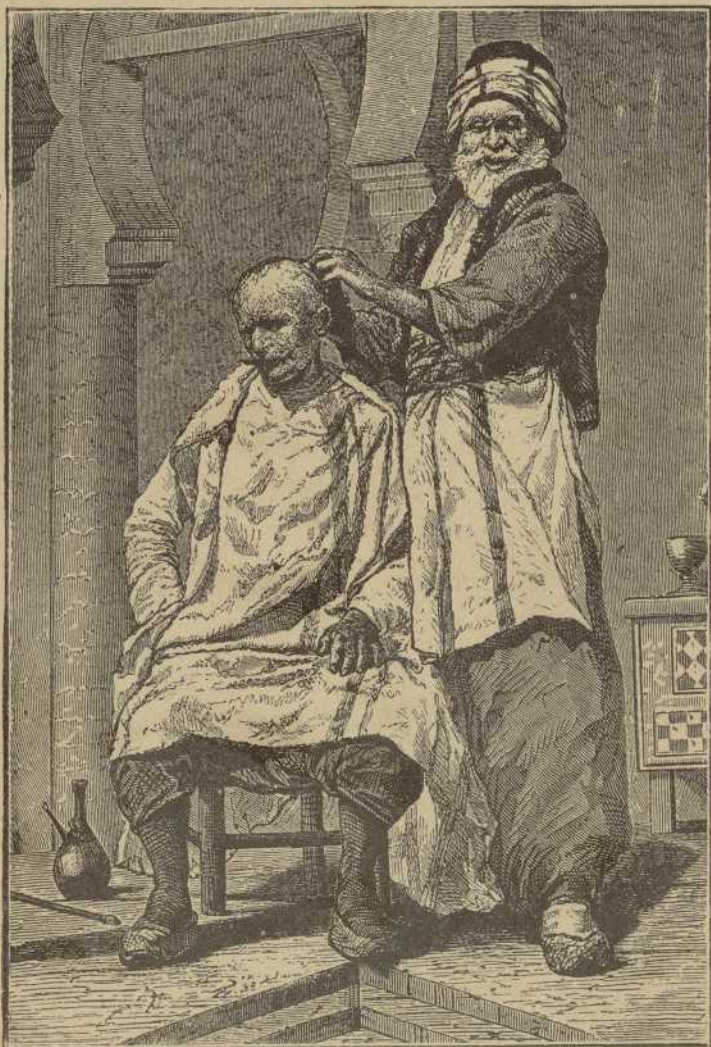
Saliendo de dicho mar estas aguas que fueron río y después lago, vuelven á ser río al entrar en el estrecho de los Dardanelos, que tiene menos corriente que el Bósforo y una profundidad



Antiguo gendarme turco. (Dibujo de Bayard.)

de 40 á 97 metros, con anchura media de 4.000 y mínima de 1.950, entre Abydos y Sestos, hoy Nagara y Maito. De Abydos á Sestos era donde nadaba, según la fábula griega, entre las vio-

lentas aguas, Leandro el amante de Hero. Junto á Galípoli, ciudad principal del estrecho, desembarcaron en 1356 cuarenta o-



Un barbero turco. (Dibujo de Proust.)

manos, tripulando troncos de árboles, atados con tiras de cuero en forma de balsas. Estos guerreros, que atravesaban desde Asia

hasta Europa las aguas azotadas por Jerjes, fueron la vanguardia de la marcha triunfante que llevó á los turcos hasta Viena. Los Dardanelos tienen 68 kilómetros de longitud.

Abydos, Sestos, el Gránico donde venció Alejandro, el Xanto, el Escamandro y el Simois, que vieron el incendio de Troya, todos los ríos de esas riberas, las montañas de ese horizonte, las ciudades de ese litoral, han perdido sus retumbantes nombres griegos y ahora los tienen turcos. Ya no reinan allí los helenos. La palabra Rumelia significa tierra de romanos (porque para los bárbaros que asediaron tanto tiempo el imperio de Oriente, sobrevivía en Bizancio la majestad de Roma y los bizantinos habían heredado el apelativo de romanos); pero ya no merece esta provincia el nombre de país griego. Es turca y búlgara y está llena de judíos armenios y gentes de todos los orígenes é idiomas. Los búlgaros suelen vivir en el campo. Los turcos son muy numerosos en Constantinopla y también los griegos, que abundan en el litoral y en las islas.

Constantinopla, antes Bizancio, llamada por los turcos Estambul, es la capital del imperio y ciudad muy bien situada, pero con clima variable y duro, donde el frío suele llegar á los 20 grados bajo cero, aunque su latitud sea la misma de Nápoles, Barcelona y Porto. Al soplar del Nordeste el viento de las estepas rusas, se convierte Constantinopla en una ciudad del Norte y suele helarse el Bósforo. Esa ciudad imperial, madre del mundo, según los turcos, se eleva á lo último de Europa en el hermoso golfo del Cuerno de Oro, puerto vastísimo y bien resguardado, donde el Bósforo entra en el Mar de Mármara.

Roza el gran río salado, las riberas de Asia, y no ve más que ondas puras, velas y botes, quintas, palacios, kioscos, jardines, cipreses y cementerios. En su interior es fea. Tiene 80.000 casas de madera sin ninguna hermosura exterior, todas de un piso, unidas en desorden, enmarañadas, formando calles angostas y tortuosas, mal empedradas, llenas de polvo ó de barro, recorridas por perros sarnosos, únicos encargados de la limpieza pública, la cual realizan devorando los montones de despojos. De tanta calleja y callejón, donde son frecuentes los incendios, y en los cuales la suciedad produce epidemias, surgen cúpulas, baños y los alminares de 5.400 mezquitas, que son pocas veces hermosas.

Llamábase Phanar ó Fanal un barrio grande lleno de griegos, que en todos los tiempos, con el nombre de Fanariotas, han saqueado el imperio más aún que los mismos turcos. No han derramado olas de sangre como los osmanlíes; pero al usar las atribu-

ciones que les confería el Sultán, no han dejado de engañar, dividir, corromper y causar hambres á los pueblos. Los arrabales mejor construídos y aireados, los más suntuosos, los más europeos de Constantinopla, son Galata, Trofana y Pera. Scutari, famosa ciudad con lindísimos cementerios, que desde lejos parece un bosque de cipreses, es otro arrabal de Constantinopla, situado en la orilla izquierda del Bósforo, ó sea en Asia.

Constantinopla tiene unos 700.000 habitantes, y de éstos 400.000 son musulmanes, 100.000 griegos, otros tantos armenios, 50.000 europeos (generalmente italianos y franceses), y 50.000 judíos.

Andrinópolis (Edirné entre los turcos) tiene unos 70.000 habitantes, griegos en parte. Está en la confluencia de tres ríos grandes: el Maritza, el Arda y el Tundja, nacido en los Balkanes, que baña en la Rumelia oriental el edén de Tracia, el Chiraz occidental, la ciudad de Kesanlyk, llena de rosales y productora de la esencia de rosas.

Macedonia, de donde salió Alejandro Magno para conquistar el mundo, está junto al archipiélago, al pie del granítico Olimpo.

Unos quince montes recibieron el nombre de Olimpo (que significa el esplendoroso) entre los helenos de Asia, de Europa y de las islas, pero ninguno es tan digno como éste de servir de corte á los dioses, eternamente jóvenes, bebedores de ambrosía. Este panteón de los antiguos griegos, lleno todavía de bosques, yergue á 2.972 metros la más alta de sus 42 cumbres, en el grado 40 de latitud, en la desembocadura del Peneo. Brillante morada de los dioses helénicos, parece que debería elevarse hasta el cielo en el centro mismo de Helenia, y no es así. Precisamente señala casi el fin del idioma griego por la parte del Norte, pues la Macedonia pertenece más bien á búlgaros, serbios y albaneses. Los griegos viven más en la antigua Calcídica ó península de Salónica, que es griega y nada más que griega.

Terreno muy accidentado es la Calcídica. Da al Norte, junto á un bajo fondo lacustre por el cual podría pasar cómodamente, desde Salónica hasta Stravos, un gran canal navegable. Al Sur la Calcídica se trifurca en tres penínsulas: la occidental Kassandra, contempla el Olimpo á través del mar de Salónica; la del medio se llama Longos; la oriental Hagión Oros, ó Monte Santo, acaba en el majestuoso Athos (206 metros), que al ponerse el sol proyecta sobre Asia la sombra de Europa. Para la gente del rito griego es el monte Athos una especie de Roma ó de Meca. Tiene 935 iglesias y capillas, monasterios y aldeas de ermitaños. En sus

osados promontorios, hermosas hondonadas y cavernas abiertas á alturas vertiginosas, existen 6.000 monjes griegos, cuya ignorancia es asombrosa y que parecen vivir al principio de la Edad Media.

En Macedonia hay pocos turcos. Los búlgaros ocupan la mayor parte del país, y los albaneses y serbios abundan conforme el territorio se aproxima á Albania. Los griegos ocupan en la Calcídica el Haliacmón y el litoral. Su mayor ciudad es Salónica (150.000 habitantes), puerto de gran porvenir. Una parte importante de su población está compuesta de judíos españoles, que huyeron de las persecuciones de la Inquisición.

Desde el Pindo calizo hasta el mar Jónico, desde el Skhar hasta el Adriático, se extiende la Albani, antes llamada Iliria y Epiro.

Muy fragosa, llena de montes, generalmente pedregosos y calizos, y de alfoques y desfiladeros, merece bien la Albania sus dos nombres nacionales Chkiperi y Malliesi, que significan ambos «grandes montañas», al menos que el primero sea realmente Skiperi, ó «país de águilas». En este caso los Skipetaros ó albaneses serán los hijos del Aguila. Otros dicen que la palabra skipetaros procede de una raíz que quiere decir «comprender», y entonces serán los hombres que comprenden, ó más bien que se comprenden entre sí gracias al idioma común.

Sus dos ciudades mejores, Scutari ó Skodra y Janina, están á orillas de lagos. El lago de Skodra ó Scutari (37.330 hectáreas) va al mar por el Boiana, y cerca pasa el río mayor de Albania, el Drin, que antes iba derechamente al Adriático, y ahora envía la mitad de sus aguas á este lago. El Drin, lleno de precipicios, alguno de los cuales le proporciona saltos de mil metros, nace en el lago de Okrida, que es el primero de Turquía, por sus 28 kilómetros de longitud y 100 de circunferencia, sus 26.800 hectáreas, sus ondas azules y su limpidez. En su orilla fué Okrida la capital de Bulgaria, cuando poseían los búlgaros el país del Aguila. Con el nombre de Drin Negro, corre por Macedonia y luego absorbe el Drin Blanco y pasa á Albania.

El lago de Janina, que es poco profundo, recibe de la roca abundantes manantiales, y parece que no devuelve nada de lo que traga, pero su avaricia es aparente. Las dos cuencas que lo forman, el lago de Janina y una laguna de lodo inmediata, unidas por un arroyo turbio, se filtran subterráneamente y sus aguas van á parar á dos ríos costeros: el Mavropotamos y el Arta. En los montes próximos á Janina algunos encinares proceden quizá de

los árboles proféticos de Dodona, que era el oráculo más antiguo de Grecia.

Al Sudoeste de Janina y su lago, por el país de los Suliotas, pasan dos arroyos de lúgubre nombre: el sombrío Aqueronte y el fangoso Cócito, hoy Bobos. Los griegos los tenían por ríos del rei-



Constantinopla: las Cisternas. (Dibujo de Taylor.)

no de las sombras, porque corrían fétidos, negros y cenagosos, entre bosques y pantanos. Las potencias europeas no han querido reunir á Grecia esta tierra que es griega por sus recuerdos y merece ser independiente por la valiente resistencia de sus valerosos habitantes los Suliotas, que en el primer tercio del siglo XIX se sublevaron contra Turquía, peleando como leones por la independencia helénica. Byron cantó el heroísmo de los Suliotas que morían matando, y de sus mujeres, que prendían fuego á los cajones de pólvora.

vora antes que entregarse á los turcos. Pelearon como los héroes antiguos por la Grecia, y las naciones europeas, después de reconocer la independencia de ésta, los dejaron á ellos bajo la dominación de Turquía. El elemento griego, mezclado más ó menos con albaneses y kutzovalacos que se van helenizando, domina en los valles meridionales del Negro Epiro, lo más pelado del país. En el resto de esta trastornada comarca donde hay todavía bosques de hayas, pinos y encinas, abundantes en osos, casi no hay más que albaneses; pero todos los albaneses no están en Albania, como no están todos los búlgaros en Bulgaria, ni todos los serbios en Serbia, ni todos los rumanos en Rumania, ni todos los griegos en Grecia.

Se ignora el origen de los albaneses. Unos creen que descenden de un pueblo que bajó del Cáucaso en los últimos tiempos del imperio romano; otros los consideran procedentes del tronco de los pelasgos, pueblo agrícola que llegó á la península antes que los mismos griegos.

¶ Aquellos pelasgos, que indudablemente eran parientes de los helenos y de varias de las naciones autóctonas de Italia, han dejado monumentos de tosca grandeza y de una solidez que desafía á los siglos. Cuando construcciones diez veces más modernas se derrumban, esas murallas pelásgicas, erguidas aún en nuestros tiempos, parecen menos antiguas, menos pesadas y groseras que los muros ciclópeos visibles en la misma comarca de los monumentos pelásgicos, ó sea en el Peloponeso y en el Epiro. Retrocedieron las tribus pelásgicas ante los helenos y desaparecieron de la Hélada, de la Morea y de toda Italia. Su lengua, que se supone más parecida al celta que al griego, dicen que sirvió de base al latín.

A mediados del siglo xv se apoderaron los turcos de la Albania, después de espantosas guerras, en las que luchó Scaderbeg, uno de los dos grandes caudillos que ha producido este país. El otro, muchos siglos antes, fué Pirro, el famoso rey de Epiro, que puso en peligro la vida de Roma.

Se supone que hay dos millones de albaneses en el imperio turco, incluyendo los que se pueden considerar perdidos para su pueblo y su idioma; tanto las familias que se italianizan entre italianos ó se helenizan entre griegos, como las de los arnautas (pueblos albaneses), dispersos, sin lazos y sin orden por los dominios del Sulán, la mayoría de ellos se dedican á soldados.

El núcleo de la nación albanesa forma una masa de millón y medio de almas, que habla un idioma áspero, el cual se va extendiendo por nuevas poblaciones de Eslavia. El albanés, hombre duro

muy metido en sí, personal, dominador y arrogante, no quiere aprender el serbio ni el búlgaro, mientras el eslavo del Sur, dúctil y poliglota, aprende el albanés. En cambio al Sur, el lenguaje albanés ó skipetaro retrocede delante del griego; pero, ¿no es honroso y afortunado dejar una lengua bárbara por la que hablaba Homero?

Son los albaneses semisalvajes, terribles en los combates, crueles, impacientes, revoltosos y nacidos para aventureros. Como pertenecen á tribus enemigas entre sí y á religiones hostiles también, se han combatido eternamente. Turquía ha sacado siempre sus soldados de este país para privarle mejor de su independendencia. Se ha desgarrado á sí misma la Albania, y se sigue desgarrando, aunque ahora menos. Dió muchos de los mercenarios que fueron columna robusta del poderío imperial turco. Numerosos son los aventureros, menos héroes que bandidos, que llegaron á generales y gobernadores, y fueron verdugos á sueldo de la Sublime Puerta. Si no hubiera tenido tantas guerras intestinas, esta raza podía haber dominado todo el Oriente.

Divide en dos á la Albania el río Skoumb. La diferencia entre los dos dialectos de Albania es muy grande, uno es ilírico y el otro epirota. Odianse cordialmente los del Norte y los del Sur, y se aborrecen más aún por causas religiosas, luchando cristianos, mahometanos y católicos, rumanos y griegos. A estos países, que fueron griegos y están hoy sometidos á Turquía, hay que añadir varias islas de lengua helénica. La más hermosa y grande es Creta, en el Mediterráneo propiamente dicho; las otras cuatro, Thaso, Samotracia, Imbro y Limno están en el mar del archipiélago ó Mar Egeo.

IV

Creta y otras islas.

En el Mediterráneo, las únicas islas mayores en extensión á Creta, son Sicilia, Cerdeña, Córcega y Chipre. Tiene Creta 18.000 hectáreas y fué una de las antiguas patrias de la cultura griega. Se la llamó la de «las cien ciudades», pero éstas eran enemigas entre sí, pues el mundo helénico fué la tierra maldita del odio entre hijos de la misma madre.

Resonaban á cada paso en la antigua poesía griega los nombres de sus repúblicas, de sus montes y de sus bosques. Celebrados eran

sus umbrosos valles, sus voluptuosas ciudades, sus habitantes ingeniosos, embusteros y de mala fe, en lo cual se parecían á los demás griegos, pues todo heleno faltaba á la verdad con un descaro inaudito.

Sus montes son inferiores al Etna, superiores á los de Cerdeña y casi iguales á los de Córcega. En el centro de la isla ya no entrega al viento ni al céiro, el Psiloroti (2.458 metros); las selvas



Un café de Constantinopla. (Dibujo de Roux.)

y los bosquecillos que lo adornaban, cuando se llamaba el monte Ida, amado por Venus, y donde las leyendas alemanas han co'ocado el *Venusberg*, lugar de condenación de Tanhäußer, el caballero cantor. Ya no le quedan á Creta más que jarales y algunos barrancos con pinos, cipreses, algarrobos, encinas y castaños. En la llanura y en la colina que produce un vino generoso, abrasa el sol, sin que resguarde de sus rayos las ramas del olivo.

Al Oriente de la isla, el monte Lassiti (2.165 metros), se llamó el Dicte. Al Oeste se yerguen los Leuca-Ori, ó Montes Blancos, cuyo nombre no procede de sus nieves, aunque tengan 2.469 metros, sino de sus calizas rocas, que reflejan el sol. Los Montes Blancos tienen otro nombre, el de montes Sphakiotas, igual al de sus habitantes que blasonan de conservar pura la sangre helénica. Está ó no mezclada con la sangre de los eslavos, de los bizantinos,

de los árabes que reinaron en esta isla en los siglos IX y X, de los venecianos, de los turcos dueños de la Creta, á la cual llamaron Candía, y de los albaneses que auxiliaron al osmanlí en su tarea de esclavitud y matanza, son hombres hermosos los actuales herederos de aquellos antiguos cretenses, famosos por su habilidad de flecheros. Han sabido conservar la libertad en su montaña y han llenado mil veces con sangre mahometana, y con la suya propia, los arroyos que forman cascadas entre la roca viva y las fuentes que brotan á la sombra de los castaños. Mientras la gente de la llanura apostataba, ellos han seguido siendo cristianos, y su lenguaje, que tiene cierto sabor arcaico, se parece mucho al habla doria, que fué la más enérgica de las griegas. Excepto en algunos pueblecillos albaneses, hablan el griego en Creta hasta los musulmanes. Hace pocos años su resistencia contra los turcos hizo intervenir á las naciones europeas, y aunque Creta sigue siendo un dominio del Sultán, está administrada por una Comisión extranjera. Su deseo es incorporarse á Grecia.

Hay en Creta 250.000 habitantes: de ellos, 100.000 mahometanos, que viven en las ciudades ó cerca de la costa. Los cristianos forman la población del campo. De raza mezclada, acostumbrados al yugo, diezmados muchas veces por guerras de independencia infructuosas, no son hasta hoy bastante numerosos y activos para volver á edificar las hermosas ciudades que hubo en su patria. La capital de Creta es la Ganea, con 15.000 habitantes, en el litoral del Norte, donde se abre su puerto.

Otra de las islas, Thaso (12.000 habitantes), con 19.200 hectáreas, tiene el monte de San Elías (1.000 metros), cuyo nombre, común á muchas grandes cumbres de la tierra griega, es corrupción cristiana del nombre pagano del sol: *Helios*. En Thaso llueve bastante y hay mucho bosque, sobre todo pinares. Sus habitantes hablan el griego mezclado con muchas palabras turcas.

La isla Samotracia, frente á la desembocadura del Maritza, tiene muy pocos habitantes: unos 200 en 17.000 hectáreas, alrededor de un San Elías, de 1.598 metros, monte sombreado por enjinas. La fama de Samotracia en todo el mundo, procede de la estatua de la Victoria mutilada que se encontró en ella, y hoy figura en el Museo del Louvre de París.

Imbro, menos elevada, puesto que su monte mayor no llega más que á 595 metros, está cerca de la entrada de los Dardanelos, en el mar Egeo. Sus habitantes son 4.000 en 22.000 hectáreas.

Limno ó Stalimene, humeaba en tiempos de los griegos, y sus cráteres, ahora extinguidos, eran para ellos las fraguas de Vulca-

no, dios del hierro y la fundición, padre de artes y ciencias. Todos sus montes son pequeños, y el Skopia, ó sea el mayor, llega á 430 metros. En Lemnos hay 22.000 habitantes en 44.000 hectáreas, poca sombra, muchas fuentes y un terreno fértil.

Florecieron esas cuatro islas durante la era brillante de los helenos cuando en Thaso había 100.000 almas y estaban llenas de ciudades, en las cuales nacieron poetas, artistas, gramáticos y retóricos. Ahora sólo abundan en ellas pequeños comerciantes, marinos y pescadores.

V

Rumelia oriental.

La Rumelia oriental ó PROVINCIA AUTÓNOMA, pertenece oficialmente al Sultán de Constantinopla, que nombra su gobernador, residente en Filipópolis; pero es en realidad independiente. Aspira á unirse con Bulgaria, cuya lengua habla, y á la cual dará como dote la Rumelia verdadera, ó sea Tracia y Macedonia. Medio realizadas están sus aspiraciones desde que, á consecuencia de un golpe de Estado, sacudió su independencia oficial, y prescindiendo de Turquía unió el destino de Filipópolis con el de Sofía, capital de la Bulgaria independiente. Pero Europa no ha sancionado aún esa infracción de los tratados.

Tiene unos 3.600.000 hectáreas con 800.000 habitantes. Ocupa la cuenca superior del Maritza, al pie meridional del Balkán que en dirección de Este á Oeste va desde la ribera del Ponto Euxino á las montañas de Rodope.

Según la nacionalidad de los autores de los datos, se la considera unas veces como casi griega y otras como casi búlgara. Parece que tiene 650.000 búlgaros (50.000 de ellos mahometanos), 200.000 musulmanes y 40.000 griegos. Su capital es Plovdiv (34.000 habitantes), llamada Felibé por los turcos y Filipópolis por los griegos, al borde del río Maritza.

VI

Principado de Bulgaria.

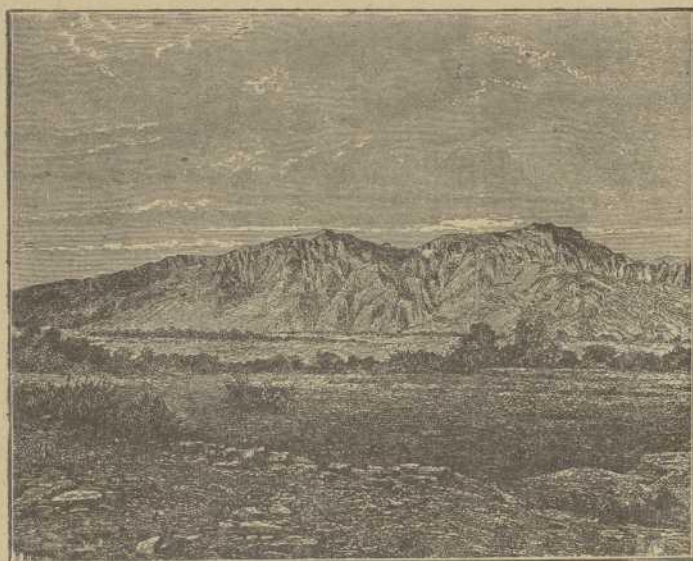
La Bulgaria independiente, obligada por un convenio á pagar al Gran Turco un tributo que no le paga nunca, tiende á anexionarse todas las tierras en que se habla búlgaro. Tiene 6.304.500 hectáreas con 2.300.000 almas.

Se extiende Bulgaria desde el Balkán hasta la orilla derecha del Danubio, que es un alto talud con ciudades, mientras la orilla izquierda, dependiente de Rumania, está llena de valles, pantanos y brazos falsos, que son causa de inundación, y al secarse se convierten en manantial de calenturas. De Oriente á Occidente se prolonga desde Varna hasta los montes búlgaros-serbios del Morava. Es Bulgaria, por su fertilidad, el granero de Constantinopla. Los búlgaros, que componen cuatro ó cinco millones de hombres, no son completamente eslavos. Sus antepasados eran bárbaros de sangre turca y mongólica mezcladas, que saliendo del Asia Central, habitaron en las orillas del Volga (que les dió ó tomó de ellos el nombre), y franqueando el Danubio en 679 se perdieron en el pueblo eslavo, al cual dominaron, pero que les enseñó su lengua y los desnacionalizó.

Laboriosos, prolíficos y aficionados al campo, son aptos para la industria y para el arte. Van ganando influencia, excepto en Albania, y se han asimilado más de un valle en que sonaba la lengua griega y donde ya no se habla más que el búlgaro. La mayor parte de estos eslavizados profesan la religión griega; sólo hay entre ellos unos pocos católicos, y bastantes musulmanes con el nombre de Ponaks.

(Se supone que los dos tercios de los habitantes de Bulgaria, son búlgaros, y una cuarta parte, turcos. Estos, menos numerosos que antes de la guerra turcorrusa, están concentrados alrededor de Choumla (23.000 habitantes), en la Bulgaria oriental, al al Norte y al Sur de la montaña, hasta el Mar Negro y el Danubio. Siguen siendo un elemento poderoso á pesar de la emigración que los arrastró, cuando el enemigo hereditario, ó sea el ruso, dueño al fin de Plewna, pudo disponer del antiguo destino glorioso de los turcos.

Para disgregar el elemento búlgaro y robustecer el turco, hueso de sus huesos y carne de sus carnes, el gobierno de Turquía envió á Bulgaria millares de musulmanes que huían de los territorios rusos. Eran circasianos escapados del Cáucaso, tártaros procedentes de Crimea; los primeros, colonos pacíficos; los segundos, perezosos y violentos, vendedores de muchachas (incluso sus hijas)



El monte Olimpo. (Dibujo de Taylor.)

para el harén del turco; pero la mayor parte de ellos ha muerto ó se ha dispersado.

Cuando eran muy poderosos los búlgaros, sus emperadores y obispos residían en la pintoresca ciudad de Tirmova, atravesada por el Iantra, afluente del Danubio. Antes fué su capital la ciudad de Praslav, embellecida por un zar que sitió inútilmente cuatro veces á Constantinopla. De ella no quedan más que ruinas, cerca de Choumla. Antes de vivir en Praslav, habitaban los príncipes en Okrida. Hoy la capital es Sofía (30.000 habitantes), ciudad central de la península eslavo-griega, situada en un triste llano, á 535 metros de altura, al pie del Vitoch nevado (2.462 metros) junto al Isker afluente del Danubio.

Bulgaria y la Rumelia oriental unidas, componen juntas un principado independiente de 9.663.500 hectáreas con 3.150.000

habitantes, de los cuales 2.325.000 son búlgaros, 600.000 turcos, 60.000 griegos y 50.000 bohemios.

VII

Bosnia-Herzegovina.

Un tratado hipócrita ha colocado la Bosnia-Herzegovina y Novibazar bajo la dependencia de Austria; pero el gobierno de Constantinopla conserva oficialmente un derecho de soberanía sobre estos países, aunque no le sirve de gran cosa.

La rica Bosnia, la Herzegovina pobre, y Novibazar, añaden al imperio de dos cabezas (una en Viena, otra en Budapest), seis millones de hectáreas con 1.500.000 habitantes. Dos quintas partes de éstos son musulmanes, hijos de eslavos que abjuraron, y en cuya abjuración tuvo más parte el miedo al yatagán del turco que las predicaciones sacerdotales del *Imám*. Los demás son del rito griego, y católicos.

Todos hablan serbio y quisieran unirse con Serbia; pero el malhadado aborrecimiento que siente el griego contra el católico, éste contra aquél, ambos contra el mahometano y el mahometano contra ellos, imposibilita el que se forme una nación compuesta de todos los serbios.

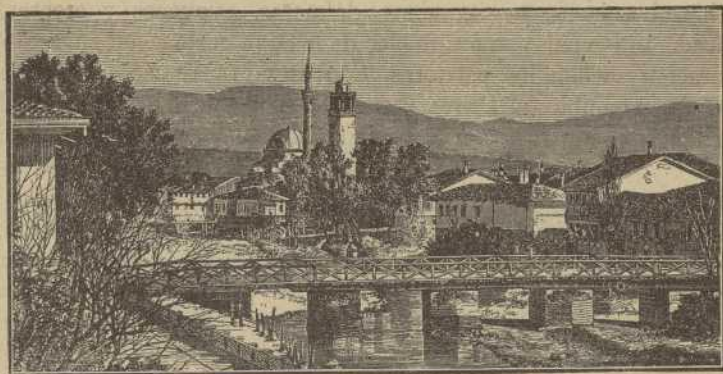
En la antigua Austria, al otro lado del Save, no hay musulmanes, pero el croata católico aborrece al serbio griego, y éste le corresponde.

La Bosnia es montuosa, caliza y gredosa. El río Bosna brota al pie de una montaña. Aunque abundante en rocas secas, no carece de frescura este país, á lo largo de sus corrientes y junto á sus fuentes maravillosas. «Al acabarse las piedras y empezar los bosques, se entra en Bosnia», dice el Dálmata, que vive entre pedruscos y rocas. Grandes bosques cubren todavía la comarca, pero serán talados en cuanto los hagan accesibles los caminos. En ellos viven el zorro, el tejón, el gato montés, el lobo, el lince y el oso, buen filósofo peludo al cual se arroja de sus cavernas patriarcales, matando más de 1.500 al año.

La capital de Bosnia, Sarayebo, que es una pequeña Damasco del Norte, como la llaman los turcos, por sus jardines, tiene unas 25.000 almas. En ella viven muchos judíos españoles, que hablan

el antiguo castellano y hasta publican libros y periódicos en este idioma. Bosnia Serai (que en turco quiere decir Palacio del Bosna), es casi completamente musulmana y está junto á un tributario del Bosna. Más pintoresca es la antigua capital Iaitsé, en una garganta montañosa, donde el Vrba recibe desde lo alto de un peñón las cascadas del Pliva.

Herzegovina soportaba con impaciencia el yugo turco, y en ella estalló la revolución que, lejos de libertar á la pequeña Es-lavia bosnio-herzegovina, la entregó contra toda justicia á los austriacos, es decir, á los alemanes y á los húngaros. Sus eslavos cris-



Saray bo. (Dibujo de Therond.)

tianos (con musulmanes en las ciudades) viven en estepas áridas, en montes secos y pelados, y en gargantas cuyos torrentes corren á buscar el Narento, tributario del Adriático, cuando no se filtran por las grietas calizas ó saltan en una sima. Esas aguas van á parar en el prolongado mar que separa á Italia de esta parte de Turquía, ó sea el Adriático. La Dalmacia, provincia austriaca de que ya hablamos, y que, exceptuando las colonias italianas, tiene por habitantes á eslavos, no es más que una angosta lengua de tierra, y desde la cima de sus montañas se ven las olas azules.

El río principal después del Narenta, es el Trebenstitsa, que forma allende los montes, el soberbio manantial del Osubla, cerca de Ragusa, y el de Doli, que surge del fondo del mar. Mostar, capital junto al Narenta, no tiene grandeza, vida, ni porvenir.

VIII

Reino de Serbia.

Tiene Serbia 4.860.000 hectáreas con 2.100.000 habitantes (43 por kilómetro cuadrado), y debió su independencia á dos campesinos, molinero el uno y porquero el otro, llamados Jorge el Negro (Karageorg) y Miloch. Desde entonces los demás eslavos de lengua serbia, bosniacos, herzegovinos, dálmatas, eslovenos y croatas, consideran ese país como el núcleo de la Gran Serbia, con cuya restauración sueñan los patriotas. Con esta restauración renacería junto al Danubio, el Drave y el Save, el tradicional imperio del zar Duchán, en cuyos tiempos mandaban los serbios en el Balkán y en el Danubio, inspirando temores al emperador griego de Bizancio.

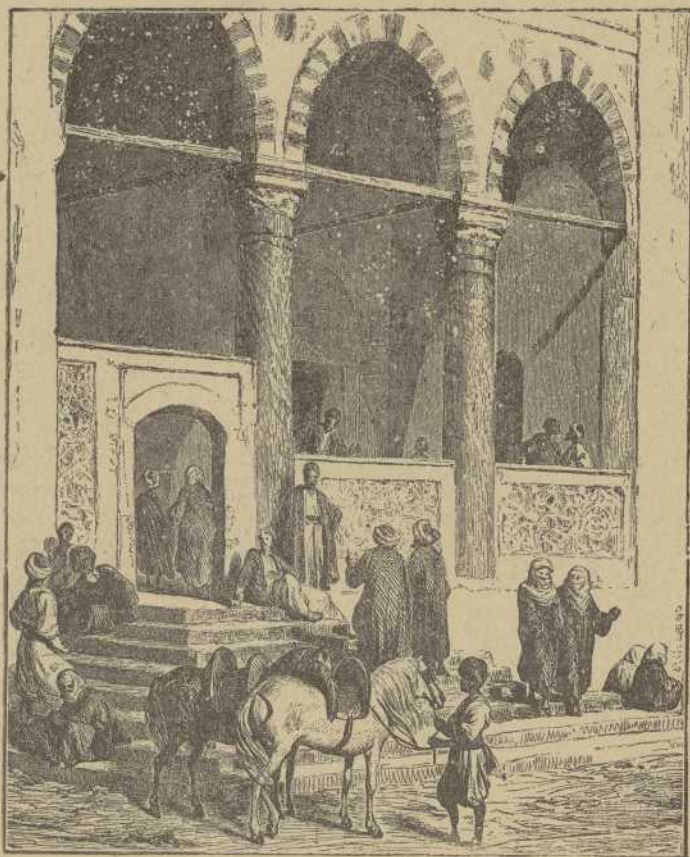
Sangrienta historia, una libertad reconquistada, lengua sonora, poesía heroica, soberbios cantos populares dan á ese pueblo lugar preferente entre los eslavos.

Tiene Serbia montañas que en la frontera meridional llegan á 1.892 metros (altura del Kapaonik), y bosques tan sombríos y frondosos, que un proverbio dice: «Si yo fuera lobo, querría vivir en Serbia». Estos bosques de encinas están llenos de cerdos, y tienen torrentes que van al Drina y al Morava. Este nace entre los montes donde el valle de Stinitza vió el desastre de Kosovo ó Campo de los mirlos, y el fin del imperio de Duchán. 77.000 serbios fueron muertos por los turcos, y á su lado duermen en este suelo trágico millares de sus aliados búlgaros y albaneses.

Uno de los encantos mayores de Serbia es que las ciudades no absorben á la campiña. Son todas pequeñas y la masa de la nación pasa la vida en aldeas que no están compuestas de familias extrañas unas á otras, ó divididas por enemistades y pleitos. Esos pueblos son *Ladrujas*, reuniones de parientes y amigos cuyos intereses son tan comunes como su origen. Se halla dividida esta parte de Eslavia (fuera de los puntos de administración y plazas comerciales) en multitud de republiquillas infinitesimales, regidas patriarcalmente por el más capaz ó el más viejo.

Las *Ladrujas* van desapareciendo desde que empiezan los serbios á preferir la capital Belgrado y otras ciudades, con perjuicio de la sencillez campesina.

De los 2.100.000 habitantes, hay de 1.800.000 á 1.900.000 que son serbios y 300.000 extranjeros, entre bohemios, búlgaros y rumanos. Estos no se eslavizan fácilmente, por ser poco asimilables. Los



La Mezquita de Salónica. (Dibujo de Karl Girardet.)

serbios tienen todos un aspecto militar, y sus mujeres visten como las orientales, con una inmoderada exhibición de joyas.

Hacia los serbios de Serbia dirigen la mirada los patriotas que quieren reconstituir la antigua Yougo-Eslavia, pero es difícil formar un pueblo unido con griegos católicos y mahometanos.

Sin embargo, dicen: *Sama slogo spasiva Srbi*. «Sólo la unión puede salvar á los serbios.» Usan la lengua eslava mejor conser-

vada idioma robusto, sonoro, abundante en disonancias. Este primer idioma de la familia eslava, fijado por una obra literaria, que es la primera traducción eslava de la Biblia, se hablaba en Serbia, en Moesia, en Carniola y en otras partes, entre yougo-



Campeſinos de Albania. (Dibujo de Roujat.)

eslavos. Se le considera, sin razón, como el padre de los idiomas eslavos y no es más que el hermano mayor. Los serbios profesan la religión griega.

Su capital es Belgrado (Ciudad Blanca), modesta ciudad de 36.000 almas, en la confluencia del Danubio y del Save.

IX

Principado de Montenegro.

Montenegro debió llamarse así por los grandes pinares que poseía; pero ahora han desaparecido abetos, pinos y encinas, y su nombre resulta falso.

Sus hijos los eslavos le llaman Tsrnagora y los turcos Kara Dagh, y ambos términos significan también Montaña Negra.

Es un magnífico nido de águilas, cuya extensión se ha duplicado desde las victorias de los montenegrinos sobre los turcos en la última guerra de Oriente. Aun así, apenas tiene 903.000 hectáreas con 250.000 hombres, 27 ó 28 por kilómetro cuadrado. Este hacinamiento calizo se apoya en el Kom y en el Dormitor (2.448 y 2.528 metros), formando un caos de rocas hendidas, de lomas peladas, de alfoces donde no susurran los manantiales. A trechos vierte alguna fuente un arroyo azul que se esconde debajo de tierra, ó mejor dicho, debajo de la piedra, porque tiene poco terreno laborable el Montenegro, sobre todo en los dominios anteriores á la anexión. El país alto es de una aridez, desnudez y dureza tan prodigiosas, que no posee más que cuatro campos cultivables con una anchura media de un kilómetro. Al acaso crecen patatas, cebada, avena, trigo y centeno entre rocas desmoronadas, en la poca tierra que alguna tormenta ha llevado á una hondonada y en fragmentos de aluviones secos que suelen tener de 10 á 20 pies de longitud. Y gracias que las ráfagas salvajes no barren la simiente enterrada entre el mantillo sediento. Bien pueden trastornar el terreno los huracanes que soplan en este país, los cuales arrebatan el techo á las chozas expuestas á su furor y obligan al montenegrino á cubrir el tejado con pesados troncos sujetos con pedruscos. El montenegrino de las alturas no puede contar más que con barrancos hondos, con pastos escasos, con algunos arbustos y árboles torcidos por el viento. El de la falda de la montaña, cerca del lago de Scutari, no vive tan molesto por los aires. Posee mejor clima, prados, cañadas alegres y bosques verdes. Su hermano de las cumbres, es el que cuenta que una vez bajó Dios del cielo cargado con un saco lleno de enormes piedras que iba repartiendo equitativamente por todos los valles del mundo, cuando se rompió el saco encima de Mon-

tenegro y por esto aparece tan quebrado. La capital es Cettinje (1.200 habitantes), que está á más de 1.100 metros de altura, y en ellan viven patriarcalmente los príncipes del Montenegro. Podgoritza, ciudad mayor, en la tierra baja, tiene unas 6.000 almas.

X

Reino de Rumania.

Por uno de los más memorables ejemplos de la injusticia de los fuertes, los rumanos, que acababan de salvar á los rusos delante de los muros de Plewna, fueron despojados por Rusia de los territorios besárabes que poseían más allá del Pruth, y en cambio han recibido, desde el Danubio hasta el Mar Negro, la Dobrudja, estéril y creadora de calenturas. A consecuencia de este trueque forzado, tiene Rumania unos 13 millones de hectáreas con 5.400.000 habitantes; 14 por kilómetro cuadrado.

Se compone de dos antiguos grandes ducados, que eran gobernados por un *hospadar* cada uno: la Valaquia, al Mediodía de los Carpatos, hasta el ancho Danubio; la Moldavia, al Este de las mismas montañas, junto al Sereth y hasta el río Pruth, maldecido por los cantos populares, porque siempre ha dado paso al conquistador, á la peste, al viento del Nordeste y á la langosta de las estepas, ó sea á cuatro plagas mortales.

Rumania, apoyada en los Carpatos, posee toda la corriente inferior del Danubio, en la orilla izquierda. La derecha es serbia y luego búlgara hasta entrar en Dobrudja, donde el río se convierte completamente en rumano en las dos orillas. De los ríos que traga el Danubio durante los 85 kilómetros de su viaje valaco, el más hermoso de los afluentes, aparte del Sereth moldavo y del Pruth bucovinio, moldavo y besárabe, es el Olt, procedente de las altas llanuras de Transilvania, y que baja por los desfiladeros de la Torre Roja.

La inmensa llanura valaca, cubierta de pilas de heno, da al Occidente gran provisión de trigo, cuando la langosta no se come las espigas. Subiendo á lo largo de sus ríos, sombreados por álamos y sauces, se llega al viñedo y después á los Carpatos, á los cuales debe Rumania una altura media de 282 metros á pesar de sus muchas tierras bajas. Sin perder de vista su opulenta llanura, que viene á ser el Piamonte y la Lombardía de Oriente, se trepa por

montañas preciosas, Alpes sin lagos y sin ventisqueros, con torrentes claros, entre abedules, abetos, castaños, hayas y encinas y con cavernas donde duerme el oso su sueño invernal. El Negri, que es la cumbre más alta, cerca de los manantiales del río de Bucarest, se eleva á 2.543 metros, al Sudoeste, no lejos de Fogaras, ciudad



Mendigos valacos. (Dibujo de A. Neuville.)

transilvánica, junto á la cual se dice que viven los rumanos de la raza más pura.

Los rumanos, como es sabido, no están sólo en Rumania. En ésta vive la mitad de la nación, y la otra mitad ocupa: en Austria, la mayor parte de la Transilvania, varios distritos húngaros, y el Sur de la Bucovina; en Rusia, vastos distritos de Besarabia y de Podolia;

y aparte de esto, cantones de Serbia, rincones de Bulgaria y montes y valles de la península greco-eslava, sobre todo en la región del Pindo, con el nombre de Vlacos ó Valacos, Macedo-Vlacos y Kutzo-Vlacos.

Supónese que esta raza se formó durante los últimos siglos de la dominación romana, por la mezcla de tribus (fueran ó no dacias), con los colonos italianos y galos transportados á Dacia por Trajano, después de la conquista de las llanuras del amarillento Ister ó Bajo Danubio, por las legiones acostumbradas á vencer.

Los Macedo-Vlacos provienen (según ciertos sabios) de los colonos latinos que Aureliano hizo pasar de la Dacia á la Mesia, es decir, de la orilla septentrional á la meridional del río, cuando al declinar el imperio, tuvo que ceder la Rumania actual á las naciones guerreras del Norte, y tomar por límite el agua que había atravesado el glorioso Trajano.

Los rumanos, que son de religión griega, hablan el rumano, lengua muy diferente de los idiomas eslavos y del húngaro que lo rodean, y muy semejante á las lenguas latinas, aunque no le faltan raíces eslavas, pues el eslavón eclesiástico fué lengua religiosa y literaria de la nación hasta 1643. Pero casi todas sus palabras vitales son de procedencia latina, y los escritores rumanos van proscribiendo cada vez más las palabras eslavas para sustituirlas por otras neolatinas, como los españoles se deshicieron de muchos vocablos árabes.

Por esas raíces eslavas y otras griegas (tomadas durante el tiempo en que oprimían el país los fanariotas, administradores del Sultán) se distingue el rumano de las demás hablas neolatinas. Unas doscientas palabras, que no se sabe á punto fijo de dónde proceden, deben ser herencia de los dacios ú otros autóctonos.

Mucha savia ha necesitado el lenguaje rumano para triunfar de tantos idiomas que se le han querido sobreponer.

Habla este idioma una nación tenaz para vivir. Establecida junto al Danubio, entre Carpatos y Balkanes, muy raro es que no haya desaparecido entre los godos, gépidos, alanos, hunos, magyares, tártaros, turcos, bizantinos y eslavos, entre tan agitado mar de gente que aún no ha entrado en reposo. Los rumanos no han perdido, ó más bien han recobrado el dominio del terreno, y forman hoy una masa de 8 ó 9 millones.

Separada, por desgracia, de su mejor reserva de hombres que está en Austria, con millones de hectáreas pisadas por el talón del ruso y con hermanos dispersos por todo el triángulo de la península greco-eslava, la tierra rumana no tiene gran esperanza de reconsti-

tuirse en totalidad; pero, sin embargo, «*Rumanul no pere*». «El rumano no muere».

La raza rumana, de carácter meridional, tiene hermosura y gracia, y sus mujeres son encantadoras; pero en Rumania la debilita la miseria, la diezman las calenturas, la enflaquecen la *mamaliga* ó gachas de maíz, y los 194 días anuales de ayuno religioso, en un clima calurosísimo en verano y glacial en invierno. Cuando sopla el Nordeste, baja la temperatura de Bucarest á 25° bajo cero ó sube á 45°. La Naturaleza es más clemente cuando se deja la llanura y la ribera pantanosa del Danubio, yendo hacia los Carpatos. La montaña y las mesetas transilvánicas, donde la gente habla rumano y es robusta y fecunda, refuerzan incesantemente el número de sus hermanos de la tierra baja.

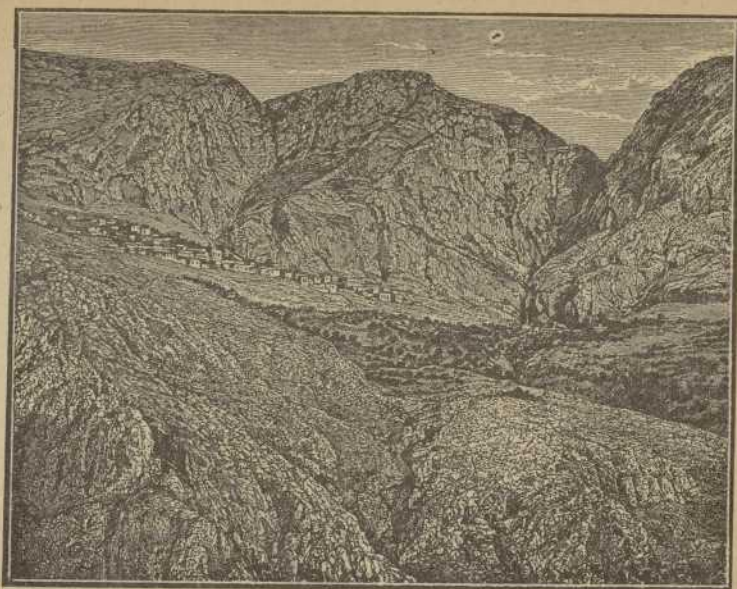
La octava parte de Rumania no es rumana. Viven allí 400 ó 500.000 judíos, elemento odiado, compuesto en parte de usureros, taberneros, negociantes y obreros de todos los oficios, que suelen hablar una endiablada jerga alemana. Hay unos 200.000 bohemios que se van rumanizando, y de 80 á 100.000 eslavos, que se rumanizan también, lo mismo que los húngaros que van á Rumania para buscar trabajo en las ciudades.

Bucarest es la capital (221.000 habitantes), á 90 metros de altura, junto al Dimbovitza, afluente fangoso del Danubio. Jassy con 90.000 habitantes, antigua metrópoli de Moldavia, está á orillas de un tributario del Pruth. Galatz, puerto del Danubio inferior, entre los confluentes del Sereth y del Pruth, tiene 80.000 almas.

La ciudad que fué capital de aquel Esteban el Grande, que ganó 40 batallas á los enemigos de su raza, está ahora fuera de la Rumania actual, en Suciava (Bucovina). También fué en Austria, en la Transilvania, donde quiso en 1784 el campesino Hora, titulándose «emperador de Dacia», reconstituir la Gran Rumania.

El pueblo de las campiñas rumanas guarda con un respeto supersticioso el nombre del español Trajano, el emperador de Roma que conquistó al país. Todas las obras antiguas, y hasta las montañas y los desfiladeros, se atribuyen al «padre Trajano». Cuando truena creen los campesinos que el «señor Trajano» anda por el cielo. La vía láctea es para ellos «el camino de Trajano». Entre los rumanos del campo abundan las creencias en brujas y demonios, y persisten extrañas supersticiones. Cuando muere uno de ellos, colocan junto al cadáver el bastón que le servirá de apoyo al pasar el Jordán; una moneda para gratificar á San Pedro, que le abrirá las puertas del cielo, y además pan y vino para el viaje. Si el difunto tiene los cabellos rojos, es seguro que volverá por las noches en

forma de perro, de rana, de pulga ó de chinche, y que entrará en las casas para chupar la sangre de las muchachas hermosas. Con el deseo de evitar esto, clavan con muchos clavos el féretro, y además atraviesan el pecho del cadáver con una cuña.



Vista de Delfos. (Dibujo de Sorrien.)

GRECIA

I

La antigua Helenia.

Se han cumplido dos de los deseos de Grecia, que eran inmensos, infinitos. Inglaterra le ha entregado las islas Jónicas y Europa ha obligado á Turquía á que le devuelva la Tesalia y un distrito del Epiro; pero ni Europa ni Inglaterra le entregarán los grandes valles de Tracia y de Macedonia, que desea con ardor, ni tampoco á Constantinopla.

Tiene ahora 6.469.000 hectáreas con 2.200.000 habitantes; 34 por kilómetro cuadrado.

Talada, descarnada, calcinada, decaída de su fecundidad lo mismo que de su gloria, la antigua Helenia ha perdido la poesía, el arte, la ciencia, la sabiduría y los templos. No se encuentra de aquella Grecia más que el olivo, alabado por Sófocles, «el árbol de verde color sombrío, que nunca se atreverá á arrancar ningún cau-

dillo, ni joven ni viejo, pues lo protege la vigilante vista de Minerva». También queda lo que el hombre no puede dominar ni profanar: sol cálido, cielo sereno, mar azul, líneas puras. Pero las ciudades hermosas han desaparecido casi todas, sin dejar más que su imperecedera memoria; mármoles armoniosos, muros y fragmentos de edificios, monumentos respetados por los siglos, templos, acrópolis, pórticos dorados por el divino Oriente.

Grecia no posee en Europa y en Asia más que una parte del territorio continental y otra parte de las islas que conservan la lengua griega. Una mitad de la nación que habla el *romaico* ó griego moderno, vive fuera del reino, desde Salónica hasta Chipre, de Constantinopla á Creta.

La actual Grecia es un resto muy reducido de lo que dominaron los helenos, porque aquel pueblo colonizador fundó Helenias pequeñas en la mayor parte de las riberas del mundo antiguo: en Tracia, en Macedonia, en el Adriático, en Sicilia, en la Italia meridional, en Provenza, en Cirenaica, en el Bajo Egipto, en todas las islas del Mediterráneo oriental, en Asia menor y hasta en la Bactriana. Tres veces emprendieron colonizaciones lejanas. De 1200 á 1100, antes de Jesucristo, se establecieron en Asia Menor. De 750 á 650 poblaron la Gran Grecia. Después de las conquistas de Alejandro se esparcieron algo esporádicamente por el inmenso Oriente y por Egipto, y además el genio helénico resplandeció en Cirene, en Tarento, en Siracusa, en Pérgamo y en Alejandría, lo mismo que en Atenas y en Corinto. Más adelante fué Bizancio colonia griega, conservando el depósito de la sabiduría antigua. La Helenia, que fué la institutriz de los romanos, influyó en Oriente con su arte y su doctrina, como Roma transformó el Occidente con sus armas, su centralización y su derecho.

Grecia comprende hoy un trozo continental, una península é islas.

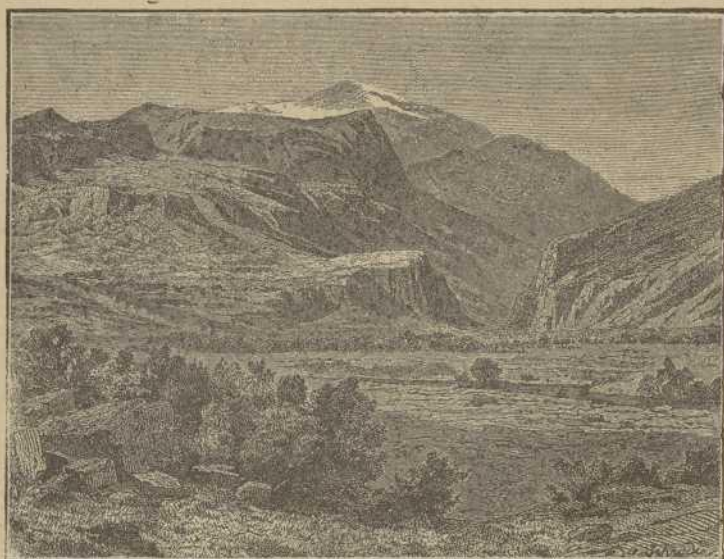
II

Hélada ó tronco continental.

La Hélada abarca una extensión de 3.325.000 hectáreas, con unas 330.000 almas, 25 por kilómetro cuadrado. El Mar Egeo, llamado Blanco por los griegos, el Mar Jónico y el golfo de Corinto bañan esta comarca, repartida entre seis monarquías ó go-

biernos: Larisa y Tricala en Tesalia, Arta en Epiro, Acarnania-Etolia, Focida y Atica-Beocia.

Es Tesalia el país de las antiguas leyendas griegas. Allí amontonaron los Titanes, para escalar el cielo, el Pelión (hoy Plesidhis, 1.618 metros) sobre el Osa (hoy Kisovo, 1.954 metros); allí vivían los centauros, hombres-caballos; de allí salieron los argonautas para buscar el vellocino de oro. Llega desde el golfo de Salónica hasta el Pindo, masa montañosa de cuyas cumbres se ve el Adriático y donde verdeguean pinos y hayas. Grecia cuando Aquiles el



El Parnaso. (Dibujo de Schrader.)

de los pies ligeros reinaba en Larisa, cuando Jerjes forzó las Termópilas, cuando Filipo y Alejandro la atravesaron para vencer á Atenas y á Tebas, todavía es griega esta comarca y justo es haberla colocado entre las provincias del reino helénico.

Su río, que se llama hoy Salembria, se llamó Peneo. Hijo del Pindo pasa por un país de rocas, caprichosamente esculpidas por los elementos.

Los monjes griegos han edificado conventos en los picos y agujas menos accesibles de esta Tebaida de piedra. Allí, contemplando, durmiendo y murmurando oraciones inútiles, no se comunican con el resto del mundo más que por medio de una cuerda larga, y

un cabrestante que suben el pan, el vino y el agua. Procedente de fuentes claras, sigue conservando su limpidez el Peneo en la gran llanura de Tesalia, que es ahora lo más fecundo de Grecia. Al salir de la llanura que fué lago, se abre un camino pintoresco entre las rocas rojas del Olimpo y del Osa, donde algún terremoto abrió una brecha que se tragó el agua de la laguna. Este corte del Salembria es el Likostomo ó Boca de Lobo, algo falta de luz, y fué en otros tiempos la cañada del Tempe, tan cantada por los griegos y luego por los latinos, como el punto más hermoso de la tierra.

En Tesalia, además de los griegos mezclados con eslavos y rumanos del Pindo, hay numerosos turcos en las ciudades próximas al Osa y sobre todo en la llanura. No tardarán en helenizarse, á lo menos en el idioma, imitando á los Macedo-Vlacos desnacionalizados por los helenos. Larisa (14.000 habitantes) es la ciudad más importante de Tesalia.

El resto de Grecia continental, país sin llanuras ni valles anchos, creado por la naturaleza más bien para pequeñas tribus rivales que para un gran pueblo unido, es un dédalo confuso de montañas de 1.000 á 2.500 metros, que han perdido sus nombres armoniosos. El Khiona (2.512 metros) domina algo el Parnaso. Al Noroeste, el Parnaso (2.459 metros) hoy Liakura, domina el pueblo albanés de Kastri, que fué Delfos, oráculo famoso y «ombbligo del mundo». La montaña en que Hércules erigió su pira, el Olta (2.153 metros), cuyos bosques de encinas contemplan las Termópilas, se llama ahora Katavothra. El Helicón (1.749 metros), próximo al golfo de Corinto, se llama Paleo Vuno ó Monte Viejo. El Citerón (1.411 metros), al Sur de Teba, se llama Elateas.

Acarmania y Etolia, al Norte del golfo de Corinto, se diferencian mucho de la Grecia ática y beocia. Tienen tierras verdes en vez de rocas bravas, y sacan de sus montes fragosos, de sus frondosas selvas y de sus lagos, bastante agua para formar verdaderos ríos. Por allí corre el rápido Aspro Potamo, el antiguo Aquelvo, río caudaloso en todas las estaciones y el primero del reino antes de la anexión del Peneo. Recibe por un tributario cenagoso las aguas del hondo Vrakori, antes Trikonis, lago de 50 kilómetros de circunferencia. Los rebaños arruinan los pastos etolios y acarnienses, y los robustos habitantes de ese áspero país disputan á los mainotas del Peloponeso y á los espakiotas de Creta la gloria de conservar más pura la sangre helénica.

La Fócida da al canal de Eubea, que conduce al mar de Oriente y al Golfo de Corinto, el cual lleva al mar de Occidente. Allí brilló Delfos, santuario del mundo griego. La Phthiotida es la fresca

cuenca del Hólada, antes Sperchios, el cual, cegando con aluviones el golfo de su desembocadura, ha hecho del desfiladero de las Termópilas una llanura bastante ancha para que puedan maniobrar ahora grandes ejércitos.

La Beocia, como la Fócida, va de mar á mar. Tiene á Tebas y antes tuvo al Copais, vasto estanque de llanura, frente al Ptons de rocas derechas, al Parnaso y á Helicón. El Cefiso y el Hercino, fresco cristal nacido en las fuentes del Olvido (Leteo), y de la llanura (Maemosina), lo acrecentaban con sus corrientes, y sin comunicación visible con el mar se vaciaba más ó menos, según la obstrucción de los abismos, por veintitrés bocas oscuras de un camino cavernoso hasta llegar á las grandes fuentes del litoral. Hoy ha sido desecado, pero tal vez imperfectamente.

El Atica inmortal, el país de Atenas, entre el mar Egeo y el golfo de Corinto, forma como una península que se une con la Morea.

III

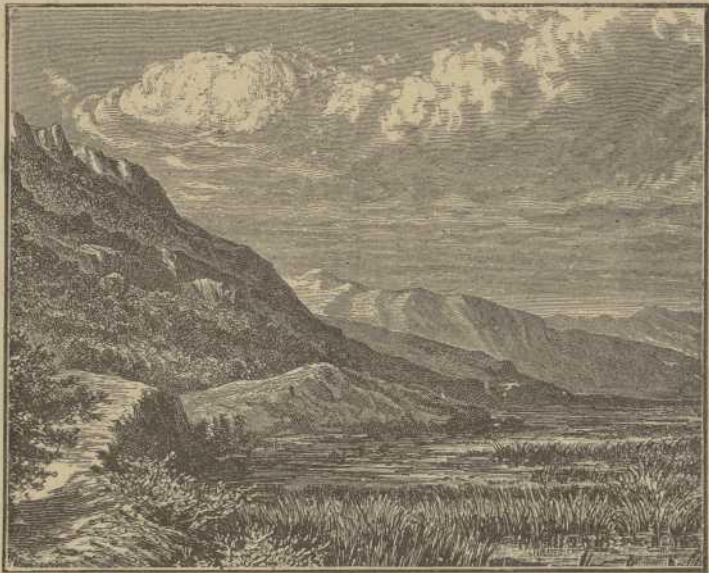
Peloponeso ó Morea.—Arcadia.

El istmo de Corinto que junta al Atica con la Morea ó Peloponeso, será cortado para que se unan los mares Egeo y Jónico. El canal está empezado y no tardará en acabarse, en el mismo sitio donde Nerón intentó verificar la misma obra. Nerón quería unir á Roma más íntimamente con Atenas «la Gloriosa», que había sido la capital de la Inteligencia. No hay que perforar montes como en América Central, ni socavar inmensos arenales como en Suez. Las cordilleras de la Hólada no se enlazan con las de Morea por medio de recia montaña. En el istmo hay depresión, cuya altura no pasa de 40 metros, y no median más que 5.000 entre golfo y golfo.

En el arranque del istmo, en la base de los montes de Morea, está Corinto, que tuvo 500.000 habitantes, tantos como toda el Atica y tres ó cuatro veces más que Atenas en tiempo de Pericles. El golfo al cual ha dado su nombre, y que también se llama de Lepanto, se extiende entre la Hólada al Norte y la Morea al Sur, en un espacio de 125 kilómetros, con anchura muy variable; dos kilómetros á la entrada y 35 kilómetros en lo más ancho. Domínanlo montes elevados al Septentrión y al Mediodía. Se abre al mar Jónico en el golfo de Patrás, delante de Missolonghi, trágica por los

recuerdos de la guerra de la Independencia griega, y donde murió lord Byron.

La Morea tiene 2.220.000 hectáreas con 830.000 habitantes escasos, pero posee pueblos de soberbios nombres y grandes recuerdos, la opulenta Corinto; la antigua Argos, cuyo nombre llevaron los griegos, pues los poetas los llamaron argiros, así como acayos, danaos y helenos; Epidauro y el Santuario de Esculapio; la antigua Sicyone, madre de pintores; Trezena, Tinthyris, cuyos muros



Desfiladero de las Termópilas. (Dibujo de Lancelot.)

ciolópeos tienen 25 metros de espesor; Micenas, llena de crímenes; Mantinea, hondonada central de la península, donde se dieron grandes batallas; Tegea; la Invencible Esparta; Mesena indomable; Pylos, patria del sabio Nestor; el bosque de Nemea, el pantano de Lerna, el lago Stinfalico, el Alfeo, el Eurotas, la Estigia, el Liceo, el Ménalo y el Erimanto.

La antigua isla de Pelops no debe el nombre de Morea á la semejanza de su contorno con el de la hoja de la morera, ni al término eslavo *More* (Mar), ni á la intervención del nombre de Romaia, país de romanos, que en este caso quiere decir griegos. Probablemente se llama así por una aldea de pescadores, Murja, en la costa

de Elida. El Peloponeso, de 600 metros de altura media, tiene tantos montes y tan grandes como la Hólada. El antiguo Taigeto, llamado también Cinco Dedos, llega á 2.048 metros. Menos altos son: el Cileno, el Kelmos, el Olonos (que fué el Erimanto), el Ménalo, el Parnon y el Diaforti.

Fórmanlos esquistos, mármoles, rocas calizas con simas por las cuales bajan las aguas del interior hasta la mar, para surgir junto á la orilla ó dentro del Océano, padre de los hombres y de los dioses. Mantinea, Tegea, Fenea y otras poblaciones con nombres grandes en la literatura, pero pequeñas en la realidad, están situadas en hondonadas sin corriente visible, en las altas mesetas de Arcadia, tan ponderadas por los antiguos como patria de pastores cándidos y dichosos. Es posible que aquellos habitantes de la Arcadia, amantes de bosquecillos, céspedes y fuentes, y aficionados á tañer la flauta, fueran como los de hoy, patanes toscos que emigraran para huir de la miseria y de las calenturas propias de la meseta, pues las aguas se estancan y corrompen entre las rocas.

El lago de Fenea, que es el mayor, de aspecto sombrío, se extiende y se encoge en millares de hectáreas, á 750 metros de altura, al pie de siete montes piramidales, cubiertos á trechos de pinares. Un canal subterráneo lleva sus aguas al río mayor del Peloponeso, al Ladón, al cual afluye el célebre Alfeo. Otro río corre al Norte hacia el golfo de Corinto, con el nombre de Mavro Nero (Agua Negra), ó Drako Nero (Agua del Dragón). Nace entre nieves y cae bruscamente desde una altura de 60 metros. Los antiguos lo consideraban como río infernal y lo llamaban el río Estigio, río de nueve recodos y muy hondo, cuya inmovilidad tenebrosa cortaba la barca del fatal Caronte transportando á las almas.

En Morea hay cinco monarquías.

Acaya-Elida, al Noroeste, en el golfo de Corinto, el golfo de Patrás y el mar que besa las playas de Zante. Allí están el monte Erimanto, el Peneo y el puerto de Patrás.

Mesenia, al Sudoeste, recuerda á Mesena la heroica. Posee el Pirnatza, antes Pamisos, con soberbios manantiales.

Laconia, al Sur, es el país de los montes más altos del Peloponeso. Allí está el Taigeto, que domina á la inmortal Esparta, y la cañada del antiguo Eurotas, hoy Iri, torrente escaso. Al Oeste de su desembocadura brota el Vasili Potamo ó Río Real, de 10 kilómetros de longitud. Ambos mueren en el hermoso golfo de Laconia, formado por dos promontorios hermosos. El del Oeste acaba en el Cabo Matapán; el del Este en el Cabo Maleo.

Argólida-Corintia, al Nordeste, une la Hólada con el Peloponeso y da á los tres golfos, de Corinto, de Egina (con sus islas de Egina y Salamina), y de Argos ó Nauplia, cuyo primer nombre procede de la ciudad de Agamenón, rey de reyes, y el segundo, de un puerto moderno.

Arcadia está junto al mar, en el golfo de Argos. Lo restante de su contorno es continental, si se puede aplicar á un país tan pequeño como el Peloponeso, un vocablo cuya alma es la palabra continente, que suele evocar la idea de una grandeza maciza. En la meseta central de la península está la cuna de su río mayor, el Rufia, cuyo caudal ordinario es de 40 metros cúbicos por segundo.

IV

Islas.

Las islas que ocupan 925.000 hectáreas, con 375.000 almas, son las Eubea, las Espóradas, las Cícladas y las Jónicas, antes República Septinsular.

La montañosa Eubea, ó Negroponto (420.000 hectáreas, 103.000 habitantes) tiene 175 kilómetros de largo por 8 á 40 de ancho. El Delphi (1.743 metros) es el mayor de sus montes calizos, pelados al Sur, verdes al Norte, y señala el centro de la isla. La capital es Calcis, madre de muchas colonias, y el canal que separa á Negroponto del continente es bastante estrecho.

Las Espóradas, es decir, las dispersas, son más bien islotes que islas, al Nordeste de Eubea. La menos pequeña se llama Skiros.

Las Cícladas se llamaron así porque formaban su círculo alrededor de Delos, y son calizas ó volcánicas, abrasadas por el sol, peladas y sin fuentes. Sus griegos llevan en las venas sangre italiana y sangre turca. La monarquía que forman tiene 132.000 habitantes en 269.500 hectáreas. Al Norte y prolongando á Eubea allende el estrecho de Doro, está Andros (donde habitan albaneses y griegos), con un monte de 970 metros. La risueña Tinos es como una prolongación de Andros. Syra ó Siros, la más poblada de las Cícladas, gracias á la comercial Herumpolis, es un gran peñón sin árboles. Dili fué Delos, rico tesoro y santuario venerado de Apolo. Nacia ó Naxos, que es la mayor y la más bonita y fértil, tiene montañas de 1.000 metros de altura.

Las familias principales de esta isla, llena de recuerdos del tiempo de las Cruzadas, tienen sangre veneciana y francesa. Paros es famosa por sus mármoles, Antiparos por su gruta, hiperbó-

licamente ponderada. Santorin, roca sin árboles abundante en viñas, domina al Oeste, con sus escarpas de 390 metros, un golfo semicircular, separado en parte de alta mar por las fragosidades de Terasia. Esta, que es una roca abrupta entre aguas profun-



Un griego (Dibujo de Ronjat.)

das, tiene tres chimeneas volcánicas, Paleo Kaimeni, ó «la Vieja quemada»; Mikro Kaimeni, ó «la Pequeña quemada», y Neo Kaimeni, ó «la Quemada nueva». Milo, también volcánica, tie-

ne la hermosa bahía de Kastron, antiguo cráter, y es famosa por la Venus y otras estatuas antiguas encontradas en su suelo.

Las siete islas Jónicas (234.500 hectáreas), están bastante pobladas y tienen un habitante por cada hectárea. Sin embargo, los montes calizos, cuya sombra se proyecta sobre el mar Jónico y el Mediterráneo, presentan laderas desnudas al sol del Epiro, de la Hélada y del Peloponeso, y en todo el archipiélago no hay más que un arroyo que conserve agua todo el año. Los venecianos fueron dueños de estas islas mucho tiempo, así es que sus habitantes, con menos mezcla de sangre eslava, albanesa ó turca que los griegos continentales, la tienen italiana y hasta 1830 fué el italiano lengua oficial de los jonios. La más septentrional de estas islas es Corfú, antes Kerkira, y ve de cerca los montes del Rayo, que son los Acroceraunios de los antiguos griegos. Corfú no tiene más que una cima de 914 metros, magnífico mirador que ostenta el soberbio nombre de Pantocrator (dominador de todo). Su capital, Corfú, es la quinta ciudad de Grecia. Paxo, isla próxima, es la más pequeña, con 500 habitantes. Leucada ó la Blanca, está separada de Acarnania por un canal poco profundo, vadeable en la marea baja. Es como otra Eubea en la opuesta ribera griega. Al Sur, frente á Cefalonia, fué célebre uno de los cabos de Leucada, por los muchos desesperados, verdaderos ó legendarios, que desde él se arrojaban al mar. Cefalonia, la isla de los trescientos pueblos, sacudida por los terremotos, sustenta el monte jónico más alto: el Elato, de 1.620 metros, y es la mayor del archipiélago. Muy seca, sin un solo manantial, extrae del mar, junto á Argostoli, dos riachuelos que mueven molinos y se esconden en cavernas, sin que los sabios hayan podido ponerse de acuerdo respecto á su paradero. Tiaki fué Itaca, patria del «pastor de los pueblos», ó sea Ulises, el más griego de los griegos, al cual nunca se le pillaba desprevenido. Valeroso, brillante y hábil orador, su «divina» sabiduría era muy parecida al embuste. En su tiempo, en la áspera Itaca (á la cual llamaba él «risueña»), había en el Nerito (807 metros), «cuyo follaje hacía ondular el viento» bosques amados por los rebaños del «porquero divino». Aunque pequeños, daban aquellos bosques una sombra, que ya no existe, al valle por donde guiaba sus rebaños el anciano Eumeo. Desde aquel tiempo han desaparecido las arboledas de Itaca.

Zante, «fior di Levante», como la llaman los italianos, encantadora y fértil, teme las sacudidas del suelo. Como Cefalonia é

Itaca, es un enorme viñedo de uvas de Corinto. En Zante nació el poeta italiano Hugo Foscolo.

Córigo (la antigua Citerea), más próxima á las Cícladas que sus seis hermanas, se yergue delante de la península del Cabo Maleo. Es una tierra pelada, en la cual nada recuerda á la antigua Citerea, amada por Venus, más que el cielo y el mar azules.

V

Los griegos. ¿son griegos ó eslavos?—El Magno.

Los griegos de otros tiempos salieron de un crisol donde se habían fundido elementos que conocemos poco y mal. Los de hoy no se parecen mucho á la raza que dió cultura al mundo antiguo, y cuyos poetas, escultores y arquitectos sobresalen entre todos.

Tanta matanza ha habido en aquel escaso terreno, tantas razas lo han atravesado desde hace mil quinientos años, que la sangre helénica se ha perdido indudablemente entre otras extrañas. Según ciertos sabios, los griegos actuales son mezcla de serbios, albaneses, rumanos, italianos, malteses, judíos, bohemios, turcos y griegos. Sean ó no hijos de los helenos, han conservado el idioma de sus obras maestras, pero han variado muchos vocablos y la pronunciación antigua. Los etolios, los spakiotas y los montañeses del Magno ó Maina, son los griegos menos adulterados.

El Magno ó Maina domina el Eurotas, fondo del valle donde se engrandeció Esparta con sus leyes severas, su gimnástica y su espíritu de ciudadanía, y al mismo tiempo es dominado por el San Elías, cumbre suprema del Taigeto.

Pocas cordilleras hay tan majestuosas como este Mont-Blanc de los espartanos. Visto desde las olas que se estrellan en sus promontorios, el Taigeto es sublime y parece inmenso. Entre los antiguos pasaba por ser una de las cimas más elevadas de la tierra. Sus laderas más fragosas dan al Mediodía, sobre el cabo Matapán, el antiguo Tenaro, tan atacado por las tormentas que los helenos lo creían entrada del infierno y todavía se le llama «mata hombres».

El Magno es una mezcolanza de mármoles y pórfidos, cuyas puntas sustentan fortalezas, atalayas y muros traidores junto

á precipicios. Con razón se le ha llamado Monte Malo y del Mal Consejo, pues es una tierra de venganzas peor que la misma Córcega.

Este país está lleno de nombres esclavos. Junto á Esparta, junto á su rival Mesena (madre de Mesina y patria del héroe que perseguía á los lacedemonios por los campos de Esteniclarios), y hasta en la cima de los montes se encuentran nombres como Tsernagora, Tsernitsa, Krakova y Varsova. ¿Dónde buscaremos á los helenos si no existen ni siquiera en el Magno, fortaleza natural de prodigioso poder, mundo fragoso lleno de abismos, al extremo de una península muy quebrada, á la cual se entra por un istmo estrecho?

Los griegos son los hombres más ingeniosos de Oriente y no los menos arrojados. En el primer tercio del siglo XIX pereció más de un Leónidas en los estrechos de la Hélada. No eran griegos todos los héroes que murieron por la libertad de Grecia. Muchos fueron albaneses y había entre ellos aventureros de todos los países, «hambrientos y sedientos» como Byron, el más grande de todos.

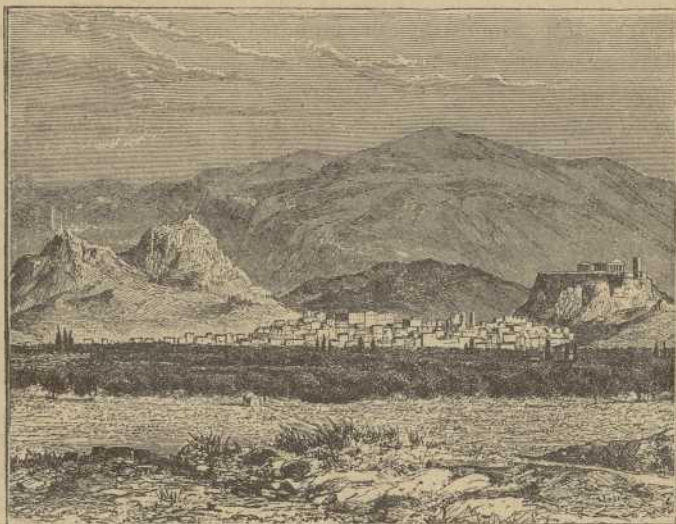
Ahora, más que artistas, poetas, filósofos y sabios, produce la Grecia comerciantes y marinos, ya que no colonizadores como en otros tiempos. Se encuentra á los griegos en todo Oriente como á los judíos y armenios, allí donde se pueda ganar una fortuna, en las riberas turcas, en el Danubio, en Odessa, en Constantinopla, en Asia Menor, en Egipto y hasta en Marsella. Son banqueros, prestamistas, chamarileros, cafeteros, médicos, intérpretes ó agentes de cualquier administración alta ó baja. Juvenal dijo: «Aconseja á un griego sin dinero que suba al sol, y subirá.»

A pesar de tanta actividad, á pesar de su agudo ingenio, de su afán de instruirse, de su altivez griega y de su respeto al honroso abolengo que les da cierto empaque para las grandes cosas, parece que el porvenir no proporcionará á este pueblo brillante todo cuanto espera. Los esclavos no le entregarán á Constantinopla. Cinco millones de hombres no pueden gobernar el Oriente, aunque descendan por línea recta de Temístocles ó de Alejandro.

Los albaneses son un gran elemento de la Grecia moderna. Se los calcula en 150.000 ó 200.000; la 11.^a ó 15.^a parte de todos los habitantes del reino. Tienen sus poblaciones mayores al Norte de la tierra helénica, en Epiro, al Septentrión del golfo de Lepanto, en Beocia, Sur de Eubea, y Atica; pero también los hay en el Peloponeso y hasta en ciertas islas del archipiélago, como en Andros, Hidra y Spezia. A pesar de ser tan numerosos, á pe-

sar de su savia nativa y de su fuerza bárbara, ningún griego teme verlos formar un Estado dentro del Estado, aunque reciban muchos refuerzos de las montañas donde reside la raza de los Chkipetaros. Tienen más musculatura, más osadía, más ardimiento, más brutalidad que los helenos, pero reconocen instintivamente la superioridad cerebral del pueblo en el cual viven, y poco á poco van abandonando su propio idioma, varonil y duro.

Además, la guerra de la independencia, en la cual comba-



Atenas y el monte Elimeto. (Dibujo de Taylor.)

tieron juntos contra el turco, originó entre ambos pueblos una comunidad histórica. Después de las mismas iras y del mismo triunfo se abrazaron como hijos de la misma madre. El griego no gasta ya la clámide que vestían sus semidioses. Lleva traje albanés, gorro, pantalón bombacho y botas altas en vez de las antiguas sandalias.

Casi todos los griegos profesan la religión griega.

VI

Ciudades.

Tiene Atenas 107.000 almas; 142.000 con su puerto el Pireo. Irrespetuoso y loco fué quien discurrió edificar la moderna ca-

pital de Grecia en el terreno sagrado de la ciudad de Pericles, junto á dos arroyos que se secan en verano, aunque sus nombres de Ilisso y Cefiso sean grandes para nuestra imaginación. Debíó construírsele á orillas del mar, en el golfo de Egina, en el puerto del Pireo, y no colocar al pie del Partenón la insignificancia de nuestras ciudades modernas.

No hay río, bahía, llanura fecunda, montañas minerales, carreteras comerciales, ó inexpugnable ciudadela que aconsejasen edificar la Atenas moderna en el solar de la Atenas antigua. Su lugar era el Pireo, y mejor habría sido hacer á Corinto capital de Grecia.

Atenas es inmortal por sus grandes obras arquitectónicas. Además de las ruinas del Partenón que cubren la meseta de la Acrópolis, donde los navegantes del golfo de Eguina (Egina) veían brillar á lo lejos la lanza de oro del Azíneon Prómajos (Palas Athenea), se elevan otros monumentos también del gran período del arte, el *Erejzión* y los *Propíleas*. Fuera de la ciudad se levanta el Zisión ó el templo de Teseo, el edificio mejor conservado que nos queda de la antigüedad griega. Cerca del Ilissós, un grupo de columnas recuerda la magnificencia del templo de Olimbiú Dios ó de Júpiter Olímpico, cuyos soberbios muros y columnatas de mármol han servido de abundante cantera.

En otros muchos sitios del recinto ocupado por la antigua Atenas, que sucedió á su vez á otra anterior, aparecen diversas ruinas notables, y el estudio del menor de estos restos interesa, tanto más, cuanto que el recuerdo de hombres ilustres es inseparable de ellos. ¡Allí estaba el tribunal que juzgó á Sócrates!... ¡En aquella tribuna de piedra hablaba Demóstenes!... ¡En ese jardín daba sus lecciones Platón!...

Un interés histórico de igual naturaleza es el que se experimenta al recorrer el resto del Atica, ya se visite la aldea de Élefsis (Eléusis), donde se celebraban los misterios de Ceres, y la ciudad de Mégara con su doble Acrópolis, ya se recorran los campos de Marazón (Maratón) ó las orillas de la isla de Salamis (Salamina).

Igualmente, fuera del Atica, los viajeros son atraídos por los recuerdos históricos hacia Plataeae (Platea), Leuctra, la Thebae ó Tébas de Epiro, y la Orchoméno de los Minios, ó hacia Chaeronea (Jerónia), cuyo león colosal, recuerdo de los últimos esfuerzos de la Grecia libre, yace por tierra, roto por manos de ignorantes patriotas.

Después de Atenas, el Pireo y Tebas, las dos solas ciudades

de alguna importancia que se encuentran en nuestros días en la antigua Rumelia, son Lamía, llamada Zeitún por los turcos y situada en medio de las llanuras bajas del Sperjiós, y Levadía (la Beótica), célebre en otro tiempo por el antro y oráculo de Trofónios, que los arqueólogos no están seguros de haber descubierto.

La isla de Eguina, que depende del Atica, no está menos decadida que el gran territorio vecino. En la antigüedad apretábanse allí 200.000 habitantes, treinta veces más que en nuestros días; pero después del paso de Barbarroja, permaneció desierta durante largo tiempo. La isla ha conservado las pintorescas ruinas del templo de Minerva con sus columnas monolitas, y el admirable cuadro que ofrece el semicírculo de las costas de la Argólida y del Atica. Los eginotas son los más hábiles pescadores de esponjas que hay en el Mediterráneo.

La ciudad que sigue en importancia á Atenas y el Pireo, es Corinto. Cuando la Grecia llegó á ser el centro del comercio del Mediterráneo, Kórinzos, tan bien situado á la entrada del Peloponeso, sobre ambos mares, ocupó el primer lugar entre las ciudades griegas, no por su vida política, su amor al arte ó su entusiasmo por la libertad, sino por la riqueza de sus habitantes y la cifra de su población. Se dice que llegó á contener hasta 300.000 personas dentro de sus muros. Aun después de arrasada por los romanos, recobró su importancia; pero más tarde su peligrosa posición la arruinó tantas veces, que su comercio cesó por completo. Cuando un terremoto la destruyó en 1858, sólo era una miserable aldea. Ha sido reconstruída con el nombre de Nea-Kórinzos ó Nueva Corinto, á siete kilómetros de la antigua, en la misma orilla del golfo que le debe su nombre, y pronto se prolongará al Oriente hacia el extremo Noroeste del canal que se abre entre los dos muros. Los caminos de Marsella y de Trieste á Smirna y á Constantinopla, se reunirán entonces en el estrecho de Corinto, donde el movimiento de buques igualará acaso al que se observa en otros canales análogos, naturales ó abiertos por la mano del hombre, como el Sund, el Bósforo y el de Suez

Comenzada esta obra importante en Junio de 1882, se anuncia ya su terminación para una época próxima, y entre tanto el camino y la vía férrea del istmo sirven para el paso de viajeros y mercancías desembarcadas por los vapores griegos en los dos pequeños puertos de las orillas opuestas. Nea-Kórinzos y Kalamákion. El conjunto de los desmontes que exige el canal ascien-

de á ocho millones de metros cúbicos. Los antiguos, que no habían podido realizar sus proyectos de unión entre el golfo de Corinto y el de Eguina, y que, por otra parte, antes de la tentativa de Nerón, vacilaban al emprender esta cortadura por el temor de que uno de los dos mares fuese más alto y sumergiera la orilla opuesta, habían tenido la ingeniosa idea de facilitar el tráfico valiéndose de máquinas que arrastraban los barcos pequeños de una playa á la otra. Esta traslación de los barcos en Grecia, demuestra que la idea de un tren *portanavios* estaba aplicada dos mil años antes de que los europeos pensasen en aplicar nuevamente el sistema.

Después de las Cruzadas, cuando la poderosa Venecia se hizo dueña del litoral de la Morea, se trasladó, naturalmente, la población hacia las costas, que pronto se encontraron guarnecidas de colonias comerciales, tales como Arkadía, llamada más generalmente con su antiguo nombre de Ciparissia; la isla Pradano, la Proti, ó Prote de los griegos; Pylos, ó Navarino de hoy; Methone ó Mezoní (Modón); Corone ó Koroni (Corón); Calamae ó Calamata; Minoa, hoy Monembasia ó Malvasía, y Náuplia ó Náfplion en Argólida. Así, gracias al influjo de los comerciantes venecianos, el Poloponeso, convertido en país de exportación y de tráfico, perdió gradualmente el carácter continental que le daban sus mesetas y sus murallas de montes, para recobrar el papel marítimo que en parte había representado en la época de los fenicios. El régimen de los turcos, el empobrecimiento del suelo y las guerras civiles, que fueron sus consecuencias forzaron nuevamente ó las poblaciones á romper sus relaciones comerciales y encerrarse en los altos como en una prisión. Entonces el grupo principal de habitantes se estableció precisamente en el centro de la península, en la ciudad de Tripolis ó Tripolitsa, así nombrada, según dicen, por ser la heredera de las tres ciudades antiguas de Mantinea, Tegea y Pallantium.

Después de la reconquista de la independencia helénica, la vida, como por una especie de ritmo, se ha transportado una vez más hacia el contorno del Peloponeso. En nuestros días, la ciudad que sobresale notablemente entre todas las otras es Patre (Patrás), situada cerca de la entrada del golfo de Corinto y en la desembocadura de los llanos más fértiles y mejor cultivados de la costa occidental, aunque en parte insalubres. En previsión de la futura grandeza que le promete su tráfico, bastante considerable ya con Inglaterra y los demás países de Europa, se han trazado los barrios de la ciudad nueva, como si con el tiempo hubiese de igua-

ar á Trieste ó á Esmirna. Nótase en Patrás gran afluencia de italianos, arrojados de su país por la miseria ó por el espíritu aventurero.

En comparación de este emporio del Peloponeso, las otras ciudades de la península, aun las que tenían mayor actividad en la época veneciana, sólo son hoy mercados secundarios. Eguion ó Vostitsa, á orillas del golfo de Corinto y sobre una terraza rojiza, horadada por grutas que domina á las ondas, es una simple-escala, menos célebre por el comercio que por su plátano de 15 metros de circunferencia, *más antiguo que el Imperio otomano* y cuyo hueco tronco servía en otra época de prisión.

Pirgos, cerca del Alfiós (Alfeo), se enriquece con las uvas de Corinto y otros productos de la fértil Pisátis (Pisátide). Carece de puerto de mar, pero dispone del de Katakolu, al cual se enlaza por un camino de hierro. En la hermosa rada de Navarino, defendida de las olas y los vientos del mar por el ancho islote rocoso de Spaktiría, los cascos de los buques echados á pique en el combate de 1827, son siempre más numerosos que las naves llevadas por el comercio á las aguas del puerto.

La célebre Monembasia ó Puerta única (la Malvasia de los occidentales), no es más que una fortaleza medio arruinada á la que da entrada un estrecho istmo, y los viñedos de los alrededores, que producían el exquisito vino cuyo nombre se aplica ahora á otros mostos, han dejado de existir hace mucho tiempo. En fin, Náfplion (Nauplia), que recuerda los breves años durante los cuales sirvió de capital al naciente reino, tiene la ventaja de poseer un buen puerto bien abrigado; pero sus murallas, sus baluartes y fuertes hacen de ella una plaza más militar que comercial.

Las ciudades del interior, cualquiera que sea la gloria que esclarezca sus nombres, no son en su mayoría sino grandes villorrios. La más célebre de todas Sparti (Esparta) ó *la ciudad de las retamas*, acaso *la esparcida*, nombrada así por sus grupos de casas diseminados en medio de las moreras, se halla al pie de una alta montaña que se yergue como una torre, y promete llegar á ser una de las ciudades más prósperas del interior del Peloponeso, gracias á la fertilidad de su cuenca. Después de haberse visto suplantada en la Edad Media por su vecina Miszrá—cuyas construcciones góticas, medio arruinadas y desiertas, sus casas, palacios, iglesias y fortalezas, cubren una escarpada colina al Oeste de la llanura de Eurotas—Esparta recobra por segunda vez la categoría de ciudad preponderante en Laconia. Argos, más antigua todavía, ha podido renacer de sus ruinas, á causa de su posición en una

llanura agostada á menudo, pero de una gran fecundidad natural. Sin embargo, si los extranjeros recorren las campiñas del Peloponeso, no es por visitar estas ciudades restauradas, donde algunas piedras solamente recuerdan la antigüedad griega; los antiguos monumentos artísticos son lo que les atrae.

Bajo este aspecto, la Argolis (Argólida), es una de las provincias más ricas de Grecia. Cerca del mismo Argos, en los flancos escarpados de la colina de Lárisa, están talladas las gradas de un teatro. Entre Argos y Náplion (Nauplia) se eleva, en medio de la pantanosa llanura, la roca que sostiene la antigua Acrópolis del Tirins con soberbias murallas ciclópeas, algunas de las cuales miden hasta 18 metros de espesor. Los antiguos griegos creían estos formidables muros obra de los demonios. Al Norte, sobre escarpados pedregosos, está la vieja Micenas (Mikene ó Mikna) con sus famosas tumbas, donde se han descubierto riquezas artísticas del más alto precio. Cerca de allí se eleva la célebre puerta *de los Leones*, groseramente esculpida en la primera época del arte helénico, y más abajo está el vasto subterráneo conocido con el nombre de *Tesoro de los Atridas*. Este monumento, uno de los más curiosos de la primitiva arquitectura de los habitantes de Argos, es tambien uno de los mejor conservados y se puede admirar en todos los detalles su sólida construcción. Una de las piedras que sirve de dintel á la puerta de ingreso no pesa menos de 169 toneladas. En Epídravros, á orillas del golfo de Eguina y cerca del antiguo templo de Esculapio, se encuentra también el teatro griego, menos ultrajado por el tiempo. Distínguense todavía, en medio de las zarzas y arbustos entremezclados, las 55 gradas de mármol blanco en las cuales podían sentarse 12.000 espectadores.

Entre otras ruinas, la Argólida posee igualmente las bellísimas del templo de Júpiter en Nemea, y las siete columnas dóricas de Kórinzos, que se dice son las más antiguas de Grecia. Pero en el extremo opuesto de Peloponeso, en el valle encantador del Neda, cerca de Figalia en Arkadía, es donde se eleva el monumento más admirado de la península, edificado por Ictinos en honor de Apolo Epicúreo ó el Protector: el templo de Bassae. Las grandes encinas, las soberbias rocas que le rodean, realzan la belleza de este noble edificio.

Las construcciones más numerosas del Peloponeso son las ciudadelas. Muchas plazas fuertes, con sus murallas y su Acrópolis, se ven todavía en idéntico estado que en los tiempos de la antigua Grecia. Los muros que rodean á Phigalia, y los de Mesenia, conservan sus torres, sus puertas y reductos. Otras Acrópolis, utiliza-

das después por los Francos de las Cruzadas, los venecianos ó los turcos, se han erizado de torreones almenados y torres de homenaje. A la misma puerta del Peloponeso se eleva una de esas fortalezas antiguas, transformada en ciudadela de la Edad Media: el *Akro-Kórinzos*, guardián de la península. Desde su altura, entre el caos de fortificaciones y de casuchas que domina, se descubre casi toda la Grecia, encerrada en el círculo del horizonte.

Además, en la Grecia insular son notables las ciudades de Hermópolis, puerto muy comercial de la isla de Syra; Corfú, en la isla así llamada, y Zante, en la isla de Zante.

FIN DE «EUROPA»



ÍNDICE

	Páginas
Una familia de Geógrafos.	
Los hermanos Reclús.....	5
La tierra, el mar y los hombres	
I.—Pequeñez ínfima de la tierra.....	37
II.—El mar y las lluvias.—El sol y los climas.....	39
III.—Poder de la altitud.....	42
IV.—Provincias geográficas.....	44
V.—Número de los hombres. «Civilización» y colonización.—Injusticia de los fuertes.—Aclimatación.....	46
VI.—Razas y religiones.....	49
VII.—Continentes y partes del mundo.....	53
VIII.—Océanos.—Mares y tierras polares.....	54
Europa.	
I.—Pequeñez de Europa.—Su superioridad en el mundo.....	57
II.—Separación de Europa y Asia.....	58
III.—Las dos Europas, continental y peninsular.—Vientos del Sudoeste.....	60
IV.—Montañas de Europa.—Los Alpes y sus nieves perpetuas.....	64
V.—Los europeos.—Latinos, sajones y eslavos.—Las cinco lenguas mayores.....	67
Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda.	
I.—La Mancha.—Pequeñez del país y poderío de la nación...	74
INGLATERRA.	
I.—Costas, llanuras y montes.....	76
II.—Los ingleses.—La lengua inglesa y su porvenir.....	79
III.—Ciudades.....	85
IV.—País de Gales.....	88
ESCOCIA.	
I.—Firths, montes, torrentes y lagos.....	90
II.—Los escoceses.—Lowlanders é highlanders.....	94
III.—Ciudades.....	96
IRLANDA.	
I.—Clima suave, admirable verdor.....	97
II.—«Bogs», montes, lagos.—El Shannon.....	97
III.—Los irlandeses.—Su miseria.—Su éxodo.....	100
IV.—Antigua lengua irlandesa.....	102
V.—Ciudades.....	104
VI.—Islas pequeñas.....	105

Escandinavia (SUECIA Y NORUEGA).

I.—El Báltico.—El futuro San Lorenzo de Europa.....	110
II.—Climas.—Montes y nieves.....	111
III.—Fiords, ríos, lagos y cascadas.....	113
IV.—Suecia y los suecos.....	118
V.—Noruega y los noruegos.....	121
VI.—Laponia y los lapones.....	122
VII.—Islas: Oeland, Goetland, Skiaergaard.....	123
VIII.—Spitzberg y tierra de Francisco José.....	124

Dinamarca.

I.—Situación.—Islas danesas.....	126
II.—Jylland ó Jutlandia.—Slesvig-Holstein.....	127
III.—Los dinamarqueses.....	129
IV.—Islandia.—Islas Feroe.....	130
V.—Volcanes irlandeses.—Lavas inmensas.—El Vatna Joekul.....	131
VI.—Torrentes helados.—Manantiales calientes.....	132
VII.—Decadencia de Islandia.....	133
VIII.—Los irlandeses.—Isla de Juan Mayen.....	134

Rusia.

I.—Grandeza de Rusia.—Inmensidad del imperio.....	135
II.—Ural.—Novaia-Zemlia.....	136
III.—Llanura rusa.—Estepas.—«Mantillo negro».....	137
IV.—El Volga.—El Oka.—El Kama.—El mar Caspio.....	140
V.—El Neva.—El Onega.—El Ladoga.....	143
VI.—El Don.—El Dniéper.—Los cosacos.....	144
VII.—Clima.....	148
VIII.—Grandes rusos.—Pequeños rusos.—Rusos blancos.—Razas diversas.....	149
IX.—Polonia.—El Vístula.—Polacos y judíos.....	152
X.—Provincias bálticas.—Ehstonia, Livonia y Curlandia.....	155
XI.—Lituania y lituanos.—La más hermosa de nuestras lenguas.....	157
XII.—Finlandia.....	158
XIII.—Crimea.....	160
XIV.—Multiplicación de los rusos.....	161
XV.—Ciudades.....	162

Alemania.

I.—Montes del Sur.—Llanuras del Norte.....	165
II.—El Elba, el Rhin y el Danubio.....	167
III.—Clima.....	171
IV.—Alemanes.—Lengua alemana.....	171
V.—Divisiones políticas.....	176
VI.—Prusia.....	176
VII.—Ciudades de Prusia.....	177
VIII.—Sajonia.....	179
IX.—Gran ducado de Baden.....	180
X.—Hohenzollern.....	182
XI.—Baviera.—Meseta bávara.—Franconia.....	183
XII.—Alsacia y Lorena.....	185

Austria-Hungría.

I.—Extensión y población.....	186
II.—País de los Alpes.....	188
III.—Carso.....	189
IV.—Dalmacia.....	190
V.—Hungria y Transilvania.....	192
VI.—Galitzia y Bucovina.....	195
VII.—Bohemia y Moravia.....	197
VIII.—Naciones enemigas.....	198
IX.—Alemanes.....	199
X.—Eslavos.....	200
XI.—Magyares y húngaros.....	202
XII.—Neolatinos.....	204
XIII.—Ceilhestania y Translehitania.....	205
XIV.—Ciudades.....	207

Bélgica.

I.—El Escalda y el Mosa.....	209
II.—Flandes.....	210
III.—Walonía.....	212
IV.—Walones y flamencos.....	213
V.—Ciudades.....	215

Holanda.

I.—Zuiderzée.....	216
II.—Holanda aluvial.—Rocas del Rhin.....	217
III.—Holanda arenosa y turbosa.....	218
IV.—Los holandeses y su idioma.....	220
V.—Ciudades.....	221
VI.—Luxemburgo.....	222

Suiza.

I.—Alpes suizos.....	223
II.—Inn.—Rhin.—Ródano.—Tessino.....	226
III.—Cuatro países y cuatro pueblos.....	228
IV.—Suiza alemana.....	229
V.—Suiza francesa.....	230
VI.—Suiza italiana y «rumanche».....	230
VII.—Ciudades.....	232

Francia.

I.—Situación, límites y extensión.....	233
II.—Montañas.....	234
III.—Llanuras.....	237
IV.—Mares y costas.....	237
V.—Fuentes y ríos.....	240
VI.—Clima y lluvias.....	248
VII.—Origen de los franceses.....	249
VIII.—Lengua francesa.....	250
IX.—Esterilidad de los franceses.....	252
X.—Ciudades.....	254
XI.—Córcega.....	256

España.

I.—Península ibérica.—Estrecho de Gibraltar.....	259
II.—El suelo.—La raza.....	260
III.—Meseta central.—Castillas, Mancha y Extremadura.....	279
IV.—Cantabria.—País vascongado y Navarra.—Santander Asturias y Galicia.....	305
V.—Región del Ebro.—Aragón y Cataluña.....	320
VI.—Islas Baleares.....	335
VII.—Valencia y Murcia.....	344
VIII.—Andalucía.....	356
IX.—La España actual y su porvenir.....	381

Portugal.

I.—El pueblo portugués.....	389
II.—Sierras.—Portugal del Norte y Portugal del Sur.....	394
III.—Raza lusitana.—Cosmopolitanismo de los portugueses.— Idioma.....	398
IV.—Ciudades.....	400
V.—Colonias portuguesas.....	404

Italia.

I.—Situación.—Extensión.—Alta Italia.....	406
II.—Italia peninsular.....	410
III.—Italia insular.....	415
IV.—Italianos.—Lengua italiana.....	418
V.—Las cien ciudades de Italia.....	420
VI.—Cerdeña.....	445
VII.—Malta y Gozzo.....	447
VIII.—Dos Estados minúsculos.—Mónaco y la República de San Marino.....	449

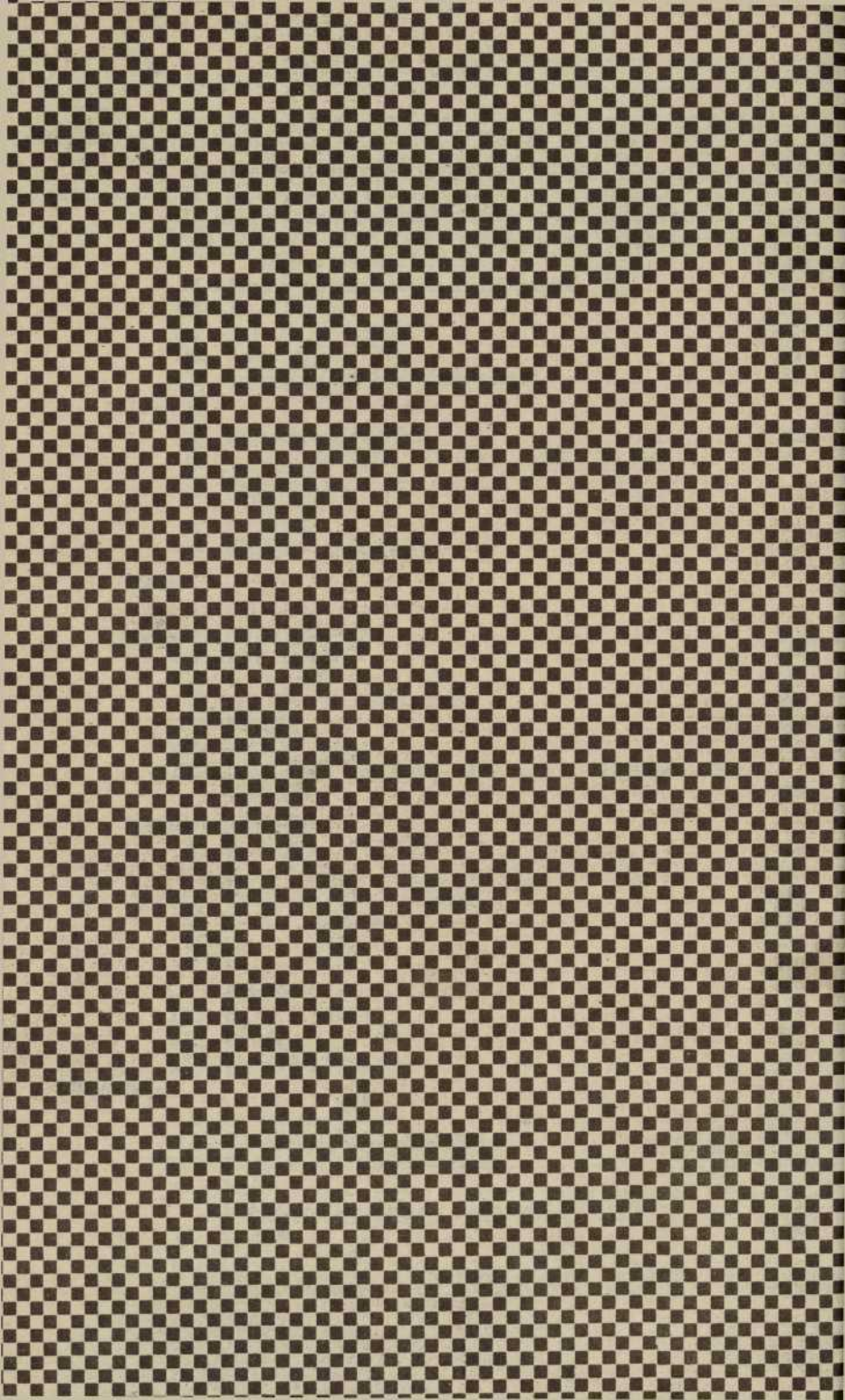
Península greco-eslava.

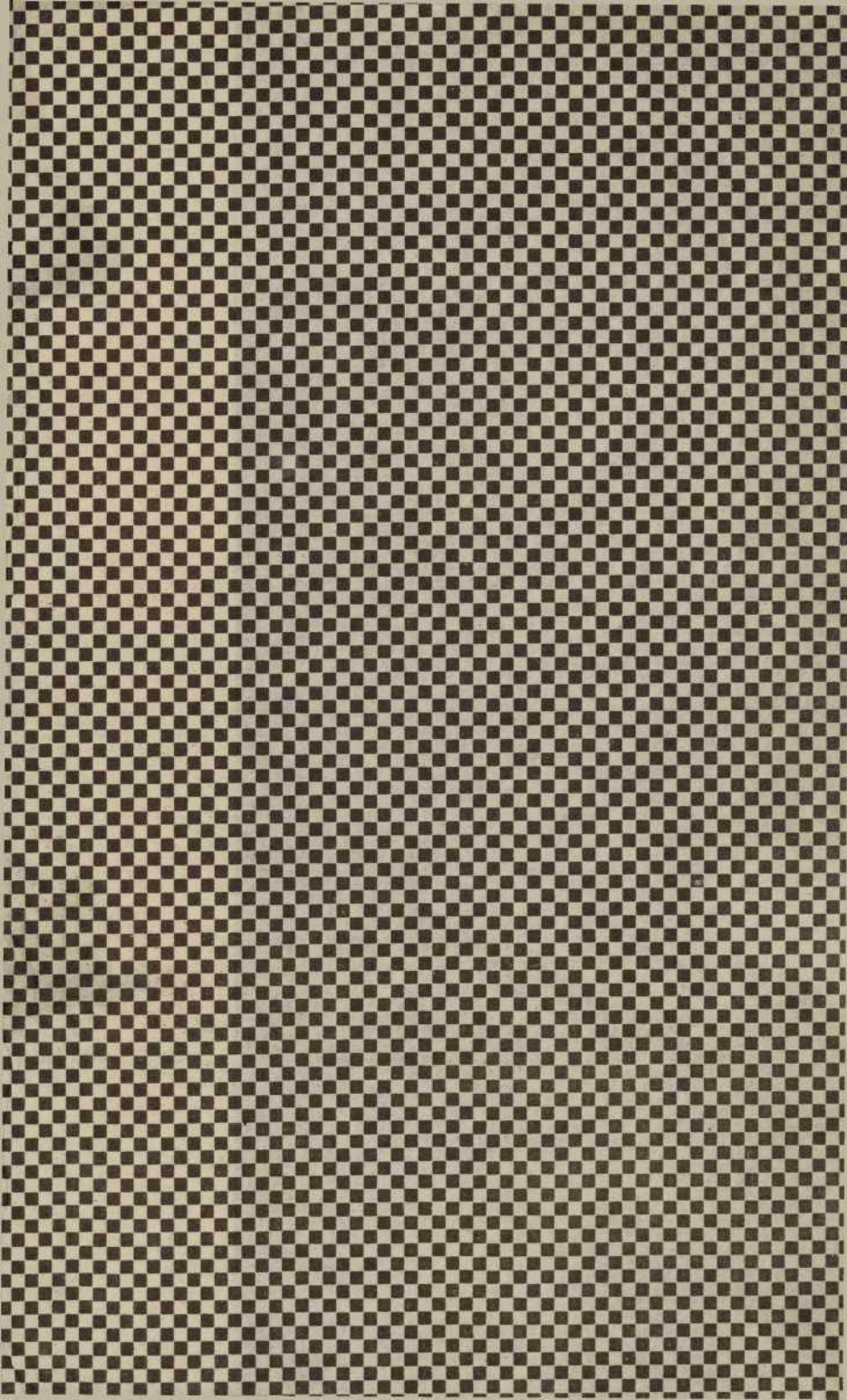
I.—El Balkán.—El Danubio.....	452
II.—Razas diversas.—Naciones positivas y negativas.....	455
III.—Países sometidos á Turquía.....	458
IV.—Creta y otras islas.....	466
V.—Rumelia oriental.....	469
VI.—Principado de Bulgaria.....	470
VII.—Bosnia-Herzegovina.....	472
VIII.—Reino de Serbia.....	474
IX.—Principado de Montenegro.....	477
X.—Reino de Rumania.....	478

Grecia.

I.—La antigua Helenia.....	481
II.—Hélada ó tronco continental.....	484
III.—Peloponeso ó Moreo.—Arcadia.....	487
IV.—Islas.....	490
V.—Los griegos, ¿son griegos ó eslavos?—El Magno.....	494
VI.—Ciudades.....	496











RECLUS.

—
GEOGRAFIA
UNIVERSAL



1

C
608